

KIM STANLEY ROBINSON

NUEVA YORK

2140



minotauro

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

## PRIMERA PARTE. LA TIRANÍA DE LOS COSTES IRRECUPERABLES

- a) Mutt y Jeff
- b) Inspectora Gen
- c) Franklin
- d) Vlade
- e) un ciudadano
- f) Amelia
- g) Charlotte
- h) Stefan y Roberto

## SEGUNDA PARTE. EL EXCESO DE CONFIANZA DEL EXPERTO

- a) Franklin
- b) Mutt y Jeff
- c) ese ciudadano
- d) Inspectora Gen
- e) Vlade
- f) Amelia

- g) Stefan y Roberto
- h) Franklin

### TERCERA PARTE. LA TRAMPA DE LA LIQUIDEZ

- a) el ciudadano
- b) Mutt y Jeff
- c) Charlotte
- d) Amelia
- e) Inspectora Gen
- f) Mutt y Jeff
- g) Stefan y Roberto
- h) Vlade
- i) ese ciudadano

### CUARTA PARTE. ¿CARO O INCALCULABLE?

- a) Franklin
- b) Charlotte
- c) Vlade
- d) Amelia
- e) Un ciudadano
- f) Inspectora Gen
- g) Franklin
- h) Mutt y Jeff

### QUINTA PARTE. ESCALADA DE COMPROMISO

- a) Stefan y Roberto
- b) Vlade
- c) ese ciudadano
- d) Inspectora Gen
- e) Charlotte
- f) Franklin
- g) Amelia
- h) Inspectora Gen

## SEXTA PARTE. MIGRACIÓN ASISTIDA

- a) el ciudadano
- b) Stefan y Roberto
- c) Mutt y Jeff
- d) Vlade
- e) Inspectora Gen
- f) Franklin
- g) Charlotte
- h) el ciudadano redivivo
- i) Stefan y Roberto

## SÉPTIMA PARTE. CUANTOS MÁS, MEJOR

- a) Vlade
- b) Inspectora Gen
- c) Franklin
- d) el listillo de la ciudad otra vez
- e) Charlotte
- f) Inspectora Gen
- g) Amelia
- h) la ciudad

## OCTAVA PARTE. LA COMEDIA DE LOS COMUNES

- a) Mutt y Jeff
- b) Stefan y Roberto
- c) Charlotte
- d) Vlade
- e) Franklin
- f) Amelia
- g) el ciudadano
- h) Mutt y Jeff

Agradecimientos

## Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**



# Sinopsis

Año 2140. El agua ha sumergido la ciudad de Nueva York. Los habitantes se han adaptado a la nueva situación y la ciudad sigue tan bulliciosa y llena de vida como siempre. Aunque trastocada para siempre. Cada calle se ha convertido en un canal, cada rascacielos en una isla. A través de los ojos de los habitantes de diferentes edificios, Kim Stanley Robinson nos muestra cómo una de las ciudades más importantes del mundo irá cambiando con la subida de las mareas. Y también, cómo todos vamos a cambiar con ello.

*Nueva York 2140* es una novela extraordinaria e inolvidable de la mano de un autor con una capacidad única de explicar su futuro.

KIM STANLEY ROBINSON

Nueva York 2140

minotauro

PRIMERA PARTE

LA TIRANÍA DE LOS COSTES  
IRRECUPERABLES

## a) Mutt y Jeff

El que escribe el código genera el valor.

—Eso ni siquiera se acerca a la verdad.

—Claro que sí. El valor reside en la vida y la vida está codificada, como el ADN.

—¿O sea, que las bacterias tienen valores?

—Claro. Todas las criaturas vivas quieren cosas y las persiguen. Desde los virus y las bacterias hasta nosotros.

—Lo que me recuerda que te toca limpiar el baño.

—Lo sé. La vida significa muerte.

—¿Lo harás hoy?

—En algún momento del día. Volviendo a mi argumento: nosotros escribimos código. Y, sin ese código, no existen ordenadores. Ni finanzas, ni dinero, ni valor de intercambio, ni valor en general.

—Salvo lo último, entiendo lo que quieres decir. ¿Y?

—¿Hoy has leído las noticias?

—Pues no, claro.

—Deberías. Son malas. Se nos comen.

—Qué novedad. Es lo que has dicho: la vida significa muerte.

—Más que otras veces. Esta vez es demasiado. Nos van a dejar en los huesos.

—Ya. Por eso vivimos en una tienda de campaña sobre un tejado.

—Exacto. Y ahora, a la gente le preocupa incluso la comida.

—Lógico. Ese es el auténtico valor: tener la tripa llena. El dinero no se

come.

—¡Eso es lo que estoy diciendo!

—Pensé que estabas diciendo que el auténtico valor es el código. Una declaración propia de un programador, debo añadir.

—Mutt, a ver si me entiendes. Intenta seguir mi argumentación. Vivimos en un mundo donde la gente finge que el dinero lo compra todo, por tanto el dinero es lo único importante, por tanto trabajamos por dinero. El dinero se concibe como el valor.

—Vale, eso lo entiendo. Estamos arruinados, lo entiendo.

—Bien, sigue así. Pasamos la vida comprando cosas con dinero, en un mercado que fija todos los precios.

—La mano invisible.

—Exacto. Los vendedores ofrecen cosas, los compradores las adquieren y, en ese flujo de oferta y demanda, se determina el precio. Es un proceso colectivo. Es democrático. Es capitalista. Es el mercado.

—Es cómo funciona el mundo.

—Exacto. Y está mal.

—¿A qué te refieres con «mal»?

—Como los precios son siempre demasiado bajos, el mundo está jodido. Estamos en un periodo de extinción masiva, sube el nivel del mar, cambia el clima, hay crisis alimentarias... Todo lo que no sale en las noticias.

—Y todo por culpa del mercado.

—¡Exacto! Y no por fallos del mercado. Es que el mercado es un fallo en sí.

—¿Por qué?

—Porque las cosas se venden por menos de lo que cuesta hacerlas.

—Eso parece el modo perfecto de llegar a la bancarrota.

—Sí, y a muchas empresas les pasa. Y a las que no, no es que vendan por debajo del precio de coste. Simplemente ignoran algunos costes. Esas empresas están sometidas a una enorme presión para que vendan al precio más bajo posible, porque los compradores solo compran las versiones más baratas de cualquier cosa. Así que lo que hacen es sacar algunos de los costes de producción de los libros de contabilidad.

—¿No pueden reducir los sueldos de los trabajadores?

—¡Eso ya lo han hecho! Era lo más fácil. Por eso todo el mundo está en la bancarrota, salvo los plutócratas.

—Cuando dices eso siempre pienso en el perro de Disney.

—Nos han sacado la sangre como sanguijuelas. No lo soporto más.

—Hasta la última gota. Y el señor plutócrata nos roe los huesos.

—¡A todos! Estamos bien roídos. Nos han dejado secos. Hemos estado pagando una fracción de lo que cuestan realmente las cosas, mientras el planeta y los trabajadores que fabrican esas cosas corrían con los gastos.

—Y, a cambio, han conseguido una tele barata.

—Exacto. Para poder ver algo interesante mientras están ahí sentados, arruinados.

—Lo malo es que no hay nada interesante.

—¡Pero ese es el menor de sus problemas! Aparte de que sí se pueden encontrar cosas interesantes.

—Por favor, permíteme que discrepe. Ya lo hemos visto todo un millón de veces.

—Como todo el mundo. Lo que digo es que el aburrimiento por una televisión de baja calidad es el menor de nuestros problemas. La extinción masiva, el hambre, la falta de futuro para nuestros hijos... Esos sí son problemas. Y la cosa está peor cada día. La gente sufre cada vez más. Te juro por Dios que, si las cosas siguen empeorando, me va a estallar la cabeza.

—Lo que pasa es que estás cabreado porque te han desahuciado y vives en una tienda de campaña sobre un tejado.

—¡Eso es solo una parte! Una parte dentro de un todo muy grande.

—Vale, tienes razón. ¿Y qué?

—Pues mira, que el problema es el capitalismo. Tenemos tecnología avanzada y un planeta fantástico y nos lo estamos cargando todo con leyes estúpidas. Eso es el capitalismo: un montón de leyes estúpidas.

—Vale. Supongamos que te digo que también tienes razón en eso. ¿Qué podemos hacer?

—¡Son leyes! ¡Y son globales! Se extienden por toda la Tierra. No hay forma de escapar. Estamos todos dentro. Hagas lo que hagas, ¡gana el

sistema!

—Sigues sin decirme qué podemos hacer.

—¡Piénsalo! ¡Las leyes son códigos! Que existen en ordenadores y en la nube. ¡Dieciséis leyes gobiernan el mundo entero!

—Pocas me parecen a mí. O muchas.

—No. Es algo más elaborado, claro, pero al final todo se reduce a dieciséis leyes básicas. Lo he analizado.

—Como siempre. Pero siguen siendo demasiadas. Nunca hay dieciséis de nada. Están las ocho verdades nobles, están las dos hermanastras malvadas. Si me apuras, puede haber doce de algo, como los pasos de desintoxicación o los apóstoles, pero lo normal es que no pase de un dígito.

—Déjate de tonterías. Son dieciséis leyes, distribuidas entre la Organización Mundial del Comercio y el G20. Transacciones financieras, intercambio de divisas, legislación comercial, legislación fiscal, legislación de sociedades... Es todo lo mismo.

—Pues yo sigo pensando que dieciséis son demasiadas. O muy pocas.

—Dieciséis, hazme caso. Y están codificadas. Y se pueden cambiar si modificas el código. Escucha lo que te digo: si cambias esas dieciséis leyes, es como girar una llave en una gran cerradura. La llave gira y el sistema pasa de malo a bueno: empieza a ayudar a la gente, a requerir tecnologías limpias, a restaurar el medio ambiente, a detener las extinciones. El sistema es global, así que el enemigo no puede trabajar fuera de él. El dinero sucio se convierte en polvo, lo mismo que los actos malvados. Nadie haría trampas. Obligaría a la gente a portarse bien.

—Jeff, por favor... Me das miedo.

—¡Yo solo lo digo! Además, ¿qué puede dar más miedo que lo que hay ahora?

—¿El cambio? No sé.

—¿Y por qué iba a dar miedo el cambio? No puedes ni leer las noticias, ¿a que no? Porque dan pavor.

—Y porque no tengo tiempo.

Jeff ríe mientras baja la cabeza hasta apoyar la frente sobre la mesa. Mutt también, al ver a su amigo tan feliz. Pero su dicha es muy concreta. Son

socios, se divierten mutuamente, trabajan largas horas escribiendo código para ordenadores en la zona alta que realizan operaciones de alta frecuencia. Ahora, por culpa de algunos reveses de la fortuna, pernoctan en un hotelo, en el piso de la granja sin paredes de la antigua torre Metropolitan Life, desde donde se puede contemplar en toda su extensión el sur de Manhattan anegado, como una especie de Supervenecia, majestuosa, acuosa, extraordinaria. Su ciudad.

—Mira —dice Jeff—, nosotros sabemos entrar en los sistemas. Sabemos programar. Somos los mejores programadores del mundo.

—O de este edificio, al menos.

—No, no, ¡del mundo! Y, gracias a mí, ya estamos donde tenemos que estar.

—¿Cómo?

—No te lo pierdas. Construí unos canales ocultos durante aquel trabajo que hicimos para mi primo. Estamos ahí dentro y tengo preparados los códigos de reemplazo. Dieciséis revisiones a las leyes financieras, más una patada en el trasero de mi primo. Que la SEC se entere de lo que está haciendo. Y además, con financiación para investigar esa mierda. Tengo un *shunt* subliminal preparado que enviará algo de alfa a la cuenta de la SEC.

—Ahora sí que me das miedo.

—No me extraña, pero mira, compruébalo. A ver qué te parece.

Mutt mueve los labios mientras lee. No es que esté repitiendo las palabras en silencio. Es una especie de estimulación cerebral tipo Nero Wolfe. Es su ejercicio de neuróbica preferido, de los muchos que tiene. Comienza a masajearse los labios con los dedos mientras lee, lo que revela la hondura de su preocupación.

—Pues sí —dice después de unos diez minutos de lectura—, ya veo lo que tienes montado. Y me gusta, supongo. Casi todo. Ese viejo troyano de Ken Thompson funciona siempre, ¿verdad? Es como una ley de la lógica. Podría ser divertido. Casi seguro que lo es.

Jeff asiente. Pulsa la tecla «Entrar». Su nuevo sistema de código sale al mundo.

Salen del hotelo y se apoyan en la barandilla del piso de la granja del

edificio, desde donde contemplan la ciudad anegada en dirección sur, subyugados de whitmaravilla. ¡Oh, Mannahatta! Allá abajo, las luces parpadean sobre el agua negra. En dirección al centro, algunos rascacielos con las luces encendidas iluminan las torres en penumbra, dándoles un brillo geológico. Es extraño, hermoso y aterrador.

Suena un pitido dentro de su hotelo y apartan la tela que hace las veces de entrada para asomarse al interior de la gran tienda cuadrada. Jeff lee en la pantalla de su ordenador.

—Mierda —dice—. Nos han localizado.

Ambos se quedan mirando la pantalla.

—Pues sí, mierda —dice Mutt—. ¿Cómo es posible?

—¡No sé, pero significa que yo tenía razón!

—¿Y eso es bueno?

—¡Hasta puede que haya funcionado!

—¿Tú crees?

—No —responde Jeff con el ceño fruncido—. No sé.

—Siempre pueden recodificar lo que haces, esa es la cosa. Cuando lo descubren.

—Entonces, ¿deberíamos largarnos?

—¿Adónde?

—No sé.

—Es lo que has dicho antes —señala Mutt—. Es un sistema global.

—¡Sí, pero esta ciudad es enorme! Hay recovecos por todas partes, montones de lugares oscuros. La economía sumergida y tal. Podríamos zambullirnos y desaparecer.

—¿En serio?

—No sé. Podríamos intentarlo.

Entonces se abren las puertas del gran montacargas del piso de la granja. Mutt y Jeff se miran. Jeff señala las escaleras con el pulgar. Mutt asiente. Se deslizan bajo la pared de la tienda.

Por resumir...  
propuso Henry James

## b) Inspectora Gen

La inspectora Gen Octaviasdottir estaba en su oficina, tarde de nuevo, recostada en la silla, tratando de reunir las fuerzas necesarias para levantarse e irse a casa. Un suave repiqueteo sobre la puerta anunció la llegada de su ayudante, el sargento Olmstead.

—Sean, déjate de tonterías y pasa.

Su joven *bulldog* de refinados modales hizo pasar a una mujer de unos cincuenta años. De aspecto vagamente familiar. Metro setenta, entrada en carnes, cabellera negra y densa, entreverada de blanco. Traje de negocios, bolso de gran tamaño. Ojos inteligentes y grandes, que observaban fijamente a Gen; boca expresiva. Sin maquillaje. Una persona seria. Atractiva. Pero de aspecto tan cansado como la propia Gen. Y un poco insegura por algo, puede que por aquel mismo encuentro.

—Hola, soy Charlotte Armstrong —dijo—. Vivimos en el mismo edificio, creo. La antigua torre Metropolitan Life, en Madison Square.

—Ya me parecía que me sonaba su cara —dijo Gen—. ¿Qué la trae por aquí?

—Tiene que ver con nuestro edificio, por eso he pedido verla. Han desaparecido dos residentes. ¿Sabe esos dos chicos que vivían en el piso de la granja?

—No.

—Puede que no les hiciera mucha gracia hablar con usted. Aunque tenían permiso para estar allí.

La torre Met era una cooperativa propiedad de sus residentes. La

inspectora Gen había heredado el piso de su madre hacía poco y no prestaba demasiada atención a las cuestiones administrativas. Muchas veces tenía la sensación de que solo iba allí a dormir.

—¿Y qué ha pasado?

—No se sabe. Han desaparecido de un día para otro.

—¿Alguien ha revisado las cámaras de seguridad?

—Sí. Por eso he venido a verla. La última noche que los vieron, las cámaras estuvieron apagadas durante dos horas.

—¿Apagadas?

—Hemos comprobado los archivos de vídeo y en todos hay un lapso de dos horas.

—¿Como en un apagón?

—Solo que no hubo ningún apagón. Y las cámaras tienen baterías de emergencia.

—Qué raro.

—Lo mismo pensamos nosotros. Por eso he venido a verla. Vlade, el supervisor del edificio, habría denunciado la desaparición, pero yo tenía que venir aquí de todos modos en representación de un cliente, así que, después de presentar la denuncia, pedí hablar con usted.

—¿Va a volver ahora a la Met? —preguntó Gen.

—Sí, eso pensaba.

—Pues vamos juntas, ¿no? Yo me iba en este momento.

Se volvió hacia Olmstead.

—Sean, ¿puedes buscar el informe sobre esto y ver qué puedes averiguar sobre esos dos hombres?

El sargento asintió con la mirada clavada en el suelo, tratando de aparentar que no le acababan de hacer una jugarreta. Se echaría a llorar cuando se marcharan.

Armstrong se encaminaba a los ascensores cuando, para su sorpresa, la inspectora Gen sugirió que fueran andando.

—No sabía que hubiera puentes volantes entre aquí y allí.

—Directos, no —le explicó Gen—, pero se puede coger el que va de aquí

a Bellevue y luego bajar las escaleras, cruzar en diagonal y tirar hacia el oeste por la vía volante de la Treinta y tres. Son unos cuarenta y dos minutos. El vapor tardaría treinta, veinte con suerte. Así que suelo ir caminando. No me viene mal estirar las piernas; y además así podremos charlar.

Armstrong asintió sin estar de acuerdo, antes de subirse el bolso más cerca del cuello. Así favorecía la cadera derecha. Gen trató de recordar algún detalle de los frecuentes boletines que recibía de la Met. En vano. Pero estaba casi segura de que aquella mujer había sido presidenta de la junta ejecutiva de la cooperativa desde que Gen se había mudado para hacerse cargo de su madre, lo que sugería tres o cuatro mandatos, algo a lo que poca gente se presentaría voluntaria. Le dio las gracias por el servicio y luego le preguntó por ello.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Porque estoy loca, como parece estar sugiriendo.

—En absoluto.

—Pues tendría razón si lo hiciera. Es que prefiero estar ocupada. Sufro menos estrés.

—¿Estrés por el estado del edificio?

—Sí. Es algo muy complicado. Pueden pasar montones de cosas.

—¿Se refiere a las inundaciones?

—No, eso está más o menos controlado. Por suerte, porque si no, estaríamos jodidos. Es algo que requiere atención, pero para eso tenemos a Vlade y a sus trabajadores.

—Parece buen tío.

—Él es genial. El edificio es la parte fácil.

—La gente, entonces.

—Como siempre, ¿no?

—Es en lo que yo trabajo.

—Y yo. De hecho, el edificio en sí es una especie de alivio. Algo que se puede arreglar.

—¿En qué especialidad de Derecho trabaja?

—Inmigración e intermarea.

—¿Trabaja para la ciudad?

—Sí. Bueno, trabajaba. El departamento de inmigración y refugiados es semiprivado desde el año pasado, y yo con él. Ahora nos llaman Sindicato de Propietarios. Supuestamente es una agencia público-privada, lo que quiere decir que las dos partes nos ignoran.

—¿Siempre ha trabajado en esto?

—Trabajé en ACLU hace tiempo, pero sí. Para la ciudad, sobre todo.

—O sea, ¿que se dedica a defender inmigrantes?

—Trabajamos con inmigrantes, personas desplazadas y, en realidad, cualquiera que solicite nuestra ayuda.

—Pues debe de estar muy ocupada.

Armstrong se encogió de hombros. Gen la condujo hasta el ascensor del anexo noroeste de Bellevue, por el que bajarían hasta el puente volante que discurría de edificio en edificio en dirección al extremo norte de la Treinta y tres. La mayoría de los puentes volantes iban de norte a sur o de este a oeste, lo que obligaba a dar lo que Gen definía como «saltos de caballo». Desde hacía poco, algunos edificios, más altos, ofrecían movimientos de alfil, cosa que agradaba a Gen, quien, en sus movimientos por la ciudad, procuraba encontrar las rutas más cortas con pasión de jugadora de ajedrez. Atajar, lo llamaban algunos jugadores. Ella lo que habría querido era moverse como una reina, siempre en línea recta hacia su destino. Pero eso no era posible en Manhattan, como tampoco en un tablero: la cuadrícula dictaba su propia lógica en ambos casos. Pero, aun así, podía visualizar el destino en su cabeza y trazar la línea más recta que se pudiera imaginar, diseñar mejoras y por fin medir su efectividad en su terminal de muñeca. Algo muy sencillo, comparado con el resto de su trabajo, donde tenía que hacer frente a problemas mucho más ambiguos y desagradables.

Armstrong caminaba lentamente a su lado. Gen empezaba a lamentarse por haber sugerido ir a pie. A ese ritmo iban a tardar una hora. Hacía preguntas para que la abogada no reparase en su incomodidad. Unas dos mil personas vivían allí ahora, respondió Armstrong. Setecientas unidades, aproximadamente, de los pisitos individuales a los apartamentos colectivos de grupos grandes. La conversión en residencial se había producido tras el Segundo Pulso, en los años de inundada equidad.

Gen asentía mientras Charlotte esbozaba aquella historia. Su padre y su abuela habían servido en el cuerpo durante los años de las inundaciones, le contó Armstrong. No había sido fácil mantener el orden.

Finalmente llegaron al lado oriental de la Met. El puente volante que salía del techo de la antigua oficina postal penetraba en el edificio en el decimoquinto piso. Al traspasar las puertas triples, la inspectora saludó con la cabeza al guarda de turno, Manuel, que estaba conversando con su muñeca y se sobresaltó. Gen volvió la vista hacia atrás por las puertas de cristal; en el nivel de los canales, el círculo de tuberías que dejaba al descubierto la marea baja era de un verde negruzco. Sobre él, los muros de los edificios cercanos eran de granito, piedra caliza o una arenisca verdosa. La piedra estaba recubierta de algas por debajo de la línea de la marea alta, y de moho y líquenes por encima. Unas rejas de color negro cubrían las ventanas que había justo encima. Más arriba las ventanas no tenían rejas y muchas de ellas estaban abiertas. Una agradable noche de septiembre, ni asfixiante ni húmeda. Un momento de paz en la desapacible climatología de la ciudad, un momento para disfrutar.

—Entonces, ¿los chicos que han desaparecido vivían en el piso de la granja? —preguntó Gen.

—Sí. Venga a echar un vistazo, si no le importa.

Cogieron un ascensor hasta la granja, que ocupaba toda la galería abierta de la torre Met entre los pisos treinta y uno y treinta y cinco. El monumental espacio estaba lleno a rebosar de jardineras y por el aire esferas hidropónicas tapizadas de hojas verdes. La cosecha estival parecía lista para la recolecta: tomates y calabazas, judías, pepinos y pimientos, trigo, especias, etcétera. Gen no se dejaba ver mucho en la granja, pero de vez en cuando le gustaba cocinar un poco, así que le dedicaba una hora al mes para tener derecho a reclamar su parte. El cilantro estaba empezando a brotar. Las plantas maduraban a distintas velocidades, como las personas.

—¿Vivían aquí?

—Exacto. En la esquina sureste, cerca de la caseta de las herramientas.

—¿Y cuánto hacía?

—Unos tres meses.

—Nunca los vi.

—Dicen que no hablaban con nadie. Perdieron su casa, no sé cómo, así que Vlade les montó un hotelo que llevaban.

—Ya veo.

Los hotelos eran habitaciones que se podían guardar en una maleta. Como no eran demasiado sólidos, lo normal era desplegarlos dentro de otros edificios. Por lo general, brindaban un espacio privado dentro de sitios abarrotados.

Gen paseó por la granja en busca de anomalías. Los arcos de la galería estaban rodeados por una barandilla que le llegaba a la altura del pecho, y eso que ella era una mujer alta. Al asomarse sobre la barandilla, vio una red de seguridad, unos dos metros por debajo. Rodearon la galería por el interior de los arcos hasta llegar al hotelo, en la esquina sureste. La inspectora se arrodilló para inspeccionar el suelo de tosco hormigón: ni rastro de nada sospechoso.

—Los forenses tendrán que analizar esto más a fondo.

—Sí —dijo Armstrong.

—¿Quién les dio permiso para vivir aquí?

—La junta de residentes.

—¿Estaban teniendo problemas para pagar el alquiler o algo así?

—No.

—Vale, realizaremos el protocolo habitual para casos de personas desaparecidas.

La situación tenía algunas particularidades que despertaban la curiosidad de Gen. ¿Por qué habían acudido allí los dos hombres? ¿Por qué los habían aceptado cuando el edificio ya estaba abarrotado?

Como siempre, la lista de sospechosos comenzaba en el círculo de conocidos inmediatos.

—¿Cree que el supervisor estará en su despacho?

—Suele estar ahí.

—Pues vamos a hablar con él.

Bajaron en el ascensor. El supervisor estaba sentado ante una mesa de trabajo que ocupaba una pared entera del despacho. La pared en cuestión, que

era de cristal, permitía ver el gran embarcadero de la Met, en el antiguo tercer piso, ahora inundado.

El hombre se levantó y saludó. Gen lo había visto por allí otras veces. Vlade Marovich. Alto, fornido y de miembros largos. Parecía un montón de losas amontonadas. Casi metro noventa, pelo negro. La cabeza, un bloque de madera cortado a hachazos. Inconformidad eslava, escepticismo, un poco de acento. Incómodo cerca de la policía, quizá. Feliz no, en todo caso.

Gen hizo preguntas, lo observó mientras describía lo sucedido desde su perspectiva. Estaba en posición de sabotear las cámaras. Y parecía receloso. Pero también cansado. Tiempo atrás, Gen había llegado a la conclusión de que, por lo general, la gente deprimida no participa en conspiraciones criminales. Aunque nunca se sabe.

—¿Vamos a cenar? —les preguntó—. Me ha entrado un hambre terrible y ya conocen el comedor. Solo se sirve a los primeros que llegan.

Los otros dos eran muy conscientes de ello.

—Podemos comer juntos y me cuentan más cosas. Mañana daré un empujón a la investigación en la oficina. Voy a necesitar una lista de toda la gente que trabaja para usted en el edificio —dijo a Vlade—. Nombres y fichas.

Vlade asintió con cara de pocos amigos.

El porcentaje de descuento elegido se torna decisivo para el análisis total. Si es bajo, el futuro se torna más importante y si es alto, lo desdeña.  
—Frank Ackerman, *Can We Afford the Future?*

La moraleja es evidente. No puedes fiarte de un código que no es obra tuya por completo. Hacer mal uso de un ordenador es como conducir borracho.  
—Ken Thompson, *Reflections on Trusting Trust*

Pájaro en mano vale aquello que trae.  
dijo Ambrose Bierce

## c) Franklin

Los números suelen llenarme la cabeza. Mientras esperaba a que el taciturno supervisor de mi edificio sacara mi bicho del embarcadero en el que había pasado la noche, observé las pequeñas olas que lamían las grandes puertas y me pregunté si la ecuación Black-Scholes podría explicar su volubilidad. Los canales eran como una demostración perpetua de un tanque de experiencias hidrodinámicas en una clase de física: la interferencia del refluo, la curva de una ola alrededor de un ángulo recto, la expansión de otra a través de un hueco, etcétera. Y también ilustraba muy bien el funcionamiento de la liquidez en las finanzas.

Demasiado tiempo para dedicar a una cuestión así, con un supervisor tan lento y malhumorado. ¡El aparcamiento en Nueva York! Perfecto ejercicio de paciencia. Finalmente llegó hasta mí el zumbador, y pude dejar el muelle y, tras cruzar la zona en penumbra del arco, salir al *bacino* de Madison Square.

El día era muy agradable, fresco y despejado, y los rayos del sol se colaban entre los cañones de los edificios, al este.

Como casi todos los días, conduje el bicho por la Treinta y dos hasta el río East. Habría sido más rápido sortear los canales de la ciudad en dirección sur, pero el tráfico en ese sentido era terrible incluso después de amanecer, y no podía más que empeorar en el *bacino* de Union Square. Además, quería volar un poco antes de sentarme a trabajar, quería ver cómo brillaba el río.

El río East también estaba abarrotado de tráfico matutino, como de costumbre, pero, aun así, en el carril rápido en dirección sur había espacio suficiente para elevarse sobre las curvas aletas del bicho y echar a volar.

Como siempre, el despegue desde el agua fue embriagador, un ascenso similar al de un hidroavión, una especie de erección náutica, después de la cual el vehículo voló sobre una alfombra mágica de aire unos dos metros por encima de la superficie del río, con solo dos esbeltas aletas de material compuesto clavadas en el agua, por debajo, para maximizar la capacidad de ascensión y la estabilidad. Una embarcación genial, que avanzaba como una flecha río abajo en la *autobahn*, cortando las estelas bañadas por el sol de los brazadores, quita quita quita, tengo una misión que cumplir, fuera de mi camino, barquitas, debo llegar al trabajo a ganarme las habichuelas.

Si los dioses así lo quieren. Podría tener pérdidas, sufrir un resbalón, llevarme un palo, cagarla... ¡Cuántas formas de decirlo! Aunque todas ellas improbables en mi caso, siendo tan prudente y estando tan bien cubierto, al menos en comparación con muchos otros operadores que hay por ahí sueltos. Pero los riesgos son reales y la volatilidad, volátil. De hecho, es la volatilidad lo que no se puede incluir en las ecuaciones diferenciales parciales del método Black-Scholes, por muchas vueltas que les des en busca de esta característica en concreto. Al final, la cuestión es a qué apuesta la gente. No si al precio de un activo concreto sube o baja —los operadores ganan en ambos casos—, sino a lo volátil que será dicho precio.

Antes de lo que me habría gustado, mi carrera río abajo me llevó hasta el canal Pine, donde apagué los reactores y dejé que el bicho volviera al modo normal de navegación, no como un ganso que se desplomara (como hacen algunos hidroalas), sino con elegancia, sin apenas remover la superficie. A continuación, viré y corté las alborotadas estelas de algunas grandes barcas que entraban en la ciudad entre el zumbido y el gorgoteo de sus motores, moviéndose a la velocidad de los brazadores que afrontaban la toxicidad en una suerte de cotidiano y suicida brindis al sol.

El *seebad* del canal Pine gozaba de una extraña popularidad y a su alrededor se congregaban bancos de viejos brazadores, con trajes de neopreno completos y máscaras, esperando que los beneficios del ejercicio acuático y la propia flotación contrarrestaran el potaje de metales pesados que, inevitablemente, ingerían. Era digno de admiración el amor al agua de cualquiera que estuviese dispuesto a meterse en cualquier parte de la bahía de

Nueva York, y sin embargo la gente seguía haciéndolo, porque la gente nada en sus ideas. Todo un rasgo de la especie cuando se trata de mercadear con ellas.

La sede del fondo de inversión para el que trabajo, WaterPrice, ocupaba toda la torre Pine, en Water con Pine. El embarcadero del edificio medía cuatro pisos de alto, y su viejo atrio estaba ahora repleto de embarcaciones de todo tipo, colgadas como maquetas en el cuarto de un niño. Era todo un deleite contemplar cómo se plegaban las aletas bajo el casco de mi trimarán mientras era izado hasta su sitio. Tener embarcadero era toda una ventaja, aunque cara. Luego había que coger el ascensor hasta la trigésima planta, que daba a la esquina noroeste, donde tomé posición en mi nido, contemplando la celosía de puentes volantes que jalonaban el centro de la ciudad y los superrascacielos que se erigían hacia el norte en toda su gehrygloria.

Mi día empezaba como siempre, con una enorme taza de *cappuccino* y el repaso de los mercados asiáticos al cierre y de los europeos a mitad de jornada. La colmena viviente nunca duerme, pero sí que se echa una siesta al ritmo del Pacífico, media hora de cabeceo entre que cierra Nueva York y abre Shanghái; pausa que convierte el día natural en día bursátil.

Por mi pantalla discurrían todos los elementos de la mente colectiva relacionados con las costas anegadas, mi especialidad. A diferencia de lo que muchos de mis colegas pretendían dar a entender, era imposible comprender de un solo vistazo todos los gráficos, hojas de cálculo, textos correderos, recuadros de vídeo, líneas de chat, barras laterales y notas al margen desplegados en la pantalla. De intentarlo, se les escaparían muchas cosas, y lo cierto es que muchos de ellos se las pierden creyéndose unos grandes exponentes de la Gestalt. El exceso de confianza del experto, lo llaman. Sí, se puede echar un vistazo rápido, claro, pero luego es importante pararse un poco para asimilar los datos por partes. Eso requería de muchos cambios de marcha en aquellos días, porque mi pantalla era una auténtica antología de narrativas en clave de géneros muy diversos. Tenía que saltar del haiku a la épica, de los ensayos personales a las ecuaciones matemáticas, de *Bildungsroman* a *El ocaso de los dioses*, de las estadísticas al cotilleo, todos ellos relatándome de modos muy diferentes las tragicomedias de la

destrucción creativa y la creación destructiva, así como las más habituales, pero menos reseñadas, de creación creativa y destrucción destructiva. Las claves temporales de estos géneros oscilaban entre los nanosegundos de las operaciones de alta frecuencia a las eras geológicas del aumento del nivel de los mares, divididos en intervalos de segundos, horas, días, semanas, meses, trimestres y años. Resulta genial zambullirse en una pantalla tan compleja mientras, al otro lado de la ventana, tienes el telón de fondo del bajo Manhattan y, combinado con el *cappuccino* y el vuelo por el río, era como dejarse llevar por una enorme ola rompedora. ¡La sublimación económica!

En un lugar privilegiado, en el centro de mi pantalla, había un mapa del mundo de Planet Labs con los niveles del mar, indicados al milímetro por altimetría láser en tiempo real. Los niveles por encima de la media del último mes estaban sombreados en rojo, las zonas más bajas en azul, y en gris se mostraban aquellos que no habían sufrido cambios. Los colores cambiaban cada día, marcando el vaivén del agua bajo la atracción de la Luna, el empuje de las corrientes predominantes y el impulso de los vientos, entre otras cosas. Estos aumentos y descensos perpetuos eran medidos ahora con precisión obsesiva compulsiva, algo comprensible a tenor de los traumas sufridos a lo largo del último siglo y la certeza de los venideros. Por lo general, el nivel del mar se había estabilizado después del Segundo Pulso, pero aún quedaba mucho hielo antártico a la deriva, por lo que los logros pasados no eran garantía de nada en el futuro.

El nivel del mar era objeto de apuestas, cómo no. El nivel, propiamente dicho, servía como índice y se podía invertir en él o emplearlo como garantía; podías ir a corto o a largo plazo, pero todo se reducía, en esencia, a apostar. Subir, mantenerse o bajar. Era sencillo, pero era solo el principio. Formaba parte del corpus de bienes y derivados que entraban en juego en la bolsa, como los precios inmobiliarios, que eran tan simples como los niveles del mar. Los índices Case-Shiller, por ejemplo, calificaban las variaciones de los precios inmobiliarios, desde manzanas repartidas por todo el mundo hasta barrios individuales, pasando por todas las categorías intermedias, y la gente apostaba a todo ello también.

Combinar un índice de precios inmobiliarios con el nivel del mar era una

forma de ver las costas anegadas, y eso era esencialmente a lo que yo me dedicaba. Mi índice de precios de la propiedad intermareas había sido la mayor contribución de WaterPrice a la Bolsa de Chicago, y lo empleaban millones de personas para orientar inversiones que ascendían a billones. Una gran plataforma publicitaria para mis empleadores y la razón por la que mis valores cotizaban alto.

Eso estaba muy bien, pero para que las cosas siguiesen funcionando, mi Ippi tenía que seguir en marcha o, lo que es lo mismo, ser lo bastante preciso como para que la gente pudiera seguir ganando dinero. De modo que, junto con la habitual caza de pequeños diferenciales, el tamizado de órdenes de compra y venta para decidir si quería comprar algo en oferta y la comprobación de los tipos de cambio, también me dedicaba a buscar formas de reforzar la precisión del índice. El nivel del mar sube en las Filipinas dos centímetros, un montón, la gente sucumbe al pánico, pero no se da cuenta del tifón que empieza a tomar cuerpo a mil kilómetros al sur: tómate un tiempo para comprar su miedo, antes de ajustar el índice para registrar la explicación. Geofinanzas de alta frecuencia, ¡el juego más grande de todos!

En algún momento de esa onírica sesión de Bolsa, interrumpida en el mundo real debido a la breve necesidad de orinar y comer algo, el cuadro de diálogo de la esquina inferior izquierda de mi pantalla parpadeó para revelarme que había recibido un mensaje de mi amigo Xi, un operador de Shanghái.

¡Qué pasa, señor de las intermareas! Menudo pde anoche, ¿qué ha pasado?

Ni idea —tecleé—. ¿Dónde puedo verlo?

BC

Bien, la Bolsa de Chicago es el mayor centro de especulación de derivados del planeta, así que el hecho de que el picotazo fugaz hubiese sido allí no me decía gran cosa, pero una mirada más detenida me reveló que toda la Bolsa había sufrido una drástica sacudida alrededor de la medianoche, lo

que daba a entender que Shanghái era el epicentro del acontecimiento. Todos los valores habían perdido un par de puntos, lo suficiente para convertir las ganancias en pérdidas. Pero, un segundo después, se produjo una subida igual de instantánea. Como una picadura de mosquito que solo notas cuando te empieza a picar, más tarde.

¿Qué cojones fue eso? —le escribí a Xi.

¡Exactamundo! ¿Un terremoto? ¿Una onda gravitacional? Tú eres el señor de la intermareas, ¡ilumíname!

LHSPPNP —respondí. Lo haría si pudiera, pero no puedo. Era algo que los operadores nos decíamos entre nosotros a todas horas, ya fuese en serio o a modo de excusa. En esta ocasión, iba en serio. No podía explicar la picadura, y además había asuntos acuciantes que reclamaban mi atención ahora que la jornada se agotaba. La luz del Manhattan real que había al otro lado de mi ventana se había trasladado de derecha a izquierda, Europa había cerrado, Asia estaba a punto de abrir, había que hacer ajustes y cerrar acuerdos. Yo no era de esos operadores que dejan los libros pulcros al final de la jornada, pero sí me gustaba cerrar los frentes más arriesgados en la medida de lo posible. Así que me centré en esos puntos y me afané por acabar.

Lo hice una hora más tarde. Hora de salir a los canales y sortear el tráfico mientras el sol aún brillaba sobre las aguas, de tomar el Hudson en dirección norte, olvidarse de los números y despejar la cabeza con alguna conversación. Día pasado, dólar ganado. En realidad unos sesenta mil, a tenor de lo que marcaba una pequeña barra de programa en la esquina superior derecha de mi pantalla.

Mi opción para el barco era a las cuatro, pero pude anticiparla con una llamada a las 15.55 h, y para cuando había bajado al embarcadero, el barco ya estaba en el agua, listo para zarpar. A su lado estaba el maestro del muelle, que sonrió al recibir la propina.

—¡Mi Franklin, Franklin! —dijo como de costumbre.

Odio esperar.

Salí al concurrido canal. Las otras embarcaciones del distrito financiero eran mayoritariamente taxis acuáticos y barcos particulares, como el mío, pero también podían verse voluminosos y viejos vapores gruñendo de muelle en muelle, atestados de trabajadores que salían a última hora de la jornada. Tuve que agudizar los sentidos para atravesar entradas, cruzar estelas, angular contra los vacíos y recortar esquinas. Cuando dos vapores se entrecruzan, tienen el detalle de aminorar para reducir sus respectivas estelas. Las embarcaciones particulares, sin embargo, aceleran. En la hora punta puedes acabar realmente mojado, pero mi cabina tiene una cúpula de cristal abatible, de modo que si las cosas se salen de madre, puedo usarla en cualquier momento. Esa tarde cogí Malden hasta Church y luego Warren hasta el Hudson.

Y luego hacia el gran río. A última hora de un día de otoño, las aguas negras recubrían la marea creciente mientras el sol les arrancaba destellos en una columna luminosa justo frente a mí. Al otro lado del río, los superrascacielos de Hoboken se antojaban una extensión irregular al sur de las Palisades, negros bajo nubes de fondo rosáceo. En el lado de Manhattan, los muelles estaban atestados de gente que salía del trabajo y se iba de fiesta. El muelle 57 se había puesto de moda entre un grupo que conocía, así que navegué hacia el puerto deportivo al sur de allí, caro pero muy práctico, amarré y me dispuse a unirme a la fiesta. Cigarros, whisky y contemplar mujeres en el atardecer del río; estaba aprendiendo a disfrutar de esas cosas, porque de niño solo había conocido atardeceres en el campo.

Me acababa de reunir con mi grupo de conocidos cuando una mujer de pelo negro, brillante como el ala de un cuervo bajo la luz del atardecer, se acercó al gurú de los *hedge funds* Pierre Wrembel. No le quitaba la mirada de encima mientras le regalaba el oído al poderoso con veleidades, una táctica probablemente más frecuente que hacerlo con verdades, pero también mucho más eficaz. Tenía los hombros anchos, los brazos musculosos y unas tetas bonitas. Era estupenda. Me abrí paso por los meandros de gente hasta el bar, donde pedí el mismo vino blanco que ella. En ocasiones como esta, lo mejor es acercarte dando rodeos y asegurarte de que tu primera impresión no era errónea. Puedes averiguar muchas cosas si sabes cómo mirar, o eso creo,

porque en realidad no sé cómo lo hago. Pero lo intento. ¿Se mostraba amistosa, cohibida, cauta, relajada? ¿Era compatible con alguien como yo? Lo mejor es saber esas cosas con la mayor antelación posible. Tampoco es que charlar con una mujer tan atractiva fuese una pérdida de tiempo, por supuesto, claro que no, pero quería estar lo más seguro posible antes de entrarle, porque soy proclive a quedarme en blanco tras el impacto de la mirada directa de una mujer. Se me da infinitamente mejor una jornada de operaciones en Bolsa que deducir intenciones femeninas, pero me sé mis trucos y trato de allanarme el camino siempre que puedo.

Además, acercarme dando rodeos me permitió decidir si realmente me gustaba su aspecto. Porque, a primera vista, me gustan todas las mujeres. Tiendo a decir que todas son preciosas a su manera, y suelo vagar por los bares de Nueva York admirándolas a todas. Es una ciudad llena de mujeres preciosas. Vaya si lo es.

Y en mi opinión, cuando miras el rostro de las personas, ves su carácter. Da miedo: todos vamos desnudos en ese sentido. No solo literalmente, en el sentido de que no nos cubramos con ropa, sino figuradamente, como si de alguna manera nuestro auténtico carácter quedara estampado en nuestra frente como si fuese un mapa. Un mapa evidente de nuestra alma; no creo que sea apropiado, a decir verdad. Es como vivir en una colonia nudista. Debe de ser algo evolutivo, algo adaptativo, sin duda, pero cuando me miro al espejo a menudo desearía ser más guapo, entendiendo por ello, supongo, tener una personalidad que me guste más. Y cuando miro a mi alrededor, me digo: «¡Oh, no! ¡Demasiada información! ¡Deberíamos ponernos velo, como las mujeres musulmanas, y enseñar solo los ojos!».

Los de esta mujer eran avellana o marrones, no estaba seguro todavía. Me acoplé en la barra, pedí mi copa de vino blanco y paseé la mirada en derredor, describiendo un patrón que siempre acababa volviendo a ella. Cuando nuestras miradas coincidieron, porque en un bar todo el mundo pasea la mirada, yo estaba hablando con el barman, mi amigo Enkidu, que aseguraba ser asirio de pura cepa, se hacía llamar Inky y tenía los antebrazos cubiertos de antiguos tatuajes verdes mal hechos. ¿Popeye? ¿Una lata de espinacas? Nunca lo decía. Vio lo que yo estaba haciendo y se limitó a servir bebidas al

tiempo que otorgaba a mi furtiva mirada una coartada dedicándome una florida charla. Sí, la marea subiría en tres horas. Más tarde soltaría amarras y se iría flotando hasta Staten Island sin siquiera encender el motor. La mejor parte del día: el ocaso bajo las emborronadas estrellas, con las luces reflejadas sobre el agua, la corriente menguante, la noche iluminada por las desnudas torres de Staten, todo eso. Seguimos así, mirando alrededor o trabajando, bebiendo o hablando. Oh, vaya, sí que era guapa. Postura majestuosa, como una jugadora de voleibol a punto de dejar la cancha. Como una torre suave y desenvuelta, justo delante de mí.

Al ver que se reunía con mi grupo de conocidos, me deslicé hasta allí para saludar a todo el mundo y mi amiga Amanda me presentó a los que aún no conocía: John y Ray, Evgenia y Paula; y la majestuosa, que respondía al nombre de Joanna.

—Encantado de conocerte, Joanna —le dije.

Ella asintió con mirada divertida y Evie dijo:

—Vamos, Amanda, ¡ya sabes que a Jojo no le gusta que la llamen Joanna!

—Pues encantado de conocerte, Jojo —me corregí, mientras propinaba un suave codazo a Amanda en las costillas.

Bien: Jojo sonrió. Tenía una sonrisa bonita. Sus ojos eran marrón claro y sus iris parecían contener una caleidoscópica mezcla de marrones. Le devolví la sonrisa mientras trataba de recuperarme del impacto de tanta belleza. Traté de parecer tranquilo. «Vamos —me dije con cierta desesperación—, esto es justo lo que las mujeres bellas ven y desprecian en los hombres: ese momento de ahogarse en el remolino de la admiración boba. ¡Estate tranquilo!».

Lo intenté. Amanda me ayudó devolviéndome el codazo y quejándose sobre alguna opción de compra que yo había colocado en el mercado de bonos de Hong Kong, siguiendo su pista pero multiplicándola por diez. Me pregunté si aquello me ayudaría o me reduciría a una parodia. Podía pasarme todo el día hablando de esas cosas, y Amanda y yo nos conocíamos desde hacía meses y estábamos acostumbrados el uno al otro. Ella también era preciosa, pero no de mi tipo, digamos. Ya habíamos sondeado lo que había

que sondear entre ambos, en un proceso formado por unas cuantas cenas y una sola noche de cama, por desgracia. No fue decisión mía, pero tampoco sentí que se me partiera el corazón cuando ella optó por los negocios y decidió que cada uno se fuera por su camino. Evidentemente, siempre me gustará cualquier mujer con la que me haya acostado, siempre que no seamos pareja y nos profesemos odio eterno. Pero la afinidad es una cosa curiosa.

—Ah, es toda una PJA —le dijo Evie a John.

—¿PJA? —dudó él.

—¡Vamos! ¡Una princesa judeoamericana, so ignorante! ¿Dónde te has criado?

—En Solterolandia —bromeó John y todos nos echamos unas risas.

—¿En serio? —exclamó Evie.

John meneó la cabeza mientras esbozaba una sonrisa traviesa.

—En Laramie, Wyoming, a decir verdad.

Más risas.

—¿Eso existe de verdad? Creía que era un invento de la tele.

—¡Es de verdad! Ahora que los búfalos están de vuelta, es más grande que nunca. Dominamos los mercados de futuros del búfalo.

—Tú sí que eres un búfalo.

—Lo soy.

—¿Sabes en qué se diferencian una PJA y un espagueti?

—No.

—¡En que los espaguetis se mueven cuando te los comes!

Más risas. Estaban bastante bebidos. Eso podía ser bueno. Jojo estaba un poco contenta, pero no bebida, y yo ni eso. Nunca me emborracho, salvo por accidente, pero si ando con cuidado no paso del mareílo. Me puedo estar con un solo whisky de malta durante una hora y luego pasar al ginger ale manteniendo la compostura. Jojo parecía seguir el mismo método; después del vino se tomó una tónica. Eso era bueno hasta cierto punto. Toda mujer necesita desmelenarse un poco. Crucé la mirada con ella e indiqué el bar con la barbilla.

—¿Te pido algo?

Se lo pensó. Cada vez me gustaba más.

—Sí, pero no sé el qué —respondió—. Te acompaño.

—Mi amigo Inky nos sugerirá algo —le aseguré.

Ay, Dios, ¡me estaba volviendo loco! El corazón se me salía por la boca.

Llegamos junto a la barra. Ella era un poco más alta que yo a pesar de no llevar tacones. Casi me desmayo al darme cuenta y me acodé en la barra para mantenerme erguido. Me gustan las mujeres altas, y la cintura de esta me llegaba casi a la altura del esternón. Las mujeres solían ponerse tacones para parecer como ella. Ay, Dios.

Inky se dejó caer y nos sirvió un brebaje exótico que él mismo nos había recomendado. Un poco de esto y de aquello otro. Sabía a ponche de fruta amarga. Llevaba crema de casis.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó mientras me miraba de hito en hito.

—Franklin Garr.

—¿Franklin? ¿No Frank a secas?

—Franklin.

—¿Como Roosevelt?

—En realidad como Benjamin Franklin. El héroe de mi madre. Era un poco mentiroso, y mi trabajo requiere algo de eso.

—¿Qué eres, periodista?

—Inversor especulativo.

—¡Como yo!

Nos quedamos mirándonos el uno al otro y compartimos una sonrisa de complicidad.

—¿Dónde?

—En Eldorado.

Caramba, uno de los gordos.

—¿Y tú? —preguntó.

—WaterPrice —repuse, feliz de que también fuésemos importantes.

Charlamos del tema un rato, compartiendo notas sobre ubicaciones de los edificios, espacio de trabajo, colegas, jefes, análisis cuantitativos. Entonces ella frunció el ceño.

—Oye, ¿viste lo que pasó ayer en la BC?

—Claro.

—¿Viste el fallo? ¿Cómo persistió durante un instante? —Reparó en mi mirada de sorpresa y añadió—: ¡Lo viste!

—Sí —admití—. ¿Qué era? ¿Lo sabes?

—No. Esperaba que me lo dijeras tú.

Tuve que sacudir la cabeza para reordenar mis pensamientos. Seguía siendo un misterio.

—¿Se colaría algún *tweaker*?

—Pero ¿cómo? O sea, esas cosas pueden pasar en China, o aquí, ¿pero en la BC?

—Lo sé —admití encogiéndome de hombros—. Un misterio.

Ella asintió mientras daba un sorbo al ponche.

—De haber durado más, habría llamado mucho la atención.

—Cierto.

Como para provocar el fin del mundo, pero no quería señalarlo; no quería burlarme de ella demasiado pronto.

—Pero puede que no fuese más que otro picotazo fugaz.

—Bueno, fugaz sí que ha sido. A lo mejor era alguien probando algo.

—Es posible —dije, dando vueltas a la idea.

Tras un instante de silenciosa meditación, nos vimos obligados a derivar la conversación hacia otros derroteros. Había demasiado bullicio para pensar, y las conversaciones eran más entretenidas cuando podías escuchar a la otra persona sin tener que gritar. Era momento de volver a lo básico, pero ella también se estaba acabando la copa y a punto de entrar en la modalidad de «lo tomas o lo dejas», o esa impresión me dio su aura. No quería fastidiarla; esto no iba a ser rápido, ni yo deseaba que lo fuese, de modo que había que echar mano del tacto, y yo puedo tener mucho tacto, o al menos puedo probar.

—Oye, ¿te gustaría salir a cenar algún viernes?

—Claro, ¿dónde?

—En algún lugar sobre el nivel del agua.

Eso la hizo sonreír.

—Buena idea.

—¿Este viernes?

—Claro.

Las ventanas dividen el gran infierno de la ciudad en  
infiernos más pequeños  
—Vladimir Mayakovsky

De ahora en adelante, cada edificio pugnaré por ser «una  
ciudad dentro de la ciudad».  
—Rem Koolhaas

En la ilustración de 1908 *Sueño de Nueva York*, obra de  
King, la ciudad del futuro es imaginada como varias  
agrupaciones de rascacielos interconectados por pasarelas  
aéreas, con dirigibles zarpando de mástiles de amarre y  
aeronaves y globos flotando por encima. El punto de vista  
se encuentra por encima y hacia el sur de la ciudad.

Mientras trabajaba como detective en Nueva York,  
Dashiell Hammett recibió el encargo de encontrar una  
noria que había sido robada el año antes en Sacramento.

## d) Vlade

El pequeño apartamento de Vlade estaba situado en la parte trasera de la oficina del embarcadero y se accedía a él mediante un tramo de anchas escaleras. Las habitaciones habían formado parte de la despensa de la cocina en los días en los que el edificio era un hotel, y ahora permanecían bastante por debajo del nivel del mar incluso durante la marea baja. A Vlade no le importaba. La protección de las plantas sumergidas era una de sus principales responsabilidades en el edificio, un trabajo interesante y bien valorado por sus ocupantes, a pesar de darlo por sentado cuando no había problemas. Pero el trabajo con el agua no se acababa nunca y jamás menguaba su importancia. Así que había desarrollado una suerte de orgullo por dormir allí abajo y se sentía como el carpintero que habita en lo más hondo de la bodega de un gran buque.

Los métodos para mantener a raya el agua no dejaban de mejorar. En la actualidad, Vlade estaba trabajando con la asociación local para la impermeabilización, con un equipo que había levantado el dique en el lado del edificio que daba a Madison Square, para volver a sellar sus paredes y la antigua acera. Había que evitar las jaulas de acuicultura que cubrían el lecho del *bacino*, lo que dificultaba considerablemente los trabajos, pero el equipamiento, fabricado en Holanda, era capaz de angularse y contraerse para darles un espacio de trabajo decente. Luego estaban las nuevas bombas, los secadores, esterilizadores, selladores..., todos mejores que nunca, a pesar de que aquella misma cuadrilla de trabajo los había cambiado apenas cuatro años antes. Tenía sentido, tal como señalaba Ettore, el supervisor del Flatiron:

aquel trabajo era la piedra angular de todo edificio con los pies en el agua. Pero Vlade seguía pensando que las cosas iban todo lo bien que podían ir. Ettore y los demás se reían de él cuando lo decía. Ese eres tú, Vlade. Formaban un buen grupo. Los supervisores de los edificios del bajo Manhattan formaban una especie de club, una maraña de asociaciones de ayuda mutua y cooperativas que se entrelazaban para conformar su propia sociedad a partir de la vida intermareas. Un montón de quejas compartidas sobre todo tipo de cosas, como que te paguen en *wetbits* y collares de bloque (o torques, como los llaman algunos) ya que básicamente tenían una especie de contrato con el edificio, una forma elegante de decir pensión completa. La gente siempre se quejaba, pero a pesar de tanto lamento, eran unas personas alegres que ayudaban a Vlade a mantenerse lejos de las profundidades.

Ese día era prácticamente de noche cuando despertó. La luz verdosa del despertador apenas iluminaba. Se quedó escuchando un instante. No se oía más líquido en movimiento que su propia sangre, en su perezoso desplazamiento por todo su cuerpo. Mareas interiores, sí. Marea baja, como casi todas las mañanas.

Se incorporó y encendió la luz de la habitación. La pantalla del edificio indicaba que todo estaba en orden. Seco hasta los cimientos: muy satisfactorio. E igual en el edificio norte, o casi: una grieta aún por identificar estaba provocando filtraciones en los cimientos, lo cual resultaba sumamente fastidioso. Pero acabaría dando con ella.

Había dormido cuatro horas, como de costumbre. Era todo el tiempo que el edificio y sus pesadillas le permitían. Era parte de su marea baja. Nada que hacer, aparte de levantarse y volver al trabajo. Volvió al embarcadero para ayudar a Su a poner las patrulleras en el agua y sacarlas al canal. Tenían seis ascensores allí y el ordenador local les proporcionaba un buen algoritmo secuencial. La intervención humana solo era necesaria a la hora de aplacar a los propietarios si se retrasaba la hora de salida. Incluso un minuto podía provocar una respuesta negativa. Ah, sí, lo sentimos mucho, doctor, ya lo sabemos, una reunión importante, pero se ha soltado una eslinga en la proa del *James Caird* y parece una bañera. Y no es que la embarcación del doctor no fuese una chatarra también, pero da igual, es el bálsamo de la

conversación, todo irá bien. Todos los que quisieran salir por la puerta sin estresarse podrían hacerlo. Pero también era verdad que mucha gente necesita su dosis de confrontación diaria para aliviar a saber qué abyecto picor. En tales casos, Vlade les hacía entender que en él no encontrarían la pared del frontón.

Su se alegró de verlo, ya que Mac había recibido una llamada por su taxi acuático y quería el trabajo. Esto alteró la secuencia de salidas y hubo que buscar un poco para encontrar una alternativa que equilibrase la necesidad de Mac con la solicitud de Antonio de salir a las cinco y cuarto de la mañana. Las pequeñas cosas como esas ponían nerviosa a Su; él era un tipo cauto.

Luego apareció la inspectora Gen. Toda una veterana del departamento de policía de Nueva York y ferviente defensora del centro cuando estaba en la zona alta. Solía recorrer andando los puentes volantes hasta la comisaría de la calle Veinte, y hasta el día anterior no parecía saber quién era Vlade. Nunca habían cruzado palabra, pero durante la cena lo acribilló a preguntas sobre los sistemas de seguridad del edificio. Conocía al proveedor local que había contratado para instalar el sistema y, en general, comprendía los pormenores de mantener la vigilancia en un edificio. Sin sorpresas por ese lado.

Se saludaron y ella dijo:

—Quería hacerle más preguntas sobre los dos desaparecidos.

Vlade asintió sin demasiado entusiasmo.

—Ralph Muttchopf y Jeff Rosen.

—Eso es. ¿Hablaban mucho con ellos?

—Algo. Parecían neoyorquinos. Siempre estaban tecleando en sus terminales cuando subía por allí. Trabajaban duro.

—¿Trabajaban duro, pero vivían en un hotelo?

—No sé nada de eso.

—Entonces, ¿nadie del consejo le había dicho nada sobre ellos?

Vlade se encogió de hombros.

—Mi trabajo es que el edificio siga funcionando. La gente que viva en él no es cosa mía. O eso es lo que me da a entender Charlotte.

—De acuerdo. Pero hágame saber si oye hablar de esas personas.

—Descuide.

La inspectora se fue. Vlade sintió cierto alivio al verla marchar. Aquella mujer de color, alta, más bien corpulenta, de mirada afilada y modales reservados era un punto más de presión en el extraño fallo de sus cámaras de seguridad. Estaba claro que necesitaba que la empresa de seguridad que había instalado el sistema viniese a hacer comprobaciones. Como con tantas otras cosas, necesitaba echar mano del servicio técnico cuando él no podía ir más allá. Estaba claro que la función del supervisor de un edificio implicaba supervisar. Contaba con noventa y ocho empleados. Ella lo comprendería. Seguro que a ella le ocurría algo parecido.

Cruzó el paseo marítimo que conducía hasta la puerta del embarcadero que daba al muelle del *bacino*, aún cubierto por la sombra matutina del edificio. Allí, la aparición de una pequeña mano palpando desde el borde del muelle en busca del pan rancio que dejaban allí no le sorprendió.

—¡Eh, ratas de agua! ¡Dejad de robar la comida de los patos!

Dos chavales que a menudo veía merodeando por el *bacino* asomaron la cabeza desde el borde del muelle. Iban en su pequeña zodiac, que apenas ocupaba el espacio entre los pontones, lo que les permitía ocultarla debajo del muelle.

—¿En qué lío os habéis metido hoy, chicos?

Había llegado a la conclusión de que vivían en su barca. Muchas ratas de agua lo hacían, independientemente de la edad.

—Hola, señor Vlade. Hoy no nos hemos metido en ningún lío — respondió el más bajo a través de los tablones del muelle.

—Aún —añadió el otro. Todo un dúo cómico.

—Pues entonces subid aquí y decidme lo que queréis —dijo Vlade, con los pensamientos aún puestos en la policía—. Sé que queréis algo.

Sacaron su barca de debajo del muelle y la usaron para encaramarse a los tablones con una sonrisa nerviosa.

El más bajo fue el primero en hablar:

—Nos preguntábamos si sabría cuándo volverá por aquí Amelia Black.

—Supongo que pronto —repuso Vlade—. Ha salido para filmar uno de sus programas para la nube.

—Lo sabemos. ¿Podríamos verlo en su pantalla, señor Vlade? Tenemos

entendido que ha visto unos osos pardos.

—Lo que queréis es verle el culo —puntualizó Vlade.

—Como todo el mundo, ¿no?

Vlade asintió. Ciertamente parecía un aspecto importante en la popularidad de su programa.

—Pero ahora no, chicos. Tengo trabajo que hacer. Podéis mirarlo después. Ahora, largaos.

Echó un vistazo en su oficina y encontró un paquete de ensalada de pasta que había sacado de la cocina y nunca había llegado a comerse.

—Eh, llevaos esto. Para las ratas de agua.

—¡Creíamos que esas éramos nosotros! —dijo el más alto.

—A eso se refería —dijo el más bajo, y le arrancó el paquete a Vlade de las manos antes de darle la posibilidad de pensárselo dos veces—. Gracias, señor.

—De nada. Y ahora, fuera.

Nueva York se encuentra en un constante estado de mutación. Si cabe la posibilidad de comparar una ciudad con un líquido, podría decirse que Nueva York es fluida:

fluye.

observó Carl Van Vechten

Colocaron unos calefactores en el empinado tejado del Edificio Chrysler para evitar que se formara hielo que luego pudiera precipitarse sobre la avenida Lexington con resultados funestos, pero tras el Segundo Pulso la gente se olvidó de la existencia de este sistema. Y entonces...

## e) un ciudadano

Nueva York, Nueva York es una bahía del demonio. Henry Hudson navegó por ella y vio una brecha en la costa, entre dos colinas, justo en la zona más profunda de la ensenada que estaban explorando. Una ensenada es como una hendidura en la línea de costa demasiado ancha y abierta como para llamarse bahía, hasta el punto de que se puede salir navegando de ella prácticamente sin cambiar de rumbo. Si este rollo de jerga marítima anticuada te importa un bledo, que te den. Navega hasta una o dos páginas más adelante para seguir espionando las mezquindades de los insignificantes primates que se arrastran o reman por esta gran bahía. Si te parece bien ver el panorama completo, la auténtica verdad, sigue leyendo.

La ensenada de Nueva York forma un ángulo de casi noventa grados donde la costa de Jersey, que discurre más menos de norte a sur, se encuentra con Long Island, que sigue un eje este-oeste, y justo ahí, en el recodo, está la hendidura. Tiene apenas un kilómetro de ancho, y una vez en su interior, a ser posible con marea alta (ya que así es mucho más fácil), al igual que Hudson llegarás a una descomunal bahía que no se parece a nada que hayas visto antes. La gente lo llama río, pero es mucho más que un río, es un fiordo, o un estuario si es que eres de los que se la cogen con papel de fumar con los temas geológicos. Era como un goteo procedente del casquete polar que coronaba el mundo en la Era Glaciar, monstruoso hasta el punto de que Long Island no es más que una de sus morrenas. Cuando se derritió el gran monstruo de hielo, hace diez mil años, el nivel del mar subió más de noventa metros. El Atlántico se vino arriba e inundó todos los valles de la costa este,

como puede verse claramente en cualquier mapa, y en el proceso el océano se comió el Hudson, al igual que el valle que separa Nueva Inglaterra y la morrena de Long Island, dando lugar al estrecho de Long Island, y luego al río East y a todo el entramado de ciénagas, arroyos y carreras de mareas que conforman actualmente nuestra bahía en cuestión.

En este gran estuario quedan restos de riscos de vieja y sólida roca, escuálidas extensiones de colinas bajas, ahora penínsulas. Una de ellas discurre hacia el sur por el extremo oeste de la bahía, separando el Hudson de las Meadowlands: son las Palisades y Hoboken, orientadas hacia el montón de tierra que es Long Island. Otra afianza la morrena de Long Island, adentrándose en ángulo desde el este: ahí está Brooklyn Heights. La tercera va hacia el sur por el centro de la bahía, y debido al pantano que recorta su extremo norte se considera técnicamente una isla: rocosa, con colinas, bosques, prados y charcas. Eso es Manhattan.

¿Bosques? Vale, ahora es un bosque de rascacielos. Una ciudad tal, que al mirarla había que hacer un esfuerzo para verla como un estuario. Desde las inundaciones, la tarea se ha simplificado, porque a pesar de que ya era una costa inundada, ahora lo es más que nunca. Quince metros de aumento en el nivel del mar significan una bahía mucho más ancha, de corrientes más confusas; un Hell Gate más infernal que nunca; un río Harlem que ha pasado de canal navegable a loca carrera de mareas; unas Meadowlands reconvertidas en un mar poco profundo, como Brooklyn, Queens y el sur del Bronx, con sus venenosas y prismáticas aguas oleosas yendo y viniendo a merced de las mareas. Sí, un auténtico caos de bahía, contaminada aún por los restos de puentes anegados, tuberías y chatarra esclerótica de infraestructuras en descomposición. Y así es que los animales han vuelto: los peces, las aves, las ostras, buena parte de ellos con dos cabezas y letales si te los comes, pero de vuelta al fin y al cabo. La gente también ha vuelto, aunque nunca se fue. Siguen en todas partes, como cucarachas de las que es imposible desembarazarse. Y aun así, al resto de animales su presencia les trae sin cuidado. Nadan por ahí viviendo sus vidas, hurgando en la basura, depredando, curioseando y rondando mientras tratan de evitar a la gente, como haría cualquier neoyorquino.

De modo que sigue siendo Nueva York. La gente es sencillamente incapaz de darla por perdida. Es lo que los economistas llamaban antes la tiranía de los costes irrecuperables: cuando has invertido demasiado tiempo y dinero en un proyecto, resulta imposible tragarte las pérdidas y pasar a otra cosa. Te ves obligado por la naturaleza de la situación a seguir inyectando pasta, obsesionarte, reforzar y redoblar tu compromiso y convertirte en el enloquecido y farfullante morador de un apartamento, incapaz de imaginar siquiera que podrías dejar la ciudad. Perseveras hacia la muerte, convertido en un neoyorquino monomaniático hasta la tumba.

Debajo de toda la mierda humana, la isla también persevera. Al principio era conocida por sus colinas y estanques, pero han talado las colinas y han inundado los estanques con el suelo de las colinas amputadas para obtener el terreno de edificación más llano posible, tratando de paso de mejorar la circulación. No es que haya servido de mucho, pero bueno, desaparecido todo, ha quedado muy llano, si bien las inundaciones del siglo XXI han revelado una cosa bastante relevante: y es que el bajo Manhattan es mucho más bajo que el alto Manhattan, a razón de unos quince metros verticales de media. Y eso sí que ha supuesto toda una diferencia. Las inundaciones afectaron la bahía de Nueva York y a toda ciudad costera del mundo, especialmente tras las dos grandes oleadas que subieron quince metros el nivel del mar y sumergieron el bajo Manhattan, dejando el alto en la superficie. ¡Es increíble que pasen estas cosas! ¿De verdad había tanto hielo como para producir tanta agua? Pues va a ser que sí.

Y entonces llegaron el Primer Pulso y el Segundo Pulso, con sendas décadas completas de psicodrama, un colapso histórico, una quiebra social, una pesadilla de refugiados, una ecocatástrofe, la locura colectiva a escala planetaria. El Antropocidio, la Hidrocatástrofe, la Georrevolución. Pero también importantes y nuevas oportunidades de inversión y, oh Dios, la necesidad de un Estado policial que controlase a las masas mediante una nueva y draconiana legislación y unas prácticas de facto que algunos vinieron a llamar «egiptificación del mundo». Pero no entraremos en eso ahora, que es pesimista y derrotista, y sería más apropiado para los melodramas que describen los destinos individuales de las décadas húmedas que para este

vistazo general que estamos haciendo.

Volviendo a la isla propiamente dicha, al *locus omphalos* de nuestra manía mutua: la mitad sur, desde aproximadamente la calle Cuarenta hasta Battery, estaba permanentemente inundada hasta la segunda o tercera planta de cada edificio que no se pudrió o derrumbó inmediatamente. Al norte de la Cuarenta y dos, buena parte del lado oeste se mantuvo por encima de los quince metros de subida del nivel del mar. En el este, el agua cubría amplias extensiones de Harlem y del Bronx, así como la gran pendiente de la calle 125, que la gente seguía molestándose en rellenar con vertidos, ya que resultaba de lo más inconveniente que el extremo norte de la isla estuviese cortado, sobre todo cuando los Cloisters y el Inwood Hill Park demostraron ser los puntos más elevados de los alrededores y la región de la bahía en conjunto. Había que mirar hacia las Palisades, Staten Island o Brooklyn Heights para ver algo tan elevado como la punta más septentrional de Manhattan. Y, dado que esa franja que formaba la mitad norte de la isla permanecía por encima de las aguas, resultó natural que los habitantes de las barriadas inundadas buscaran refugio allí con afán obsesivo. Era como el centro en los siglos XIX y XX. ¡La zona de los Cloisters, capital del siglo XXII! O eso les gustaba imaginarse ahí arriba. El constante flujo hacia el norte permite pronosticar que, dentro de otro siglo o dos, toda la acción se desplazará a Yonkers o el condado de Westchester, así que comprad terrenos allí ahora, aunque podéis demandar a este comentarista si os dice que ni de puta coña. Pero la gente ya lo ha dicho antes. Por ahora, el norte de Manhattan es la capital de capitales, el centro de pruebas para los nuevos materiales compuestos para la construcción de rascacielos, materiales inventados para los cables de un ascensor espacial que está lejos de convertirse en realidad, pero que, entretanto, es ideal para rascacielos de trescientas plantas que rasgan las nubes de tal manera que, cuando te encuentras en los más altos, en una de esas terrazas que te provocan hemorragias nasales mientras intentas conquistar tu miedo a las alturas mirando al sur, el centro parece un tren de juguete que algún niño hubiera abandonado en un sótano inundado. Desde esas terrazas se podría golpear la luna con un bate.

Y así es como sigue funcionando Nueva York. Los rascacielos, la gente y lo demás. La nueva Jerusalén, en sus manifestaciones tanto inglesa como judía, colisión extraña de dos sueños étnicos para crear, en la vibración de su patrón de interferencia, la ciudad sobre la colina, la ciudad en la isla, la nueva Roma, la capital del siglo XX, la capital del mundo, la capital de capitales, el centro incontestable del planeta, el iceberg de diamante entre dos ríos, la ciudad más concurrida, ruidosa, creciente, avanzada, cosmopolita, guay, deseable y fotogénica, el sol en el centro de toda riqueza universal, el centro del universo, el punto de partida del Big Bang.

Y también la capital de las expectativas, ¿no crees? Madison Avenue te vende lo que sea, ¡incluida la fraudulenta lista arriba mencionada! Y sí, también la capital de las sandeces, de las chorradas, de los mierdas que van restregándose por ahí fingiendo ser algo especial sin aportar ningún cambio real al mundo, sino más bien chupando del bote como en cualquier otra megalópolis del planeta desquiciada con el dinero. Y pienso especialmente en los que viven en las costas, en los antaño importantes centros comerciales, ahora completamente desahuciados. Pero *toujours gai, archy, toujours gai*, y al igual que la mayoría de ciudades costeras, ha salido cojeando lo mejor que ha podido. La gente sigue viviendo aquí, por mal que esté la cosa; es más, la gente sigue llegando a pesar de la estupidez suicida que entraña eso, como si entrasen voluntariamente al infierno. La gente es como los *lemmings*, mamíferos con instintos de manada muy similares a las vacas. En pocas palabras: unos imbéciles.

Así que no tiene nada de especial esta *Nuevayó* nuestra. Y aun así... Y aun así, y aun así, y aun así. A lo mejor tiene algo. Difícil de creer, difícil de admitir en un lugar tan coñazo, tan lleno de gilipollas arrogantes. No hay razón para que tenga nada especial, salvo la coincidencia, la mera suerte de la orografía, la bahía y la ensenada, la suerte del reparto de cartas, el espacio y el tiempo cuajados en una historia. El haber cobrado existencia en el momento preciso, engendrando por accidente la cabeza, las entrañas y los tumescentes genitales del sueño americano: el imán de los soñadores desesperados, la ciudad de los inmigrantes, el pueblo hecho de otros pueblos, pueblos muy groseros, a menudo formados por idiotas vociferantes y sucios,

pero decididos a ocuparse de sus propios asuntos sin meter las narices en los del vecino. Muchos extraños que entrechocaban, se esquivaban y se gritaban otras veces, pero sobre todo se ignoraban, casi afables podría decirse, empleando esa habilidad, perfeccionada por la ciudad, de mirar por encima o a través de los demás, de no ver a los demás, relegando las muchedumbres a meros tapices de fondo contra los que desarrollar la propia vida, morbosos telones de fondo que brindan un falso sentido del drama para que uno se crea que puede obtener más de lo que sacaría en cualquier pueblo adormecido de Denver o vaya usted a saber dónde. Nueva York, el gran escenario... Pues sí, a lo mejor tiene algo.

En cualquier caso, ahí está, ocupando la gran bahía, ajena a lo que creas o pienses de ella, despuntando sobre el agua como un lecho alargado de erizos de mar venenosos al que se aferran los soñadores como si de una precaria balsa se tratase; su único refugio en el vasto y ventoso piélago, boqueando como Aquaman en uno de esos momentos de falsa catástrofe en los que parece imposible que hasta un superhéroe sobreviva. Soñadores que siguen viviendo en sus sueños febriles de éxito y gloria. Si lo consigues aquí, lo conseguirás en cualquier parte. ¡Puede que incluso en Denver!

En 1924, Hubert Fauntleroy Julian, «Águila Negra», primer negro en obtener una licencia de vuelo, se lanzó en paracaídas sobre Harlem disfrazado de diablo y tocando el saxofón. Más tarde voló a Europa y desafió a Hermann Goering a un duelo aéreo.

Un pigmeo llamado Ota Benga fue exhibido durante un mes en la casa de primates del Zoo del Bronx. 1906.

Como buenos estadounidenses, carecíamos de ideología.  
—Abbie Hoffman

## f) Amelia

Una de las rutas aéreas favoritas de Amelia Black discurría desde Montana hacia el este, por el río Missouri, al sur hacia los Ozarks y luego al este hacia Kentucky, atravesando la laguna de Delaware y los pinares yermos, con una fugaz salida al mar antes de llegar a Nueva York. Durante toda esta travesía, su aeronave, la *Migración Asistida*, sobrevolaba hábitats de fauna salvaje y corredores de aericultura, y si se mantenía a una altitud relativamente baja (como era el caso), los indicios de la presencia humana apenas eran perceptibles. Si acaso, estaban desperdigados, o arracimados como un cúmulo de luces en el horizonte nocturno. Había muchas más aeronaves en el cielo, desde vehículos personales, como el suyo, hasta dirigibles de carga y aeropoblados en rotación, pasando por toda clase de tipologías intermedias. Puede que los cielos parecieran muy concurridos, pero debajo, Estados Unidos se presentaba tan desierto como hacía cincuenta mil años.

Pero eso no era verdad ni de lejos y cuando llegase a su destino sería plenamente consciente del verdadero estado de las cosas: nada que ver con el aspecto aparentemente desierto del continente durante sus cuatro días de travesía. El programa de Amelia consistía en asistir a la migración de especies en peligro hacia zonas ecológicas donde tuvieran mayores probabilidades de sobrevivir al cambio climático. Así que la vista de aquella tierra casi desocupada a su paso, hora tras hora, era para ella un panorama bastante normal, aunque siempre un imán para la mirada. Ni ella ni su audiencia en la nube podían dar la espalda a la existencia de corredores de hábitat bien establecidos, donde los animales salvajes podían vivir,

alimentarse, reproducirse y desplazarse en cualquier dirección en que el clima los empujase. Podían migrar para sobrevivir. Y algunos de ellos eran incluso lo bastante afortunados para hacerlo en la *Migración Asistida* si iban en su dirección.

La travesía había comenzado sobre el Ecosistema Superior de Yellowstone, uno de sus lugares favoritos. Sus cámaras con ultrazoom mostraban a los espectadores rebaños de alces perseguidos por manadas de lobos y una osa parda madre con su cachorra que ya habían visto antes: Mabel y Emma. Luego llegaron a las altas llanuras, casi todas ellas desprovistas de habitantes humanos incluso antes de que se establecieran los corredores de hábitat y donde ahora proliferaban rebaños de búfalos y caballos salvajes. A continuación, las enrevesadas cumbres de los Ozarks septentrionales, verdes y complejas, seguidas por las anchas y trenzadas llanuras aluviales del Misisipi, abundantes en bandadas de aves. Aquí se había recreado tomando imágenes de un aeropoblado que descendía sobre un enorme manzano para hacer la recolección desde el cielo con un despliegue de palas y redes, y se llevaba una cosecha entera de manzanas sin llegar a tocar el suelo. Más allá, las onduladas colinas de Kentucky, donde el gran bosque de árboles de madera noble del este de Estados Unidos cubría el mundo con una interminable alfombra de hojas.

Aquí, al aproximarse a la laguna de Delaware, descendió lo bastante con la *Migración Asistida* para echar un vistazo de cerca a la ondulante e ininterrumpida cubierta de robles, nogales y olmos que dominaban el paisaje hasta donde alcanzaba la vista. La distancia máxima para disfrutar de estas vistas era de 150 metros, o más si la hermosa mujer descendía desde la góndola de la aeronave atada a una larga cuerda, con la cual podía columpiarse hacia delante y hacia atrás como una Gibson *girl* bajo un árbol, o encima de él, en este caso. Ataviada aquel día con un vestido sin mangas de color rojo, seguramente habría espectadores deseando que se entusiasmara tanto como para quitárselo y dejarlo caer planeando sobre las copas de los árboles, donde conjuntaría con algunas de las hojas cambiantes del otoño. No pensaba hacer tal cosa, había dejado atrás esa parte de su carrera, como no dejaba de repetirle a su productora Nicole. Pero el vestido la haría bien

visible. Y si se volaba un poco por encima de la cintura, bueno, esas cosas pasan.

Columpiarse sobre el mundo debajo de su aeronave era uno de los movimientos característicos de Amelia. Ahora lo estaba haciendo de nuevo, dejando la *Migración Asistida* a su muy capaz piloto automático, Frans. Se meció hacia delante y hacia atrás en el asiento del columpio, tirando fuerte de las cuerdas hasta revolotear como un péndulo sobre el infinito edredón de ondulantes hojas otoñales, disfrutando de la velocidad y la belleza del mundo visible.

Pero entonces oyó la voz de Frans a través de su pinganillo para informarle de que el motor que recogía la cuerda de vuelta a la góndola había vuelto a fallar, cosa que solía pasar cuando descendía al máximo de su extensión. Estaba atrapada en el extremo de la cuerda, ¡ay, no!

Ya había pasado antes. Los productores de Amelia le habían asegurado que el motor estaba arreglado, pero allí estaba otra vez, colgada a sesenta metros de la aeronave, justo encima de los árboles. Y lo cierto es que empezaba a tener frío. No podía hacer el resto del viaje hasta Nueva York allí colgada. ¡Tenía un problema!

Pero Amelia estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones; no en vano la llamaban Amelia Earhart. Además, estaba en constante contacto con Frans. El viento era leve, y tras unos momentos de reflexión y debate, Frans hizo descender la aeronave hasta que Amelia fue capaz de rozar con los pies las hojas y ramas más altas del dosel vegetal, dar con una de las ramas más altas de un olmo y ponerse en pie sobre ella. ¡Hurra! Allí se quedó como una dríade envuelta en follaje, alzando la mirada hacia la *Migración Asistida* y sus diversos drones-cámara con una sonrisa valiente.

—No os perdáis esto, amigos —dijo—. Creo que Frans y yo hemos dado con una solución para este problema. ¡Anda, mira, una ardilla! No sé si es roja o gris. No son tan fáciles de distinguir como insinúan sus nombres.

Frans siguió bajando hacia ella. La cuerda de la que pendía se aflojó hasta perderse entre el ramaje, hasta que la forma de la nave llenó el cielo y la góndola estuvo a punto de golpearle en la cabeza. Amelia se agachó y, tras mantener una urgente conversación con Frans, la compuerta de la góndola

descendió lentamente junto a ella, aplastando varias ramas bajo su peso hasta que ella pudo acceder al interior. Acto seguido, se deshizo del arnés y tiró de la cuerda para recuperar el columpio, no sin tener que repetir la intentona varias veces para desengancharlo de las ramas. Cuando todo estuvo dentro, ordenó a Frans que cerrase la compuerta y ganase altura mientras ella subía las escaleras para tomarse un buen chocolate caliente.

A su audiencia le había gustado aquello a tenor de la información que llegaba, si bien, como siempre, había espectadores tristes quejándose de que no se hubiera desnudado, entre los que destacaba su productora Nicole, que no dejaba de advertirle que la audiencia bajaría si no se desnudaba. Amelia pasaba de todos, y en especial de Nicole. Y siguieron volando. Lo hicieron sobre pinares achaparrados, por la costa desnuda de Nueva Jersey, que ya era una costa anegada antes de las inundaciones, hasta llegar por fin al Atlántico azul.

Así, como recordó a su audiencia, habían recorrido uno de los corredores del gran sistema que el continente compartía ahora con las ciudades y las granjas, así como con las autopistas interestatales, las vías férreas y los tendidos eléctricos. Mundos solapados, muchas capas superpuestas, una megaestructura accidental, un paisaje poscarbón, cada una de cuyas muchas redes llevaba a cabo sus funciones a grandes distancias. Los corredores de hábitat proporcionaban un espacio vital a sus hermanos y hermanas horizontales, como Amelia los llamaba en su programa. Todas las criaturas hacían buen uso de los corredores, y si no vivían en estado totalmente salvaje, al menos campaban en libertad. No costaba mucho entusiasmarse con su éxito mientras volabas a 150 metros de ellas. Los críticos de su programa, y de la migración asistida en general, no se cansaban de señalar que ella no dejaba de ser una criatura megacarismática más, como sus sujetos de observación preferidos, que sobrevolaba las labores esenciales del líquen, los hongos, las bacterias y la Oficina de Administración de Tierras, así como las más complejas de fotosíntesis y expropiación, donde las cosas siempre eran mucho más complicadas de lo que ella se había dignado en señalar. Bueno, ella también había hecho su parte de esa labor, como se podía comprobar echando un simple vistazo a su pasado; ahora le tocaba volar.

Frans se adentró profundamente en el Atlántico y luego viró a la izquierda rumbo a Nueva York. En la intersección entre Nueva Jersey y Long Island apareció la diminuta costura gris que era el puente de Verrazano-Narrows. Al norte de allí, la gran ciudad se hizo visible enseguida, en toda su inundada magnificencia, como un mosaico bajo una ligera capa marina de nubes blancas. La bahía de Nueva York era, sin lugar a dudas, un espacio muy humano, a pesar de conformar también una ecozona, el gran Ecosistema Mannahatta. Pero allí predominaba el elemento humano. Asombrosa, sublime, incluso refrescante tras la monotonía del extenso bosque oriental y las altas llanuras. Desde la posición ventajosa de Amelia, la bahía de Nueva York parecía una réplica en miniatura de sí misma: un caos de diminutos puentes y edificios, un intrincado conjunto de formas grises. El bajo Manhattan se elevaba sobre una base de agua, y solo ocupaba una pequeña porción de la bahía, pero tan densamente salpicada de rascacielos y jalonada de muelles que no costaba apreciar el antiguo contorno de la isla. La parte alta de Manhattan seguía por encima del agua y la densidad de edificaciones era mayor que nunca, incluidos nuevos rascacielos, como las bien proporcionadas y coloridas torres del norte de Central Park que se elevaban hacia el cielo, alcanzando cotas que ningún edificio del sur o el centro hubiera logrado nunca. Debido a ello, daba la impresión de que el bajo Manhattan estaba más hundido de lo que estaba en realidad.

Amelia explicó las vistas a su audiencia con el asombro típico de los guías de Manhattan.

—¿Veis cómo ha crecido Hoboken? ¡Eso sí que es un muro de rascacielos! Es como un espolón de las Palisades que nunca hubiese tocado tierra en la Edad de Hielo. Una pena lo de las Meadowlands, era una gran salina, aunque ahora forma una bonita extensión de la bahía, ¿no creéis? El Hudson realmente es un surco de hielo relleno con agua de mar. No es un lecho fluvial normal. ¡El todopoderoso Hudson, ay madre! Es uno de los mayores santuarios de fauna salvaje de la Tierra, amigos. Otro ejemplo de comunidades solapadas.

Giró la cámara hacia el este.

—Brooklyn y Queens conforman una bahía muy extraña. Para mí se

parece a un arrecife de coral rectangular expuesto por la marea baja.

Frans descendió con la *Migración Asistida* hacia lo que quedaba de Governors Island.

—La pequeña porción de Governors Island que aún asoma sobre el agua es la isla original. Lo que queda bajo ella era tierra de relleno procedente del suelo que se excavó cuando construyeron el túnel subterráneo de Lexington Avenue. —Nicole mandó un mensaje de texto para avisarle de que era hora de recoger los bártulos, por lo que Amelia prosiguió—: Bueno, amigos, ha sido un placer hablar con vosotros. Muchas gracias por viajar conmigo.

Sus estadísticas de la nube habían sido muy positivas, con una media de treinta y dos millones de espectadores durante todo el viaje, la mitad de ellos de procedencia internacional. Eso la convertía en una de las mayores estrellas de la nube, y la reina absoluta entre las que se dedicaban a la naturaleza.

—Espero que volváis a verme. Ahora llegamos al canal de la calle Veintitrés. Nunca sé muy bien cómo llamarlas. En el bajo Manhattan están empeñados en que no las volvamos a llamar calles. Es algo que te identifica como forastero. Pero el caso es que yo soy forastera, así que qué más da.

Frans los llevó flotando más allá de los rascacielos del centro y viró al este, hacia la antigua torre Metropolitan Life. Ya podía divisar la pequeña pirámide dorada que la coronaba, dominando Madison Square. La bahía estaba rodeada de innumerables edificaciones altas, pero aquella todavía predominaba en su zona.

Amelia llamó para confirmar su llegada.

—Vlade, me acerco por el oeste, ¿estás listo?

—Como siempre —respondió Vlade al cabo de una breve pausa.

Los vientos pueden ser caprichosos sobre Manhattan, pero aquel día pudo realizar la maniobra de aproximación empujada por vientos estables del este a unos diez nudos. Parecía que había pleamar en la ciudad. El agua llenaba las grandes avenidas-canal casi hasta Central Park; durante la bajamar, el nivel del agua descendería prácticamente hasta el Empire State Building, que ahora asomaba a su izquierda. En su día llegó a plantearse la posibilidad de mudarse allí, porque su mástil para dirigibles era mucho más alto, pero la vieja torre se había puesto de moda y, si bien Amelia era una de las estrellas

de la nube más famosas, no podía permitírselo. Además, le gustaba más la torre Metropolitan Life.

Frans y el mástil tomaron el control, las turbinas de la aeronave emitieron un zumbido y la góndola, con un quejido, se inclinó. El siseo del helio y el aire expulsados se unieron a los silbidos del viento y el rumor de la ciudad, un susurro compuesto de miles de estelas que reverberaban contra los edificios y el ruido de los motores de las embarcaciones, los cláxones y el habitual estruendo urbano. Oh, sí: ¡Nueva York! ¡Rascacielos y todo! Amelia nació y creció en Grants Pass, Oregón, razón por la cual amaba Nueva York con una pasión impensable en los nativos. Los neoyorquinos de pura cepa eran como peces en una pecera: inconscientes y poco impresionables.

El gancho de la *Migración Asistida* se enganchó al mástil y la aeronave osciló ligeramente. El tubo de pasarela de la torre ascendió hacia ella bajo los aleros de la cúpula y se adhirió a la puerta de estribor de su góndola. La compuerta interior se abrió y, con un fugaz siseo, equilibró la presión. Amelia cogió su mochila y descendió por las escaleras hinchables hasta el tejado del edificio. Tomó las escaleras de caracol y luego un ascensor hasta su apartamento de la planta cuadragésima, que estaba orientado hacia el sureste. ¡Hogar, dulce hogar!

Amelia tenía una diminuta cocina en un rincón de su apartamento, del tamaño de un armario, pero al igual que muchos residentes de la Met, solía comer en el comedor de abajo. Así que, tras darse una ducha, bajó para comer algo. Como de costumbre, el comedor y la sala comunitaria estaban a rebosar de gente, que charlaba en las colas y comía apretujada en las alargadas mesas. A Amelia siempre le recordaba la imagen de un montón de renacuajos en una charca. Varias personas la saludaron con la mano, pero sin molestarle más, que era lo que a ella le gustaba.

Vlade estaba sentado a su mesa, junto a la ventana que dominaba el *balcón*. Lo acompañaba una mujer que ella no conocía.

Se acercó y Vlade hizo las presentaciones.

—Cuarenta-veinte, te presento a Veinte-cuarenta. Ja, ja. Amelia Black, inspectora Gen Octaviasdottir.

—Encantada de conocerla —dijo Amelia mientras le estrechaba la mano. La inspectora mencionó que había visto su programa.

—Gracias —dijo Amelia—. Es agradable que a una la vean. ¿Cuándo se mudó al edificio?

—Hace seis años —repuso Gen—. Vine a vivir con mi madre para echar una mano cuando enfermó. Y cuando murió, me quedé.

—Oh, lo siento.

Gen se encogió de hombros.

—Estoy descubriendo que morir no es algo tan raro por aquí.

Los cocineros dieron el campanazo de última llamada y Amelia se levantó para ver lo que quedaba.

—Esa campana ejerce en mí un efecto de lo más pavloviano —dijo—. Cuando suena, se me hace la boca agua.

Regresó con un plato de ensalada y los posos de varias fuentes vacías. Mientras comía, Vlade y Gen hablaban de personas que no conocía. Alguien había desaparecido, al parecer. Cuando acabó de comer, revisó su terminal de muñeca para comprobar el correo en la nube y soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Vlade.

—Pues pensaba que me iba a quedar por aquí más tiempo —dijo Amelia—, pero esto parece demasiado bueno para dejarlo pasar. Me han pedido que asista a otra migración.

—O sea, ¿lo mismo de siempre?

—Esta vez son osos polares.

—Perfil alto —constató Gen.

—¿Adónde puedes llevarlos? —quiso saber Vlade—. ¿A la Luna?

—Es verdad que no pueden ir más al norte. Quieren llevarlos a la Antártida.

—¿Pero no se había derretido también?

—No del todo. Seguro que se las arreglan bien allí, pero no sé. No se puede cambiar de sitio a un depredador dominante así, sin más. Algo tendrán que cazar. Deja que pregunte.

Tecléo en su terminal para ponerse en contacto con su productora, y Nicole lo cogió enseguida.

—Amelia, ¡esperaba que llamas! ¿Qué te parece?

—Creo que es una locura —sentenció Amelia—. ¿Qué van a comer ahí abajo?

—Focas de Weddell, sobre todo. Ya hemos llevado a cabo los análisis y hay mucha biomasa. No hay tantas orcas como antes, así que las focas abundan más. Otro depredador dominante podría contribuir a mantener el equilibrio. Mientras, solo quedan unos doscientos osos polares salvajes en todo el Ártico y la gente se está poniendo como loca. Están a punto de extinguirse.

—¿Y a cuántos planeáis desplazar?

—Unos veinte, para empezar. Si aceptas, llevarás a seis. A tu gente le encantará.

—A los defensores no.

—Ya, pero nuestro plan es filmarlo primero y luego subirlo a la nube. Además, mantendremos la ubicación en secreto.

—Aun así, me acosarán durante años.

—Pero eso ya lo hacen, ¿no?

—Es verdad. Vale, me lo pensaré.

Amelia finalizó la llamada y, al levantar la vista, se encontró con Vlade y la policía. No pudo evitar sonreír.

—¿Los defensores? —preguntó Vlade.

—Los Defensores de la Tierra. No les gusta la migración asistida.

—¿Prefieren que los animales se queden a morir en su sitio?

—Supongo. Quieren a las especies en sus hábitats naturales. Es una buena idea, pero ya sabes.

—Extinción.

—Exacto. Mi política es salvar todo lo que puedas y pensar después. Pero no todo el mundo comulga con eso. De hecho, recibo muchos correos amenazantes.

Sus interlocutores asintieron.

—Nunca llueve a gusto de todos —dijo Vlade, sombrío.

—Los osos polares... —intervino la inspectora Gen—. Creía que ya se habían extinguido.

—Que queden solo doscientos es como una extinción. Están condenados a ser carne de zoo. Aunque los zoos sean capaces de mantenerlos con vida hasta que haga más frío, estaremos ante un cuello de botella genético. Pero bueno, eso es mejor que la alternativa.

—¿Vas a aceptar?

—Oh, sí. A ver, hablamos de una megafauna carismática. ¡Ay!

—Tu especialidad —constató Vlade.

—Bueno, me gusta todo. Todo, menos las sanguijuelas y los mosquitos. ¿Te acuerdas de aquella vez que me picaron unas sanguijuelas? Fue asqueroso. Pero los programas que consiguen mayores audiencias son definitivamente los que muestran grandes mamíferos.

—Que son los que peor lo tienen, ¿cierto?

—Cierto. Y de lejos. Algo así. Aunque, la verdad —suspiró—, todos están en peligro.

El exterior es lo que tienes que atravesar para ir de tu  
apartamento a un taxi.  
dijo Fran Lebowitz

## **g) Charlotte**

Sonó la alarma y Charlotte Armstrong se agarró el terminal de muñeca. Hora de volver a casa. Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando no te sobra. Se había pasado la tarde intentando resolver el caso de una familia que afirmaba haber recorrido a pie la distancia entre Pensilvania y Nueva York, pasando por Nueva Jersey. Relataban su historia sin tener en cuenta las imposibilidades que entrañaba, insistiendo en que lo habían hecho pero sin molestarse en explicar cómo habían sorteado los puntos de control y los pantanos, los bandidos y los lobos. No, no se habían cruzado con nada de eso, caminaban de noche, puede que sobre las aguas, hasta que, por arte de magia, se encontraron en Staten Island y los recogió un agente de policía en su barca tras pedirles los papeles. Que no tenían.

Charlotte había estado sentada con ellos en el centro de detención de Inmigración toda la tarde. Tenían miedo. Parecía que realmente no tenían ni idea de cómo habían llegado, lo cual resultaba absurdo, pero la gente es absurda, así que cualquiera sabe. ¿Sería posible que hubiesen completado aquel viaje noche a noche, paso a paso, como ciegos? Pero compartían un terminal de muñeca barato, así que es posible que pudieran reconstruir el trayecto gracias a ello, como Charlotte les había sugerido. El caso no era tan grave y las autoridades de inmigración aún no habían procedido a incautarse del dispositivo. Las leyes de privacidad siempre estaban frente a las de inmigración en los platos de una balanza en cuyo centro estaba la seguridad pública, tal como casi siempre dictaba la cautela. Lo cierto es que cada caso era una prueba. Les explicó todo eso y ellos se limitaron a mirarla. Para que

tuvieran alguna oportunidad, tendría que representarlos legalmente. Así funcionaban las cosas normalmente. Lo había visto miles de veces; era su trabajo. Antes era una función pública, y ahora una especie de híbrido con una pata en lo público y otra en lo privado, encarnada en una especie de agencia pública, ONG o similar en defensa de los inquilinos, los indocumentados, los vagabundos, las ratas de agua y demás descartados. Llamarlo Sindicato de Propietarios apuntaba, como mucho, a sus aspiraciones.

Justo cuando estaba terminando con ellos y recogiendo sus cosas para marcharse, apareció Tanganyka John, la asistente de la alcaldesa, para preguntarle si podría ayudar a su jefa a resolver un asunto importante, aunque no entró en más detalles. Charlotte receló al instante del asunto y de John, mujer altanera, delgada y a la moda, cuyo trabajo consistía en asistir a la alcaldesa, o lo que es lo mismo, ejercer como uno de los rompeolas defensivos que la alcaldesa erigía a su alrededor con total naturalidad. Contaba con un nutrido personal de confianza que solo servía para afianzar su reputación mientras la ciudad bajo sus pies jadeaba y se esforzaba por sobrevivir. ¡Pero no pasa nada! La tradición de una alcaldía autoritaria en Nueva York hundía sus raíces en un pasado remoto.

Charlotte accedió con toda la cordialidad que pudo aunar y siguió a John por el pasillo hasta el ascensor que llevaba al palacio administrativo de la alcaldesa, en el ático. Allí, tres asistentes idénticas a John le preguntaron si quería ayudar a la alcaldesa a redactar una nota de prensa en la que explicara por qué debían imponerse cupos a la inmigración por el bien de los habitantes que ya residían en la ciudad.

Charlotte lo rechazó de inmediato.

—Sería quebrantar la ley federal desde cualquier punto de vista — argumentó—. Son muy celosos sobre su derecho a establecer leyes de ese tipo. Y mi trabajo consiste en ayudar a la misma gente que vosotros queréis mantener fuera.

Oh, no, no exactamente, le estaban mintiendo cuando la alcaldesa en persona irrumpió para repetir la petición. Galina Estaban, preciosa a primera vista, de modales suaves, actitud arrogante y estúpida en la práctica. Charlotte

empezaba a creer que la arrogancia no solo era un rasgo inherente, sino también el resultado y la manifestación misma de la estupidez. En cualquier caso, Galina insistió tan pancha en la petición como si Charlotte no pudiera negarse por provenir personalmente de ella y a pesar de que hacía ya diez años que eran enemigas personales. Galina parecía creer que la *malamistad* era algo real en sí mismo, y no una forma de hipocresía. Quizá, precisamente porque era una hipócrita, el término tenía sentido para ella. En cualquier caso, Charlotte no tardó en destruir el convencimiento de la alcaldesa de que una petición personal iba a ser más eficaz. Galina respondió con algo sobre defender las fronteras de la gran ciudad que ambas amaban y tal y cual.

—Defender las fronteras es imposible cuando no hay fronteras —dijo Charlotte.

Galina frunció el ceño e incluso hizo un mohín. El mismo mohín encantador que la había aupado al despacho de la alcaldía frente a toda adversidad. Charlotte respondió con una mirada gélida. A través de la simpatía y la tolerancia impostadas que siguieron a aquello, Charlotte percibió un destello en la mirada de la alcaldesa que indicaba que aquello era otra muesa en su larga batalla, una parada y respuesta que se añadiría a todo lo demás. Era Galina quien había tirado por tierra los servicios a los inmigrantes de la ciudad. Una combinación público-privada, ¡lo peor de ambos mundos!

—Debemos atajar este problema de alguna manera —insistió Galina, adoptando una actitud sombría de repente—. Si juntamos a demasiadas personas a la vez podría producirse una explosión.

—Esto es Nueva York —repuso Charlotte—. Es una ciudad de inmigrantes. No se puede ser selectiva con eso.

—Podemos influir en las cifras —argumentó Galina.

—Solo si actuamos como matones e infringimos la ley.

—Explicar por qué necesitamos cupos no es actuar como matones.

Charlotte se encogió de hombros y se excusó.

—No pierdas el tiempo con esto —sugirió antes de irse.

Mientras volvía a casa por los puentes volantes, contempló los concurridos canales que se extendían bajo sus pies. Había empezado a

recorrer a pie el trayecto entre el trabajo y su casa tras la excursión con la inspectora Gen. Ahora, cada día descubría líneas altas irregulares de su propia invención. La primera Línea Alta estaba bajo el agua y en la actualidad albergaba un criadero de ostras. Ahora había puentes volantes desde la misma altura de los paseos marítimos, justo por encima de la marea alta, hasta los pisos cuarenta o cincuenta. Casi todos estaban hechos de tubos de plástico transparente, reforzados con una malla de compuestos de grafeno, y el resultado era una estructura tan ligera y resistente que podía extenderse hasta cinco manzanas. Antes de su paseo con la inspectora Gen, casi siempre cogía el vapor número cuatro para ir y volver del trabajo, pero los canales solían estar tan embotellados que, a menudo, los peatones que circulaban por el paseo marítimo parecían avanzar más deprisa que ella. Además, caminar sería mejor para su salud, siempre que sus pies pudieran aguantarlo. Había que ponerse en forma para hacer el doble trayecto todos los días; no estaba segura de que fuese a funcionar, pero el mero intento bastó para que se prestase más atención a sí misma en muchos sentidos. ¡No te tomes ese postre y así no tendrás que llevártelo puesto a casa y sufrirás menos! El dolor como incentivo de la acción: nada que hubiera inventado ella, desde luego.

Llegó a casa justo a tiempo para cambiarse y picar algo en el comedor antes de acudir a la reunión semanal del consejo de administración. Una reunión de idiotas. De la ciudad al edificio: la diferencia de escala daba lugar a problemas diferentes, aunque no tanto. Se había ofrecido voluntaria para colaborar con el consejo cuando este recibió una demanda y necesitó ayuda. Y aunque se parecía a su trabajo habitual, resultaba interesante. Bueno, como su trabajo la mayor parte del tiempo. Solo necesitaba un poco de azúcar en sangre y todo iría bien.

Lo cierto es que le costaría un poco conseguirlo, ya que las bandejas estaban casi vacías cuando llegó. Tuvo que rebañar lo que quedaba en las esquinas y en el fondo de las fuentes. Ya puestos, también podía meter la cara en el cuenco de la ensalada y lamer lo que quedaba como un perro, como estaban haciendo esos dos chicos que tenía por delante en la cola. Demonios, ¡estaban dejando los platos limpios a lametazos! Todo el mundo sabía que convenía llegar a tiempo para la cena. Se formaba una buena cola media hora

antes de la apertura. Los residentes siempre estaban presentes y localizables para las cosas importantes. O sea, que no habría nadie en la reunión del consejo. Lo cierto es que deberían intentar reducir progresivamente la población hasta volver a su capacidad total; había cometido errores en ese sentido. La tendencia a acoger gente era una costumbre profesional, pero un error si se hacía fuera de contexto. Demasiadas bocas que alimentar, comedores atestados, exceso de ruido, gente sentada en el suelo, apoyada en la pared, con las bandejas en el regazo y los vasos en el suelo. Ella misma lo hacía, y se sentaba con cansada torpeza, consciente de lo que le costaría volver a levantarse. Una razón por la que se ponía pantalones para la cena.

Luego volvió a la planta treinta, donde había una sala desde la que se controlaba el edificio. Solo llegaba un poco tarde, lo cual no hubiera tenido la menor importancia de no ser porque volvía a ser la presidenta. Los demás estaban sentados, comentando lo de la desaparición de los dos hombres. Cuando se sentó, todas las miradas convergieron en ella.

—¿Qué? —dijo.

—Estábamos pensando que habría que prohibir que viva gente en los pisos de las granjas —le dijo Dona.

Los demás seguían mirándola, como si fuese a poner objeciones, probablemente porque en su momento había argumentado que habría que dejar vivir allí a esos dos hombres.

—¿Por? —preguntó.

—En la granja no existe la misma seguridad que en una habitación, como hemos podido comprobar —dijo Mariolino. Aquel año ocupaba el puesto de secretario del consejo.

Charlotte se encogió de hombros.

—No me parece mal prohibir el acceso a la granja. Solo era una medida provisional.

Los demás se mostraron aliviados al oírlo. Ahora que había llegado Alexandra, eran cinco y pasaron a repasar los puntos del orden del día: quejas sobre el ruido, prioridades en el embarcadero, solicitud para un montacargas más grande (Vlade puso los ojos en blanco en este punto, mencionó las dimensiones del hueco y preguntó si un ascensor más alto satisfaría al

reclamante) y una disputa relacionada con el reconocimiento del trabajo y las cuotas correspondientes para alguien que consideraba que fregar el pasillo de su planta era una tarea merecedora de reconocimiento laboral. Sin olvidar las relaciones con la SAMBAM. La Sociedad de Asistencia Mutua del Bajo Manhattan (llamada a veces Samba, según el humor de cada uno) era la mayor de las muchas asociaciones y cooperativas que existían en el centro, una especie de paraguas para el resto de organizaciones de la zona anegada. Había tales divergencias entre el tipo de cambio oficial de dólares y collares de bloque de la Samba y los no oficiales, que la SAMBAM proponía pasar del primero y dejarlo flotar. Debían tratar de mantener la divisa mojada lo más fuerte posible si querían que tuviera un mínimo éxito. Y lo necesitaban. Así que: política monetaria, un asunto más del edificio.

Así eran las tareas de gobierno de su pequeña ciudad-estado. El apartamento 428 había quedado vacante por la muerte de Margaret Baker. No tenía herederos que quisieran mudarse; vivían en Denver y preferían vender. El contrato de Marge con la cooperativa era sumamente sólido. Charlotte lo sabía porque había ayudado a redactarlo, e implicaba que la familia de Denver tendría que vendérselo a la cooperativa al cien por cien del precio de compra de Marge. Muy justo. La cooperativa tenía un fondo de reserva dedicado a readquisiciones, así que no parecía que fuese a haber ningún problema.

Pero entonces Dana dijo:

—Si se lo comprásemos y luego se lo alquilásemos a personas ajenas a la cooperativa, recuperaríamos el dinero de la compra en diez meses y podría seguir generando valor desde ahí.

—¿Diez meses? —preguntó Charlotte.

Alexandra y los demás asintieron. Los alquileres en el bajo Manhattan se estaban disparando. A la gente le gustaba aquella Supervenencia y eso redundaba en el aumento de los precios de las casas. Airearse en la intermarea, decían que se llamaba.

—Airearse... —dijo Charlotte con el tono que habría usado Vlade para pronunciar la palabra «moho»—. ¿No querrán decir inflación o especulación? Creía que el Segundo Pulso nos había librado de todo eso.

Nada es para siempre, le dijeron. La vida en el canal parecía emocionante. Los problemas del día a día no son evidentes para los turistas o aquellos que son tan ricos que pueden pagarse las soluciones.

—Una de las personas adineradas que desea comprar es Amelia Black —mencionó Vlade—. Tiene una habitación y una plaza de aparcamiento en el mástil de dirigibles. Dijo que sería un poco sacrificado para ella, lo cual me sorprendió, pero quiere una casa en Nueva York y esto le gusta.

—¿Trabajaría para la cooperativa? —preguntó Charlotte sin disimular su escepticismo—. ¿No pasa mucho tiempo fuera?

—Dijo que trabajaría para la cooperativa. Estoy convencido de que encajaría. Es de ese tipo de personas.

—Pero ¿no pasará demasiado tiempo fuera?

—Claro, es su trabajo. Pero si trabaja con la cooperativa cuando esté aquí, el hecho de que pase mucho tiempo fuera no sería el peor de los problemas, desde mi punto de vista. Menos estrés para el edificio, menos drenaje de energía, más comida para los demás...

Charlotte asintió. Vlade era la conciencia del edificio, y ella valoraba eso.

—La junta de miembros puede tratar esos aspectos con ella —dijo.

—La junta de miembros nos la ha recomendado.

—De acuerdo, pues. Que compre si eso es lo que quieren.

—Yo se lo diré —se ofreció Vlade.

—¿Dónde está ahora?

—En el Ártico. Va a desplazar a algunos osos polares al Polo Sur.

—¿En serio?

—Eso dice.

—Primera noticia para mí. A mí me suena a problemas, pero la junta de miembros ha hablado.

Pasaron a otros puntos, recorriendo el orden del día tan deprisa como fue posible. Todos habían pertenecido al consejo el tiempo suficiente como para no sentir deseos de prolongar la reunión más de lo necesario. Vlade quería sustituir los sistemas de protección catódica en todas las vigas de acero del edificio, así como el procesador de aguas residuales para mejorar la absorción y reconvertir la mierda en fertilizante para la tierra de cultivo, además de

tener más peso en el consejo de acuicultura del *bacino*. También quería mejorar la conexión a la subestación energética local. La pintura fotovoltaica del edificio generaba la mayor parte de la electricidad que necesitaban, pero había mucho intercambio eléctrico entre ellos y la subestación, y la mejora ayudaría. Esos eran los elementos principales de la lista de deseos, dijo a modo de conclusión.

El último punto del orden del día era un añadido realizado por Dana a última hora: había una oferta para comprar el edificio, les dijo.

—¿Qué? —saltó Charlotte, asombrada—. ¿Quién?

—No lo sabemos. Ha llegado a través de Morningside Realty y prefieren mantenerse en el anonimato.

—Pero ¿por qué? —exclamó Charlotte.

—No han dicho nada.

Dana escondió la mirada en sus notas.

—Emmerich supone que es una empresa de la zona del Cloister, pero puede que solo porque Morningside tiene sus oficinas allí. Nos ofrecen el doble de la última tasación. Cuatro mil millones de dólares. Si aceptásemos, todos seríamos ricos.

—A la mierda —zanjó Charlotte.

Se hizo el silencio en la sala.

—Quizá deberíamos votarlo —dijo Mariolino.

Vlade frunció el ceño.

—¿De verdad?

—Investiguemos antes —dijo Charlotte.

Se levantaron y se juntaron brevemente junto a la ventana para meditar el asunto. Algunos tomaron café, otros vino. Charlotte optó por un café irlandés cargado en busca de estímulo y sedación a partes iguales. No funcionó. De hecho, le salió el tiro por la culata, y solo logró ponerse nerviosa a la vez que confusa. Debía de ser café inglés.

—Me voy a la cama —gruñó.

Cuando llegó a su habitación, que se limitaba a una cama y un escritorio en uno de los dormitorios, separados del resto de inquilinos por unas cortinas, se encontró con un mensaje de Gen Octaviasdottir en pantalla. Tecleó y la

propia Gen cogió la llamada.

—Hola, soy Charlotte. ¿Qué pasa?

—Es sobre esos hombres que desaparecieron en el edificio.

—¿Alguna novedad?

—No mucho, pero algo le puedo contar.

—¿Desayunamos mañana?

—Claro.

Quizá fuese un error añadir más cosas a su agenda y a su subconsciente antes de acostarse, y encima con un café irlandés en el cuerpo, nada menos. Posiblemente su cerebro se dispararía para dar vueltas y vueltas a todos esos asuntos, y bailarían a su aire en otra noche de pseudosopor insomne, entre destellos alternos de sueño y vigilia, hasta que la luz del amanecer la librase de fingir que dormía. Pero el caso es que se quedó frita y durmió a pierna suelta.

Amo a todos los hombres que bucean.  
—Herman Melville

## **h) Stefan y Roberto**

El sol se elevó sobre un techo de melosas nubes color perla. Otoño en Nueva York. Dos chicos sacaron una lancha neumática de debajo del muelle y se alejaron flotando del edificio norte de la Met. El peso del motor con baterías hundía la popa, así que el más alto de los dos se situó en la proa para compensar. El más bajo se quedó atrás para manejar el timón y el motor a través de los canales de la ciudad rumbo al este, hacia la bola incandescente que se elevaba sobre el agua. La marea alta casi había alcanzado su apogeo y el aire salobre de la mañana estaba impregnado del fuerte olor de las algas flotantes. Pasaron junto al gran criadero de ostras del Skyline Marina y desembocaron en el río East. Se ciñeron a la orilla en dirección norte, sin acercarse a las rutas de tráfico demarcadas por las boyas. A las nueve ya habían dejado atrás Turtle Bay por la Noventa y estaban listos para cruzar el East. Stefan miró río arriba y río abajo. No venía nadie. Roberto aceleró y la hélice bajo la popa elevó unos centímetros a su amigo mientras cruzaban el río.

—Ojalá tuviéramos una lancha rápida. Eso sí que molaría.

—Mientras tanto, reduce un poco, que veo nuestra campana.

—Perfecto.

Roberto aminoró mientras Stefan se ponía un largo guante de goma. Alargó el brazo por la borda hacia el agua y agarró un rollo de cuerda de nailon atado a una boya sumergida, que estaba anclada en una zona poco profunda del antiguo extremo sur de la isla de Ward. Tiró hacia arriba con fuerza. El otro extremo estaba atado a un ojo situado en la punta de un gran

cono de plástico transparente con un aro de hierro en el borde, que lo mantenía orientado hacia abajo. Cuando estaba casi en la superficie, ambos tiraron de él para subirlo a la proa. Se quedaron sentados en los extremos mullidos de la lancha y observaron la campana para ver si había cambiado algo. Todo parecía en orden. Roberto se arrastró por debajo del borde para adherir sus nuevas pertenencias a unas tiras de velcro en el lado interior.

—Tiene buena pinta —dijo mientras salía—. Vamos a llevarla donde decía el señor Hexter.

Bordearon las orillas orientales de Hell Gate y atravesaron la zona poco profunda del Bronx. Después de rastrear e ir a la deriva un rato, Stefan consultó el GPS en su terminal de muñeca y anunció que se encontraban sobre el punto deseado.

—¡Sí! —gritó Roberto.

Arrojaron las improvisadas boyas subacuáticas por la borda: dos bloques cilíndricos atados a una cuerda de nailon robada, con el extremo atado a una boya de tal modo que permaneciera justo bajo el nivel del agua incluso en la bajamar. La X marca el lugar. Ataron la bolina de la lancha a la cuerda que subía desde la boya y se sentaron, llenos de esperanza. Pronto empezaría a bajar la marea, pero, de momento, el río estaba en calma. Manos a la obra.

Roberto era el buzo, ya que el traje seco era demasiado estrecho para Stefan. Todos los elementos de su equipamiento los habían obtenido en diversas y ambiguas circunstancias, de modo que no podían permitirse ser demasiado exquisitos con nada. Una vez embutido en el traje, guantes y máscara incluidos, levantaron el cono por un lado con el extremo abierto hacia abajo, y lo posaron en el agua de la forma más horizontal posible para que se sumergiera en las aguas turbias lentamente, antes de asegurarse de que había quedado atrapada una buena cantidad de aire por debajo. El cono era apenas más pesado que el aire que había atrapado, así que ahora era una campana de inmersión.

Roberto agarró el extremo de la manguera de aire con una mano y la linterna con la otra. Tomó aire y se metió en el agua por un lado de la lancha. Nadó hacia abajo para colocarse dentro de la campana y emergió a la microatmósfera atrapada en su interior. Stefan apenas lo distinguía. A

continuación, su compañero salió de la campana y emergió junto a la lancha.

—¿Todo bien? —inquirió Stefan.

—Todo bien. Dale y déjame abajo.

—Vale. Tiraré de la manguera de aire tres veces cuando ya no quede casi oxígeno. Tendrás que subir. Si no lo haces, tiraré de la campana.

—Lo sé.

Roberto volvió a zambullirse bajo la campana. Stefan fue soltando cuerda y la campana comenzó a hundirse lentamente en el río con Roberto dentro. Solo lo habían intentado un par de veces antes, y aún no estaban del todo seguros. Una vez que la cuerda quedó suelta, Stefan supo que la campana había tocado fondo, supuestamente cerca, o puede que encima, de los bloques de cenizas que marcaban el lugar. El GPS de su terminal de muñeca seguía mostrando que estaban en las coordenadas correctas. Giró la perilla de la botella de oxígeno para reducir el caudal, un litro por minuto. En breve, el aire llenaría la campana y empezarían a aparecer burbujas alrededor de la lancha. El cilindro de oxígeno era uno de los que habían obtenido de la vecina del señor Hexter, una anciana que siempre necesitaba cargar con uno para respirar y tenía varios en la habitación. Stefan había unido dos conjuntos de tubos de aire, con lo que ahora contaban con una extensión total de nueve metros. Roberto se encontraba a cinco metros de la superficie. Todo controlado.

Stefan casi no veía a su compañero, e incluso la campana era apenas un destello en el agua cuando Roberto encendió la linterna. Roberto se encontraba de pie sobre un tramo de asfalto de lo que en su día fue un aparcamiento, justo detrás de la ribera al sur del Bronx. Con esa luz no tendría problemas para ver bastante bien bajo la campana.

Stefan tiró una vez del tubo de oxígeno. ¿Todo bien?

Un tirón de vuelta. Todo bien.

Allá abajo, Roberto estaría desplegando el detector de metales tras separarlo de la cara interna de la campana. Se trataba de un Golfier Maximus, procedente de los efectos personales de otro vecino del señor Hexter, un buzo de canal que había muerto recientemente y, al parecer, no tenía familia. Roberto emplearía el dispositivo para registrar el asfalto sumergido por si

detectaba algo bajo el sitio que les había dicho el señor Hexter.

Y, en efecto, bajo la campana de inmersión, Roberto encendió el detector, lo calibró con el valor «oro» y dio un respingo al ver que empezaba a emitir pitidos. Se golpeó la cabeza con la pared de la campana y lanzó en vano un grito dirigido a Stefan. Cogió el extremo del tubo de aire y exclamó:

—¡Lo encontramos! ¡Lo encontramos! ¡Lo encontramos!

El corazón le iba a mil. Desplazó el detector por el diámetro de la campana. El pitido intermitente se aceleraba de manera considerable cerca de uno de los bordes, que identificó vagamente como el norte. El pitido se aceleraba, más que subir de volumen, a medida que se acercaba al objetivo metálico. Ya sonaba muy alto desde el principio. El ritmo cardiaco de Roberto seguía la cadencia de los pitidos y empezó a hiperventilar un poco.

—Ay, Dios mío, ay, Dios mío, ay, Dios mío —murmuró.

Cogió un bote de espray rojo que también estaba sujeto con velcro a la pared interior de la campana y pintó el asfalto sumergido bajo sus pies. Ante sus ojos, la pintura burbujeó y se extendió sobre la vieja superficie sembrada de guijarros. Quizá no se adhiriese como esperaban, pero algo quedaría para más adelante.

El tiempo pasaba lentamente para Stefan en la lancha. La leve brisa le estaba dando frío. Una de las mejores cosas de aquella búsqueda era que el punto que estaban investigando se encontraba sobre una zona ganada en su día al agua. Eso quería decir que, durante siglos, a nadie se le habría ocurrido buscar allí un barco hundido, ni lo habrían tenido fácil de haberseles ocurrido. Hasta que el Segundo Pulso devolvió esta zona a su estado natural (si se podía expresar así), no había sido posible volver a investigar naufragios en la zona. En caso de encontrarse, se podían investigar en secreto, permaneciendo sumergidos en todo momento para que nadie metiese las narices. Así, la arqueología marina molaba. Y por eso era posible que se localizase al fin uno de los mayores tesoros hundidos de todos los tiempos.

Pero, por el momento, lo único que sabía era que Roberto llevaba demasiado tiempo ahí abajo. El pequeño indicador de la botella de oxígeno mostraba que estaba casi vacía. Dio tres tirones al tubo.

Abajo, Roberto notó los tirones, pero los ignoró. Puso el pie sobre el tubo

para que no se saliese por el borde de la campana. A continuación, tiró una vez: todo bien.

Stefan volvió a tirar tres veces, con más fuerza que antes. Batería baja, nivel de oxígeno bajo, marea en descenso. Ahora debía manejar la embarcación contra los embates del agua, compensando la tensión de la cuerda de la campana con la de la boya y el tubo de oxígeno. Ninguno de esos elementos podía quedar demasiado tenso, sobre todo el tubo de oxígeno.

Volvió a tirar tres veces, con más fuerza si cabe. Roberto podía ser difícil de convencer incluso cuando lo tenías delante.

—Maldita sea, te voy a subir —anunció en voz alta, casi con un grito.

Habían atornillado un carrete a la bancada de madera. Stefan pasó la cuerda de la campana por el carrete y empezó a girar la manivela con fuerza para subir la campana, y con ella a Roberto, desde el fondo.

Abajo, este se apresuró a pegar de nuevo la lata de pintura y el detector a la pared interior de la campana antes de que se elevara por encima de él. El agua ya empezaba a colarse a borbotones por los bordes y le golpeaba en las rodillas. Tocaba coger aire, colarse por debajo del borde y nadar hacia la superficie, pero antes había que atornillar las herramientas.

Stefan seguía dando vueltas a la manivela, a sabiendas de que era la única forma de que Roberto cediera y saliera a la superficie. Cuando emergiera, se pondría a lanzar improperios tan pronto recuperase el aliento, aunque con esa voz tan chillona tampoco podía causar mucha impresión. La parte superior de la campana no tardó en aparecer, seguida poco después por un Roberto que soltaba aire a bocanadas, pero sin lanzar juramentos, sino alaridos triunfales.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó, y luego—: ¡Lo encontré! ¡Lo encontramos! ¡El detector! ¡Se puso a sonar! ¡Lo encontramos!

Sus gritos se interrumpieron bruscamente al tragar agua del río.

—¡Ay, Dios! —dijo Stefan, y lo ayudó a subir por un lado de la lancha. Luego, mientras Roberto se quitaba el traje de buzo, aseguró la campana—. ¿En serio? ¿Has detectado oro?

—Que sí. Nada más empezar. Te lo grité por el tubo de aire. ¿No me oíste?

—No. No creo que esos tubos transmitan la voz muy lejos.

Roberto se echó a reír.

—Te estaba gritando. Ha sido genial. He marcado el punto con el espray. No sé si aguantará, pero también he dejado la boya y tenemos el GPS. Hexter se va a quedar de piedra.

Libre del traje seco, de pie, al viento con los pantalones cortos mojados, cerró los ojos mientras Stefan lo rociaba con una botella de agua llena de lejía, antes de secarse la cara con una toalla. El agua de la bahía estaba contaminada y podía provocar sarpullidos o cosas peores. Una vez seco y vestido, ayudó a Stefan a subir a bordo la campana y a continuación se alejaron de la boya submarina navegando río abajo sin parar de hablar.

—Nos vamos a quedar sin batería —dijo Stefan.

Afortunadamente, la marea baja los ayudaría río abajo.

—Espero que no acabemos a la deriva fuera de los Narrows.

—Da igual —dijo Roberto.

Aunque acabar fuera de los Narrows no sería bueno. Su batería era pura chatarra, aunque mejor que la anterior. Roberto echó un vistazo al río East para comprobar el tráfico. Hasta arriba, como de costumbre. Si los cogían a la deriva en una vía fluvial, podían detenerlos y confiscarles la embarcación. La policía acuática y demás autoridades averiguarían que ningún adulto se responsabilizaba de ellos, que no tenían papeles. Nada. Las diversas personas con las que solían tratar en Madison Square no eran del todo conscientes de su situación, al menos formalmente, y puede que no les gustase que les pidieran ayuda si los chicos se veían en la necesidad de mencionarlas como parte responsable. No, había que evitar que los detuvieran.

—Si logramos llegar remando a la ciudad, podremos encontrar un punto de recarga.

—Puede.

—Eh, ¡que lo hemos encontrado!

Stefan asintió. Cruzó la mirada con la de su amigo y esbozó una sonrisa. Lanzaron sendos chillidos de triunfo y chocaron palmas. Remaron hasta la primera boya submarina y le ataron la cuerda de la campana de inmersión, dejándola de lado, sin aire atrapado debajo. Allí los esperaba hasta su siguiente visita.

Luego viraron hacia el sur, donde Hell Gate se convierte en el río East. Stefan vio que había una interrupción en el tráfico fluvial, aceleró a tope y cruzó a toda velocidad las vías de tránsito, agotando prácticamente la energía que le quedaba a la batería. No parecía haber drones de la policía sobre sus cabezas. La cresta de amalgamados superrascacielos de Washington Heights presentaba un millón de ventanas hacia ellos, pero ninguna los miraba. Todo tipo de cámaras de vigilancia habrían registrado su paso, pero en el agua no se diferenciaban de ninguna otra embarcación. No, la principal dificultad estribaba en llegar a casa con una marea notablemente baja.

—Lo encontramos —dijo Stefan—. El HMS *Husar*. Increíble.

—Absolutamente increíble, joder.

—¿A qué profundidad crees que estará por debajo del asfalto?

—¡No lo sé, pero el detector pitaba como loco!

—Aun así, debe de haber un trecho hasta él.

—Ya. Está claro que vamos a necesitar una pala. Podemos turnarnos para excavar. Puede que sean nueve metros, quizá más.

—Nueve metros son muchos metros.

—Ya, pero podemos hacerlo. Cavaremos sin parar.

—Claro que sí.

En ese momento, el motor perdió toda la potencia. Sacaron inmediatamente los remos y se pusieron a remar al unísono para mantener el rumbo de la lancha hacia los bajíos del este de Manhattan. Pero la baja marea se intensificaba y los arrastraba por el río East, del que todo el mundo decía que en realidad no era un río, sino una carrera de mareas que conectaba dos bahías. Y ahora iba más acelerada que nunca. Ya se acercaban al puente de Queensboro. El East se encabritaba debajo de su estructura cuando la marea bajaba con fuerza y formaba unos anchos rápidos de aguas turbias, muy difíciles de sortear con los remos.

Se dejaron llevar por los rápidos dando tumbos. Más allá, cerca de la ciudad, aparecieron los remolinos en el agua.

—Oye, hay una especie de arrecife de techos más adelante. A ver si podemos engancharnos con los remos y descansamos un poco.

Trataron de afianzarse con los remos sobre los tejados de edificios

invisibles, pero, debido a la intensidad de la corriente, solo lograron arañarlos ligeramente. Eso hizo que la embarcación quedase ladeada contra la corriente, y se afanaron por recuperar la verticalidad a contracorriente. No era fácil. Y la corriente seguía intensificándose.

Ya les había pasado algo parecido a los ocho o nueve años, durante una de sus primeras aventuras en el agua. Fue un trauma, de hecho, que no olvidarían. Ahora remaban a la desesperada, coordinado sus paladas lo mejor que podían. En condiciones así, Roberto era un poco más rápido.

—Juntos —le recordó Stefan.

—¡Dale más!

—Y tú tira mejor.

Nada. La lancha empezó a dar vueltas como una barquilla a merced de una corriente cada vez más intensa. Por un momento, tuvieron la sensación de que podrían adentrarse en uno de los últimos canales antes del final de Manhattan, pero la corriente era inmisericorde. Pasaron de largo.

Ahora, su única esperanza residía en tocar tierra en Governors Island y esperar a la marea. Había allí una zona de arena de relleno por la que habían merodeado en busca de cosas alguna que otra vez, pero permanecer allí con la corriente resultaba una perspectiva descorazonadora: acabarían congelándose y muriéndose de hambre. De hecho, ni siquiera podían tener la certeza de alcanzarla. Remaron con todas sus fuerzas para conseguirlo.

En aquel momento, a pesar de que se encontraban lejos de todas las rutas transitadas, un pequeño hidroala a motor se acercó volando corriente abajo. No viró ni redujo la velocidad. Iba a arrollarlos. Posiblemente estuviese lo suficientemente elevado sobre el nivel del agua como para pasar por encima sin problema, pero en cualquier caso sus aletas los atravesarían como guadañas y los cortarían por la mitad, lancha incluida.

—¡Eh! —gritaron, mientras remaban más fuerte que nunca.

Imposible. No serían capaces de salirse de su ruta. Incluso daba la sensación de que viraba ligeramente para interceptarlos. Stefan se incorporó y levantó su remo en el aire, gritando.

Justo cuando parecía que la colisión era inevitable, el hidroala viró bruscamente y sus aletas cayeron bruscamente en el agua, provocando un

gran chapoteo que los dejó calados e inundó su lancha.

A pesar de estar a rebosar de agua, los tubos de goma laterales eran tan grandes que la lancha no amenazó con hundirse en ningún momento, pero ahora estaba medio sumergida y resultaría prácticamente imposible moverla a remo. Si querían llegar a alguna parte, tendrían que abandonarla.

—¡Eh! —chilló Roberto con furia—. ¡Que nos matáis!

—Nos habéis llenado de agua —exclamó Stefan mientras señalaba hacia abajo.

Ambos estaban de pie, con el agua por las rodillas, empapados y helándose por momentos.

—¡Ayudadnos!

—¿Qué demonios hacéis aquí fuera? —inquirió el piloto del hidroala con tono seco.

Seguramente estaba irritado por el susto que le habían dado.

—¡Nos hemos quedado sin batería! —dijo Roberto—. Estábamos remando. Esta no es una ruta transitada. ¿Qué haces tú aquí?

El hombre se encogió de hombros, comprobó que no iban a hundirse y se sentó para reemprender la marcha.

—¡Oye, remólcenos! —gritó Roberto, furioso.

El hombre actuó como si no los hubiera oído.

—Oye, ¿tú no vives en la Met, en Madison Square? —recordó Stefan de pronto.

Esta vez, el hombre sí que los miró de verdad. Estaba claro que había estado a punto de abandonarlos a su suerte, pero ahora no podía. Porque lo denunciarían. Por si fuera poco, podían ver delante de sus narices el número de la embarcación, A6492. El hombre dio un fuerte suspiro y se removió en su cabina. Al cabo de un momento, les lanzó un cabo.

—Amarradlo a la abrazadera de proa. Os remolcaré a casa.

—Gracias, señor —dijo Roberto—. Dado que casi nos matas, estamos en paz.

—Dame un respiro, muchacho. Ni siquiera deberíais estar aquí. Apuesto a que vuestros padres no lo saben.

—Por eso estamos en paz —dijo Roberto—. Casi nos atropellas y se nos

ha congelado el culo, así que ahora nos remolcas y no les decimos a los polis que estabas navegando por la bahía, señor A6492.

—Trato hecho —accedió el hombre—. Así todos ganamos.

## SEGUNDA PARTE

# EL EXCESO DE CONFIANZA DEL EXPERTO

Eficiencia, *n.* Celeridad con la que el dinero se transfiere de los pobres a los ricos sin fricciones.

En general, la transferencia de riesgos del sector bancario a los sectores no bancarios, incluido el inmobiliario, parece haber potenciado la resistencia y la estabilidad del sistema financiero, especialmente por la importante dispersión de los riesgos financieros, incluidos los del sector inmobiliario. En caso de que fracase generalizadamente la gestión de los riesgos de inversión complejos en el sector inmobiliario, o si este sufre importantes pérdidas debido al deterioro continuado de los mercados, podría darse una reacción política que exigiese que el gobierno interviniese como «aseguradora de última instancia». También podría darse la exigencia de un refuerzo de la regulación del sector financiero. En tales circunstancias, los riesgos legales y de reputación que afronta la industria de los servicios financieros se incrementarían.  
—Fondo Monetario Internacional, 2002  
¿ignorante? ¿clarividente? ¿ambos?

## a) Franklin

Pues sí, casi mato a los dos mocosos que iban por ahí perdidos en una lancha neumática por el río East, al sur de Battery. Tenían entre ocho y doce años, no era fácil de precisar con lo flacos que estaban. Parecía que no los hubieran alimentado bien de bebés, como esas tribus que los holandeses tomaron por pigmeos en un principio y luego, cuando empezaron a comer bien en la infancia, acabaron por ser más altos que ellos. A esos dos no los habían incluido en aquel experimento. Apenas podían alcanzar el agua con los remos y el reflujó era más fuerte que nunca. Básicamente se iban derechitos al mar. Tuvieron suerte de que casi les pasara por encima, por grande que fuera el susto que se llevaran. Cuando voy con el hidroala, hay un ángulo ciego justo delante, pero solo se extiende unos cincuenta metros, así que no sé cómo no pude verlos. Supongo que iba distraído, como me pasa a menudo. Al final no hubo drama, bueno, solo un poco, y tuve que remolcarlos hasta la ciudad porque sabían dónde vivía. Por desgracia, éramos vecinos. Se mostraron muy reservados cuando les pregunté dónde residían exactamente, pero al parecer conocían al supervisor de mi edificio. Así que los remolqué y rebatí las continuas críticas del más bajo y moreno diciendo que los había salvado e informaría a sus responsables si no guardaban silencio. Eso me dio un poco de paz y, cuando llegamos a Madison Square, teníamos pacto tácito para no denunciarnos, basado en el hecho de que ambos teníamos mucho que perder.

Sin embargo, todo había pasado el mismo viernes que había quedado con Jojo Bernal en el muelle 57, así que tenía que subir a mi habitación y ducharme, afeitarme y cambiarme a toda prisa. Atraqué el hidroala en el

muelle del edificio norte de la Met, pagué a los mocosos para que me lo vigilaran, corrí hacia los ascensores y mi apartamento, me cambié procurando alcanzar un equilibrio entre informalidad y elegancia, bajé y zarpé hacia el este, intercambiando un ritual final de juramentos con el más canijo de los dos pintamonas.

Jojo estaba de pie en el muelle, con la mirada perdida en el Hudson, rodeada de una multitud con los ojos clavados en sus terminales de muñeca. De nuevo, su cabellera brillaba al atardecer; postura regia; relajada; atlética. El corazón me dio un vuelco y procuré completar la aproximación al muelle con un punto extra de gracia, aunque, a decir verdad, el agua es un medio tan compasivo que hace falta algo más difícil que la aproximación a un muelle para realizar una exhibición de gracia. Con todo, la aproximación y el contacto con el muelle fueron buenos. Jojo subió a la embarcación con su característica pulcritud, mostrando unos muslos bajo la corta falda cuyos cuádriceps eran como los cantos rodados cincelados por un río, y una concavidad entre cuádriceps y nalga que delataba mucho trabajo de piernas.

—Hola —dijo.

—Hola —acerté a decir—. Bienvenida a mi zumbador.

Ella se echó a reír.

—¿Así se llama?

—No. El nombre que tenía cuando lo compré era *Bicho de Jesús*, pero yo lo llamo zumbador, entre otras cosas.

Nos adentramos en el río, hacia el sur. Los últimos rayos de sol iluminaban su rostro y pude ratificar que sus ojos eran una combinación de marrones, caoba, teca y casi negro, repartidos entre motas y trazos diversos alrededor de sus pupilas.

—Cuando era niño —dije— teníamos un gato al que la familia se refería simplemente como «el gato», y, al parecer, se ha convertido en una costumbre. Será que me gustan los apodos, y eso.

—Y eso, sí. ¿Y de qué otras maneras llamas al zumbador?

—Ah, bueno. Pues rayador, bicho... Bichito, bichejo... Cosas así.

—Diminutivos.

—Sí. Me gustan. El zumbador puede convertirse en zumbadito. Igual que

Joanna en Jojo.

Ella arrugó la nariz.

—Eso es cosa de mi hermana. Es como tú, le gusta poner nombres.

—¿Prefieres que te llame Joanna?

—No. Me gusta. Mis amigos me llaman Jojo, pero en el trabajo Joanna, y me parece bien. Es una forma de dejar claro que soy profesional, o algo así.

—Ya veo.

—¿Y a ti? ¿Nadie te cambia el Franklin por Frank? Pensé que sería lo más natural.

—No.

—¿No? ¿Por qué no?

—Supongo que ya hay Franks suficientes. Además, mi madre insistió mucho al respecto. Me impresionó. Y me gusta Ben Franklin.

—Un centavo ahorrado es un centavo ganado.

No pude evitar reírme.

—No es la frase de Franklin que más cito. Mis principios no van por ahí.

—¿No? ¿Nos hemos apalancado mucho?

—No más que otros. De hecho, necesito encontrar más entornos de inversión, estoy un poco atascado.

Pero eso sonaba pretencioso, así que añadí:

—Nada que no pueda cambiarse en un minuto, por supuesto.

—Entonces, ¿estás apalancado?

—Todo el mundo lo está, ¿no? Con más préstamos que activos.

—Si lo haces bien —respondió ella. Parecía pensativa.

—¿Estarías dispuestas a asumir algunos riesgos? —sugerí, preguntándome en qué estaría pensando.

—Al menos algunas opciones —respondió, y luego meneó la cabeza como si quisiera cambiar de tema.

—¿Volamos un poco? —propuse—. ¿Cuándo nos alejemos del tráfico?

—Me encantaría. Ver elevarse uno de estos es casi mágico. ¿Cómo funciona?

Le expliqué el funcionamiento de las aletas ajustables que provocaban el efecto de planeo del zumbadito una vez que adquiría cierta velocidad. Era

muy fácil hacérselo entender a cualquiera que hubiese sacado la mano por la ventanilla de un coche en movimiento y la inclinara ligeramente, sintiendo la fuerza del viento hacia arriba o hacia abajo. Ella asintió y yo me perdí en su rostro bañado por el sol del atardecer. Me sentía contento porque ella estaba contenta. Estábamos paseando por el río y parecía disfrutarlo. Le gustaba sentir el viento en la cara. Se me hinchó el pecho con una especie de alegría temerosa, y pensé: «me gusta esta mujer». Lo cual me dio miedo.

—¿Dónde te apetece cenar? —dije—. Podemos ir a Dumbo. Hay un sitio con una terraza en la azotea desde la que se ve toda la ciudad. O podemos anclar en una boya de Governors Island y asar unos filetes. Tengo aquí todo lo que necesitamos.

—Pues hagamos eso —optó—. Si no te importa cocinar.

—Me gusta, de hecho —dije.

—¿Volamos hacia allí, entonces?

—Pues claro.

•••••

Volamos. Con un ojo al frente para asegurarme de que nada se nos colaba en el ángulo muerto. El otro, clavado en ella, me permitía disfrutar de cómo le daba el aire en la cara mientras disfrutaba con las vistas.

—Te gusta volar —afirmé.

—¿Y a quién no? Es un poco surrealista, porque la mayoría de las veces que estoy en el agua las paso navegando o tomando vapores, y esto no se le parece en nada.

—¿Navegas?

—Sí. Soy copropietaria junto con un grupo de un catamarán en el Skyline Marina.

—Los catamaranes son los zumbadores de los veleros. De hecho, algunos de ellos tienen aletas, también.

—Lo sé. El nuestro no es de esos, pero está muy bien. Me encanta.

Tendemos que salir con él alguna vez.

—Me encantaría —dije con sinceridad—. Podría ser tu lastre en la banda de barlovento, como suele hacerse.

—Sí. El escolta.

Tras rodear la punta de Battery Park, volví a posar el bicho en el agua y navegamos tranquilamente hasta el arrecife de Governors Island, donde había atracada una flotilla de barcos a sendas boyas. Las diversas edificaciones en la zona inundada de la isla habían sido destruidas para que no rasgaran los cascos de las embarcaciones en la marea baja. Tras la demolición se establecieron numerosos criaderos de ostras y de peces, además de puntos de anclaje de una especie de pequeño puerto deportivo de aguas abiertas, una parada para pasar la noche o para citas vespertinas como la nuestra. Una vez había salvado a un tipo de morir en el tercer tramo de un mal bono hipotecario intermareas y él me pagaba dejándome atracar en su boya. Un favor intermareas por otro.

Volamos hasta allí y, al llegar, Jojo amarró la proa. Estaba gloriosa mientras lo hacía. El bicho se meneaba en la marea decreciente mientras contemplábamos Battery Park y Manhattan, majestuosos en la psicometría del atardecer sobre el agua. Las demás embarcaciones se mecían también, todas vacías, como una flotilla fantasma. Me gustaba aquel sitio, y no era la primera vez que llevaba a una chica allí, pero no estaba pensando en eso cuando esta chica en cuestión se acurrucó a mi lado en el mullido asiento de la cabina.

—Bien, hora de cenar —dije, y abrí la diminuta puerta del igualmente diminuto camarote del bicho.

No estaba mal, pero apenas podías erguirte en él. Tenía la nevera bien surtida, eso sí. Saqué una botella de zinfandel del estante lateral, la abrí y se la pasé a Jojo junto con un par de copas. Luego rescaté la parrilla del armario y la monté en la bancada de popa. Unas pastillas de carbón, un mechero semejante a una pistola de cañón largo y, de repente, teníamos un fuego imponente y hermoso, acompañado del clásico olor. Todo dispuesto inteligentemente sobre el agua para evitar el tipo de incidente que ha mandado más de un navío de recreo ardiendo al fondo.

—Me encanta —dijo ella, y mi corazón volvió a dar un vuelco.

Distribuí las pastillas medio quemadas en un lecho plano, dejando una esquina de la parrilla más fría. Embadurné la parrilla de aceite, la coloqué en su sitio y, mientras se calentaba, entré en el camarote para meter unas patatas en el microondas y sacar el plato de medallones de solomillo de la nevera. Saqué la carne al atardecer y la deposité sobre la parrilla, donde empezó a emitir agradables chisporroteos. Los brazos de Jojo relucían en la oscuridad. Mientras iba de acá para allá cocinando en la cabina, ella me observaba con una expresión entretenida que me resultaba inescrutable. Nunca he conseguido interpretar las expresiones de la gente, y puede que nadie lo consiga en realidad, pero entretenida es mejor que aburrida, eso sí lo sabía, y esa certeza me hizo sentirme un poco tontorrón. Cosa que pareció complacerla.

Tras emplatar la cena, mientras comíamos, me preguntó:

—¿Recuerdas el picotazo fugaz en la BC del que hablamos cuando nos conocimos? ¿Sabes si ha vuelto a pasar o tienes alguna idea de lo que pudo causarlo?

Negué con la cabeza mientras tragaba.

—No lo he vuelto a ver. Imagino que sería una prueba.

—Pero ¿de qué? ¿Alguien probando a enganchar un grifo al canal de flujos para ver si podía quedarse con algo?

—Puede. Mis amigos de análisis cuantitativos creen que pasa constantemente. Para ellos es como una leyenda urbana. Picas durante diez segundos y te vas con un alijo para toda la vida.

—¿Crees que eso puede pasar?

—No lo sé. No me dedico al análisis cuantitativo.

—Creía que sí.

—No. O sea, me gustaría, y puedo seguir la conversación de un analista cuantitativo cuando hablamos, pero ante todo soy operador.

—Eso no es lo que dicen Evie y Amanda. Dicen que finges no ser cuantitativo para poder hacer cosas, pero que en realidad lo eres.

—Lo sería si pudiera —dije sinceramente.

Por qué estaba siendo tan sincero, no tenía la menor idea. Intuía que quizá

a ella le resultase más entretenido que el hecho de que fingiera ser lo que no era. Y me gusta resultar entretenido siempre que puedo.

—Vamos a suponer que pudieras —dijo ella—. ¿Lo harías?

—¿Qué, poner el grifo? No.

—¿Porque sería hacer trampas?

—Porque no lo necesito. Y sí. O sea, es un juego, ¿no? Hacer trampas cuando juegas a un juego es como admitir que eres un paquete.

—No es tanto jugar como apostar.

—Pero apostar con cabeza. Imaginar operaciones que superen incluso a los demás operadores que juegan también con cabeza. En eso consiste el juego. Sin eso, sería más parecido a, no sé..., ¿análisis de datos? ¿Trabajo administrativo delante de un monitor?

—Es un trabajo administrativo delante de un monitor.

—Es un juego. Lo interesante está más allá del monitor, ¿no crees? Todos esos géneros y temporalidades diferentes, fluyendo a la vez... Es la mejor película del mundo, es sentirse vivo todos los días.

—¿Lo ves? ¡Eres un cuantitativo!

—Pero no son matemáticas. Es literatura. O trabajo de detective, o algo así.

Ella asintió mientras pensaba en lo que acababa de oír.

—Entonces, ¿cómo es que no has investigado el picotazo de la BC?

—No lo sé —admití. ¡Cuánta sinceridad!—. Quizá lo haga.

—Creo que deberías.

Se acercó a mí en el cojín. Tomé nota y dije con torpeza:

—¿Postre? ¿Una copa?

—¿Qué tienes? —preguntó.

—Lo que quieras —dije—. Bueno, a decir verdad, la nevera ahora mismo solo tiene botellas de whisky individuales.

—Oh, bien —aceptó—. Probémoslas todas.

•••••

Resultó ser que Jojo poseía unos conocimientos alarmantemente extensos de los whiskies de malta caros, y como toda persona sensata y versada, no es tanto una cuestión de encontrar el mejor como de crear la máxima diferencia, sorbo a sorbo. Le gustaba mojarse los labios, como ella decía.

Y en más sentidos que la mera ingesta de alcohol. Salí del camarote con unas cuantas botellas en cada mano y me senté junto a ella con cierta brusquedad. Ella dijo:

—Ay, Dios mío, un Bruichladdich Octomore del 27.

Dicho lo cual se me arrimó y me besó en la boca.

—Acabas de mojarte los labios con un poco de Laphroaig —dije, tratando de recuperar el aliento.

Se echó a reír.

—¡Ahí lo tienes! ¡Un juego nuevo!

Dudaba mucho de su novedad, pero estaba encantado de jugar.

—No bebas demasiado —me advirtió en cierto momento.

—Sorbos de colibrí —murmuré, citando a mi padre.

Traté de ilustrarlo con un beso en su oreja, pero ella me dio la cara. A esas alturas tenía el vestido subido por la cintura, y al igual que les pasa a muchas mujeres, su ropa interior era fácil de manipular. Tanto beso me dejó sin aliento.

—Te has puesto a largo conmigo —murmuró mientras se sentaba a horcajadas encima de mí y me besaba más.

—Así es —dije.

—Pues creo que tengo una pequeña crisis de liquidez —dijo ella.

—Vale.

—Ah. Eso es bueno. No apalanques esos activos. Toma, usa la boca.

—Lo haré.

Y así sucesivamente. En cierto momento, alcé la vista para contemplar su cuerpo brillante, lechoso, contra el lienzo de la noche estrellada, y vi que seguía observándome con la expresión entretenida de antes. Entonces, levantó la cabeza hacia las estrellas y dijo:

—¡Oh! ¡Oh!

Después, se deslizó poco a poco hasta colocarse a mi lado y ambos nos derrumbamos sobre el suelo de la cabina para seguir con el baile, pero yo no dejaba de oír ese «oh, oh», la cosa más sensual que he oído en mi vida, electrizante más allá incluso de mi propio orgasmo, que ya es decir mucho.

Finalmente, nos quedamos enroscados en el suelo de la cabina, la vista clavada en las estrellas. La noche era cálida para ser otoño, pero soplaba una brisa que nos aliviaba. Las pocas estrellas visibles en lo alto eran grandes y borrosas. Y yo pensaba: «oh, mierda, cómo me gusta esta chica. Quiero a esta chica». Daba miedo.

Nueva York es, de hecho, una ciudad profunda, no alta.  
—Roland Barthes

Donde hay un será hay también un no será.  
—Ambrose Bierce

## b) Mutt y Jeff

¿Qué ha pasado?

—No lo sé. ¿Dónde estamos?

—No lo sé. ¿No estábamos...?

—Estábamos hablando de algo.

—Siempre estamos hablando de algo.

—Sí, pero era algo importante.

—Me cuesta creerlo.

—¿Qué era?

—No lo sé. Pero, mientras lo recordamos, ¿dónde estamos?

—En una especie de habitación, ¿no?

—Sí... Venga ya. Vivimos en nuestro cuarto, en el piso de la granja de la antigua torre Metropolitan Life. El antiguo hotel Edition. Era un hotel bueno.

¿Recuerdas? Es así, ¿no?

—Así es.

Jeff sacude la cabeza con fuerza y se la agarra con las manos.

—Me siento aturdido.

—Yo también. ¿Crees que nos ha drogado?

—Tiene pinta. Me siento como cuando me arrancaron esa muela en Tijuana.

Mutt se lo queda mirando.

—¿No se parece más a cuando te hicieron la colonoscopia? No recordabas lo que había pasado.

—No, de eso no me acuerdo.

—Precisamente. A eso me refiero.

—¿Te pasa lo mismo? Ahora, quiero decir.

—Sí. Me he olvidado de lo que estábamos hablando antes de esto. Y de cómo hemos llegado aquí. Básicamente no recuerdo qué cojones ha pasado hasta ahora mismo.

—Yo igual. ¿Qué es lo último que recuerdas? Intentemos delimitar eso y elaborar a partir de ahí.

—Bueno... —Mutt medita un momento—. Vivíamos en nuestro cuarto, en el piso de la granja de la torre Metropolitan Life. Hace mucho aire cuando sales entre las plantas. Un poco ruidoso y con buenas vistas. ¿Verdad?

—Sí, ahí estábamos. Llevábamos un par de meses, ¿no? Perdimos la anterior habitación cuando se hundió.

—Sí. Peter Copper Village, una marea superalta. Algo relacionado con la Luna. La cimentación con arena no basta para mantener el edificio en pie a largo plazo. Y entonces...

Jeff asiente.

—Sí, eso es. Intentábamos mantenernos alejados de mi primo, que es por quien estamos enmarronados, para empezar. Luego fuimos al Flatiron, donde vive Jamie, y, cuando nos echaron de allí, nos habló de la torre de la Met. Le gusta rescatar amigos.

—Y escribíamos código para tu primo. Un error a todas luces, y de los gordos. Encriptado y atajos, el yin y el yang. Algoritmos codiciosos somos.

—¡Sí, pero había algo más! Descubrí algo, o algo me preocupaba...

Mutt asiente.

—Hiciste un apaño.

—¿Para el algoritmo?

Mutt menea la cabeza y mira a Jeff.

—Para todo.

—¿Todo?

—Eso es, todo. El mundo. El sistema mundial. ¿No te acuerdas?

Jeff pone los ojos en blanco.

—¡Ah, sí! ¡Las dieciséis soluciones! ¡Llevo años pergeñándolas! ¿Cómo he podido olvidarlo?

—Porque estamos jodidos, por eso. Nos han drogado.

Jeff asiente.

—¡Nos han pillado! ¡Alguien nos ha pillado!

Mutt parece dubitativo.

—¿Te han leído la mente? ¿Nos han puesto un micro? No lo creo.

—Claro que no. Debimos de intentar algo.

—¿Debimos?

—Vale, puede que lo intentara yo solo. Puede que nos haya delatado.

—Eso ya me cuadra más. Creo que es algo que ha podido pasar antes. Nuestra carrera ha sido larga, pero accidentada, lo recuerdo muy bien. Demasiado bien.

—Sí, sí, pero esto ha sido más gordo.

—Eso parece.

Jeff se levanta, cogiéndose la cabeza con ambas manos. Mira alrededor. Camina hasta una pared y recorre con los dedos los bordes de una puerta sellada. No hay ni pomo ni cerradura a lo largo de su contorno, si bien puede apreciarse una línea rectangular en su perímetro, a la altura de la cintura de Jeff y de las rodillas de Mutt.

—Oh, oh. Esto está sellado a prueba de agua, ¿lo ves?

—Sí. Pero ¿qué significa eso? ¿Que estamos debajo del agua?

—Sí. Posiblemente.

Jeff acerca la oreja a la pared.

—Escucha. Se puede oír como un borboteo.

—¿No será que oyes la circulación de tu propia sangre?

—No sé. Ven a probar, a ver qué opinas.

Mutt se levanta, suelta un gruñido y mira a su alrededor. La estancia es alargada, aunque se vería cuadrada si se mirara de perfil. Hay dos camas individuales, una mesa y una lámpara, si bien su iluminación también parece proceder del techo tenuemente encendido. Está a algo más de dos metros de ellos. Hay un pequeño aseo triangular adosado a uno de los rincones, al estilo de cualquier hotel barato. Hay váter, lavabo y ducha, y cuenta con agua corriente, tanto caliente como fría. El váter se vacía con un potente tirón de vacío. En el techo hay dos pequeños conductos de ventilación, ambos

cubiertos por una densa malla. Mutt sale del cuarto de baño y recorre unas cuantas veces la habitación en toda su longitud, pegando el talón de un pie con los dedos del otro al tiempo que mueve los labios para contabilizar los pasos.

—Unos seis metros —decreta—. Y como dos metros y medio de alto, ¿no? Y lo mismo del revés. —Mira a Jeff—. Es el tamaño de un contenedor. Ya sabes, de esos que transportaban los barcos. Seis metros por dos y medio.

Pega el oído a la pared, delante de Jeff.

—Ah, sí. Se oye un ruido al otro lado de la pared.

—Te lo dije. Como de agua, ¿verdad? Como cuando tiras de la cadena o te duchas.

—O la corriente de un río.

—¿Cómo?

—Escúchalo. Es como un río, ¿no crees?

—No sé. No sé cómo suena un río, quiero decir, cuando estás dentro o lo que sea.

Ambos se quedan mirándose.

—Entonces estamos...

—No lo sé.

—¿Qué cojones significa eso?

—Que no lo sé.

Corporación, *n.* Un ingenioso sistema para obtener beneficio individual sin la correspondiente responsabilidad.

Dinero, *n.* Una bendición que no sirve de nada hasta el momento en que nos separamos de ella.  
—Ambrose Bierce, *El diccionario del diablo*

La privatización de la gobernanza: que esta ya no sea ejercida exclusivamente por el Estado, sino por un cuerpo de instituciones ajenas a él (bancos centrales independientes, mercados, agencias de calificación, fondos de pensiones, instituciones supranacionales, etc.), de las cuales las administraciones públicas, si bien importante, no son más que una parte.  
Atribuido a Maurizio Lazzarato

## c) ese ciudadano

La aseguradora Metropolitan Life adquirió el terreno de la esquina sureste de Madison Square en la década de 1890 y construyó allí su sede. A finales de siglo, contrataron al arquitecto Napoleon LeBrun para añadir una torre al nuevo edificio, que decidió basarse para su diseño en la estética del campanario de la plaza de San Marcos de Venecia. La torre se acabó en 1909 y en ese momento fue la más alta del mundo, por encima del Flatiron, en la esquina suroeste de Madison Square. El edificio Woolworth abrió sus puertas en 1913 y se quedó el récord de altura, tras lo cual la torre Metropolitan Life se hizo famosa por sus cuatro relojes, que daban la hora hacia los cuatro puntos cardinales. Las esferas de los relojes eran tan grandes que las manecillas de los minutos pesaban media tonelada cada una.

En la década de 1920, Metropolitan Life compró la iglesia situada al norte de la torre, que derribó para construir su edificio norte. Se pretendía que fuese un rascacielos de cien plantas, bastante más alto que el Empire State, que también estaba siendo proyectado en ese momento, pero cuando estalló la Gran Depresión, los responsables de Metropolitan Life cancelaron el plan y limitaron su expansión norte a treinta y dos plantas. Aún puede verse que era la base de algo mucho más alto, como un gigantesco pedestal al que le falta la estatua. Y dentro tiene treinta ascensores, todos ellos listos para trasladar a las personas hasta los sesenta y ocho pisos que faltan. Puede que, cuando la gente se recupere de la histeria de las inundaciones, decidan completar la torre a base de compuestos de grafeno y la eleven hasta los trescientos pisos, por qué no. Han perdido la oportunidad de celebrar así el bicentenario, pero

oye, ¿qué es un siglo en el mundo inmobiliario de Nueva York? Algún estafador del 2230 ya tendrá bajo la manga una propuesta de megarrascacielos para el tricentenario. En cualquier caso, en la actualidad Madison Square está dominado por una enorme réplica del campanario de Venecia. Hay que ser fan de esa coincidencia ahora que otorga a la cuenca que en la actualidad cubre la zona una suerte de italianidad que permite firmar sus postales como la Supervenecia.

Cosas así no dejan de pasar en Madison Square. En sus inicios era una marisma surgida de un manantial de agua dulce que durante muchos años se canalizó hacia una fuente artesiana situada frente a la Met, con tazas de hojalata encadenadas para que bebiera la gente. El agua manaba en forma de insinuante chorro, como una eyaculación permanente, pero aquello no dejaba de ser una indicación más de la inconteniblemente sucia mentalidad de la América victoriana. La fuente de piedra se encuentra ahora en alguna parte de Long Island.

Cuando desecaron la marisma con tierra arrancada de las colinas circundantes, aquello se convirtió en una plaza de armas para el arsenal del ejército de Estados Unidos, así como un cruce de la ruta postal entre Boston y Broadway. La plaza de armas no dejó de menguar y, cuando el famoso cuadrante de calles en sentido este-oeste y avenidas norte-sur se impuso en el paisaje, la plaza se redujo a un pequeño rectángulo de algo más de dos hectáreas que aún hoy sigue existiendo: de la Veintitrés a la Veintiséis, entre Madison y la Quinta, hacia donde se adentra Broadway en ángulo añadiendo otra porción al parque.

Al principio, la plaza estaba ocupada en su lado norte por una gran casa refugio, lugar donde se encarcelaba a los jóvenes delincuentes. Más tarde, el Hipódromo Franconi le añadió un espacio interior para celebrar espectáculos de diversos tipos, como carreras de galgos y combates de boxeo.

Una familia suiza estableció el popular Delmonico en el lado oeste, al que siguió el hotel de la Quinta avenida, ubicado en el mismo espacio. Stanford White construyó el primer Madison Square Garden en el lado norte, y las masas se acercaban para montar en góndolas por un sistema de canales artificiales; eso fue antes de la construcción del campanario de la Met, así que

puede que LeBrun tomase la inspiración veneciana de la mano de White, quien ya había erigido una torre sobre su complejo de jardines. La plaza se jactó de ambas torres durante dieciséis años. White murió de un disparo realizado por el marido celoso de una amante suya, precisamente en los jardines, mientras asistía a una cena espectáculo. Cuando derribaron su edificio y construyeron el nuevo Madison Square Garden, entre la Cuarenta y nueve y la Octava, conservaron la estructura de acero, que aún existe en alguna parte de Long Island. Quizá.

Numerosas estatuas de estadounidenses insignes llenaban por aquel entonces la plaza, incluidas las de varios generales, que servían también como tumba. Se solían levantar arcos por Park Avenue para celebrar los éxitos militares nacionales en diversas guerras. La policía cargó contra los manifestantes de izquierda el primero de mayo de 1919, pero esta victoria sobre las fuerzas de las tinieblas no quedó inmortalizada con un arco. Ni tampoco la represión de la sublevación que se produjo allí cuando el reclutamiento de 1864, promovido por Lincoln, fue muy mal recibido. Por lo visto, los arcos se reservaban para las victorias en el exterior.

Lo mejor de todo, desde el punto de vista de los monumentos, era que la mano con la antorcha de la Estatua de la Libertad pasó seis años en Madison Square, ocupando el extremo norte del parque de una manera bastante surrealista, entre dos y tres veces por encima de la altura de los árboles de la plaza. Las fotos de aquella época son alucinantes, y si la plaza no fuese ahora una cuenca de cinco metros de profundidad, con el suelo jalonado de jaulas acuícolas, tendría sentido abogar por amputar la mano de la vieja muchacha para devolverla a tan insigne lugar. Tampoco es que vaya a necesitar mucho la antorcha, que digamos. El faro que daba la bienvenida a los inmigrantes se apagó hace mucho. Puede que hubiese algunas reticencias respecto al plan, pero menudo ornamento para un parque. Incluso se podría trepar para echar un vistazo desde lo alto. Brillante cobre el de aquellos días.

Teddy Roosevelt nació a una manzana de distancia. Recibió las lecciones de baile de su infancia en la plaza (más que nada, daba patadas a las niñas) y coordinó su campaña presidencial de 1912 desde la misma torre de la Met. ¡Arriba progresistas! Si los progresistas que ahora ocupaban la torre tuvieran

éxito cambiando el mundo, ¿se llevarían los Alces algún mérito? Seguramente, aunque, de hecho, perdieron aquellas elecciones.

Edith Wharton nació en la plaza y más tarde vivió allí. Herman Melville vivió a una manzana al este de la plaza y la atravesaba todos los días laborables para acudir a su trabajo en los muelles de West Street, incluidos los años en los que la mano con la antorcha de la Estatua de la Libertad presidió el lugar. ¿Se pararía de vez en cuando para admirar la extrañeza de ese panorama, pensando incluso quizá que aquello era un símbolo de la amputación de su propio destino? Sabes que sí. Un día se llevó a su nieta de cuatro años allí para jugar en el parque, se sentó en un banco y se quedó mirando la antorcha con tanta intensidad que se olvidó de que la cría andaba correteando entre los lechos de tulipanes y se volvió a casa sin ella. La pobre niña volvió al hogar por su propio pie, justo en el momento en que la criada estaba sacando a Melville por la puerta para que fuese a buscarla. Sí, nuestro hombre era todo un cadete espacial.

La plaza fue el primer lugar de Estados Unidos donde se exhibió públicamente una estatua desnuda, más concretamente una Diana. La colocaron en lo alto de la torre de Stanford White, o sea, a setenta y cinco metros por encima de los ojos curiosos de sus admiradores, pero, aun así... Hubo quien compró telescopios. Posiblemente ese fuera el inicio de la alegre tradición neoyorquina que consiste en espiar a los vecinos cuando están desnudos. Ahora la estatua se encuentra en un museo de Filadelfia. Por aquellos mismos años, el bar del hotel Park Avenue exhibía una de las pinturas de desnudos más concitadoras de miradas de la *Belle Époque*: unas voluptuosas ninfas a punto de beneficiarse a un sátiro de aspecto preocupado. La pintura se encuentra ahora en un museo de Williamstown, Massachusetts. ¡Madison Square era la central del sexo de aquellos tiempos!

También fue en Madison Square donde se erigió por primera vez un árbol de Navidad encendido para deleite del público. Durante la Segunda Guerra Mundial, los árboles de Navidad permanecieron apagados, y se decía que era como si la plaza hubiese vuelto a su estado primitivo. Lo que tampoco es decir mucho, en el caso de Nueva York. También fue el primer lugar donde se colocó un anuncio con iluminación eléctrica, publicidad de una especie de

resort en el océano, desde la fachada del Flatiron. Luego llegó el *New York Times*, con su alarde de que incluía todas las noticias que cabían.

El Flatiron fue el primer rascacielos con esa forma de la ciudad, y el edificio más alto del mundo durante uno o dos años. También dio lugar, según dicen, a la zona más ventosa de la ciudad, en su extremo norte. Y, sí, a los hombres les gustaba agolparse allí para contemplar el vuelo de los vestidos de las mujeres, como el de Marilyn Monroe sobre esa rejilla de metro. Asignaron a dos agentes de policía para que patrullaran por la lasciva intersección y ahuyentaran a los mirones. Toda una obra maestra, ese Flatiron. Una inmejorable silueta para que Alfred Stieglitz la fotografiase, una figura casi tan estupenda como la de Georgia O'Keeffe. Stieglitz y O'Keeffe tenían su estudio en la zona norte de la plaza.

¡Y el béisbol se inventó también en Madison Square! Está claro: es tierra santa. ¡Hasta nunca, Belén!

¿El primer espectáculo impresionista francés? Hecho. ¿Las primeras farolas de gas? Ya te digo. ¿Las primeras farolas eléctricas? Ahí lo llevas. Estas últimas, conocidas como las primeras «torres solares», contaban con seis mil candelas de potencia cada una y se veían desde las Orange Mountains, a veinticinco kilómetros de distancia. La gente se tenía que poner gafas de sol para colocarse debajo y no quedarse ciega, y no faltaba quien se quejaba asegurando que, bajo su luz, la carne humana adquiriría un aspecto claramente mortecino. El propio Edison tuvo que encargarse de averiguar la forma de reducir su intensidad.

¿Las primeras jaulas de acuicultura de la cuenca? Claro, justo aquí. La primera se instaló en 2121. También el primer embarcadero de varias plantas, instalado en la vieja torre de la Met cuando la reformaron para convertirla en residencial, después del Primer Pulso. Fue una idea muy popular que se vio imitada enseguida por toda la zona inundada.

A estas alturas ya ha quedado claro que Madison Square fue una plaza extraordinaria en una ciudad extraordinaria, ¿verdad? ¡Una especie de ónfalo mágico de la historia, desde donde emanan o donde se entrecruzan todas las líneas telúricas de la cultura, convirtiéndolo en el centro de poder que supera a todos los centros de poder! Pero no. Nada de eso. Es una plaza neoyorquina

perfectamente vulgar, mediocre en todos sus aspectos, y, de hecho, las demás son mucho más famosas y perfectamente capaces de concitar su propia lista de primeros hitos, residentes famosos y sucesos curiosos. Union Square, Washington Square, Tompkins Square o Battery Park son todos lugares colmados de curiosidades históricas olvidadas. Aparte de ser la cuna del béisbol, un hecho aparentemente sacralizado al nivel del Big Bang, lo que hace especial a Madison Square deriva de lo que hace especial a Nueva York en todas partes. Planta tu dedito en tu mapa turístico y, allí donde aterrice, habrán ocurrido cosas asombrosas. Los fantasmas se elevarán a través de las tapas de alcantarilla como el vapor en una fría mañana para contarte sus historias con la misma intensidad aburrida y maníaca de viejo marino que manifiesta cualquier neoyorquino cuando se pone a hablar de historia. ¡No les des pie! Porque un neoyorquino interesado en la historia de Nueva York es, por definición, un lunático, alguien que nada o rema a contracorriente de sus conciudadanos, a ninguno de los cuales le importa un bledo todo este rollo del pasado. ¿Y qué? La historia es una mierda, como afirmó jocosamente el memo antisemita de Henry Ford. Y, si bien es cierto que muchos neoyorquinos escupirían en su tumba si conociesen su historia, no lo hacen. En ese sentido, son almas gemelas del inmenso cretino en persona. No quites el ojo de la bola que viene del futuro. Céntrate en la estafa que es o en la que será, o acabarás frito, amigo, y la ciudad se te comerá para el almuerzo.

No hay nada de especial en el hecho de vivir la propia vida  
rodeado de personas que uno no conoce.  
—Lyn Lofland  
¿en serio?

## d) Inspectora Gen

Gen Octaviasdottir solía despertarse al amanecer. Las ventanas de su apartamento de la planta veinte estaban orientadas al este, y tenía por costumbre salir de la cama cuando la primera luz perfilaba Brooklyn, un destello de magnesio desde el confuso entramado que cubría el agua. Allí siempre parecía que algo glorioso iba a suceder.

En ese sentido, cada día era una pequeña decepción. No quedaba mucha gloria por allí. Pero aquella mañana, como la mayoría de ellas, Gen estaba dispuesta a volver a intentarlo. «¡Resiste!», según anunciaba una tarjeta de cumpleaños escrita a mano y fijada al espejo del baño, junto con algunos otros mensajes e imágenes que le habían dejado sus padres: «*Carpe Diem /Carpe Noctum*». «Gran Azul». Una pintura de una pareja de tigres. Otra del ratón Mickey y Minnie. Una foto de una estatua de un faraón y su hermana-esposa que, según su padre, se parecían a su madre y él. Se parecían un poco, sí.

Gen seguía albergando la intención de retirar todo aquello. No hacía más que acumular polvo, pero nunca se animaba a hacerlo. Sus padres habían disfrutado de un buen matrimonio, pero el intento de Gen en su juventud terminó en un estrepitoso fracaso, del que salió entregada en cuerpo y alma al departamento de policía de Nueva York. Tras la muerte de su padre, cuidó de su madre hasta que ella también falleció. Y ya. Allí estaba, un día más. Nunca pensó que acabaría de este modo.

Bajó al comedor para desayunar con Charlotte Armstrong. Es curioso cómo puedes vivir en un edificio durante años y no coincidir nunca con una

persona que vive en otra planta. Pero así era Nueva York. Hablas con una persona tras otra para saber si es alguien con quien se puede hablar. Era uno de los aspectos que le gustaban de su trabajo: la abundancia de historias, incluso aunque la mayoría de ellas llevase aparejado un crimen. Siempre había la posibilidad de mejorar las cosas para alguien. Para los supervivientes. En todo caso, era interesante. Un juego de rompecabezas.

Llegó al comedor al mismo tiempo que Charlotte, justo a tiempo. Comentaron este hecho al ponerse en la cola para coger pan y unos huevos revueltos y luego fueron a por el café antes de sentarse. Charlotte lo tomaba con leche. La gente tiende a parecerse a sus hábitos.

—Bueno, ¿ha descubierto algo su ayudante sobre los desaparecidos? —preguntó Charlotte nada más sentarse.

No era de las que charlan del tiempo. Gen asintió y sacó su terminal.

—Me ha mandado algunas cosas. Puede ser interesante —respondió mientras pulsaba sobre la nota de Olmstead—. Trabajan en el sector financiero, como me dijo. Puede que sean lo que la industria llama cuantitativos, ya que se dedican a la programación y el diseño de sistemas.

—¿Eran matemáticos?

—Tengo entendido que las finanzas no requieren de matemáticas demasiado complejas. Alguien me dijo que la gente ya alucina con una interfaz de datos sencilla. Quizá sea algo más que simple programación avanzada. Ralph Muttchopf se licenció en Informática. Jeffrey Rosen lo hizo en Filosofía y trabajó en la Comisión de Finanzas del Senado hará unos quince años. No eran los típicos cuantitativos.

—O puede que sí, si la cosa no va solamente de matemáticas.

—Cierto. En fin, un par de cosas sobre Rosen que ha descubierto mi sargento: mientras trabajaba en el Senado, se recusó a sí mismo durante una investigación sobre un tema relacionado con información privilegiada ya que un primo suyo dirigía una de las empresas de Wall Street involucradas.

—¿Cuál?

—Adirondack.

—No puede ser. ¿En serio?

—Sí, ¿por qué lo dice?

—¿El primo era un tal Larry Jackman?

—No. Henry Vinson. Ahora dirige su propio fondo de inversiones: Alban Albany. Pero era director ejecutivo de Adirondack durante la investigación del Senado. ¿Por qué pregunta sobre Larry Jackman?

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Porque Jackman era director financiero de Adirondack. Además de mi ex.

—¿Exmarido?

—Sí. —Charlotte se encogió de hombros—. Fue hace mucho tiempo. Íbamos a la Universidad de Nueva York por aquel entonces. Nos casamos para comprobar si eso nos ayudaría a seguir juntos.

—Gran idea —apuntó Gen, y comprobó con alivio que Charlotte se reía.

—Sí —admitió—. Siempre es una gran idea. En cualquier caso, el matrimonio solo aguantó un par de años. Tras el divorcio, no volví a verlo en mucho tiempo. Después, nuestros caminos se cruzaron un par de veces, y ahora nos tenemos entre nuestros contactos y salimos a tomar café de vez en cuando.

—Ahora trabaja en algo del gobierno, si mal no recuerdo.

—Es presidente de la Reserva Federal.

—Caramba —dijo Gen.

Charlotte volvió a encogerse de hombros.

—En fin, no habla mucho de su familia. Por eso pensé que ese Jeff Rosen podría ser uno de sus primos.

—Mucha gente tiene un montón de primos.

—Sí. El padre y la madre de Larry tenían muchos hermanos. Pero siga. Dice que Rosen estaba emparentado con Vinson. ¿Por qué le parece tan interesante esa relación?

—Por algún sitio hay que empezar —dijo Gen—. Esos tíos están desaparecidos y no han dejado ningún rastro, sea físico o electrónico. No han utilizado sus tarjetas ni accedido a la nube, cosa difícil de mantener durante mucho tiempo. Eso puede significar algo malo. Pero también nos deja sin ninguna pista que seguir. Cuando esto pasa, aprovechamos cualquier cosa que tengamos a mano. Puede que la conexión no sea gran cosa, pero la

investigación del Senado incluyó a Adirondack, y Rosen se recusó a sí mismo.

—Y Jackman dirige ahora la Fed —añadió Charlotte con cierto aire sombrío—. Recuerdo algo de cómo se fue de Adirondack. El consejo de administración escogió a Vinson como director ejecutivo en vez de a él, por lo que no tardó en dejar la empresa y establecerse por su cuenta. Nunca llegó a contarme mucho, pero me dio la impresión de que la transición no fue nada fácil.

—Es posible. Según me ha contado mi sargento, parece que Adirondack saltó por los aires. Y, hace poco, Rosen y Muttchopf hicieron algún trabajo para el *hedge fund* de Vinson, Alban Albany, lo suficiente como para figurar en su declaración de la renta del último año. Y ahí tenemos otra conexión.

—Pero es la misma.

—Sí, pero por duplicado. No digo que signifique nada, pero nos indica en qué dirección hay que mirar. Vinson cuenta con muchos colegas y conocidos, al igual que Muttchopf y Rosen. Y Adirondack es una de las mayores empresas de inversión del mundo. Hay más pistas que seguir, ya lo ve.

—Claro.

Gen la miró fijamente y dijo:

—Por favor, no le cuente nada de esto a Larry Jackman.

¿Comprendería que la petición llevaba implícito que podría haber líneas de investigación que desembocasen en ella?

Lo hizo. Leyó entre líneas y esto ensombreció aún más sus rasgos.

—No, por supuesto que no —dijo—. O sea, ya le he dicho que nos vemos muy de vez en cuando.

—Bien. Así no será difícil.

—En absoluto.

—Bueno, ¿me puede decir otra vez cómo acabaron aquí esos dos?

—Tenían un amigo en el edificio Flatiron. Subían a la granja de su azotea para vernos desde allí. Cuando el consejo del edificio les instó a que se marcharan, vinieron a preguntar si podían quedarse.

—¿Presentaron una solicitud a la junta de residencia?

—Se lo preguntaron a Vlade, Vlade me lo preguntó a mí y yo me reuní

con ellos. Me pareció que eran gente honrada, de modo que pedí a la junta que les concediera un permiso de residencia temporal. Pensé que nos vendrían bien para analizar el fondo de reserva del edificio, el cual no pasa por su mejor momento.

—No lo sabía.

—Está en las actas.

Gen se encogió de hombros.

—No suelo leerlas.

—Como casi nadie.

Gen se paró a pensar un momento.

—¿Suele hacer muchas peticiones de ese tipo a la junta residencial?

A estas alturas ya tenía que saber que estaba siendo debidamente interrogada.

Charlotte asintió, como para certificar que era así, y dijo:

—Alguna que otra vez, sí, si doy con una situación en la que creo que puedo ayudar a algunas personas y también al edificio. Creo que a la junta no le gusta, ya que estamos un poco saturados. Bastante tienen con la lista de espera normal. Y, además, tienen sus propios casos especiales.

—Pero sigue habiendo excepciones.

—Claro. Casi nadie se va de aquí, pero muchos residentes llevan viviendo en el edificio desde hace mucho tiempo y existe cierta tasa de mortalidad.

—En ese aspecto, la gente es fiable.

—Sí.

—Lo cierto es que estoy aquí por eso también. Me mudé para cuidar de mi madre tras la muerte de mi padre, y, cuando ella le siguió, heredé la pertenencia a la cooperativa.

—Ah. ¿Y cuándo fue eso?

—Hace tres años.

—Eso explicaría que aunque pertenece a la cooperativa, no hace mucho caso de los asuntos del edificio.

Gen se encogió de hombros.

—Acaba de decir que casi nadie lo hace.

—Bueno, las finanzas del fondo de reserva son un poco esotéricas. Pero

es una cooperativa, ya sabe. Así que, a decir verdad, son muchos los que tienen la mano tendida de un modo u otro.

—Probablemente yo debería también —admitió Gen.

Charlotte asintió, pero entonces cayó en algo:

—Dentro de poco todo el mundo se va a enterar de un asunto que surgió en la última reunión del consejo. Hay una oferta de compra por el edificio.

—¿Alguien quiere comprar todo esto?

—Así es.

—¿Quién?

—No lo sabemos. Operan a través de un intermediario.

Gen tenía facilidad para ver patrones. No cabía duda de que era uno de los efectos de su trabajo, lo reconocía, pero no podía evitarlo. Como en este caso: alguien desaparece de un edificio, alguien con familiares y colegas poderosos, y el edificio recibe una oferta. Le resultaba imposible no preguntarse si existía una relación en todo aquello.

—Podemos rechazar la oferta, ¿verdad?

—Claro, pero lo más probable es que haya que votar. Hay que recabar la opinión de los miembros, y tomar una decisión de manera conjunta. Y la oferta es de casi el doble del valor real del edificio, lo cual tentará a más de uno. Se parece mucho a una OPA hostil.

—Espero que no ocurra —dijo Gen—. No me apetece mudarme, y apuesto a que a muchos otros residentes tampoco. O sea, ¿adónde iríamos?

Charlotte se encogió de hombros.

—Algunas personas creen que el dinero lo arregla todo.

—¿Cómo sabe que la oferta es por el doble del valor del edificio? —preguntó Gen—. ¿Cómo se puede conocer el valor real de las cosas en estos tiempos?

—Comparando con negocios similares —repuso Charlotte.

—¿Hay negocios similares a este?

—Unos cuantos. Hablo con miembros de los consejos de administración de otros edificios. La Samba se reúne una vez al mes y mucha gente habla sobre que hay ofertas, e incluso ha habido un par de operaciones de compraventa cerradas. Detesto lo que significa eso.

—¿Y qué significa?

—Pues que ahora que parece que el nivel del mar se ha estabilizado y que la gente ha dejado atrás los años más difíciles... Aquello supuso un tremendo esfuerzo. Y requirió un montón de capital líquido.

—La generación más importante —citó Gen.

—A la gente le gusta pensar eso.

—Sobre todo a los de aquella generación.

—Exacto. Los retornados, las ratas de agua, los como se llamen.

—Nuestros padres.

—Eso es. Y lo cierto es que hicieron mucho. No sé cómo fue en su caso, pero las historias que solían contar mi madre y su padre...

Gen asintió.

—Soy la cuarta generación de policías en casa, y mantener el orden durante las inundaciones fue difícil. Alguien tenía que defender aquella línea.

—Estoy segura. Pero, ya sabe, ahora el bajo Manhattan es un sitio interesante. La gente habla de oportunidades de negocio y regreso de la gentrificación. Nueva York no deja de ser Nueva York. Y la zona alta de la ciudad es un monstruo. A los multimillonarios de todas partes les encanta aparcar su dinero aquí. Si lo haces, puedes dejarte caer de vez en cuando y pasar una noche en la ciudad.

—Siempre ha sido así.

—Claro, pero eso no significa que me tenga que gustar. De hecho, lo detesto.

Gen asintió mientras observaba a Charlotte. Estaba a la caza de cualquier gesto de disimulo, ya que Charlotte estaba relacionada con los desaparecidos de más de una manera y había razones para prestar atención. Además, era una mujer de fuertes convicciones. Gen empezaba a sospechar por qué podría haber fracasado su joven matrimonio: se abre el telón y aparecen un financiero y una trabajadora social...

Pero la verdad es que Gen no percibía ningún indicio de disimulo u ocultación. Al contrario, Charlotte parecía muy abierta y franca. Aunque es verdad que mostrarse sincero en unos aspectos puede servir para ocultar otros. Aún no estaba segura del todo.

—Entonces, ¿le gustaría que se rechazara la oferta por el edificio?

—Y tanto que sí. Como acabo de decir, no me gusta lo que significa. Y el sitio me encanta. No quiero irme.

—Creo que será la opinión mayoritaria —dijo Gen, tranquilizadora, y entonces, sin transiciones, cambió de tercio, una costumbre suya que consistía en sacar una baza por sorpresa para ver si provocaba una reacción:

—¿Qué me dice de nuestro supervisor? ¿Podría estar implicado en todo esto?

—¿En la desaparición? —Aquello sorprendió a Charlotte—. ¿Por qué iba a estarlo?

—No lo sé. Pero tiene acceso a los sistemas de seguridad del edificio y las cámaras se desactivaron justo cuando desaparecieron. No creo en las coincidencias. Eso por un lado. Y además, si los compradores quisieran ayuda desde dentro, podrían haber ofrecido a algunos residentes un trato más ventajoso en caso de materializarse la compra.

Charlotte negó con la cabeza a casi todo lo que Gen decía.

—Vlade es este edificio. No creo que reaccionase bien ante nadie que quisiera joderlo de alguna manera.

—De acuerdo. Pero el dinero puede hacer creer a las personas que están ayudando cuando en realidad no lo hacen, ¿entiende lo que quiero decir?

—Sí. Pero creo que él se lo tomaría como un soborno y, en ese caso, quienquiera que fuese tendría suerte de no acabar en el canal. No, Vlade ama este sitio, lo sé.

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Sí. Llegó aquí hace unos quince años, después de una mala experiencia.

—¿Problemas con la ley?

—No. Estaba casado y su hijo murió en un accidente. Eso acabó con el matrimonio, y fue más o menos entonces cuando lo contratamos.

—¿Ya estaba usted en el consejo en esa época?

—Sí —repuso Charlotte con pesadumbre—. Llevo ahí desde esa época.

—O sea, que no cree que pueda estar implicado en el asunto.

—Exacto.

Ya habían terminado de desayunar, cafés incluidos; sabían que las cafeteras ya estarían vacías a esas alturas. En la Met nunca hay café suficiente. Gen era muy consciente de que había logrado irritar a Charlotte más de una vez. Lo había hecho adrede, pero ya era suficiente. Al menos de momento.

—A ver qué le parece esto —dijo—. Seguiré buscando a esos tíos. En cuanto al edificio, empezaré a acudir a las reuniones de los propietarios y hablaré con los residentes que conozco para convencerles de que es mejor conservar lo que tenemos.

Eso se reducía a unos pocos vecinos cercanos a su puerta, pero tenía la esperanza de que el mero ofrecimiento bastara para limpiar asperezas.

—Gracias —dijo Charlotte—. Siempre habrá reuniones.

La época de mayor congestión en Nueva York fue el año  
1904. O 2014.

La ciudad se encuentra a cuarenta grados norte de latitud,  
como Madrid, Ankara o Pekín.

¿Que cómo se ha hecho todo ese dinero en Nueva York?  
Astor, Vanderbilt, Fish... Pues en el negocio inmobiliario,  
por supuesto.  
observó John Dos Passos

Vengo del canal. No sé nada.  
Es bueno preguntar lo que necesitamos saber.  
—William Bronk  
descendiente de los Bronk del Bronx

## e) Vlade

Alerta —dijo la Met a través del monitor de pared de Vlade.

Había optado por ponerle voz de mujer al edificio. Se sentó en la cama y se estiró para encender la luz y coger la ropa.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Informe.

—Agua en el subsótano.

—Mierda.

Se levantó de un salto y se puso la sudadera al vuelo.

—¿Cuánta, a qué ritmo y dónde?

—El informe es relativo a los primeros indicios de humedad. Velocidad de caudal de entrada sin establecer. Habitación B201.

—Vale, dame la tasa del caudal de entrada en cuanto la tengas.

—De acuerdo.

Vlade bajó las escaleras hacia el subsótano a grandes zancadas. Las luces se iban encendiendo a su paso. El subsótano no solo estaba por debajo del nivel del agua, sino también más allá del nivel del suelo, ya que había sido excavado en la roca viva durante la construcción del edificio, en los primeros años del siglo XX. Todo el edificio, salvo la torre, había sido renovado en 1999, cuando ahondaron aún más los cimientos. Por aquel entonces, nadie pensó en hacerlos impermeables, y la roca viva se había agrietado, como todas las rocas. Cuando la isla era tierra firme, eso no importaba, pero ahora sí, ya que el agua de los canales se filtraba, lenta pero inexorablemente, por las grietas. El revestimiento de hormigón de las paredes del subsótano era

más difícil de sellar que el de los pisos superiores, ya que estos eran accesibles desde el exterior, fuese buceando o cerrando los canales con diques. El acceso lo era todo, y dada su ausencia en el subsótano, este solo se podía sellar por la parte interior de las paredes. Eso le provocaba a Vlade una profunda insatisfacción, ya que exponía el hormigón de muros y suelo a las filtraciones y, con ellas, a la consiguiente degradación: corrosión, derretimiento, deslizamiento, desintegración... Y no se podía hacer nada.

Debido a la imposibilidad de solucionar este problema, Vlade prefería mantener el piso vacío y sus paredes y suelos completamente despejados. Algunos miembros del consejo se quejaban de que era desperdiciar espacio, pero él se mostraba inflexible. Tenía que poder ver lo que pasaba en todo momento. Era uno de los puntos flacos de todo el edificio.

Así que, cuando llegó corriendo a la habitación B201, pudo detectar el problema de inmediato: un área brillante por la humedad. Las luces se reflejaban sobre el mal llamado revestimiento de diamante que lo tapaba todo. En realidad, era un derivado del grafeno, pero tan transparente y brillante que todo el mundo, Vlade incluido, se referían a él como diamante. Era más flexible que el diamante y se podía aplicar como aerosol. Los nuevos componentes eran sencillamente maravillosos en términos de dureza, flexibilidad y peso. Eran todo lo que podías desear de los materiales de construcción. Hasta conseguían que la habitabilidad submarina fuese posible.

El suelo era ligeramente rugoso para facilitar el agarre. Las paredes eran más lisas, pero lavadas, como aluminio cepillado, precisamente para reducir la intensidad de la luz reflejada. Eso significaba que cualquier destello delataba la presencia de humedad. La que vio allí bastó para provocarle un ligero respingo de consternación, a pesar de que siempre presentaba el mismo aspecto.

Entre otras cosas, significaba que tendría que buscar más a fondo para encontrar la filtración. El edificio le había alertado al primer indicio de humedad: solo pudo encontrarla desplegando la vara detectora de humedad. El punto afectado se encontraba en el rincón más alejado, en la confluencia del muro norte con el muro este y el suelo. Era extraño, ya que precisamente en aquel punto la capa de aislante era más densa de lo normal. Y, aun así, ahí

es donde indicaba la vara. Vlade se sentó en el frío y rugoso suelo y le pasó la mano por encima. Sí, estaba mojado. Intentó captar la humedad con el olfato, pero nada. Sacó la linterna de su cinturón de herramientas y apuntó el potente haz de luz hacia el rincón. Tuvo que mover un poco la cabeza hacia delante y hacia atrás para lograr el enfoque adecuado con sus viejos ojos, pero finalmente la encontró: una fractura. Una microfractura.

No tenía sentido. Sacó rápidamente su lupa de bolsillo, se apoyó sobre las rodillas sosteniendo la linterna en ángulo y desplazó el haz dentro y fuera. Lo que tenía delante era la imagen borrosa de la masa de espray de diamante que se había cristalizado, secado o comoquiera que se dijera en el rincón. Sí, una fractura. El agua que se colaba por la grieta había aumentado hasta que la tensión superficial provocó que cayese al suelo; como un torrente en miniatura. Pero habría jurado que parecía que hubieran taladrado el agujero.

Limpió el rincón y sacó una foto en gran angular con su terminal de muñeca. Desde luego, la grieta tenía forma redonda; eran dos pequeños agujeros, en realidad, por los que el agua se colaba de manera hemisférica, como la sangre a través de dos pinchazos. Sangre transparente.

—Mierda.

Volvió a limpiar la zona y, a continuación, cubrió el rincón con una mano de sellador. Más tarde tomaría medidas más contundentes, como una buena rociada de espray de diamante. Por ahora, tendría que bastar con eso.

—Vlade —dijo la voz de la Met en su pinganillo—. Alerta. Agua en el sótano intermedio, esquina suroeste, habitación B104.

—¿Cuánta?

—Primeros indicios de humedad. Velocidad de caudal de entrada sin establecer.

Subió corriendo la ancha escalinata y cruzó la estancia que rodeaba el hueco de las escaleras hacia la habitación B104, procurando no apoyar demasiado peso en la rodilla izquierda. Las habitaciones de aquella planta eran más pequeñas que las de la inferior. Vlade también mantenía aquí las paredes despejadas, aunque, en este caso, el centro estaba lleno de cajas apiladas que él mismo organizaba. El piso era de cemento normal y las paredes estaban recubiertas de revestimiento de diamante, como abajo. Allí,

el exterior del edificio estaba cubierto de agua incluso durante la bajamar, al igual que el nivel inmediatamente superior, que antes daba a la calle. Era una zona intermareas, pues. Estaban en pleamar, de modo que la presión sería ligeramente superior sobre cualquier filtración submarina. Pero el hecho de que apareciesen dos filtraciones casi a la vez le pareció sumamente sospechoso, sobre todo porque ambas lo habían hecho en rincones y porque la primera parecía provocada.

Una vez más, su vara detectora no tardó en localizar la ubicación de la filtración, situada en la parte baja de la pared. Esa pared estaba recubierta tanto por dentro como por fuera, por lo que la filtración tenía menos sentido que la de abajo, si cabe. Esta parecía más una grieta que un orificio, como las fracturas derivadas del estrés de los materiales. El agua manaba de la parte inferior de la grieta, que era prácticamente vertical. La que caía de la pared ya había empezado a acumularse en pequeños charcos.

—Maldita sea.

Tapó la grieta con otra mano de sellador y, tras pensar un momento, salió disparado hacia el ascensor para volver a su habitación. Se quitó la sudadera y se puso el traje de baño sin dejar de maldecir en ningún momento. La filtración inferior tenía que haber sido provocada desde el interior. No quería impartir ninguna orden verbal al edificio relativa a las cámaras de seguridad porque el problema de estas aún no se había resuelto a su entera satisfacción y cabía la posibilidad de que todo el sistema estuviese afectado. Tendría que esperar hasta obtener más ayuda y testigos para resolver el asunto. La prioridad era inspeccionar el exterior del edificio para comprobar si la grieta de la planta superior atravesaba la pared hasta el exterior. De ser el caso, resultaría mucho más sencillo que de tratarse de una filtración compleja que no tuviese correlación con una incidencia externa. En cualquier caso, pintaba mal.

Los trajes de buzo, así como las bombonas y el equipo de inmersión estaban en el embarcadero, en un almacén pegado a su oficina. La gente salía en sus embarcaciones con aparente tranquilidad, y Su, al verlo, le hizo un gesto nervioso con la cabeza.

—Voy a darme un chapuzón —le informó, a lo que Su respondió

frunciendo el ceño.

Se supone que uno no debe sumergirse en solitario, pero Vlade lo hacía cada dos por tres alrededor del edificio, acompañado únicamente por un pequeño trineo submarino.

—Tendré el teléfono encendido —le dijo su ayudante a modo de recordatorio.

Vlade asintió e inició el arduo proceso de enfundarse el traje de buzo. Para las inspecciones del edificio podía usar la bombona más pequeña. En la cabeza solo llevaba una máscara sobre la capucha del traje, como la de un esnórquel. No era completamente hermética, pero sí lo bastante para una tarea breve cerca de la superficie. Luego la limpiaría.

Unos peldaños se adentraban en el agua desde el embarcadero. Ahora solo sobresalían tres, lo que significaba que ya casi era pleamar. Se zambulló. Se sentía como la cosa del pantano de la película homónima, en su opinión la más terrorífica de todos los tiempos. Por suerte no estaba arrastrando a una pobre joven consigo. Ni tampoco el trineo, que no era necesario para una inmersión como esta.

El agua estaba tan fría como de costumbre, incluso enfundado como estaba en el traje de buzo, pero estaba teniendo tanto calor que incluso le resultó agradable la sensación de frescor. Una vez sumergido, probó rápidamente el equipo y salió por la compuerta del embarcadero nadando horizontalmente en dirección a la cuenca. Los pies del traje eran ligeramente palmeados en forma de aleta, y eso también era agradable. Encendió la linterna frontal. El potente haz iluminó las partículas en flotación de las siempre turbias aguas de la ciudad. Lo cierto es que los cientos de millones de almejas de las bateas de acuicultura diseminadas por toda la intermarea realizaban ahora las labores auxiliares de filtrar las impurezas del agua. Con la luz, podía ver por lo menos hasta dos o tres metros por delante, y a veces incluso más. Tenía que permanecer a profundidad suficiente para que ninguna embarcación de superficie lo golpease en la cabeza, pero también a la altura adecuada para no darse con las jaulas de acuicultura. La familiar ingravidez de la flotabilidad natural, de la fauna marina horizontal. Había muchos peces en las jaulas superiores: salmones, truchas de mar y siluros,

con los cuerpos sinuosos apretados contra los lados de sus celdas.

Dobló a nado la esquina noroeste del edificio, planeando sobre la antigua acera como un fantasma. Acera, bordillo, calle... Siempre producía una extraña punzada contemplar los vestigios de la Nueva York que fue. La calle Veinticuatro.

Ya al otro lado de la esquina, flotó hasta la porción de muro que daba al exterior de la habitación B104. Comprobó el GPS para asegurarse de que estaba en la posición adecuada. Pegó la cara a la pared e inspeccionó el revestimiento de diamante centímetro a centímetro, recorriendo a la par la superficie con los dedos enguantados. Nada que resaltase... Ah, sí, justo al otro lado de la grieta interior, por lo visto: una grieta externa. ¿Qué cojones...?

Vlade había pasado años en la división de buceadores del ayuntamiento, trabajando en tuberías de alcantarillado, túneles de mantenimiento, túneles de metro y granjas acuáticas mayoritariamente. Así que bucear en uno de los canales de la ciudad era para él tan natural como caminar por las calles más al norte. La superficie por encima de su cabeza se mecía lentamente hacia delante y hacia atrás como una ser que respirase. Hacia el este, el agua presentaba un brillo opalescente por donde se elevaba el sol entre los edificios. Estelas que se entrecruzaban, chocando contra la Met y el edificio Norte, rebotando y colisionando entre sí, burbujas que surgían y desaparecían en un efímero lapso. Podía vislumbrar el sol, disgregándose al tocar el agua a lo largo de la Veinticuatro. Todo parecía normal, pero aun así estaba nervioso. Algo no iba bien.

Solo por asegurarse, nadó hasta la esquina noreste del edificio, apuntó con la linterna frontal hacia el punto donde se unía con la acera y observó unos cinco o seis metros a ambos lados. Siempre era un panorama extraño: la sustancia viscosa que sellaba la unión entre la antigua acera y el edificio parecía lava gris petrificada, con la propia acera recubierta de una capa de diamante que llegaba incluso hasta cierto punto de la calzada. Ese era el punto débil de cualquier edificio que aún se mantuviera en pie en los bajíos del bajo Manhattan. Las superficies solo se podían sellar hasta cierta distancia, más allá de la cual eran permeables. Lo cierto es que uno de los

proyectos municipales pretendía cerrar con diques todas las calles inundadas de la ciudad y achicar con bombas el agua que contenían, más de trescientos kilómetros en total, para recubrir de diamante cada superficie susceptible de ser cubierta por la pleamar antes de que volviese el agua. Esta medida estaba abocada a un éxito solo parcial, ya que el agua estaba por doquier debajo del nivel de las antiguas calles, y buena parte del asfalto, el hormigón y el suelo saturados quedarían sin tratar por completo. Vlade no tenía claro que aquello fuese particularmente útil. Para él, como para muchas otras ratas de agua, era como pretender cerrar los establos después de que los caballos se hubieran escapado, si bien los hidrólogos habían asegurado de que podía ayudar a paliar la situación, de modo que el proyecto avanzaba lentamente. Como si no hubiera mayores prioridades. Pero en fin... Al observar el borde del sellador, la capa de recubrimiento y el comienzo del asfalto desnudo de la calle, que ahora era el fondo del canal, Vlade percibió en sus entrañas la razón de que los hidrólogos quisieran intentar algo. Lo que fuera.

Completada la inspección, nadó con lentitud de vuelta al embarcadero y ascendió las escaleras chorreando, esta vez comparándose en sus pensamientos con el monstruo de la laguna negra.

Tras quitarse el traje de buzo, rociarse cara y cuello con lejía, lavarse y secarse, se volvió a poner la ropa de paisano y llamó a su viejo amigo Armando, de los servicios submarinos de la Samba.

—Hola, Mando, ¿te podrías pasar para echarle un vistazo a mi edificio? Tengo un par de filtraciones.

Mando se comprometió a buscarle hueco.

—Gracias.

Miró las fotos de su terminal y luego se volvió hacia sus pantallas para comprobar los registros de filtraciones del edificio. Tras dudarlo un poco, también consultó las cámaras de seguridad.

Nada llamativo. Una vez más, tras comprobar el registro, las cámaras del sótano no habían recogido nada, ni siquiera en los días que habían pasado personas por allí, según constaba en los archivos.

A menudo tras una inmersión solía sentirse mareado; a todo el mundo le pasaba de vez en cuando. Decían que era por la acumulación de nitrógeno o

por la anoxia o por el agua tóxica con todos sus componentes orgánicos, efluentes y microflora y fauna, sumados a una infinita variedad de venenos, el caldo químico que conformaba el flujo del estuario. ¡Ay, Dios! Uno se ponía enfermo solo de pensarlo. Pero aquel día se sentía peor que de costumbre.

Llamó a Charlotte Armstrong.

—Charlotte, ¿dónde estás?

—Voy de camino a la oficina, casi he llegado. He hecho el trayecto andando.

Parecía muy satisfecha consigo misma.

—Bien. Oye, lamento darte malas noticias, pero parece que alguien está saboteando el edificio.

Alfred Steaglitiz y Georgia O’Keeffe fueron los primeros  
artistas de Estados Unidos en vivir y trabajar en un  
rascacielos.  
Supuestamente.

¿Amor en Manhattan? No me lo creo.  
—Candance Bushnell, *Sexo en Nueva York*

La Guardia: Estoy haciendo cerveza.

Agente Mennella: De acuerdo.

La Guardia: ¿Por qué no me detiene?

Agente Mennella: Supongo que, si alguien debe hacerlo, es  
un agente de la Prohibición.

La Guardia: Oiga, que le estoy retando. Creía que podría  
alojarme.

## f) Amelia

La aeronave de Amelia, *Migración Asistida*, era un Freidrichshafen Deluxe Midi, y a ella le encantaba. Al principio había bautizado al piloto automático como coronel Dirigible, pero su voz era tan amable, servicial y germana que pasó a llamarlo Frans. Cuando se topaba con algún problema, que era la parte de sus programas que más gustaba a sus espectadores (sobre todo si implicaba que se desprendiese de alguna prenda), ella solía decir: «¡Caramba, Frans, por favor, haz un trescientos sesenta aquí y sácanos de esta!», y Frans se hacía con el control, y ejecutaba la maniobra requerida, fuese la que fuese, mientras repetía el mismo chiste sobre que un giro de trescientos sesenta grados te devuelve al rumbo original. Todo el mundo se lo sabía a estas alturas. La broma ya se había extendido, o volaba sola, como le gustaba decir a Frans, pero lo cierto es que era también la expresión de un problema resuelto. Frans era listo. Lógicamente, tenía que dejarle a ella ciertas decisiones, cuestiones de juicio que se escapaban a su ámbito de competencias. Pero era sorprendentemente ingenioso, incluso en lo que podría considerarse el más humano ámbito de las funciones ejecutivas.

La aeronave, un dirigible, de hecho (si admitimos que un armazón interno solo puede ser semirrígido y estar compuesto de aerogeles y no ser mucho más pesado que el gas contenido en sus globos compensadores), medía cuarenta metros de longitud y contaba con una espaciosa góndola que recorría la panza como una quilla gruesa. La habían construido en Freidrichshafen, justo antes de finales de siglo, y desde entonces había recorrido infinidad de kilómetros de un modo similar a los vapores de finales

del siglo XIX. Las claves de su durabilidad eran su flexibilidad y ligereza, así como la piel fotovoltaica que recubría la bolsa, lo que la convertía en un vehículo autónomo desde el punto de vista energético. Claro que, con el tiempo, la erosión provocada por el sol obligaba a reponer suministros con regularidad, pero a menudo era posible hacerlo sin tener que aterrizar, simplemente atracando en los aeropoblados con los que se cruzaba. De modo que, al igual que los millones de aeronaves similares que recorrían los cielos, nunca tenían una necesidad real de tocar tierra. Y por ello, al igual que los millones de sus tripulantes, Amelia había pasado años sin poner un pie en el suelo. Era el refugio que siempre había necesitado. Durante aquellos años, apenas hubo veces en las que no viera otras aeronaves en la distancia, pero eso no le importaba. Incluso le resultaba reconfortante, ya que le transmitía la sensación de estar rodeada de más personas sin la necesidad de su presencia y creaba la atmósfera de un espacio humano, una calvinociudad en perpetuo cambio. Era como si, desde que las costas fueran engullidas por las aguas, la gente se hubiera lanzado al cielo, como semillas de dientes de león, para reunirse entre las nubes.

No obstante, ahora comprobaba que, en las latitudes polares, los cielos estaban más despejados. Trescientos kilómetros al norte de Quebec solo se divisaban unas cuantas aeronaves, sobre todo grandes cargueros que volaban a altitudes muy superiores, aprovechando la ausencia de tripulantes humanos para alcanzar las corrientes de aire más altas y rápidas, y llegar lo antes posible a su siguiente parada.

Al aproximarse a la bahía del Hudson, Frans descendió de manera pronunciada bombeando helio a los globos estabilizadores e inclinando los alerones situados detrás de las potentes turbinas alojadas en los dos grandes cilindros de los laterales. Estas maniobras inclinaron el morro, y la aeronave bajó zumbando hacia el suelo.

Las noches de octubre se alargaban en aquella zona, y el panorama helado se la antojaba una negra blancura en cada horizonte, al tiempo que el brillo helado de cien lagos atestiguaba el aplastamiento y posterior inundación del escudo canadiense por parte del casquete polar de la última glaciación. Más que un continente, parecía un archipiélago. Cerca del amanecer, un punto

luminoso al norte, en el horizonte, señaló la posición de la ciudad que iban a visitar: Churchill, Manitoba. A medida que descendían sobre la ciudad rumbo al aeródromo, comprobaron que era un pequeño y desolado nudo de edificaciones tan alejado de la orilla occidental de la bahía del Hudson que no recibía el tráfico del concurrido paso del noroeste, a excepción de alguna que otra nave que pasaba por allí con la esperanza de ver algunos de los osos polares que quedaban.

Porque eran muy escasos. Eso se debía principalmente a que los osos se veían ahora atrapados en tierra firme todos los años, desde la rotura del hielo en primavera hasta que volvía a congelarse en otoño. Esto los mantenía alejados de las focas, que eran su principal fuente de alimento. Pasaban tanta hambre que nunca tenían más de dos crías, y raras veces más de una, y cuando pasaban por la ciudad para ver si ya se podía cruzar el mar helado, hacían una parada en busca de algo que echarse al estómago. El patrón se había reproducido durante más de un siglo, y el Programa de Alerta de Osos Polares local había desarrollado una rutina hacía tiempo para lidiar con la afluencia en octubre de osos en busca de nuevas superficies heladas: dormían con tranquilizantes a los intrusos úrsidos y los trasladaban en redes hasta una zona de la costa donde solían coincidir el hielo temprano y las focas. Este año, en vez de trasladar a todos los intrusos fuera de la ciudad, los responsables del programa habían mantenido a la mayor parte cautiva con la idea de trasladar a algunos de ellos, los más agresivos, más al sur de lo habitual.

Después de que Frans atracara en un mástil de amarre en las afueras de la ciudad y el personal de tierra tirara de la aeronave hasta el suelo, Amelia salió y saludó a un grupo de lugareños. Según le habían dicho, estaban allí casi todos los habitantes del lugar. Estrechó la mano a todo el mundo y les agradeció su acogida sin dejar de filmar en ningún momento con un enjambre de moscas cámara. A continuación, los siguió a través de la ciudad hasta el centro de retención de los osos.

—Nos aproximamos a la cárcel de osos polares de Churchill —dijo mientras filmaba, a pesar de no haber ninguna necesidad.

Su equipo no estaba emitiendo en directo, de modo que se sentía más

relajada de lo habitual, si bien trataba de parecer concienzuda.

—Este centro de retención y los funcionarios encargados del control animal han salvado literalmente a miles de osos polares de una muerte segura. Antes de que se iniciase el programa, cada año había que abatir a tiros una veintena para evitar que devoraran a la población local. Ahora es raro el año en el que hay que dispararle a uno. Y cuando pasa una temporada sin una sola muerte de oso, los lugareños levantan un muñeco de nieve gigante con la forma de ese animal para celebrar la hazaña.

Filmó los camiones de recogida que iban a transportar a estos emigrantes transpolares del centro de retención a la *Migración Asistida*. Se trataba de unos camiones muy voluminosos, con unas ruedas envueltas en cadenas más altas que la propia Amelia. Los osos polares no hibernan, le dijeron, así que durante el viaje al sur estarían confinados en los amplios espacios reservados para los animales de la popa de la góndola, diseñados para ser un gran espacio cerrado. Por lo visto, se había decidido que sobrellevarían mejor la travesía si viajaban en un encierro colectivo. Los productores de Amelia habían dispuesto ese espacio antes de la salida y se habían asegurado de llenar los refrigeradores de la aeronave con toda la carne de foca que necesitarían para alimentarse durante el viaje.

Mientras los funcionarios del programa empleaban una grúa para levantar con una red a los ejemplares drogados hasta el camión de transporte, para luego trasladarlos a la aeronave, Amelia tomaba imágenes y comentaba lo que estaba presenciando con cierta improvisación, consciente de que la edición posterior lo cambiaría de todos modos.

—¡Algunas personas no parecen comprender el problema que supone la extinción! Cuesta creerlo, pero es la verdad, porque aún no hemos podido ponernos de acuerdo en si trasladar a unos osos polares a un entorno realmente polar es su última oportunidad para vivir en estado salvaje. Vamos a trasladar a veinte osos gradualmente, lo que supone cerca del diez por ciento de todos los ejemplares que quedan en libertad. Yo llevaré a seis. Con esto los ayudamos a superar este momento de crisis y les facilitamos un futuro viable. En este siglo, su cuello de botella genético será tan fino como una pajita, pero eso es mejor que la extinción, ¿no? Es esto, o la desaparición,

así que yo digo: ¡cargadlos y que vuelen al sur!

Los osos, sedados y atados, presentaban un aspecto desaliñado y amarillento. Los grandes camiones se acercaron marcha atrás a la popa de la góndola, donde habían colocado una grúa portátil para elevar los osos de uno en uno hasta una pequeña carretilla elevadora. La carretilla parecía enana en comparación con su carga, pero se las arregló perfectamente para trasladar los osos por la rampa hasta su sala. Durante el viaje, la sala se mantendría a temperaturas polares, y a bordo había todo lo que un oso polar puede desear. Se calculaba que el viaje al polo sur duraría dos semanas, si la climatología lo permitía.

Una vez subidos los osos, todo estaba listo para el despegue. Frans retiró el amarré e iniciaron la travesía, elevándose un poco más despacio de lo normal con las cerca de cinco toneladas extra de peso.

• • • • •

Una semana después se toparon con una tormenta tropical procedente de Trinidad y Tobago, al norte, y Amelia pidió a Frans que pusiera rumbo al borde occidental del sistema tormentoso, con lo que sus espectadores obtendrían una dramática imagen de algo que podía terminar por convertirse en un huracán, al tiempo que se aprovechaban de su rotación en sentido antihorario para acelerar hacia el sur. La tormenta se llamaba Harold, al igual que el hermano menor de Amelia, de modo que empezó a referirse a ella como Hermanito. Mientras que el sistema se estaba desplazando hacia el norte a veinte kilómetros por hora, su extremo occidental se arremolinaba de tal modo que sus vientos empujaban hacia el sur a unos doscientos kilómetros por hora.

—Eso nos da un empujón al sur de unos ciento ochenta kilómetros por hora —informó Amelia a su futura audiencia—, lo cual es genial, aunque dure pocas horas, porque nuestros huéspedes se están poniendo un poco nerviosos, me parece a mí.

Dijo estas palabras con su habitual mohín de tolerante desaliento, las cejas arqueadas y los ojos muy abiertos, muy a lo Lucille Ball. Esto siempre funcionaba bien. Las moscas cámara que revoloteaban a su alrededor contribuían al efecto con sus lentes de ojo de pez.

Se suponía que los osos iban a entrar en su estado invernal, que no era exactamente una hibernación, sino algo que les hacía parecer zombis, según lo había descrito uno de los funcionarios de Churchill. La impresión de Amelia no podía ser más diferente. Desde la popa le llegaban unos rugidos subsónicos vagamente leoninos que le hacían temblar la barriga, y unos ladridos que recordaban al perro de los Baskerville.

—¿Son infelices nuestros osos polares? —preguntó—. ¿Estarán observando la tormenta desde las ventanas? ¿Tendrán hambre? ¡Parecen muy molestos!

Entonces quedaron atrapados en el borde exterior de Harold, y durante casi diez minutos el ruido del viento fue ensordecedor. Las sacudidas eran tremendas y era imposible saber si los osos seguían quejándose, ya que el ruido era demasiado fuerte para oír nada. Sin embargo, el estómago de Amelia seguía vibrando como un tambor, así que era muy posible que fuese así.

—¡Aguantad, chicos! —gritó Amelia—. Ya sabéis cómo va esto... El estruendo seguirá hasta que cojamos velocidad. Por supuesto, no hay apenas resistencia a la aceleración, esto no es un barco en el océano, cosa que me llevó un tiempo comprender, por cierto, porque aquí arriba nos movemos básicamente con las corrientes de aire. El viento no nos pasa de largo, como ocurriría con un barco o incluso un avión. Si apagásemos las turbinas, seguiríamos avanzando con cualquier viento que soplase. Por eso mismo podemos volar dentro de los huracanes sin peligro, siempre que no queramos coger un rumbo distinto al suyo. Nos dejaríamos llevar como un corcho en un arroyo, más despacio o más rápido. ¿Verdad, Frans?

Lo único era que, en esta ocasión, el viaje estaba siendo un poco más agitado de lo habitual. La interacción entre el remolino de aire con el aire más lento que lo rodeaba había provocado turbulencias. Todo iría mejor a medida que se adentrasen más en el huracán, como había explicado Amelia en más

de una ocasión. Aun así, seguiría siendo algo accidentado. Estaban dentro de las nubes, y una nube es como un lago difuso, con cierta agitación derivada de la distribución variable de las gotas de agua. Así que, a pesar de desplazarse a la misma velocidad del viento, también se encontraban en lo más profundo de la nube, lo que significaba que la estremecedora vibración o las ocasionales sacudidas mantenían la sensación de aceleración en medio de una oscuridad casi total.

—Estos baches forman parte del flujo aerodinámico —narró Amelia—. ¡La misma nube vibra!

Aunque tal vez fuese solo la aeronave la que lo hacía, al flexionarse su armazón de aerogel. Amelia estaba bastante segura de que era normal que hubiese tantas vibraciones dentro de una nube, por muy de huracán que fuese. No se estaban resistiendo al viento, no querían despegarse de la tormenta. Solo cabalgaban la corriente al tiempo que Frans trataba de contrarrestar las subidas y bajadas provocadas por las corrientes interiores de las nubes. Pero las sacudidas no cesaban, irregulares, en sentido vertical y horizontal.

—No sé —anunció Amelia—. No tiene sentido, pero quizá las sacudidas estén causadas por los osos.

No parecía muy probable, pero tampoco se le ocurría otra explicación. Seguramente los osos no estuvieran lanzándose de un lado a otro de manera coordinada, o al menos eso esperaba. Pesaban más de trescientos kilos cada uno, de modo que, aun sin coordinar sus movimientos, con su mero bamboleo, o incluso con una mera pelea, suponía masa más que suficiente para afectar a la aeronave. Esta era semirrígida en el mejor de los casos y muy sensible a las variaciones internas del centro de gravedad. Así que si el cargamento estaba enrabiado...

—¡Ay, los osos, los osos, los osos, madre mía!

Se dirigió a popa por el corredor central para echar un vistazo. En la puerta del corredor había una ventana que daba a la mitad de la góndola reservada para los animales. Se puso en el pelo una cámara horquilla y miró hacia dentro para ver cómo estaban.

Lo primero que vio fue la sangre.

—¡Oh, no!

Las paredes estaban teñidas de rojo, en parte salpicaduras y en parte marcas de garra.

—Frans, ¿qué está pasando aquí?

—Todos los sistemas funcionan con normalidad —le informó Frans.

—¡Pero qué dices! ¡Echa un vistazo!

—¿Un vistazo adónde?

—¡A la sala de los osos!

Amelia se dirigió hacia el armario de las herramientas del pasillo, lo abrió y cogió una pistola de dardos tranquilizantes del fondo. Al volver a la puerta del corredor y echar otro vistazo, no vio nada, de modo que quitó el cerrojo, pero entonces la puerta se abrió de golpe y Amelia, golpeada, salió catapultada hacia atrás. Unos gigantes blancos y ensangrentados pasaron corriendo junto a ella como una jauría de perros, como inmensos perdigueros labradores u hombres fornidos envueltos en extraños abrigos de piel que corrieran a cuatro patas. Permaneció tendida contra la pared contraria, haciéndose la muerta, y afortunadamente no llamó la atención de ninguna de las criaturas. Disparó un dardo tranquilizante en la cadera a una de ellas cuando pasaba corriendo hacia el puente. Una vez que se perdieron de vista, se incorporó como mejor pudo y corrió hacia el armario de las herramientas. Saltó a su interior y cerró la puerta, echando el pestillo desde dentro justo en el momento en el que algo golpeaba violentamente la puerta desde el otro lado. ¡Una enorme zarpa la estaba arañando! ¡Y no precisamente con amabilidad!

¡Oh, no! Encerrada en un armario, con al menos tres osos sueltos por la aeronave, si no seis, en medio de un huracán. De alguna manera, lo había vuelto a hacer.

—¿Frans?

Estoy por un arte que te diga la hora, o dónde está tal o  
cual calle. Estoy por un arte que ayude a las ancianas a  
cruzar la calle.  
dijo Claes Oldenburg

Las calles miden dieciocho metros de ancho y las avenidas,  
treinta. Se podría meter una pista de tenis en una de estas.  
Se decía que las calles fueron diseñadas con la idea de que  
los edificios que las jalonasen tuviesen cuatro o cinco  
plantas.

El crepúsculo de plomo pesa sobre los secos miembros de  
un viejo que marcha hacia Broadway. Al doblar la esquina,  
ocupada por un puesto de comida rápida de Nedick, algo  
salta en sus ojos como un muelle. Muñeco roto entre las  
filas de muñecos barnizados, articulados, se lanza  
cabizbajo al horno palpitante, a la incandescencia de los  
letreros luminosos. «Recuerdo cuando todo esto era  
campo», murmura al pequeño.  
—John Dos Passos, *Manhattan Transfer*.

## **g) Stefan y Roberto**

Stefan y Roberto no pudieron recargar la batería que impulsaba su lancha, así que recorrieron los puentes volantes hacia el oeste y se subieron al vapor de la Sexta, al norte, para ir ver a su amigo el señor Hexter. Llovía a cántaros, y el agua alteraba la quietud de la superficie de los canales con cada gota y sus salpicaduras. Las ondas expansivas creadas sobre el agua se solapaban con las estelas de los barcos y el efecto del permanente viento del sur. Una corriente gris y enloquecida bajo un cielo igualmente gris y plomizo, todo movimiento allá donde alcanzara la vista. La gente aguardaba en los muelles bajo cualquier protección que pudiera encontrar, encogida bajo sus paraguas si los tenían o soportando estoicamente el aguacero. Los muchachos estaban en la proa, con las chaquetas impermeables empapadas. A ellos les daba igual.

La bajamar revelaba la línea del nivel del agua en todos los edificios del barrio. Mareas de medio metro, decía la gente. Los chicos querían aprovechar la corriente de la subida de la marea y parar de camino a la casa del señor Hexter en la calle Fundy, o sea, en la Sexta entre la Treinta y dos y Central Park.

Dejaron el vapor en el muelle próximo al Ernesto's de la Treinta y uno, donde tomaron prestados un par de tablas y trajes secos de allí. Siguieron caminando hacia el oeste por la pasarela de la Sexta, que discurría como un toldo plano tendido entre las fachadas de los edificios, hasta la cuenca triangular donde la Sexta y Broadway se cruzaban con la Treinta y cuatro, justo al norte de la línea de bajamar. Allí comenzaba la calle Fundy, un

remanente de aquella sección de la Sexta, y mucho mejor que la avenida de las Américas o Denver. Aquel nombre, que designaba en argot a los fundamentalistas cristianos, resultaba ahora muy atinado, ya que las mareas en la calle Fundy eran espeluznantes tanto en el flujo como en el refluo. Aquel trecho del centro era el más ancho de la zona intermareas, pero lo más interesante era que albergaba a todo tipo de ocupas, timadores y demás fauna callejera con la que se podía pasar un buen rato. Gente como Stefan y Roberto, que disfrutaban juntándose con los surfistas que se congregaban con la marea creciente que, proveniente tanto de Broadway como de la Sexta, afrontaba combinada la acusada subida de la Sexta al tiempo que las rápidas espumas se abrían paso hacia el norte con asombrosa rapidez, especialmente cuando soplaban el viento desde el sur. Si uno se colocaba en la Cuarenta y miraba hacia el sur durante la marea creciente, podía ver cómo el borde de la bahía iba quedando progresivamente recubierto del fluido verdoso arrastrado por las olas bajas, y la alfombra de cerosas algas desaparecía bajo oleadas de espuma blanca, y la calle era engullida antes de que las lenguas de espuma se estancaran y volviesen a ser succionadas. La lengua en retirada chocaba entonces con la nueva ola lanzada por la marea, creando un pequeño muro blanco que se colapsaba enseguida y se perdía en el siguiente embate.

Todo esto implicaba que, si te subías a la ola en una tabla, como se disponían a hacer Stefan y Roberto, podías atajar entre los pequeños intervalos, lanzarte por la calle de bordillo a bordillo, girar rápidamente sobre el fango o saltar la acera y salir con un giro, en ocasiones cogiendo incluso una ola rebotada de un edificio y saltar desde el bordillo de vuelta a la calle.

Stefan y Roberto se unieron al grupo anunciando su presencia a voz en grito. Las objeciones del grupo fueron debidamente anotadas y desestimadas. Y allá que fueron, avanzando manzana a manzana con la subida de la marea, compitiendo por un puesto en las olas, dibujando giros cuando era posible, girando por las aceras, saliéndose de la tabla cuando no quedaba otra e incluso cayéndose de vez en cuando. Y eso podía doler, ya que el agua nunca era lo bastante profunda como para evitar que chocaras contra el asfalto, aunque hasta diez centímetros podían bastar para amortiguar el golpe, sobre todo si confiabas en el agua y te dejabas llevar por ella.

Por otra parte, la Sexta era lo bastante plana en la parte alta de la zona intermareas, sobre todo entre la Treinta y siete y la Cuarenta y uno, hasta el punto de que las últimas olas de una buena marea entrante podían transportarte de una sola vez hasta la marca de pleamar, donde el asfalto, si bien agrietado y desgastado, volvía a ser negro en vez de verdoso. La intermarea siempre solía ser verde. ¡Vida! A la vida le encantaba la intermarea.

Resultaba fantástico sentir cómo la resistencia del agua quedaba aplastada entre la tabla y la calle, una sensación claramente tangible bajo los pies. Tanto era así que uno podía desplazar el peso una pizca empleando una precisión exquisita para lanzar la tabla hacia el frente sobre el agua, evitando que tocara la calle por muy poco. ¡A pocos milímetros de la calle seguías libre de la fricción! ¡Si no rozabas el fondo, el mundo era como un remolino! ¡Y si lo hacías, te caías de la tabla, te girabas, la cogías antes de que te golpeara los tobillos, la lanzabas por delante y saltabas encima, clavando el aterrizaje lo justo para empujarla hacia abajo y volver a coger impulso!

También era muy divertido esperar al reflujo y ver cómo retrocedía aceleradamente el agua por la calle. No podías montarlo, en este caso no funcionaba, aunque los más osados siempre lo intentaban. Pero era genial estar allí sentado, agotado y empapado en el traje seco, sin hacer más que observar cómo el agua se iba a toda prisa, succionada por toda la calle como si la Madre Océano hubiese inhalado con fuerza o se estuviese preparando para un terrible tsunami. En ese momento, era posible llegar a creer que todo el mundo podía escurrirse de esa manera ante tus propios ojos. Pero no. Solo era el reflujo del oleaje. Volvería a estabilizarse cerca de la Treinta y uno, donde la línea de bajamar, más allá de la cual se extendía el verdadero bajo Manhattan, la zona sumergida, sus aguas. Su ciudad.

¡Cuánta diversión por todas partes! Al terminar, se quitaron los andrajosos trajes secos de Ernesto's y se rociaron, primero con lejía y luego con un poco de agua procedente de una enorme tubería de depuración. Luego, tiritando, se secaron con unas toallas, haciendo muecas ante los pequeños cortes que presentaban, que a buen seguro se infectarían un poco. Seguidamente dieron las gracias a Ernesto al devolverle el material, y le

prometieron que le harían algunos repartos más tarde. Todo ello mientras parloteaban con los demás surfistas habituales que guardaban sus cosas en Ernesto's. No había muchos que digamos, ya que las caídas podían ser brutales. De modo que era un grupo muy unido, una de las numerosas pequeñas subculturas en esta ciudad tan dada a los clubes exclusivos.

•••••

Tras secarse, vestirse y devorar algunas rosquillas pasadas que Ernesto les había dado, caminaron hacia el oeste por las aceras de tablones y ladrillos de ceniza hasta la Octava y el laberinto del inundado Chelsea.

Allí, casi todos los edificios que no se habían derrumbado habían quedado condenados, y con razón. El Hudson penetraba torrencial en el barrio y los cimientos no estaban cavados en la roca viva. El hormigón resultaba demasiado desmenuzable ante sus fuertes vaivenes, y, si bien el acero era más duro, casi siempre estaba envuelto en hormigón, de modo que, oxidado o no, perdía toda relevancia cuando todo lo demás se derrumbaba. Una vez, según el señor Hexter, se aprobó una ley estatal que condenó todo el barrio, pero, como es natural, la gente ignoró esa ley y ocupó los edificios. Igual que en todas partes. Aunque puede que, en este caso, la ley llevase razón.

El barrio estaba tranquilo. Caminaron sobre tablones dispuestos sobre ladrillos de ceniza hasta un tosco muelle consistente en tablones clavados encima de viejos bloques de poliestireno del tamaño de palés atados frente a una casa baja de ladrillo rojizo en la Veintinueve. No se veía a nadie, lo cual era extraño. Casi sin darse cuenta, bajaron el tono de voz. Todos los edificios a la vista tenían las ventanas rotas, y solo algunas estaban tapiadas. La mayoría eran vanos vacíos, generalmente una clara señal de abandono. Ni una sola ventana tenía los cristales intactos. Tanto era el silencio que se podían oír los chapoteos de las olas rompiendo contra los muros y el siseo de las burbujas resultantes. Era como un susurro extrañamente agradable que

llenaba el aire, en comparación con el habitual bullicio de la ciudad.

Los dos muchachos miraron a su alrededor para comprobar si alguien los observaba. Nadie. Se colaron por la puerta de la casa de ladrillo rojizo y subieron por unas escaleras mohosas y desgastadas.

Cinco plantas a pie. Tablones que crujían bajo los pies. Olor a moho y orinales sin vaciar.

—La esencia de Nueva York —apuntó Roberto mientras atravesaban el oscuro pasillo hasta la puerta del fondo.

Llamaron usando el código del viejo para los amigos, y aguardaron. A su alrededor, el edificio crujía y apeataba.

La puerta se abrió y el rostro marchito de su amigo asomó para echarles un ojo.

—Ah, caballeros —dijo—. Adelante. Gracias por la visita.

• • • • •

Entraron en su apartamento, que, aunque menos que el pasillo, también apeataba. Bastante, a decir verdad. Hacía mucho que el anciano se había acostumbrado al olor, dedujeron. Su cuarto estaba muy desvencijado, y repleto de libros y cajas llenas de ropa y porquería, pero aun así tenía su orden. Los libros amontonados dominaban el espacio, a menudo hasta la altura de sus cabezas o más. Con todo, eran estructuras firmes, en las que los volúmenes más gruesos hacían las veces de base, con todos los lomos hacia fuera para tener una clara referencia. Diversas lámparas eléctricas o de aceite coronaban los montones. Había armarios cuyos cajones sabían los chicos repletos de mapas, y uno de los armarios de forma cúbica, que les llegaba a la altura del pecho, dominaba la estancia. En un rincón había una pila con un recipiente de cristal lleno de agua que se iba filtrando hasta un cuenco apoyado en la pila.

El anciano sabía dónde estaba todo y podía alcanzar todo lo que deseaba sin titubeos. A veces les pedía ayuda para mover libros o sacar alguno

especialmente grueso de la base de un montón, pero los chicos estaban encantados de echar una mano. El hombre poseía más libros que nadie que conocieran. De hecho, tenía más que todos los libros que jamás habían visto. A Stefan y Roberto no les gustaba hablar del tema, pero ninguno de ellos sabía leer. Por eso les gustaban más los mapas.

—Siéntense, caballeros. ¿Les apetece un poco de té? ¿Qué les trae hoy por aquí?

—Lo hemos encontrado —dijo Roberto.

El anciano se envaró y los miró fijamente.

—¿De verdad?

—Creemos que sí —respondió Stefan—. El detector de metales registró algo gordo, justo en las coordenadas GPS que nos dio. Tuvimos que irnos, pero marcamos el punto y podremos localizarlo otra vez.

—Maravilloso —se congratuló el anciano—. ¿La señal era fuerte?

—El detector pitaba como loco —dijo Roberto—. Y estaba calibrado para oro.

—¿Justo en las coordenadas GPS?

—Justo debajo.

—Maravilloso. Maravilloso.

—Pero la duda es a qué profundidad —expuso Stefan—. ¿Hasta dónde tendremos que cavar?

El anciano se encogió de hombros y frunció el ceño. Su expresión le hacía parecer un niño con algún tipo de enfermedad degenerativa.

—¿Hasta qué profundidad llega el detector de metales?

—Dicen que hasta diez metros, pero depende de la cantidad de metal, la humedad del terreno y cosas así.

El hombre asintió.

—Pues podría ser ahí.

Cojeó hasta el armario de los mapas y sacó uno enrollado.

—Tomad. Mirad esto.

Los chicos se sentaron a ambos lados del anciano. Era un mapa topográfico de la USGS (Servicio Geológico de los Estados Unidos) anterior a las inundaciones. Representaba Manhattan y algunas zonas circundantes de

la bahía. Mostraba intervalos tanto de altura como de contorno, con calles, edificios... Un mapa muy minucioso en el que el anciano también había dibujado las orillas originales de la bahía en verde y las actuales, en rojo. Y allí, al sur de Bronx, lejos de la costa según el mapa de la USGS, pero sumergida de acuerdo con las marcas rojas y verdes, estaba la X negra. Hexter la señaló dando golpecitos con su dedo índice, como de costumbre. De hecho, el centro de la X estaba un poco desgastado.

—Bueno, ya sabéis lo que os dije en su día —relató a modo de preámbulo, como otras veces—. El HMS *Husar* partió de cerca de Battery Park, donde los británicos tenían sus muelles. El 23 de noviembre de 1780. Treinta y cuatro metros de eslora, diez de manga. Una fragata de sexta clase con veintiocho cañones y aproximadamente un centenar de tripulantes. Y puede que unos setenta prisioneros de guerra americanos. El capitán Maurice Pole quería atravesar Hell Gate hacia el estrecho de Long Island, a pesar de que su timonel, un esclavo negro llamado señor Swan, le advirtió de la peligrosidad de esta opción. Recorrieron la mayor parte del camino por Hell Gate, pero se toparon con Pot Rock, que es una roca que sobresale a la altura de Astoria. El capitán Pole bajó a la bodega y se encontró con que había un enorme agujero en la proa de la nave. Al volver a cubierta anunció que debían orillar la nave y evacuar a todos los tripulantes. La corriente les arrastraba hacia el norte, de modo que contaban con las opciones de Port Morris, en la orilla del Bronx, o la isla de North Brother, llamada también isla de Montessor por aquel entonces. Y allá que fueron. Todo ocurrió muy deprisa y el *Husar* se hundió en unas aguas tan poco profundas que los mástiles seguían asomando tras tocar fondo. La mayoría de los marineros consiguieron llegar a las orillas en los botes, aunque durante un tiempo circuló el rumor de que los setenta prisioneros americanos se habían ahogado, aún encadenados en las cubiertas inferiores.

—Pero eso es bueno, ¿no? —preguntó Roberto.

—¿El qué? ¿Qué se ahogaran setenta americanos?

—No, que fuesen aguas poco profundas.

—Ya sabía que te referías a eso. Sí, es bueno. Pero poco después, los británicos deslizaron cadenas bajo el casco del barco y lo voltearon, para

tratar sacarlo a flote. Pero resultó que se partió y nunca recuperaron el oro. Cuatro millones de dólares en monedas de oro destinados a pagar la soldada de los británicos, guardados en dos cofres de madera asegurados con argollas de metal. Cuatro millones en términos de 1780. Las monedas debían de ser guineas, o similares, por lo que no entiendo por qué siempre traducen el valor en dólares, pero en fin...

—Eso es mucho oro.

—Oh, sí. A estas alturas, esa cantidad debe de equivaler a un montón.

—¿Cuánto exactamente?

—No lo sé. Supongo que dos mil millones.

—Y en aguas poco profundas.

—Exacto. Pero también turbias, y el río tiene fuertes corrientes en ambas direcciones. Solo se calma durante la bajamar y la pleamar, que dura una hora aproximadamente en cada fase, como bien sabéis. Fueron esas corrientes las que destrozaron el barco cuando intentaron rescatarlo, por lo que es probable que sus restos estén esparcidos por el lecho del río. Vamos, casi seguro. Pero no creo que los cofres del oro se desplazaran mucho. Ahí siguen, ahí abajo. Pero el río no deja de mover sus orillas, arrasándolas y erigiendo otras nuevas. En la década de 1910 desecaron las orillas del Bronx por aquella zona, construyeron nuevos muelles y una zona de carga detrás. Me pasé años en las bibliotecas, consultando los mapas que habían confeccionado los trabajadores de la ciudad antes y después del desecado. También encontré un mapa de la década de 1820 que mostraba adónde fueron los británicos cuando llegaron para rescatar el barco. Conocían su ubicación e intentaron recuperarlo en dos ocasiones. Está claro que iban a por el oro. Reuní todos los datos y marqué el punto, cuyas coordenadas luego localicé en el GPS. Para que fuerais a buscarlo. Y allí estaba, de hecho.

Los muchachos asintieron.

—Pero ¿a qué profundidad? —saltó Roberto al cabo de un instante en el que Hexter parecía haberse echado una pequeña siesta.

El anciano levantó la cabeza y miró directamente a los muchachos.

—El navío se construyó en 1763 y contaba con veintiocho cañones, uno de los cuales pudo ser rescatado y se colocó en Central Park. Solo más tarde

averiguaron que en su interior aún había una bala, con pólvora preparada. ¡Tuvieron que desactivarla con un equipo de artificieros! En fin, una fragata de sexta clase como esa solo tiene una cubierta, por lo que la línea de flotación era bastante elevada; sobresaldría unos tres metros. Y los mástiles todavía asomaban sobre el agua, de donde se deduce que se hundió a una profundidad de entre cuatro y, digamos, doce metros. Pero el río no era tan profundo tan cerca de la orilla, así que dejémoslo en seis metros. Esa parte del río se desecó posteriormente, pero solo unos pocos metros por encima del nivel de pleamar, dos metros y medio como mucho. Ahora se dice que el nivel del mar está quince metros más alto que entonces, así que, qué, ¿digamos que tocamos fondo a unos doce metros?

—Yo diría que seis —matizó Stefan.

—Bueno, vale, puede que allí la orilla esté menos honda de lo que pensaba. En cualquier caso, eso implica que los cofres estarán entre nueve y doce metros por debajo del fondo actual.

—Pero el detector de metal los detectó —señaló Stefan.

—Así es. Lo que sugiere que la distancia es más próxima a los nueve metros.

—Entonces podemos hacerlo —declaró Roberto.

Stefan no estaba tan seguro.

—A ver, podríamos si volviéramos muchas veces, pero no sé si habrá espacio suficiente para tanta tierra en la campana de inmersión. De hecho, sé que no lo hay.

—Tendremos que rodear el agujero y trasladar la tierra en direcciones distintas —dijo Roberto—. O meterla en cubos.

Stefan asintió, inseguro.

—Lo ideal sería conseguir un equipo de submarinismo y sumergirnos con eso. Nuestra campana es demasiado pequeña.

El anciano los observó mientras asentía, pensativo.

—Quizá yo podría...

La habitación se sacudió violentamente hacia un lado, derribando pilas de libros por todas partes. Los chicos levantaron por su propio pie sacudiéndose libros de encima, pero el anciano permanecía tumbado en el suelo bajo un

montón de atlas. Se los quitaron de encima, lo ayudaron a incorporarse y él se puso a rebuscar entre los volúmenes sus gafas entre débiles sollozos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

—¡Mirad las paredes! —dijo Stefan, conmovido.

La habitación se había quedado inclinada, como una de las pilas de libros que quedaban en pie. Más allá de la estantería y los propios libros se podía ver la luz del día y el edificio de enfrente.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dijo Roberto al señor Hexter, mientras tiraba de él.

—Necesito mis gafas —chilló el anciano—. No veo sin ellas.

—¡Vale, pero démonos prisa!

Los dos chicos se agacharon y se pusieron a apartar libros cuidadosa pero apresuradamente, hasta que Roberto dio con las gafas. Estaban intactas.

Hexter se las puso y miró a su alrededor.

—Oh, no —se lamentó—. Es el edificio, ¿no?

—Sí, lo es. Salgamos pitando. Lo ayudaremos a bajar.

Constantemente se desplomaban edificios como aquel; era algo habitual. Los chicos solían burlarse de esas historias, pero ahora no podían dejar de pensar en que Vlade se refería a la zona intermareas como la zona de la muerte. No paséis demasiado tiempo en la zona de la muerte, solía decir, antes de explicarles que así llamaban los escaladores a las montañas de más de seis mil metros. Como pasaban mucho tiempo en la zona intermareas y habían empezado a sondear el río, ellos se limitaban a asentir y dejarlo pasar, quizá porque se consideraban como los escaladores de gran altura: tipos duros. Pero ahora estaban sosteniendo a un anciano por los codos, mientras corrían tan deprisa como podían por un pasillo inclinado. Bajaron por las escaleras, peldaño a peldaño y con cuidado de que el anciano no se les cayese para no perder tiempo. En más de una ocasión tuvieron que ayudarlo a mover los pies agarrándole de las caderas. La escalera estaba medio derruida por doquier, los pasamanos se habían caído y el edificio aledaño asomaba a través de las grietas en las paredes. Apestaba a algas y a la anoxia liberada por el barro removido, un hedor peor que el de cualquier orinal. Hubo un nuevo estruendo, seguido de toda clase de gritos, golpes y otros sonidos. Por

todas partes empezaban a abrirse grietas por las que la luz hendía la brumosa atmósfera del hueco de las escaleras en extraños y alarmantes ángulos, y numerosos peldaños cedían bajo sus pies. Estaba claro que el viejo edificio iba a derrumbarse en cualquier momento. Un hedor meloso impregnaba el aire, como si las entrañas del edificio hubiesen quedado expuestas.

Tras ganar la puerta a la altura del canal, transformada ahora en un paralelogramo muy desagradable, llegaron a un muelle deformado desde donde se apreciaba que el canal estaba repleto de ladrillos, escombros de cemento, vigas de madera, cristales rotos y muebles destrozados, entre otras cosas. Al parecer, una de las torres aledañas de veinte pisos se había venido abajo y la onda expansiva de aire, o la corriente levantada en el canal, o quizá el impacto directo de algunos retazos del edificio, o una combinación de todas las causas anteriores habían sacudido los edificios vecinos. A ambos lados del canal se veían edificios inclinados o caídos. La gente aún estaba saliendo de ellos, y se arremolinaba con aturdimiento sobre los montones de escombros. Algunos se encaramaban a los montones mientras otros permanecían sobre ellos de pie y miraban en derredor, aturdidos y parpadeando. Las turbias aguas del canal burbujearon y sobre ellas se dibujaban innumerables estelas y ondas: las ratas que huían. El señor Hexter se ajustó las gafas al ver aquello y dijo:

—¡Que me aspen si no son ratas abandonando un barco que se hunde! Jamás pensé que llegaría a verlo.

—¿En serio? —se sorprendió Roberto—. Pues nosotros no vemos otra cosa.

Stefan puso los ojos en blanco y sugirió que se fueran a alguna parte.

En ese instante, el edificio de Hexter emitió un inmenso gemido a sus espaldas. Los muchachos tomaron al anciano por los codos y los transportaron tan deprisa como pudieron entre los escombros que sobresalían del canal. Lo elevaron por encima de los obstáculos, resoplando debido a su inesperado peso, y lo ayudaron a sortear las zonas inundadas, a veces sumergiéndose hasta los muslos, pero siempre encontrando el camino. Detrás de ellos, el edificio seguía gimiendo y estremeciéndose, y eso redoblaba la premura de su avance. Cuando llegaron a la intersección del canal con la

Octava, miraron hacia atrás y comprobaron que el edificio del señor Hexter seguía en pie, si es que su estado podía calificarse así: estaba aún más inclinado que cuando salieron de él y, si no había terminado de desplomarse, era únicamente porque reposaba sobre uno cercano, aplastándolo sin derribarlo del todo.

Hexter se lo quedó mirando un momento.

—Es como si estuviese contemplando Sodoma y Gomorra —dijo—. Tampoco pensé que vería eso.

Los chicos seguían agarrándolo por los codos.

—¿Se encuentra bien? —le volvió a preguntar Stefan.

—Supongo que mojarnos así no puede ser bueno.

—Tenemos una botella de lejía en la lancha, le rociaremos con ella. Tenemos que coger el vapor hasta la Veintitrés. Hay que salir de aquí.

—¿Nos lo llevamos a la Met? —preguntó Stefan a Roberto.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Explicaron el plan al señor Hexter, que parecía confuso y desdichado.

—Vamos —le apremió Roberto—. Estaremos bien.

—¡Mis mapas! —se lamentó Hexter—. ¿Habéis cogido alguno?

—No —admitió Roberto—. Pero tenemos la posición GPS en nuestro terminal.

—¡Pero mis mapas...!

—Podemos volver más tarde a por ellos.

Eso no consoló al anciano. Pero no quedaba otra que esperar al vapor y tratar de encontrar cobijo frente a la lluvia, que, afortunadamente, se había reducido a una llovizna. Aunque tampoco importaba mucho; estaban calados de todos modos. Desde un punto del muelle de vapores se podía ver el inmenso montón de escombros que marcaba la torre derrumbada. Parecía haberse encogido como un acordeón hasta las plantas inferiores, para luego inclinarse hacia el sur, y las plantas más altas se habían distribuido entre dos o tres canales. Los que circulaban en barcos se habían detenido en medio de la Octava para contemplar los destrozos, y, al hacerlo, habían provocado un inmenso atasco. El vapor tardaría un buen rato en llegar hasta donde estaban. En la distancia se oían sirenas, aunque allí siempre era así; no estaba claro

que fuese una respuesta al derrumbe. A saber la cantidad de personas que habían caído con el edificio y yacían ahora muertas entre sus escombros. Ninguna era visible.

—Espero que no nos convirtamos en columnas de sal —dijo el señor Hexter.

Los rascacielos de Nueva York son demasiado pequeños.  
sugirió Le Corbusier

Ampliar la brecha salarial es el desafío que define nuestro  
tiempo. Hemos podido constatar que existe una relación  
inversa entre los ingresos obtenidos por los ricos (el 20 %  
superior) y el crecimiento económico. Los beneficios no se  
filtran hacia abajo.  
señaló el Fondo Monetario Internacional años después

## h) Franklin

Jojo y yo abrimos una ventana de chat en nuestros respectivos monitores. No hablamos demasiado del trabajo, si bien ambos seguíamos los mismos *feeds*, ya que eran indispensables para cualquiera que quisiera operar como agente de futuros costeros. Sobre todo, era una manera de estar en contacto y además daba color a la esquina superior derecha de mi monitor. A veces incluso comentábamos algún movimiento interesante en el negocio. Como escribió ella:

¿Por qué cae tanto tu IPPI?

Acaba de desplomarse una torre en Chelsea.

¿Tan sensible es?

Así es m índice.

Fanfarrón. ¿Estás recortando?

Hay que cubrir, ¿no?

¿Crees que caerá más?

Un poco. Al menos, hasta que Shanghái lo vuelva a subir. Mientras, coge la ola.

¿No te has puesto muy largo en intermareas?

No tanto.

Creía que los temas de propiedad eran clarificadores.

Intermareas no va solo de incertidumbre de propiedad.

¿Físico?

Sí. Si se solidifica la propiedad sobre bienes derrumbados, ¿qué?

Ah. ¿Y eso se factoriza en el índice?

Sí. Es un instrumento sensible.  
Como su inventor.  
Gracias. ¿Unas copas a la salida?  
Claro.  
Iré a por ti en el *Jesús*.  
Divino.

•••••

Seguí trabajando esa tarde, distraído por nuestra cita de la noche y los vívidos recuerdos de sus «oh, oh», al menos lo bastante para hacerme mirar de forma tumescente el reloj y preguntarme cómo iría la noche mientras consultaba los gráficos de la marea y la luna y me imaginaba el río tras el anochecer, los sombríos Narrows de noche, misteriosos bajo la luna.

En efecto, el IPPI de Nueva York había caído brevemente con la noticia del derrumbe en Chelsea, pero ya se había estabilizado e incluso empezaba a remontar. No cabía duda de que era un instrumento sensible. El índice, así como los derivados que habíamos confeccionado en WaterPrice para aprovecharlo, despuntaban de una manera muy gratificante. A nuestro éxito contribuía el hecho de que la continua flexibilización cuantitativa impulsada por el pánico desde el Segundo Pulso había liberado más dinero del necesario para comprar los títulos de calidad disponible, lo que significaba que los inversores, hablando en plata, eran demasiado ricos. Eso significaba que había que inventar nuevas oportunidades de inversión, y ahí estaban. La demanda recibe su oferta.

Y no costó inventarse nuevos derivados, como pudimos comprobar, porque las inundaciones ciertamente habían sido un caso de destrucción creativa, que viene a ser el segundo nombre del capitalismo. ¿Estoy diciendo que las inundaciones, la peor catástrofe de la historia de la humanidad, equivalente a las guerras del siglo XX en términos de devastación, si no peor, vinieron bien al capitalismo? Pues sí.

Dicho lo cual, la zona intermareas estaba resultando más difícil de

gestionar que la que había quedado bajo las aguas, por muy contradictorio que le pueda resultar a la gente de Denver, que podría pensar que, cuanto más profundo estás, más muerto te quedas. No es el caso. La intermarea, que no es chicha ni limoná, que alterna dos veces al día de mojado a seco, daba lugar a problemas de salud y seguridad que solían ser desastrosos, incluso letales. Peor aún: tenía implicaciones legales.

Una ley bien establecida que se remonta al derecho romano, el Código de Justiniano, de hecho, resulta ser muy clara en relación con la zona intermareas. Curiosamente, podría leerse como una muestra de futurología romana:

*«Las cosas que naturalmente pertenecen al común son: el aire, el agua corriente, el mar y las costas. De modo que a nadie se le puede impedir ir a la costa. La costa se extiende hasta donde llega la marea más alta del invierno. La ley de todos los pueblos otorga al pueblo el derecho a usar la costa y el propio mar. Todo el mundo es libre de establecer una cabaña para resguardarse allí. El punto de vista correcto es que la propiedad de estas costas no puede recaer sobre nadie. Su estatus legal es el mismo que el del mar y la tierra y la arena que yacen debajo del mar».*

La mayor parte de Europa y de América seguían estos preceptos del derecho romano, y algunas de las primeras decisiones tomadas tras el Primer Pulso establecieron que la nueva zona intermareas era terreno público. Y, por público, no se referían al Estado exactamente, sino al «público desorganizado», significase lo que significase eso. Como si el público estuviese alguna vez organizado, pero en fin, redundante o no, estaba establecido que la zona intermareas era propiedad (o no propiedad) del público desorganizado. Los abogados no tardaron en ponerse a discutir sobre esto, cobrando por horas, claro está, y este vestigio del derecho romano en el mundo moderno ha tenido desde entonces algo que decir en los asuntos de cualquiera interesado en trabajar (o sea, invertir) en la zona intermareas. ¿A quién pertenece? ¡A nadie! ¡O a todo el mundo! No era propiedad privada ni

pública, aventuraban algunos teóricos, y por ello era una especie de retorno a lo comunitario. De los que el derecho romano también tenía mucho que decir, para satisfacción de quienes cobraban por horas su sapiencia en esta materia. Pero en última instancia, lo comunitario pertenecía históricamente al ámbito del derecho consuetudinario, cosa lógica. Dicho en otras palabras: usos y costumbres, lo que se traducía en una profunda ambigüedad legal que hacía que la relación entre la intermarea y lo comunitario resultase de escasa ayuda para quien estuviese interesado en arrojar un poco de luz sobre el asunto, sobre todo desde el punto de vista financiero.

¿Cómo se construye algo en la zona intermareas? ¿Cómo se recupera, se restaura o se renueva allí? ¿Cómo se invierte en una zona machacada y ambigua que sufre aún los embates de la atroz marea? Si la gente reclama la propiedad de los edificios que ellos o sus predecesores legales consideraban suyos, pero no poseen el terreno sobre el que se asientan, ¿qué valor tienen esos edificios?

Esa era una de las cosas que hacía el IPPI. Era una especie de índice Case-Shiller, solo que especializado en bienes intermareas. A la gente le encantaba disponer de las cifras, que servían para evaluar inversiones de todo tipo, incluidas las apuestas sobre el rendimiento del propio índice.

Quizá lo más importante era que ayudaba a calcular cuánto habían perdido los propietarios o expropietarios de propiedades intermareas y cuánta indemnización podían obtener, cifra que Swiss Re, uno de los gigantes del reaseguro que aseguraban a todos los demás, estimaba en unos 1.300 billones de dólares a escala global. Dicho así, suena gordo, pero aun más de este modo: 1.300.000.000.000.000 \$.

Pues vale. Pero, en primer lugar (de muchos), esa tasación era demasiado baja si lo que se pretendía era dar con el valor preciso de las costas del mundo para la humanidad. Si no realizabas este considerable ejercicio de descuento del futuro (cosa que, por supuesto, hacen siempre las finanzas), la zona intermareas valía trepecientos mil trillones de dólares. ¿Por qué digo eso? Porque el futuro de la humanidad, como civilización global, depende por completo de la presencia de sus costas. Por eso.

Siendo así, la actual zona arruinada representaba un número igual de

miles de trillones en pérdidas. Y nadie sabía quiénes eran los propietarios, o en qué apartado de los libros de contabilidad había que anotar cada uno de esos bienes. ¿Si posees un bien inmovilizado al que nadie puede acceder, estás endeudado o eres rico? ¿Quién podía saberlo?

Mi índice.

Era sencillo. Bueno, no, no lo era. Requería a todos los cuantitativos a mi disposición para funcionar. Y toda mi «cuantitatividad», para entender siquiera lo que pedía a los cuantitativos que cuantificasen, aunque la idea básica era sencilla. Y mía. Se trataba de realizar juicios sobre cómo afectaba cada pieza del rompecabezas a las demás en la situación global. Luego lo cocinaba todo en ese índice y aseguraba a todo el mundo que se trataba de una valoración precisa de la situación. Listaba para inspección todos los elementos incluidos en la valoración, así como la base de los cálculos, que empleaba los mecanismos básicos de Black-Scholes para fijar los precios de los derivados. Más allá de eso, no facilitaba la receta completa del algoritmo. Ni siquiera se la había dado a WaterPrice. Les dejaba saber, eso sí, que básicamente tenía el mismo punto de partida que Case-Shiller para que ambos índices pudieran compararse mejor, y la divergencia entre ambos era claramente una de esas cosas sobre las que la gente disfrutaba apostando. Case-Shiller había designado como valor 100 la media de los precios inmobiliarios en la década de 1890, y desde entonces valoraba los precios en función de aquella base. Más tarde, Shiller señalaría a menudo que, a pesar de los vaivenes de la historia, una vez se ajustaban con la inflación, los precios inmobiliarios nunca se habían alejado demasiado de su valor en 1890. Ni siquiera las mayores burbujas llevaron el índice más allá de los 140 puntos, ni las depresiones por debajo de 95.

Así que el IPPI tomaba los precios de la vivienda y la subida del nivel del mar y le sumaba a este dueto básico lo siguiente: una evaluación de las mejoras en las técnicas de construcción intermareas; una evaluación del ritmo al que se estaba deshaciendo el parque inmobiliario actual; un factor de «cambio en violencia climatológica extrema», derivado de los datos del NOAA; los tipos de cambio de las divisas; una valoración del estado legal de la zona intermareas y una amalgama de índices de confianza del consumidor,

tan importantes aquí como en cualquier otro aspecto de la economía (si bien sumarlos al IPPI era una maniobra tan novedosa como controvertida por mi parte, ya que no era un factor presente en Case-Shiller). Con esta mezcla de entradas, el IPPI indicaba que, durante los años inmediatamente posteriores al Segundo Pulso, el valor de los bienes sumergidos y presentes en la zona intermareas había caído en la escala Case-Shiller casi a cero, como no podía ser de otra manera. Fue una época devastadora. Pero era una evaluación retroactiva, y en 2136, año en que introdujimos el índice, calculamos que el nuevo valor era 47. Y había seguido creciendo, inestable pero inexorablemente, desde entonces. Esta era otra de las claves de su éxito, por supuesto: un mercado alcista a largo plazo convierte en genio rico a cualquiera que trabaje en él.

Otra clave era el nombre en sí: Índice de Precios de la Propiedad Intermareas. Propiedad, ¿lo pillas? El nombre mismo afirmaba algo que antes había sido cuestionable. Lo seguía siendo, pero la propiedad se había licuado en cierto modo por todo el mundo; ahora no era más que una reclamación sobre el rendimiento. De modo que el nombre era un éxito. Bonito. Tranquilizador. Reconfortante.

Entonces... El nivel actual del IPPI estaba en 104, en la región de Nueva York en 116, y ambos presentaban un ritmo alcista muy superior al del Case-Shiller no costero, que se encontraba ahora en 135. Y, al fin y al cabo, es el crecimiento, valor relativo y ventaja diferencial, lo que determina lo bien que te va. ¡Así que un hurra por el IPPI!

En cuanto a los instrumentos empleados para operar sobre el IPPI, era una mera cuestión de empaquetar y vender bonos, tanto al alza como a la baja sobre el índice. Desde luego que no éramos los únicos que hacían eso; era una forma de inversión muy extendida, con múltiples variables asociadas, en un mercado de alto riesgo pero también de alto rendimiento, atractivo para quienes buscasen precisamente eso. Cada semana había un «desplome catastrófico», como lo llamábamos nosotros, y a continuación se anunciaba un nuevo método de airear el mundo submarino, algo que llamábamos «premio y aumento». Mientras tanto, todo el mundo tenía su opinión sobre cómo estaban yendo las cosas y cómo irían en el futuro. Y con lo

hambrientos de oportunidades que están los inversores, el IPPI rendía muy bien teniendo en cuenta tan solo el número de apuestas que se realizaban a cuenta suya; tan bien que incluso se superaba si se contabilizaba también esa tendencia de subirse al carro que empuja a los mercados y puede que a nuestros cerebros también: rendía tan bien, que rendía mejor.

Y lo cierto es que algunas de las presunciones que había cocinado en el IPPI tenían que seguir siendo ciertas para que el índice fuese preciso. Una era que la zona intermareas iba a seguir sumida en la ambigüedad legal, peregrinando por los juzgados a velocidad zenonesca. Otra era que muchas de esas propiedades de antaño-y-futuro-y-por-lo-tanto-presentes no se desplomarían demasiado rápido. Si la tasa de destrucción en el líquido no se volvía exponencial o más, si continuaba a un ritmo medible que pudiera traducirse en un número cuya proyección en una gráfica no resultase demasiado errática, la tendencia resultante podía seguirse arriba y abajo junto con otras, con la esperanza de usarla para predecir futuros. Y sí, volver a apostar por ellos sin que el propio IPPI se desplomase, por mucho que lo hicieran los activos físicos que representaba.

Por ello, mi índice contenía y escondía algunas presunciones y analogías, algunas aproximaciones y suposiciones. Nadie lo sabía mejor que yo, que era el que hacía las elecciones cuando los cuantitativos las exponían para cuantificar las diferentes cualidades involucradas. ¡Y, simplemente, me limitaba a escoger una! Pero era esto lo que lo convertía en economía y no en física. En última instancia, el IPPI permitía a la gente (WaterPrice incluida) confeccionar instrumentos derivados que podían ser comprados y vendidos, y que, a su vez se podían consolidar en bonos mayores y venderse igualmente. A la gente le encantaba el índice y sus datos, y nadie se paraba a analizar su lógica subyacente con demasiado detenimiento. Los títulos nuevos eran valiosos en sí mismos, sobre todo si las agencias calificadoras los puntuaban bien. Estas, como cualquiera en finanzas, gozaban de una memoria afortunadamente corta en lo referente a sus catastróficos errores de juicio, por lo que las calificaciones tenían el valor de un sello de legitimidad, algo ridículo dado que se trataba de un servicio comprado por los mismos agentes a los que pretendía calificar. Ahora, como siempre, se podía obtener una

calificación AAA, no para hipotecas de riesgo, que eran obviamente tóxicas, sino para hipotecas sumergidas, ¡que eran claramente mejores! Y el hecho de que todas las propiedades sumergidas tuvieran unas garantías más que sospechosas solo se mencionaba como uno de los aspectos de los lucrativos riesgos que implicaban.

Una nueva burbuja, podría decirse, y con razón. Pero la gente tiende a ser ciega a las burbujas en cuyo interior se encuentra. Es como si fueran incapaces de percibir las. Y eso es genial si resulta que tienes una perspectiva que sí te permite verlas. Da miedo, sí, pero mola porque te permite especular de acuerdo con ese conocimiento. En términos sencillos, puedes operar en corto. Puedes, como yo había descubierto con la práctica, inventar una posibilidad inversora de potencial burbuja más o menos por accidente y luego vendérsela a la gente y observar su progreso, consciente en todo momento de que se está convirtiendo en una burbuja y de que puedes especular a corto mientras te preparas para el momento en que estalle.

¿Hipócrita? No. ¿Esquema de Ponzi? ¡Para nada! Solo finanzas. Legales como el que más.

•••••

Durante los seis meses previos, tras leer las estadísticas de las costas mundiales y tratar de calcular todas las tendencias, leer las hojas del té, los diarios de ingeniería, todo, incluidas las leyendas urbanas, había llegado a la conclusión de que estaba muy próximo el estallido de la burbuja. Algunos lugares, como el viejo Manhattan, recibían un notable flujo de innovación tecnológica, capital humano y cantidades de dinero, y allí era donde íbamos a sacar el mayor provecho de la zona intermareas. Pero el resto del mundo estaba muy lejos de la vanguardia en todos estos ámbitos tan relevantes y, en consecuencia, sus respectivas intermareas se desplomaban mucho más rápido de lo que se renovaban. Habían pasado cerca de cincuenta y cinco años desde el comienzo del Segundo Pulso, cuarenta desde su final, y edificios de todo el

mundo estaban pasando a mejor vida y sumergiéndose para siempre. Edificios pequeños, grandes, rascacielos (estos se derrumbaban con un impresionante chapuzón, que provocaba en los mercados un respingo y un estremecimiento al compás de las olas que creaban), crisis muy breves, lo suficiente para ajustar el IPPI, pegar el empujón correspondiente y aumentar nuestras cuentas en varios puntos. Y así la burbuja seguía creciendo. Pero parecía que por el horizonte asomaba un momento de crisis mundial, simultánea y extrema, así que cada vez me esforzaba más por salir de la burbuja que yo mismo había contribuido a crear.

Lo cual era una forma cojonuda de disfrutar del estrés.

Y además me iba de copas con Jojo un viernes noche, y luego, a saber, quizá a flotar en el río con la marea alta de la media noche y la luna llena. ¡Perfecto! ¡Oh! ¡Oh!

• • • • •

Salí del trabajo y bajé a Eldorado Equity en Canal con Mercer. Al tomar el canal de Canal, un nombre que adoran los turistas por su redundancia, comprobé que, como siempre, estaba hasta arriba del tráfico de la tarde: embarcaciones a motor de todo tipo atascadas de proa a popa y de bancada a bancada, de modo que había más superficies flotantes que agua a la vista. A esa hora se podía recorrer el canal a pie de barco en barco sin tener que saltar, y lo cierto es que algunos vendedores de flores y peatones estaban haciendo eso precisamente.

Jojo estaba esperando en el muelle delantero de su edificio y el corazón me dio un vuelco al verla. Rocé el embarcadero con el lado de estribor del bicho y dije:

—Buenas.

—Hola —respondió tras un fugaz vistazo a su muñeca.

Pero yo no llegaba tarde y ella asintió como si lo agradeciera. Pasó del muelle a la cabina con un movimiento lleno de gracia. Al contemplar su

figura desde el timón, tuve la impresión de que sus piernas eran interminables.

—Estaba pensando en el bar Reef Forty Oyster.

—Suenan bien —dijo—. ¿Te queda algo de champán en esta bonita embarcación?

—Por supuesto —repuse—. ¿Qué celebramos?

—Que es viernes —respondió ella—. Pero también que he hecho una pequeña inversión benefactora en un asunto inmobiliario en Montana que tiene muy buena pinta.

—¡Bien hecho! —dijo—. Estoy seguro de que la gente de allí será muy feliz.

—Claro. Ya se encargará de ello el valor.

—El champán está en la nevera —indiqué—. A menos que prefieras coger el timón.

—Claro.

Bajé y volví a subir con un par de botellas pequeñas.

—Solo me quedan botellas pequeñas, me temo.

—Servirán. De todos modos, no tardaremos en llegar a la Cuarenta.

—Cierto.

Ambos habíamos trabajado hasta tarde, como de costumbre, y ahora, con apenas media hora de sol por delante, dirigí el bicho por West Broadway hasta la Catorce y viré hacia el oeste. Mientras navegábamos por el canal iluminado por el sol en medio del tráfico, abrí las botellas de champán.

—Muy bueno —dijo tras un sorbo.

Los últimos rayos del sol dibujaban lentejuelas sobre el agua picada, cambiantes destellos anaranjados sobre un trasfondo profundamente oscuro que lanzaban destellos de luz en todas direcciones. Otro momento Supervenecia, por el que brindamos mientras el bicho avanzaba entre el tráfico. La luz que se reflejaba en el agua incidía en el rostro de Jojo y era como vivir una maravillosa escena dispuesta por los mismos dioses. Volví a tener esa sensación en el fondo de la garganta, como si el corazón se me hinchara. Tuve que esforzarme en tragar. Me daba casi miedo sentirme tan atraído por otra persona. ¿Y si resultaba que era posible conocer de verdad a

otra persona? ¿Y si de verdad se puede estar bien con alguien?

Entonces sonaron las primeras notas de *Fanfarria para el hombre corriente* en mi terminal de muñeca. Rezongué y eché un vistazo antes de ceder a la tentación de apagarlo sin más. Pero, cuando me di cuenta, vi el aviso: la torre de Chelsea que se había derrumbado había matado a docenas de personas, puede que centenares.

—¡Oh, no! —solté antes de poder refrenarme.

—¿Qué?

—Es el edificio que se ha derrumbado en Chelsea. Están sacando cadáveres.

—Oh, vaya.

Dio otro sorbo al champán.

—¿Ha vuelto a subir tu IPPI?

—Mayormente.

—¿Quieres ir a ver los daños?

Creo que debí de quedarme boquiabierto durante un segundo. Sí que quería ir a echar un vistazo, pero a la vez no me apetecía, porque si bien era importante estar al día de los acontecimientos en la intermarea y salir antes de que estallara la burbuja, esto no iba a ocurrir solo porque esa torre hubiera hecho un Margaret Hamilton. Además, me dirigía al Forty Oyster para contemplar el atardecer junto a Jojo Bernal y no quería que ella pensase que había dejado de ser mi prioridad número uno.

Me sorprendió con una carcajada en medio de mis reflexiones.

—Anda, vayamos—dijo—. Nos pilla casi de camino.

—Es verdad.

—Y si crees que puede ser un acontecimiento desencadenante, solo tienes que pulsar un botón para salirte, ¿no? ¿Estás preparado para moverte rápido?

—En nanosegundos —respondí orgulloso, aunque no con total sinceridad, y viré con el bicho para subir por West Broadway.

Al subir por la Veintisiete el bicho empezó a convertirse en un inconveniente, ya que las aletas le conferían una elevación mínima de metro y medio. Afortunadamente, habían pasado un par de horas desde la marea alta, lo que nos permitió avanzar hacia la parte alta antes de vernos forzados a

virar al este, fuera de la ciudad.

A medida que nos acercábamos al lugar del siniestro, al habitual hedor a amoníaco de la llanura de marea empezó a unirse a otro, quizá a creosota, con toques de amianto, maderas rotas, ladrillos machacados, hormigón derrumbado, hierros retorcidos y esa atmósfera rancia de los cuartos mohosos y abiertos al aire que recuerda a los huevos podridos. Sí, un edificio intermareas derribado. Tienen su olor característico.

Reduje la marcha. El sol del atardecer derramaba su luz horizontal sobre la escena, arrancando destellos a canales y edificios. Oh, sí, la intermarea, zona de incertidumbre y duda, espacio de riesgo y recompensa, la costa que perteneció al público desorganizado. Extensión del océano, cada edificio una nave varada rogando para no partirse.

Que era lo que acababa de hacer uno de esos edificios. No es que fuese un rascacielos monstruoso; solo una de las cuatro torres de veinte plantas que se levantaban al sur de la vieja oficina de correos. Probablemente, el precio y valor de uso de las otras tres se hubiera venido abajo con la siniestrada, dependiendo, claro está, de si podían determinar las causas del derrumbe. Averiguar una cosa así nunca resultaba fácil, lo que hacía de ello un objetivo importante para el propio mercado. A menudo se producían derrumbes como respuesta a tensiones invisibles. Eso le dije a Jojo, y ella puso una mueca y asintió.

Ascendimos lentamente por la Séptima, observando las calles aledañas al derrumbe. No convenía acercarse demasiado, ya que los canales circundantes presentaban ahora peligrosos arrecifes. Esto resultaba evidente en lugares donde los escombros sobresalían del agua o donde los remolinos y rizos perturbaban las aguas mientras la marea se iba retirando al sur por todo el barrio. Otras partes de los canales presentaban un aspecto normal a pesar de ser destripadores de embarcaciones en potencia. Así pues, opté por tantear la aproximación a la catástrofe desde varios canales, avanzando hasta donde creía que era seguro y luego dando media vuelta.

Estaba claro que la torre había caído a plomo, aplastando probablemente la mitad de sus plantas antes de desmoronarse en dirección sur y este. Los restos de su plana azotea estaban inclinados de tal manera que se podían ver

perfectamente los tanques de agua, la tierra y los cultivos del piso de la granja superior. Probablemente hubiera caído por exceso de peso, aunque algo así solo resulta evidente a posteriori. El personal de emergencias tanteaba cuidadosamente los restos desde las lanchas de incendios y los cruceros policiales, ataviados con las llamativas prendas amarillas y naranjas que caracterizan todo desastre.

Varios edificios más pequeños habían sido aplastados por los restos de la torre, y más allá de estos, otros se alzaban torcidos. La desaparición de los muros exteriores dejaba a la vista habitaciones, vacías o amuebladas, patéticas en cualquier caso.

—¡Todo el vecindario es una ruina! —dijo Jojo.

Tuve que asentir.

—Ha debido de morir mucha gente.

—Eso dicen. Aunque, al parecer, muchos edificios estaban vacíos.

Me volví para conducir la embarcación hacia la Octava.

—Deja que lo piense en Reef Forty. Necesito una copa.

—Y unas cuantas ostras.

—Claro.

Piloté el bicho por la Octava y, al atravesar la Treinta y uno, oí un grito.

—¡Eh, señor! ¡Señor!

—¡Socorro!

Eran los dos críos que había estado a punto de atropellar al sur de Battery.

—Oh, no —me lamenté sin aminorar.

—¡Espere! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Aquello no estaba bien. Por mí los habría ignorado y me habría alejado de todos modos, pero Jojo me estaba mirando con espanto, sorprendida sin duda de que fuera capaz de seguir mi camino sin responder a tan directa llamada. Y los muchachos sostenían a un anciano entre los dos, un viejo que parecía hecho polvo y que ni siquiera era más alto que ellos. Como si lo hubieran recortado a la altura de las rodillas. Estaban empapados y uno de los muchachos tenía la cara surcada de chorretones de barro líquido.

Apagué el motor.

—Hola. ¿Qué hacéis por aquí?

—¡Se nos ha caído el edificio encima!

—¡La casa del señor Hexter se ha derrumbado allá atrás!

—Ajá.

—Nuestro terminal de muñeca se ha mojado y ha dejado de funcionar, así que nos dirigimos al vapor. ¿Podríamos usar el suyo para hacer una llamada?

—O podría llevarnos —aventuró el más descarado.

El anciano intentó volver la mirada hacia lo que quedaba de su barrio. Estaba desolado.

—¿Vuestro amigo está bien? —preguntó Jojo.

—Estoy bien —respondió el anciano sin mirarla—. Lo he perdido todo. He perdido mis mapas.

—¿Qué mapas? —pregunté.

—Tenía una colección —explicó el más bajo—. Toda clase de mapas de los Estados Unidos y otros sitios. Pero sobre todo de Nueva York. Pero ahora hay que llevarlo a alguna parte.

—¿Está herido? —insistió Jojo.

El anciano no respondió.

—Está aturdido —dijo el más alto—. Hemos pasado mucho.

Vi la expresión de Jojo y dije:

—Está bien. Subid a bordo.

•••••

Dejaron mi cabina y mis planes hechos un desastre. Les ofrecí llevarlos de vuelta al edificio del anciano, pensando que, ya que estaba de barro hasta las cejas, bien podía hurgar hasta el fondo de mi filantropía, pero los tres negaron con la cabeza al mismo tiempo.

—Ya intentaremos volver más tarde —dijo el más bajo—. Ahora necesitamos llevar al señor Hexter a un sitio donde pueda secarse y tal.

—¿Por ejemplo?

Se encogieron de hombros.

—¿De vuelta a la Met, quizá? Vlade sabrá qué hacer.

—¿Vivís en el Metropolitan Life de Madison Square? —preguntó Jojo, sorprendida.

—Por allí cerca —dijo el más pequeño mirándola—. Eh, usted vive en el Flatiron, ¿verdad?

—Así es.

—¿En serio? —dije yo.

—Así es —repitió.

—¡Entonces somos vecinos! —exclamé—. ¿Lo sabías?

—Creía que tú sí.

Ahora estaba confundido y mi cabeza no paraba. Estoy convencido de que se notaba. Era posible que no le hubiera mencionado donde vivía; casi siempre hablábamos de trabajo y yo no sabía dónde vivía ella. Tras la noche que pasamos en el ancladero de Governors Island, la llevé de vuelta a su oficina, dando por sentado, me daba cuenta ahora, que viviría en el mismo edificio. Después, volví a casa.

—Bueno, ¿me deja su terminal? —dijo a Jojo el más pequeño.

Ella asintió y extendió el brazo para que pudiera teclear. Acto seguido, dijo:

—Vlade, se nos ha empapado el terminal. ¿Sería posible secarlo en tu oficina? El edificio de un amigo se ha venido abajo.

—Me preguntaba si andabais por allí —dijo la voz del supervisor desde el terminal de Jojo—. ¿Dónde estáis ahora?

—En la Treinta y uno con la Octava, pero nos ha recogido en su hidroala un tío que vive en tu edificio.

—¿Quién?

Los chicos se nos quedaron mirando.

—Franklin Garr —dije.

—Ah, ya, hola. Sé quién eres. ¿Puedes traerlos de vuelta al edificio?

Miré a Jojo y luego respondí al terminal:

—Sí, podemos. Tienen un amigo que necesita ayuda, diría yo. Su edificio ha salido mal parado por el derrumbe en Chelsea de esta tarde.

—Lo lamento. ¿Es alguien que conozca?

—El señor Hexter —dijo el más pequeño—. Estábamos de visita cuando pasó todo.

—Está bien, venid para acá y veremos qué podemos hacer.

—Claro —dije—. Nos vemos allí.

• • • • •

Subí con el bicho por Broadway y luego por el denso tráfico que cubría el canal a primera hora de la noche hasta llegar a la Met, enfurruñado pero sin dejar de poner buena cara. Era un lamentable contratiempo para la noche que me había prometido, pero qué se le va a hacer. Nuestros rescatados estaban tirados en el suelo de la cabina y la embarcación avanzaba pesada por el agua, inclinándose notablemente mientras sorteaba el tráfico de los canales. La norma para embarcaciones pequeña era tres cascos, tres personas, pero no aquella noche.

Finalmente crucé el *bacino* de Madison Square empujado por la inercia hasta la puerta del embarcadero de la Met, donde aguardamos a que el supervisor nos abriera la puerta. No tenía ganas de importunarlo con el zoo que llevaba a bordo.

Asomó la cabeza y asintió.

—Adelante. Chicos, parecéis ratas ahogadas.

—¡Pues hemos visto montones de ellas que huían nadando!

—¡El edificio junto al del señor Hexter se hundió y casi se nos lleva por delante!

El supervisor meneó la cabeza lúgubrementemente, como era su costumbre.

—Roberto y Stefan, agentes del caos.

Eso les gustó.

—¿Puede poner al señor Hexter en uno de los alojamientos temporales? —preguntó uno de ellos—. Necesita lavarse y entrar en calor. Y también comer y descansar un poco, ¿verdad, señor H?

El anciano asintió. Aún estaba aturdido. Era lógico; las personas que

ocupaban casas en la intermarea solían estar al filo de quedarse sin opciones.

El supervisor meneó la cabeza.

—Estamos hasta arriba, lo sabéis. Para eso hay que hablar con Charlotte.

—Como siempre —dijo el más pequeño.

Jojo parecía estar como disfrutando de todo aquello, pero yo no alcanzaba a entender el porqué.

—Volverá dentro de una hora, más o menos —dijo el supervisor—. Mientras, podría asearse en los lavabos junto al comedor. Veré si Heloise puede improvisarle algún alojamiento si Charlotte accede.

Entramos en el embarcadero y todo el mundo se bajó en el muelle interior. Los muchachos dejaron a su anciano amigo en lo alto de las escaleras que daban al comedor y yo miré a Jojo.

—¿Nos vamos? —sugerí.

—Ya que estamos aquí —dijo—, me gustaría pasarme por el Flatiron para cambiarme. Luego quizá podríamos comer aquí. Estoy un poco cansada.

—De acuerdo —accedí, incómodo.

Definitivamente no estaba del mismo humor que cuando la recogí, y yo no estaba muy seguro del porqué. ¿Sería algo relacionado con los chicos o el anciano? ¿Sería yo? Era escalofriante. Yo solo deseaba que fuese la misma que la última vez. Pero no me quedaba otra que seguir adelante y mantener la esperanza.

• • • • •

Dejé que el supervisor colgara el hidroala para que no entorpeciese, no sin pedirle que lo dejara en un lugar que me permitiese salir rápido esa noche con la esperanza de que Jojo cambiase de parecer. El hombre se limitó a apretar los labios y enganchar el bicho a la cadena de la grúa sin discutir. No sabía qué veían en él los demás residentes. Si hubiese dependido de mí, ya estaría en la calle. Pero no era cosa mía porque tampoco podía permitirme perder el tiempo con los innumerables comités y juntas del edificio. Tenía

más que suficiente con mi trabajo y con pagar un agradable apartamento con vistas al *bacino*. Me gustaba que no estuviese demasiado cerca de mi trabajo para tener que hacer un desplazamiento diario. Podía permitirme de sobra el recargo para quienes no eran miembros de la cooperativa, a pesar de su vergonzosa cuantía, un mecanismo diseñado para mantener a raya a los disidentes como yo. A veces deseaba que alguien denunciase ante los tribunales la existencia de ese precio dual. Se me antojaba muy perjudicial y potencialmente ilegal, pero nadie había dado el paso hasta el momento, y mientras esperaba a Jojo echando humo por cómo se había torcido la tarde, se me ocurrió que cualquiera que se preocupase tanto como para perder el tiempo desafiando esa norma sería demasiado pobre para permitirse un alquiler en el edificio, para empezar. Habían establecido unos precios de alquiler muy elevados para los no miembros con la idea de desalentar a los adinerados, un movimiento inteligente y probablemente idea de la presidenta del consejo, destacada luchadora por la justicia tanto en su trabajo como en casa y obsesa del control a la altura del supervisor; presidenta que llevaba dirigiendo el consejo (y, por lo tanto, el edificio) desde hacía quién sabe cuánto tiempo, pero a todas luces demasiado. Ya lo hacía cuando llegué yo. Naturalmente, el supervisor y ella eran uña y carne.

Y hablando de la reina de Roma, por allí asomaba, conversando con los chicos y el anciano. Charlotte Armstrong, agotada pero intensa, vívida e imponente. Mi día terminaba de volverse redondo. Los seguí hasta el comedor, a cierta distancia para no tener que reunirme con ellos antes de lo estrictamente necesario. Y entonces apareció Jojo en la entrada de la sala comunitaria tras recorrer los puentes volantes que unían el Flatiron con nuestro edificio, o eso di por sentado. Se acercó a los muchachos antes siquiera de reparar en mí, de modo que no me quedó más remedio que seguir y unirme a los demás.

Saludé y la presidenta me recibió de forma bastante cordial, hasta el punto de que Jojo se dio cuenta. Arqueé las cejas inocentemente antes de admitir que era cierto: había vuelto a salvar a las ratas de agua de un destino funesto.

—¿Comemos? —pregunté al darme cuenta de que estaba hambriento.

Algunos asintieron mientras que otros preguntaban al anciano ahora sintecheo de Chelsea si se encontraba bien. La presidenta Charlotte y Jojo me siguieron hasta las vitrinas de comida del comedor. Mostré mi tarjeta de carne al empleado mientras ellas dos conversaban. Parecían bastante tensas e incómodas. Las trabajadoras sociales y las financieras no casan muy bien. A nuestro alrededor, en la cola, había multitud de rostros conocidos y otros anónimos. En el edificio vivía demasiada gente como para conocer a nadie, por mucho que algunos rostros resultasen familiares.

El empleado pasó la tarjeta por el lector y me dirigí hacia la bandeja de carne de cerdo, con la que rellené y enrollé una tortilla. En aquel comedor había que trabajarse cualquier carne para comérsela. No dejaba de ser una manera de crear un montón de vegetarianos y que hubiera carne suficiente para el resto de nosotros. Porque pocos eran tan cerdos, ja, ja, como para criar a un cerdito hasta la edad adulta y luego sacrificarlo, ni siquiera usando los humanitarios sistemas eléctricos que, esencialmente, los liquidaban en una fracción de segundo. Mucha gente se vuelve antropomorfa y decide que es más fácil comer carne de pega, hacerse vegetariano o comer fuera cuando hay ganas de carne. Yo, personalmente, había descubierto por propia experiencia que la inevitable antropomorfización de los cerdos de granja no había contenido mi mano asesina, porque si piensas en el cerdo como en un ser humano, realmente es un humano muy feo y probablemente agradezca que acabes con su sufrimiento. De modo que siempre visualizaba en ellos al supervisor, o a mi tío, y disfrutaba con el recuerdo de su sabor durante la semana, sin sentir el menor remordimiento mientras masticaba porque, en vida, no les había colmado más que de favores. De la granja al tenedor, del nacimiento a la boca. Sin mí y el resto de carnívoros que me rodeaban ni siquiera existirían, y de paso disfrutaban de un buen par de años de vida, mejores que los de cualquier habitante de la ciudad.

—¿Comiendo carne otra vez? —preguntó Jojo cuando nos encontramos en el bar de ensaladas.

—Pues sí.

—¿Tenéis eso de la certificación en la planta de carne de la granja?

—Sí. Y eso lo convierte en un compromiso más bien auténtico. Es como

ser operador de bolsa, ¿no crees?

—No. No lo creo.

—Es broma.

Desde luego, era una soberana estupidez por mi parte bromear sobre nuestro oficio a tenor del cariz que estaba tomando la noche, pero a menudo me da por disparar antes de apuntar, sobre todo en las horas que siguen a una larga jornada delante del monitor. Cuando acabo esas sesiones, mi sentido de la disciplina se relaja y ahí es cuando pueden salir cosas raras de mi boca. Muchas noches me ha pasado. Así que me recordé a mí mismo que aquella noche debía mantener la calma y seguí a Jojo de regreso a la mesa, encandilado una vez más por las formas de sus hombros y la caída de su cabello. Malditos críos.

•••••

Nos reunimos en la misma mesa: los chicos y su anciano amigo; Jojo y Charlotte, la presidenta; el supervisor con cara de verdugo ucraniano, cuyo nombre era Vlade, muy oportuno, como Vlad el Empalador; y yo. Sobraban un par de personas para tener una conversación tranquila, por no hablar de los cientos de comensales que abarrotaban la sala. Había mucho ruido. Sobre todo, porque un grupo en un rincón estaba tocando *Música para 18 músicos*, de Reich, tamborileando con una serie de cucharas de diversos tamaños mientras tarareaban. En cualquier caso, todos empezaron preguntando al anciano cómo se sentía. Al oír su historia y poner una mueca de descontento por la inexistente, e incluso negativa, capacidad de acogida de nuestro edificio, Charlotte le ofreció un alojamiento temporal «hasta que pueda volver a su casa o encontrar algo más adecuado».

—¿No puede quedarse aquí sin más? —le solicitó el chaval más pequeño.

—Ahora estamos al completo —dijo Charlotte—, ese es el problema. Además, hay una lista de espera, por lo que solo puedo ofrecerle espacios temporales. Incluso esos están llenos, y son bastante incómodos a la larga.

—Es mejor que nada —dijo el muchacho.

Al parecer, se llamaba Roberto. Bueno, Roberto o Stefan.

—¿El edificio está desahuciado sin remedio? —pregunté para demostrar interés.

El anciano puso una mueca. El más alto de los muchachos, creo que Stefan, dijo:

—Está inclinado como en diagonal.

El anciano dejó escapar un lamento al oírlo. Seguía conmocionado.

—¿Le traigo algo de beber? —le pregunté.

Jojo no pareció darse cuenta del detalle, pero Charlotte me lanzó una mirada de agradecimiento mientras me levantaba. Lo que tenía claro era que iba a rellenar mi propio vaso también. El anciano asintió cuando cogí el suyo.

—Vino tinto, gracias —dijo.

Si se quedaba aquí un par de días, sabría que era mejor evitar el tinto, pero para eso tendría que experimentar en persona aquel brebaje tuercebocas, de modo que me limité a asentir y me alejé para llenar su vaso y rellenar el mío de *vinho verde*. Ambos procedían del pequeño viñedo de la azotea del Flatiron, que se extendía de forma pintoresca por ambas fachadas, pero el verde era mucho más fino que el otro. Regresé con ambas manos ocupadas y dije:

—¿Alguien más, ya que estoy de pie?

Pero estaban tan absortos escuchando el relato del anciano sobre el derrumbe del edificio que solo respondieron con gestos de la cabeza.

—Lo más importante es recuperar mis mapas —concluyó el hombre mientras observaba a los muchachos que lo flanqueaban—. Estaban en los armarios del salón. Tengo una copia del mapa de la Comandancia, entre otros muchos. No pueden mojarse, así que cuanto antes, mejor.

—Iremos mañana —le dijo Roberto con una ligera sacudida de la cabeza con la que pretendía indicar a su amigo que no era el mejor momento para hablar de eso ahora.

Me pregunté a qué vendría aquello. Probablemente no querían que Vlade pensara que iban a volver a la intermarea. Ciertamente, el supervisor tenía el ceño fruncido; el más alto se dio cuenta y dijo:

—Venga, Vlade, si vamos por allí todos los días.

—El fondo será completamente distinto ahora que el edificio se ha derrumbado —repuso Vlade.

—Lo sabemos. Tendremos cuidado.

Mientras seguían intentando tranquilizar al supervisor y al anciano, Charlotte y Jojo se iban conociendo.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó Jojo.

Charlotte frunció el ceño.

—Trabajo para el Sindicato de Propietarios.

—O sea, a lo mismo que está haciendo ahora por el señor Hexter.

—Básicamente. ¿Y usted?

—Trabajo en Eldorado Equity.

—¿El *hedge fund*?

—Eso es.

Charlotte no parecía impresionada. Reevaluó rápidamente a Jojo y devolvió la vista a su plato.

—¿Es interesante?

—Eso creo. He estado financiando la reconstrucción del Soho y parece que va muy bien. No me extrañaría que alguno de sus inquilinos hubiese estado alojado allí, es una zona de ingresos bajos. Y hasta el año pasado apenas era un cascarón, como la mayoría de allí. Hacen falta inversiones para que un vecindario anegado vuelva a su ser.

—Y tanto —admitió Charlotte, mientras entornaba un poco los ojos.

Parecía dispuesta a considerar la idea, lo cual tenía sentido, dado su trabajo. La ciudad siempre iba a necesitar más alojamientos de los que contaba, especialmente en la zona sumergida.

—Un momento, ¿estás respondiendo de manera positiva a las inversiones financieras? —intervine—. Tengo que grabar eso.

Charlotte me dedicó una mirada fea, pero la de Jojo fue incluso peor. Me centré en el anciano.

—Parece bastante cansado —le dije—. ¿Quiere que lo ayude a llegar hasta su alojamiento?

—Aún no está decidido donde será eso —dijo Charlotte.

—Pues quizá deberíamos hacerlo, ¿no? —propuse.

Su mirada dejaba claro que no ponía los ojos en blanco por puro control muscular.

Sonreí.

—¿El hotelo del piso de la granja? —sugerí.

—¿No es la escena de un crimen? —preguntó Vlade.

Charlotte meneó la cabeza.

—Ya han hecho allí todo lo que tenían que hacer. Gen me ha dicho que ya podemos volver a usarlo. Pero ¿no hará mucho frío?

—Mi habitación era una nevera —dijo el anciano—. Eso me da igual.

—Bien, pues —sentenció Charlotte—. Es la opción más fácil, desde luego.

Los muchachos se miraban el uno al otro, incómodos. Probablemente no deseaban que los asignaran como compañeros de piso de su amigo. Charlotte no parecía consciente de su incomodidad. Probablemente vivieran en el edificio o sus alrededores sin que ella lo supiera. No era el mejor momento para pedírselo. Empezaba a tener la impresión de que nada de lo que pudiera decir en esa mesa iba a caer bien, y que mi mejor opción era comer y largarme, con una buena excusa, por supuesto.

Mi plato estaba tan vacío como el del anciano. El hombre parecía destrozado.

—Lo ayudaré a subir hasta allí —me ofrecí mientras me levantaba—. Vamos, chicos. —Sus platos se habían quedado vacíos a los pocos segundos de tomar asiento—. Podéis terminar lo que empezasteis.

Vlade les hizo un gesto afirmativo con la cabeza y nos acompañó hasta los ascensores, dejando atrás a las dos mujeres. Yo habría dado cualquier cosa por ser una mosca posada en la pared cerca de su conversación, pero no podía ser. Y si estaba presente, la conversación sin duda discurriría por derroteros bien distintos. Así que, no sin cierto fastidio, pasé junto a Jojo y dije:

—¿Nos vemos luego?

Frunció el ceño.

—Estoy cansada. Seguramente me vuelva a casa en un rato.

—Está bien —me resigné—. Volveré a bajar cuando haya terminado por si sigues por aquí.

—Subo en un momento —dijo Charlotte—. Quiero ver cómo están las cosas allí arriba.

Al garete con mis planes. Y además, a juzgar por la expresión de Jojo, la noche había sido un desastre, lo que empezaba a preocuparme sobremanera. Tendría que realizar ajustes, pero ¿cuáles? ¿Y por qué?

TERCERA PARTE

LA TRAMPA DE LA LIQUIDEZ

Ahogado, empapado, visitando a Davy Jones, a seis brazas de profundidad, mojado, muy mojado, enmohecido, mohoso, en la marea, pantanoso, salpicado, flotante, el cuerpo por tabla, zambullido, con la tripa llena de agua, en caldo, ebrio, remojado, submarinista, zambullido, en picado, como una cuba, bebido, empapado, aguado, cascado, buceado, recorriendo los rápidos, nadando de espaldas, surfeador, amordazado, conteniendo el aliento, en la bañera, bañado, bañándome, duchado, nadando, nadando con los peces, visitando a los tiburones, conversando con las almejas, descansando con las langostas, charlando con Jonás, en el estómago de la ballena, como un pez piloto, como un leviatán, con aletas, beodo, sumergido, sellado, buscando almejas, salado, en salmuera, el vientre en danza, arrastrado, alimentándose del fondo, respirando agua, comiendo agua, por el sumidero, lavado a máquina, submarino, precipitándote al fondo, precipitándote en la Madre Océano, tragándotela, respirando agua, H<sub>2</sub>Oeando, liquidado, licuado, anegado, empapado, vertido, rociado, orinado, meado, bajo lluvia dorada, en el estuario, inmerso, emulsionado, en el cascarón, como una ostra, enjuagado, derretido, derritiéndose, de bordes infinitos, cargado de profundidad, torpedeado, inundado, lavado, diluviado, fluvializado, anegado, como Noé, vecino de Noé, submarino, universalmente solventizado,  
*ad aqua infinitum*

## a) el ciudadano

El Primer Pulso no fue ignorado por toda una generación de tarados. Eso es un mito. Pero, como la mayoría de mitos, tiene una parte de realidad que, desde entonces, ha sido objeto de cierta exageración. La verdad es que el Primer Pulso supuso una profunda conmoción, como no podía ser de otra manera, si tenemos en cuenta que elevó el nivel de los mares tres metros en diez años. Eso bastaba para perturbar las costas de todo el mundo, así como para alterar el funcionamiento de los principales puertos del planeta, o lo que es lo mismo, el comercio. Los contenedores, por millones, habían circulado por barco y camiones diésel, transportando los artículos que deseaba la gente, producidos en un continente y consumidos en otro, siguiendo el principio del mayor índice de rentabilidad, que era la única norma que la gente observaba por aquel entonces. La indiferencia acerca de las consecuencias de la combustión fósil provocó la fusión de los casquetes polares y una subida del nivel de los océanos que, además de dar al traste con el sistema de distribución global, provocó una depresión mucho más dañina para la gente de aquella generación que la crisis de refugiados subsiguiente, una depresión que, empleando la unidad de medida de moda del momento, equivalía a cincuenta Katrinas. Esto ya era malo de por sí, pero la interrupción del comercio mundial fue incluso peor desde el punto de vista de la economía. De modo que sí, el Primer Pulso fue una catástrofe de primera magnitud. Acaparó la atención del público y se realizaron cambios, en efecto. La gente dejó de quemar carbono más rápidamente de lo que creían posible antes del Primer Pulso. Cerraron la puerta del establo tan pronto como salieron los

caballos. Los cuatro caballos, para ser precisos.

Ya era demasiado tarde, claro. El calentamiento global iniciado antes del Primer Pulso ya estaba en su apogeo por aquel entonces y no podía detenerse por nada que pudiera hacer la gente pospulso. Así que, a pesar de «cambiarlo todo» y eliminar los combustibles fósiles tan rápido como debieron haberlo hecho cincuenta años antes, siguieron cocinándose como insectos en una plancha. Ni siquiera la liberación de varios millones de toneladas de dióxido de azufre en la atmósfera para simular una erupción volcánica y así desviar una buena parte de rayos solares (que redujo las temperaturas durante un par de décadas), un proyecto intentado en la década de 2060 con gran fanfarria y rechinamiento de dientes, fue suficiente para detener el calentamiento. El calor relevante ya se había asentado en lo profundo de los océanos, y no iría a ninguna parte a corto plazo, por mucho que la gente jugase con el termostato global imaginando que gozaba de poderes divinos. Pues no era el caso.

Fue ese calor oceánico el que causó el Primer Pulso y, más tarde, el Segundo. La gente a veces dice que nadie lo vio venir, pero se equivoca: vaya si lo vieron. Los paleoclimatólogos analizaron la situación y comprobaron que los niveles de CO<sub>2</sub> habían subido de 280 a 450 partes por millón en menos de tres siglos, mucho más que en el resto de los 5.000 millones de años de existencia del planeta (¿podemos hablar del «Antropoceno»?). Investigaron el registro geológico en busca de las mejores analogías para este hecho sin precedentes y dijeron «¡Hala!». Dijeron: «La hostia». «¡Eh, gente! —dijeron—, ¡el nivel del mar va a subir! Durante el periodo interglaciar, que hemos estado analizando, el aumento de la temperatura solo fue la mitad del que hemos provocado nosotros», y se vio seguido inmediatamente por un rápido y dramático ascenso del nivel del mar. Lo expresaron en modo pegatina de parachoques: «¡A esta liberación sin precedentes de CO<sub>2</sub> le seguirá un masivo aumento del nivel del mar!». Publicaron artículos, gritaron e hicieron aspavientos con los brazos. Algunos escritores de ciencia ficción, astutos y muy meditabundos, escribieron lúgubres relatos acerca de tan funesta eventualidad mientras el resto de la civilización seguía incendiando el planeta como si fuera la obra maestra de un pirómano. En serio, esa era la consideración de aquellos cabezas de chorlito hacia sus nietos, así creían a

sus científicos, a pesar de que tan pronto como sentían el menor resfriado acudían al científico más cercano (a saber, un médico) en busca de ayuda.

Pero bueno, uno no se imagina que una catástrofe se le pueda echar encima de verdad hasta que lo hace. La gente sencillamente carece de esa capacidad mental. De tenerla, se quedaría paralizada de miedo cada dos por tres, porque algunas catástrofes garantizadas que amenazan con caerte en la cabeza son imposibles de evitar (como la muerte), de modo que la evolución ha tenido la amabilidad de dotarnos de un punto ciego estratégicamente situado, una incapacidad de imaginar los desastres futuros mínimamente creíbles para que así podamos seguir funcionando, por estúpido que pueda sonar. Es una aporía, como dirían los griegos y nuestros intelectuales, un «no ver». Así que bien. Útil. Salvo cuando es desastrosamente nocivo.

Así que la gente de la década de 2060 sobrellevó como pudo la gran depresión que siguió al Primer Pulso, y claro, hubo una parte de esa generación, un porcentaje específico de la población, a la que las cosas le fueron bastante bien y consideró que en realidad había sido un acto de destrucción creativa, como todo lo malo que no les afectó, y que lo que la gente debía hacer para lidiar con ello era apretarse bien el cinturón, aceptar la austeridad (o sea, más pobreza para los pobres) y aceptar un estado policial con mucho de libertad de expresión y muchos y extravagantes estilos de vida para envolver el puño de hierro en un guante de seda, ¡y patada a seguir! ¡Que no pare el espectáculo! ¡La humanidad es dura de pelar!

Pero parad un momento —y aquellos que estén ansiosos por seguir con la narración de payasadas individuales pueden saltarse este capítulo, pero sabed que posteriores diatribas expositivas, cualquier vertido de información en vuestros felpudos por parte de este neoyorquino, quedarán impresas en tinta roja para avisaros de que podéis sortearlas (ni de coña)—, parad un momento, lectores de mente más abierta y mayor flexibilidad intelectual, para meditar sobre por qué tuvo lugar el Primero Pulso antes que nada. El dióxido de carbono en la atmósfera atrapa el calor en ella mediante el bien conocido efecto invernadero. Cierra una brecha en el espectro por el que la luz reflejada del sol se devolvía antes al espacio y, en su lugar, la convierte en calor. Es como subir las ventanillas del coche durante un día caluroso en

comparación con tenerlas parcialmente bajadas. Bueno, no exactamente, pero se parece lo bastante para que os hagáis una idea si aún no lo habíais entendido. En fin, ese calor atrapado en la atmósfera se transfiere de manera natural y sencilla a los océanos, y eleva su temperatura. El agua oceánica circula y la superficie calentada acaba llegando a los niveles inferiores. No alcanza el fondo, ni se acerca, pero desciende. El propio calor expande un poco el agua del océano, lo que eleva una pizca el nivel, pero esa no es la parte importante. La parte importante es que esas corrientes oceánicas caldeadas circulan por todas partes, incluidos los alrededores de la Antártida, que se encuentra en el trasero del mundo como un gigantesco pastel de hielo. Un pastel de hielo enorme. Derretid todo ese hielo y vertedlo al océano (ya lo hace solo), y el nivel asciende ochenta metros por encima del que había en el Holoceno.

Derretir todo el hielo de la Antártida requiere mucho trabajo, y no es algo que ocurra de la noche a la mañana, ni siquiera en el Antropoceno. Pero todo hielo antártico que se desliza al océano se aleja flotando, dejando espacio para que se desprendan más fragmentos. Y en el siglo XXI, como en los tres millones de años precedentes, mucho hielo antártico se ha ido amasando en las laderas de la cuenca, dando lugar a unos valles gigantesos orientados hacia el océano. El hielo se desliza pendiente abajo como el agua solo que más despacio, aunque, como lo hace sobre una capa de agua líquida (*¿skimboard?*), no tanto. Todo ese hielo colgado del borde del océano se desplaza despacio porque hay contrafuertes también de hielo en la línea de costa o justo debajo de ella, básicamente cimentados en el lugar. El hielo de la costa descansa sobre el suelo, anclado bajo su propio peso, ejerciendo de hecho como una sucesión de presas que rodean toda la Antártida, presas que, de algún modo, han mantenido siempre las grandes cuencas heladas por encima de ellas. Pero estos contrafuertes de hielo, situados en los extremos oceánicos de las gigantes cuencas oceánicas, se mantenían en pie básicamente gracias a sus extremos frontales, afianzados bajo el agua, no lejos de la costa, anclados al suelo merced a su propio e inmenso peso, pero atrapados bajo el agua en repisas rocosas frente a la costa que surgieron como el borde inferior de un cuenco, a resultas de la acción del hielo en épocas

anteriores. Los científicos denominaban a los bordes más periféricos de las presas de hielo «los contrafuertes de los contrafuertes». ¿No os encanta?

Así que, sí, los contrafuertes de los contrafuertes estaban en pie, pero como puede sugerir la expresión, no eran tan grandes en comparación con las masas de hielo que contenían, ni tampoco estaban bien situados. Simplemente, estaban en los bajíos de la Antártida, ese pastel de hielo de tamaño continental, un pastel de tres kilómetros de grosor y dos mil cuatrocientos kilómetros de diámetro. Haced los cálculos, oh versados en aritmética de entre vosotros. Para el resto: el aumento de ochenta y dos metros del nivel del oceánico es la respuesta, y ya os la había dado. Y por último, las corrientes oceánicas circumpolares en rápido calentamiento, antes mencionadas, discurrían a uno o dos kilómetros de profundidad, o sea, como os podéis imaginar, justo al nivel donde reposan los contrafuertes. Y el hielo, por mucho que repose en tierra, incluso en la que está al fondo de los bajíos, si pesa lo suficiente, flota sobre el agua cuando esta se cuele bajo sus pies. Como es bien sabido. Consulten sus cócteles para confirmar este fenómeno.

El primer contrafuerte de contrafuertes que se desprendió y se fue flotando se encontraba en la desembocadura del glaciar Cook, que sostenía la cuenca Wilkes/Victoria, al este de la Antártida. Allí había hielo suficiente como para elevar más de tres metros el nivel del mar y, si bien no todo se desprendió de golpe, sí que lo hizo más rápido de lo esperado, a lo largo de las dos décadas siguientes, hasta que más de la mitad quedó a la deriva, derritiéndose rápidamente en las saladas profundidades.

Groenlandia, por cierto, un elemento secundario en todo esto, también se derretía cada vez más deprisa. Su casquete polar era una anomalía, un remanente del enorme casquete polar de la última glaciación situado mucho más al sur de lo que pudiera explicar cualquier factor, aparte de su estado fosilizado. De hecho, ya llevaba unos diez mil años de retraso con respecto al momento en que tendría que haberse derretido, cobijado en su enorme bañera formada por las formaciones montañosas que lo mantenían estable y autorrefrigerado. Pero su hielo se derretía en la superficie y se resquebrajaba en la base de los glaciares, lubricando así su descenso por cañones que hacían las veces de vertederos y horadaban las formaciones montañosas costeras

como filtraciones en la bañera. A resultas de todo ello, también se derretía al mismo tiempo que la cuenca Wilkes/Victoria se hundía en el océano meridional. La fusión de Groenlandia es la causa de que, cuando observabas los mapas de las temperaturas medias de la Tierra en aquella época, e incluso en las décadas posteriores, cuando el mundo entero estaba pintado de un intenso rojo, pudiera verse un pequeño punto frío al sureste de Groenlandia. Seguramente, a lo largo de aquellas décadas la gente se preguntase qué podía enfriar el mar en aquel lugar, qué misterio, antes de volver a seguir quemando carbono.

Por tanto: el Primer Pulso fue básicamente obra de la cuenca Wilkes/Victoria, con la ayuda de Groenlandia y la Antártida Occidental, otro colaborador secundario, pero también importante, ya que sus cuencas yacen mayoritariamente bajo el nivel del mar, de modo que quebraron rápidamente sus contrafuertes para desprenderse y quedar a la deriva en el océano. Los años de mayor aumento de los niveles fueron entre 2052 y 2061, y, de repente, el mundo se encontró con el nivel de los océanos tres metros más alto. ¡Oh, no! ¿Cómo ha sido posible?

Los propios ritmos de cambio habían cambiado, por eso fue posible. Digamos que el ritmo de fusión se duplica cada diez años. ¿Cuántas décadas deben pasar antes de que estemos bien jodidos? No muchas. Es como el interés compuesto. O como el viejo cuento del gran emperador mogol que se dejó convencer para recompensar a un campesino que le había salvado la vida dándole un grano de arroz, luego dos, y doblando las cantidades en cada cuadrícula de un tablero de ajedrez. Posiblemente el gran visir o el astrónomo jefe recomendara este pago, o quizá fuese cosa del astuto campesino, y el ingenuo emperador dijo claro, buen trato, a quién le importan unos granos de arroz, y empezó a soltar el pago, entrenado como estaba para contar granos de arroz por una derviche serbia de paso. Tras un par de hileras del tablero, se daría cuenta de cómo le habían tomado el pelo y ordenaría que decapitaran al visir, al astrónomo o al campesino. O a los tres, que es lo que dicta el estilo imperial. El uno por ciento se pone desagradable cuando ve amenazados sus bienes.

Pues lo mismo pasó con el Primer Pulso. Gran sorpresa. Y qué pasó con

el Segundo Pulso, preguntaréis. No lo hagáis. Tan solo fue más de lo mismo, pero por partida doble a medida que se desprendía todo con ayuda del creciente calentamiento y los cada vez mayores niveles del agua. Principalmente, el contrafuerte de la cuenca Aurora cedió y su hielo resbaló a lo largo del glaciar Totten. La cuenca Aurora era incluso mayor que la Wilkes/Victoria. Y entonces, en el nivel del mar, elevado ya a cinco metros y después a seis, todos los contrafuertes de los contrafuertes se desprendieron de sus cimientos a lo largo del continente antártico y acabaron cediendo a la presión interior para salir al océano. Luego la gravedad hizo su trabajo con el hielo en todas las cuencas de la Antártida Oriental y el que reposaba en el lecho marino en la Occidental. Todo ese hielo se derritió aceleradamente al entrar en contacto con el agua, y el que no lo hizo, en estado de hielo flotante, convertido en icebergs de forma tubular del tamaño de países, ya estaba desplazando el océano tanto como lo haría al derretirse del todo. La razón de ello queda al libre ejercicio del lector, tras lo cual podrá salir en pelotas de su bañera desbordada y gritar: ¡eureka!

Merece la pena añadir que el Segundo Pulso tuvo efectos mucho peores que el Primero porque el aumento total del nivel del mar alcanzó los quince metros. Esto sí que arrastró con todas las costas del planeta, causando una serie de crisis de refugiados cuantificadas en diez mil Katrinas. Una octava parte de la población humana vivía cerca de la costa y se vio afectada directa o indirectamente, al igual que la pesca y la acuicultura (a saber, un tercio de las fuentes de alimento humano) y una buena porción de la agricultura costera (lluvia sobre mojado), así como el transporte, antes mencionado. Afectado este, y por consiguiente el comercio, la base del tan cacareado relato de éxito global del neoliberalismo, que tanto había hecho para tan pocos, también se vino abajo. ¡Jamás tan pocos le habían hecho tanto a tantos!

Todo ocurrió muy deprisa, a lo largo de los últimos años del siglo XXI. Apocalipsis, Armagedón, escoged vosotros. Antropogénico podría ser una posibilidad. Evento de extinción, otro. Evento antropogénico de extinción en masa es el término que más se utiliza. El fin de una era. Desde el punto de vista geológico, podría ser el fin de una época, edad, período o eón, pero eso

no podrá ser juzgado con certeza hasta que culmine su ciclo completo, por lo que la típica expresión «el fin de una era» sería aceptable para los próximos mil millones de años, tras los cuales podremos revisar el nombre adecuadamente.

Pero bueno. ¡Todo fin es un principio! Destrucción creativa, ¿verdad? Apliquemos más estado policial y mayor austeridad, adoptemos medidas drásticas y a seguir como antes. ¡Limpiar el desastre no es sino una gran oportunidad de inversión! ¡Dale, *baby*, dale!

Lo cierto es que las costas recién anegadas, en un principio abandonadas, no tardaron en ser reocupadas por desesperados carroñeros, ocupas, pescadores y demás. Ratas de agua, como se les llamaba habitualmente, entre otros apelativos curiosos. Había mucha gente de esa, y buena parte de ella estaba radicalizada por propia experiencia. Y, si bien los servicios básicos, como luz, agua, alcantarillado y orden público desaparecieron en un principio, muchas infraestructuras seguían presentes, resistiendo con anfibia tozudez en las aguas poco profundas o en constante llenado y vaciado allí donde se cruzaban la bajamar y la pleamar. De inmediato, como parte integral de la respuesta humana ante la tragedia y el desastre, proliferaron las demandas judiciales. Muchos estaban preocupados por el estatus legal de las nuevas zonas sumergidas, las cuales, había que admitirlo, constituían ahora tanto fáctica como realmente (o sea, legalmente) el fondo oceánico, por lo que las leyes que las definían y las regulaban no podían ser las mismas que cuando formaban parte de tierra firme. Pero como todo se había ido al garete, a la gente de Denver poco le importaba esto. O a la de Pekín, que podía echar un vistazo a Hong Kong, Londres, Washington D. C., São Paulo, Tokio, etc. y decir: «¡Caramba! Menuda faena os ha tocado, ¡buena suerte! Os ayudaremos en lo que podamos, especialmente aquí, en China, pero en el resto del mundo también, y a un tipo de interés reducido si tenéis a bien firmar aquí».

Puede que pensaran, junto a los demás miembros del afortunado club del uno por ciento, que algún experimento social en el margen anegado podía contribuir a liberar parte de la presión que soportaban ciertas poblaciones airadas, presión social que podía incluso dar con alguna innovación útil por

casualidad. De modo que, tal como rezan las inmortales palabras de Bertolt Brecht, decidieron «disolver el pueblo y elegir otro», o sea que se marcharon a Denver y dejaron que las ratas de agua se las arreglasen como pudieran. Un experimento de vida en mojado. Esperar a ver lo que hacían esos locos, y si funcionaba, comprarlo. Como toda la vida, ¿no? Vosotros, valientes, audaces y profundamente manipuladores vanguardistas, ya lo sabéis, leáis esto en 2144, 2312, 3333 o 6666.

Y ahí lo tenéis. Es difícil de creer, pero estas cosas pasan. En las inmortales palabras de quien sea: «La Historia no es más que la sucesión de una puñetera cosa tras otra». Salvo si fue Henry Ford quien lo dijo, anulad eso. Pero él sí que dijo: «La Historia es una mentira». Que no es lo mismo, desde luego. De hecho, anulad estas dos citas tan cínicas y estúpidas. La Historia es la historia de la humanidad que trata de recuperar el autocontrol. Cosa que, evidentemente, no es fácil. Pero podría salir mejor si prestase un poco más de atención a ciertos detalles, como por ejemplo nuestro planeta.

¡Y ya basta de oslodijes! ¡Volvamos con nuestros intrépidos héroes y heroínas!

El poeta Charles Reznikoff recorría a pie alrededor de treinta kilómetros diarios por las calles de Manhattan.

A sus 65 años, Thomas J. Kean recorrió cada calle, avenida, callejón, manzana y barrio de la isla de Manhattan. Le llevó cuatro años, durante los cuales atravesó 807 kilómetros, en un total de 3022 manzanas. Primero recorrió las calles, luego las avenidas y finalmente Broadway.

## b) Mutt y Jeff

¿Has leído *Esperando a Godot*?

—No.

—¿Has leído *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*?

—No.

—¿Has leído *El beso de la mujer araña*?

—No.

—¿Has leído...?

—Jeff, para. No leo nada.

—Algunos programadores leen.

—Sí, ya. Yo he leído *Cocina con R*. También *Todo lo que siempre quiso saber sobre R*. Y *R para dummies*.

—Si no te gusta R.

—Por eso tuve que leer tanto al respecto.

—No lo entiendo. Ya no usamos tanto R.

—Yo lo uso para tratar de averiguar lo que estamos haciendo.

—Sabemos lo que estamos haciendo.

—Lo sabes tú. O lo sabías. Yo no estoy tan seguro. Y aquí estamos, así que ¿cuánto sabías en realidad?

—No sé.

—Ahí lo tienes.

—Mira, R no iba a ayudarme a entender lo que nos ha hecho acabar aquí. Eso lo sé.

—No lo sabes.

Jeff meneó la cabeza.

—No me puedo creer que no hayas leído *Esperando a Godot*.

—Godot era programador, entiendo.

—Sí, creo que sí. Nunca llegaron a descubrirlo. La gente da por sentado que era Dios. Unos dicen Dios en inglés, que es God, otros dicen: «¡Oh!». Entonces lo juntas y tienes God-Oh, y solo falta ponerle un acento francés.

—No lamento nada no haber leído ese libro.

—No. O sea, ahora que estamos viviéndolo nosotros, no creo que el libro sea realmente necesario. Sería redundante. Pero al menos era corto. Esto es largo. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí metidos?

—Veintinueve días, creo.

—Vale, es mucho tiempo.

—Y parece más todavía.

—Cierto, lo parece. Pero solo es un mes. Podría durar más.

—Obviamente.

—Pero alguien nos estará buscando, ¿no?

—Eso espero.

Jeff suspira.

—Coloqué circuitos de hombre muerto en algunas de las cosas que te mandé, ya sabes, y algunos no tardarán en activarse.

—Pero ya sabrán que hemos desaparecido. ¿De qué nos puede servir eso? Simplemente confirmará lo que ya saben.

—Pero sabrán que hemos desaparecido por una razón.

—¿A saber...?

—Bueno, si no me he equivocado, sería la información que mandamos a la gente con la que hemos contactado.

—Querrás decir que tú mandaste a la gente con la que tú contactaste.

—Sí. Esa gente obtendrá la información e investigará el problema, y puede que eso los lleve hasta nosotros.

—Aquí, en el fondo del río.

—Bueno, quienquiera que nos haya dejado aquí habrá dejado algún rastro al hacerlo.

Mutt meneó la cabeza.

—La gente no escribe ni habla de cosas así.

—¿Entonces qué hacen? ¿Guiñan un ojo? ¿Usan lenguaje de signos?

—Algo así. A buen entendedor pocas palabras bastan. Aunque sin dejar rastro, claro.

—Bueno, solo cabe esperar que no sea así. Además, tengo un chip injertado en la piel que transmite una señal GPS.

—¿Qué alcance tiene?

—No lo sé.

—¿Cómo es de grande el chip?

—¿Algo más de un centímetro? Puedes notarlo, aquí en la base de mi cuello.

—Entonces, ¿qué? ¿Unos treinta metros? Siempre que no estuvieses en el fondo de un río...

—¿El agua ralentiza las señales de radio?

—No sé.

—Bueno, he hecho lo que he podido.

—Llamaste a la SEC sin decirme nada, eso sí que lo hiciste. Después de meter mano a algunos lagos oscuros, si no he entendido mal.

—Solo era una prueba. No estaba robando nada. Era para llamar la atención.

—Bueno es saberlo. Pero ahora somos nosotros los que estamos en el fondo de algo parecido a un lago. Y muy oscuro.

—Quería saber si podíamos abrir una puerta. Y pudimos. Eso es bueno. Ni siquiera estoy seguro de que estemos aquí por eso. Nosotros escribimos el código de seguridad y yo el canal oculto para que lo usáramos. Es imposible que se hayan dado cuenta.

—Pero sigues pensando que eso es lo que nos ha traído aquí.

—Es solo que no se me ocurre qué otra cosa puede ser. Quiero decir, hace mucho que cabreé a quien ya sabes. Y nadie oyó el toque de atención. Pretendía que fuese una sirena de niebla y acabó siendo un silbato para perros.

—¿Qué hay de esos dieciséis ajustes al sistema mundial de los que hablabas? ¿Y si resulta que al sistema mundial no le ha hecho gracia?

—Pero ¿cómo iban a saberlo?

—Creía que habías dicho que el sistema era consciente de sí mismo.

Jeff se queda mirando a Mutt un instante.

—Era una metáfora. Una hipérbole. Un simbolismo.

—Creía que era jerga de programación. Todos los programas entrelazados para formar una especie de programa maestro. Eso fue lo que dijiste.

—Como Gaia, Mutt. Es como Gaia, que engloba todo lo vivo de la Tierra que interfiere con todo lo demás, como las rocas, el aire y esas cosas. Como la nube, quizá. Pero en ambos casos se trata de metáforas. En ninguno de los casos hay una mente consciente.

—Si tú lo dices... Pero mira, plantas tu trampa, a través de tu canal encubierto, nada menos, y lo siguiente que sabemos es que estamos atrapados en un contenedor adornado como una especie de limbo. A lo mejor la nube nos ha matado y esto es estar muerto.

—No. Eso era *Esperando a Godot*. Nosotros estamos metidos en un simple contenedor, vete tú a saber dónde. Un sitio con ruidos de agua corriente en las paredes exteriores, encerrados y tal. Con comida de la mala.

—Puede que en el limbo se sirva comida de la mala.

—Mutt, por favor. ¿Por qué, después de catorce años de ser literalmente un cabeza de chorlito, te da ahora por ponerte metafísico conmigo? No sé si podré soportarlo.

Mutt se encoge de hombros.

—Es un misterio, solo digo eso. Un gran misterio.

Jeff se ve obligado a asentir.

—Vuelve a decirme qué iba a hacer tu puerta.

Jeff espanta el aire con un gesto de la mano.

—Iba a introducir un *meta-tap* por el cual cada transacción realizada en la BC enviara un punto al fondo de operaciones de la SEC.

Mutt se lo queda mirando.

—¿Un punto por transacción?

—¿He dicho un punto? Creo que era un centésimo de punto.

—Aun así. ¿Así que, de repente, la SEC tiene un billón de dólares en su

cuenta de operaciones cuya procedencia desconoce?

—No fue tanto. Solo unos pocos miles de millones.

—¿Por día?

—Más bien por hora.

Mutt se levanta casi involuntariamente, mira a Jeff, que tiene la vista clavada en el suelo.

—¿Y te preguntas por qué han venido a por nosotros?

Jeff se encogió de hombros.

—Hice otros ajustes que podrían haber hecho mucho más ruido, ya sabes.

—¿Más que robar unos cuantos miles de millones por hora?

—No era robar, era redireccionar. Hacia la SEC, nada menos. No estoy seguro de que no pasen cosas así a todas horas. Y de ser así, ¿quién iba a saberlo? ¿Lo sabría la SEC? Son billones virtuales, derivados, títulos y la enésima tajada de un batiburrillo de bonos. Si alguien tuviera una puerta de acceso, si hubiera puertas por todas partes, nadie podría saberlo. Algunas cuentas bancarias en algún paraíso fiscal se hincharían y nadie se enteraría.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Para alertar a la SEC de lo que puede pasar. Y quizá para dotarla de los fondos necesarios para lidiar con esta mierda. Podrían reclutar algunos cerebros de los *hedge funds* y reforzar un poco el lado de la ley. ¡Crear un puto sheriff, por el amor de Dios!

—O sea, que sí querías que se dieran cuenta.

—Supongo que sí. Sí, quería. He hecho lo de la SEC. He hecho un montón de cosas. Puede que ni siquiera fuese eso lo que llamó la atención.

—¿No? ¿Qué más has hecho?

—Acabar con todos esos paraísos fiscales.

Mutt lo mira fijamente.

—¿Acabar con ellos?

—Toqueteé la lista de países a los que es ilegal enviar fondos. ¿Sabías que hay como diez estados a los que no se puede enviar dinero porque financian el terrorismo? Añadí los paraísos fiscales a la lista.

—¿Como Inglaterra, por ejemplo?

—Todos.

—Entonces, ¿cómo se supone que debe funcionar la economía mundial?  
El dinero no se puede mover si no puede ir a los paraísos fiscales.

—No debería ser así. Los paraísos fiscales no deberían existir.

Mutt echa las manos al aire.

—¿Qué más has hecho? Si puedo preguntar.

—He retocado el código fiscal de Estados Unidos.

—¿Y eso quiere decir...?

—Una clara progresividad fiscal para los activos financieros. Todos los activos financieros de Estados Unidos, gravados con un tipo progresivo que alcanza el noventa por ciento de cualquier cartera que supere los cien millones.

Mutt se sienta en su cama.

—Pero eso sería como...

Hace un gesto de corte con la mano.

—Sería lo que Keynes llamaba la eutanasia del rentista. Sí. Él lo veía venir, y de eso hace dos siglos.

—¿No dijo también que los economistas supuestamente más listos son idiotas que trabajan con ideas con siglos de antigüedad?

—Sí, algo así. Y tenía razón.

—¿Y ahora lo estás haciendo tú?

—En su momento me pareció una buena idea. Keynes es atemporal.

Mutt meneaba la cabeza.

—La decapitación de la oligarquía... ¿No es otra forma de expresarlo? Como la guillotina, ¿no?

—Pero solo con su dinero —matiza Jeff—. Les cortamos el grifo del dinero. Su exceso de riqueza. A todos les quedan un máximo de cinco millones. Hablo de cinco millones de dólares. Es suficiente, ¿no?

—Ninguna cantidad es suficiente.

—¿Eso dice la gente, pero no es verdad! ¡Con el tiempo te compras un váter de mármol y vuelas hasta la luna con tu jet privado para hacer algo con el dinero que te sobra, pero lo único que te aporta son guardaespaldas, contables, hijos insoportables, noches en blanco y reflujo estomacal! ¡Es demasiado, y demasiado equivale a malo! Es el puto toque del rey Midas.

—No estoy tan seguro. Yo probaría para ver cómo es. Me ofrecería voluntario y luego te pasaría un informe.

—Eso piensa todo el mundo. Pero nadie consigue que funcione.

—Un poco sí. Lo donan, hacen obras de caridad, comen bien, hacen ejercicio...

—Ni hablar. Se vuelven locos del estrés. Y sus hijos enloquecen aún más. No, ¡encima les hacemos un favor!

—¡Decapitación, el gran favor! La gente haciendo cola al pie de la guillotina. ¡Yo primero, por favor! ¡Córtame el cuello justo aquí!

Jeff suspira.

—Creo que, con el tiempo, la cosa se normalizaría. La gente acabaría pillándole el sentido.

—Cabezas rodando por todas partes, todos mirándose entre sí. Oye, ¡esto es genial! ¡Qué gran idea!

—Comida, agua, alojamiento, ropa... Es todo lo que se necesita.

—Nosotros tenemos de eso aquí —señala Mutt.

Jeff deja escapar otro suspiro.

—No es todo lo que necesitamos —insiste Mutt.

—¡Ya está bien! ¡Me parecía una buena idea!

—Pero enseñaste tus cartas. Era imposible que se sostuviera. Es como hacer una pintada en una pared.

Jeff asiente.

—Bueno... Una que ha acojonado a saco a quienquiera que nos haya hecho esto.

—Eso te lo admito. De hecho, me extraña que aún no nos hayan matado.

—Nadie mató a Piketty. Hizo una gira literaria con mucho éxito, si mal no recuerdo.

—Eso es porque fue hace cien años y era un libro. A nadie le importan los libros, por eso puedes escribir lo que te dé la gana en ellos. A la gente le importan las normas. Y tú estabas trastocando las normas. Escribiste tu pintada en medio de las normas.

—Lo intenté —dice Jeff—. Por Dios que lo intenté. Me pregunto quién se dio cuenta primero. Y cómo se enteró quien sea que nos haya cogido.

Mutt sacude la cabeza.

—Quizá nos hayan drogado. Ahora que lo dices, me siento un poco aplastado. Podríamos estar en Uruguay. En el fondo del Río de la Plata o a saber dónde.

Jeff frunce el ceño.

—No parece el gobierno —dice—. Esta habitación es demasiado acogedora.

—¿Acogedora? ¿Tú crees?

—Eficaz. Lujosamente hermética. Buen hermetismo. Impermeable. Eso no es tan fácil. El compartimiento de la comida también es impermeable y nos la sirven dos veces al día. Raro.

—La Armada lo hace constantemente. Podríamos estar en un submarino nuclear y permanecer sumergidos cinco años.

—¿Tanto tiempo pasan bajo el agua?

—Cinco años y un día.

—No —dice Jeff al cabo de un rato—. No creo que estemos en movimiento.

—No jodas.

No debemos complicarnos con especulaciones sobre cómo  
acabará destruida la especie, si por fuego o de otra manera.  
Sería muy fácil cortar sus hilos en cualquier momento con  
una explosión un poco más certera en el norte.  
—Thoreau

Cien veces he pensado: Nueva York es una catástrofe; y  
cincuenta: es una bellísima catástrofe.  
—Le Corbusier

Irse cincuenta veces no es tan bello.

## c) Charlotte

Charlotte observaba cuidadosamente a Jojo. Ambas estaban sentadas, una frente a la otra, a la larga mesa del comedor. Alta, elegante, atlética, inteligente. Salía con Franklin Garr y, al igual que él, trabajaba en finanzas, lo que significaba alguna cosa que Charlotte no alcanzaba a entender del todo. Salvo esto: significaba hacer dinero manipulando el dinero. Treinta y pocos. A Charlotte no le caía bien.

Pero reprimió ese sentimiento, incluso en su fuero interno, ya que la hostilidad es una de las primeras cosas de las que se percata la gente. Hay que mantener una mente abierta, etcétera. Formaba parte de su trabajo y era algo que siempre estaba dispuesta a hacer a modo de progreso personal. Aún le quedaba mucho camino por recorrer, ya que tendía a odiar a la gente a primera vista. Sobre todo si se dedicaban a las finanzas. Pero Franklin Garr sí le caía bien, por extraño que pudiera parecer, así que quizá pudiera extender el sentimiento a esa mujer.

—Pues... —dijo—. Alguna persona o empresa ha hecho una oferta para comprar este edificio. ¿Sabe algo al respecto?

—No. ¿Por qué debería? ¿No lo sabe usted?

—Viene a través de un intermediario, así que no. Me pregunto por qué iba a querer alguien hacer algo así.

—No sé. No me dedico a los inmuebles.

—¿Esa inversión en el Soho no es inmobiliaria? ¿Lo mismo que las obligaciones hipotecarias?

—Supongo que sí. Los bonos son derivados. Es como negociar con el

propio riesgo más que con un bien particular.

—¿Los edificios son bienes?

—Todo aquello con lo que se puede negociar es un bien.

—Incluido el riesgo.

—Claro. Los mercados de futuros se basan en el riesgo.

—Entonces, esta oferta sobre nuestro edificio... ¿Existe alguna manera de que podamos averiguar quién está detrás?

—Supongo que el intermediario tiene que presentar la oferta ante la ciudad, ¿no?

—No. Pueden hacer la oferta ellos mismos, de hecho. ¿Qué pasa si nos resistimos? ¿Y si no queremos vender?

—No vendan. Pero esto es una cooperativa, ¿no? ¿Estamos seguros de que la gente no quiere vender?

—Hay una cláusula en el contrato de adquisición por la que no pueden vender sus apartamentos.

—Ya, pero ¿y todo el edificio? ¿Tienen prohibido querer eso?

Charlotte se quedó mirando a la mujer. Había hecho bien en odiarla.

—¿Querría usted vender si viviese aquí? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Dependería del precio, supongo. Y de si podría quedarme o no. Esas cosas.

—¿Es este tipo de oferta lo que ustedes llaman airear?

—Creía que eso era bombear el agua de espacios submarinos para desecarlos.

—Sí, pero también he oído usar el término para describir la recuperación de la intermarea por parte del capital global. Se habla de «airear un espacio» cuando vuelve a estar en el sistema. Creo que pretende sugerir que deja de estar sumergido.

—No lo había oído.

«Aireación» era un término que se empleaba constantemente en la margen izquierda de la nube, donde Charlotte solía leer las crónicas de prensa, pero estaba claro que esa mujer nunca pasaba por allí.

—¿Aunque se invierta en la intermarea?

—Sí. Lo que yo hago se denomina rescate o rehabilitación.

—Comprendo. Pero ¿y si votamos en contra de la oferta? ¿Tiene alguna sugerencia?

—Supongo que lo que deberían hacer es decirles que no, sin más.

Charlotte volvió a quedársela mirando.

—¿De verdad cree que bastaría con eso?

Jojo se encogió de hombros con elegancia, a la vista de lo cual Charlotte empezó a odiarla con mayor intensidad. O fingía ignorancia o era tonta, y desde luego no parecía tonta, así que era eso: impostura. A Charlotte no le gustaba que las personas fingieran creer cosas que ella sabía que no podían creer; era una forma de menosprecio, de arrogancia con tendencia al desprecio. Con ese gesto le estaba diciendo a Charlotte que no estaba a la altura para hablar del tema.

Se encogió de hombros a su vez. Una tosca imitación.

—¿Nunca ha oído hablar de una oferta demasiado buena para rechazarla? ¿Nunca ha oído hablar de una OPA hostil exitosa?

Los ojos de Jojo se abrieron un poco de más.

—Claro que he oído esos términos. Pero no creo que una oferta como esta llegue a ese punto. Si se niegan y ellos no desisten, pueden empezar a preocuparse.

Charlotte meneó la cabeza.

—Están interesados, ¿de acuerdo? Para mí eso basta para empezar a preocuparme.

—Yo me reservo mis preocupaciones para cosas que estén más allá en la cañería de preocupaciones. Es la única forma de no volverme loca.

—Como he dicho, han hecho una oferta, y tenemos que responder.

—¿No pueden ignorarla sin más?

—No. Hay que responder. Ahora. Así que tenemos un problema.

—Pues le deseo buena suerte con ello —dijo Jojo.

Charlotte se disponía a decir algo contundente cuando su terminal se puso a reproducir las primeras notas de la Cuarta Sinfonía de Chaikovski. Pulsó en la pantalla.

—Disculpe, señora Armstrong, soy Amelia Black. Me hospedo en la Met cuando viajo a Nueva York, no sé si lo recuerda. Estoy intentando contactar

con Vlade pero no lo consigo. ¿No estará con usted, por un casual?

—No, pero me voy a reunir con él ahora. Vamos a alojar a un nuevo inquilino en el hotelo del piso de la granja. ¿Qué ocurre?

—Bueno, tengo un pequeño problema. Cometí un error, se podría decir, y después todo pasó muy deprisa.

—¿Qué?

Charlotte empezó a caminar hacia el ascensor y, por alguna razón, Jojo la acompañó.

—Bueno... —dijo Amelia—. Básicamente, mis osos polares se han hecho con la aeronave.

—¿Cómo?

—Bueno, no creo que lo hayan hecho conscientemente, pero Frans tiene el control y los osos están en el puente de mando con él.

—¿Cómo es eso? ¿No se lo han comido o algo?

—Perdón. Frans es el piloto automático. Hasta el momento lo han dejado en paz, pero si por accidente lo apagan o lo alteran, me preocupa que las cosas puedan ponerse muy feas.

—¿Un oso podría alterar el piloto automático?

—Bueno, responde a órdenes verbales, así que, si rugen o algo, puede pasar cualquier cosa.

—¿Están rugiendo?

—Bueno, sí. Algo así. Creo que tienen hambre. Y yo también —añadió lastimeramente.

—¿Dónde se encuentra?

—En el armario de las herramientas.

—¿Puede llegar hasta la despensa?

—No sin pasar por... Ya sabe, el país de los osos.

—Mmm. Bueno, espere un instante, casi he llegado a la granja y Vlade está allí. A ver qué tiene que decir.

—Claro. Gracias.

Cuando Charlotte le dirigió la mirada, Jojo arqueó las cejas y dijo en voz baja:

—Perdone. Solo quiero saber qué pasa, si no tiene inconveniente. Y ver

cómo está Franklin.

—Por mí bien —dijo Charlotte.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso de la granja y ambas mujeres se dirigieron apresuradamente hacia la esquina sureste. Vlade, Franklin, los chicos y su anciano amigo estaban reunidos fuera del alojamiento, sentados en unas pequeñas sillas y rodeados de pequeñas herramientas de jardinería.

Charlotte los interrumpió:

—Vlade, ¿puedes echarme una mano un segundo? Tengo a Amelia al teléfono y está teniendo un problema en su dirigible. Los osos polares se han escapado.

Eso captó su atención al instante, y Vlade dijo en voz bien alta:

—Amelia, ¿es eso cierto? ¿Estás ahí?

—Sí —repuso Amelia, tristemente.

—Cuéntame qué ha pasado.

Amelia describió la cuestionable secuencia de acontecimientos que la habían llevado a terminar encerrada en el armario de una aeronave llena de osos polares sueltos. Vlade meneaba la cabeza mientras escuchaba.

—Bien, Amelia —dijo cuando hubo concluido—. Ya te dije que no volaras sola, no es seguro.

—Lo hago siempre.

—Eso no significa que sea seguro.

—Más bien lo contrario —opinó Franklin—. De eso va precisamente su programa.

—Lo he oído —dijo Amelia—. ¿Quién ha hablado?

—Soy Franklin Garr. Vivo en el piso treinta y seis.

—Ah, hola, encantada de conocerte. Pero, verás, no pretendo contradecirte de ninguna manera, pero lo que has dicho no es cierto, aparte de que de poca ayuda me sirve ahora.

—¡Lo siento! —dijo Franklin.

Con una mirada incómoda a Jojo, que ahora estaba de pie junto a él (cosa que le había causado gran satisfacción a Franklin, según pudo comprobar Charlotte), añadió:

—¿Está en contacto con el piloto automático? ¿Puede controlar el aparato?

—Sí.

—Quizá podría intentar elevar el morro todo lo posible para ver si los osos vuelven a caer a su compartimiento. Que la gravedad le eche una mano.

Vlade miró a Franklin con gesto sorprendido.

—Merece la pena intentarlo —dijo—. Si no funciona, no pierdes nada.

—Pero no sé si flotará bien cuando estemos en vertical.

—Flotará igual —le aseguró Franklin con toda confianza—. Más o menos. Llevará la misma cantidad de helio, ¿no? Incluso podría ascender. Lo que aumentaría la gravedad para los osos.

Una vez más, Vlade convino en que era una buena idea.

—De acuerdo —aceptó Amelia—. Supongo que lo intentaré. ¿Podéis seguir en línea?

—No me lo perdería por nada del mundo, querida —dijo Charlotte—. Es usted como una novela radiofónica.

—¡No se burle de mí! Tengo hambre. Y tengo que ir al baño.

—Hay cubos en casi todos los armarios de herramientas —dijo Vlade.

—Ay, Dios mío, esto se inclina. ¡El dirigible sube!

—¡Agárrate bien! —le urgieron varios de los presentes.

—Ay, Dios, están ahí fuera.

A continuación se oyeron varios golpes y luego se hizo el silencio en la radio.

—¿Amelia? —llamó Charlotte—. ¿Está usted bien?

Se produjo una larga y tensa pausa.

Y entonces respondió:

—Estoy bien. Ahora os llamo. Tengo cosas que hacer.

Y cortó la llamada.

• • • • •

—Ay —dijo Franklin tras un silencio expectante.

Charlotte vio que Jojo le clavaba el codo en las costillas, y vio que él daba un respingo y a continuación lo ignoraba la mientras miraba de soslayo.

Los demás permanecían reunidos allí, sin saber qué hacer. Charlotte señaló la puerta del hotelo.

—¿Ya le habéis echado un vistazo?

—No, estábamos a punto de hacerlo —dijo Vlade.

—Pues podríamos hacerlo. Nuestra estrella de la nube volverá a ponerse en contacto con nosotros cuando pueda.

El hotelo era apenas una pequeña tienda, de modo que Charlotte, Franklin y Jojo se quedaron fuera mientras Vlade conducía al anciano y los dos muchachos al interior. Para Charlotte, aquello no era más que un formalismo; los mendigos no pueden elegir. Se acercó al muro sur de la granja, se sentó en una de las sillas junto a la barandilla y desvió la mirada hacia Peter Cooper Village, al este, convertido ahora en una especie de bahía salpicada por los restos de muchas de las torres de cincuenta plantas que antaño se levantarán allí. Todo lo construido sobre terreno ganado al mar en lugar de en tierra firme de verdad se estaba viniendo abajo. Al sur, algunas torres iluminaban un centro que, por lo general, estaba a oscuras: las viejas torres de Wall Street, como naves espaciales listas para despegar. Las finanzas volvían al nido. La idea le ponía la piel de gallina.

El viento soplaba desde el sur y se colaba a través de la barandilla. Era suave para ser otoño, pero, aun así, se arrebujó en su jersey. Las dos grandes agujas de cristal situadas justo al sur arruinaban las vistas. Deseó, como siempre, que su leve inclinación hacia el este significara que estaban a punto de caerse como dos piezas de dominó. Las odiaba como si de la versión arquitectónica de modelos de pasarela se tratasen: flacas, vacías, monótonas y propiedad del mundo de las finanzas. Nada que ver con la vida real. Un apartamento gigante por planta. Casas de cristal en las que vivía gente que, aun así, se dedicaba a arrojar piedras. Tenía entendido que la mayoría de los propietarios de esos apartamentos los ocupaban únicamente una o dos semanas al año. Oligarcas, plutócratas que revoloteaban por el mundo como el propio capital vampírico. Y la cosa empeoraba hacia el norte, en los

nuevos superrascacielos de grafeno.

Los hombres salieron del hotelo y se sentaron a su alrededor. El anciano se quedó apoyando los codos en la barandilla, mirando hacia abajo. Los chicos se sentaron a sus pies, Vlade en la silla junto a Charlotte, y Franklin y Jojo en las que estaban detrás de ellos. Una rara oportunidad para descansar.

—Odio esos palillos —dijo Charlotte al anciano, señalando las dos astillas de cristal.

No habían querido unirse a la SAMBAM, y ni siquiera a la Asociación de Madison Square. Ella se lo había tomado como una afrenta personal, pues había contribuido a organizar los edificios que jalonaban el *bacino* en una alianza efectiva en el marco de la SAMBAM, como un anillo de ciudades-estado alrededor de un lago rectangular.

El anciano les echó un breve vistazo.

—Dinero —dijo.

—Eso es.

—Me sorprende que no se hayan caído aún.

—Y a mí. Aunque se están inclinando. Todo puede ser.

—¿Nos afectará?

—No creo. Se inclinan hacia el este, mire. Son como torres vencidas por el dinero.

—Parece peligroso.

Volvió la vista hacia el este.

—Está oscuro por allí. Pero parece que aún hay edificios sobre los que podrían caerse.

—Sí —dijo Charlotte—. No es fácil saber lo que se mueve por allí de noche. Eso me gusta. Tiene buena pinta, ¿no cree?

Asintió.

—Es precioso.

—Como siempre.

El anciano frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No siempre.

—¿A qué se refiere?

—A que no fue tan bonito cuando se hundió.

—¿Usted lo vio? —preguntó Roberto, incrédulo, mientras lo miraba fijamente.

El anciano lo miró desde arriba, frotándose la mandíbula.

—Sí que lo vi —dijo—. El comienzo del Segundo Pulso. La ruptura del Muro de Bjarke. Tenía vuestra edad, más o menos. Os cuesta imaginar que alguna vez fuera tan joven, ¿verdad?

—Sí —dijo Roberto.

—Pues lo fui, por mucho que cueste de creer. Casi ni yo me lo creo. Pero sé que es verdad, porque estuve allí.

Se frotó la cara con la mano derecha, y su mirada se extravió en el suelo. Los demás se miraron entre sí.

—Todos creían que ocurriría de forma gradual —dijo—, y lo cierto es que así fue en algunos barrios. Pero habían construido un muro de contención contra el oleaje cien años antes, el de Bjarke, para evitar que se inundara del centro. También funcionó. Era como una berma. Tenía una forma distinta según el sitio, ya que hubo que encajarla donde se pudiera. Parecía imposible que pudieran hacerlo, pero lo consiguieron. Rodeaba todo el centro, desde Riverside Oeste, pasando por detrás de Battery Park, hasta el East Side y el edificio de la ONU, desde donde ascendía cortando hasta Central Park. Veinte kilómetros. Se hicieron cortes que correspondían con las calles y todo, con unos portones que podían cerrarse en caso de inundación. De hecho, se cerraron unas cuantas veces y funcionó. Pero la marea era cada vez más alta y las puertas había que cerrarlas cada vez más veces. Ocurrió lo mismo en Londres con la barrera del Támesis. Cuando cerraban el muro, mi padre solía llevarme por la pasarela que lo recorría por encima en la Veintitrés. A veces, el Hudson pasaba furioso y picado con olas blancas. Y el agua subía tanto que era evidente que el río estaba más alto que la ciudad. Podías perder el equilibrio si mirabas a ambos lados a la vez. Casi provocaba mareo. Porque el agua estaba más alta que la tierra. Costaba de creer. La gente se tambaleaba y se reía o lloraba. Era algo digno de verse.

—Me habría encantado ir —dijo Roberto.

—Seguramente lo habrías hecho. Todos íbamos a mirar. Pero no costaba ver lo que podía pasar. Y pasó.

—¿Estaba usted allí? —preguntó Roberto.

—Sí. Fue una ola. Yo era como vosotros, quería ir a la berma y verla, pero mi padre no me dejó. Dijo que aquella vez sí que podía pasar. Mi padre era listo. No me dejó, pero yo fui de todos modos, después de la escuela. La berma estaba hasta arriba de gente. El río estaba enloquecido, empujado por un viento del sur. Y llovía. Había que darle la espalda. No podías dar un paso sin riesgo de caerte. La mayoría nos sentamos allí y dejamos que nos empapara, pero nos quedamos, aunque no sé muy bien por qué. Había que verlo. Pero entonces las calles del lado seco de la berma empezaron a inundarse. Todo el mundo salió corriendo hacia el norte por la pasarela para regresar a la Cuarenta y dos, ya que era evidente que el muro se había roto en algún tramo hacia el sur. Algunos que había allí nos dijeron que camináramos en vez de correr. A gritos. Con... insistencia. Pero sabíamos que la berma no tardaría en estar rodeada de agua por ambos lados, así que caminamos a paso ligero. Pero caminamos.

El anciano se quedó un rato callado, con la mirada perdida hacia el oeste.

—¿Logró salir de la berma? —preguntó Roberto.

—Sí. Seguí a la masa. Veíamos algunas cosas de lo que pasaba. El agua que entraba era marrón y blanca. Traía toda clase de desechos. Inundaba los accesos del metro y luego volvía a salir disparada al aire. Era estruendoso. A partir de cierto momento, nadie podía oír lo que decían los demás. Los taxis flotaban por todas partes. Era una locura. No se parecía en nada a lo que puede verse allí ahora. Fue un momento demencial.

—¿No había gente? —preguntó Roberto.

—Alguna había. La mayoría consiguió bajar y alejarse, pero a algunos se los llevó por delante. La gente flotaba en el agua como troncos a la deriva, con toda la ropa puesta. Su propia ropa.

—¿Qué otra cosa podían llevar encima? —preguntó Franklin, y Jojo le dio un codazo tan fuerte que la silla chirrió, y él soltó un pequeño grito.

Charlotte pensó que ya no le caía tan mal la chica.

—Todo pasó muy rápido. La gente estaba allí, ocupada en sus quehaceres diarios, y de repente, bum, todo se cae encima. Más tarde dirían que todo sucedió en menos de dos horas. Se cree que la primera brecha se produjo en

una compuerta que cedió cerca del muelle Cuarenta. El río se precipitó al otro lado, furioso, y abrió una brecha en la berma de doscientos metros de anchura. Todos los edificios cercanos cayeron. El agua es muy poderosa.

—¿Qué hizo usted al bajarse de la berma? —quiso saber Stefan.

—Todo el mundo se dirigió al norte. Sabíamos que teníamos que ir al norte. Era como si toda la ciudad fuese a acabar anegada, pero el norte es más alto que el centro. Ahora resulta obvio, pero solo lo fue a partir de ese día. La inundación llegó hasta la Trigésima. A pesar de ir muy rápido, duró dos horas. La gente no hacía otra cosa que correr hacia el norte por delante del agua. Abandonaron lo que estuvieran haciendo y corrieron por las calles. Nosotros también. En Central Park había millones de personas, de pie, mirándose unas a otras. Algunos trataban de ayudar a los heridos. Intentaban asimilarlo hablando. Nadie se lo podía creer. Pero era verdad. Un nuevo día. Sabíamos que había pasado porque estábamos allí. Sabíamos que nunca volvería a ser lo mismo. El centro había desaparecido. Era muy extraño. La gente estaba conmocionada, saltaba a la vista. ¡Estábamos ahí parados mirándonos los unos a los otros! Nadie se lo podía creer, pero allí estábamos. Todo el mundo en plan, bueno, aquí estamos... Esto debe de ser real. Pero era como un sueño. Vi que los mayores estaban tan asombrados como yo. Eran exactamente como yo, pero más grandes. Me parecía muy extraño. ¿Y ahora qué? ¿Qué íbamos a hacer? Muchos lo habían perdido todo. Pero estábamos vivos, ¿sabéis? Era... extraño.

—¿Se inundó su casa? —preguntó Roberto.

El anciano asintió.

—Oh, sí. Pero mis padres trabajaban en el norte. Fui andando hasta la oficina de mi padre, pero no estaba allí. Lo llamaron y vino a recogerme. Estaba tan aliviado por verme que se le olvidó que estaba enfadado. Pero algunos de sus conocidos habían desaparecido, así que nos pusimos tristes, aun así. Fue un día muy triste.

Sus ojos contemplaban la ciudad que se extendía debajo de todos ellos, serena bajo la luz de la luna, casi tranquila.

—Cuesta creerlo —dijo Stefan.

Y el anciano volvió a asentir.

Miraron la ciudad. Nueva York sumergida. Nueva York con el agua al cuello. El anciano exhaló un largo suspiro.

—Aquel día es la razón por la que nunca podrán ganarle terreno a la bahía. No sé por qué habla siquiera la gente del tema. Poner presas en los Narrows y Hell Gate, bombear el agua del Hudson... Es una locura. En cuanto se rompa algo, bum, todo volverá a estar anegado. Incluidos Brooklyn, Queens y el Bronx. No soy capaz de imaginar cuántos morirían.

—¿Esas zonas no se inundaron también? —preguntó Stefan.

—Claro, pero más despacio, y antes, porque no contaban con el muro. El Muro de Bjarke dio diez años más al bajo Manhattan.

—¿Se sabe cuántas víctimas hubo ese día? —preguntó Roberto.

—Solo especulaciones. Dos mil, creo que dijeron.

Hubo un largo silencio. Solo se oía el ruido de la ciudad, abajo. El chapoteo de los canales.

El anciano dio la espalda a la barandilla y se sentó en una mecedora de madera cercana.

—Pero aquí estamos. La vida sigue. Gracias por esta tienda tan agradable. Muchas gracias. Con suerte, mañana los chicos me ayudarán a recoger algunas cosas de mi casa.

—Los demás también podríamos ayudar —se ofreció Charlotte.

—No, no —dijeron ellos tres al unísono—. Nos las arreglaremos.

Planeaban algo, pensó Charlotte. Querían recuperar algo de lo que no querían que se supiera nada. Bueno, los desposeídos a menudo necesitaban aferrarse a algo. Lo había visto a menudo en su trabajo. Cosas a las que se agarraban con todas sus fuerzas porque significaban que seguían siendo ellos. Una maleta, un perro... Algo.

Le dijo al anciano:

—Debe de estar cansado. Debería descansar un poco. Y creo que Vlade y yo deberíamos hablar con Amelia, a ver cómo le va.

—Ah, sí —dijo el anciano—. ¡Buena suerte con eso! Parece que está en un buen aprieto.

Me encantan los experimentos absurdos. No dejo de  
hacerlos.  
dijo Charles Darwin

## d) Amelia

Frans inclinó la aeronave tan verticalmente, la proa hacia arriba y la popa hacia abajo, que Amelia se vio obligada a sentarse en el fondo del armario, rodeada de cacharros. Se olvidó del hambre y de las ganas de orinar en cuanto oyó los golpes sordos al otro lado de la puerta. Parecía que los osos estuvieran precipitándose hacia la popa, aunque no había manera de estar segura. Sus garras, si bien impresionantes, probablemente no bastaran para sostener sus imponentes cuerpos si el suelo se convertía de repente en una pared, como había ocurrido. ¿Qué harían ahora si estaban encima de ella, colgados en alguna parte? Le costaba imaginarlo. Aunque creía en lo más hondo de su corazón que todo mamífero era tan inteligente como ella, una idea que parecía reforzada por las evidencias desde todas las perspectivas posibles, de vez en cuando pasaba algo que le recordaba que, si bien todos los mamíferos eran igualmente inteligentes, algunos eran más iguales que otros. A la hora de evaluar la importancia de una nueva situación, los humanos a veces eran más rápidos que sus congéneres. A veces. En este caso, puede que le ayudara un poco saber de antemano que estaba volando en una aeronave y que iba a apuntar el morro hacia el cielo. Aquellos pobres (pero peligrosos) osos probablemente ni siquiera eran conscientes de que estaban volando, por lo que tan brusca inclinación habría sido, sin duda, de lo más desconcertante. Pero quién sabe.

Además, algunos de ellos quizá solo se hubieran precipitado sobre la pared trasera del puente, y por lo tanto puede que siguieran allí. Se le antojaba muy posible. Pero no había manera de saberlo sin ir a mirar. ¿Y si lo

hacía y se los encontraba allí? No estaba muy segura de qué hacer en ese caso.

Con los dientes apretados, el aliento contenido e irradiando calor por cada poro, abrió una pizca la puerta del armario y oteó el pasillo, dispuesta a cerrar de golpe si era necesario. Su campo de visión estaba limitado a la popa, o sea, hacia abajo, y sí que vio unos osos, como personas voluminosas con abrigo de piel blanca. Estaban sentados en la pared del fondo de su recinto. Uno estaba tumbado de espaldas, otro sentado husmeando el aire con curiosidad, como un perro, y otros dos parecían enredados formando una masa, como un par de luchadores de lucha libre que hubieran perdido el combate a la vez. Estaban en su recinto y al parecer habían descendido por la puerta abierta, que seguía así, vencida por la gravedad contra la pared, por suerte.

Aquello era alentador, pero aún faltaban otros dos. Podían estar pegados a la pared de popa puente y, por lo tanto, en el lugar al que ella debía ir. Por otra parte, nada impedía que se precipitara también por el pasillo hasta donde estaban los osos tan pronto como saliera del armario. Eso sería malo. Si consiguiera descender hasta la puerta y cerrarla, eso estaría bien... hasta cierto punto. Pero si quedaban dos osos sueltos fuera de su recinto cerrado, tenía un problema. Parecía que lo malo ganaba a lo bueno en este caso, pero no podía quedarse allí para siempre. Tenía que aprovecharse de la situación de alguna manera mientras durase. No sabía con certeza cuánto tiempo podía permanecer la *Migración Asistida* en aquella posición. Se le antojaba extraña y poco aerodinámica. Hasta entonces, ni siquiera sabía que podía la nave conseguir esa posición sin caerse. Como se iba a caer ella si no tenía cuidado.

Eso le dio la idea de convertirse en una pequeña aeronave dentro de la aeronave. Al principio no tenía ni idea de cómo acceder al helio disponible a bordo ni cómo calcular el que necesitaría para flotar hasta la proa. Pero resultó que había una alargada bombona de helio en el revoltijo en el que se había convertido el fondo del armario de las herramientas. Quizá se tratase de un suministro de emergencia para el caso de que alguno de los globos compensadores tuviese una fuga. Rebuscando, también encontró un rollo de bolsas de plástico grandes con cierres en los extremos abiertos. Si conseguía

llenar de helio varias bolsas, cerrarlas y atarlas juntas a su cuerpo de modo que los extremos abiertos quedasen hacia abajo, quizá mantuviesen el helio como los globos aerostáticos, al menos durante un rato, y podría valerse de ellas para salir flotando.

Estaba comprobando la válvula de la bombona y metiendo bolsas dentro de bolsas cuando la puerta del armario le dio un susto de muerte al cerrarse de golpe sobre su cabeza con un potente estruendo. Un difuso recuerdo del desastre del *Hindenburg* debía de estar adherido al subconsciente de cualquiera que pilotase un dirigible hasta el punto de magnificar el efecto dramático de los ruidos fuertes y repentinos. Tras pensarlo, decidió que otro oso debía de haber cerrado la puerta deslizándose por el pasillo hasta reunirse con sus compañeros. Eso era bueno, aunque seguía sin saber dónde estaba el último oso. Era preocupante, pero no podía quedarse dentro de ese armario toda la vida, de modo que le pareció su mejor oportunidad.

Llenó cuatro bolsas de basura con helio y las sacó al pasillo, sujetas con el cordel con el que había atado sus extremos abiertos. Tal como esperaba, los improvisados globos comenzaron a elevarla lentamente hacia el puente. Pero parecía que cuatro no eran suficientes. Soltó más cordel para las bolsas que ya estaban llenas, tiró un poco para poner a prueba su resistencia y se sentó para llenar otras cuatro. Era mucho helio, y una parte de él estaba llenando el pequeño espacio en el que se encontraba. Empezó a sentir náuseas.

—¡Vamos a ver al mago! —cantó, y sí, su voz era tan aguda como la de los enanos de *El Mago de Oz*.

Habría sido gracioso de no haber entrañado la posibilidad de desmayarse en cualquier momento. Era hora de poner a prueba el método antes de arriesgarse a morir. Lo que le dio la idea de tumbar al oso de fuera llenando el puente de helio durante un intervalo muy corto. Los problemas que aquello entrañaba asediaron las trastiendas de su mente, y además aún quedaba un dardo tranquilizante en el armario, de modo que decidió seguir con el plan de flotar hasta el puente para comprobar lo que estaba pasando. Pero, alto, ¡no debía olvidarse de la cámara de diadema, encenderla y grabar el espectáculo para la posteridad!

—¡Vamos a ver al mago! —volvió a cantar, tan aguda como antes, si no más, y con la misma voz de ardilla de dibujos animados empezó a narrar su ascenso hacia el puente.

—¡Allá vamos, amigos! Voy a usar estas bolsas de helio para flotar hasta el puente. Cuento con una pistola de dardos tranquilizantes para lidiar con cualquier oso que pueda quedar ahí arriba. Creo que me falta uno en el recuento, y probablemente esté ahí. Luego os informaré de todo, pero de momento será mejor que salga de aquí, ya podéis oír por qué. La cabeza me da vueltas, ¡pero espero que haya merecido la pena si consigo marcharme flotando!

Enrolló los cordeles alrededor de su cintura, los sujetó con fuerza con la mano izquierda, sintió el tirón hacia arriba de las bolsas y se dejó llevar fuera del armario hacia el pasillo. Los osos que había debajo la miraron con sorpresa y uno de ellos trató de incorporarse sobre los cuartos traseros. Y lo cierto era que ahora que flotaba libremente por el pasillo, se dio cuenta de que estaba cayendo hacia los osos lentamente. Daba la impresión de que un par de bolsas más le hubieran dado la flotabilidad necesaria, pero ya no había tiempo para eso. Se encajó en el ángulo de noventa grados que formaban el suelo y la pared mientras decía:

—¡Oh, no! ¡Oh, no!

Apoyó un pie en el suelo y el otro en la pared, acoplándose en lo que un alpinista habría llamado grieta en libro abierto. La aeronave no estaba totalmente vertical, de modo que se encontraba ante una pendiente empinada, pero salvable, en forma de V. Había practicado muy poco la escalada, siempre tras los pasos de su exnovio Elrond, y no era capaz de recordar si las grietas de libro abierto eran mayores o menores de noventa grados. En todo caso, esto era lo que le había tocado, así que se impulsó con fuerza hacia afuera con los pies mientras se agarraba con los dedos de la mano derecha a la propia grieta y apretaba los cordeles de las bolsas de basura por encima de su cabeza con la otra, tan cerca de la grieta como era posible. La idea era que tiraran de ella hacia arriba sin alejarla de su punto de agarre. La maniobra pareció estabilizarla, tras lo cual descubrió que, si tenía cuidado, podía subir hasta el puente agarrándose al pasillo. El hecho de que no estuviese

completamente vertical era la clave, y en cuanto se percató de ello, tuvo la sensación de que la aeronave se ponía más vertical que nunca.

—¡Oh, no! —repitió, pero al menos ya era su propia voz. El aire sentaba bien.

—¡Frans, para! ¡Mantén el ángulo!

Clavó las uñas al suelo y se impulsó con los dedos gordos de los pies, ascendiendo progresivamente hacia el puente como en una parodia de un movimiento de puntillas. Las bolsas de helio resultaron ser de una gran ayuda; posiblemente estuviese a algunos gramos de alcanzar la flotación plena. Se escurrió un par de veces por el camino, con los correspondientes «¡oh, no!» y nuevos ataques de sudoración. Por suerte, la cámara de diadema estaba apuntando hacia los globos y no pensaba hacerse un selfie hasta alcanzar un punto más firme, por mucho que la sermoneara Nicole más tarde. La grabación que estaba obteniendo ahora, que seguramente incluía sus manos, contaría el relato con mayor nitidez que cualquier selfie que pudiera hacerse. No obstante, se le pasó por la cabeza que Nicole le echaría en cara no haber utilizado más drones cámara. Lo cierto es que podría haberlos enviado al puente en labores de reconocimiento. Pero es que ya estaban en el puente, en un armario. ¡Así que daba igual! Ya iba de camino.

Si bien le llevó un rato, al final alcanzó la puerta del puente, que ahora parecía el acceso cuadrado de un ático. Tuvo que mover los cordeles sin perder pie para introducir las bolsas de helio en el puente. Así, consiguió sortear lo que quedaba de pasillo hasta alcanzar con la mano el pomo de la puerta, que colgaba hacia ella, y tirar para salvar la mitad de la distancia que la separaba de la estancia a la que tanto anhelaba llegar desde hacía treinta horas.

—¡Lo conseguí! —narró a su futura audiencia.

Entonces vio al último de los osos polares, una hembra al parecer, tumbada en la pared de popa del puente, con aspecto confuso y poco contento.

—¡Oh! —le dijo Amelia—. ¡Hola! ¡Hola, osita! ¡No te muevas ni una pizquita!

Esa involuntaria rima de parvulario la inspiró para realizar un movimiento

a lo Peter Pan (un Peter Pan sujeto con cables) para terminar de entrar en el puente, tirando con fuerza de la manilla de la puerta al tiempo que sacaba la pistola tranquilizadora del bolsillo. Estuvo a pocos gramos por centímetro cuadrado de dispararse a sí misma en el vientre, pero no lo hizo. Pasada la puerta, tocó el suelo con la punta de los pies y saltó hacia arriba, con un movimiento bastante elegante gracias a las bolsas de helio. De hecho, casi demasiado elegante, ya que las bolsas chocaron contra el ventanal frontal de la cabina y luego ella contra las bolsas. Entonces volvió a caer lentamente hacia la osa, que empezaba a estirar las caderas con una expresión curiosa, o al menos intranquila. Así fue cómo, sin el menor titubeo, Amelia le disparó un dardo tranquilizante en hombro y otro en el pecho antes de aterrizar en la pared, a su lado. La osa contemplaba el dardo del pecho con expresión descontenta. Se lo quitó de un zarpazo y luego se puso a gruñir tan ostentosamente que Amelia saltó de manera instintiva y descubrió con sorpresa que las bolsas de helio aún le permitían dibujar un movimiento pendular encima de la osa, que, mareada, agitaba las zarpas hacia ella. Poco a poco, la osa fue recostándose en el suelo y se quedó dormida. Amelia evitó precipitarse de nuevo al pasillo por la puerta abierta gracias al empeño de su pie izquierdo, tras lo cual aterrizó de nuevo en la pared y se sentó al lado de la puerta abierta, que ahora se le presentaba como una trampilla hacia la perdición.

—Ay-Dios-mío —dijo hiperventilando.

Una vez convencida de que la osa estaba dormida del todo, pidió a Frans que enderezara la aeronave. Pero entonces se lo pensó mejor y anuló la petición. Se acercó al animal drogado para comprobar si podía empujarlo por la puerta para que se deslizara tranquilamente hasta su confinamiento. Era imposible. La mole no se movía una pizca. La osa se había convertido en un enorme peso muerto, como un perro dormido seguro de dónde quería echarse la siesta y que nadie podría mover por muy inconsciente que estuviese. Hasta los perros le provocaban ese efecto a Amelia, y aquella osa pensaba unos trescientos kilos.

—Si tuviese una palanca, podría moverla —dijo en voz alta.

Esto hizo que recordara que había una mordaza tensadora en el armario

de las herramientas, pero ahora eso no le servía de nada.

—Oye, Frans —dijo tras echar un cuidadoso vistazo al puente—. Vira de modo que la osa se deslice hacia la puerta. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No.

Amelia tuvo que pensar en las direcciones y luego indicar a Frans hacia cuál debía inclinarse. Lo cierto es que ella misma no entendía la idea mucho mejor que el piloto automático, y tuvo que realizar varios ensayos. Pero, al final, consiguió que la aeronave se inclinara en la dirección deseada y la osa comatosa empezara a deslizarse hacia la puerta-trampilla. Cuando estaba cerca del borde, Amelia empleó una escoba a modo de palanca para terminar de meterla. Preparada para ese momento, ordenó a Frans que recuperara cierta verticalidad justo en el momento en el que la osa caía por el hueco. Al parecer, Frans obedeció sus órdenes con la rapidez suficiente para que el animal se deslizara más que caer por el pasillo hasta chocar con su extremo de popa. Finalmente, se coló por la puerta del recinto de los osos para reunirse con los demás.

—¡Ahora debo cerrar la puerta! —gritó Amelia.

Saltó por la entrada, aún aferrada a las bolsas de helio y fue cayendo por el pasillo como una paracaidista hasta quedar cerca de la puerta del recinto de los osos. Estuvo a punto de colarse dentro, pero logró evitar tan lamentable desenlace apoyándose con las piernas bien abiertas antes de cerrar y asegurar la puerta.

—¡Frans, endereza la nave! —dijo, triunfal, y luego apagó las cámaras y se arrastró hasta el aseo para orinar—. ¡Sí!

La gente nacida y criada para vivir a la vista de un puñado  
de vecinos ha aprendido a preservar sus mundos privados  
ignorándose de manera uniforme, salvo por invitación  
directa.

—John Michael Hayes y Cornell Woolrich, *La ventana  
indiscreta*

## e) Inspectora Gen

La inspectora Gen recorría las vías volantes para ir a trabajar. Soplaba una brisa otoñal. El otoño en Nueva York, la gran canción de la ciudad. Más abajo, las ondas dibujaban diamantes en el agua, iluminada por el sol matutino desde el sur. Era su época preferida del año. Tenía que sacar la chaqueta más gruesa del armario.

En la comisaría, lo habitual. El filo desafilado del pandemonio. ¿Cómo podían cometerse crímenes en un día tan bonito? Muchos tipos de hambre. Ojos desesperados en un rostro impávido, manos esposadas, cadenas alrededor de la cintura... Ah, qué desperdicio. Hay que mantenerse firme.

Se dirigió hacia su despacho y se sentó detrás del escritorio. Siempre lo tenía immaculado, era la manera de evitar que acabara sepultado. Cogió la única nota del desgastado registro y vio que la jefa adjunta, la teniente Claire Clooney, quería reunirse con ella y con el sargento Olmstead. Estaba a punto de llamar a Claire cuando, fuera del despacho, estalló el caos. Echó un vistazo y se encontró con el mismo rostro impávido de antes, ahora retorcido en un rictus de rabia y desesperación, enseñando los dientes y soltando espuma por la boca. Tres corpulentos patrulleros intentaban doblegar a la persona sin miramientos. Gen no sabía con certeza si era un hombre o una mujer. Esposar las manos a la espalda siempre era más seguro, incluso si estaban sujetas a la cintura con grilletes. Una lección que, por alguna razón, no se había convertido en política, y ella no entendía por qué.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó al reo.

El aludido abrió la boca y soltó un ruido ininteligible, un siseo y más

espuma por la boca. Reacción a alguna droga, seguramente. Gen se estremeció al ver que las manos esposadas golpeaban a la vez las costillas de uno de los patrulleros. Eso dejaría marca, pero el policía logró engancharlo de uno de los brazos y lo levantó de un tirón. Sus intentos de resistirse no sirvieron de nada, y una cruel dentellada solo logró alcanzar una gorra, y lo dejó aturdido. Los demás agentes se le echaron encima y un proyectil eléctrico le arqueó la espalda y lo hizo caer sobre la tela que sostenía uno de los agentes. La tela era como una especie de camisa de fuerza sin mangas. Luego se lo llevaron.

—Al hospital —dijo Gen, a pesar de que ya se dirigían allí y se limitaron a asentir con la cabeza antes de desaparecer por el pasillo.

Bellevue estaba oportunamente cerca.

—¿Alguien sabe qué demonios ha pasado? —inquirió Gen a los que estaban en el otro extremo del pasillo, centrados en sus cosas.

—Esa mierda chungu de Kips Bay —dijo el sargento Fripp—. Es el tercero en un día.

—Ah, demonios.

Pero las drogas chungas siempre habían sido el azote de la ciudad, desde la época del *Demon Rum*. Nunca lo había entendido. Para ella, todo lo que era más fuerte que una cerveza era veneno, o peor. Y allí, a las ocho de la mañana, con una agradable brisa matutina, un pobre infeliz soltando espumarajos por la boca. La gente era rara.

—¿Sabemos de dónde la sacan?

—Al parecer de la zona del parque de la Treinta y tres. Alguien ha dicho que de Mezzrow's.

—¿En serio?

—Eso dijo.

—Cuesta de imaginar.

—A que sí.

Gen lo sopesó.

—Supongo que debería pasarme para hablar con ellos y ver qué se traen entre manos. Pero cuesta de imaginar.

—¿Quieres que te acompañemos alguno?

—Me llevaré a Claire y a Ezra.

Como si la hubiesen invocado, apareció Claire, con Olmstead de la mano. Cuando se sentaron, Gen miró su pizarra blanca sin demasiado entusiasmo. La amplia pantalla que ocupaba la pared opuesta, ocupada por un mapa GIS de la ciudad en tiempo real salpicado de distintos indicadores, no era más inspiradora.

Puestos a trabajar, casi al final de una larga lista de problemas destacados, Claire le informó de que todavía no había pistas sobre los dos hombres desaparecidos de la vieja torre Metropolitan. Era muy posible que estuviesen muertos. Sin embargo, entre todos los cadáveres encontrados recientemente, ninguno se correspondía con ellos.

Quizá se escondían por alguna razón. Quizá los hubieran secuestrado. Cualquiera de las dos posibilidades era extraña, pero a veces sucedían cosas extrañas. En esta época, la gente estaba muy bien documentada. No es que lo estuviesen en un solo sistema, sino en la pila de todos los sistemas, el megasistema accidental. Mantenerse fuera del radar era muy difícil. Sin embargo, el sistema no era absoluto, por lo que podía llegar a suceder.

Olmstead le puso al día de lo que había encontrado en la esfera de datos y Gen se dedicó a apuntar cosas en la pizarra para ayudarse visualmente: iniciales, X y O, flechas por aquí y por allí, líneas, sólidas o discontinuas...

El contrato de trabajo de ambos hombres para el *hedge fund* de Henry Vinson, Alban Albany, había finalizado tres meses atrás. Alban Albany, al igual que la mayoría de los *hedge funds*, era muy reservado con sus actividades, pero Sean había encontrado indicios que apuntaban a que estaba implicado en operaciones de alta frecuencia que se llevaban a cabo en los lagos oscuros al margen de la zona del Cloister. El anterior trabajo de Vinson para Adirondack Investing, donde colaboró con Larry Jackman, había implicado operaciones similares, y Rosen y Mutthopf también habían trabajado para Adirondack. Adirondack era una de las empresas de inversión que estaba siendo investigada por la Comisión Financiera del Senado cuando Rosen se recusó a sí mismo. El reciente trabajo de Rosen y Mutthopf para Alban Albany les había reportado cuarenta mil dólares por cabeza. Después se marcharon y empezaron a moverse por ahí.

Tanto la seguridad corporativa como la personal de Vinson estaban gestionadas por una empresa del ramo llamada Pinscher Pinkerton. Operaba a nivel internacional, con sede en Gran Caimán, como no podía ser de otra manera. Olmstead le explicó con aire sombrío que era muy opaca, si bien su nombre sonaba por ahí como uno de tantos ejércitos privados a la venta que recorrían el mundo. Un pulpo, como se denominaba a las corporaciones que funcionaban con filiales pantalla. O, más probablemente, uno de los tentáculos de un pulpo mayor.

La noche que desaparecieron Rosen y Muttchopf, le explicó, se produjo un suceso extraño en la BC. Un picotazo de todos los valores, pasado el cual todo volvió a la normalidad. Junto con el picotazo, la SEC había recibido una importante cantidad de información de la que no decía nada. No existía relación evidente con los dos hombres, salvo el hecho de que todo se produjo la misma noche.

—Sería bueno que la SEC nos contase lo que recibieron esa noche.

—En ello estoy —dijo Olmstead—. No tienen prisa.

Esas eran todas las novedades del caso. A petición de Gen, Olmstead también había investigado la oferta por la torre Metropolitan Life que tanto preocupaba a Charlotte. Hasta el momento solo había conseguido confirmar que todo se estaba gestionando a través de un intermediario tan importante como Morningside Realty, con sede en el norte y negocios en todo el área metropolitana de Nueva York.

Gen anotó la información en la pizarra. Las pistas sobre los dos hombres estaban en rojo. La torre Met era un cajón azul, con Charlotte Armstrong en un lado y Vlade Marovich en el otro.

Se quedó pensando un instante junto a la pizarra mientras sopesaba los posibles escenarios. Tenían que descubrir lo que se traía entre manos el *hedge fund* de Vinson y si estaba detrás de la oferta por la Met. Había que investigar a todos los empleados de Vlade en la torre. Era un alivio pensar que ni Charlotte ni Vlade tenían razones para participar en la desaparición, pero Gen no se fiaba de tal alivio. Esos sentimientos solían llevarla a perder la claridad y saltarse detalles. Por otro lado, este era un oficio donde la intuición era esencial.

Supongamos que los dos hombres se hubieran zambullido en el lago oscuro de Alban Albany mientras trabajaban allí y hubiesen dejado el acceso necesario para realizar el picotazo fugaz de la BC. Eso podría explicar la rápida respuesta que sugería una desaparición la misma noche. En términos de operaciones de alta frecuencia, una hora equivalía a una década.

O supongamos que Vinson estuviera detrás de la oferta de Morningside por el edificio y que Rosen y Muttchopf lo hubiesen descubierto o hubiesen interferido con la oferta de alguna manera. Podía ser política habitual en Alban Albany elevar cualquier decisión corporativa sobre Rosen directamente a Vinson; podía ser que su gente tuviese instrucciones de tener vigilado al primo del jefe. Unos vigilantes para la oveja negra, como solía decirse. Seguro que muchas familias tenían la suya, incluidas muchas familias de la policía de Nueva York.

Mientras daba vueltas sin rumbo concreto a la pizarra, Sean y Claire la miraban afectuosamente. La inspectora era la viva imagen de la vieja escuela. Para sus jóvenes ayudantes, resultaba entrañable e impresionante a partes iguales, de un modo misterioso e incluso frustrante. A menudo obtenía sus resultados a base de dar vueltas a aquella pizarra blanca, por inútil que pudiera parecer. No obstante, de vez en cuando Sean meneaba la cabeza e incluso levantaba una mano.

—Esto es precisamente lo que no es —se quejaba—. No es un diagrama, no se puede representar en un mapa. Te confundes con estas cosas.

—Un hilo a través de un laberinto —replicaba ella—. Los laberintos siempre tienen cuatro dimensiones.

—Pero tienes que pensar en seis dimensiones —sugería Sean.

Y ella meneaba su cabeza.

—Solo existen cuatro dimensiones, joven. No pierdas el norte.

Y entonces él meneaba la cabeza. ¡Eres tan de la vieja escuela!, sugería su mirada. ¡Solo cuatro dimensiones! ¡Cuando es evidente que hay seis! Extremo sobre el cual Gen se negaba a preguntarle. No quería que le explicaran esas dos dimensiones extra, tan evidentemente ficticias. Que los jóvenes navegasen por esas aguas.

En aquel momento les preguntó qué habían descubierto sobre la oveja

negra. Al parecer, los dos primos habían vivido en la misma casa durante una temporada, tras inundarse la de Jeff durante el Segundo Pulso. Eso podría haber derivado en sentimientos fraternales o en un odio de por vida. La misma probabilidad para cada opción, pero partiendo de otra dicotomía a partes iguales: que la cohabitación hubiera dado lugar a emociones fuertes o una completa indiferencia. Pero incluso eso suponía que existía una probabilidad del veinticinco por ciento de que Vinson hubiera querido mantenerse informado sobre la oveja negra de la familia.

Y aun así, lo había contratado en dos ocasiones. Una de ellas después de que Rosen se recusara a sí mismo mientras Vinson estaba siendo investigado. ¿Mantén cerca a tus amigos, pero más cerca a tus enemigos? ¿Controla a la oveja negra? Y entonces llegó el picotazo fugaz en la BC. La confianza entre operadores se pierde fácilmente y cuesta mucho de recuperar. Así que pon a pastar a la oveja negra en campo abierto, bien lejos.

—Demasiadas teorías para tan pocos datos —dijo ella, para aparente alivio de sus subordinados.

Pero seguía teniendo la sensación de que la explicación se escondía en algún rincón de aquella pizarra, por mucho que se quejara Olmstead. Desordenados, sin duda, pero los titulares estaban allí. Quizá. Si era un caso con sentido; a veces, simplemente, no lo tenían.

—A ver si podéis acceder a los datos confidenciales de Morningside Realty.

Olmstead arrugó la nariz.

—Complicado sin una orden.

—No la tendremos. A ver si se puede sobornar a alguien de dentro.

Sus asistentes resoplaron a la vez.

—Vamos —protestó ella—. ¿Sois polis o no?

La miraron como si no supieran de qué estaba hablando. Ella resopló. Quizá tendría que encontrar a otra persona para que se encargara de esas cosas. Sus *Irregulares* del *bacino*. O sus amigos federales. O ambos. Gente que siguiera viviendo en tres dimensiones.

Los dos jóvenes se marcharon. Faltaba poco para la hora del almuerzo. Apenas había empezado a tachar puntos de su lista de tareas pendientes.

Tocaba comer en el escritorio, como tantas otras veces.

Luego siguió trabajando. Asuntos del departamento. Horas perdidas. Y ya eran casi las cuatro. Decidió que era buen momento para hacer una visita a sus amigos de Mezzrow's. Hora de volver a casa, de zambullirse en las profundidades del hogar. Porque ella también había sido, en su día, la oveja negra de la familia.

•••••

La teniente Claire se reunió con ella fuera, en el estrecho muelle que daba a la Veintiuno y ambas esperaron la llegada del sargento Fripp en su crucero, un hidroala estrecho que usaba la policía como vehículo rápido reglamentario.

—¿De verdad que quieres volver allí? —preguntó Fripp mientras subían a bordo.

Dientes blancos enmarcados en una barba blanca; a Ezra Fripp le gustaba ir al Mezzrow's o a cualquier otro sitio que estuviera sobre el agua, o debajo del agua, siempre que pudiera hurgar en el caos.

El cinismo de Gen en cuanto a los anfibios, sus garitos y sus casas de baños se había endurecido en los últimos años. Habían cambiado demasiadas cosas y se habían cometido demasiados crímenes, pero siempre podía recurrir a ese núcleo nostálgico por los viejos tiempos si se esforzaba lo suficiente.

—Sí —le dijo a Fripp.

Fripp subió por la Segunda hacia la Treinta y tres, viró al oeste y navegó hasta detenerse cerca de la vieja estación de metro. Los cruces estaban llenos de embarcaciones que seguían la vieja convención de «espera tu turno antes de girar». El estrecho muelle del lado oeste estaba hasta arriba, pero la policía conservaba algunas de sus viejas prerrogativas, y Ezra se adentró allí sin prisa, pero sin pausa. Amarró la embarcación a una de las cornamusas y saltaron al muelle, dejando un dron de vigilancia.

En el extremo norte del muelle descendieron por las escaleras de un gran

tubo de grafeno con una inclinación de cuarenta y cinco grados hasta una madriguera submarina que antaño había sido una estación de metro. La puerta del garito, al pie de las escaleras, tenía un estilo clásico y Gen llamó empleando el viejo código de la banda submarina de la que había formado parte en Hoboken treinta años atrás. Un ojo apareció en la mirilla, y al cabo de un instante se abrió la puerta y los escoltaron al interior.

—Ellie me espera —dijo Gen al portero, lo cual no era cierto salvo porque era una condición permanente. Tenían una larga historia.

Ellie no tardó en presentarse y les indicó que la acompañaran a la trastienda, dominada por una antigua pero impoluta mesa de billar y unos casilleros pegados a las paredes. La luz era tenue y los casilleros estaban vacíos. Aún era temprano en el establecimiento de Ellie.

—Sentaos —les invitó—. ¿Qué os trae por aquí? ¿Queréis tomar algo?

—Agua —dijo Gen por molestar.

Ezra y Claire preguntaron si podían usar la mesa de billar. Ellie asintió y se pusieron a lanzar bolas sobre el tapete sin que pareciese que tenían muchas probabilidades de colarlas en ningún agujero. Ellie se sentó en su mesa de la esquina y Gen se unió a ella.

—Bueno —dijo Ellie.

Seguía siendo muy elegante. Era sueca y tenía el pelo de un rubio tan claro que se rumoreaba que era albina, cosa que a la gente submarina le parecía gracioso como un chiste redundante. Medía 1,75, pesaba 55 kilos y esta poca carne la tenía muy bien distribuida. Transpiraba encanto. Estiró los dedos sobre la mesa, como si quisiera exhibirlos. Siempre intentaba intimidar a Gen con su marmórea y pálida belleza, y la inspectora debía admitir que le costaba esfuerzo evitar que surtiera efecto. Claro que no era difícil mantenerse delgada viviendo a base de fentanilo, ni tampoco estar relajada. Gen era consciente de todo ello, y aun así le costaba no sentirse un poco desaliñada en su presencia. Como una poli. Como una corpulenta poli negra casada con su trabajo. Ébano y marfil, las respectivas reinas del tablero de ajedrez, la supermodelo y la ensimismada, la hombruna, la poli, etcétera. Pero, por encima de todo, eran viejas amigas cuyos caminos se habían separado.

Así había sido durante muchos años. Y saber que Ellie estaba allí significaba que Gen sabía lo que se cocía bajo el agua. Sabía que los acuerdos cerrados allí abajo eran cosa de poca monta, como negocios ordinarios, al menos en comparación con lo que podrían haber sido. Ocuparse de los anfibios implicaba conocer quién llevaba qué a dónde, tejer relaciones y usarlas cuando era posible. Eso podría aplicarse a las dos.

—Tengo entendido que están vendiendo una mercancía chunga en Kips Bay —dijo Gen— y he venido a comprobarlo. No me sonaba a ti. Y no podía creer que fueras tú.

Ellie frunció el ceño. Aquello era ir directa al grano, y Gen lo sabía de sobra. Pero había llegado el momento de prescindir de los cotilleos sobre las nuevas modas submarinas y demás.

La sueca abandonó sus muecas ante aquella bola rápida y dijo:

—Sé a qué te refieres, Gen, pero no es ninguno de nosotros. Sabes que no lo permitiría.

—Entonces, ¿quién?

Ellie se encogió de hombros y paseó la mirada por la estancia. Estaban en una jaula de Faraday cuya carga magnética interfería cualquier grabación. De todos modos, Gen tampoco tenía grabadora. Ni cámara corporal, elementos que formaban parte de los protocolos que regían su relación. Mejor charlar allí que en la comisaría, y esas cosas. Gen asintió para confirmarlo y Ellie se inclinó hacia delante y dijo:

—Hay un grupo del norte de la ciudad que está sacando esa mierda, me da que para fastidiarnos los ánimos aquí abajo. Es tan estúpido que creo que es a propósito. La semana pasada perdimos a alguien, así que he puesto a todo el mundo en alerta y vigilamos las caras desconocidas y todo eso.

—¿Quiénes son?

—Aún no lo sé, y lo interesante es lo que me está costando conseguir cualquier información. Nadie bajo el agua suelta prenda. Creo que la gente siente la presión. No quieren quedar mal, pero tampoco ayudan. Tendré que lidiar con ello más adelante. Mientras, tengo un contacto en el Cloister que dice haber oído decir que estamos maduros.

—¿Maduros?

—Para el desarrollo.

—¿Urbanístico? —preguntó Gen.

—¿No lo es siempre? O sea, ¿cuándo no se trata de tema inmobiliario?

—¿En la intermarea?

—La intermarea está madura, eso dicen. Tiene sus problemas, es un desastre, pero la gente ha lidiado con lo peor y ya empieza a funcionar. Así que ahora el norte de la ciudad quiere volver a echarle el guante. Se acabaron los parches. Es hora de dar la vuelta a las cosas.

—Pero hay que ser propietario para poder vender.

—Eso es.

—¿Y las cuestiones legales? Se supone que no se puede ser propietario en la intermarea.

—La posesión supone nueve décimas partes de la ley, ¿no? Pero claro, las compras no han ido tan bien, y puede que eso mismo forme parte del asunto. Ha habido mucha resistencia. Casi nadie está dispuesto a vender a esos capullos, ni siquiera a esos precios. Ofrecen mucho dinero. Tengo entendido que treinta mil por metro cuadrado en algunos edificios. Pero ya sabes, si te gusta el agua solo puedes encontrarla en el agua. Poco importa cuánto dinero le ofrezcas a las lapas. Así que los capullos suben la oferta hasta que nos volvemos locos y queda claro que las ofertas son amenazas. En plan: toma nuestro dinero o atente a las consecuencias. Si lo rechazas, será culpa tuya. Ahora juegas en otra liga. Si decides no jugar el partido, te pueden pasar cosas malas, y si no juegas, es culpa tuya.

—Te lo están haciendo a ti —dijo Gen.

—Claro. Nos lo hacen a todos los que estamos en remojo. Nueva York es Nueva York, Gen. La gente quiere este sitio, anegado o no.

—El moho —dijo Gen.

—Venecia está llena de moho y, aun así, todo el mundo la adora. Y esto es la Supervenecia.

—¿Entonces, dices que están vendiendo mercancía chungu para daros mala reputación?

—Si no es eso, se le parece mucho. Mis amigos no están detrás, eso lo tengo claro. Cuidamos de los nuestros. Todo lo que toma el personal se

prueba antes, y la mayor parte se cultiva o se elabora bajo el agua. No te estoy diciendo nada que no supieras ya, ¿verdad?

Gen asintió.

—Por eso he venido a preguntarte lo que está pasando. Me resultaba extraño.

—Es extraño.

Se quedaron mirándose mutuamente: dos figuras poderosas del bajo Manhattan. Pero nadie podía soportar por sí solo la presión desde el norte. Hacía falta trabajo en equipo. Y eso era lo que revelaba el elegante rostro de Ellie, ahora perceptiblemente ojeroso y colocado. Gen solo pudo asentir.

Ellie esbozó una sonrisa tensa.

—Cuando supimos que venías, algunos me preguntaron si tenías pensado volver al ring. Ya corren las apuestas.

Gen meneó la cabeza.

—Me he retirado, ya lo sabes. Soy mayor.

La sonrisa de Ellie adquirió una fina pátina de cordialidad.

—Pues algunas apuestas ya se han perdido.

—Y otras se han ganado. Iré a ver los combates contigo. Siempre es divertido ver uno o dos.

—Bien. Mejor que nada. Les alegrará ver a la campeona de nuevo.

—La excampeona.

—Por favor, deja de recordármelo. Soy mayor que tú.

—Por un mes, ¿no?

—Sí.

Ellie se levantó y se dirigió hacia la puerta, donde intercambió unas palabras con alguien.

Gen hizo un gesto a Ezra y Claire, que seguían haciendo una demostración de falta de destreza con las bolas. No habían echado a perder su juventud, de eso no cabía duda. Nativos digitales genuinos. No sabían qué hacer con la tercera dimensión. Seguro que también eran unos paquetes al ping-pong, supuso.

—Debéis tener presente la sexta dimensión —les dijo.

Pero eso era cosa de Sean. Ellos no lo pillaban.

—Voy a ver un combate de sumo acuático —les dijo—. Quiero que vengáis y observéis a los asistentes. No os distraigáis. Buscad a alguien que vigile a Ellie durante el combate; que le preste más atención a ella que al propio espectáculo.

Ambos asintieron.

Ellie regresó y los condujo por un pasillo hasta una escalera que descendía. Bajaron varios tramos por ella hasta quedar muy por debajo del nivel de las calles, a unos veinte metros más allá de la bajamar, en una sección aireada de un túnel de metro. Las viejas paredes y mamparos del túnel estaban cubiertos por una densa capa de espray de diamante que mantenía a raya las aguas subterráneas. A esas cámaras se las llamaba globos de diamante o cuevas de diamante y podían ser muy largas. La cobertura de diamante era lo único que las mantenía secas, aparte del lecho rocoso de la propia isla.

Llegaron a una amplia cámara iluminada que tenía una piscina turquesa de forma redonda, labrada en el centro, que iluminaba el lugar como una lámpara de lava. Una casa de baños neoyorquina, claro; otro viaje a la nostalgia, como el propio garito. La misma idea. La piscina principal era una bañera caliente al estilo de las lagunas azules islandesas, que burbujeaba en lugares distintos a temperaturas distintas. Era un lugar para quienes quisieran tomar un baño caliente, beber y charlar. A Gen le resultaba todo muy familiar. Había pasado muchas horas en rings como aquel, pero hacía tanto tiempo que ya había superado la propia nostalgia, o eso parecía, y no deseaba volver. La mera idea le provocaba dolor de rodillas, y a veces le costaba recuperar el aliento incluso al aire libre. No, eso era un juego para críos, como muchos de los que había allí.

Mucha gente estaba llegando desde otras cámaras y otras piscinas, muchos con traje de baño o sin él, pero ya mojados. Gen se sentó junto a Ellie y disfrutó del ambiente y los saludos amistosos: «Oh, ha vuelto», «Vuelves con mami, ¿eh?», y cosas por el estilo.

—Por favor, Gen-gen, ¡vuelve al ring!

—Ni hablar —respondió—. Enséñame lo que tienes.

—¡Aquí acepto hasta dinero! ¡Hasta dinero!

—Llegarán enseguida —le dijo Ellie.

Gen asintió.

—¿Alguien que conozca?

—Lo dudo. Son jóvenes. Ginger y Diane.

—Vale. Pero oye, después habrá que socializar y no podremos volver a los negocios. Pero quiero descubrir quién se está metiendo en tus cosas, ¿de acuerdo?

—Lo intento —se quejó Ellie—. Nadie quiere saberlo más que yo.

—Pues entonces quizá te convenga tener vigilada a la empresa de seguridad Pinscher Pinkerton.

Ellie arqueó las cejas.

—¿Tú crees?

—Me da por ahí.

—Es interesante, porque su nombre ya ha salido antes.

—Eso sí que es interesante. Pues encárgate de ello.

Las dos jóvenes entraron, ya mojadas y ataviadas con sus trajes de baño de dos piezas, una de rojo y la otra de azul. Ambas eran fornidas y curvilíneas, y suscitaban exclamaciones de admiración y censura por parte de la audiencia. La gente seguía llegando desde otras estancias, y esta no tardó en llenarse.

Las luchadoras entraron en el ring central de la piscina. Se mostraron amigables al estrecharse las manos, mientras el público iba ocupando su sitio alrededor de la piscina, sentados o de pie en una especie de gradas. Muchos eran de un género indeterminado, y vestían con llamativos trajes de baño. Había mucho intergénero en la intermarea. Todo lo «inter» estaba de moda ahora; la «anfibigüedad» marcaba su propio estilo, uno que, al igual que todos los estilos, gustaba de ver y ser visto. La amplia cámara inferior, ahora completamente iluminada por las luces de la piscina, estaba adquiriendo un tono casi sórdido, hasta el punto de que era mejor no mirar muy de cerca lo que pasaba en las esquinas, si bien todo el mundo se mostraba amistoso. Esta era la norma en la casa de Ellie o en cualquier garito-casa de baños, por lo que a Gen le resultaba familiar y tranquilizador. Ezra y Claire tenían los ojos como platos. Estaba claro que no eran moradores de las profundidades como

lo fuera ella en su día. Pero estaban bien situados para escrutar el gentío y comprobar si alguien vigilaba a Ellie.

La árbitra preguntó a Gen si tenía a bien presidir la velada. Era, más que nada, un puesto ceremonial, ya que los golpes y los lances se determinaban automáticamente mediante láseres y cámaras, por lo que ella accedió y aceptó la cacofonía de aplausos y silbidos. Dio un golpe en el agua para indicar a las dos luchadoras de que había llegado la hora. Estas se metieron en el agua y emergieron en toda su gloria. Diane parecía una luchadora muy precisa, de piel morena y recia. Ginger parecía más mediterránea y recordaba a una jugadora de polo. En muchos aspectos, el sumo acuático tenía bastante en común con el trabajo de piernas del waterpolo, si bien era considerado menos brutal.

Se encontraron en el centro de la piscina y aguardaron a que los vítores remitieran. Gen tomó la vara de manos de Cy, la árbitra habitual, que aquella noche lucía un parche rojo, y la pulsó para encender la luz. Un cilindro láser de color rojo salió disparado del techo hasta la piscina, tangible a través del aire húmedo y la propia agua, y trazó un llamativo círculo rojo en el suelo de la piscina. El círculo y el cilindro marcaban los límites: quienquiera que lo atravesase por completo, perdía. Un sencillo y viejo juego importado desde Japón hasta las casas de baño de Nueva York hacía muchas décadas. Gen, que había sido campeona en su momento, sintió mariposas en el estómago al ver prepararse a las dos luchadoras.

Entonces les dijo:

—¡Nada de meter los dedos en los ojos, darse golpes o agarrarse la cara, señoritas! Ya conocen las reglas: que sea sumo limpio y no tenga que decirles nada. Iremos a tres salidas para ganar, y si va a *la belle*, las avisaré.

Las dos mujeres se adentraron en el agua hasta que esta les llegó por el pecho. El metro veinte seguía siendo el estándar.

—¡Adelante! —dijo Gen, y las dos mujeres se aproximaron, se estrecharon las manos y volvieron a retroceder.

Y entonces, Ginger se sumergió y Diane hizo lo mismo.

En algunas modalidades había que mantener la cabeza por encima del agua, pero la inmersión completa se había convertido en norma en los

tiempos de Gen, por lo que las luchadoras habían acumulado aire en los pulmones y estaban bajo el agua observándose mutuamente. El aroma al cloro caliente inundaba el aire mientras el público guardaba silencio observando lo que sucedía bajo el agua. Era como una visita a un acuario.

Ginger lanzó el primer ataque y Diane plantó los pies en el fondo y se preparó para encajarlo. La joven Ginger rebotó y Diane se lanzó a por ella. Ginger plantó los pies para contraatacar, y su contrincante se apartó a un lado aprovechando la inercia de la otra y tiró de su cintura y trasero. Ginger se vio arrojada fuera del círculo y Gen declaró la salida, provocando el rugido del público. Una de tres.

Después de aquello, ambas afianzaron los pies en el suelo y trabajaron más duro. Ginger mantuvo la cabeza sobre el agua y Diane hizo lo mismo. Se convirtieron en un reflejo mutuo durante un buen rato, intentando frustrar a la otra. Pero al estar en desventaja, Ginger se había vuelto conservadora y parecía más rápida. Al final fue Diane quien perdió antes la paciencia y Ginger, con una rápida presa y un tirón desde la cintura, consiguió desplazarla y la hizo salir del círculo con una patada en el trasero. A la gente le encantaba ver a dos mujeres pelearse, y a Gen también. Ahora estaban empatadas a una salida, y la más pequeña era más rápida que la más pesada. Esa sería la tónica.

Llegadas a ese punto, Diane recurrió a la rana. Es lo mismo que hubiera hecho Gen en sus tiempos mozos. Ir a la parte baja y empujar desde allí; meterse bajo su rival y presionar hacia arriba y hacia fuera. Era una maniobra muy efectiva si conseguías aguantar el aliento el tiempo suficiente y mantener el equilibrio durante la postura de la rana. Y Diane lo consiguió. Se las arregló para agarrar a Ginger por los tobillos y hacerla girar como un disco fuera del anillo.

Eso puso muy nerviosa a Ginger y, cuando volvieron a empezar, se lanzó directamente al ataque. Pero en el sumo lo importante es la masa estática, por lo que la defensa siempre es la reina, y el rey, así que a Diane ni le costó mucho zafarse a un lado, volver a bajar y afianzarse bajo su adversaria para empujar desde allí y agarrarla del estómago antes de sacarla del círculo. Ella salió justo después, con treinta centímetros de diferencia, a juicio de Gen: un

pie, el izquierdo, y las cámaras lo confirmaron. La victoria era para Diane. Ambas se levantaron y se estrecharon las manos. Luego hicieron lo propio con Gen, que se alegró de que ellas se alegraran de su presencia allí. A todo el mundo le agradaba la presencia de la agente de policía, la famosa inspectora submarina, en una casa de baños privada, ejerciendo como árbitra. ¡Igual que arriba, en la superficie! Si las cosas iban bien.

Bajamar y luz declinante,  
el perfumado frescor del mar llega a tierra, junto con el  
olor de los juncos y la sal;  
y también muchas voces, apenas oídas, de los remolinos;  
muchas confesiones sofocadas, muchos sollozos, muchas  
palabras susurradas;  
como si estuvieran lejos o escondidos quienes las  
pronuncian.  
—Walt Whitman

## f) Mutt y Jeff

Jeff, ¿estás bien?

—No estoy bien. ¿Cómo quieres que lo esté? Estamos atrapados. Nos han metido en una prisión por nuestra propia culpa. La mía, quiero decir. No sabes cuánto siento haberte inmiscuido en todo esto, Mutt. Lo siento de veras. Perdóname.

—No te preocupes. Toma, cómete el desayuno.

—¿Crees que es por la mañana?

—Son tortitas. Tú come.

—Ahora mismo no me entra nada. Tengo el estómago revuelto. Siento náuseas.

—Pero ayer tampoco probaste bocado. Ni el día anterior, si no me equivoco. ¿Es que no tienes hambre? Deberías tenerla.

—Tengo hambre, pero me siento fatal y no me apetece comer. Ahora no me entra nada.

—Entonces bebe algo. Toma un poco de agua. Voy a mezclarla con un poco de jarabe de arce, ¿ves? Estará rico y te bajará bien.

—No, me dará ganas de vomitar.

—Que no, tú solo prueba y verás. Necesitas azúcar. Te estás debilitando. Vamos, si hasta te has disculpado. Eso es mala señal. No eres tú.

Jeff niega con la cabeza. Es un rostro pálido enmarcado en una barba de varios días, con una almohada sucia a modo de fondo. La saliva se ha acumulado en las comisuras de sus labios.

—Yo te metí en esto. Debí pedirte tu opinión antes de hacer nada.

—Sí, debiste. Pero eso ya es agua pasada. Ahora tienes que beber algo. Y luego tratar de comer. Tienes que mantenerte fuerte para que podamos superar esto. Así que guárdate las disculpas ahora mismo, porque te necesito.

Jeff toma un sorbo de agua, algo así como una cucharada. Parte de ella se le derrama en la barba. Mutt le limpia la barbilla con una servilleta.

—Más —dice Mutt—. Bebe más. Cuando estés hidratado, tendrás hambre.

Jeff asiente y toma otro sorbo. Mutt le está dando agua a cucharadas. Al cabo del rato, mete la cuchara en el recipiente de jarabe de arce y le da un poco a Jeff. Este tose un poco, asiente, se yergue y toma unas cuantas cucharadas más.

—Está bueno —dice—. Más.

Se sienta en la cama, apoyando la cabeza y los hombros en la pared. Come unos trocitos de tortita impregnados de jarabe, tose un poco y niega con la cabeza cuando se le ofrecen más. Mutt vuelve a darle agua. Al cabo de un rato, Jeff apoya el vaso de agua sobre su estómago y bebe por sí solo.

—Siento el agua al otro lado de la pared —dice—. Siento cómo se mueve, o puede que la oiga. Me pregunto qué será. Ahora llega más lejos, o tiene más ímpetu o algo.

—No sé. ¿Más tortita?

—No. Déjalo. Me estás agobiando.

—Ya veo que te sientes mejor.

—¿Sabías que agobio viene de joroba en latín? Creo que se le está dando una mala reputación injustamente a esa palabra. O sea, naces con una tara física, todo el mundo se ríe de ti, te entran complejos, ¿y tu nombre deriva en un verbo con connotaciones peyorativas? Es injusto.

—¿Y cuando agobias a alguien para que haga lo correcto? —sugiere Mutt.

—Aun así. El pobre jorobado está jodido. O sea, el príncipe guapo y rico se lleva la gloria, pero el jorobado no. ¿Cómo es que los auténticos capullos nunca cargan con el marrón? ¿Y si usamos sus nombres en vez de defectos físicos? ¿Qué tal si, cuando escuchas una conversación privada, estás *nixonizando*? Oh, ese ha *reaganeado* al pobre diablo hasta dejarlo baldado.

Vale, he hecho un *clinton*, no quería, pero una cosa llevó a la otra y ya pediré disculpas luego. La he *clintoneado* a lo bestia. O el puto Trump. ¿Por qué no decimos que *trumpeamos* cuando nos entra la ira narcisista? No, no *washingtoneamos* una situación. Ni tampoco hacemos *thatcheradas*.

—Pero *obamas* muy bien —dice Mutt.

—¿Ves como te gusta? Es lo que se aprende leyendo más cosas que el *Manual de R*.

—No me vengas con tonterías. Esas son las típicas chorradas que lees en la nube.

El despotriqué de Jeff se reduce entonces a un ronco susurro. Parece que a medio camino entre la vigilia y el sueño.

—*Mierda en la nube*. Una novela de las cloacas celestiales. Podría haberla escrito yo. He pasado tanto tiempo en la mierda que ya me parece limpia. Lo que debí hacer es contenerme y esperar al momento apropiado para hacer algo bueno. La he cagado del todo y lo siento. Ya me disculparé más tarde. Espero que sepas que solo lo hice porque no aguantaba más. Aquí estamos, en este mundo maravilloso (si es que no hemos muerto y nos han mandado al limbo), y ellos se dedican a machacarnos. A inventarse carestías y terrorismo, y a enfrentarnos unos a otros mientras ellos se quedan el noventa y nueve por ciento de todo. Condenar a la miseria a los mismos que los sostienen. ¿Qué criatura inteligente haría eso? Ninguna. Son peores que la peor de las plagas. Eso es lo que hacen, Mutt, y no lo soporto más.

—Lo sé.

—¡Es que está mal!

—Lo sé. Pero ahora no pienses en eso. Debes conservar la energía. Por favor, no enumeres más crímenes de la clase dominante. Ya me los conozco bien. Conserva las fuerzas. ¿Tienes hambre?

—Estoy enfermo. Enfermo de aguantar a esos malnacidos mientras nos esquilmán, citándose en Davos para recordarse lo geniales que son y todas las cosas buenas que están haciendo. Putos cabrones hipócritas... ¡Y siempre se salen con la suya!

—Jeff, para ya. Para. Estas desperdiciando energías con esto, predicas en el desierto. A mí ya me has convencido, así que de nada sirve repetirlo una y

otra vez. El mundo está jodido, sí. Los ricos son unos capullos hijos de mala madre, sí. Pero deja de decirlo.

—No puedo.

—Lo sé, pero debes intentarlo. Solo por ahora. Guárdatelo para más tarde.

—No puedo. Lo intento, pero no puedo. Malditos...

Afortunadamente Jeff se queda dormido. Mutt trata de meterle una cucharada de jarabe más por la comisura de la boca, le limpia la barbilla por última vez y lo arropa hasta el pecho.

Se queda sentado en la silla, junto a la cama, meciéndose ligeramente hacia delante y hacia atrás. Finalmente coge uno de los platos de la bandeja y lo limpia hasta dejar un suave disco cerámico. Lo usa como lienzo para escribir con un poco de mermelada de fresa:

«Mi amigo está enfermo. Necesita un médico ahora mismo».

Los rascacielos parecen lápidas gigantes  
—José M. Irizarry Rodríguez

En Nueva York hay fantasmas. Algún día yo seré unos de  
ellos.  
dijo Fred Goodman

## g) Stefan y Roberto

Stefan y Roberto estaban encantados con que el anciano se hubiese alojado en el piso de la granja de la torre Metropolitan Life. Parecía mejor lugar que su mohoso cuartucho, sobre todo ahora que el edificio amenazaba con acabar de derrumbarse con la marea. El propio anciano no estaba tan de acuerdo con la idea y se mostraba ansioso por recuperar sus cosas, especialmente los mapas. Eso sí que lo comprendían, de modo que se pasaron los dos días siguientes yendo en barca a las ruinas e internándose audazmente en ellas para recuperarlos. Una vez de vuelta en poder del señor Hexter, este se sintió tan agradecido que los mandó a por más cosas. El caso es que muchas de esas cosas que tanto añoraba no podían transportarse hasta la lancha, como el propio armario de los mapas. Pero algunos objetos sí, de modo que se arriesgaron a realizar más incursiones. Cada una de ellas los exponía a que la policía acuática, en su empeño de mantener a la gente alejada de la zona del siniestro, acabase por arrestarlos, pero el señor Hexter les prometió que los sacaría de la cárcel llegado el caso (les compraría una lancha nueva, aduciría ser su profesor, los adoptaría o lo que fuese necesario). No parecía entender que algunas situaciones se escapaban a su capacidad de ayudarlos.

Para apoyar la coartada de que era su profesor, les facilitó un pequeño terminal de muñeca con algunos audiolibros cargados (alrededor de un millón), así como un maltrecho ejemplar de *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain. Les recomendó escuchar la grabación mientras leían el libro. Así aprenderían a leer, siempre que conocieran el abecedario para que las palabras fueran algo más que formas extrañas; concretamente, la forma de

los sonidos. Les juró que el método funcionaba. Los chicos lo pusieron en práctica de noche, cobijados en la lancha bajo el muelle, repasando las páginas con la ayuda de linternas al tiempo que escuchaban la grabación todo el tiempo que aguantaban. Las palabras se iluminaban a medida que iban siendo pronunciadas, pero al final cedieron y se limitaron a escuchar el relato. Era una historia interesante. Cursi, pero divertida. Ellos también habían pasado hambre y robado comida. También habían recibido amenazas y, en un par de ocasiones, habían sido retenidos por adultos que abusaron de ellos. Resultaba extraño oír un relato que tratase de esas cosas. La noche siguiente volverían atrás en la grabación hasta la página donde dejaron de leer y ojearían el libro un rato mientras volvían a escuchar. No tardaron en averiguar lo que quería decir el anciano. Era un sistema bastante sencillo, si bien el deletreo daba lugar a menudo a extraños errores. Se familiarizaron bastante con la historia de Huck y disfrutaban debatiendo al respecto mientras avanzaban. Qué tiempos aquellos en el Misisipi. En cierto modo, parecidos a la vida en el Hudson. Y mientras tanto, cada día, cruzaban la ciudad en su lancha para recuperar los libros del señor Hexter (que pesaban mucho), su ropa (que estaba mohosa) y sus botas de caucho (que apestaban).

Vlade ya sabía que dormían en la lancha bajo el muelle y solía llevarles comida, así como baterías cargadas para la embarcación, para que pudieran recorrer los escombros sin necesidad de remar. Siempre optaban por los canales que no habían sido acordonados por la policía acuática. Todo el mundo coincidía en que las tres torres que permanecían más o menos intactas acabarían por derrumbarse también. Tenían que permanecer al sur del barrio todo el tiempo que les fuera posible antes de lanzarse al interior.

Un día, al llegar al edificio, se dieron cuenta de que se había inclinado aún más.

—Tío, es como la casa flotante de Papá en el Misisipi.

—No creo que la casa fuese suya —dijo Roberto—. Creo que Huck y Jim se lo encontraron dentro, nada más.

—Solo se lo encontró Jim. Luego se lo contó a Huck.

—Sí, ya, ya.

—Pero ¿por qué iba a estar allí Papá si no era suya?

—No lo sé, no creo que lo hayan dicho todavía. A lo mejor se explica más tarde en la historia.

—Puede ser. Pero, mientras, aquí tenemos un problema. Hay que decirle al viejo que este sitio es demasiado peligroso.

—¿Seguro? Creo que deberíamos echar un vistazo.

—¿Qué quieres decir? ¡Ya se lo puedes echar desde aquí!

—No estoy seguro.

—Venga ya. No me seas como Tom Sawyer.

—¡Menudo capullo! No soy como ese idiota.

—Pues que lo parezca.

• • • • •

Rodeado de algunas de sus posesiones, Hexter empezaba a sentir que el alojamiento se parecía a su casa, a saber: un laberinto de cajas y libros apilados.

—Benditos seáis, muchachos —dijo aquella noche—. Os pagaré en cuanto pueda. Quizá podríais ayudarme a volver a llevar estas cosas cuando me mude de vuelta. Os pagaré el doble. Mientras, imagino que querréis volver al asunto de la excavación en el Bronx.

—Exacto. Eso mismo estábamos pensando.

Al día siguiente, pasaron corriendo por la cocina de la Met y cogieron una barra de pan recién salida del horno mientras Vlade miraba hacia otro lado, como solía hacer últimamente. Esos días comían con más regularidad. Vlade hacía lo mismo con los gatos del *bacino*. Salieron al frío de aquel día de noviembre con rumbo norte, y navegaron frente a edificios anegados, corrales de acuicultura y lechos de ostras en Turtle Bay.

Tras atravesar el Harlem por debajo del puente Robert F. Kennedy y, luego, el viejo puente del ferrocarril (ese monstruo que la gente decía que duraría mil años), recorrieron la costa este de Ward Island hasta su destino, al sur del Bronx. Para su alegría, la boya que habían dejado para indicar el

punto concreto seguía allí. Una vez amarrados a ella, prepararon la campana de inmersión y la soltaron por la borda. Roberto se enfundó su traje de buceo y Stefan le ayudó a ponerse el equipo. Todo iba bien cuando Stefan dijo:

—Sigo sin ver cómo vamos a excavar tan hondo.

—Insistiremos —dijo Roberto—. Puedo dejar el fango en el lado oriental del agujero. El bamboleo de la marea lo llevará arriba y abajo, pero no de vuelta al hoyo. Así, cada vez estaré más profundo, hasta dar con el *Husar*.

Stefan meneó la cabeza.

—Eso espero —dijo—. Pero mira, como no vamos a poder hacerlo de una vez, tendrás que subir cuando te lo diga.

—Sí. Tres tirones al conducto de oxígeno y subo.

Roberto se dejó caer por un lado de la lancha y Stefan levantó la campana para colocársela por encima. Lo único que se veía bajo el plástico transparente era a su amigo, meciendo la campana para dejar salir un poco de aire. Un estallido de burbujas sacudió la superficie antes de que Roberto y la campana comenzaran a descender. Estaban en pleamar, de modo que había un trecho hasta llegar al fondo, cosa que preocupaba a Stefan. Observó cómo su amigo desaparecía en la oscuridad y se puso a manejar la bombona de oxígeno. Era lo único que podía hacer para mantenerse ocupado. Observó la aguja del indicador hasta que empezó a moverse y luego oteó los alrededores para asegurarse de que nadie los vigilaba mientras estaban a lo suyo. El sol ya había despuntado, al sur, y arrancaba destellos en una franja por el río manso, que, por lo demás, lucía un bonito azul oscuro. Había más barcas alineadas en el centro del canal, pero cerca no había nada más pequeño.

Entonces una ola agitó el agua y golpeó la embarcación, antes de disgregarse en innumerables olas más pequeñas. La embarcación se puso a dar vueltas hasta que la cuerda atada a la punta de la campana de inmersión se tensó por la borda, al igual que el conducto de oxígeno. Y de repente Stefan vio que el conducto seguía tenso, pero la cuerda se había aflojado. Tiró de ella y dejó escapar un grito involuntario al comprobar que no ofrecía resistencia alguna. Estaba suelta. ¡La cuerda ya no estaba atada a la campana! Volvió a tirar para asegurarse y acabó sacándola del agua. El extremo estaba rizado, como cuando una cuerda de plástico se desata después de haber

pasado mucho tiempo atada. No tenía sentido, pero ahí estaba. Roberto estaba en alguna parte del fondo y no había manera de sacarlo de ahí.

—¡Ay, no! —chilló.

El tubo de oxígeno se extendía bajo el borde de la campana, y su extremo se curvaba hacia arriba en el cono de aire atrapado. Stefan dio tres tirones y luego gritó por él, aun a sabiendas de que no transportaría el sonido de su voz hasta el fondo. Por ahora, Roberto tenía aire, pero cuando la bombona de oxígeno se agotara (como la de reserva, bajo la bancada) seguiría siendo imposible elevar la campana. Es posible que Roberto pudiera levantar uno de los extremos, colarse por debajo y nadar hasta la superficie. Sí, igual eso podía funcionar. Volvió a chillar el nombre de Roberto y tiró tres veces del tubo, si bien ahora con más suavidad por temor a sacarlo de debajo de la campana. Esta pesaba; pesaba más que el cono de aire atrapado en ella. Y el agua ejercería su presión con todo el peso de la pleamar. Era muy posible que Roberto no fuese capaz de levantar la campana lo necesario para deslizarse por debajo.

El viento lo empujaba a contracorriente hasta el punto de tensar el conducto de oxígeno y dejarlo plano a un lado de la lancha. El flujo de aire podía interrumpirse o salirse el tubo. Stefan encendió el motor, recortó distancias con la boya y se agarró a ella. Colgado de ella, con su peso apoyado sobre los codos, la respiración acelerada y tiritando a pesar de que el sol ya había salido, fue consciente del pavor que sentía.

Pulsó su terminal de muñeca y llamó a Vlade.

Este cogió la llamada, a Dios gracias, y Stefan se apresuró a contarle la situación.

—¿Una campana de inmersión? —repitió Vlade, intentando asimilar la esencia del problema—. ¿Por qué?

—Eso da igual —repuso Stefan—. Te lo contaremos más tarde, pero ¿puedes venir y ayudarme a sacarlo? Apenas le queda una hora de oxígeno y solo tengo una bombona de reserva.

—¿No le puedes decir que suba nadando?

—No. ¡Y no creo que pueda levantar la campana a pulso desde abajo! Normalmente tira de ella el que se queda en la lancha. Y hasta con la

manivela cuesta.

—¿A qué profundidad se encuentra?

—A unos ocho metros.

—¡Malditos críos! —replicó Vlade secamente—. No me lo puedo creer.

—¿Puedes venir, por favor?

—Repíteme dónde estáis.

Stefan se lo dijo.

Vlade no salía de su incredulidad.

—¡Pero qué cojones...! —dijo—. ¿Por qué?

—Tú ven y te lo diremos —le prometió Stefan.

Ahora estaba sentado, con la cabeza asomada sobre el agua opaca sin ver nada. Sentía que iba a vomitar de un momento a otro.

—Por favor, ¡date prisa!

En enero de 1925, cuando se produjo un eclipse de sol total en la ciudad de Nueva York, la gente dijo que parecía una ciudad surgida del fondo del mar.

## **h) Vlade**

Vlade repasó mentalmente lo que podía necesitar mientras corría por las escaleras que conducían al muelle del embarcadero. La profundidad era suficiente para usar un equipo de inmersión. No se le daba bien la inmersión libre. Pero lo que realmente necesitaba era un barco rápido, y, justo cuando llegaba al muelle, vio que Franklin Garr estaba allí, esperando a que Su bajara el pequeño hidroala de los enganches donde lo había dejado él. Parecía tan impaciente como siempre.

—Hola —dijo Vlade—. Necesito tu barco.

—¿Cómo dices?

—Lo siento, pero Roberto y Stefan están metidos en un lío al sur del Bronx.

—¿Ellos otra vez?!

—Sí, y uno se va a ahogar si no llego a tiempo para sacarle del agua. Tu barco es, de lejos, el más rápido que hay aquí, así que, ¿me lo puedes prestar? O puedes acompañarme.

—Joder, por el amor de Dios —dijo Garr, con un repentino aire de ferocidad.

Vlade se encogió de hombros, mientras calculaba cómo serían las cosas si se veía obligado a quitarle el barco por la fuerza. Aquello se parecía a una versión en el mundo real de una pesadilla que había tenido demasiadas veces en los últimos quince años, en la que parecía tener al alcance de la mano la posibilidad de salvar a Marko, pero sus esfuerzos se veían desbaratados por toda clase de obstáculos imposibles. Sentía verdadero pánico, y estaba

dispuesto a golpear al tipo y largarse, y probablemente aquello afloró en su rostro, porque el otro volvió a jurar y añadió:

—Te acompaño. ¿Dónde decías que estaban?

—Al sur del Bronx, justo al este de los puentes.

—¿Qué coño hacen allí?

—No me lo han dicho. Te lo agradezco. Tengo mis cosas aquí mismo.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Garr en cuanto se subieron al hidroala.

—Bajar hasta su campana de inmersión y volver a atarle la cuerda.

—¿Una campana de inmersión? ¿En serio?

—Eso dijo Stefan. Es una idiotez.

—Y tanto.

—Así son ellos. Pero no podemos dejar que se ahoguen.

En cuanto pronunció esas palabras, se le hizo un nudo en la garganta que lo obligó a apartar la mirada.

—Supongo que no —admitió Garr, y enfilaron la Veintiséis en dirección este.

A esa hora del día, el canal estaba muy concurrido, pero se le daba bien sortear el tráfico, y por una vez tenía una buena excusa para hacerlo, de modo que lanzó su embarcación a través de las estelas, pasando entre los huecos que dejaban barcas, kayaks, vapores, barcas de remos y góndolas. Huecos más pequeños de lo que le hubiese gustado a Vlade. Corría como un infractor de manual, un tunante de Brooklyn, pero aquel día era por una buena razón.

Al llegar al río East, aceleró a fondo y el hidroala hizo honor a sí mismo y se elevó sobre las aletas para volar. La burbuja de papel cristal de la cabina cortaba el aire en su avance. Vlade quedó asombrado ante la velocidad a la que pasaba el edificio de la ONU a su izquierda. Al otro lado no tardaron en aparecer las moles de ladrillo anegadas de Roosevelt Island, antes de la confluencia de Hell Gate, que atravesaron como un avión a baja altura. Avanzaban a entre 90 y 100 kilómetros por hora, una excelente noticia dadas sus apremiantes necesidades. Vlade, impresionado a su pesar, empezó a notar un atisbo de alivio en el nudo que atenazaba su estómago. También estaba redescubriendo lo que alguien le había explicado una vez: que una parte del

postraumatismo consistía en la incapacidad de pensar con claridad cuando se desencadena la causa. Te limitas a volver al trauma tal como fue en su momento, una y otra vez.

Cerca de la orilla, en el arrecife roto y oxidado que antaño había sido la parte sumergida del sur del Bronx, una pequeña zodiac gris flotaba en solitario. Era la lancha de los muchachos, no cabía duda. A bordo estaba uno de ellos, haciéndoles gestos desesperados con los brazos.

—Parece que son ellos —constató Garr, mientras aminoraba la marcha para que el cuerpo de la embarcación volviera a tocar agua con un chapoteo que recordó el del pecho de un cisne.

Incluso así, avanzaron rápidamente por las aguas poco profundas, con las alas desplegadas a ambos lados y Garr erguido y con la mirada al frente, como si afrontara un peligro. En circunstancias normales, a Vlade le habría parecido que la velocidad era excesiva, pero, dadas las circunstancias, le alegró su temeridad. Siempre que no encallaran en algo, claro. Contuvo la respiración mientras cruzaban unos puntos oscuros en el lienzo azul, pero no ocurrió nada. No sabía si las aletas de la embarcación se contraían. En algunos modelos sí, en otros no. Se reservó la pregunta para más tarde. Aún no sabía qué opinar de aquel joven profesional de las finanzas, un tipo de lo más despectivo y egoísta, en apariencia. Pero buen piloto, al parecer.

Se aproximaron a Stefan, que seguía de pie en la zodiac y los recibió con gesto aliviado. Mantuvo el equilibrio cuando la estela del hidroala sacudió su lancha y señaló hacia abajo.

—¡Está ahí!

—¿A qué profundidad? —inquirió Vlade.

—En el fondo.

—¿Y a cuánto está eso?

—Con la marea alta, a unos ocho metros y medio.

Vlade suspiró. La pleamar acababa de culminar. Ya llevaba puesto el traje de buceo. Se equipó con el chaleco, la bombona, las gafas, el regulador y el ordenador. Por último, se colocó las gafas sobre la capucha del traje, se enfundó los guantes y agarró la cuerda.

—Vale, voy para abajo —les dijo por mantener el protocolo—. Dejad la

cuerda suelta, quiero poder moverme.

Saltó al agua y notó la punzada del frío en la zambullida. Al principio, supuso cierto alivio del calor que sentía bajo el traje impermeable. Había estado a punto de empezar a sudar. Ahora estaba fresco y no tardaría en sentir frío, pero no en la piel, sino más bien como si algo helado lo succionara desde el exterior.

El río estaba negro incluso a treinta centímetros de la superficie, como sucedía siempre en los bajíos de las barriadas inundadas. El foco frontal que llevaba solo iluminaba partículas acuáticas de distintos tipos: algas, fango, pequeñas criaturas, desechos... La marea estaba muy alta. Más abajo percibió un leve destello.

Agarró la cuerda de los muchachos y nadó con ella hacia abajo hasta colocarse sobre el destello. Era una especie de campana de plástico transparente, lo bastante gruesa para reflejar su luz y no dejarle ver lo que había en su interior. Probablemente fuese Roberto, de modo que dio tres golpecitos a un lado. A continuación ató la cuerda con tres lazadas y luego tiró con fuerza. Después, regresó a la superficie y se levantó las gafas.

—¿Lo has visto? —preguntó Stefan, ansioso—. ¿La has atado?

—¡La cuerda está atada! Tira un poco de ella y lo sacaré de debajo.

Stefan y Garr se pusieron a tirar de la cuerda. Al principio se les resistió, como era de esperar. Tanto, de hecho, que Vlade se asombró de que los muchachos hubieran podido hacerlo solos. Había un carrete atornillado a la bancada, pero era pequeño y costaría enrollarlo. Los dos que se quedaban en la lancha se pusieron a tirar del carrete mientras él se ponía las gafas de buceo y se sentaba de espaldas al agua para sumergirse de nuevo, con la intención de sacar a Roberto de debajo de la campana y subirlo a la superficie. Resultó ser una buena idea ya que, cuando asomó la cabeza por el borde de la campana y miró hacia la bolsa de aire, comprobó que el muchacho parecía aturdido y medio inconsciente. Estaba apoyado en una tira sujeta con velcro al interior de la campana. Los ojos se le salían de las órbitas y tenía la boca fruncida en un pequeño nudo. Estaba listo para aguantar la respiración hasta llegar a la superficie. Buen chico. Aún conservaba algo de consciencia. Vlade le hizo un gesto con la cabeza, señaló hacia arriba, lo sumergió para pasarlo

por el borde de la campana y ascendió con él. Una vez arriba, lo empujó desde abajo mientras los otros dos tiraban de él desde la lancha, que tenía menos espacio que el hidroala, pero también una línea de flotación más baja.

Vlade se encaramó a un lado de la zodiac y, tras unos momentos de forcejeo, logró subir a bordo. Roberto estaba a su lado, tendido en el suelo, mojado y embarrado, con el rostro teñido de azul. Tiritaba. Sus labios y su nariz estaban teñidos de blanco por el frío y la anoxia, o ambos. Vlade se quitó las gafas, se desenganchó la bombona y salió del traje. Seguidamente, se puso en cuclillas junto a Roberto y agarró su pequeña mano azulada. Estaba muy fría.

—¿Tienes agua caliente en tu barco? —preguntó a Garr.

—Tengo un hornillo.

—Ve y tráenos un recipiente con el agua más caliente posible —le pidió—. Hay que calentar a este crío.

Acercó la cara a la mano de Roberto y añadió:

—Roberto, ¿se puede saber en qué pensabais? ¡Podrías haber muerto ahí abajo!

De repente se le hizo un nudo en la garganta y no pudo articular más palabras. Apartó la mirada con los ojos enrojecidos, tratando de recomponerse. Hacía un año que no notaba la puñalada de aquel sentimiento. Era como en sus pesadillas, como en el acontecimiento que las había originado. Pero ahora, aquí y ahora, si conseguía devolver el calor a ese chico...

Roberto tiritaba demasiado como para responder, pero consiguió asentir. Sus temblores eran tan fuertes que su cuerpo enclenque rebotaba contra el suelo de la embarcación.

—¿Tienes una toalla? —preguntó Vlade a Stefan.

Stefan asintió y sacó una del compartimiento bajo la bancada. Vlade la cogió y empezó a secar la cabeza de Roberto al tiempo que le frotaba para reavivar la circulación de la sangre.

—Vamos a quitarle el traje de buceo.

Aunque puede que ayudara a subirle la temperatura, puede que estuviera más caliente con él puesto que quitado. Vlade intentó despejar la mente para

recordar el procedimiento reglamentario entre los buceadores municipales. No debían calentar las extremidades demasiado deprisa, eso lo sabía. Era muy peligroso, pues podía llevar la sangre fría hasta el corazón y provocar un paro cardíaco. En general, debían proceder lentamente, pero lo que estaba claro era que había que subirle la temperatura de un modo u otro.

—¿Te seguía llegando oxígeno todo el tiempo? —preguntó Vlade a Roberto.

Roberto movió la cabeza y logró decir con dificultad:

—El conducto se quedó aplastado bajo la campana. Levanté la campana. Lo intenté.

—Buen chico. Creo que te vas a poner bien.

No tenía sentido preocupar al muchacho; probablemente el miedo le estuviera helando las extremidades, como todo lo demás.

—Vamos a ponerte un poco de agua caliente del señor Garr en el pecho.

Garr pasó sobre la borda de la lancha tratando de derramar lo menos posible del agua que llevaba en el cuenco. Vlade lo cogió y sintió la quemazón en los dedos, más por el contraste de temperaturas que por la temperatura real del agua. Vertió un poco sobre el pecho de Roberto. El calor se extendería por su traje de buzo, lo cual era bueno. Vlade ya había superado el asalto de su pasado y estaba de vuelta en el presente con el muchacho, que se iba a poner bien.

—Despacio —dijo mientras indicaba a Stefan que siguiese secándole a su amigo el pelo con la toalla.

El agua no tardó en enfriarse lo suficiente para meter la mano de Roberto en el cuenco. Este seguía tiritando con espasmos que, ocasionalmente, eran más violentos, pero los temblores eran buena señal: había un punto en el que el frío impedía que el cuerpo reaccionara, y de eso costaba recuperarse. Pero el chiquillo no estaba en esas; temblaba como loco. Stefan terminó de secarle la cabeza. Le quitaron el traje, lo secaron con una toalla y lo vistieron: pantalones, sudadera y un abrigo holgado. También enrollaron otra toalla seca en la cabeza, a modo de turbante.

—Vale —afirmó Vlade al cabo de un rato—. Llévanos a casa —le dijo a Garr.

Franklin asintió una vez.

—No me puedo creer que os esté llevando otra vez a la torre, chicos —les dijo a Stefan y a Roberto.

—Gracias —respondieron los muchachos con un hilo de voz.

—¿Qué hacemos con la campana de inmersión? —preguntó Franklin a Vlade.

—Corta la cuerda. La recuperaremos más tarde.

Mientras Garr pilotaba la embarcación desde la cabina, Vlade se sentó atrás, entre Roberto y el viento.

—Está bien —dijo—. ¿De qué coño iba eso?

Roberto tragó saliva.

—Estábamos buscando un tesoro.

Vlade sacudió la cabeza.

—Vamos, sin gilipolleces.

—¡Es verdad! —exclamaron los dos chicos a la vez.

Intercambiaron una mirada fugaz.

—Es el *Husar* —dijo Roberto—. El *HMS Husar*.

—Venga ya —reaccionó Vlade—. ¿Ese viejo cascarón?

Los muchachos estaban asombrados.

—¿Lo conoces?

—Todo el mundo lo conoce. El barco del tesoro británico que chocó contra una roca y se hundió en Hell Gate. Todas las ratas de agua de la historia de Nueva York han bajado a buscarlo. Ahora os ha tocado a vosotros.

—¡Pero es que lo hemos encontrado! ¡De verdad!

—Claro.

—Ha sido gracias al señor Hexter. Estudió los mapas y los archivos.

—No me cabe duda. ¿Y que habéis encontrado ahí abajo?

—Tomamos prestado un detector de metales que capta oro hasta nueve metros, lo llevamos donde decía señor el Hexter que estaría el barco y la señal lo confirmó.

—¡Una señal muy potente!

—No me cae duda. ¿Y luego os pusisteis a excavar bajo el agua?

—Así es.

—¿Debajo de la campana de inmersión?

—Así es.

—Pero ¿qué disparates decís? Eso es terreno de relleno, ¿verdad? Forma parte del Bronx.

—Así es. Pero era ahí.

—O sea, que el *Husar* se hundió en el río y luego el sur del Bronx se extendió por encima. ¿Es eso?

—Exactamente.

—¿Y cómo pensabais excavar a través de la tierra de relleno en una campana de inmersión? ¿Dónde ibais a dejar lo que fuerais sacando?

—Eso dije yo —dijo Stefan tras un instante de silencio.

—Tenía un plan —murmuró Roberto desconsoladamente.

—Estoy seguro —dijo Vlade.

Deshizo el turbante de Roberto.

—Os voy a decir una cosa: me guardaré esta información y mantendremos una conversación con vuestro amigo de los mapas cuando volvamos y os sequéis, vistáis y comáis como es debido. ¿Os parece bien?

—Gracias, Vlade.

El capital privado y el público (el del Estado) trabajan juntos por un mismo fin. Sus acciones han sido absolutamente complementarias durante la crisis, orientadas a salvaguardar los mercados, aun a costa de la sociedad, la cohesión social y la democracia si era necesario.

Maurizio Lazzarato

La autora de este libro debe ser elogiada por el celo con el que ha rastreado mucho material desconocido, que nunca ha sido publicado... Y no es que la Guerra de la Carretilla fuese pequeña. Pero no desbordó las calles de una ciudad y solo duró cuatro meses. Tiempo durante el cual, por supuesto, el destino de las grandes ciudades del mundo pendió de un hilo.

Jean Merrill, *The Pushcart War*

Fungibilidad, *n.* La tendencia de todas las cosas a ser absolutamente intercambiables por dinero. La salud, por ejemplo.

## **i) ese ciudadano**

Recordad, si vuestra capacidad de retención os lo permite, que tras el Segundo Pulso, cuando el siglo XXII empezaba su surrealista y majestuosa existencia, el nivel del mar había aumentado unos quince metros con respecto al siglo XX. Este notable aumento había sido malo para la gente (para la mayoría, al menos). Pero en ese momento, las cuatrocientas personas más ricas del mundo poseían la mitad de la riqueza del planeta, y el uno por ciento más adinerado era dueño del ochenta por ciento de la riqueza planetaria. A ellos no les fue tan mal.

Tan llamativa distribución de la riqueza no era sino el resultado del lógico progreso del capitalismo tradicional según el principio global de acumulación de capital al índice de rentabilidad más alto. La captura de este índice de rentabilidad más elevado implicaba un proceso interesante, que adquirió relevancia específica en lo que ocurrió durante los años posteriores al Pulso. Porque las áreas donde se localiza dicho índice se van desplazando por el mundo con el paso del tiempo, a la zaga de las divergencias en el desarrollo y en los tipos de cambio de las divisas. El mayor índice de rentabilidad se produce en periodos de desarrollo rápido, pero no todas las zonas pueden desarrollarse de esta manera; debe existir una infraestructura preliminar, capital circulante y una población estable y relativamente educada, ambiciosa en sí misma y dispuesta a sacrificar a sus hijos para que trabajen duro por una baja remuneración. Asentadas estas condiciones, el capital de inversión puede descender como un aeropoblado sobre un huerto, dando lugar a un rápido

crecimiento que aumenta el índice de rentabilidad de los inversores. Pero, como en todo, la curva logística manda. Los índices de rentabilidad bajan a medida que los trabajadores esperan mayores remuneraciones y beneficios, y el mercado local se satura cuando todo el mundo tiene satisfechas sus necesidades básicas. En ese momento, el capital alza el vuelo en busca de la siguiente oportunidad geocultural. Los pobladores de la región recién abandonada quedan a su suerte, atados a su «Rust Belt», abandonados a destinos que oscilan entre el santuario turístico y la calma chernobylesca. Los intelectuales locales descubren el biorregionalismo y proclaman las virtudes de ir tirando con lo que se pueda sacar de ese punto de inflexión, que resulta no ser demasiado, sobre todo cuando todos los jóvenes se desplazan a otra parte en pos de los aeropoblados de capital líquido.

Y así sucesivamente, región tras región, oportunidad tras oportunidad. ¡La marcha del progreso! ¡Progreso sostenido! Siempre hay un lema alentador para identificar la despiadada migración del capital de las regiones que antes tenían índices de rentabilidad superior. Y lo cierto es que el desarrollo del capital sí que es sostenido.

Bien, en este proceso (llámese globalización, capitalismo neoliberal, Antropoceno, ahogamiento simulado o como os plazca), el Segundo Pulso se convirtió en una señal inusualmente clara de que había llegado la hora de que el capital se mudara. Con el índice de rentabilidad de todas las costas mundiales hecho unos zorros, el capital, más proclive a la liquidez que al agua, descendió por la senda de la menor resistencia, o ascendió, o pasó de canto (eso da igual, ya que el dinero es escurridizo y ajeno a la gravedad) sin más impedimento que las restricciones sobre fuga de capitales que las débiles naciones-estado que quedaban intentaran aplicar, si es que no habían sido ya adquiridas y estaban en manos del mismo capital que se despedía alegremente del nuevo charco de pobreza.

Primero te borras de las costas, porque son un desastre y están en medio de un proyecto de rescate de emergencia. Los pobres y vetustos gobiernos existen para lidiar con situaciones como esas. El capital se desplaza inmediatamente a Denver. Aunque como Denver es Denver, un bodrio donde los haya, buena parte del capital de Nueva York se movió al norte, donde la

isla de Manhattan aún sobresalía del agua con margen suficiente. Aquello fue importante desde el punto de vista local, pero en sentido global el capital se fue a Denver, Pekín, Moscú, Chicago, etcétera; justo cuando la lista de ciudades anegadas se hacía más y más grande, hasta un punto en el que los escritores que sienten predilección por las listas ya os habrían regalado los ojos con ella (mientras que yo os conmino a que consultéis el mapa del mundo para confeccionárosla vosotros mismos), era posible elaborar otra gran lista con las ciudades que no se vieron afectadas por el aumento del nivel del mar, a pesar incluso de hallarse cerca de lagos o ríos, como suele ser el caso. Así que el capital contaba con muchos destinos donde el índice de rentabilidad era más atractivo; cualquiera que no estuviese en las costas anegadas serviría. Las ciudades competían por humillarse más que las vecinas a fin de captar parte de este llamado «capital refugiado», que en realidad no era sino la enésima mudanza de la corte al palacio de verano.

Y no es que las cosas no se pusieran más raras después del Segundo Pulso, porque sí que lo hicieron. La inundación provocó una pérdida de activos sin precedentes y un parón del comercio. Esto desencadenó una profunda recesión, o, si lo preferís, una pequeña gran depresión. Como suele ocurrir en momentos como ese, que tienden a repetirse en cada generación para inmensa sorpresa de todo el mundo, los grandes bancos y empresas de inversión del sector privado acudieron a los grandes bancos centrales, o sea los gobiernos del mundo, exigiendo que los salvaran del efecto de las inundaciones sobre sus actividades. Los gobiernos, que de todos modos hacía mucho que se habían convertido en filiales de los bancos, volvieron a ceder y los salvaron al cien por cien, provocando una deuda pública tan abismal que no podría pagarse en lo que le quedaba de vida al universo. Oh, vaya, qué dilema. Diez años después del Segundo Pulso parecía que el centenario combate entre el Estado y el capital había terminado con una decisiva victoria para este último. Es posible que el combate hubiera sido una pantomima desde el principio, con un resultado predeterminado, pero, en cualquier caso, parecía haber terminado.

Porque el rescate a los bancos después del Segundo Pulso fue enorme. Como siempre. Los historiadores habían calculado que el rescate de 2008,

que sirvió de modelo a los otros dos que lo siguieron, ascendía a una cifra entre 5 y 15 billones de dólares. Una cuidadosa conjetura hablaba de 7,7 billones de dólares, otra de 13; ambas asumían que la cantidad era superior al coste (ajustado a la inflación) de la adquisición de Luisiana, el New Deal, el Plan Marshall, las guerras de Corea y Vietnam, el rescate de los depósitos y préstamos de la década de los ochenta, las guerras de Irak y todo el programa espacial de la NASA... juntos. Conclusión: las guerras, el terreno y los programas sociales no deben de ser demasiado caros. Y en comparación con el rescate de las finanzas de sus propios manejos, no lo son.

Pero las guerras también son buenas para las finanzas, y algunas surgieron a lo largo del siglo XXII, por supuesto. Cientos de millones de personas se convirtieron de repente en refugiados, y eso son muchos terroristas que eliminar. Fue un nuevo impulso para el Estado vigilante que había estado creciendo a lo largo del siglo XXI (que en otros tiempos se habría llamado Estado policial, solo que, llegados a este punto, este habría sido un término demasiado suave). Que esta permanente guerra contra el terrorismo podría haberse llevado a cabo mediante acciones policiales con mayor eficacia de cara a sus teóricos fines que la pseudoguerra en la que se convirtió es una afirmación que solo tiene cabida en las bocas de esos radicales cuyas palabras alientan a los terroristas.

Mientras tanto, este aspecto de las cosas también dio lugar a nuevas oportunidades financieras. Los gobiernos, desangrados por la deuda, eran incapaces de financiar la seguridad necesaria para lidiar con la posible disidencia, y, además, tampoco se les daba bien la guerra asimétrica a pequeña escala (o sea, la acción policial que irónicamente, sí habían dominado en el pasado). Como hacía falta más policía, pero no había dinero para pagarla, aparecieron ejércitos privados para cubrir el hueco. Muchos. Los ricos, que también son personas y han de lidiar con los sudores nocturnos y el espanto de tener que ganar catorce mil veces más dinero que la gente que trabajaba para ellos, se aseguraron de obtener la mejor seguridad personal y corporativa que pudiera comprar el dinero, cosa fácil cuando abundaban los mercenarios surgidos de todas las guerras de refugiados. Era una suerte: cuando eres una pequeña minoría y posees la mayoría de la riqueza, la

seguridad es un asunto lógicamente primordial.

Así que empezó a haber ejércitos de seguridad privada en todas partes, desde Denver hasta la parte alta de Manhattan. Este nuevo sector parecía desafiar el principio que se había venido llamando monopolio estatal de la violencia, pero ya sabemos que las finanzas habían comprado los Estados, y lo cierto es que, probablemente, el Estado ya ejerciera como una especie de fuerza de seguridad privada, por lo que tampoco es que hubiera mucho conflicto, sino más bien la sedimentación de un mercado, la satisfacción de una demanda por medio de una oferta. Por desgracia, como siempre ocurre, solo había un número limitado de empresas competentes para dar salida a este nuevo negocio. Y una compañía de seguridad incompetente es algo que puede ponerle a uno los pelos de punta. Difícil saber si el misterio de si el Estado seguía siendo una fuerza opuesta a estos ejércitos privados podía resolverse de una manera que cualquiera quisiera ver ejecutada en el mundo real. ¿La revuelta de los Estados contra las finanzas globales? ¿La democracia contra el capitalismo? Podría llegar a ponerse muy feo.

Dicho esto, debemos mudarnos mentalmente al concepto de poder suave y derrota pírrica, de los que hablaremos más tarde. Mientras sucedía todo esto, empezaron a pasar cosas interesantes a lo largo de las propias costas anegadas. Ahora existía por todo el mundo una franja muy larga de nuevos bajíos, materialmente inútiles pero, aun así, estratégicos. En las postrimerías inmediatas de la catástrofe, poco podía hacer nadie con ellos, salvo alejarse y procurar que los puertos comerciales reanudaran sus actividades. La gente se retiró tierra adentro y el capital levantó el campamento. Los gobiernos también abandonaron las costas, aliviados de poder dejar de prestar socorro, ya que los problemas que seguían sobre la mesa eran sencillamente irresolubles. Los posteriores esfuerzos de salvamento y reparación correrían a cargo de los mercados, declararon, pero lo cierto es que las fuerzas de los mercados no estaban nada interesadas. Las zonas anegadas no solo distaban mucho del índice de rentabilidad más elevado, sino que, de hecho, ofrecían el más bajo. Estaban etiquetadas como «sumideros del desarrollo», o sea, lugares que, por mucho dinero que se echase dentro, no rendirían beneficios jamás. Lo mismo se había dicho de África durante siglos, y hete aquí que la

profecía se había cumplido. Recordemos los requisitos para que se dé el índice de rentabilidad más alto: dinero caliente, acceso a los mercados mundiales, y unos gobiernos mansos y estables. No había nada de eso en la intermarea.

Primero se fueron los saqueadores, los equipos de salvamento y los residentes desplazados, cargados con todo lo que podían cargar. Los ocupas y los más cabezotas quedaron al mando. También llegó gente de otras partes: inmigrantes hacia el desastre. La estrecha pero global franja de desechos en la que se instalaron era peligrosa e insalubre, pero aún quedaba algo de infraestructura intacta, y la opción más inmediata era establecerse entre tales desechos. Si bien muchas extensiones costeras quedaron abandonadas en mayor o menor medida, Nueva York, la gran bla, bla, del bla, bla, con su zona norte aún sobre el agua, seguía recibiendo inmigrantes en sus zonas inundadas. Existe cierta tozudez en el neoyorquino, por mucho que suene a cliché, y lo cierto es que una gran parte de ellos ya vivían en agujeros de mierda antes de las inundaciones, por lo que estar en remojo poco importaba. No pocos experimentaron mejoras materiales o en su calidad de vida. Los alquileres bajaron mucho, a menudo hasta cero. Eso hizo que mucha gente se quedase.

Ocupas. Desposeídos. Ratas de agua. Moradores de la profundidad, ciudadanos de los bajíos. Y muchos de ellos estaban interesados en probar cosas diferentes, incluidas las autoridades a las que daban su consentimiento para ser gobernados. La hegemonía se había ahogado con todo lo demás, de modo que, en los años siguientes a las inundaciones, hubo una proliferación de cooperativas, asociaciones vecinales, comunas, centros ocupados, sistemas de trueque y moneda alternativa, economías del dar, usufructos solares, aldeas de cultura pesquera, mondragones, sindicatos, francmasonerías acuáticas, chorradas anarquistas y tecnoculturas submarinas como la aireación y la acuicultura. Apareció la vida en el cielo con los aeropoblados, que utilizaban las ciudades anegadas como torres de amarre y festivos puntos de intercambio. Los clíperes portacontenedores empezaron a usarse como islas flotantes. La ciudad se convirtió en una enorme obra de arte conjunto. Verdor azul, anfibiüedad, heteroetnicidad, horizontalización,

deoligarcificación, así como universidades libres y abiertas, y escuelas de comercio gratuitas y de Bellas Artes. Y no era extraño ver concurrir todas estas experiencias en un mismo edificio. El bajo Manhattan se convirtió en un verdadero semillero de teoría y práctica, como siempre se había dicho que era, pero esta vez de verdad.

Todo muy interesante. Un fermento, un tumulto, un desastre. Es posible que Nueva York jamás hubiese sido tan interesante, lo que ya es decir mucho, aun descontando todas las gilipolleces. En cualquier caso, la mar de interesante, joder.

Pero siempre que hay una comunidad, hay un cercado. En el fondo siempre pasa. En el fondo y en el bajío, entiéndase. Y con lo bien que empezaban a ir las cosas en el bajo Manhattan, tanto que la gente se quejaba incluso de que aquello volvía a parecerse a la confusa y desarrapada pretenciosidad burguesa de antes de las inundaciones, comenzaron a hacerse cada vez más visibles una infraestructura y una cultura de los canales nuevas y viables: la intermarea, la Supervenecia, ocupada y gestionada por un pueblo enérgico y hambriento de más. En otras palabras, y visto en conjunto, ¡un lugar que bien podía ofrecer un alto índice de rentabilidad! La cosa mejoraba. Se acercaba la hora de la verdad. Y cuando llega la hora de la verdad... Bueno, ¿quién sabe? Todo es posible.

## CUARTA PARTE

¿CARO O INCALCULABLE?

La propiedad se convierte en un derecho sobre el  
rendimiento.

—Maurizio Lazzarato, *Governing by Debt*

La mano invisible nunca recoge el cheque.

## a) Franklin

Cuando volví de salvar a las dos ratas de agua con el supervisor del edificio, ya llegaba tarde a mi cita con Jojo.

—Malditos seáis, chicos —dije mientras nos aproximábamos al embarcadero—. Me habéis hecho llegar tarde.

—A una cita muy importante —añadió Vlade con tono grave.

—Gracias, señor Garr —dijo Roberto—. Me ha salvado la vida.

No estaba seguro de si el crío estaba siendo sarcástico o no.

—Venga, largo, largo de aquí —les dije—. Scraminski. Os veré en la cena y celebraremos entonces vuestro rescate. Tengo que irme.

—Claro, jefe.

Los descargué en el muelle con sus cosas y volví al río para llegar a la oficina lo antes posible. De hecho, no llegaba tan tarde como para no pasarme un momento a ver cómo iban las cosas antes de recoger a Jojo. Ya que lo de ser puntual se había ido al garete, un poco más de impuntualidad tampoco iba a matarme.

Pagué al jefe del muelle de nuestro edificio para que me concediera media hora y corrí hasta el ascensor. En mi despacho, las pantallas estaban como siempre y me senté a leerlas con profundo interés. Porque las burbujas, cuando estallan, estallan. La metáfora es extremadamente oportuna, porque la velocidad del estallido de una burbuja es su aspecto más sobresaliente. Está y de repente no está. Si tenías la piel metida cuando estaba, en ese momento te quedas sin ella. Es esencial salirse antes de que eso ocurra.

Yo no quería que aquella burbuja concreta de bonos submarinos del IPPI

estallara porque aún no tenía toda la carne en el asador. Burbujas, piel, carne... Sí, era un pantano de metáforas mezcladas, un auténtico cenagal podría decirse, en el que se van sumando nuevas a las que ya existían, pero es a lo que nos han conducido las complejidades del juego: tan complejo se ha vuelto que ya no hay quien lo entienda, por lo que todo el mundo recurre a historias de una época más sencilla. Parte de mi trabajo consistía en ordenar todas esas metáforas para ver si podía vislumbrar la verdad que ocultaban, la cual no era precisamente matemática, gracias a Dios, sino más bien un sistema. Como un juego. En las diversas píldoras de información que me revelaban mis pantallas, el sistema se dejaba ver por partes (como piezas de un rompecabezas, pero no) y, al final, no se parecía a nada más que a sí mismo. Una vasta inteligencia artificial, sí, pero en cuanto a si realmente era inteligente, bueno, creo que eso también era una metáfora, como Gaia o Dios. De hecho, nadie está realmente a los mandos, por lo que toda la inteligencia del sistema, tal como estaba concebido, residía en realidad en la gente que participaba en él. Lo que significaba que seguramente no hubiera mucha inteligencia que digamos. Y la fragmentación era portentosa. Así, varias inteligencias refinadas, o no tan refinadas, se habían combinado para formar un equipo, pero sin coherencia ni capacidad de incidir realmente en la situación. Esquizofrénica, pero no loca. Mente colmena, pero sin mente. El montón, como con los montones de propiedades emergentes, solo que en realidad son emergencias amontonadas. Lo mejor es pensar en ello como una especie de juego. Quizá. Un juego o un sistema de juegos.

En cualquier caso, aquella tarde mis pantallas mostraban que todo iba bien. No se habían producido caídas dramáticas en las últimas dos horas. Pensaba que quizá el desastre de Chelsea hubiera podido arrastrar un poco más a la baja el IPPI local. Hubo un temblor, una sacudida, una onda de choque similar a un pequeño tsunami, proyectada desde el propio edificio colapsado, pero ya. Un descenso de 0,06 puntos en el IPPI global; 2,1 en el regional de Nueva York. Eso indicaba hasta qué punto seguían viendo Nueva York como La Ciudad en todas partes. Pero la bolsa de Hong Kong había conseguido amortiguar la sacudida, sin duda porque los edificios allí no paraban de hundirse y ya estaban acostumbrados. Así que, en menos de una

semana, la situación había superado la noticia del colapso y la reacción negativa para reanudar las inversiones. La cosa seguía sin más aspavientos, con tendencia alcista, como siempre. Yo sabía por qué: la gente no quería que la burbuja estallase. Eso requeriría más que el derrumbe de un edificio o un barrio porque aún había demasiada gente ganando dinero a largo.

Apenas me tomé un instante para soltar un suspiro de alivio, llamar a mi amigo Bao en Hong Kong para animarlo a seguir con el buen trabajo y que me trasladara sus impresiones de cómo se habían tomado el asunto allí, y cerrar un par de tratos, y salí disparado hacia la oficina de Jojo. Solo llegaba tres cuartos de hora tarde y apenas un poco exaltado por todos los acontecimientos de la jornada.

—Siento llegar tarde —dije en cuanto me abrió la puerta del despacho, y al ver la mirada en sus ojos, supe que había hecho bien empezando así—. Vlade me requisó el hidroala cuando me disponía a salir de la Met. Tuvimos que ir al Bronx para rescatar a esos dos pequeños liantes que salvaron al viejo. Ahora les tocaba a ellos recibir ayuda.

Le expliqué que Roberto se había quedado atrapado en el fondo, al sur del Bronx, mientras Stefan estaba arriba, en la lancha, con poco más que una bombona de oxígeno.

—Dios —dijo Jojo—. ¿Qué estaban haciendo allí?

—Ni idea —admití—. El tonto, como siempre.

Me dedicó una mirada que no supe interpretar y luego se puso a apagar sus pantallas y a meter sus cosas en el bolso.

—Vale, estoy lista. ¿Adónde quieres ir?

—¿Qué tal el bar donde nos conocimos?

—Suenan bien.

En mi hidroala, ahora escenario de los buenos recuerdos de nuestra gloriosa cita en la bahía, sentí la vibración de las cosas que van bien y, presa de esa emoción, describí con cierto detalle mi alivio por el hecho de que el mercado submarino hubiese aguantado bien el embate del edificio de Chelsea.

—Tengo que ponerme a corto todo lo que pueda antes de que llegue la crisis, o no podré aprovechar plenamente la bajada. Es asombroso cuando lo

juntas todo. Ahora que el IPPI está por encima de los cien, es como un punto de inflexión psicológico. Creo que todo el mundo piensa que empezará a subir de golpe.

—¿Crees que tu índice los está engañando? —preguntó ella, mientras observaba las otras embarcaciones del canal.

—¿En plan fraude, dices?

—No, por haber seguido subiendo, pasara lo que pasara.

—Ya, bueno, la confianza es una de las variables que se computan, con lo que puede interpretarse como que la gente simplemente quiere que siga subiendo.

—¿Y no es lo que quieres tú también? Quiero decir, ¿no significaría que las cosas mejorarían para quienes vivieran allí?

—¿Que suban los precios? No estoy seguro. Pero sí creo que se avecina una buena caída en el mercado inmobiliario. Ni todas las mejoras tecnológicas bastarán para compensar eso.

—Pero el índice sigue subiendo.

—Porque la gente quiere que así sea.

Ella suspiró.

—Qué raros son los índices.

—Pues sí. Pero la gente quiere que las situaciones complejas se reduzcan a un número.

—Algo a lo que apostar.

—O una forma de seguir el rastro de las tasas de inflación. O sea, ¿el Índice del Coste de Vivir Extremadamente Bien? ¿Para quién sirve eso?

Ella puso una mueca.

—Eso es reírse de lo rico que es uno —dijo—. Mira el yate, el abrigo de pieles, el jet, el abogado, el crío en Harvard y lo demás que haya en la lista.

—Desde luego es más divertido de mirar que el Índice de la Miseria —dije.

Este era un índice sencillo y perfectamente apropiado a su objeto: inflación más desempleo.

—Aquí también se podrían añadir unas cuantas variables, supongo.

Como quiebras personales, divorcios, visitas a los bancos de alimentos,

suicidios... No parecía que enumerarlas fuese una buena idea en aquel momento.

—O quizá el Índice Gini. Puede que sea el punto de intersección entre el Índice del Coste de Vivir Extremadamente Bien y el Índice de la Miseria. O también podríamos irnos al otro extremo y ver el Índice de Felicidad.

—Índices —dijo ella con tono despectivo.

—Pues oye —respondí yo poniéndome a la defensiva—, ¿es que vosotros no usáis ninguno?

—Yo uso los índices de volatilidad —admitió—. No queda otra, la verdad.

Asentí.

—Es una de las inspiraciones para el IPPI. Me gusta la forma en que intenta describir el futuro con un número.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que coteja todos los tipos que vencen a un mes vista. Es como adelantarse un mes. Yo he intentado hacer lo mismo con la intermarea.

—Como leer los posos del té y predecir la fortuna.

—Supongo.

—Mientras todo se derrumba.

—Sí, ese es el equilibrio, ambas cosas ocurren a la vez. Es el paraíso de las inversiones de riesgo. Hay que jugar a ambas cartas.

—Pero tú ahora te estás poniendo a corto.

—Sí. Creo que el largo plazo es demasiado largo, como ya te dije. Es una burbuja. Claro que, en cierto sentido, es algo bueno, como también te dije. Más réditos que recoger cuando explota. Por eso también estoy empujando hacia ese lado al seguir comprando opciones de venta.

—¡Entonces estás haciendo trampas!

—No, las compro de verdad. A veces sí que las vendo para que la máquina siga funcionando hasta estar listo.

—¡Estás preparándote las cartas!

—No, no. No quiero hacer eso.

—Pues es como esos tramposos accidentales. Crees que de verdad sube. Pero creí que habías dicho que no iba a seguir así.

—Pero la gente sí lo cree. Subirá hasta que explote, por lo que quiero que siga subiendo.

—Hasta que estés listo.

—Ya sabes lo que quiero decir. Hasta que lo tenga todo en su sitio. Mientras, es un caso claro de cuanto más, mejor.

Soltó una carcajada seca.

—Pues será mejor que tengas cuidado. Si la caída es demasiado gorda, no quedará nadie para hacer buenas tus posiciones en corto.

—Bueno —dije, sorprendido—. Eso sería definitivo. En plan el fin de la civilización.

—Ya ha ocurrido antes.

—¿Ah, sí?

—Claro. La Gran Depresión, el Primer Pulso...

—Ya, pero hablas de cosas financieras. El fin de la civilización financiera.

—Puestos a perder, sería lo mismo. Adiós a todos los que podrían pagarte.

—Siguen reapareciendo. Los rescata el gobierno.

—Pero no vuelven los mismos. Es gente nueva. Los de antes lo han perdido todo.

—Procuraré esquivar esa posibilidad.

—Estoy convencida. Todo el mundo lo hace.

Sacudió la cabeza mientras me dedicaba una pequeña sonrisa... ¿O la dedicaba a mi optimismo? ¿A mi confianza? ¿A mi ingenuidad? No estaba seguro. No estaba acostumbrado a que me apuntaran con ese tipo de sonrisa. Me incomodaba un poco. Me irritaba.

Llegamos al muelle 57 y dejé el barco en uno de los últimos amarraderos del puerto deportivo antes de mezclarnos con el resto de la gente en el bar. Allí estaba Amanda, con John y Ray. Nos dieron una alegre bienvenida. Amanda se sorprendió primero y luego esbozó una sonrisa cómplice al vernos llegar juntos. Era agradable causar esa sorpresa, aunque no tanto que dieran cosas por sentadas. Pero, como éramos amigos, le devolví el gesto, contento de quedar emparejado con Jojo a ojos de nuestros amigos. Inky

estaba a lo suyo tras la barra y las nubes que cubrían Hoboken empezaban a adquirir tonalidades rosas y doradas sobre un sol que ya se escondía bajo el río. Marea alta, ánimos altos.

Tras una copa, fuimos todos al restaurante de la azotea y cenamos envueltos en un crepúsculo que iba mudando progresivamente en noche. Un trío de músicos tocaba en un rincón la *Appassionata* de Beethoven con flautas de pan. Tenían las caras rojas y estaban hiperventilando. Hacía calor para ser noviembre, incluso algo de bochorno. Los mejillones al vapor recién sacados de las bateas filtradas, justo debajo de nosotros, estaban deliciosos, como los combinados de Inky que nos habíamos llevado con nosotros a la mesa. La pandilla se lo estaba pasando bien, pero yo sentía que había algo diferente. Jojo conversaba con Amanda dándome la espalda y, por supuesto, a Amanda le encantaba. Pero no eran amigas, y pude sentir una frialdad que emanaba de Jojo que no podía admitir que percibía, al menos delante de los demás. Me puse a comentar con John los acontecimientos de la semana y ambos convinimos en que las cosas se iban a poner interesantes con la toma de posesión del nuevo fiscal general, del que decían que era un auténtico sheriff, aunque ambos teníamos nuestras dudas.

—Siempre son unos mediocres —dijo John, a lo que asentí—. Pasas de crear valor a destruirlo, con un nuevo enfoque personal. No es tan malo como las agencias de calificación, pero aun así, tampoco es gran cosa.

—Pero ese tío estaba antes en el sector financiero —dije—. Veremos si lo suyo es más la astucia o la brutalidad.

—Astucia y brutalidad, eso sí que daría miedo.

—Cierto, pero ya hemos conocido a otros iguales. La caravana seguirá avanzando.

—También.

Al final acabamos con todos los platos y las bebidas, y, como antes, Jojo y yo éramos, con diferencia, los más sobrios del grupo. Sobre nuestras cabezas, las estrellas flotaban en medio de una bruma, pero se debía a una leve neblina que surgía del río y no a ningún efecto de nuestras mentes. Para los demás podría haber pasado por una noche estrellada firmada por el propio Van Gogh, dadas sus carcajadas.

Pagamos la cuenta. Recorrimos el paseo hasta el puerto deportivo, nos subimos al bicho y salimos al río. Las estrellas se reflejaban en el manto de aguas negras sobre el que nos deslizábamos. Ay, vaya, vaya: tenía el rostro caliente, los pies fríos y los dedos me hormigueaban un poco. Bajo la tenue luz de la cabina y la que se colaba desde el camarote, Jojo se parecía a Ingrid Bergman. Había experimentado un orgasmo de primera conmigo, justo ahí; podía sentir el estremecimiento del recuerdo, el inicio de una erección.

—¿Una copa?

—Creo que no. En realidad estoy un poco cansada esta noche, no sé por qué. ¿Te importaría que solo diésemos una pequeña vuelta y volviésemos pronto a casa?

—¿No te apetece que nos perdamos por aquí? Podríamos pasar Governors Island y salir por el otro lado.

—No, no creo.

—¡Te estás poniendo a corto conmigo! —solté.

Me miró como si acabase de decir la mayor estupidez del mundo. O como si sintiera lástima por mí. De repente me di cuenta de que no la conocía lo suficiente como para interpretar sus miradas o saber lo que le pasaba por la cabeza.

—Lo siento, no pretendía hacer la gracia —dije, una vez más sin intención de decirlo, sin pensar antes de soltar las palabras.

—Lo sé —dijo ella con un leve fruncimiento de las comisuras de los labios. Me miró con detenimiento—. Bueno —concluyó, tratando de aligerar la atmósfera—. Todo el mundo hace inversiones de riesgo, ¿no?

—¡No! —respondí—. ¡Deja eso!

Se encogió de hombros, como diciendo: «Si es lo que quieres».

—Bueno...

—Bueno... —No sabía qué decir. Tenía que decir algo—. ¡Pero me gustas!

Volvió a encogerse de hombros, como diciendo: «¿Y?». En ese momento supe que no tenía la menor idea de cómo era.

Viré el bicho hacia la orilla. Los escasos edificios iluminados que teníamos delante conferían al West Village el aspecto de una boca que

hubiera perdido la mayor parte de la dentadura.

—No, en serio —dije, para mi propia sorpresa—. Dime cuál es el problema.

Y se encogió de hombros por tercera vez. Pensé que no diría nada más, y la sensación de vacío de mi estómago descendió hasta enroscarse en mi escroto, apretándome los testículos contra la entrepierna. Pero al final dijo:

—No lo sé... Supongo que no veo que funcione. Eres un tipo majo, pero pecas un poco de vieja escuela, ¿sabes? Mucha operación en bolsa, un poco de impostura accidental, jugando en corto a ver si suena la campana... Todo va de dinero.

Lo medité.

—Vivimos en el mundo financiero —señalé—. Todo va de dinero.

—Pero el dinero puede ser otra cosa. O sea, puedes hacer otras cosas con dinero.

—Trabajamos para *hedge funds* —le recordé—. Trabajamos para gente que es tan rica que puede permitirse contratar a alguien que le garantice un índice de rentabilidad superior a la media. A eso nos dedicamos.

—Sí, pero una forma de hacerlo es conseguir capital riesgo e invertirlo en cosas buenas. Puedes marcar una diferencia en la vida de la gente, ayudarlos a mejorar y, de paso, conseguir los objetivos de tus clientes.

—Y tus primas.

—Sí, por supuesto. Pero no todo son las primas. Hablo de invertir en la economía real, en el trabajo real. Conseguir que ocurran cosas.

—¿Es lo que tú haces? —inquirí.

Asintió en la oscuridad. Cada *hedge fund* se reservaba sus métodos, de modo que aquí intervenía su diligencia con el secreto profesional. Toda ventaja competitiva entre fondos se derivaba de una mezcla patentada de estrategias que solían venir establecidas de la mano del fundador del fondo, el genio local y, después, sus asesores más cercanos. Su Eldorado en particular estaba dedicado a algo tan incierto y falto de liquidez como el capital riesgo —a tener siquiera algo en su mezcla—, cosa de la que probablemente ella no debería hablar. Pero lo había hecho, básicamente para darme a entender por qué se había enfriado así nuestra relación. Lo que me estaba helando a mí

hasta el tuétano. Al mirarla me di cuenta de cuánto deseaba que aquello funcionara. Era muy distinto a lo que había vivido con Amanda y las demás. ¡Maldita sea! Había hecho el tonto, me había dejado llevar por un impulso del hígado en lugar del cuidadoso análisis. Otra vez.

—Bueno, es interesante. Pensaré en ello —dije—. Y espero que volvamos a cenar juntos, al menos de vez en cuando. Aunque sea en la Met —añadí a la desesperada al ver que apartaba la mirada para contemplar el río—. O sea, vives en la puerta de al lado. En vez de comer en casa, quizá...

—Estaría bien —dijo—. En serio, solo digo que quiero ir un poco más despacio con esto. Quiero que hablemos.

—Eso es bueno —convine—. Yo también quiero que hablemos.

¡Pero mientras nos acostamos! Eso no lo dije. ¡Hablar mucho, después, e incluso mientras hacemos el amor, mientras nos duchamos juntos y dormimos en la misma cama! ¡Hablar sin parar!

Pero, en fin, ella había echado el freno precisamente en esas cosas. O, más bien, había dado un portazo. Educadamente, eso sí.

Si quería que todo eso pasara, tendría que ahondar en ella. Descubrir qué cosas le gustaban. Sería complicado si dejaba de verla. Así que, mientras orientaba con torpeza el bicho hacia la Veintitrés para volver a casa, perdido en mis preocupaciones, saltándome los patrones de marea más elementales y embistiendo casi otras embarcaciones, destrozado por dentro, incluso algo resentido y enfadado, seguía dándole vueltas a cómo volver a congraciarme con ella, cómo seguir adelante, cómo recuperarla. Mierda. Imbécil de mí.

Nueva York no es tanto un lugar como una idea o una  
neurosis.  
dijo Richard Conrad

La escala de Nueva York desprecia los caprichos del  
sentimiento personal.  
dijo Stephen Brook

## b) Charlotte

Llegó el día en que la Met tenía que tomar una decisión sobre la oferta de compra por el edificio. Charlotte no quería discutirlo en una junta general de la cooperativa así que, aunque sabía que estaba mal, no lo hizo. Si se celebraba la junta y se aprobaba la venta, le estallaría la cabeza. Podía sentir la presión y no le gustaba. Les gritaría cosas terribles y luego se sentiría peor que nunca.

—La gente me pide que confíe en los demás, pero no puedo —dijo a su compañera de trabajo, Ramona, quien asintió con gesto de comprensión.

—¿Confiar en los demás? ¿Por qué? —dijo—. ¿Qué sacas de eso?

—Ah, calla —dijo Charlotte.

A Ramona le gustaba chincharla, y, la mayoría de las veces, a ella le gustaba que lo hiciera, pero esto le daba demasiado miedo.

—Me pregunto si podría proclamarme dictadora del edificio. ¿No funcionaba así en las ciudades-estado griegas? Cuando había una crisis exterior y las cosas se venían abajo, alguien se proclamaba dictador y todos aceptaban que gobernase la *polis* hasta el final de la crisis.

—¡Buena idea!

—Déjalo.

Entonces llegó la primera cita del día, una familia de Baton Rouge, y tuvo que ponerse a trabajar. Se suponía que los norteamericanos disfrutaban de derechos ciudadanos que los protegían frente a las discriminaciones que padecían los extranjeros al llegar a la ciudad, pero, en la práctica, esto podía fallar. Había mucha gente que, sencillamente, carecía de papeles o de

documentación en la nube; era difícil de creer hasta que te los encontrabas por centenares, y luego por millares, día tras día durante años. El *dies horribilis* de la nube, tras el Segundo Pulso, se habían borrado los historiales de millones de personas, y el único país que se había recuperado por completo era Islandia, que lo tenía todo guardado en papel por desconfianza hacia la nube.

Además, aquel día llegaba una oleada de refugiados de Nueva Ámsterdam, el aeropoblado holandés. Era uno de los más antiguos y, al igual que los demás, flotaba lentamente alrededor del mundo como un fragmento desgajado de los Países Bajos. Las inundaciones posteriores al Segundo Pulso habían sido tan graves allí que Nueva Ámsterdam equivalía aproximadamente al cinco por ciento de la tierra que aún conservaba el país. Como todos los aeropoblados, era en esencia una isla flotante, prácticamente autosuficiente, enviada por el gobierno de su país a recorrer la Tierra ayudando a los pueblos intermareas en lo que pudiera, por ejemplo trasladándolos tierra adentro.

A Charlotte le gustaba visitar la ciudad cuando pasaba flotando como una medusa junto a Nueva York, atraída a la periferia de los Verrazano Narrows en la gran corriente que giraba en sentido antihorario como una voluta exterior de la corriente del Golfo. Los aeropoblados no podían acercarse mucho a los Narrows por miedo a ser atrapados por una corriente y chocar con la costa, o acabar succionados como un sacacorchos, pero se tardaba menos de una hora en volar hasta ellos en un avión pequeño. Así que cogía uno de los vuelos que salían del portaaviones de Turtle Bay y disfrutaba de la repentina vista desde el aire: la ciudad, los Narrows y su puente, la mar abierta. A la izquierda en dirección al mar se veían los bajíos anegados de Coney Island, jalonados en la cara orientada al océano por las barcazas que se movían lentamente entre las arenas de la antigua playa y avanzaban en dirección norte por la nueva costa. Luego salía a la placa azulada del océano y, al poco tiempo, descendía sobre una isla verde y chocante que flotaba frente a ellos: una isla grande, tan grande para recibir reactores en su aeropuerto, por muy pocos que quedaran en el mundo. El avión de la ciudad descendía y frenaba hasta marchar a velocidad de simple taxi tras haber

recorrido apenas una tercera parte de la pista.

Una vez fuera del avión y el aeropuerto, lo mismo podría haber estado en Long Island. No había sensación de flotación ni movimiento de ninguna clase. Esto siempre asombraba a Charlotte. A su alrededor, los pequeños y primorosos edificios otorgaban al lugar el aspecto de un pueblecito holandés.

Pero, a pesar del aspecto elegante de los edificios y las calles, no costaba mucho reparar en la intranquilidad de los ojos de la gente alojada en los barracones del aeropoblado. Eran miradas que Charlotte conocía, las de sus clientes, de nuevo allí, mirándola. Miradas llenas de necesidad que siempre intentaban atraerla a sus historias, miradas que se había acostumbrado a desviar. Si se permitía sentir su desesperación, la volvería loca. Tenía que guardar una distancia profesional. Y podía hacerlo, pero no era fácil.

Era esto lo que la hacía sentir tan cansada al cabo del día... o de una simple hora. Cansada hasta la médula de los huesos y, a un nivel profundo, enfadada. No con sus clientes, sino con un sistema que multiplicaba su número y su necesidad.

Nueva Ámsterdam traía ahora un contingente de Kingston, Jamaica. No tenían papeles y parecían hispanos, no jamaicanos, y hablaban en español entre sí, pero era en Kingston donde los había recogido Nueva Ámsterdam. Así era el Caribe. Charlotte se sentó con ellos a una mesa y escuchó sus historias, una a una, para crear un bosquejo de su documentación como refugiados. Eso les permitiría entrar en los archivos y al final les serviría, aunque no tuvieran documentación originaria. Era como si los estuviera rescatando del mar.

—No se olvide de apuntarse al Sindicato de Propietarios —les decía a todos—. Eso le ayudará mucho.

Cualquier cosa provocaba su gratitud, y esto también se reflejaba en sus rostros, cosa que Charlotte tenía que ignorar también, porque no era más que otra faceta de la desesperación de esas personas. A la gente no le gusta sentirse agradecida, porque detesta la necesidad de sentir gratitud. Así que no es un buen sentimiento para el que lo experimenta ni para el que lo recibe. Las cosas que hacía por los demás no las hacía por ellos, sino por sí misma, cosa que era, en el mejor de los casos, un cierto ejercicio de beatería. Podría

parecer que la conclusión natural de esto era que no había razón para ser buena persona, pero, aun así, a ella le parecía inevitable. Lo hacía movida por una especie de imperativo abstracto, la idea de que aquella era la forma de convertir su época en la antesala de un mundo mejor. Algo así. Una idea de locos. Estaba loca y lo sabía; seguramente fuera el modo de compensar alguna pérdida o carencia; un modo de mantener ocupada la mente. En cualquier caso, le parecía la manera correcta de comportarse. Era un modo más interesante de pasar el tiempo que la mayoría de los que había probado. O algo parecido. Pero, al cabo del día, incluso después de un día en el mar, bajo la brisa fresca y salobre y los graznidos de las gaviotas, estaba lista para archivarlo todo en su cabeza.

Pero no podía, al menos aquel día. Tenía que volver a su oficina y a casa. Sin tiempo para ir caminando, tendría que tomar un vapor o incluso un taxi acuático. En el vuelo de vuelta, sobre los bajíos de Brooklyn, antes de llegar al portaviones de Turtle Bay, anclado junto al edificio de la ONU, contempló asombrada la ciudad a la luz del crepúsculo. Bajo los rayos del sol que se reflejaba en los canales, la floresta formada por las ordenadas filas de edificios recordaba a los túmulos de una Ávalon medio sumergida. Pilares negros hundidos hasta las rodillas; era una imagen irreal y no había forma de asimilarla. Siempre seguía pareciéndole insólita a pesar de haber pasado en ella toda la vida. Menudo destino. Tenía algo de glorioso y, a pesar de todo, le hacía mirar la ciudad con una cierta sensación de asombro, e incluso de orgullo.

Al portaviones. Por la rampa, al muelle, y después a la masa de gente, y, pasito a pasito, hasta el abarrotado vapor que llevaba a los canales de la ciudad. De muelle en muelle, leyendo informes mientras el gentío subía y bajaba, subía y bajaba. Bajó en el muelle más próximo a su oficina y, mientras entraba en ella, pensó que habría hecho mejor en irse a casa.

Al salir se encontró con Ramona y un grupo del Partido Demócrata del barrio, y le preguntaron si podían acompañarla. Se encogió de hombros casi como si dijera que su jornada había terminado, pero se tragó sus palabras. No sabía por qué estaban allí. Fuera, en el muelle, le preguntaron si iba a presentarse al Congreso por el escaño del distrito Doce, que cubría las zonas

anegadas de Manhattan y Brooklyn y, debido a ello, había sido un escaño controvertido, pues durante muchos años representó a más almejas que personas, y estas últimas eran un puñado de indigentes, comunistas, etcétera.

—¡Desde luego que no! —respondió, horrorizada—. ¿Y la candidata de la alcaldesa?

Galina Estaban había designado a su ayudante, Tanganyika John, como sucesora al aparentemente inmortal congresista del distrito Doce, que finalmente se jubilaba. A nadie le había hecho mucha gracia esta decisión, pero el partido era una organización jerárquica: se empezaba abajo y se iba ascendiendo paso a paso. Junta escolar, ayuntamiento, asamblea estatal... Y luego, si demostrabas una lealtad al aparato a toda prueba, los poderes fácticos te ofrecían su apoyo desde la cima del partido y, con la designación, ya podías probar suerte. Así había sido durante siglos. De vez en cuando surgían intrusos como expresión de diferentes descontentos, y en ocasiones, algunos de ellos lograban hasta subvertir el orden de las cosas y salir elegidos, pero el partido los condenaba al ostracismo para garantizar que no pudieran lograr nada. Así que lo único que acababan haciendo era derrochar su tiempo y el poco dinero que lograran dragar en apoyo de su tóxica heterodoxia.

Sin embargo, la gente que le estaba pidiendo que se presentase era de la oficina del partido; es más, del comité central, lo que cambiaba un poco las cosas. O mucho. La propia Estaban había surgido como una intrusa, lo que seguramente tenía mucho que ver. Llegar como una estrella y trastocar la jerarquía, y luego encaramarte al poder y designar a una ayudante para otro puesto que no tenía nada que ver y que ni siquiera tenías derecho a reclamar como propio: mal. Y, además, Tanganyika John era un títere y una idiota. Sin embargo, presentarse contra ella sería, además de una causa perdida, una terrible pérdida de tiempo.

Charlotte explicó esto tan sucinta y diplomáticamente como pudo, y luego subió de un salto al vapor, que se alejó dichosamente entre el gorgoteo de sus motores hacia Park mientras los interlocutores de Charlotte se tornaban elocuentes con súplicas desesperadas.

—¡Piénsatelo! —le rogaron Ramona y los demás a voz en grito, con las

manos entrelazadas como mendicantes famélicos, al tiempo que el vapor aceleraba rumbo a su próxima parada.

—¡Lo haré! —mintió Charlotte con tono optimista.

Era un fastidio, pero también le complacía saber que era una estupidez que no tendría que hacer, algo de lo que podía librarse con un simple «ni de coña».

El vapor se marchó en la Veintitrés tras depositarla en el muelle que había frente al Flatiron, desde donde cogió el ascensor hasta el piso de los puentes volantes y caminó hacia el Chopstick One, que atravesó de puente volante en puente volante con una sucesión de imprecaciones casi ritual, antes de marchar a casa a paso vivo sobre la Veintitrés. Llegó a su habitación con el tiempo justo para cambiarse de zapatos, devorar una manzana, lavarse la cara y bajar. Llegó justo cuando empezaba la junta.

Al sentarse, se sentía aún un poco inestable, como si siguiera en el mar o en el aire. Los demás miembros del consejo la miraron con curiosidad, así que algo debía de notarse, pero no dijo nada ni explicó nada, sino que se limitó a dar comienzo a la reunión con un sencillo:

—Vale, adelante.

El tercer punto del orden del día no tardó en llegar.

—Muy bien, la oferta sobre el edificio. ¿Qué hacemos?

Miró a los demás y Dana, otra abogada, respondió:

—Legalmente estamos obligados a responder y a llevar a cabo la auditoría con la debida diligencia.

Charlotte odiaba la frase de la debida diligencia, pero no era el momento de decirlo. ¿Quieres saber lo que hago yo con tu debida diligencia? No.

—Además —continuó Dana—, el contrato exige que sometamos a votación entre los propietarios cualquier cuestión relacionada con la propiedad.

—Ya —dijo Charlotte—. Lo sé. Pero me pregunto si es el caso.

—¿Qué quieres decir? Nos han hecho una oferta de compra.

—Lo que quiero decir es que no sé si es una oferta de verdad, o se trata de un truco para conocer nuestra valoración, o algo así.

—¿Y eso qué más da?

—Bueno, si se trata solo de una prueba para realizar una valoración comparativa, como consejo podríamos rechazarla directamente sin someterla a votación.

—¿En serio?

—¿Cómo que «en serio»?

—¿De verdad crees que podemos determinar si es una oferta falsa con la suficiente certeza como para eludir nuestra obligación legal de consultarla con los propietarios?

Charlotte lo pensó un momento.

—Como consejo —dijo Dana mientras lo hacía—, no tendría sentido rechazar la oferta para ver si vuelven a intentarlo, porque en ese caso estaríamos cayendo en un incumplimiento retroactivo.

—¿Un incumplimiento del contrato de la cooperativa o de la normativa municipal?

—No estoy segura, pero creo que de ambos.

—Me gustaría saberlo antes de tomar la decisión —dijo Charlotte—. Podemos volver a postergarlo, preguntar por ahí e investigar un poco antes de tomar la decisión.

A esas alturas estaba frunciendo el ceño y sentía el rostro contorsionado. Tenía tantas ganas de rechazar la oferta que le hacía hasta daño y sentía que le palpitaban las sienes. Pero Dana era una buena abogada y una buena persona, y seguramente tuviera razón en que debían ceñirse a lo reglamentario, hacer las cosas legalmente para no dar argumentos al enemigo, fuera el que fuese, por accidente. Así que convenía escucharla con atención.

—Escuchad, podemos aparcarlo por esta noche, investigar un poco y volver a hablarlo en la próxima reunión. ¿Os parece?

—Me parece bien —dijo Dana—. Seguramente sea cierto que necesitamos más información para decidir. ¿No podríamos hablar con la gente que ha hecho la oferta y averiguar lo que quieren?

—No sé yo... Morningside no quiere decirnos quiénes son. Esa es una de las cosas que no me gustan. Mañana volveré a pedirles que nos dejen hablar con ellos.

—Por mí, perfecto. Podemos dejarlo en suspenso por ahora. Propongo

hacerlo así.

—Lo secundo —dijo Charlotte.

Aprobaron la moción y pasaron al siguiente punto.

•••••

Así que, a la mañana siguiente, Charlotte apretó los dientes y llamó a su ex, Larry Jackman.

—Charlotte —dijo él—. ¿Qué sucede?

—¿Vas a venir por Nueva York en un futuro próximo?

—Me pillas aquí hoy. ¿Qué pasa?

—¿Nos tomamos un café? Quiero preguntarte unas cosas.

Era algo que habían empezado a hacer un tiempo atrás, quedar de vez en cuando para tomar un café. Normalmente, charlaban sobre la ciudad, o sobre antiguos conocidos que tenían problemas y necesitaban ayuda, temas que no eran muy del agrado de Larry, a pesar de lo cual siempre se prestaba, y así, al cabo de un tiempo, aquello se había convertido en una tradición establecida. De modo que, tras una breve pausa, respondió:

—Claro, me parece bien. ¿Te parece a las cuatro y veinte, en el Pavillion de Central Park?

Era uno de los sitios de su pasado común, así que Charlotte asintió con cierto nerviosismo.

Luego lo archivó en el fondo de su mente durante todo el día, como una arruga en el calcetín, y se enfrascó de tal modo en el trabajo que no se percató de la hora hasta llegadas las cuatro, y entonces tuvo que salir corriendo. Era imposible cruzar doce manzanas en pleamar, cuando las tres primeras estarían cubiertas de aguas bajas, así que cogió un aerobote que sobrevoló la Quinta, los bajíos, los rompientes y las calles tapizadas de algas antes de virar y dejar a los pasajeros en un muelle flotante que ahora se encontraba varado en medio de la calle, esperando la llegada de las aguas. Tras este rápido pero oneroso trayecto solo le quedaba una caminata de quince minutos hasta

Central Park. Mientras se ponía en marcha, maldijo el dolor de su cadera y lamentó no haber perdido más peso cuando podía. No le resultaba fácil andar.

Y sin embargo, lo necesitaba para ordenar sus pensamientos. Nunca se sentía cómoda cuando quedaba con Larry. Compartían demasiada historia y, la mayor parte de ella, mala. Pero, por otro lado, una parte importante de ella era buena, o incluso muy buena, si podía zambullirse hasta los años escondidos bajo las capas malas. Cuando eran dos jóvenes estudiantes de Derecho enamorados, casi todo había sido bueno; luego llegaron los años de su matrimonio y allí lo bueno y lo malo estaban tan entremezclados que casi no había forma de distinguirlos, formaban una mezcla gloriosa, dolorosa y, en última instancia, incluso en su momento, frustrante; porque no habían conseguido sobrellevarlo. No lo habían visto con la misma mirada. Nadie lo hace, pero ellos no habían podido ni acordar sus desacuerdos. No habían logrado descifrar su relación, ni de lejos. Y luego lo malo y lo bueno se habían segregado, se habían separado, y de repente había mucho más de lo primero que de lo segundo. O, al menos, así se lo había parecido a Charlotte. Larry decía que él podía tolerar un poco de desacuerdo, que ella era demasiado exigente, pero, fuera cierto o no, la verdad es que al final todo se había venido abajo. Ninguno de los dos sentía ya lo que debía sentir y, cuando por fin se separaron, aunque hubo algunos momentos de mucha amargura y rabia, lo que ambos sintieron en su mayor parte fue agotamiento y alivio. Aquella época penosa había quedado atrás, por fin; nuevas encarnaciones para ambos; mostrarse civilizados cuando había que mantener el contacto, y no había por qué, pues no tenían hijos. Al cabo de algunos años, todo acabó destilado en una especie de nostalgia melancólica, y, pasado algún tiempo más, resultó que aquellos encuentros para el café aliviaban el leve picor de una curiosidad en Charlotte, el deseo de conocer cómo había continuado la historia de Larry. Sobre todo después de que se metiese en el mundo de las finanzas, ascendiera en él y llegase a ser, asumía Charlotte, tanto rico (mientras trabajaba para Adirondack) como poderoso (al ocupar un asiento en la Reserva Federal). Llegados a ese punto, su curiosidad superaba la incomodidad que le provocaban sus encuentros.

Aun así, cada vez que, como ahora, llegaba el momento de verse en

persona, de que él estuviera al otro lado de la mesa, sentía un recelo, un pequeño resabio de miedo. ¿Qué pensaría de ella, que trabajaba en los entresijos de una burocracia tan marginal que había sido degradada a la condición de ONG semipública, haciendo el equivalente a trabajo social? No le gustaba que la juzgaran.

—Te veo estupenda —dijo Larry al sentarse frente a ella.

—Gracias —respondió ella—. Tu trabajo te ha enseñado a mentir bien.

—Ja, ja —rio—. A decir la verdad. A decir la verdad sin asustar a la gente.

—A eso me refería. ¿A qué gente? ¿Quién puede asustarse con la verdad?

—Los mercados.

—¿Los mercados son gente?

—Claro. Y el Congreso. El Congreso es gente y se asusta.

—Pero siempre está asustado. Así que, si siempre está así, no sé qué problema hay.

—Pues lo hay. Tienen momentos de pánico. Y, a veces, les pasa justo lo contrario y se sumen en un estado de calma total. Que es lo que yo quisiera siempre. Pasa de vez en cuando. Hay buena gente en ambas cámaras, y a ambos lados. Solo hace falta tiempo para saber quiénes son.

—¿Y la presidenta?

—Es buena. Ella siempre está en calma. Y es lista. Ha formado un buen equipo.

—Por definición, ¿no?

—Ja, ja. Me encanta quedar contigo para que me pongas en mi sitio.

—Ya me parecía.

—¿Sigues tomando café con leche desnatada?

—Sí. Yo nunca cambio.

—No pretendía decir eso.

—¿No?

—Vale. Reconozco que creo que tienes hábitos inamovibles en cuestión de café. Puede que me equivoque.

—Últimamente me gusta alternar con un americano con un golpe de espresso.

—¡Madre!

—Nuevas teorías, nuevos revestimientos estomacales.

—¿Cirugía?

—Sí, me hice poner la banda esa... No, en serio. No, ahora me siento mejor, no sé qué ha pasado. Será que la meditación funciona.

—¿Medicación?

—Meditación. Te lo conté la última vez. O la anterior.

—Me había olvidado, perdona. ¿Qué haces?

—Es como una especie de meditación de atención plena. Me tiendo allí, en el huerto de la torre, y, mientras contemplo Brooklyn, pienso en todas las cosas sobre las que no puedo hacer nada. Al cabo de un rato me doy cuenta de que es todo el universo y me siento más serena.

—Yo creo que me quedaría dormido.

—A mí me pasa. Y por eso me gusta, también.

—¿Sigues con insomnio?

—Ahora lo veo como una extensión del sueño. Sueño, meditación, vigilia... Todo empieza a ser lo mismo para mí.

—¿En serio?

—No.

Larry soltó una carcajada diplomática. Ambos tomaron un sorbo de café mientras contemplaban el parque. Terminaba el otoño en Nueva York y todas las hojas se habían teñido ya. La mayoría de ellas estaban en el suelo, pero algunos robles, sicomoros y olmos plantados décadas atrás exhibían su gratitud con unos últimos glóbulos de rojo o amarillo.

Era, coincidía todo el mundo, una de las épocas más hermosas de la ciudad, de tardes más breves y fríos repentinos, de una claridad en la luz baja que convertía Manhattan en una ciudad de ensueño, preñada de significación y dramatismo. El único sitio donde había que estar. Habían estado sentados así muchas veces, frente a frente, en distintas partes de Central Park, y en el resto de la ciudad, desde hacía ya treinta años. Como gigantes a través de los años, sí, y a pesar de que ella era una pequeña burócrata y él el presidente de la Reserva Federal, en aquel momento comprendió de pronto que para Larry eran iguales.

—Así que la presidenta es una persona tranquila, dices.

—Eso creo. Y muy firme, ¿sabes? Y progresista, hasta donde podría serlo un presidente de los Estados Unidos.

—Que no es mucho.

—No, pero puede ser muy importante, en momentos. La veo en la línea de Roosevelt, Johnson y Eisenhower.

—Esos son todos presidentes del siglo XX. Ya puesto, podrías haber mencionado a Lincoln.

—Puede que lo haga, si es necesario. Si se dieran las circunstancias. Creo que ella busca una ocasión así.

—¿Una guerra civil por la esclavitud?

—O su equivalente actual, sea el que sea. Es decir, como bien sabes, tenemos problemas enormes. La desigualdad, por ejemplo. Así que sí, creo que le encantaría hacer algo grande.

—Qué interesante.

Lo pensó un momento.

—Supongo que si haces algo tan estúpido como convertirte en presidente, lo lógico es intentar algo grande.

—Eso creo yo. La tentación está ahí. O sea, no creo que pienses «bueno, ahora que ya soy presidente, voy a ir por la vía segura, no vaya a pasar algo». ¿No te parece?

—No sé —confesó Charlotte—. Normalmente no es algo en lo que suele pensar.

—¿Cuando meditas, nunca piensas en lo que harías si fueras presidenta?

—No. Desde luego que no. Pero tú trabajas para ella. Tienes que pensar en eso. Muchos pensamos que el gran jefe de la Reserva Federal es uno de los puestos más importantes.

Aquello pareció sorprenderlo.

—Me alegro de que seas una de ellos.

—¿Cómo no? Ya me conoces.

—Bueno. Sí. Más o menos.

—Yo creo que sí. Cuando éramos jóvenes, nos preocupaba la justicia. Eso era verdad, ¿no?

Larry asintió mientras la miraba con una pequeña sonrisa. La idealista de su exmujer, firme aún en sus convicciones. Tomó un sorbito de café.

—Pero entonces me metí en el mundo de las finanzas.

—Para acercarte al poder, ¿no? A la economía, lo que significa a la economía política, es decir, al poder. Para trabajar por la justicia. En potencia.

—Eso pensaba entonces, supongo.

—Siempre lo he dicho. Siempre te lo he reconocido.

Larry volvió a sonreír.

—Te lo agradezco.

—La gente se mete en el mundo de las finanzas por distintas razones. Algunos, solo para ganar dinero, seguro, pero tú nunca has sido así.

—No, puede que no.

—O sea, ahora trabajas para el gobierno. Ganas una minucia, comparado con lo que podrías.

—Cierto. Pero tampoco tengo que preocuparme por el dinero. Así que no sé si tiene mucho mérito. Se podría decir que, a partir de cierto punto, el poder es más interesante que el dinero. Cuando tienes dinero suficiente. Lo ves por todas partes.

—Ya. Pero, sea como sea, aquí estás: presidente de la Reserva Federal. Un cargo importante.

—Es interesante, eso lo reconozco. Puede que sea demasiado importante. Tengo la sensación de que podría hacer mucho más de lo que hago en realidad. Es como si la Reserva se dirigiese sola, o lo hicieran los mercados, o el mismo mundo, mientras yo estoy ahí sentado, pensando, «Haz algo, Larry, cambia algo», sin saber el qué ni cómo. Además, el resto del consejo y los consejos regionales tienen bastante influencia. No es un sistema que tenga mucha capacidad ejecutiva.

—¿No?

—No tanta como a mí me gustaría. Tengo la sensación de que lo que hago es asesorar, más que otra cosa.

Charlotte lo pensó.

—Pero a la presidenta. Y al Congreso.

—Cierto.

—Y si la cosa se pone seria, ya sabes, como en una crisis financiera, puede pasar que tu consejo determine lo que haga todo el mundo.

Larry se echó a reír.

—¡Pues habrá que rezar para que haya una crisis!

Charlotte se rio también. De repente, se estaban divirtiendo.

—Llegan cada década o así, así que debes estar preparado.

—Supongo.

Hablaron de otras cosas, como de antiguos amigos y conocidos de cuando estaban casados; cada uno de ellos se había mantenido en contacto con uno o dos, así que intercambiaron cotilleos.

Lo que, de una forma natural, llevó hasta Henry Vinson.

O no. Para Charlotte nunca habría sido algo natural preguntarle a Larry por gente del mundo de las finanzas a la que conocía, pues nunca había sentido el menor interés por él, y Larry tampoco era propenso a contar detalles sobre sus relaciones. Esta parte de su vida databa en su mayoría de después de su separación. Así que había tenido que pensar el modo de sacar el tema, pero en aquel momento se le ocurrió: centrarlo en él y en un posible conflicto de intereses. De ese modo, Larry asumiría que solo le interesaban los problemas derivados de su éxito. Algo que se adaptaría a un patrón habitual en ella.

—¿Alguna vez has tenido que regular la actividad de algún antiguo socio? —le preguntó.

Larry frunció ligeramente el ceño al oír esta pregunta tan alejada del ámbito habitual de los intereses de su exmujer. Pero entonces se encogió un poco, como si se diese cuenta de que lo estaba pinchando de nuevo. Exactamente como ella esperaba.

—No dirijo la SEC —esgrimió a modo de defensa.

—Lo sé, pero la Reserva Federal fija los tipos de interés y eso determina en buena medida todo lo demás, ¿no? Tus decisiones ayudarán a algunos de tus antiguos socios y perjudicarán a otros.

—Claro —respondió Larry—. Es la naturaleza de mi trabajo. Básicamente, afecta a todas las personas con las que he trabajado alguna vez.

—¿Y a Henry Vinson también? Vuestra separación fue un poco tormentosa, ¿no?

—En realidad no.

La miró con suspicacia. Había abandonado Adirondack después de que el consejo de administración nombrase director ejecutivo a Vinson. En una ocasión había reconocido ante ella que había sido como un concurso o una competición, que el consejo podía haber elegido a cualquiera de los dos, pero se habían decantado por Vinson. Larry seguía siendo director financiero, pero la realidad es que el perdedor de un proceso de selección como aquel no tenía cabida en la empresa, y menos teniendo en cuenta que a Larry no le gustaba ninguna de las iniciativas de Vinson; por eso se marchó, fundó su propio *hedge fund*, con bastante éxito, y luego fue nombrado presidente de la Reserva Federal por una antigua compañera de la facultad de Derecho que ahora era presidenta. A Vinson también le había ido bien en Adirondack, y después, con su propio fondo, Alban Albany. Así que se podía pensar que la cosa había terminado en tablas, o con dos ganadores. Tanto monta, monta tanto. Que era exactamente lo que le estaba diciendo Larry en aquel momento.

—Pero, aun así, debe de ser divertido decirle lo que debe hacer, ¿no?

Larry se echó a reír.

—En realidad, es él quien me lo dice a mí.

—¿En serio?

—Pues claro. Todo el día, sin parar. Siempre quiere los tipos así o asá.

—¿Eso no es ilegal?

—Puede hablar conmigo, como todo el mundo. Es libre de hablar, y yo soy libre de no hacerle ni caso.

—O sea, que no ha cambiado nada.

Larry volvió a reírse.

—En efecto.

—¿Y así es como funciona, contigo en el gobierno, como regulador?

—Solo estoy en un trabajo distinto, nada más. No me mantengo en contacto con ellos. Ni nadie.

—¿O sea, que no es lo del zorro al cargo del gallinero?

—No. Espero.

Frunció el ceño al pensarlo.

—Creo que lo que quiere todo el mundo es que en la Reserva Federal y el Tesoro trabaje gente que conozca cómo se mueve el sector y hable su mismo idioma. Eso facilita la comunicación.

—Pero no es solo un idioma. Es una forma de ver el mundo.

—Supongo que sí.

—Entonces, cuando hay dificultades, ¿no apoyas automáticamente a los bancos frente a la gente?

—Espero que no. Apoyo a la Reserva Federal.

Charlotte asintió tratando de aparentar que lo creía. O que no se había dado cuenta de que Larry acababa de responder que apoyaría a los bancos.

La luz del crepúsculo empezaba a broncear la atmósfera del parque, cubriendo las hojas de otoño y el aire mismo de una pátina amarillenta. El suelo estaba cubierto de sombras. Hacía fresco, pero no frío aún.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó Larry.

—Claro —respondió ella mientras se incorporaba.

Así podría demostrarle que ahora caminaba más. Si es que él se había fijado alguna vez en lo que le costaba hacerlo, que seguramente no. Se preguntó cómo sacar de nuevo a Vinson a colación. Mientras iban hacia el norte por el West Side, dijo:

—Es curioso: un primo de Henry Vinson estaba alojado temporalmente en mi edificio y ha desaparecido. La policía lo está investigando. Fueron ellos los que averiguaron la relación con Vinson.

—¿Un primo? ¿Un pariente? ¿El hijo de un hermano de alguno de sus padres?

—Solo es una de las cosas que han descubierto —dijo ella en respuesta a su insistencia.

—Qué curioso. No sé qué decir.

—Solo lo he comentado porque estábamos hablando de los viejos tiempos, y eso me ha recordado a Vinson y el tema este.

—Ya veo.

Como solía ocurrir, las palabras de Larry sonaron como si supiera más de

lo que a Charlotte le habría gustado. Habían tenido muchas peleas en su época, ahora se acordaba. Así había sido; de ahí el divorcio. También le costaba recordar los buenos tiempos anteriores a eso, pero no tanto. Mientras caminaban por las veredas del parque, se dio cuenta de que su pasado común estaba muy presente en su mente. Todo él. Solía imaginarse el pasado como una excavación arqueológica en la que los sucesos posteriores tapaban los más antiguos, pero en realidad no era así. En realidad, cada momento del pasado estaba presente a la vez para ella, como en los dioramas del Museo de Historia Natural. Así que los buenos tiempos se levantaban allí, junto a los malos, alternados panel a panel, sala a sala, conformando una indescifrable y mareante mezcla de sentimientos. El pasado.

Las mitades superiores de los superrascacielos que jalonaban el extremo norte del parque captaban los últimos rayos del Sol. Algunas ventanas orientadas al sudoeste despedían destellos dorados, incrustadas de inmensas curvas vítreas en tonos ciruela, cobalto, bronce y verde azulón. Los defensores del parque tenían que librar una guerra encarnizada para mantenerlo libre de edificios; ahora, como tierra firme que era, tenía diez veces más valor que antes. Pero hacía falta algo más que anegar el bajo Manhattan para que los neoyorquinos renunciaran a Central Park. Ya habían hecho una concesión con el lago Onassis, convencidos de que la ciudad ya tenía suficiente agua sin él. Pero, aparte de esto, el parque seguía igual, boscoso, otoñal, como siempre, tendido como si nada en el fondo de una galería rectangular de paredes verticales a cielo abierto. Les hacía parecer hormigas.

Charlotte comentó algo sobre esto, y Larry sacudió la cabeza con una risilla.

—Tú siempre igual, pensando en lo minúsculos que somos.

—¡No es verdad! ¡No sé a qué te refieres!

—Bueno, bueno —respondió él con un ademán.

No merecía la pena tratar de explicarlo, decía el gesto. Solo serviría para que ella recrudeciese sus protestas, con algún comentario obvio sobre sí misma. Cosa en la que él no quería entrar.

Molesta, Charlotte no dijo nada. De repente, la sensación de ser objeto de

una leve condescendencia, siempre amenazante en su caso, se manifestó en su interior. Le estaba haciendo un favor. Larry, el hombre importante, dedicaba un poco de su precioso tiempo a una antigua llama. Una especie de nostalgia: esto era lo que se escondía bajo la superficie de la desenvuelta tolerancia de su exmarido.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —mintió Charlotte.

—Pues sí —respondió él con otra mentira.

Para algunas naturalezas, esta estimulación de la vida que se da en una gran ciudad se vuelve tan esclavizadora y necesaria como el opio para el adicto. Se torna el hábito de su vida; no pueden existir fuera de ella; antes de verse privados de ella pasarían hambre, necesidad, dolor y miseria; no cambiarían una vida desdichada y mísera entre la gran muchedumbre por cualquier grado de comodidades lejos de ella.  
—Tom Johnson

Eddie Rickenbacker arrojó las cenizas de Damon Runyon sobre Times Square desde un avión.

## c) Vlade

Vlade hacía una especie de ronda policial del edificio cada noche, después de cenar. Revisaba todos los sistemas de seguridad y visitaba todas las salas que estaban por encima de la línea de pleamar. Y también los pisos superiores, bajo el mástil de amarre y cualquier otro sitio que se le ocurriera mientras tanto. Sí, estaba nervioso, tenía que admitirlo, aunque fuera solo ante sí mismo. Algo estaba pasando, y con aquella oferta por el edificio que casi parecía una OPA hostil, los ataques podían ser una herramienta de presión. No sería la primera vez en Nueva York. Ni la milésima. Así que estaba nervioso y hacía sus rondas con una pistola en una canana, bajo la chaqueta. Quizá fuera pasarse un poco, pero lo hacía igualmente.

Un par de noches después de rescatar a Roberto al sur del Bronx, al final de su recorrido por el edificio, salió del ascensor en el piso de la granja y se dirigió a la esquina del sudoeste para ver cómo le iba al anciano. Al atravesar la entrada del hotelo se encontró con que Stefan y Roberto estaban allí, sentados en el suelo alrededor de un montón de viejos mapas. No fue ninguna sorpresa.

—Pasa —le dijo Hexter mientras señalaba una silla con un ademán.

Vlade se sentó.

—Parece que los críos encontraron algunos de tus viejos mapas.

—Sí, los más importantes —dijo el anciano—. No sabes qué alivio. Mira, este es uno de Risse de 1900. Ganó un premio en la Exposición Universal de Francia. Risse era un inmigrante francés y, cuando llevó este mapa a París, fue la sensación de la Exposición. La gente hacía cola para verlo. Tenía tres

metros de lado. El original se perdió, pero hicieron esta versión, más pequeña, para venderla. Es una especie de homenaje a la reunión de los cinco distritos. Aquello sucedió en 1898, y contrataron a Risse para elaborar el mapa. Me encanta.

—Es precioso —dijo Vlade.

A pesar de los numerosos pliegues, de algún modo lograba captar una parte de la nudosa densidad, la complejidad y la sensación de inmensidad humana que cubrían la bahía como una incrustación. La de horas de trabajo que se habrían invertido en su creación...

—Y aquí tienes el de Bollmann, ¿a que es una belleza? ¡Mira cuántos edificios!

—Caray —dijo Vlade.

Era una recreación del centro a vista de pájaro, con todos los edificios dibujados de manera individual.

—Porras, ¡se corta justo en Madison Square! Mira, ahí está el borde del Flatiron, pero nuestro edificio sale cortado.

—La parte superior no, ¿ves? Junto a la G de la cuadrícula. Creo que es ese. Se ve la forma.

Vlade se echó a reír.

—¿No llegaba más lejos?

Creo que solo era del centro. En cualquier caso, esto es lo que tengo.

—¿Y ese coloreado de ahí?

—Coloreado, en efecto. Es el mapa del Comité Lusk, conocido como «el mapa del terror rojo». Son grupos étnicos, ¿ves? Los sitios donde vivían. De donde, se supone, salieron todos esos revolucionarios tan horribles.

—¿De qué año es?

—1919.

Vlade buscó su barrio.

—Por lo que veo, teníamos... ¿Qué es este color?... Sirios, turcos, armenios y griegos. No lo sabía.

—Algunos barrios siguen igual, pero la mayoría han cambiado.

—Claro. Me pregunto si podrían hacer algo como esto hoy en día.

—Supongo que sí. Con el censo, tal vez. Pero me da la sensación de que

sería una gran mezclanza.

—No sé yo —dijo Vlade—. Habría que verlo. Pero, oye, son geniales.

—Gracias. No sabes lo que me alegro de haberlos recuperado.

Vlade asintió.

—Bien. Mira, eso me lleva al pequeño incidente de los chicos en el Bronx. ¿Por qué no me cuentas algo sobre eso? ¿Tienes algún mapa donde se vea dónde se hundió el *HMS Husar*?

Hexter lanzó una rápida mirada de reojo a los niños.

—Tuvimos que contárselo —dijo Roberto—. Me había rescatado.

El anciano suspiró.

—No hay un mapa —dijo a Vlade—. Hay varios mapas de la época. El de la comandancia británica es asombroso. Los británicos ocuparon Manhattan durante toda la Guerra de Independencia y, por aquel entonces, su artillería contaba con los mejores cartógrafos del mundo. Trazaron aquel mapa con fines militares, pero, según parece, también para pasar el rato. Se ven hasta los adoquines. El original está en Londres, pero lo copié a partir de una foto cuando era niño.

—¡Enséñeselo, señor H!

—Vale, venga.

Los niños sacaron una carpeta grande, como las que usan los artistas, y de su interior, con el mismo mimo que si estuviera hecho de nitroglicerina, extrajeron una gran masa de papel de forma cuadrada. Una vez en el suelo, desplegaron dos enormes hojas de papel que, en conjunto, ocupaban casi tres por dos metros. Y allí estaba la isla de Manhattan, en un cierto estado de pretérita desnudez: la pequeña tracería urbana del Battery y, el resto, una campiña de lomas y prados, bosques, ciénagas y lechos de arroyo, todo ello dibujado como si se viera desde arriba.

—Santo cielo —dijo Vlade.

Se sentó a su lado y lo recorrió con el dedo. La zona de Madison Square estaba ocupada por una marisma de la que salía un arroyo en dirección este, que desembocaba en una ensenada del río East.

—Qué belleza.

—Pues sí —dijo Hexter con una pequeña sonrisa—. Hice la copia a los

doce años.

—Yo quiero un mapa así, pero de ahora —proclamó Roberto.

—Una tarea ingente —señaló Hexter—. Pero una gran idea.

—Vale —dijo Vlade—. Me encanta el mapa. Pero volvamos al *Husar*, por favor.

Hexter asintió.

—Este mapa se terminó el mismo año que el *Husar* se fue a pique. No incluye el Bronx, pero sí parte de Hell Gate. Y, por suerte, existe otro mapa grande que incluye la totalidad del puerto, el del Final Commissioners' Plan de 1821. También tengo una reproducción. Ven, mira esto. —Desplegó otro mapa—. Bonito, ¿eh?

—Mucho —dijo Vlade—. No tanto como el de la comandancia, pero también es muy detallado.

—Me gustan las olas que le pusieron al agua —dijo Stefan.

—Y a mí —dijo el anciano—. Y mira, aquí se ve dónde estaba la costa cuando se hundió el *Husar*. Por entonces era distinta. La zona de islitas que hay al norte de Hell Gate la desecaron para crear la isla de Ward y ahora todo eso está sumergido. Pero, por aquel entonces, había un pequeño Hell Gate y un arroyo llamado Bronks. Y esta islita, llamada Sunken Meadow, era un islote de marea. Marcaron todas las marismas con claridad en el mapa. Creo que porque no podían construir sobre ellas, ni tan siquiera desecarlas. Al menos fácilmente. El *Husar* chocó con Pot Rock, aquí, en el lado de Brooklyn, y el capitán trató de llegar a Stony Point, cerca del extremo meridional del Bronx, donde había un embarcadero. Pero todas las fuentes contemporáneas dicen que no lo logró y el barco se fue a pique, aunque con los mástiles fuera del agua. Según algunos, la marinería llegó caminando a la costa. No puede ser cierto en el caso de Stony Point, porque las corrientes son muy fuertes entre allí y las islas Brothers, y el canal es muy profundo. Además, no tuvieron tiempo. Según todas las fuentes, tardó menos de una hora en hundirse. Aquí la corriente es de seis nudos, así que, aun en el caso de que hubieran ido a toda velocidad, no podrían haber llegado hasta la isla North Brothers, que es donde buceaba Simon Lake en los años treinta. Así que creo que se hundió por estas pequeñas rocas de aquí, entre la isla de

Sunken Meadow y Stony Point, una zona que desecarían por completo posteriormente. Así que la gente estuvo buscándolo en el sitio equivocado, salvo al principio de todo, cuando los mástiles aún sobresalían del agua. Los británicos metieron unos cables por debajo del barco en la década de 1820, lo que ha llevado a todo el mundo a suponer que el oro estaba a bordo, porque, de no ser así, ¿para qué se iban a molestar? El hecho de que les permitieran hacerlo cuando había pasado tan poco tiempo desde la guerra de 1812 es algo que no comprendo. Pero el caso es que, cuando aún era joven, encontré un relato sobre el intento en los archivos del Almirantazgo, en Londres, y allí pude confirmar mis cálculos. Se hundió aquí mismo.

Mientras lo decía, puso el índice sobre el mapa de 1821, en una X dibujada a lápiz.

—¿Y cómo es que los británicos no recuperaron el oro? —preguntó Vlade.

—La nave se partió cuando la estaban sacando y por aquel entonces las técnicas de buceo no permitían encontrar algo tan pequeño como dos cofres de madera. En ese río las aguas son turbias y las corrientes, fuertes.

Vlade asintió.

—Me pasé diez años en él —dijo.

Subió y bajó varias veces las cejas a beneficio de los niños, que lo miraban con asombro.

—Diez años como buceador urbano, chavales —dijo—. Por eso sabía lo que estabais haciendo.

Miró a Hexter.

—Y tú les contaste todo esto.

—Sí, ¡pero no pensé que se sumergirían! Es más, ¡les dije que no lo hicieran!

De repente, los chicos parecían sentir un enorme interés por el mapa de 1821.

—¿Muchachos? —dijo Vlade.

—Es que... —dijo Roberto—. Una cosa llevó a la otra, nada más. Teníamos un detector de metales grande, de un tío que había muerto. Así que pensamos que podíamos ir allí y buscar un poco, ya sabe.

—Bajamos hasta el fondo, donde el Sr. Hexter decía que estaba el *Husar*. Y captamos algo.

—¡Fue la leche! —dijo Roberto.

—¿De dónde sacasteis la campana de inmersión? —preguntó Vlade.

—La hicimos nosotros mismos —respondió el muchacho.

—Es la parte superior de una tolva de grano de una barcaza —le explicó Stefan—. Miramos las campanas de inmersión de la tienda de buceo del Skyline Marina, y vimos que eran iguales que las cabeceras de plástico de las tolvas de grano. Le pegamos unos aros metálicos sacados de unos barriles alrededor del borde para que pesara más, aunque ya pesaba un rato, luego le colocamos un ojo encima, y listo.

Vlade y Hexter se miraron.

—Tienes que vigilar a estos niños —dijo Vlade.

—Ya.

—La campana funcionó de maravilla, y allí, al bajar, resulta que captamos algo grande con el detector de metal. ¡Y es un detector que te dice el metal que es! Así que no es una caldera ni nada de eso. Es oro.

—O algún metal más pesado que el hierro.

—El detector decía que era oro. Y estaba en el sitio justo.

—Así que decidimos que podíamos sumergirnos varias veces, y excavar en el asfalto. Estaba muy blando, de modo que pensamos que podíamos conseguirlo. Pensábamos contar al Sr. Hexter lo que habíamos descubierto. Creíamos que se alegraría y luego seguiríamos a partir de ahí.

Aquello empezaba a parecerle demasiado altruista a Vlade. Lanzó a los chicos una mirada severa.

—Nunca habría funcionado, muchachos. Según he visto aquí, el barco estaba en el fondo del río. Eso son al menos siete metros, que es lo que haría falta para que se hundiese del todo. Luego llenaron esa parte con tierra, hasta cubrirlo por completo. Esa zona estaba por entonces unos tres metros por encima de la marea alta. Es decir, que tenemos entre diez y doce metros de tierra por encima de vuestra nave. Es imposible cavar diez metros con una pala debajo de una campana de inmersión.

—Eso le dije yo —intervino Stefan.

—Yo creo que sí se puede —insistió Roberto—. Se trata solo de ir sacando la tierra en muchos viajes. ¡La tierra bajo el asfalto tiene que estar muy blanda! ¡Estaba haciendo grandes progresos!

Los demás se lo quedaron mirando.

—¿En serio? —preguntó Vlade.

—¡Que sí! ¡Lo juro por Dios!

Vlade miró a Hexter, quien se encogió de hombros.

—Me han enseñado la lectura del detector de metales —dijo Hexter—. Si era correcta, muestra una cantidad muy importante. Y de oro. Así que puedo entender que quisieran intentarlo.

Vlade se quedó mirando el mapa de 1821: el Bronx, en amarillo, Queens, en azul, Manhattan, en rojo, Brooklyn, en un naranja amarillento. En 1821 no existía aún Madison Square, pero Broadway ya cruzaba Park Avenue y tanto el arroyo como las marismas habían desaparecido, desecados. Había una especie de zona de desfiles marcada en la intersección, y un fuerte. Aún faltaban noventa años para el Metropolitan Life. La gran ciudad, en proceso de metamorfosis a través del tiempo. Era realmente asombroso que hubieran trazado aquella recreación en 1821, cuando casi todo de lo que entonces existía estaba por debajo de Wall Street. Cartografía visionaria. Más que un mapa, un plan. La gente veía lo que quería ver. Como aquellos niños.

—A ver qué os parece esto —dijo—. Si estáis de acuerdo, podría ir a hablar con mi vieja amiga Idelba sobre esto.

Se detuvo uno o dos segundos, aterrado por lo que él mismo estaba proponiendo. Llevaba dieciséis años sin verla.

—Tiene una barcaza de dragado en Coney Island. Están sacando la arena de la antigua playa del fondo para llevarla a la nueva costa. Tiene una maquinaria de la leche. Podría convencerla de que nos ayude. Creo que habría que contarle la historia para conseguirlo, pero confío en su discreción. En su día pasamos por lo nuestro y me fío de ella.

Era una forma de decirlo.

—Así podremos averiguar si realmente hay algo allí abajo sin que tengáis que ahogaros. ¿Qué os parece?

Los chicos y el anciano se miraron un instante, y entonces Roberto dijo:

—Vale, muy bien. Vamos a intentarlo.

• • • • •

Vlade decidió llevar a los chicos a Coney Island en su propia lancha, a pesar de que la del edificio era algo más veloz, porque no quería que el trayecto quedara registrado en los libros. Tenía la lancha, una fueraborda de seis metros con casco de aluminio y motor eléctrico, casi olvidada, porque siempre estaba ocupado en asuntos relacionados con el edificio, pero aun así seguía allí, guardada entre las vigas del embarcadero, y una vez que la sacó fue un placer volver a verla y sentirla bajo su mando mientras avanzaban por la Veintitrés hacia el río East y atravesaban la bahía de la parte alta de Nueva York en dirección sur. Al salir de los canales más transitados, aceleró al máximo. Las dos alas de espuma que levantaba la embarcación a ambos lados eran modestas, pero los volantes que las coronaban estaban salpicados de resplandecientes puntos arcoíris, y el leve bamboleo que producía el oleaje aumentaba la sensación de velocidad. ¡Fueraborda en el agua! Era una sensación muy particular y, a juzgar por las miradas de los muchachos, no estaban muy acostumbrados a ella.

Y, como siempre, pasar por los Narrows era emocionante. Incluso con el nivel del mar quince metros por encima, el puente de Verrazano seguía atravesando el aire tan por encima que era como un vestigio de la Atlántida. Era inevitable que te hiciera pensar en el resto del mundo. Vlade sabía que ese mundo estaba ahí fuera, pero él nunca iba tierra adentro; nunca se había alejado ni diez kilómetros del océano en toda su vida. Para él, aquella bahía lo era todo y los vestigios del mundo antediluviano eran algo mágico, como salido de una edad de oro.

Y después de eso, al mar. ¡El Atlántico azul! El oleaje mecía la embarcación y Vlade tuvo que aminorar mientras viraba a estribor para seguir pegado a la costa, marcada ahora por una línea blanca de rompientes. Durante media hora, navegaron hacia el sudoeste en paralelo a la ribera, hasta dejar

atrás la playa de Bath, donde Vlade puso rumbo sur en dirección a Sea Gate, extremo occidental de Coney Island.

Luego dejaron atrás esta isla, apenas una península con forma de cabeza de martillo en el extremo meridional de Brooklyn que ahora era un arrecife sembrado de ruinas. Continuaron en paralelo a la antigua costa, con rumbo este y más lentitud ahora, mecidos por el oleaje entrante. Vlade se preguntó si los muchachos acusarían el mareo, pero se encontraban de pie en la cabina, mirándolo todo, ajenos al bamboleo que lo mareaba un poco a él mismo.

Las ruinas de la línea de marea de Coney Island, tocones y restos diversos de edificios destrozados, parecían surgir del blanco desorden de las olas rotas; eran como palés gigantescos que hubiera arrastrado la marea hasta allí. Se podía ver cómo rompía una ola contra la primera línea de apartamentos y cornisas, y penetraba entre ellos hasta llegar a los tejados desperdigados que había detrás, donde se desmoronaba y perdía fuerza, hasta que una corriente de reflujo se encontraba con ella y la convertía en una melé de aguas blancas y sueltas de cien metros de anchura, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en dirección este. Desde allí, la línea de la ribera parecía interminable, aunque Vlade sabía por propia experiencia que Coney Island no tenía más de siete kilómetros de largo. Pero más lejos, al sudeste, se podía ver el agua blanca de Breezy Point, una marca sobre el horizonte que, por su posición, parecía estar a muchos kilómetros de distancia. Era una ilusión pero igualmente parecía inmensa, como si se pudiera tardar todo el día en llegar allí, como si estuvieran viajando por una tierra gigantesca y en un planeta mucho más grande. En última instancia, pensaba Vlade, había que aceptar que la ilusión era básicamente certera: el mundo era enorme. Así que puede que estuvieran viendo bien, en realidad.

Los muchachos tenían los ojos muy abiertos y parecían asombrados. Vlade se echó a reír al verlos.

—Está bien estar aquí, ¿verdad?

Asintieron.

—¿Habíais salido hasta aquí alguna vez?

Sacudieron la cabeza.

—Y yo que pensaba que era un cateto... —dijo Vlade—. Bueno, bien. A

ver, ¿veis esa barcaza y ese remolcador que hay a medio camino de Coney Island? Es nuestro destino. Es ahí donde trabaja mi amiga en su proyecto.

—¿Y lo tiene muy avanzado? —preguntó Roberto.

—Buena pregunta. Tendrás que preguntárselo.

Vlade se acercó a la barcaza. Era alargada y grande, y estaba acompañada por un remolcador que parecía pequeño en comparación, a pesar de que, al colocarse a su lado, pudieron ver que era muchísimo más grande que la lancha de Vlade. Había un muelle atado a la barcaza al que pudo aproximarse para que un grupo de estibadores agarraran sus cabos y los ataran a las cornamusas.

Vlade había llamado con antelación, más nervioso que desde hacía años, y, en efecto, allí estaba Idelba, en la parte trasera del grupo. Era una mujer alta y morena, nativa de Marruecos, aún espigada y aún hermosa de una manera tosca y aterradora. Exmujer de Vlade y la única persona de su pasado en la que aún pensaba, o, al menos, la única que seguía con vida. La más salvaje, la más lista... La única a la que había amado y había perdido. Su socia en el desastre y en la muerte, su camarada en una pesadilla para dos. Nostalgia, el dolor del hogar perdido. Y el dolor de lo que había ocurrido.

•••••

Idelba los condujo por una escalera de metal hasta un hueco en el coronamiento de la barcaza. Desde allí arriba podían ver el casco y comprobar que una tercera parte de la barcaza estaba llena de una arena húmeda y dorada, ligeramente moteada de algas y lodo grisáceo. Casi todo era arena pura y empapada. Había un tubo gigantesco, como una manguera de bomberos pero diez veces más grande, reforzado por aros interiores, y suspendido de una grúa a un extremo de la barcaza sobre el casco abierto; y la arena que dragaban, con aspecto de cemento mojado, caía en el interior de la barcaza desde su boca. De las entrañas de la barcaza salía un inmenso rugido sordo, entremezclado con un agudo aullido.

—Seguimos dragando arena pura —señaló Idelba—. La barcaza está casi llena. Dentro de poco llevaremos la carga a Ocean Parkway y soltaremos la arena allí, en la nueva playa.

—Pero parece que aún se podría cargar mucho más —dijo Roberto.

—Cierto —dijo Idelba—. Si fuéramos mar adentro, podríamos llevar más, pero como tenemos que navegar por canales hasta el límite de la pleamar y descargar allí para que luego, cuando baje la marea, vengan por ella a extenderla con bulldozers, no podemos cargarnos en exceso.

—¿Dónde vais a descargar? —preguntó Vlade.

—Esta vez, entre la avenida J y la avenida Foster. Han derruido las ruinas y allanado el suelo. La mitad de nuestra arena terminará bajo el límite de la marea baja y, la otra mitad, por encima. Al menos, esa es la idea. Extender la arena y rezar para que se consoliden algunas dunas en la línea de pleamar y algunos bancos de arena justo debajo de la de bajamar. Son importantes para atrapar las algas y darle al ecosistema la ocasión de crecer. Lo de la creación de playas es un proyecto enorme. Mover la arena es solo una parte. En cierto modo, la fácil, aunque de fácil no tiene nada.

—¿Y si vuelve a subir el nivel del mar? —preguntó Stefan.

Idelba se encogió de hombros.

—Pues se traslada la playa otra vez, supongo. O no. Entretanto, tenemos que actuar como si supiéramos lo que hacemos, ¿vale?

Vlade levantó una mirada entornada hacia el sol. Casi se le había olvidado cómo decía Idelba las cosas.

—¿Podemos acompañarla y ver la nueva playa? —preguntó Roberto.

—Sí, pero puede que para hoy ya sea muy tarde. Tardaremos un par de horas en llegar a Ocean Parkway, y otras tantas en descargar la arena. Igual podéis seguirnos con vuestro barco y marcharos cuando queráis.

—Tendrá que ser otro día —dijo Vlade—. Si no, no llegaremos a Manhattan para cenar. Así que vamos a contarte para qué hemos venido y así puedes seguir con lo tuyo mientras nosotros nos volvemos a casa.

Idelba asintió. Aún no lo había mirado a los ojos, que Vlade supiera. Y esto lo entristecía.

—Tiene que prometernos que guardará el secreto —dijo Roberto.

—Vale —dijo Idelba. Esta vez sí miró a Vlade, de reojo—. Lo prometo. Y Vlade sabe que no lo hago en vano.

Vlade se echó a reír casi dolorosamente al oír esto, pero cuando vio la expresión de alarma de los muchachos, dijo:

—No, solo me río porque Idelba me ha sorprendido. Dice la verdad. Guardará el secreto. Por eso os he traído a hablar con ella.

—Vale —dijo Roberto—. Stefan y yo estamos haciendo un poco de arqueología submarina en el Bronx y creemos haber encontrado un... una cosa que queremos desenterrar, pero hemos estado trabajando con una campana de inmersión y no podemos hacer la excavación con eso. Lo hemos intentado, pero no funciona.

—Casi se ahogan —añadió Vlade de mala gana.

Los muchachos asintieron con aire solemne.

—¿Una campana de inmersión? —dijo Idelba—. ¿Me tomáis el pelo?

—No, es una pasada, en serio.

—Querrás decir una locura. Me sorprende que sigáis con vida. ¿Habéis tenido algún desmayo?

—No.

—¿Dolores de cabeza?

—Eso sí. Alguno.

—No me extraña. Yo también hacía esas gilipolleces a vuestra edad, pero cuando tuve el primer desmayo me espabilé. Y tenía dolores de cabeza todo el rato. Seguramente perdiera un montón de neuronas, y supongo que por eso acabé con Vlade, aquí presente.

Los muchachos no supieron qué responder a esto.

Idelba los miró un rato más.

—¿En el Bronx, decís?

Asintieron.

—No estaremos hablando del *Husar*, ¿verdad?

—¡Cómo! —protestó Roberto. Fulminó a Vlade con la mirada—. ¡Se lo has contado!

Vlade sacudió la cabeza, e Idelba soltó aquella risotada ronca tan suya.

—Venga, chavales. En el Bronx nadie busca otra cosa que el *Husar*. Ya

deberíais saberlo. ¿Cómo habéis sabido dónde teníais que excavar?

—Tenemos un amigo, un señor mayor que lo estudió. Tiene montones de mapas e investigó en los archivos.

—Y fue a Londres.

—Pues sí, ¿cómo lo sabe?

—Porque todos van a Londres. Me crié en Queens, ¿sabes?

—Pues fue a Londres, y consultó los archivos y vio el mapa grande que hay y todo, así que luego nosotros fuimos allí en nuestro bote con un detector de metales, un Golfier Maximus.

—Es bueno —reconoció Idelba.

—No sabía que supieras de eso —señaló Vlade.

—Fue antes de conocerte.

—¿A los diez años?

—Más o menos. Jugaba en la intermarea de Queens. Hacíamos cosas de ratas de agua. Nos llamábamos las Ratas Almizcleras. Estuve a punto de ahogarme tres veces. ¿Tus chicos han estado a punto de ahogarse ya?

Volvieron a asentir con solemnidad. Vlade se daba cuenta de que estaban empezando a prendarse de Idelba. Lo entendía y aquello lo hacía sentir más triste que nunca.

—¡La semana pasada! —dijo Roberto—. Me quedé atrapado bajo la campana, pero Stefan consiguió que Vlade viniera a salvarme.

—Me alegro por Vlade.

Una sombra pasó por el rostro de Idelba y, durante un segundo, no estuvo allí con ellos. Vlade sabía adónde había ido. Entonces aspiró bruscamente y dijo:

—O sea, que creéis haber encontrado el *Husar*.

—Sí, captamos una señal gigante.

—¿De oro?

—Exacto.

—Interesante.

Los miró, y luego de nuevo a Vlade. Este era incapaz de interpretar su expresión con respecto a los muchachos. Había pasado demasiado tiempo.

—Bueno, creo que estáis persiguiendo una quimera. Pero qué coño...

Como todos. Es mejor que estar sentado sin hacer nada. Lo malo es que no tengo aquí el equipo necesario para ayudarlos. Vuestra operación es demasiado pequeña para el mío. Nos lo tragaríamos todo y lo haríamos pedazos. Lo que vosotros necesitáis es algo así como unas tenacillas comparado con esto, ¿entendéis lo que quiero decir?

—Guau —respondió Stefan.

—Lo entendemos —dijo Roberto—. Pero algo tendrá para... No sé, trabajos pequeños, ¿no? ¿Nunca hace trabajos pequeños?

—No.

—¿Pero sabe a qué me refiero?

—Sí. Y sí, puedo conseguir lo que necesitáis. ¿Tenéis boyas en el lugar?

—Sí.

—¿Submarinas?

—Sí.

—Bien. Vale, prepararé algo y visitaremos el sitio dentro de unos días, pronto. Sacaremos lo que haya allí en un par de horas, a lo sumo. Lo sacaremos y veremos qué habéis encontrado. Será divertido. Pero tenéis que estar preparados para llevaros una decepción, ¿entendido? Ese tesoro lleva doscientos años y pico provocando decepciones, y es poco probable que la racha termine con vosotros. Pero bueno, sacaremos lo que haya y veremos qué es.

—Guau —volvió a decir Stefan.

Roberto y él estaban totalmente fascinados. Vlade se dio cuenta de que no iban a prepararse para una decepción. Cuando no sacaran nada, se quedarían hundidos. Pero no se podía hacer nada. Idelba le lanzó una mirada ligeramente reprobatoria y comprendió que pensaba lo mismo. «Por tu culpa se van a llevar un chasco», decía la mirada, pero qué se le va a hacer. Son cosas que pasan.

Sí, a la juventud; y ellos eran viejos. Y cuando eran jóvenes se habían llevado un palo, un palo mucho más gordo que lo de no encontrar el caldero lleno de monedas de oro al final del arcoíris; tanto, que era peor que cualquier cosa que pudieran imaginar aquellos chicos. Algo insoportable hasta para ellos. Así que... lo superarían. Todo el mundo podía superarlo, comparado

con Vlade e Idelba. De hecho, los chavales eran casi una especie de consuelo, una especie de consuelo doloroso. Algo así. A Vlade le costaba saber lo que estaba pensando Idelba; era una mujer dura y él estaba aturdido por el mero hecho de volver a verla. No tenía ni idea de lo que sentía. Era como recibir un bofetón en la cara. Era como lo que se sentía al salir disparado de los Narrows hacia el Atlántico en una pequeña embarcación, solo que más grande y más extraño.

Una elefanta de Coney Island llamada Topsy mató a un cuidador sádico que le había dado de comer un cigarrillo encendido, y se decidió que había que sacrificarla. En enero de 1903 la electrocutaron. Mil quinientas personas se reunieron para presenciar el hecho en Luna Park, y Thomas Edison lo filmó y, un año después, sacó a la venta una película llamada *La electrocución de una elefanta*. Acoplaron unos electrodos a unas botas metálicas que le habían puesto en la pata delantera derecha y a la trasera izquierda, y la atravesaron con 6.600 voltios de corriente alterna. Funcionó.

## d) Amelia

Tras recuperar el control de la *Migración Asistida*, Amelia se pasó un día o dos sin hacer otra cosa que comer y serenarse, con solo una cámara encendida y muy pocos comentarios, la mayoría más propios de un programa de cocina que de uno de animales como el suyo. Sus espectadores se alegrarían de ver que estaba bien y entenderían que mostrara ciertos indicios de estrés postraumático. Debajo de ella, el Atlántico sur palpitaba hasta el horizonte con un azul que le recordaba al Adriático. Era una tonalidad cobalto infundida de turquesa, más azul que la mayoría de los azules oceánicos, y el centelleo de los reflejos del sol habían quedado tras ella, al norte. Se habían adentrado mucho en el hemisferio sur, y en aquella zona el azul era más oscuro, veteado solo de espuma blanca. Ya había superado los Rugientes Cuarentas para entrar en los Aulladores Cincuentas, y si quería llegar al mar de Weddell —y claro que quería—, iba a tener que virar hacia poniente y poner los turbopropulsores al máximo para avanzar un paso en aquella dirección en los Bramadores Sesentas. Allí, más allá de la punta de Sudáfrica, donde solo la Patagonia desafiaba el incesante embate del agua y los vientos de poniente, la aeronave se enfrentaba a un incesante empuje en dirección a Australia. Combatirlo le provocaba una trepidación constante. Era como estar en un barco abajo, en medio de aquel oleaje. Porque también había olas de aire y ahora estaban luchando contra ellas, como a menudo tenía que hacer cualquier nave en aquella Tierra. Seguía esperando a que el equipo de apoyo le diera el destino definitivo de los osos. Había cierta controversia entre los geógrafos y los biólogos marinos con respecto al lugar

que ofrecía mayores probabilidades a los animales. La curva oriental de la península Antártica, uno de los mejores candidatos, había sufrido un calentamiento más acelerado y había perdido un porcentaje mayor de hielo que cualquier otro punto del continente, y sus hielos se adentraban mucho en el mar de Weddell cada larga noche de cuatro meses; y además las focas eran abundantes. Todo esto sonaba plausible y prometedor a Amelia, así que no hacía más que decirle a Frans que aquel debía ser su destino. Pero había otros en el grupo que lo discutían y querían que se dirigiese a la costa de la Princesa Astrid, en la zona principal del continente. Allí encontrarían una costa más escarpada, y la mayor colonia del mundo de focas de Weddell, además de unas corrientes ascendentes desde las profundidades que sustentaban una rica fauna marina, con abundantes pingüinos. Por no hablar de su fantástico nombre.

Al parecer, una tercera facción de ecologistas consideraba que Amelia debía depositar los osos en Georgia del Sur, así que esta había trazado un rumbo que les permitiría pasar cerca de allí camino al sur, por si acaso. Era una región mucho más cálida, ni siquiera polar, de hecho, y con mucho menos hielo, así que creía que los científicos que defendían aquella opción perderían el debate. Ya que iban a desafiar el orden natural hasta el punto de llevar unos osos polares al hemisferio sur, lo menos que podían hacer era llevarlos a una región polar.

• • • • •

Mientras la aeronave cruzaba Georgia del Sur por el este, un trayecto que les llevó la mayor parte de un día, Amelia descubrió que se alegraba de que no le hubieran pedido que dejara a los osos allí; era una isla enorme, de costa escarpada y verde allí donde no estaba cubierta de nieve y hielo, y envuelta en una gruesa capa de nubes violentas que le recordaba a las desbocadas corrientes de aire sobre el Himalaya. La isla tenía un aspecto feroz y se parecía muy poco a la costa occidental de la bahía del Hudson. A buen

seguro, la península Antártica sería un hogar mucho mejor para sus osos.

Los cuales parecían más calmados, ahora que volvían a estar en sus aposentos. Su fuga y el ayuno posterior, unida al vuelco de la nave y las duras caídas, parecía haberlos amansado e incluso moverlos a aceptar su suerte. En Churchill, varios de ellos habían sido reincidentes y habían pasado diversas temporadas en la cárcel para osos, así que, seguramente, lo que los había perturbado no era tanto su confinamiento actual como la palpable sensación de movimiento de la aeronave, algo que, como es natural, podía perturbar a cualquier animal que no hubiera volado nunca. Pero, fuera la que fuese la causa de su anterior inquietud, ahora parecían bastante tranquilos en sus habitáculos. Casi todos habían pasado por delante de la máquina de rayos X y los médicos tenían imágenes suficientes de sus esqueletos como para saber que no había huesos rotos. Todo marchaba bien.

Dos días después de sobrevolar Georgia del Sur se acercaban al extremo oriental de la península Antártica. El mar estaba cubierto de brillantes placas de hielo marino y fragmentos mucho más altos de hielo glacial, a menudo de una tonalidad azulada y cremosa, o verde, que se alzaban hacia lo alto con formas extrañamente fundidas. Tanto en el hielo marino como en las secciones horizontales de los icebergs se veían docenas, e incluso centenares, de focas de Weddell. Amelia descendió para ver mejor y sacar mejores imágenes para su programa, y empezó a ver regueros de sangre sobre el hielo, sangre placentaria en su mayor parte; muchas de las hembras de foca, semejantes a babosas sobre una hoja de papel blanco, habían dado a luz recientemente, y tenían las crías, más pequeñas (pero tampoco mucho), pegadas al cuerpo. Era una imagen apacible y hasta podría decirse que bucólica.

—Caray, mirad eso —dijo a su audiencia—. Supongo que les vamos a hacer una faena al introducir un depredador al que no han visto nunca, pero, bueno, a los osos les va a encantar. Y a las focas se las comen las orcas y creo que los tiburones tigre, o algo de eso. Ah, perdón, las focas leopardo. Mmm, Me pregunto si los osos podrán comer también focas leopardo. Menudo duelo sería ese. Bueno, supongo que lo averiguaremos. Dejaremos una serie de cámaras, como siempre, y será muy interesante ver qué pasa. ¡Algo nuevo en

la historia! ¡Osos polares y pingüinos en el mismo entorno! Alucinante, si lo pensáis un poco.

Al acercarse a la costa, se preguntó en voz alta si podrían distinguir el lugar donde terminaba el hielo y comenzaba la nieve sobre la tierra. Por delante todo era blanco, con la excepción de unos acantilados negros al interior. Pero entonces se dio cuenta de que sería fácil: había unos acantilados negros a lo largo de una parte de la costa y, sobre ellos, la nieve era de un blanco distinto, más untuoso, y se elevaba de manera abrupta hasta los picachos negros del interior. Mar adentro, el hielo estaba mucho más fragmentado y dejaba un sinfín de canales de agua. Al pasar flotando sobre ellos, Amelia bajó la mirada y soltó un chillido: allí, justo debajo, había un banco de orcas, más negras que el agua, con costados de manchas blancas que solo eran visibles cuando se arqueaban ligeramente al emerger un instante. Una flotilla; cerca de una treintena. Ah, un banco.

—¡Madre mía! —dijo Amelia—. Espero que no nos caigamos al agua, ¡ja, ja! No me gustaría. ¿Habéis visto lo negra que es? O sea, ¡miradla! El cielo es azul y yo pensaba que el color del océano era, básicamente, un reflejo del cielo, ¿no? Pero esa agua parece negra. Negra de verdad, digo. Espero que se aprecie en las imágenes, así veréis a qué me refiero. Me pregunto por qué será.

El personal del estudio le explicó rápidamente que la teoría era que el Océano Antártico parecía negro porque el fondo era muy profundo incluso a poca distancia de la costa. Además, no contenía minerales ni materia orgánica, así que la vista llegaba hasta gran profundidad, donde no penetraba la luz. ¡Así que lo que se veía era el fondo de las profundidades marinas!

—Ay, Dios mío, ¡qué pasada! —exclamó Amelia.

Era una de sus famosas exclamaciones, fuente de controversia en el estudio, donde, según el caso, se la entendía como un cliché pasado de moda o un simpático «amelianismo», pero, en cualquier caso, no era fruto de un cálculo sino la expresión incontenible de lo que sentía. ¡Un océano negro bajo un cielo azul! ¡Qué pasada! Ya no estaban en Kansas. Otra frase útil, dado que raras veces estaban en Kansas.

Y solo era el principio. Pues cuanto más se acercaban a la península, más

grande y salvaje parecía. Los acantilados y los picos que afloraban eran más negros que el océano, mientras que la nieve que lo cubría todo era como una capa de merengue dolorosamente blanca. El pie de los acantilados estaba cubierto por una filigrana blanca, como si las olas se hubieran congelado al instante de romper allí; al parecer, era el resultado de una sucesión interminable de olas, cada una de las cuales añadía una nueva capa de hielo al que ya había. Aquellos arabescos eran de un blanco más grisáceo que la suave capa de merengue que cubría la tierra sobre los acantilados. Tierra adentro, a una distancia difícil de calcular, puede que unos diez kilómetros, afloraban unos picos negros en medio de una superficie blanca y azul de nieve cremosa y campos de hielo cubiertos por una tracería curvada de grietas. Las extensiones azules eran las partes visibles de los glaciares, aún más raros en aquel mundo, pero igualmente vastos.

Aquel era su destino, según le habían dicho. Voló tierra adentro para conseguir una vista mejor de los picos negros, hundidos hasta el cuello en el hielo. Parecía una hilera de pirámides degradadas. Había estriaciones horizontales de roca roja en medio de aquellos triángulos negros, y la roca tenía algunos agujeros.

—La roca negra es basalto y la roja, dolerita —repitió Amelia lo que le dictaban desde el estudio.

Escuchó un instante más y luego dijo lo que se le decía, pero con sus propias palabras, como siempre.

—Esas cumbres forman parte de la cordillera de Wegener, llamada así por Alfred Wegener, el geólogo que se dio cuenta de que Sudamérica encaja en África occidental y sugirió que los continentes podían moverse. Yo pensaba lo mismo cuando era niña. La gente se reía de él, pero cuando salió la teoría de las placas tectónicas, su figura quedó rehabilitada. ¡Pero es que estaba claro! ¿No lo veis, chicos? Así que supongo que a veces sale a cuenta fijarse en lo evidente. Eso espero, porque yo lo hago constantemente. Aunque no creo que vayan a ponerle mi nombre a una cordillera.

La tierra se levantaba frente a ella como una fotografía en blanco y negro de un planeta más frío y de orografía más abrupta.

—Esas montañas tienen casi dos mil metros de altura y están a pocos

kilómetros de la costa. Confiamos en que los osos puedan encontrar cuevas en las capas de dolerita. Estarán más o menos a la misma latitud que en Canadá, así que el ciclo estacional será parecido. Y hay argentinos y chilenos en la península, reintroduciendo los antiguos hayedos en la tierra emergida. Musgos, líquenes e insectos. Y, por supuesto, el mar está a rebosar de focas, peces, cangrejos y tal. Es un bioma muy rico, aunque no lo parezca. O sea, la verdad es que parece un desierto. ¡No creo que a nosotros nos fuera muy bien aquí! Pero ya sabéis. Los osos polares están acostumbrados a un entorno polar. Cosa que es alucinante, si tenemos en cuenta que son mamíferos, como nosotros. Parece imposible que aquí puedan vivir mamíferos, ¿verdad?

Los técnicos le recordaron que las focas de Weddell también lo eran, cosa que tuvo que admitir.

—Bueno, los mamíferos pueden hacer prácticamente cualquier cosa. A eso me refiero —añadió—. Somos alucinantes. No lo olvidemos nunca.

Tras observar las posibles guaridas para el invierno desde tan cerca como era posible, Amelia regresó a la costa. Había vientos catabáticos y, al descender en paralelo a la ladera, la aeronave se bamboleó y trepidó un poco. De la parte trasera de la góndola llegaron los rugidos de inquietud de los osos.

—¡Tranquilos! —exclamó Amelia—. Os bajaremos dentro de unos minutos. ¡Y ya veréis qué sorpresa!

Al poco, volvían a estar a la altura de la costa y, una vez allí, con algún bandazo, pudo reacoplar la nave a los vientos y descender. La zona parecía prometedor. Había un canal de agua negra en medio del hielo marino, salpicado de icebergs, y más allá, más hielo marino y finalmente la mar abierta, negra como la obsidiana. El hielo estaba cubierto de focas de Weddell, sus cachorros, su sangre, su orina y sus excrementos. Y por su parte, la tierra se alzaba desde el hielo, no en acantilados, sino en lomas onduladas, donde los osos tendrían sitio para ocultarse, para excavar madrigueras, donde podrían acechar a las focas y dormir. Era un sitio prometedor, al menos desde la perspectiva de un oso polar. Para un humano era como el círculo más frío del infierno.

Descendió sobre el hielo y disparó unas anclas como pernos de ballesta

sobre la nieve, y luego usó los cabrestantes para bajar la góndola hasta aterrizar en la nieve. Había llegado el momento. Revisó el sistema de cámaras para mayor tranquilidad de los técnicos y luego, incapaz de seguir conteniéndose, se colocó el equipo y saltó a la nieve. Dos segundos después de pensar que tampoco era para tanto, el frío le mordió con tanta fuerza que le arrancó un grito. Le empezaron a llover los ojos, pero las lágrimas que caían se le helaban en las mismas mejillas.

—Amelia, no puedes estar ahí cuando soltemos a los osos.

—Ya, solo quería sacar una toma del exterior.

—Tenemos drones para eso.

—Quería ver cómo es esto.

—Vale, pero vuelve adentro ya para que podamos soltar a los animales y puedas salir de ahí. No es conveniente que la nave esté amarrada con tanto viento.

En realidad no era para tanto, le parecía a ella, aunque la verdad es que el viento parecía cortarle la ropa y metérsele hasta el tuétano de los huesos.

—¡Caray, qué frío! —gritó. Y luego, pensando en la audiencia, añadió—: Vale, vale, ¡entraré! ¡Pero esto es tonificante! ¡A los osos les va a encantar!

Volvió a subir a la pequeña antecámara de la góndola, similar a una esclusa, y regresó al interior. En comparación con el exterior, hacía allí un calor de muerte. Después de felicitarse a sí misma, volvió al puente, donde informó a su equipo y se acercó a las ventanas del costado donde se abriría la compuerta del recinto de los osos.

—Vale, estoy lista, ¡dejadlos salir!

—La puerta la controlas tú, Amelia.

—Ah, cierto. Vale, ¡allá vamos!

Apretó el botón doble que accionaba la compuerta exterior del habitáculo de los osos. Entre el viento que penetraba por la abertura y la salida de los osos al exterior, la nave se bamboleó con fuerza, y Amelia soltó un chillido.

—Ahí van, ¡qué emocionante! ¡Bienvenidos a la Antártida!

Los grandes osos polares comenzaron a alejarse a cuatro patas. Tenían un aspecto formidable y su pelaje, levemente amarillo frente a la nieve, se mecía con la brisa, que husmeaban con curiosidad mientras se acercaban al mar. No

muy lejos de la costa, al otro lado de un angosto canal negro, el hielo marino estaba cubierto por un grupo entero de focas de Weddell, con numerosos cachorros al cuidado de sus madres. Parecían babosas gigantes con cara de gato. Era una imagen alarmante. Y, sin embargo, ellas no parecían alarmadas por los osos. ¿Por qué iban a estarlo? Para empezar, eran casi invisibles, hasta el punto de que Amelia ya solo vislumbraba retazos de ellos, las zarpas negras como cangrejos sobre la nieve, o los ojos negros que, al volverse en su dirección un instante, antes de desaparecer de nuevo, le recordaban a los pedazos de carbón que se usaban en los muñecos de nieve. Pero además, las focas nunca habían visto osos polares y no tenían razón alguna para sospechar de su existencia.

—Madre mía, ya ni siquiera los veo. Ay, ¡esas pobres focas tienen un problema! ¡Me parece que vamos a tener algunos cambios en las poblaciones por aquí! Pero ya sabéis cómo va eso, las fluctuaciones de depredadores y presas siguen un patrón claramente definido. El número de depredadores oscila arriba y abajo siguiendo al de presas con un cuarto de curva de retraso. Y, la verdad, creo que hay millones de focas aquí, y a la fauna costera del Ártico parece que le va muy bien. Espero que los osos polares puedan beneficiarse de ello y unirse a los demás depredadores superiores en una armonía feliz, un círculo de la vida. De momento, vamos a elevarnos un poco, a ver qué vemos.

Apretó el botón que soltaba amarras, y los explosivos que tenían las anclas en las puntas las liberaron. La *Migración Asistida* comenzó a ascender, sacudido por los vientos y empujado hacia el mar. Amelia penetró con su aeronave en las corrientes y miró hacia abajo: la costa blanca, los canales blancos y negros, el hielo marino blanco, la mar abierta negra, todo ello cubierto de destellos bronceados a la luz sesgada de mediodía. Un horizonte neblinoso, un cielo blanco sobre él, un azul lechoso por encima. Los seis osos blancos eran invisibles.

Como es natural, cada animal llevaba un transmisor de radio y varias minicámaras, así que los espectadores de Amelia podrían seguir sus evoluciones y su vida sobre la nieve. Se unirían a los muchos animales que ya se habían trasladado a hábitats más apropiados para ellos. Los animales de

Amelia eran muy populares en la nube. Ella misma sentía curiosidad por ver cómo les iba en el futuro.

•••••

De regreso a casa, casi a la altura del ecuador, Nicole apareció en la pantalla con expresión de inquietud.

—¿Qué pasa? —preguntó Amelia.

—¿Has visto las imágenes de los osos?

—No, ¿por qué?

Puso el canal y no había nada.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos, pero se han apagado todas las cámaras a la vez. Y en algunas de ellas se ha visto algo que parecía una explosión. Mira.

Apretó unos botones y Amelia se encontró ante una imagen de la península Antártica y el hielo marino: entonces hubo un destello blanco y brillante y luego nada.

—¿Pero qué ha sido eso? ¿Qué era?

—No lo sabemos con seguridad. Pero hay indicios de que podría ser una especie de... una especie de explosión. De hecho, hay imágenes procedentes de alguien... La ONU, el Departamento de Científicos Atómicos, la inteligencia israelí... No sé, pero, aparte, alguien ha subido una declaración a la nube en la que se lo atribuye. Unos tíos llamados la Liga para la Defensa de la Antártida. Ah, eso es. una especie de incidente nuclear a pequeña escala. Como una bomba de neutrones pequeña, según dicen.

—¿Cómo? —exclamó Amelia.

Sin pretenderlo, se dejó caer de nalgas sobre el duro suelo del puente.

—¿Pero qué cojones...? ¿Les han tirado una bomba nuclear a mis osos?

—Es posible. Escucha. Creemos que deberías dirigirte a la ciudad más próxima. Esto es otro nivel de protesta. Si se trata de uno de los grupos de pureza ecológica, puede que vayan también a por ti.

—¡Que les den! —gritó Amelia, y entonces empezó a golpear la pata de la mesa que tenía a su lado, y se echó a llorar—. ¡No me lo puedo creer!

No hubo respuesta de Nicole, y Amelia comprendió de pronto que estaban transmitiendo su respuesta a la audiencia. Maldijo de nuevo y cortó la emisión, a pesar de las protestas de Nicole. Luego, sentada donde estaba, lloró a moco tendido.

• • • • •

Al día siguiente se plantó delante de una de las cámaras y la encendió. No había dormido en toda la noche y, poco después de que saliera el sol, como una detonación atómica sobre el horizonte del este, decidió que quería dirigirse a su público. Lo había pensado mientras desayunaba y por fin creía que estaba lista. No contactó con el estudio; prefería no hablar con ellos.

—Mirad —dijo a la cámara—. Nos encontramos en la sexta extinción masiva de la historia de la Tierra. La hemos provocado nosotros. Han desaparecido cincuenta mil especies, y corremos el peligro de perder la mayor parte de los anfibios y los mamíferos, así como aves, peces y reptiles de todas clases. A los insectos y las plantas les va mejor porque son más difíciles de matar. En general, es un desastre, un puto desastre de cojones.

»Así que tenemos que cuidar el mundo para que se recupere. No se nos da bien, pero tenemos que hacerlo. No veremos el final del proceso en vida, pero es la única manera. Por eso lo hago. Sé que mi programa es solo una pequeña parte del proceso. Sé que solo es un estúpido espectáculo de la nube. Lo sé. Incluso sé que mis productores siguen provocando esas miniemergencias a las que me enfrento porque piensan que eso aumenta la audiencia y yo me presto porque creo que puede que nos ayude, aunque a veces paso un miedo horrible y es vergonzoso. Pero si sirve para que la gente piense en estos proyectos, es bueno para la causa. Forma parte de algo más grande que tenemos que hacer. Así es como lo veo yo y haría lo que fuera para que salga bien. Me colgaría desnuda y cabeza abajo sobre una bahía llena de tiburones

hambrientos si eso ayuda a la causa, y todos lo sabéis porque fue uno de mis episodios más populares. Puede que sea una estupidez que haya que hacerlo así, y puede que yo sea una estúpida por hacerlo, pero lo importante es conseguir que la gente preste atención y actúe.

»Así que mirad: esto es un desbarajuste. Hay comida genéticamente modificada que se cultiva de manera orgánica. Hay animales europeos que están salvando la situación en Japón. Hay toda clase de mezclas en todas partes. Este es un mundo mestizo. Llevamos miles de años mezclándolo todo, envenenando a algunas criaturas y alimentando a otras, y trasladándolo todo de acá para allá. Es lo que hemos hecho los humanos desde que salimos de África. Así que, cuando la gente se indigna por esto, cuando empieza a hablar de la pureza de un lugar o una época, me pone mala. No lo soporto. Es un mundo mestizo y el momento al que pretenden aferrarse, sea el que sea, es solo eso, un momento. Es una locura aferrarse a un momento y decir que era puro y sagrado, y que las cosas solo pueden ser así, y que, si intentas cambiar algo, mereces la muerte.

»¿Y sabéis qué? He conocido a algunas de esas personas, porque vienen a los encuentros y me tiran cosas. Huevos, tomates... Piedras. Me gritan cosas horribles. Y escriben cosas peores desde los agujeros en los que se esconden. Los he visto y los he escuchado. Y todos tienen más dinero y más tiempo de los que necesitan, así que se vuelven locos. Y se piensan que todo el mundo está equivocado porque no es tan puro como ellos. Están locos. Y los odio. Odio la santurronería de su supuesta pureza. Y he visto su santurronería... Son tan santurrones... Odio la santurronería. Y la pureza. No existe la pureza. Es solo una idea en la cabeza de los fanáticos religiosos, la clase de gente que mata por un sentido de bondad y rectitud. Aborrezco a esa gente, en serio. Si alguno de ellos me está escuchando, que os den. Os aborrezco.

»Y ahora resulta que hay un grupo que defiende la pureza de la Antártida. El último lugar puro, según lo llaman. El parque nacional del mundo, dicen. Bueno, pues no. No es ninguna de esas cosas. Es una tierra que está en el Polo Sur, un pequeño continente redondo en una posición un poco especial. Es bonito, pero no es ni más puro ni más sagrado que otros. Eso son solo ideas. La Antártida es otra parte del mundo. Hubo hayedos allí en su día,

dinosaurios y helechos. Hubo junglas, coño. Y volverá a haberlos, algún día. Y, mientras tanto, si puede servir como refugio para que no se extingan los osos polares, pues que sea así.

»Así que sí. Aborrezco a esos putos asesinos. Espero que los cojan y los metan en la cárcel y los obliguen a trabajar el resto de sus vidas en restauración ambiental. Y si la gente decide que le parece bien, voy a llevar más osos polares al sur. Y esta vez los defenderemos. Nadie va a empujar a los osos polares a la extinción por una puñetera y absurda idea de pureza. Yo me cago en la pureza. Los osos están antes que una idea siniestra, estúpida y ridícula como esa.

*Languidezza per il caldo* (con languidez, por el calor).  
—Instrucciones de Vivaldi para el movimiento de Verano  
de *Las cuatro estaciones*

## e) Un ciudadano

El invierno cae en picado desde el Ártico y embiste Nueva York, y, de repente aquello parece Varsovia, Moscú o Novosibirsk, con los rascacielos convertidos en un retrato al estilo del realismo socialista, lúgubre y heroico, donde se yerguen negros contra la tormenta, como pilares entre el suelo y las nubes que flotan a baja altura. Esta bóveda cuajada y grisácea avanza hacia el sur escupiendo nieve y unas gotas glaciales y penetrantes como agujas que se arremolinan y se funden sobre tus gafas por mucho que te cales el sombrero. Si es que lo tienes; muchos neoyorquinos ni se molestan en la nieve, y siguen vestidos con traje, como ejecutivos, camareros o simples ciudadanos, pero siempre de traje, casi siempre de negro, como debe ser, con un chaquetón de lana o una chaqueta de cuero sin forro como única concesión a la tormenta; y muchos otros, chicos y chicas formidables, siguen en vaqueros azules, esa inútil parodia de prenda que no sirve para otra cosa que no sea adoptar la pose de fumador que tanto parecen valorar. Sí, los neoyorquinos, más que nadie, conciben la vestimenta como mera semiótica, como medio para expresar dureza, desdén, elegancia o desapego, y todos adoptan esa apariencia tan característica de la ciudad en abierto desafío a los elementos, que a fin de cuentas no son más que el paréntesis entre el metro y los edificios, así que no es infrecuente que mueran en los portales mientras sacan las llaves del bolsillo. Sí, muchos cadáveres de neoyorquinos han aflorado al deshelarse los ventisqueros en primavera, con expresión de sorpresa e indignación, como diciendo «¿pero qué pasa aquí, cómo es posible?».

Aquellos que sobreviven a las tormentas a pesar de su actitud idiota con

respecto al atuendo, se mueven por la ciudad con las manos enterradas en los bolsillos, pues solo los obreros se molestan en llevar guantes; corren con la cabeza gacha de edificio en edificio a la caza de un café irlandés que les reanime los dedos y los caliente lo bastante para contener la tiritona y permitirles afrontar una rápida caminata de vuelta a casa. Cogerían un taxi si alguna vez lo hicieran, pero no lo hacen, claro, que los taxis son para turistas, o para los putos ejecutivos o para cuando has cometido algún error garrafal al preparar la agenda.

En días de tormenta como estos, el Hudson es gris y está cuajado de crestas blancas que dejan largos regueros de espuma. Seguirá así hasta que se congele, con nubes bajas sobre un cielo tan teñido de carbón que los blancos copos parecen resplandecer en lo alto y son visibles al caer de costado por delante de cada ventana y también abajo, al llegar a las calles y fundirse instantáneamente. Al mirar desde la ventana de tu apartamento por encima del radiador siseante, entre la metálica tracería de las escaleras de incendios, ves que las tapas de los cubos de basura son las primeras cosas que se tiñen de blanco, así que, durante un rato, las callejuelas aparecen extrañamente salpicadas de cuadrados y círculos de este color; luego, cuando la nieve ha enfriado lo bastante las superficies como para pegarse a ellas sin fundirse, todo cuanto es plano se vuelve también blanco. La ciudad se transforma en una filigrana de líneas horizontales blancas y verticales negras, todas recortadas y entremezcladas, como una abstracción Bauhaus de sí misma, digna de verse aunque sus habitantes jamás alcen la mirada para mirarla, dado que se han vestido de forma tan estúpida que hasta una visita rápida a la tienda de la esquina es como una expedición al polo, con un desenlace potencialmente fatal en el portal para los más idiotas o desgraciados.

Luego, después de las tormentas, en la plateada brillantez del final del invierno, el frío puede congelarlo todo, y los canales y ríos se convierten en grandes suelos blancos, y la ciudad se transforma en una réplica de sí misma esculpida en hielo. Este tiempo mágico y glacial se parte en mil pedazos y, de repente, es primavera, y los árboles negros se trufan de verde, y el aire se torna claro y delicioso como agua. Uno se lo bebe mientras contempla asombrado el verde; esto puede durar hasta una semana, hasta que te aplasta

el enorme verano, con su aire miasmático y las aguas del canal tibias y apestosas como una sopa de animales atropellados. Es lo que pasa por vivir a medio camino entre el Ecuador y el polo en la costa oriental de un gran continente: padeces las peores variaciones climáticas imaginables, una mierda increíble día tras día en la que, cuando hace frío, es polar, y cuando hace calor, tropical. El cólera medra en todos los charcos, la gangrena, en todos los arañazos, y los mosquitos zumban como los juveniles drones de un genio del mal decidido a borrar la raza humana de la faz de la Tierra. Rezas para que vuelva el invierno, pero no lo hace.

Luego llegan días en los que se forman cúmulos macizos como el mármol que empequeñecen hasta los superrascacielos, y los vientres de color negro yunque de estas maravillas de veinticinco mil metros exudan goterones grandes como platos llanos, y las superficies del canal se fragmentan y brincan, y la atmósfera se refresca durante una hora, antes de que todo vuelva a transpirar y regrese la humedad asmática y fétida de costumbre, la humedad absurda y criminal, con un calor tan intenso en el aire que el asfalto se funde y las corrientes térmicas cubren la ciudad de capas convectivas como el aire sobre una barbacoa.

Luego llega septiembre y el sol se inclina hacia el sur. Sí, el otoño en Nueva York: el gran canto de la ciudad y su gran estación. No solo por el alivio ante los brutales extremismos del invierno y el verano, sino por el glorioso sesgo de la luz, esa sensación que a veces te asalta al contemplar los edificios hasta los ríos, con un cielo moteado de colores, y te hace comprender con sobrecogimiento que, aunque creías estar viviendo en una habitación, en realidad lo haces sobre la superficie de un planeta, en una gran ciudad que es también una gran bahía dentro de un mundo muy grande. En momentos dorados como este, hasta el ciudadano más resabiado, la criatura urbana más encallecida, aunque solo sea mientras se detiene a la espera de que el semáforo se ponga en verde, alanceado por esta luz, aspira hondo y contempla el mundo como si fuera la primera vez, y percibe, de manera fugaz pero intensa, lo que significa vivir en un lugar tan glorioso y extraño.

He tenido que acostumbrarme a ello, pero ahora que lo he hecho, no hay sitio donde me sienta más libre que entre las multitudes de Nueva York. Aquí se percibe la angustia de la soledad, sin que te aplaste.

—Jean-Paul Sartre

## f) Inspectora Gen

A veces, Gen se preguntaba si los patrones que creía ver la hacían ignorar a la gente y dotar de vida los patrones. Puede que fuera de nuevo un caso de deducción frente a inducción. Era tan difícil saber lo que hacía que a veces confundía las dos palabras. De la idea a la prueba, de la prueba a la idea... Lo que fuese. A veces, Claire volvía de sus clases nocturnas hablando de la dialéctica y lo que decía le recordaba a Gen su manera de pensar. Pero Claire se quejaba también de que una de las características dialécticas de la dialéctica era que no se podía cristalizar con una definición, sino que se movía sin parar de una a otra. Era como las luces de los semáforos: cuando te paras, te dicen que te muevas; cuando te mueves, que aminores y pares, pero solo un momento, pasado el cual te indican que continúes. Y eso que se supone que no deberías regirte por semáforos para llegar a tu destino, sino usando una mirada amplia, contemplando las cosas desde la barrera. Al tiempo que intentas averiguar adónde vas.

Así que era con cierto desconcierto que Gen reflexionaba sobre estos asuntos mientras caminaba por los puentes volantes de la ciudad anegada de estación en estación, de problema en problema. Aquel día estaba buscando una nueva forma de resolver el del camino más corto de su oficina al rascacielos de recepción y residencia de la alcaldesa, en Columbus Circle. Caminaba entre los tubos transparentes de grafeno, alternando entre movimientos de caballo y de alfil en función de las circunstancias de aquel tablero en 3D. Un avance dialéctico sobre los canales del bajo Manhattan, que por las mañanas parecían grisáceos y coagulados bajo las nubes pegadas

al suelo.

Principios de diciembre, primeros fríos. Al llegar a la Octava bajó a la superficie y continuó por las abarrotadas aceras de la avenida hasta el norte del intermarea. La alcaldesa Estaban había organizado una especie de recepción para homólogos de ciudades interiores, al parecer, y la inspectora Gen había decidido asistir y agitar la bandera de la policía de Nueva York.

Aquella no era la multitud de Gen. Habría preferido mil veces estar haciendo submarinismo con Ellie y los suyos, teniendo un franco y abierto intercambio de pareceres con la banda de ratas de agua mientras ignoraba sus diferentes indiscreciones. En cambio, los políticos y burócratas que ocupaban el nivel superior de la jerarquía del centro la hacían sentirse a la defensiva. Y la agotaban. Y sabía además que muchos de ellos eran peores criminales que sus conocidos submarinos. En algunos casos, guardaba las pruebas de su corrupción para el momento apropiado. Era otra versión del veredicto que había emitido bajo el agua: que la gente que estaba al cargo era preferible a cualquier posible sustituto. En otros, solo estaba esperando al momento propicio, el momento de máximo efecto. Esta espera siempre le provocaba cierta inquietud, porque era consciente de que estaba tomando decisiones que no le correspondían. En la práctica, al ocultar cosas, formaba parte de un sistema perverso, del nepotismo y la corrupción. Pero lo hacía igualmente. Si llegaba a la conclusión de que la persona en cuestión no hacía mucho daño donde estaba, y acabar con ella podía degradar la situación del bajo Manhattan, se guardaba la información a la espera de un momento más propicio. Le parecía lo mejor. Y, a veces, atisbaba cosas en los archivos que la llevaban a pensar que las cosas habían sido así en la policía de Nueva York desde mucho antes de que ella naciera. La policía de Nueva York, el gran mediador. Porque la ley era algo tan humano como los humanos, lo miraras como lo miraras.

De modo que allí estaba, una de las inspectoras más distinguidas de la ciudad, famosa en el centro y en aquellas partes de la nube donde interesaba el trabajo policial. En medio de una masa humana y exhibida por la alcaldesa. Nunca había terminado de reconciliarse con esta parte de su trabajo. Su manera de lidiar con ella equivalía básicamente a hacer *film noir*. A mirar

fijamente a los demás y mantener una expresión pétrea. Esto, unido a su estatura, casi metro noventa con sus zapatos de suela más gruesa, le proporcionaba lo que necesitaba para aguantar. Y a veces, constataba con satisfacción, para algo más: para intimidar. Si era necesario, era capaz de interpretar muy bien este papel. La alta, fornida y severa policía negra: Octaviasdottir, sí. Por otro lado, aquello era Nueva York, donde todo el mundo interpretaba bien su papel y muchos lo hacían convencidos de que estaban, en efecto, en una película de cine negro. O eso parecía. El *noir* de Nueva York, un estilo clásico. Cuidado, nena.

La alcaldesa había ocupado la práctica totalidad de una torre nueva situada al extremo norte de Columbus Circle, y, aunque la había costado con su propio dinero, había hecho de ella la sede oficial del ayuntamiento, aparte de su residencia privada. Y por eso Gen avanzaba ahora por la amplia pero abarrotada escalera del entresuelo, lentamente, como un poli apaleado. Saludó con un movimiento de la barbilla a sus conocidos y con un «eh» a los funcionarios de la entrada y de la mesa del cáterin. Luego se plantó junto a la pared, al lado de la puerta, y se dedicó a tomarse a sorbos un café malo con la mirada perdida en algún lugar, como si fuera a quedarse dormida de pie. De hecho, llevó la pose tan lejos que estuvo a punto de dormirse. Cuando aparecieron la alcaldesa y su séquito, Gen permaneció donde estaba, observó cómo la multitud se congregaba a su alrededor y luego se disipaba, y dejó que la alcaldesa hiciera su ronda. Parecía que Arne estaba allí, el jefe de Morningside Realty, un grupo con gran influencia dentro del partido. Charlando con un grupo de la zona del Cloister. La gente de Denver parecía fuera de lugar.

Galina Estaban no había perdido un ápice de carisma. A sus cuarenta y cinco años, ya había sido estrella de la nube y gobernadora del estado de Nueva York. A Gen le recordaba a Amelia Black en algunos aspectos, como en la desenvoltura con la que asumía la fama. Era como la hermana mayor latina de Amelia, una hermana que hubiera sacado buenas notas y a la que le hubiera gustado estudiar. Metro sesenta y cinco, pero compensados con tacones; una melena castaña sobre una belleza radiante de rostro ancho y raíces indias o mestizas. Unos ojos como lámparas. Una pequeña sonrisa que

era imposible atribuirse.

Al ver a Gen se acercó de inmediato a ella, como si un rayo tractor la impulsara hacia su persona preferida de la sala, o la más importante. Gen estuvo a punto de sonreír al constatar que, en efecto, Galina Estaban dominaba como nadie el arte de hacer sentirse bien a la gente. Si no te apartabas, si sonreías y asentías como respuesta a su teatral obertura, te convertías en cómplice de su popularidad. Pero, en este caso, Gen sabía que era una mera máscara. Se había cargado a uno de sus colaboradores preferidos por aceptar propinas de un promotor de la ciudad alta y, dada su proximidad, era evidente que Estaban tenía que estar al corriente. A Galina no le había gustado tener que aceptar la precipitada dimisión de su ayudante y había respondido con algunos martillazos al apoyo que tenía Gen en la policía, seguidos por duros golpes a su infraestructura en la nube, una manera muy fea de vengarse; el golpe para la policía había sido muy real. Así que ahora las dos se detestaban. Sin embargo, Nueva York tenía que impresionar a los ejecutivos de Denver, así que había que guardar las apariencias, porque, de no hacerlo, la nube se llenaría de un caldo de especulaciones tan denso que ninguna de las dos podría cumplir con sus respectivos cometidos. Así que se ponían buena cara.

—No sabía que ibas a venir —dijo Estaban.

—Me invitó tu oficina.

—¿Y desde cuándo importa eso?

—¿Qué quieres decir? Vengo siempre que me llamáis.

Estaban respondió a esto con una carcajada. La gente pensaría que se estaban divirtiendo.

—No creo que te haya invitado nadie de mi oficina. Venga, en serio, ¿por qué?

—Ahora que lo mencionas, estoy oyendo cosas raras que están pasando en la intermarea. Ofertas repentinas para comprar edificios, combinadas con amenazas y algunos sabotajes. Y problemas con la gente de allí. Así que he pensado que podía venir a preguntar si habéis oído algo. Normalmente tienes el dedo sobre el pulso de la ciudad, y empieza a cundir el nerviosismo.

La alcaldesa se volvió hacia Tanganyika John, una de sus subordinadas,

que había acudido rápidamente para generar interferencias.

—¿Sabemos algo sobre eso? ¿Has oído alguna cosa?

John se encogió de hombros.

—No.

Tampoco lo habría dicho de haberlo sabido. Gen estaba acostumbrada al obstruccionismo, tanto de ellos como de todos los demás, y en otras circunstancias habría tratado de socavar un poco el muro de su silencio, pero no era el momento. Estaban proyectaba a su alrededor una burbuja de simpatía que sería grosero reventar, sobre todo con aquella gente de Denver en la sala. Gen le respondió a John con otro encogimiento de hombros y una mirada que venía a decir que tampoco había esperado ninguna ayuda de la subordinada.

—Puede que solo sea visible bajo el agua —dijo—. O en las estadísticas. Pediré a mi gente que compruebe los traspasos de propiedades inmobiliarias y veremos si sale algo.

—Buena idea. ¿Todo bien, por lo demás?

—En realidad no. Ya sabes. Cuando hay problemas de vivienda, la gente se estresa.

—Lo que significa que estamos todos estresados en todo momento, ¿no?

—Supongo.

—Pero esta vez es algo distinto, según tú.

—Me da la sensación de que pasa algo nuevo.

Gen se quedó mirando a la alcaldesa. La pugna por saber quién estaba más cerca del pulso real de la ciudad era parte de su conflicto. Saber cuál de sus ángulos de visión era más certero. Era una batalla sin victoria posible, aunque se hubieran sentado a comparar notas, cosa que nunca harían. Y un debate formal, con Dios como juez imparcial, era poco probable. Así que todo se reducía a una cuestión de actitud, como tantas otras cosas entre los neoyorquinos: sé más que tú, conozco el nivel que está por encima de ti y el que está por debajo, tengo el conocimiento secreto, la llave de la vida de la ciudad. En realidad, nadie podía ganar a un juego así, pero tampoco perder, al menos si se estaba dispuesto a jugar duro.

Es lo que hacía Gen en aquel momento, mientras esperaba que Claire

tuviera allí algunos de los implantes que había colocado en la oficina de la alcaldesa, vigilando a los presentes. Tendría que hacer seguir a algunas de aquellas personas después de la recepción para ver si su aparición desencadenaba alguna reacción. Alguien podía sentir el impulso de salir y hacer una llamada, avisar a un contacto, alertar a alguien en alguna parte... Tenía que abrigar esta esperanza porque, si no, solo le quedaría renunciar sin haber conseguido otra cosa que mover a los implicados a actuar con más cautela. Aunque, bueno, puede que esto también se pudiera captar, nunca se sabía. Tenía que mover ficha para iniciar la partida.

Pero había otra cosa que tenía que intentar. Olmstead había descubierto hacía poco un vínculo entre la alcaldesa y Arne Bleich, dueño de Morningside Realty, que estaba justo al otro lado de la sala.

—¿Estás trabajando con Arne Bleich en proyectos en el centro?

Estaban parpadeó mientras asimilaba tanto la pregunta como el hecho de que Gen se la hubiera formulado en una situación como aquella. Estaba claro que no le había hecho gracia.

—¿Personalmente, dices?

—Claro.

—No. —Y esbozó una sonrisa que equivalía a un auténtico «que te den». Perdóname, tengo que saludar a los demás invitados. Hay que socializar.

—Claro. Yo haré lo mismo.

Después de eso solo restaba permanecer visible un rato, con un aspecto diplomáticamente amenazante, antes de marcharse sin llamar la atención. El equipo de Claire se ocuparía a partir de ahí. No era muy distinto a visitar la casa de Ellie. Presentarse allí, darles un susto y ver si huía alguien para perseguirlo.

Vigiló a los subordinados ella misma, tratando de evaluar la atmósfera de la sala; estaban en sintonía con el humor de la alcaldesa, y de momento parecían un poco tensos y no miraban en su dirección. En un repentino acceso de lucidez y distancia, vio la estructura de poder de la ciudad con visión de rayos X, toda temblorosa por los campos de fuerza que brotaban como líneas magnéticas de la bella alcaldesa. Gen había roto el cristal sobre

una especie de alarma psíquica y ahora estaba sonando.

Cuando finalmente se marchó, como ya era tarde, pidió que un bote policial la llevara al muelle flotante de la Octava, entre la Treinta y cinco y la Treinta y siete. Al llegar a su apartamento en la Met se cambió, bajó al cuarto de Vlade en el sótano y llamó al timbre. No hubo respuesta, así que subió un tramo de escaleras hasta la oficina del embarcadero, donde lo encontró. Tenía la sensación de que pasaba más tiempo allí que en su cuarto, que, básicamente, no era más que un sitio para dormir. Aquella oficina era su salón.

—¿Qué tal? —le preguntó Vlade.

—Bastante bien. Sigo investigando lo que pasó. ¿Alguna novedad?

—No sé seguro. El generador no se enciende y había un atranco en la tubería de desagüe. Si no hubiera otras cosas, no me lo pensaría dos veces, pero así, no sé.

Levantó los ojos hacia los botes colgados del embarcadero, con expresión ceñuda y sombría. Tenía un poco hundidos los gruesos hombros, así como las macizas mejillas. Aprensión. Comprensible. Aunque lo hubiera sobornado o convencido de cualquier otro modo la gente que quería comprar el edificio, o la que estaba causando los problemas (si es que no era la misma), no tenía ninguna garantía de que cumplieran sus promesas cuando tomaran el mando. Lo más normal es que los nuevos propietarios cambiaran a la dirección, en cuyo caso Vlade se encontraría sin trabajo. Sería desastroso para él, le parecía a Gen. El edificio era su atuendo y su hogar, su destreza y su cabeza. Tendría más sentido lo contrario, que él estuviera intentando que el edificio perdiese interés para la gente que se había propuesto comprarlo. Pero problemillas como aquellos no iban a lograrlo.

—O sea, ¿que la mayoría de esos problemas ya los has visto antes?

—Sí, claro. Todo menos lo de los tíos que desaparecieron y las cámaras que dejaron de funcionar cuando pasó. Eso sí es algo nuevo. Y —añadió frunciendo el ceño— tampoco he visto una fuga como la del otro día. Eso no fue un accidente. Ya lo sabe. Me parece que podría haber un patrón.

—A mí me pasa constantemente. Oye, ¿puedes mostrarme la ficha de todos tus empleados, incluidas las fechas de su contratación?

—Sí. Yo mismo siento curiosidad.

Gen dejó el terminal sobre la mesa y Vlade le transfirió unos archivos.

Cuando estaban terminando, un joven asomó en el umbral. Franklin Garr, un residente.

—Eh, ¿me puedes bajar el zumbador cuanto antes, por favor?

Metro ochenta, rubio desteñido, apuesto de un modo insulso, como un modelo en un catálogo de ropa de hombre barata. Arrugó el entrecejo al transmitir su petición a Vlade. Listo, rápido, inquieto. Descarado, pero quizá un poco nervioso, también.

—Marchando —dijo Vlade con tono pesado, mientras accionaba el panel del embarcadero.

Una pequeña embarcación con hidroaletas descendió entre las sombras de las vigas y el joven lanzó un «gracias» sin volverse mientras corría hacia ella.

—Uno de tus residentes favoritos —dedujo Gen.

Vlade sonrió.

—A veces es un capullo. Con toda la impaciencia de la juventud, desde luego.

• • • • •

Después de eso, podía ir a cenar y a las zonas comunes, a su apartamento, o a seguir trabajado. Así que siguió trabajando. Fue hasta el muelle que había junto al Flatiron y cogió el vapor de la Quinta en dirección sur hasta el *bacino* de Washington Square, donde sabía que la Sociedad de Ayuda Mutua del Bajo Manhattan celebraba su junta mensual. Habría allí montones de supervisores de edificios, así como los distintos grupos y entidades interesados en los edificios que, en conjunto, convertían la Samba en una realidad tan animada.

Se reunieron en un amplio espacio en el tejado que les prestaba la Universidad de Nueva York para ocasiones así, una hora antes de que comenzara la junta propiamente dicha. Gen era una figura bien conocida y

muchos amigos y conocidos acudieron a saludarla. Hacía mucho que no acudía a una de aquellas juntas mensuales. Se mostró amigable con todo el mundo, pero se mantuvo vigilante para sus amigos, los supervisores y expertos en seguridad a los que llamaba los Irregulares del *Bacino*. Clifford Sampson, un viejo amigo de su padre del edificio Woolworth; Bao Li, del personal de seguridad de Chinatown; Alejandra, de la asociación del *bacino* James Walker: conocía bien a todas estas personas y le bastó lanzarles una mirada concreta para que se reunieran a un lado para responder a sus preguntas. El repaso fue rápido: ¿algún edificio estaba siendo sabotado?, ¿alguna oferta unilateral para comprar edificios comunitarios?, ¿algo extraño o impropio entre sus jefes, desapariciones inesperadas, problemas con los sistemas de seguridad?

Sí, respondieron todos. Sí, sí y sí. En mi propio sótano. Un problema de integridad estructural. Cámaras que no ven cosas. Deberías hablar con Johann, deberías hablar con Luisa. En todos ellos, una tensa rabia por el sucio cinismo de quienquiera que fuese el responsable. ¿Gentrificación? Y un cuerno. Esos putos montones de lodo quieren lo que tenemos. Tenemos la Supervenencia y ahora se la quieren quedar. Vamos a tener que mantenernos juntos para conservar lo nuestro. Va siendo hora de que tu puta policía demuestre de qué lado está.

Ya, repetía Gen. Ya. La policía está del lado de Nueva York, ya lo sabes. A nadie en el cuerpo le gustan esos cabritos de la parte alta. La parte alta es la parte alta, y el centro, el centro. Hay que asegurarse de que se mantiene el equilibrio. El imperio de la ley. Necesito que los Irregulares del *Bacino* entren en acción, tíos.

Todo esto se lo dijo a un grupo de viejos amigos, gente a la que conocía de Mezzrow y Hoboken, la vieja guardia, niños de los años duros, después de que el Segundo Pulso lo hubiera destrozado todo. Gente a la que habían pagado en comida y collares de bloque, gente unida a sus edificios por el dinero y el afecto. Estaban reunidos en un rincón, encantados con la pequeña congregación organizada por ella. Entre birras y anécdotas. La reunión de luego sería tan beligerante como siempre. Quejas, discusiones, gritos, votaciones sobre esto y lo otro. El demente y sucio caos de la vida de la

intermarea. Pues ahora eran uno de los engranajes funcionales de aquella demencia. Probablemente habría cerca de veinte reuniones similares por todo el *bacino* de Washington Square, en preparación de otras juntas más públicas, o meros desahogos entre gente conocida.

—Todos vamos a necesitar a los Irregulares del *Bacino* —les dijo—. Tengo una unidad trabajando en esto, y mi propio edificio, el de mi gente, está también en el punto de mira. Así que empezad a troleear y contadme lo que averigüéis.

¿Cuál es el enfoque?, le preguntaron. ¿El cuello de botella, lo que se debe buscar?

—A ver si aparece Morningside Realty —les sugirió—. Hacen de intermediarios para la oferta por la torre de la Met. Si hay más casos, quiero saberlo. Quizá eso nos permita juntar todas las pistas. Y también Pinscher Pinkerton. Ojo con ellos, son gente problemática.

Se quedó para la junta, pero no tardó en cansarse. No en vano lo llamaban la Samba. SAMBAM, además de las siglas de su asociación, era el nombre de su moneda, emitida en collares de bloque; pero normalmente era una samba, un cachondeo. Todo el mundo tenía que decir lo que pensaba, lo que sin duda era bueno, pero joder... Lo que le gusta parlotear a la gente. Entendía perfectamente que Vlade y Charlotte no quisieran ir a reuniones como aquella. Al cabo de un largo día, ponte tú a colaborar en la dirección de la zona inundada entera en una especie de reunión municipal, con sus normas de procedimiento y toda la pesca: para morirse.

Claro que la alternativa era peor. Así que los más rigurosos, los más conscientes, los jóvenes, los amantes de las discusiones o los más cabezotas seguían reuniéndose e intentándolo. Juntos o por separado: la gran materialización americana. Un chiste de Ben Franklin, le había confiado hacía poco el joven Franklin Garr con una mirada de alegre orgullo.

Finalmente, una vez terminada la junta, se levantó y mucha gente la cogió por banda, la mayoría desconocida. Les gustaba tenerla allí. Eran como los submarinos: les complacía tener a mano una manifestación del poder, prestando atención. Aunque se hubiera quedado dormida en la silla.

Ahora la necesitaban en el baile. Más samba. «Ay, Dios», protestó. Pero

se la llevaron a rastras, y un grupo de punk con una jauría de vocalistas estaba entonando *Heroin*, de Lou Reed, como si fuera el himno nacional. Cosa que tal vez fuera cierta en aquel lugar, y Gen sintió deseos de decirles que la glorificación de las drogas de la letra tenía más probabilidades de generar un estado de flujo que aquel sobrecargado compendio de chirridos al que se entregaban con pasión, pero, ah, qué sabía ella... Se empeñaron en que bailara al son y bailó al son, aunque no fuera más que un *jitterbug*, un contonearse a gusto y empujar hombretones contra las paredes con el culo sin hacer caso a sus pies cansados. Se puede inflamar una pista de baile si uno se deja invadir por el espíritu. Y les hacía muchísima falta. Después, alguien la llevó a casa en góndola. Se quedaría dormida en cuanto rozase la almohada. Como a ella le gustaba.

Lorca estaba en Wall Street el Martes Negro de 1929 y vio saltar a muchos financieros desde los rascacielos. Uno de ellos estuvo a punto de caer sobre él. Más tarde afirmaría que no le costaba imaginar el bajo Manhattan destruido por «huracanes de oro».

A Bert Savoy lo alcanzó un rayo después de que le levantara la voz a una tormenta eléctrica en la pasarela de Coney Island.  
—¡Ya está bien, señor Dios! —dijo justo antes de que lo fulminara el relámpago.

Henry Ford temía que la enorme cantidad de tierra que estaban extrayendo para hacer espacio a los cimientos del Empire State Building pudiera afectar de manera calamitosa el movimiento de rotación de la Tierra. Un genio no era.

## g) Franklin

Pues joder. Joder, joder, joder. No es justo. No está bien. Me mintió. O eso pensé. Me dijo que era operadora de un *hedge fund*, así que hacíamos el mismo trabajo, teníamos los mismos intereses, compartíamos metas y preocupaciones. Así que me colgué de ella, o algo muy parecido. Y no solo porque estuviera tan buena, que lo estaba. Fue por su manera de comportarse, por su forma de hablar, y por todo eso que compartíamos. Éramos almas gemelas, además de compañeros de cama... o de camarote, debería decir, y lo primero hacía que lo segundo fuera algo extraordinario. Nunca me había sentido así. Estaba enamorado, sí. Ay de mí. Había sido un gilipollas.

Pero aún la quería.

Lo que pasa cuando trabajas para un *hedge fund* es que todo gira en torno a ganar dinero, se mueva como se mueva el mercado, pase lo que pase. Aunque Dios proclame el Día del Juicio, estás cubierto. Vale, tendrías que confiar en que pague, como fuente última de valor. Pero en cualquier escenario menos apocalíptico, estás cubierto y tienes que sacar beneficios, o al menos perder menos que tus competidores, que es lo mismo que sacar beneficio, porque lo único que importa es la ventaja diferencial. Si todo el mundo pierde y tú pierdes menos que los demás, ganas. Esa es la base de lo que hacen los *hedge funds*. Jojo trabajaba para uno de los más grandes de Nueva York y yo para uno también importante, así que era un enlace hecho en el cielo de Black-Scholes.

Pero no. Porque en muchos *hedge funds*, el esfuerzo para maximizar los beneficios habían derivado en actividades adicionales a las operaciones en sí,

incluido el capital riesgo. Pero el capital riesgo convierte los activos líquidos en activos no líquidos, lo que, en la mayoría de los decálogos de finanzas, es un pecado capital. La liquidez es crucial, es un valor fundamental, el alfa y el omega de los mercados. Por ello, el capital riesgo es pecata minuta en la mayoría de los *hedge funds*, y la gente que trabaja en CR suele terminar hablando de «inversiones de valor añadido» para dar a entender que pueden aportar una experiencia capaz de hacer salir adelante a su inversión en lo que sea. En general, no son más que pamplinas, una torpe excusa para la vergonzosa falta de liquidez de sus inversiones, pero no se puede negar que muchos de ellos otorgan valor a esta ilusión.

Y este, me temía, era la madriguera de conejo por la que se había lanzado Jojo de cabeza. La idea de que quisiera hacer algo más que ganar dinero, de que quisiera hacer alguna inversión de valor añadido en la mal llamada economía real, era preocupante. Casi con seguridad, el apalancamiento de Eldorado multiplicaba por cien el valor de sus activos disponibles, así que la falta de liquidez los hacía vulnerables. El CR equivalía a ponerse a superlargo y, por ende, era algo peligroso, porque no existía tal cosa como ponerse a supercorto para equilibrarlo. Esto parecía indicar que Jojo había invertido emocional y excesivamente en una pequeña parte del negocio de su empresa, algo peligroso en sí mismo, y sugería además que su mirada se había extraviado; que, de algún modo, quería más de lo que podían darle las finanzas, pero sin abandonarlas. Así que había en todo aquello un engaño, una pretensión, una aspiración y una falta de enfoque que yo habría preferido no ver.

Pero claro, que me aspen si yo mismo no me había pasado de largo en mi inversión en Jojo y, en esencia, no había cometido un error similar: falta de liquidez, deseo de equilibrio, aversión a la volatilidad, apego a una situación estática concreta, algo contra lo que nos previene el propio Buda. Y en esta situación tan peligrosa, mi socia potencial en el proyecto conjunto de la pareja, que es también una especie de inversión de capital, no había alcanzado el precio de mercado. Había dejado pasar su opción. De hecho, estas metáforas financieras me ponían enfermo, pero no dejaban de aparecer en mi cabeza de un modo que parecía imposible de detener. No, basta. Me

gustaba, la quería. Ella no me quería a mí. Punto final.

Así que, para recuperarla, tenía que hacer cosas que le gustaran. Así de claro. Empezar desde cero, eso era todo.

Joder, joder, joder.

•••••

Bueno, evidentemente tenía que seguir siendo su amigo. Tenía que fingir que me parecía bien que revirtiéramos al nivel de una amistad entre dos personas que vivían en el mismo barrio, trabajaban en el mismo sector y se veían después del trabajo en el seno de un grupo de conocidos mutuos. Iba a ser duro, pero podía hacerlo.

Y luego, más allá de eso, debía encontrar el modo de revertir el funcionamiento normal del mundo. En lugar de financiarizar el valor, tenía que añadir valor a las finanzas. Al principio no podía ni concebir la idea. ¿Cómo se podía añadir más valor a las finanzas, cuando existen para financiarizar el valor? En otras palabras, ¿cómo podía haber nada más allá del dinero, cuando el dinero era en sí mismo la fuente definitiva de valor? Un misterio. Una aporía casi insuperable. Algo en lo que pensaba sin parar a medida que pasaban las horas y los días.

Y empecé a verlo de un modo nuevo, así: tenían que significar algo. Las finanzas, e incluso la mera vida: tenían que significar algo. Y el significado no tenía precio. Era imposible ponérselo. Era una especie de forma alternativa de valor.

•••••

Uno de los trucos para que el IPPI trabajara tan bien para mí era seguir de cerca la realidad de la intermarea. Como es natural, esto solo podía hacerlo en Nueva York, porque requería visitas; pero lo que estuviera ocurriendo en

Nueva York, fuera lo que fuese, se parecía bastante a lo que estaba sucediendo en otras grandes ciudades costeras del mundo, como Hong Kong, Shanghái, Sídney, Londres, Miami y Yakarta. En todas partes operaban las mismas fuerzas, sobre todo el estrés acuático, los avances tecnológicos y los problemas legales. Una de las cuestiones cruciales, quizá la que más, era saber si los edificios iban a permanecer de pie o a desplomarse. La cosa era distinta para cada edificio, aunque se podían reunir bloques de Big Data y crear algoritmos para evaluar la situación con bastante precisión en distintas categorías. En los casos puntuales se multiplicaban las especulaciones. Como siempre, lo más prudente era generalizar y moverse por porcentajes.

Pero para investigar esta cuestión en persona, podía subirme al bicho y recorrer el puerto de Nueva York observando edificios concretos, ver cómo estaban, comparar su realidad con los algoritmos que predecían su comportamiento y buscar discrepancias que me permitieran jugar con las divergencias mejor que otros operadores. Datos del mundo real sobre los modelos para sacar ventaja a la competencia, sobre todo a los numerosos operadores que trabajaban en futuros costeros desde Denver. Los datos del mundo real constituían una ventaja; estaba seguro de ello porque llevaba cuatro años usándolos y había funcionado.

Lo que veía, y no había parado hasta confirmarlo a mi entera satisfacción, era que los modelos de comportamiento de las propiedades costeras, incluido el mío, simplemente fallaban en ciertas categorías de edificios, algo que me había resistido incluso a concebir al principio, por si fallaba la encriptación de mis propios pensamientos en algún momento, por ejemplo, después de varias horas en un bar, y se me escapaba algo .

Así, al reflexionar en todas estas cosas mientras volaba por las vías de agua de la ciudad lunática, empecé a pensar que podía haber encontrado una forma de realizar inversiones de valor añadido, invirtiendo un poco de capital riesgo donde serviría a un bien social, para que Jojo me reconsiderara en un sentido humano fundamental. Quizá pudiera identificar aquellos edificios que tenían más probabilidades de desplomarse de las que predecían los modelos, y buscar la forma de renovarlos, y postergar el desplome el tiempo suficiente para que sirvieran para acoger refugiados o como espacios de creación. La

vivienda de cualquier tipo era escasa, porque a Nueva York seguía llegando demasiada gente con la esperanza de instalarse allí, movidos por una especie de adicción, una compulsión por vivir como ratas de agua cuando podría haberles ido mejor en cualquier otra parte. ¡O sea, lo de siempre! Lo que significaba que había espacio para una reforma urbana tipo Jane Jacobs. Era demasiado ambicioso para mí, pero podía intentar algunas cosas, como una mejora en la intermarea. La intermarea era mi especialidad, así que podía empezar por ahí. Tratar de idear algo.

Así que, una mañana, abandoné las pantallas, bajé a mi querido bicho y salí del edificio a la Veintidós, y de allí al Hudson. Era hora de salir y palpar la realidad.

•••••

La zona de la intermarea en la parte baja del centro se deslizaba de un lado a otro sobre un área cubierta por un montón de material de relleno antiguo, y este doble nivel de sedimentos había provocado el colapso de un montón de edificios. De la Trece a Canal había una campaña de construcciones rotas, hundidas, ladeadas y agrietadas. Una casa construida sobre la arena no puede mantenerse en pie.

Aun así, en las ruinas inundadas se percibían los sempiternos indicios de ocupación ilegal. Allí la vida se asemejaba seguramente a la realidad de la vivienda pobre de los siglos anteriores, aunque más mohosa que nunca, y acompañada por un peligro cotidiano. Como siempre, pero peor. Pero incluso en los peores barrios había algunos islotes de éxito, impermeables y de nuevo habitables, en muchos casos mejores que antes, al menos según la gente. Las sociedades de ayuda mutua habían creado algo interesante, la llamada Supervenecia, moderna y artística, sexy, una nueva leyenda urbana. Algunas personas estaban encantadas de vivir en el agua si se concebía como veneciana, de soportar el moho y las dificultades para vivir en una obra de arte. Hasta a mí me gustaba.

Como siempre, cada barrio era un mundo en miniatura, con su propio carácter. Algunos de ellos tenían buen aspecto, otros estaban en ruinas, y otros, abandonados. No siempre estaba claro por qué tenían el aspecto que tenían. Las cosas pasaban, los edificios aguantaban o se caían y el entorno los seguía. Muy contingente, muy volátil, muy alto riesgo.

• • • • •

Así que aquel día recorrí lentamente en mi vehículo el antiguo barrio del Sr. Hexter, junto a la torre desmoronada. Estaba al sur de las playas ferroviarias del Hudson, una zona pequeña que había perdido todas las vías férreas dejando los bajíos a merced de un desgaste de marea tan intenso, según se decía, como en el centro del río. Se desconocía la magnitud de la percolación del agujero en el costado de la isla que había provocado la caída de la torre, pero allí estaba esta, recibiendo el oleaje en las ventanas rotas de su mitad inferior. Era como un crucero varado en su último viaje camino al fondo.

Muchos otros edificios estaban corriendo su misma suerte. Recordaba a aquellas fotos de los bosques borrachos del Ártico, donde la fusión del permafrost había provocado que los árboles se inclinaran en todas direcciones. Chelsea Houses, Penn South Houses, London Terrace Houses... Todos ladeados como borrachos. Nada inspirador, como posibles oportunidades de inversión. Las técnicas de recuperación estaban mejorando constantemente, pero no servía de nada impermeabilizar una casa construida sobre arena. Los compuestos grafenados y los revestimientos de diamante son fuertes, pero no pueden impedir la descomposición del hormigón, son algo así como un revestimiento de plástico muy resistente. Necesitan un armazón para funcionar, son una mera capa impermeable.

Mientras avanzaba ronroneando por los estrechos canales entre la Décima y la Undécima, avisté la llamada Gran Pirámide Cuádruple, cerca de la ribera del Hudson. Allí, durante el primer frenesí de construcción de puentes

volantes, un grupo de inversores había suspendido un centro comercial unas cuarenta plantas por encima la superficie, en medio de cuatro rascacielos que anclaban los puentes volantes que lo sustentaban. Aquello había hecho las delicias de la gente hasta que el peso del centro comercial había provocado que, de repente, las cuatro torres se inclinaran hacia dentro. El centro comercial había caído cinco pisos arrasando todo cuanto contenían antes de detenerse milagrosamente. A partir de entonces, la gente había sido mucho más cuidadosa y, ahora, la Gran Pirámide Cuádruple se levantaba allí como una suerte de maligno Stonehenge para recordar al mundo que no había que suspender demasiado peso más allá de la línea de plomada de un rascacielos. Tal como habían señalado numerosos ingenieros, solo estaban hechos para sostener su propio peso.

Aquellos edificios borrachos... ¿Cuánto tiempo podrían resistir? En la eterna batalla de los hombres contra el mar, ¿cuál de los contendientes estaba ganando? El mar era siempre el mismo, mientras que en las trincheras de la humanidad había mejoras; pero el mar era incansable. Y podía volver a levantarse. No era imposible un Tercer Pulso, aunque los estudios de la Antártida no habían identificado de momento grandes masas de hielo en peligro de desprendimiento. Este era un hecho integrado en el IPPI. En cualquier caso, pasara lo que pasara con el nivel del mar en años venideros, la intermarea estaría siempre en dificultades. Todo el que se dedicaba profesionalmente a luchar contra el mar desde cualquier puesto admitía que el enemigo siempre acababa ganando, que su victoria era solo cuestión de tiempo. Algunos de ellos podían llegar a ponerse muy filosóficos al hablar sobre esto, de una forma depresiva y nihilista. No importa nada de lo que hacemos, trabajamos como perros y luego morimos, etcétera.

Así que llegaría un momento en que todos los edificios más débiles de la intermarea necesitarían grandes reparaciones... si es que era posible. Y, si no, tendrían que ser sustituidos... ¡si es que podía hacerse!

Entretanto, vivía gente allí. Los indicios estaban por todas partes: ventanas rotas reemplazadas, ropa colgada de los tendederos, huertos en los tejados... Era más evidente de día. De noche, cuando apagaban las luces, los edificios parecían realmente abandonados, con la excepción ocasional de

alguna vela encendida por aquellos fantasmas. Pero de día saltaba a la vista. Y siempre sería así, claro. En Manhattan nunca había habido espacio suficiente. Y tampoco bastaba con subir los alquileres para mantener a raya a la gente, porque se limitaban a eludir el alquiler y buscar escondrijos donde los hubiera. La ciudad anegada tenía infinitos rincones y nichos, incluidas, como no, las burbujas de diamante que mantenían los sótanos aireados a salvo de las corrientes. Personas viviendo como ratas.

Probablemente, esto fuera lo que Jojo quería mejorar con su inversión de valor añadido. Una causa perdida, en realidad. Aunque lo lograra, haría falta una especie de Sísifo topográficamente a la inversa empeñado en excavar un agujero condenado a rellenarse eternamente, en bombear el agua de un sótano tras otro para verlos anegados de nuevo, a menudo con resultados mortales; y que lo repitiera una y otra vez. ¡Aireación! ¡Viviendas submarinas! Un nuevo mercado que financiar, y luego que apalancar, para que el ciclo pudiera repetirse a mayor escala, como exigía la primera ley. Eterno crecimiento. Esto significaba que, cuando la superficie de la isla se llenaba hasta los topes, había que seguir hacia arriba; y luego, cuando los esfuerzos en aquella dirección alcanzaban el límite de la capacidad material de su tiempo, había que excavar. Una vez aireados los sótanos, túneles y vías del metro, sin duda la gente seguiría excavando más y más, extendiendo una calvinocidad invisible hacia la litosfera, excavando rascatierras a imitación de los rascacielos que ya existían, hasta el centro mismo de la Tierra. ¡Calefacción geotérmica sin coste adicional! Apartamentos en el infierno: eso era Manhattan.

•••••

Solo que no. Era fácil dejarse vencer por el pesimismo al navegar por las abandonadas ruinas de Chelsea, tratando de no fijarse en los rostros furtivos de las ventanas de los pisos altos, pero sin dejar de ver la miseria igualmente. Pero también lo era sacarse aquellas imágenes luctuosas de la cabeza; solo

había que pisar a fondo y salir zumbando del gran río, acelerar hasta alcanzar velocidad de hidroplaneo, despegar y volar, volar corriente arriba, lejos, muy lejos de la ciudad herida. ¡Volar!

Lo hice. El ancho Hudson se extendía como una sábana debajo de mí, con la oscura superficie fracturada por el ensortijamiento de sus movimientos internos. Allí estaba la ciudad, tendida a mi alrededor a ambas orillas del río: el alto Manhattan y Hoboken, tachonados de rascacielos más altos que en ninguna otra parte, pugnando por el predominio, en una década en la que una revolución de los materiales de construcción había permitido levantar rascacielos tres veces más altos que antaño. A los ricos aún les gustaba invertir un par de millones en un apartamento en el cielo de Nueva York, para visitarlo unos días al año y disfrutar de la gran ciudad del mundo. ¡Denver jamás lograría nada parecido a la vista que contemplaban mis ojos en aquel momento, de ningún modo!

Dejé que el bicho amerizara con un vigoroso chapoteo y me dirigí al largo muelle que flotaba bajo el Cloister. El gran complejo de supertorres, de más de trescientos pisos cada una, se levantaba más adelante como la parte visible de un ascensor espacial; en verdad era como si realmente perforasen la azulada cúpula del cielo, que solo se perdieran de vista allí sin llegar a terminar. De algún modo, este efecto parecía empequeñecer el cielo, como si fuera la carpa de color turquesa de un gigantesco circo, sostenida por un poste central terminado en cuatro puntas.

•••••

Había una fila en la entrada del puerto deportivo de casi una docena de embarcaciones, así que aparqué junto a la parte de la isla en la que la orilla se levantaba en vertical para esperar a que se despejara. El río se había tragado tiempo atrás el antiguo aparcamiento Henry, y el tajo que habían dado a la ladera para albergar la remodelación de Robert Moses estaba ahora sumergido incluso cuando bajaba la marea, y albergaba un estrecho y

alargado tramo de marisma salobre, una superficie fluida, entre verde y amarillenta, que tapizaba el pie de la ladera, cubierta a su vez de maleza, helechos y arbolillos, y tachonada por los dictatoriales afloramientos de gneis de la isla en medio de la vegetación.

Me acerqué lentamente al borde herbáceo de la marisma y viré hasta situarme en paralelo a la corriente. Sentí que la hidroleta de estribor del bicho tocaba el fondo. Un tranquilo estuario en un rincón de la ciudad, un pequeño thoreauteatro, fresco a la sombra de una nube de paso.

A esas horas, la hierba de la marisma estaba prácticamente sumergida por la marea. Era como una especie de zosteria fluida, que se mecía de un lado a otro, empujada primero en un sentido por la corriente del río, y luego en el otro por el repetido bamboleo de las estelas de las embarcaciones. Las infinitas briznas se cimbreaban en paralelo, como una cabellera sumergida en una bañera. Cada una de sus verdes superficies estaba acanalada por unas muescas amarillas y la lisa masa se movía como cabello de ángel al compás del oleaje, con preciosos e hipnóticos destellos de oro en el verde. La delicada masa verde se flexionaba adelante y atrás, centelleante y fluida. Adelante y atrás, verde y dorada, adelante y atrás, adelante y atrás. Era muy hermoso.

Y en aquel momento, al contemplar este movimiento mientras dejaba pasar el tiempo en aquella modesta contemplación a la orilla del río, a la espera de que las embarcaciones despejaran la entrada del puerto, tuve una visión. Un satori; una epifanía; y si me hubieran dicho que me salían llamas de la cabeza, no me habría sorprendido. Los admiradores de la Biblia describían con toda precisión la sensación que te embarga cuando te ensarta una idea. Suerte que no había nadie allí para oírme hablar en arameo o para interrumpir el hilo de mis pensamientos y hacer que lo perdiera. No, ahí estaba; lo pensé a fondo; lo sentí. No iba a olvidarlo. Observé el bamboleo de la hierba en la corriente y fijé el pensamiento a la hipnótica imagen del costado de mi bicho. Una imagen muy hermosa.

—¡Gracias! —dije al jefe del muelle cuando me indicó que entrara en el puerto—. ¡Acabo de tener una idea!

—¡Felicidades!

•••••

Subí a grandes zancadas la amplia escalinata de la plaza que rodeaba el Cloistermunster, la mayor de las cuatro supertorres que coronaban la loma. Tenía la forma de una columna de Bareiss, lo que quería decir que su parte inferior y superior eran semicirculares, pero con una diferencia de 180 grados en su orientación respectiva. Esta configuración provocaba que todas las superficies exteriores del edificio se curvaran de manera muy grácil. Las otras torres del grupo también eran columnas de Bareiss, pero cada una de ellas tenía dos, apiladas en vertical de manera que sus puntos centrales formaban semicírculos coincidentes. Esta solución se replicaba en las elegantes y largas curvas que ascendían para alancear el cielo. Crucé la plaza con la cabeza hacia atrás, como un turista, disfrutando de aquella maravilla de la arquitectura, que a estas alturas de mi Día de la Idea era ya un rizar el rizo, pero en plan bien. Todo se me antojaba inmenso.

En el Munster tomé la vertiginosa secuencia de ascensores exprés hasta el piso 301, el último, donde Hector Ramirez tenía su oficina, si es que podía llamarse así a una sala que ocupaba un piso entero de un edificio tan inmenso. ¿Loft, quizá? Era un único espacio semicircular del tamaño de Block Island, delimitado por paredes de cristal por todas partes.

—Franklin Garr.

—Maestro. Gracias por recibirme.

—Es un placer, joven.

No había querido aminorar el impacto de su sala del trono con mucho mobiliario. Alrededor del ascensor había algunos cubículos de mediana altura, y luego unas cuantas mesas, pero, más allá, se extendía un espacio abierto hasta la pared curva del sur y la lisa del norte, tan limpias y transparentes que costaba creer que estuvieran allí. Se veía el mundo.

Hacia el sur, el resto de la parte alta era un bosque de superrascacielos solo un poco más bajos que los del Cloister, exponentes todos ellos de su

particular gehrygloria.

A la izquierda de aquellas torres se extendían el Bronx, Queens y Brooklyn, tres bahías tachonadas de edificios, en las que Brooklyn Heights era el primer tramo de tierra real a la vista, cornada por su propia hilera de superrascacielos. Solo desde tan lejos se podía apreciar lo altas que eran en realidad las nuevas torres, es decir, muchísimo. Y por todas partes, el resplandor del agua, repleta de edificios anegados, puentes, barcos y estelas de barcos.

A la derecha lo mismo, solo que el Hudson era una extensión de agua más amplia y despejada que el East y sus bajíos: un grande y azulado camino acuático, inundado de embarcaciones pero libre de techumbres en ruinas, una gran bahía cruzada solo por los puentes George Washington y Verrazano. Hoboken conformaba otro horizonte como la espalda de un dragón, que interrumpía la vista de la inmensa bahía de las Meadowlands, interrumpido en el extremo sur por las gruesas torres de Staten Island. Al norte se extendía el norte, una neblina interrumpida por el gran río. El norte era el camino de salida, pero nadie iba por allí. Si de verdad tenías que salir de la ciudad, lo hacías por arriba y, de hecho, yo sabía que en lo alto de la oficina estaba anclada la aeronave de Hector, un pequeño aeropoblado de veintiún globos. Podía marcharse al cielo cuando se le antojase y, a veces, lo hacía.

Pero ahora parecía contento de verme. Y, desde luego, yo lo estaba de verlo a él. Jefe, profesor, mentor, consejero: había tenido varios de ellos a lo largo de los años, pero Hector había sido el primero que había combinado todos los roles, y al hacerlo se había vuelto más importante que ninguno. Había trabajado como becario para él cuando era demasiado joven para saber la suerte que tenía, recién salido de la patética facultad de Empresariales de Harvard, y él me había enseñado muchas cosas, pero sobre todo el arte de los *swaps* en los bonos de política social. Desde entonces había trabajado en distintas evoluciones de aquellas enseñanzas, y ahora iban a serme de gran ayuda para sobrevivir al hundimiento de la intermarea.

—Se acerca una crisis —dije mientras señalaba la inmensa acuatrópolis.

La primera periferia bloqueaba la visión del centro, pero Hector sabía lo que quería decir, y la inmensa curva del Hudson era una metáfora perfecta

para el destino que acechaba al bajo Manhattan. Iba a tener aquel mismo aspecto.

—Yo pensaba que la tecnología de recuperación estaba avanzando —dijo para demostrar que sabía a qué me refería.

—Es verdad —reconocí—, pero no lo bastante deprisa. Neptuno es invencible. Y enfrentarse a él en la intermarea está resultando imposible. Marea tras marea, ola tras ola... Nada puede resistir ante eso a largo plazo.

—Así que tenía sentido abreviarlo —señaló.

—Sí. Como ya sabemos. Pero he estado pensando en lo que vendrá luego.

—¿Retirarse a tierras más altas? —preguntó mientras hacía un gesto a su alrededor.

—Claro. El camino de menor resistencia. Marcharse a Denver. Pero algunos lugares siempre serán únicos y este es uno de ellos. Es su mitología. La gente nunca dejará de venir. Da igual que la costa esté condenada. Les atrae.

Asintió. Él mismo había llegado de Venezuela, impulsado por esa atracción, según me había contado. Una rata de agua sin un centavo en el bolsillo y míralo ahora.

—¿Y?

—Hay una combinación de nuevas tecnologías que conforman lo que se podría definir como «viviendas de zosteras». Parte de ellas provienen de la acuicultura. La idea es renunciar a resistirse. Te mueves con las corrientes, subes y bajas con las mareas. Se coge la fuerza del grafeno, la capacidad de adherencia de los neopegamentos y la flexibilidad de los tejidos conjuntivos artificiales. Se clavan bolardos en el lecho de roca, por muy profundo que esté, y se usan para anclar tramos de cable de tejido conjuntivo que se dilatan con las mareas para que tengan siempre la longitud suficiente para llegar a la superficie, y con ellos se sujeta una plataforma flotante. Una plataforma del tamaño de un bloque de Manhattan.

—O sea, como vivir en un muelle, o en una casa flotante.

—Sí. Una parte puede estar sumergida, como el casco de un barco. Luego conectas todas las plataformas, de manera que se muevan al unísono en las mareas, como la zosteras. Con sistemas de amortiguación en los costados allí

donde sea necesario, como los cojinetes de los barcos cuando van a tocar puerto. Al final tendrías una alfombrilla flotante formada por estas plataformas, un barrio entero de ellas.

—No se podría subir mucho.

—Yo no estaría tan seguro... Los compuestos grafenados son realmente livianos. Por eso estamos aquí arriba. Como mínimo, podría llegar hasta donde llegaba antes esa parte de la ciudad.

Asintió.

—¿Es factible?

—La tecnología ya existe. Y además, dentro de poco, todo lo de ahí abajo va a hundirse en las aguas.

Seguía asintiendo.

—Apuntas alto, hijo. Muy alto.

—Sí. Claro que sí.

—¿Y qué quieres de mí?

—Apalancamiento. Un ángel.

Se echó a reír.

—De acuerdo. Últimamente me preguntaba qué iba a ser la siguiente gran novedad en esta ciudad. Tiene buena pinta. Cuenta conmigo.

•••••

Conque aquello era bueno. Realmente bueno. Seguía sin poder pensar en otra cosa mientras volvía al río en el bicho y lo dejaba regresar al centro a merced de la corriente. El problema que seguía teniendo en aquel momento y aquel lugar era que trabajaba en derivados en un *hedge fund*, y no en un despacho de arquitectos, preparando la nueva generación de diseños intermarea. Este trabajo no podía hacerlo desde mi posición.

Pero podía financiarlo.

Eso significaba buscar gente que financiar. En realidad, se parecía a lo que ya hacía a diario, porque buscar algo que financiar es muy similar a

buscar una buena apuesta. Aunque WaterPrice no tuviera elementos muy reseñables de capital riesgo en su cartera, también se podía argumentar que habría debido tenerlos; y dar con la próxima tendencia era algo que interesaba a cualquiera. Era casi como lo que yo intentaba hacer con Jojo.

Lo que me llevó a preguntarme si debía contarle lo que quería hacer, o incluso pedirle ayuda para hacerlo. Lo que tuviera más probabilidades de impresionarla. Si es que se trataba de eso. Y se trataba. Al menos al principio. Pero también podía ser buena idea empezar cuanto antes, y pedir ayuda podía ser una señal de madura vulnerabilidad. Tenía la sensación de que a ella le gustaría y, además, estaba deseando contárselo.

De modo que, una vez que el bicho regresó al centro, lo amarré en el muelle 57 y fui al bar donde nos conocimos. Volvía a ser viernes y quedaba poco para el anochecer; y allí estaba ella, regular como un mecanismo de relojería. ¿Qué te parece? Allí estaba el mismo grupo también, John y Evgenia y Ray y Amanda, y todos me saludaron de manera amistosa, incluida Jojo, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Claro que, Amanda y yo éramos así el uno con el otro, así que tampoco se podía decir que hubiera nada de raro en que se comportara de aquel modo: tranquila, amistosa, distante. Joder.

Le acepté una copa a Inky, mientras me bombardeaba a preguntas con los ojos, pero yo me limité a poner los míos en blanco para indicarle que no era para tanto y, bueno, ya se lo contaría en otro momento, y volví con la pandilla. En la barra, al anochecer, en diciembre, con el aire helado, mientras el río se deslizaba bronceado sobre sí mismo con arremolinada premura hacia los Narrows. En el interior, un grupo tocaba un *blues*, como si quisiera ponerle la banda sonora a la imagen. La pandilla hablaba de las cosas de siempre, y volví a quedarme estupefacto: aquella gente, mi grupo, tenía cierta tendencia a portarse como un hatajo de capullos, a pesar de lo cual Jojo estaba feliz de la vida con ellos el día que nos conocimos, y seguía así. Ambos encajábamos a la perfección; ¿qué significaba eso? Se me ocurrió una idea fría: puede que me hubiera acusado de carecer del altruismo que decía buscar en un hombre como coartada para algo más esencial que... bueno, más esencial que la filosofía esencial de la vida. No me encajaba del todo,

pero claro, ve tú a saber. Seguramente era más fácil aceptar que no concordaba con mis valores que asumir que no le gustaba mi olor o mi manera de hacer el amor. Porque, de hecho, esto sí parecía gustarle. Lo cual resultaba bastante confuso.

Traté de ignorar el remolino que daba vueltas en mi cabeza y mis entrañas hasta que, finalmente, me encontré a su lado. Allí estábamos.

—¿Qué tal el día? —me preguntó.

—Bien —respondí—. Interesante. He estado hablando con un antiguo profesor de la Monstruosidad sobre la posibilidad de hacer algo con todo lo que ha inventado la gente para impedir que se hundan las viviendas. Ya sabes, algo en plan capital riesgo, como lo que me has dicho alguna vez.

Me miró con cierta curiosidad, y traté de extraer esperanza de eso sin dejarme distraer por los cristalinos añicos castaños de sus ojos, los preciosos ojos de la persona de la que me había enamorado hasta las trancas. Pero era casi imposible y, sin poder evitarlo, tragué saliva bajo aquella mirada.

—¿Cuál es la idea? —me preguntó.

—Bueno, se me ha ocurrido que, como la intermarea no tiene un lecho de roca debajo, no se puede construir nada allí con esperanzas de que aguante.

—O sea, que hay que abandonarla.

—No, de hecho he estado hablando con Hector de anclar lo que podríamos llamar barrios flotantes allí. Conectar pequeñas manzanas como aeropoblado al lecho de roca, por muy hondo que esté. De ese modo no habría que luchar tanto contra las mareas.

—Ah —dijo con cara de sorpresa—. ¡Qué buena idea!

—Eso creo yo.

—Qué buena idea —repitió, pero entonces frunció levemente el ceño—. ¿Conque ahora te interesa el capital riesgo?

—Bueno, es solo una idea. Hay que pensar a largo plazo, después de hacerlo a corto. Tenías razón en eso.

—Es cierto. Pues qué interesante. Me alegro por ti.

Ahí. Un retazo de esperanza, anclado a un lecho de roca emocional, en la profundidad de las aguas: la emoción de lo que sentía por ella. Anclar un cabo a ese lecho de roca y soltar una pequeña boya de esperanza. Volver más

adelante y ver qué más se podía amarrar allí. No parecía hostil. No se burlaba de mi repentino interés por el mercado inmobiliario. No se mostraba abiertamente negativa; incluso puede que amistosa; incluso puede que aprobatoria. Como si estuviera replanteándose las cosas. Con una pequeña sonrisa en los ojos. En una ocasión, un fotógrafo me dijo: sonríe solo con los ojos. No le había entendido. Puede que ahora lo estuviera viendo. Tal vez. Su forma de mirarme... Bueno, cualquiera sabe. La verdad es que no tenía ni la menor idea de lo que pensaba Jojo.

Cuando Radio City abrió por primera vez, rociaron el aire con ozono, con la idea de que eso haría feliz a la gente. El promotor, Samuel Rothafel, habría preferido usar gas hilarante, pero no consiguió que lo aprobara el ayuntamiento.

Robin Hood Asset Management comenzó analizando veinte de los *hedge funds* de más éxito y creó un algoritmo que combinaba sus estrategias más fructíferas. Luego ofreció sus servicios a microinversores en situación de precariedad laboral, y a partir de ahí construyó el éxito por el que hoy se la conoce.

El antiguo Waldorf Astoria, demolido para hacer sitio al Empire State Building, fue arrojado al Atlántico, a ocho kilómetros de Sandy Hook.

Nos quedamos en Nueva York hasta que se asemejó tanto a nuestra casa que nos parecía mal abandonarla. Y después, cuanto más la estudiaba uno, más grotescamente mala se tornaba.

—Rudyard Kipling, 1892

## h) Mutt y Jeff

Jeff, ¿estás despierto?

—No sé. ¿Lo estoy?

—Parece que sí. Y me alegro.

—¿Dónde estamos?

—Seguimos en el cuarto. Has estado malo.

—¿Qué cuarto?

—Un contenedor de carga, en alguna parte. Donde nos tienen encerrados. Puede que bajo el agua. A veces suena como si estuviéramos bajo el agua.

—Si estás bajo el agua, olvídate de salir. El mercado nunca volverá donde estaba, así que te has hundido para siempre. Casi mejor declararte en bancarrota y fuera.

—Ya me gustaría, pero estamos aquí encerrados.

—Ya me acuerdo. ¿Tú cómo estás?

—¿Qué?

—Que cómo estás, digo.

—¿Yo? Bien, bien. O, bueno, no demasiado, pero ni de lejos tan mal como tú. Estuviste muy enfermo.

—Me siento fatal.

—Ya, lo siento mucho, pero al menos ahora hablas. Antes ni podías. Daba miedo.

—¿Qué pasó?

—¿Que qué pasó? Ah, tú. Escribí unas notas y las dejé en las bandejas cuando vinieron a recogerlas. Luego llegaron unas pastillas con tu comida y

conseguí que te las tomaras. Entonces me quedé totalmente dormido, y creo que fue porque nos dieron algo y entraron. O se te llevaron. No sé, pero el caso es que, cuando desperté, dormías mejor. Y aquí estamos.

—Me siento fatal.

—Pero al menos hablas.

—No quiero hablar.

Mutt no sabe qué responder a esto. Se sienta junto a la cama de su amigo, alarga el brazo y coge a Jeff de la mano.

—Es mejor que hables. Te ayuda.

—En realidad no. —Jeff mira a su amigo—. Habla tú. Yo estoy cansado de hacerlo, no puedo hablar más.

—Eso no me lo creo.

—Que sí. Cuéntame una historia.

—¿Yo? No me sé ninguna. Las historias las cuentas tú, amigo.

—Ya no. Cuéntame algo de ti.

—No hay nada que contar.

—Mentira. Cuéntame cómo nos conocimos. Hace tanto que se me ha olvidado. En mis recuerdos es como si lleváramos toda la vida juntos. No recuerdo nada de antes.

—Pues eras más joven que yo. Eso lo recuerdo. Por entonces llevaba un año o dos en Adirondack y estaba pensando en dejarlo. El trabajo era un coñazo. Un día estaba en la cafetería a la hora de comer y tú estabas allí, en un lado de una mesa, solo, leyendo tu terminal mientras comías. Me senté frente a ti, no sé por qué, y me presenté. Parecías una persona interesante. Dijiste que estabas en sistemas, pero mientras conversábamos me di cuenta de que también sabías de programación. Recuerdo que te pregunté dónde estaba el resto de tu equipo y me contaste que se habían hartado de tus ideas y de ti, y que por eso estabas ahí. Yo te dije que a mí me gustaban las ideas, cosa que era cierta por aquel entonces. Así nos conocimos. Luego nos pidieron que intentáramos cifrar sus buceadores de aguas turbias. ¿Te acuerdas?

—No.

—Pues es una pena. Lo pasamos muy bien.

—Puede que me acuerde más tarde.

—Eso espero. Nos divertíamos en el trabajo y luego, no sé muy bien cómo, me enteré de que no tenías un sitio donde vivir, de que dormías en el coche.

—Mi casa móvil.

—Sí, así lo llamaste. Una casa móvil diminuta. Y, como yo también estaba buscando casa, nos mudamos a aquel sitio en Hoboken, ¿te acuerdas?

—Claro. ¿Cómo iba a olvidarlo?

—Pues te has olvidado de tu primer trabajo, así que cualquiera sabe. Bueno, el caso es que nos...

—¡Por eso sé que estamos bajo el agua! Porque aquello lo estaba.

—Es posible. O sea, sí. El mercado de la vivienda subsuperficie estaba empezando entonces en Meadowlands, así que aún había algunos sitios que nos podíamos permitir. Fue entonces cuando empezamos a trabajar en ese sistema de operaciones en derivados para nosotros y para Vinson. Para entonces trabajaba por su cuenta. Pero era ilegal y...

—Siempre fue un capullo.

—Sí, eso también. Así que nos dimos cuenta de que habíamos estado trabajando para él haciendo cosas un rato turbias. Imagino que, si la SEC llega a olerse algo, habríamos cargado con el muerto. La gente de Alban habría negado todo conocimiento de nuestra existencia.

—De una misión más que posible.

—Sí, era fácil. Hasta que nos dimos cuenta de que todo el mundo lo hacía, así que era como haber llegado a última hora a una carrera armamentística que nadie podía ganar. No había diferencia entre las inversiones ventajistas y las operaciones normales. Así que nos marchamos de Alban antes de que nos colgaran. Empezamos a hacer trabajillos por nuestra cuenta. La cosa se puso un rato complicada. Necesitábamos algo distinto si queríamos sacar ventaja.

—¿Y queríamos?

—No sé. Nuestros clientes sí.

—No es lo mismo.

—Ya.

—Pues no quiero trabajar más para ellos.

—Ya. Pero eso nos causó problemas, como sabes.

—¿De qué tipo?

—De tipo comida. Comida y casa. Las necesitamos, y cuestan dinero, y para ganar dinero hay que trabajar.

—No digo que no quiera trabajar. Digo que no quiero trabajar para ellos.

—Sí, eso ya lo intentamos.

—Tenemos que trabajar para nosotros.

—Bueno, eso es lo que hacen ellos. O sea, que seguramente acabaríamos como ellos.

—Pues para todos, entonces. Trabajar para todos.

Mutt asiente con aspecto complacido. Ha conseguido que su amigo vuelva a hablar. Seguramente las pastillas hayan ayudado. Puede que haya cambiado la corriente y la bajamar de su salud haya terminado.

—¿Pero cómo? —pregunta para sondear la corriente.

Pero no se puede apremiar al río.

—¿Y yo qué sé? Es lo que intenté y mira cómo hemos acabado. Quería que fuera por la vía directa. Pero yo soy el tío de las ideas y tú el ingeniero. ¿No era así como hacíamos las cosas? A mí se me ocurría alguna idea delirante y tú te encargabas de ponerla en práctica.

—No sé...

—Que sí. Mira, yo tenía algunas correcciones. Intenté entrar en el sistema y ejecutarlas directamente. Puede que fuera una estupidez. Vale, lo fue. Supongo que por eso acabamos aquí y, de todos modos, siempre podían revertirlas. Así que era imposible que funcionara. Supongo que estaría un poco chiflado por aquel entonces.

Mutt suspira.

—¡Ya lo sé! —dice Jeff—. ¡Pero dime cómo! ¡Dime cómo podría hacerlo! Porque no somos los únicos que necesitamos esas correcciones. Las necesita todo el mundo.

Mutt no sabe qué decir, pero, por otro lado, tiene que decir algo para que Jeff siga hablando. Así que responde:

—Jeff, estás hablando de la ley. No se trata de correcciones, son como

nuevas leyes. Pero de las leyes se encargan los legisladores. Para eso los elegimos. Pero ya sabes que las empresas financian sus campañas, así que, aunque dicen que van a trabajar por nosotros, una vez que están en el cargo, lo hacen para ellas. Es así desde hace mucho. Un gobierno de las empresas, por peones y para las empresas.

—Pero ¿y la gente?

—Tienes dos opciones: pensar que, cuando eliges a alguien, significa que va a trabajar para ti, y seguir votando, o admitir que no funciona, y dejar de votar. Pero eso tampoco funciona.

—Vale, ¡por eso intenté piratear el sistema con mis correcciones!

—Ya.

—Pues dime cómo podemos hacerlo mejor.

—Estoy pensando. Supongo que se podría intentar una toma puntual de los cuerpos legislativos existentes y aprobar una legislación que devuelva el poder a la gente.

—¿Una toma puntual? ¿Eso no es como una revolución? ¿Estás diciendo que necesitamos una revolución?

—Pues no.

—¿No? Pues a mí me parecía que sí.

—Pero no. O sea, sí pero no.

—¡Vaya, gracias! ¡Me lo has aclarado mucho!

—Lo que quiero decir es que, si usas el sistema legal actual para elegir un grupo de congresistas que aprueba leyes que devuelvan el poder legislativo al pueblo, y hay un presidente que las firma, y un Tribunal Supremo que confirma su legalidad, y un ejército que garantiza su cumplimiento, en ese caso... O sea, ¿eso sería una revolución?

Jeff guarda silencio un largo rato. Hasta que dice:

—Sí. Sería una revolución.

—¡Pero si es legal!

—Pues mejor, ¿no?

—Bueno, sí.

—Pero entonces, ¿cómo se consigue que elijan a un presidente y un Congreso así?

—Con política, supongo. Cuentas la historia a tu manera y escoges candidatos que digan lo que quieras.

—Tendrían que ser Demócratas, porque los independientes siempre pierden. Y de paso joden al partido más cercano. Es el sistema americano.

—Vale, pues aún mejor. Porque usas un partido ya existente. Solo tienes que ganar.

—O sea, que se trata solo de hacer política, dices.

—Eso creo.

—Joder, ¡no me extraña que intentara piratear el sistema! ¡Porque tu solución es una birria!

—Pero al menos es legal. Si funcionara, funcionaría.

—Gracias por esa perla de sabiduría. Me pregunto si las grandes verdades filosóficas serán tan de perogrullo. Seguramente. Pero no. No, Mutt. Tienes que replanteártelo. Tu solución no es una solución. La gente lleva intentándolo trescientos años, o los que sean, y la cosa no hace más que empeorar.

—Ha habido altibajos. Y se han hecho avances.

—Y mira dónde estamos.

—Vale, es cierto. Aquí estamos.

—¡Pues inventa algo nuevo!

—¡Ya lo intento!

Jeff vuelve a guardar silencio. Ha tenido que esforzarse para hablar tanto, es más de lo que le permiten las fuerzas y ahora parece exhausto. Agotado hasta los huesos. Mortalmente enfermo por lo que le muestra su visión del mundo.

Al cabo de un rato, Mutt pregunta:

—¿Jeff? ¿Estás despierto?

Jeff se remueve después de un instante.

—No sé. Estoy cansadísimo.

—¿Tienes hambre?

—No sé.

—Tengo galletas saladas.

—No.

Sigue una larga pausa. Es muy posible que Jeff esté llorando. Llorando, o dormitando, o ambas cosas. Finalmente despierta y hace un esfuerzo.

—Cuéntame algo. Te dije que me contaras algo.

—Creía que lo estaba haciendo.

—Una historia que pueda creerme.

—Eso es más complicado. Pero vale... Había una vez un país al otro lado del mar donde todo el mundo se esforzaba por crear una sociedad que funcionara para todos.

—¿Utopía?

—Nueva York. Todos eran iguales allí. Hombres, mujeres, niños y gente cuya procedencia era imposible de conocer. De todos los colores, sin que eso importase. En aquel lugar todo era nuevo, y la gente era solo gente, creada para ser igual y para tratarse con respeto en todo momento. Era un buen lugar. A todo el mundo le gustaba vivir allí. Y pensaban que era un lugar precioso, además, un lugar realmente increíble con aquel puerto y un sitio hermoso detrás de otro de este a oeste, con animales y peces y aves en tal profusión que, a veces, cuando pasaba volando una bandada, tapaba el sol. Había tantos pájaros que no podías ni ver el sol. Cuando los peces remontaban los ríos para desovar, podías vadear la corriente caminando sobre sus lomos. En ese plan. Había millones de animales. Había un bosque que lo cubría todo. Lagos y ríos alucinantes. Montañas increíbles. Era un auténtico regalo tener una tierra así.

—¿Y por qué no vivía nadie allí hasta entonces? —preguntó Jeff en su sueño.

—Bueno, ese es otro tema. La verdad es que sí que vivía gente allí, debo decir, pero, por desgracia, no tenían inmunidad a las enfermedades que trajeron consigo los nuevos habitantes, así que la mayoría murió. Pero los supervivientes se unieron a la nueva comunidad y enseñaron a los recién llegados a cuidar de la tierra para que se mantuviera sana para siempre. Esa es la historia que estoy contándote ahora. Para eso había que conocer todas las piedras, todas las plantas y todos los animales, peces y aves, y ellos lo conocían. Tenías que amar la tierra como si fuera tu madre. O, si no amabas a tu madre, como a tus hijos, o a ti mismo. Porque era parte de ti, en realidad.

Tenías que conocer muy bien esas otras partes de ti para no malinterpretar ni explotar nada, y tratarlo todo con respeto. Cada elemento de aquella tierra, hasta el mismo lecho de roca, era un miembro de la comunidad que formaban entre todos, y cada uno de ellos tenía su condición legal y todos se ganaban bien la vida y tenían todo lo que hacía falta para su bienestar. Así es como era. Oye, ¿Jeff? ¿Jeff? Bueno, pues así acaba, supongo.

Porque Jeff se ha quedado dormido y ronca apaciblemente. La historia le ha hecho dormir. Ha resultado ser una especie de nana. Un cuento de niños.

Y entonces, como Jeff está dormido y no puede verlo, Mutt entierra la cara entre las manos y se echa a llorar.

## QUINTA PARTE

### ESCALADA DE COMPROMISO

Como estado libre, es probable que Nueva York alcanzara  
grandes cotas de grandeza genuina.  
dijo Mencken

El lecho de roca en la zona está formado sobre todo de  
gneis y esquisto. Y luego, una capa muy extensa de  
sedimentos glaciales. Entre los minerales presentes  
tenemos granate, berilio, turmalina, jaspe, moscovita,  
zirconio, crisoberilo, ágata, malaquita, ópalo y cuarzo; y  
plata; y oro.

## a) Stefan y Roberto

Stefan y Roberto parecían apagados e incluso aprensivos el día que se reunieron con Vlade y su amiga Idelba en el remolcador de esta. Habían accedido a llevar al señor Hexter, y resultó una suerte, porque con él allí, al menos tenían algo en que ocuparse. De otro modo, no habrían tenido nada que hacer, y la razón de ser de sus expediciones era precisamente hacer cosas. Pero de la que estaban haciendo ahora no tenían el control. Y parecía que había mucho en juego. Era difícil no preocuparse. Idelba fue a recogerlos al muelle agrario de la Veintiséis, junto al Skyline Marina, y, mientras el remolcador se acercaba a ellos con el gorgoteo de los motores, los muchachos se miraron con los ojos muy abiertos: era un barco enorme. Allá en el océano no se habían percatado. No era tan grande como un transporte de contenedores, pero sí para una ciudad, tanto como el muelle entero, lo que quería decir unos quince metros y unos tres pisos de altura en el puente, con amplios coronamientos volados y una proa cuadrada.

—Caray —dijo el señor Hexter mientras levantaba la mirada hacia él—. Un remolcador de carrusel. ¡Y llamado Sísifo!

—Mola mucho.

Idelba y uno de sus tripulantes abrieron un agujero en un costado del casco y bajaron una escalera sobre unas bisagras. Los chicos ayudaron al señor Hexter a subir a bordo por ella, y luego, por una escalerilla estrecha, a llegar al puente. Idelba parecía llevar solo un tripulante, un tipo que los saludó con la cabeza desde el timón, colocado en una amplia consola en el centro de un amplio trecho de cristal curvo. La toldilla. La vista del río East

era asombrosa desde aquella altura. Vlade apareció con Idelba después de que partieran, una vez que el timonel, un negro delgado llamado Thabo, apretó a fondo la palanca de aceleración y el barco se puso en marcha río arriba. El sentido de la corriente no significaba nada para aquel monstruo, que contaba con potencia más que de sobra para navegar a toda velocidad en su contra. Teniendo en cuenta lo pesado y macizo que era, resultaba impresionante que pudiera alcanzar aquella velocidad.

—Sería absurdo tratar de ocultar este pequeñajo —dijo Vlade al ver la expresión de los muchachos—. Habrá que quedarse allí, llamando la atención.

—La gente hurga en el Bronx constantemente —dijo Idelba—. Nadie se fijará en nosotros.

—¿Tenemos permiso? —preguntó el señor Hexter.

—¿Para qué?

—Para dragar el Bronx. ¿No estaba prohibido hacerlo sin un permiso municipal?

—Sí, claro. Y lo está. Pero mi permiso es válido para toda la ciudad, así que, si alguien pregunta, estamos cubiertos. Y nadie va a preguntar. Los agentes de la policía fluvial ya tienen bastante trabajo.

—Los dos —añadió Vlade.

Idelba y Thabo se echaron a reír al oír esto. La propensión de los muchachos al secretismo se relajó un poco, y empezaron a sentirse más cómodos. Idelba los invitó a bajar a la cubierta principal y dar un paseo. El señor Hexter dijo que podían dejarlo en el puente, así que volaron escaleras abajo para contemplar el agua desde todas las perspectivas, en especial la V blanca de la estela del barco, abierta desde el profundo surco que seguía a la amplia popa. El motor vibraba con toda su potencia bajo sus pies y era emocionante sentir el viento, sobre todo después de correr a popa e inclinarse sobre la borda para contemplar cómo se abría paso por el marrón y el azul del río East.

—Tiene que ser el barco más potente en el que nos hemos subido —dijo Roberto—. ¡Siente ese motor! ¡Mira cómo se mueve la popa! ¡Estamos cortando el río!

—Seguro que hoy encontramos algo —respondió Stefan.

—Sí. La señal era muy fuerte y estaba justo debajo. No hay duda.

—Bueno —dijo Stefan con tono dubitativo—, alguna sí que hay.

Roberto se negó a aceptarlo y sacudió la cabeza.

—¡Lo encontramos! ¡Estábamos justo encima!

—Eso espero.

Al acercarse a la boya, avistaron la protuberancia que formaba en la superficie y avisaron a los adultos en el puente. El remolcador aminoró la marcha y la proa descendió de manera palpable. A partir de ahí, avanzó como un barco más normal.

—Nuestra boya no sirve para anclar un monstruo así —señaló Stefan.

—Es cierto —dijo Roberto.

Una vez en el lugar, con la boya ya visible debajo de ellos, Thabo bajó y apretó un botón de gran tamaño en la proa que, al parecer, soltaba el ancla. Debía de ser gigantesca, porque, al tocar el fondo, la proa volvió a alzarse casi tanto como cuando iban a toda máquina. Cesó el ahogado traqueteo de la cadena y Thabo hizo una seña con los brazos dirigida a Idelba, en el puente.

—¿Y si el ancla se engancha ahí abajo? —le preguntó Roberto.

Thabo sacudió la cabeza.

—Ella mira el fondo con radar. Busca sitio bueno. Normalmente no problemas.

El Sísifo se meció en la corriente hasta ladearse ligeramente a un lado, lo que indicaba que el ancla los sujetaba. Idelba apagó el motor y quedaron al paio, anclados en el sitio.

—¡Cómo me gustaría volver a bajar! —dijo Roberto.

—Ni de casualidad —dijo Stefan—. No serviría de nada.

—A ver qué tenéis ahí abajo —dijo Thabo.

Idelba, Vlade y el señor Hexter bajaron al puente y Vlade ayudó a Idelba y a Thabo a pasar el tubo de dragado sobre la borda. Pidió a los muchachos que ayudasen a mover los segmentos de la parte trasera y a engancharlos a la alargada serpiente que estaban haciendo. Tenía casi metro y medio de diámetro, y el morro estaba formado por unas enormes fauces de acero circulares, con unas garras como puntas de hacha curvadas hacia dentro en el

perímetro circular, similares a las marcas de una rosa de los vientos. Una vez acoplados unos treinta metros de tubo, Thabo ató el extremo de la boca a un cable y luego lo levantó hasta el extremo del brazo de una grúa utilizando para ello una serie de botones que había en esta. Los muchachos ayudaron a mover el brazo con una manivela hasta que estuvo sobre el agua, junto con la boca. Entonces, Idelba soltó el cable con otros botones, y tubo y cable desaparecieron en las turbias aguas, precedidos por la boquilla.

—Venid a ver esto —dijo Vlade a los chicos.

Idelba y el señor Hexter estaban observando una consola de tres pantallas. El tubo y el cable aparecían en las tres como una especie de serpiente que descendía hacia el fondo, claramente visible en las imágenes de sonar y radar, y casi invisible a la luz de las lámparas submarinas que Idelba había sumergido con otros cables, a partir de unas bobinas suspendidas sobre el costado de la nave.

—¿Eso es vuestra campana de inmersión? —preguntó Idelba señalando una forma cónica que había al fondo.

—Supongo —dijo Roberto mientras trataba de descifrar la imagen—. La dejamos atrás cuando Vlade nos sacó.

Idelba sacudió la cabeza con cara de pocos amigos.

—Seréis idiotas... —dijo—. Me sorprende que sigáis con vida.

Roberto y Stefan sonrieron con inseguridad. Idelba no parecía contenta y el señor Hexter los miraba con expresión de alarma. Allí, bajo el sol y el viento, debía de parecer el de años atrás.

—Vamos a quitar de en medio esa trampa mortal y a empezar la succión —anunció Idelba.

Thabo y ella, por control remoto, manipularon el equipo en la oscuridad como si estuvieran allí abajo viéndolo todo, si no a la perfección, lo bastante bien para orientarse y saber lo que querían. Vlade los ayudaba con el sónar y el radar, equipos con los que, a todas luces, estaba familiarizado. Roberto y Stefan intercambiaron una mirada y se dieron cuenta de que se sentían un poco inútiles allí, pero aun en su elemento. Así era como se hacía. Eso era lo que querían aprender. El señor Hexter estaba con ellos, inclinado también y con las manos en sus hombros, observándolo todo y haciendo preguntas

sobre lo que estaban viendo, y señalando cosas que decía ver sin que ellos estuvieran muy seguros. Pero no importaba. Estaba claro que estaba disfrutando.

Idelba usó uno de los ganchos de la boca para quitar la campana de inmersión del sitio donde Roberto había estado a punto de, en palabras del anciano, cavar su propia tumba. Una vez apartada la campana, volvió con la boca a la mancha de pintura roja que Roberto había dejado sobre el asfalto, que en la turbia y monocromática imagen de las pantallas parecía gris y fantasmal. Entonces, los ganchos de la boquilla se extendieron sobre el asfalto alrededor del agujero y Thabo pulsó un interruptor y el chirrido de los dientes perforadores de la boquilla al clavarse en él empezó a brotar por su extremo del tubo con una fuerza que les llegó hasta las tripas. Stefan y Roberto se miraron con los ojos muy abiertos.

—Eso es lo que nos hacía falta —dijo Stefan.

—Ya te digo —respondió Roberto—. Y pensar que queríamos darle con un pico...

—¡Un pico que no habrías podido ni levantar sobre la cabeza sin rasgar la campana!

—Ya. Era una idea absurda.

—Como te decía yo todo el rato.

Roberto hizo una mueca y frotó la pantalla del radar, como si así pudiera aclarar la imagen del fondo, oscurecida ahora por el torrente de basura que enturbiaba el agua.

—Caballeros —dijo Idelba—, vamos a empezar a absorber lo que quiera que haya ahí abajo. Estoy apuntando en la dirección del metal que captasteis. Aparece también en mis detectores, así que buen trabajo. Cuando active la bomba de succión va a hacer un ruido de mil demonios y pasaremos lo que salga por aquí por unas cribas. No podremos oírnos unos a otros, así que si veis caer algo en la cubierta, agitada los brazos para que pueda veros.

A estas alturas estaba gritando, porque, desde la caseta que había bajo el puente, subía el aullido de un motor o motores mucho más estrepitoso que los anteriores. Era tan estruendoso que no parecía imposible que la maquinaria que lo producía, allí bajo la cubierta, llenase la totalidad del remolcador. ¡La

aspiradora infernal! Habrían tenido que gritarse al oído para hacerse oír, pero como la mayoría se había tapado las orejas con las manos, tampoco habría servido de mucho. Thabo abrió una taquilla y sacó orejeras de plástico para todos, y, una vez puestas, el estruendo remitió bastante, pero a partir de ahí sí que no pudieron comunicarse más que con gestos.

Los muchachos estaban con Vlade y el señor Hexter en el extremo superior del tubo de draga, y cuando este empezó a escupir lodo y porquería en la cubierta, se inclinaron sobre el cajón para inspeccionar el torrente marrón y negro. El conocido hedor de la anoxia, uno de los olores más característicos de la ciudad pero allí en su forma más insidiosa, impregnó el aire. Arrugaron la nariz sin dejar de mirar. El lodo caía en el centro del cajón y, a partir de ahí, salía por un gran agujero cubierto de malla a un canal sobre la cubierta en el que, impulsado por el agua lanzada por unas bombas, discurría hacia la popa y, tras atravesar otra rejilla, volvía al río. Vlade se puso unos guantes de goma que le llegaban hasta el codo y una mascarilla para el polvo, y comenzó a hurgar en el cajón. Era evidente que lo había hecho otras veces.

Una columna de lodo negro brotaba del extremo del remolcador mientras proseguía el aspirado. El hedor anóxico era penetrante y desagradable. Al cabo de unos diez minutos, Idelba movió una palanca y el ruido cesó. Thabo y Vlade desacoplaron la última sección de tubería y comenzaron a hurgar en su interior. Sacaban pedazos de Dios sabe qué, los ponían bajo las tuberías que daban al canal de la cubierta, comprobaban lo que aparecía una vez retirada la capa de lodo y luego lo tiraban por la borda sin prestarle más atención. En la mayoría de los casos eran pedazos de hormigón o asfalto, y a veces una madera empapada, que inspeccionaban con más detenimiento; otras, piedras rotas o fragmentos de algo que parecía cerámica. El cuerno de una cabra, el cuerpo completo y peludo de un mapache o una mofeta, crustáceos gigantescos, una botella cuadrada de gran tamaño que no se había roto, una nasa de pesca, una muñeca ahogada, muchas piedras rotas.

Una vez despejado el tubo se reinició el aspirado. Idelba volvió a bajar la boca hasta el fondo, mientras el anciano observaba con atención sobre su hombro. Costaba creer que fuese capaz de interpretar las manchas de la

pantalla, pero mostraba el interés de alguien que supiera lo que estaba viendo. El ruido volvía a ser increíble. El lodo que fluía hasta el cajón no contenía nada de interés.

El tubo volvió a atorarse y volvieron a despejarlo a mano. La mayor parte de lo que sacaban ahora eran piedras redondeadas, a menuda rotas, muchas de ellas con forma de huevos gigantes. Cuando cesó la succión, el señor Hexter les dijo:

—¡Son sedimentos glaciales! La mayor parte de Long Island está hecha de eso. Procede de la última glaciación. Significa que seguramente hayamos llegado al antiguo lecho del río.

Idelba asintió mientras hurgaba en el lodo.

—Antes del lecho de roca, siempre aparecen los sedimentos. No hay otra cosa en toda la bahía, salvo una fina capa de tierra en tierra firme y de lodo en el agua. O distintos tipos de escombros. Pero, sobre todo, sedimentos.

Después de despejar de nuevo el tubo, pero antes de que el motor reiniciara sus silbidos, chirridos y rugidos, el señor Hexter preguntó a Idelba:

—Entonces, ¿cuando llegemos a la profundidad del metal que detectó, lo sabrá?

Ella asintió y volvieron al trabajo.

Dos atascos después, de repente empezaron a encontrarse viejos fragmentos de madera con superficies cuadradas, parecidos a vergas o cuadernas. Se miraron sin decir palabra, con los ojos muy abiertos. Pedazos de un barco antiguo, sí, parecían pedazos de un barco antiguo. Siguieron aspirando con renovado interés. Los muchachos daban vueltas alrededor de cada cosa que caía en el canal de la cubierta, piedra tras piedra, guijarro tras guijarro.

Entonces, en medio del denso estruendo de succión y el inmenso gemido de la bomba de vacío, un fuerte impacto lo detuvo todo. Algo había golpeado con fuerza el último filtro del tubo. Idelba apagó la bomba. Todos se quitaron las orejeras. Thabo y Vlade desengancharon el tubo del cajón y comenzaron a hurgar en el lodo atrapado en el filtro.

Junto a la gran rejilla había un arcón de madera de tapa curva, de casi setenta centímetros de lado, con unos nervios de metal negro que habían

teñido la madera adyacente. Vlade intentó sacarlo solo y fue incapaz. Thabo lo ayudó, y luego Idelba, y, tras levantarlo, lo dejaron caer con estruendo sobre la cubierta. Stefan y Roberto brincaban entre los adultos, o gateaban entre ellos mientras olisqueaban el hedor de la madera húmeda y fangosa. Era el olor de los tesoros.

Thabo cogió una palanca corta y plana y miró a Idelba. Esta se volvió hacia el señor Hexter, quien asintió, muy sonriente.

—Con delicadeza —dijo—. No tendría que ser muy difícil.

No lo fue. Thabo introdujo el extremo corto de la L en el hueco entre la tapa del arcón y su costado, junto a una placa de metal que en su día debió de alojar el asa y la cerradura pero ahora era solo una masa nudosa. Unas pocas sacudidas, un delicado movimiento hacia arriba, un arañazo. Thabo retorció la palanca y volvió a intentarlo. La tapa saltó con un crujido húmedo. Y allí, en el interior del arcón, había un montón de monedas. Un poco teñidas de negro, un poco de verde, pero sobre todo doradas. Monedas de oro.

Todos gritaron. Bailaron sobre la cubierta lanzando atronadores gritos al cielo. Era estupendo ver que los adultos se parecían a Stefan y Roberto en esto, que aún conservaban esta capacidad a pesar de los años.

—Tiene que haber dos cofres —gritó el señor Hexter como respuesta a una mirada de Idelba—. Es lo que decía el manifiesto.

—Vale —respondió ella—. Pues busquemos por ahí. Lo normal es que estuvieran juntos.

—Sí.

Así que, mientras los muchachos daban saltos a su alrededor, abrazándose y entrechocando las manos, los adultos volvieron a conectar la aspiradora y se pusieron de nuevo las orejeras para continuar. Era una locura. Stefan y Roberto se miraban sin dar crédito. Pero, locura o no, después de un par de sesiones de aspirado más hubo otro impacto, ahora perfectamente reconocible, y pararon la máquina, sacaron el tubo del cajón y allí, oh, maravilla, encontraron otro arcón de madera.

Idelba aún siguió buscando después de esto, para sorpresa de los muchachos e incluso del señor Hexter. Vlade les sonrió mientras sacudía la cabeza. Idelba es concienzuda como ella sola, decía aquella mirada.

Aprovechando una nueva pausa para limpiar los filtros, les explicó:

—Es capaz de succionar todo el sur del Bronx, en serio. Por si acaso. Puede que nos tiremos aquí toda la noche.

Entonces empezaron a oír impactos más pequeños, y aparecieron unas formas cóncavas de color negro, como tazas, cuchillos oxidados y un par de piezas de cerámica más, que rodaron en el lodo del fondo del cajón o por el canal de la cubierta. La peste era atroz, pero no les importaba. Todos tenían los guantes de goma metidos en el fango y el agua y sacaban cosas de debajo de las mangueras como buscadores de oro.

Al cabo de más o menos una hora así, dejaron de sacar nada que pareciese procedente de un barco. En su lugar, reaparecieron las piedras, los guijarros y la arena, el mismo sedimento glacial que formaba el lecho primordial de la costa del puerto.

Finalmente, Idelba volvió a apagar la bomba y miró al anciano.

—¿Qué opina? —gritó. A estas alturas, estaban medio sordos.

—¡Creo que ya tenemos todo lo que hay! —exclamó Hexter.

—Vale —dijo ella—. Vámonos.

• • • • •

En el camino de vuelta al muelle de la Veintiséis, todos iban en la caseta del timón, conversando entusiasmados sobre su descubrimiento. El señor Hexter, tras examinar algunas de las monedas, declaró que eran las que llevaba el *Husar*, como no podía ser de otra forma. La mayoría estaba medio cubierta por una pátina entre verdosa y negra, pero en las zonas que se habían estado tocando eran de un dorado apagado, y Hexter, tras limpiar algunas con un cepillo de cerdas metálicas, les dijo que eran mayormente guineas, con algunas monedas más en pequeñas cantidades. Brillaban sobre el puente como algo sacado de otro universo donde la gravedad fuera más fuerte. Cuando sostenían una de ellas entre los dedos y la frotaban, parecían dos veces más grandes, si no cuatro; su gravidez era muy palpable.

—¿Y de quién son? —preguntó Roberto mirando a Vlade.

Vlade comprendió la naturaleza de su mirada y se echó a reír.

—Del señor Hexter, ¿no?

—Supongo.

Roberto no sabía poner cara de póquer y su expresión de desaliento hizo reír al resto.

—Es verdad —dijo Stefan—. Fue él quien averiguó dónde estaban.

—Pero vosotros las encontrasteis —se apresuró a responder el anciano—. Y estos amigos tan fantásticos son los que las han sacado. Creo que eso nos convierte en un consorcio.

—Existe una rutina legal para este tipo de cosas —dijo Idelba frunciendo el ceño—. A veces la usamos en la playa. Hay ciertos tipos de hallazgos que se deben comunicar a las autoridades para no perder la licencia.

A ninguno pareció gustarle esto, incluida la propia Idelba.

Stefan y Roberto estaban horrorizados.

—¡Pero nos lo quitarán! —protestó Roberto.

Los adultos lo meditaron. Evidentemente, no era imposible.

—Podría preguntarle a Charlotte —dijo Vlade—. Estoy seguro de que se pondrá de nuestro lado.

Los muchachos y Hexter asintieron ante la idea. Mientras aminoraban para aproximarse al muelle, todos parecían pensativos.

Antes de llegar a la Veintiséis, Thabo le dijo algo a Idelba, que llamó a Vlade a las pantallas del escáner.

—Mira, Thabo vio esto mientras aspirábamos.

Apretó unos botones para abrir la pantalla que buscaba.

—Este es el escáner infrarrojo. Va en uno de los cables que mandamos al fondo con el tubo de draga, así que capta los puntos calientes del fondo. Y mira aquí: de camino al sitio que dragamos, había un punto caliente con forma rectangular en el fondo.

—¿Una entrada al metro? —preguntó Vlade—. Siguen calientes.

—Sí, podría ser la de Cypress Avenue, ¿no? La posición es esa. Pero está más caliente que la mayoría de los túneles del metro y es rectangular. Por la forma y el tamaño, parece un contenedor de esos antiguos, los de los barcos.

Y mira, el radar muestra que hay un aparcamiento lleno de ellos a pocos bloques de distancia, detrás de los viejos muelles de carga. Me pregunto si será uno de ellos... Pero, ¿en el túnel del metro? ¿Y a esa temperatura?

—¿Contendrá residuos radiactivos?

—Por Dios, espero que no.

—¿No llevas un detector de radiación a bordo?

—Joder, no.

—Pues deberías. Hay cosas muy feas en este puerto, ya lo sabes.

—Sí, puede que tengas razón.

—En este caso no se aplica esa máxima de que, lo que no sepas, no puede hacerte daño.

—Ya. Aunque esperaba que fuera así.

—Pues no. Pero sí, es muy raro. Haré que lo investiguen mis amigos del servicio de buceadores de la ciudad.

—Bien. ¿Sigues en contacto con esa gente?

—Sí. Tenemos una timba de póquer una vez al mes. Normalmente la organizo yo.

—Bien. Tengo ganas de saber qué dicen.

—Y yo.

Roberto, que seguía pensando en el oro, los interrumpió en aquel momento.

—¿Qué vamos a hacer con el tesoro de momento?

Idelba y Vlade se miraron.

—Podemos llevarlo a la Met —sugirió Vlade—. Dejarme en la Veintiséis. Iré volando a por mi barco y luego lo llevamos al edificio y lo guardamos en la caja fuerte. Allí estará a salvo hasta que averigüemos qué hacer con él. Ahora que lo mencionas, podría ser un problema.

—Ya lo era antes de que lo mencionara —dijo Idelba.

Miró a Thabo, que asintió.

—Vale —dijo ella—. Sé que podemos confiar en ti.

Vlade asintió.

—Desde luego.

—Somos un consorcio —dijo el anciano—. Los seis del *Husar*.

Sellaron el acuerdo con una ronda de apretones de manos, y luego Thabo introdujo el remolcador en la corriente del río East y los llevó hasta el muelle de la Veintiséis. El río y la ciudad parecían algo sacado de un sueño.

Hay un hombre sentado en un banco de Central Park, en medio de una calurosa noche de verano, 1947. Hay otro hombre en otro banco, al otro lado de la vereda. Eh, ¿cómo te va? Bien, ¿y tú? Hace calor, ¿eh? Demasiado. Mi piso es un horno. Y el mío. ¿A qué te dedicas? Soy pintor. Anda. Y yo. ¿Cómo te llamas? Willem de Kooning. ¿Y tú? Mark Rothko. He oído hablar de ti. Y yo de ti.

El inicio de una larga amistad.

## **b) Vlade**

Al día siguiente, Vlade hizo una visita a su amiga Rosario O'Hara, una de las veteranas del metro de la ciudad. En los años en que Vlade había trabajado para ella, se habían ocupado de las operaciones habituales, que por aquel entonces incluían ampliar su rango operativo a las partes anegadas de la red, un trabajo lento que consistía sobre todo en usar los túneles como conductos de servicio y tender en ellos cosas como cables eléctricos, tuberías de desagüe, vías para cápsulas robóticas sumergibles de suministro, cables de telecomunicaciones, etc., además de mantenerlos practicables para los buceadores municipales. La antigua Oficina de Tránsito Metropolitano y la no menos veterana Autoridad Portuaria de Nueva York y New Jersey se habían repartido hacía tiempo las viejas jurisdicciones y competencias, pero no de un modo cabal, y una de las cosas que caracterizaba al sesenta por ciento de la red de metro que estaba sumergida era una lucha de poder abierta entre los sucesores de las dos agencias, lo que también generaba zonas de disputa e incertidumbre en las que podían crearse alianzas de conveniencia entre equipos de trabajo. Así, Vlade había pasado diez de los años de su juventud trabajando para la OTM, tiempo durante el que había tendido millón y medio de metros de cable sumergible, entre otras tareas más interesantes. Este trabajo se hacía siempre en grupo y, como era muy peligroso, cuando los equipos se separaban, eran como auténticas familias, sentimiento que perduraba después durante mucho tiempo. Así que le parecía normal llamar a Rosario para quedar en una barcaza-taquería junto al edificio de la Autoridad Portuaria en el Hudson, donde podrían hablar mientras comían, sentados al

borde de la embarcación.

—¿Has oído que se haya usado la estación de Cypress últimamente? ¿La han ocupado o algo así?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—Es que el otro día estaba por allí con unos amigos y su escáner infrarrojo captó un punto caliente en el fondo. Parecía venir del hueco de Cypress, y pensé que podía proceder de allí.

Era algo muy habitual; la mayoría de las estaciones del metro anegado soltaban columnas de calor desde el inframundo. El Nueva York submarino era un lugar muy bullicioso.

—No creo haya mucha actividad por allí —dijo Rosario—. Era una zona industrial, si no recuerdo mal. Aparcamientos, contenedores, autobuses, palés... Y también esa hilera de tanques, en la vieja costa.

—Eso pensaba. Pero esto era un punto caliente. Tengo la sensación de que pasa algo allí.

—¿Por qué?

—No sé. Hay gente que ha desaparecido de mi edificio, y hemos tenido algunos casos de sabotaje, y todo eso me tiene inquieto. Me gustaría echar un vistazo. Y creo que es lo bastante peligroso como para no hacerlo solo.

Rosario asintió.

—Vale. ¿Te parecen bien Trina Dobson y Jim Fritsche?

—Claro. Son los que esperaba.

—Veré si están disponibles. ¿Lo estás tú?

—A su entera disposición, señora.

•••••

El grupo se reunió aquella misma semana en la estación de la Ochenta y seis, en la línea 6 hacia Pelham. A Vlade le preocupaba la inspección del lugar y Rosario había sugerido que lo hicieran desde un lado, como habrían hecho si fuera uno de sus antiguas operaciones en los túneles. A Vlade le

pareció bien, y a Trina y Jim, también; estaba claro que todos se alegraban de tener una excusa para repetir aquella estupidez. Nadie buceaba en los túneles por diversión, pero era divertido.

La de la Ochenta y seis era una de las pocas estaciones de la línea 6 que no estaba inundada, así que podrían vestirse y comprobar mutuamente sus equipos allí. Vlade y Jim habían trabajado juntos en los viejos tiempos, y Vlade sabía que Jim era un gran buceador; se alegraba de volver a verlo. Trina era la antigua compañera de Rosario. Una vez listos, bajaron hasta el nivel de los túneles, se subieron a los costados de un trineo ferroviario y salieron hacia el norte.

Los trineos ferroviarios se movían por el agua negra de los túneles mucho más despacio que los antiguos trenes, pero, con eso y con todo, eran mucho más veloces que cualquier buceador. Rosario contaba con todos los códigos y permisos necesarios para usarlos. Debían asegurarse de pasar el mínimo tiempo posible en las profundidades para evitar los problemas de descompresión al emerger. Así que el vehículo era de gran ayuda.

Fue un trayecto espeluznante, como una especie de versión onírica y submarina de un viaje en metro de antaño, agarrados al costado del trineo y expuestos al intenso rozamiento del agua. Cuando miraban en las distintas direcciones, los haces de los reflectores que llevaban en el casco se reflejaban en los azulejos de las paredes de las estaciones por las que pasaban, que parecían resplandecer. En los túneles, el agua estaba más limpia que en los ríos, y las luces rebotaban en las paredes e iluminaban los espacios cilíndricos por los que avanzaban. Una imagen extraña, por muchas veces que uno la viera.

En cuestión de media hora, el trineo los llevó bajo el río Harlem y el Bronx Kill. Rosario lo detuvo en la estación de Cypress Avenue, y ascendieron nadando cautelosamente desde las negras profundidades de la escalera, entre aguas cada vez más turbias.

Allí, en la gran sala que se encontraba justo debajo de la superficie, lo vieron: un contenedor de carga, cubierto por una oscura capa de porquería y surcado por las cicatrices de los cables y cintas de transporte con los que hacía poco habían sujetado sus costados. Lo habían bajado por uno de los

antiguos túneles que antiguamente llevaban a la calle.

Vlade nadó hacia el contenedor y lo examinó con un escáner infrarrojo que había llevado a tal efecto: sí, estaba caliente. Al acercarse, dejó de propulsarse con las piernas y usó las manos para detenerse. A un lado del contenedor había un equipo que todos reconocieron, una escalera de tubo y una esclusa hinchables, que cubrían un extremo de la estructura rectangular y destacaban por su limpieza en medio del turbio entorno. Aquellos equipos estaban formados por unos tubos unidos a una compuerta de esclusa adhesiva. Cuando se inflaban las paredes del tubo y la escalera del interior, se levantaban hacia la superficie en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. Entonces se podría abrir la parte superior y usar una bomba para achicar toda el agua y descender hasta la compuerta de la esclusa, que podía adherirse a cualquier abertura. A continuación, desde un barco o muelle situado en la superficie, solo había que coger el extremo del tubo y subirlo para, utilizando las escaleras del interior, acceder a la entrada del otro lado. Un mecanismo estándar en cualquier puerto, con el que estaban muy familiarizados.

Rosario se le acercó nadando y le dijo por los walkies-talkies de los trajes:

—Mira, hay un tanque de aire en la parte superior, junto a la esclusa. Unidades de agua potable, aire y aguas residuales. El paquete completo.

—Sí.

—¿Qué quieres hacer?

—Voy a dar un golpe en la pared, a ver si alguien responde. En ese caso, me gustaría llamar a la policía y esperar aquí a que vengan.

—Tendríamos que habernos traído pistolas de agua.

—Lo hemos hecho —dijeron Jim y Trina mientras señalaban sus bolsas.

—Desplegaos, por favor —dijo Rosario—. Venga, vamos. Si es un zulo con rehenes, tendrá sensores, así que habrá que darse prisa.

Vlade nadó rápidamente hasta el costado del contenedor caliente. Con pequeños golpecitos, envió el mensaje de bienvenida más viejo del mundo: tan-tara-tan-tan tan-tan. Luego apoyó la oreja en el costado.

Y, al cabo de un momento, oyó la respuesta: tip tip tip, tap, tap, tap, tip tip tip. Un SOS clarísimo. Pude que el último pedazo de código Morse que

aún se usaba en el mundo.

—Llamad a la policía —dijo a los demás.

Rosario ascendió hacia la superficie por las escaleras del viejo metro. Llevaba un comunicador por radio en su bolsa y llamó; pudieron oírla por los walkies-talkies.

Un crucero policial estaba allí al cabo de quince minutos, aunque a ellos les pareció más tiempo. Cuando apagó los motores, salieron los cuatro a la superficie y explicaron lo que habían encontrado.

Los agentes se habían encontrado otras veces con situaciones similares. Pidieron a los buceadores que se sumergieran y subieran hasta allí la escalera hinchable, cosa que hicieron Vlade y Jim. Luego acoplaron una bomba de aire a la válvula y la inflaron. Ahora ocupaba la mayor parte del antiguo tubo. A continuación, utilizaron una bomba de vacío para achicar toda el agua del interior. La bomba no se parecía ni remotamente a la de Idelba, pero bastó para vaciar con rapidez el interior del tubo, que ya estaba casi seco desde el principio. Una vez despejado, dos de los agentes, uno de ellos con un soplete y un casco, entraron.

Vlade y los demás esperaron junto a la embarcación, en el agua. Incapaces de evitarlo, miraban en todas direcciones por si se acercaban otros barcos, a pesar de que su perspectiva, a la altura misma de la superficie, no era la mejor para ello. También se sumergían de vez en cuando para asegurarse de que no se acercaba ningún sumergible. Era algo que podían hacer y el crucero policial no (al menos directamente), así que, al cabo de un rato, decidieron quedarse junto al contenedor, observando a su alrededor con intranquilidad.

No se les acercó nadie. Salieron a la superficie cuando los llamó Rosario, en el mismo momento en que reaparecían los dos policías en el extremo flotante de la escalera hinchable y ayudaban a salir a dos tipos barbudos. Bajo el viento, los dos hombres se detuvieron un momento y contemplaron el río en derredor, tapándose los ojos con las manos, parpadeando como topos.

Hay un mercado para los mercados.  
dijo Donald MacKenzie

## c) ese ciudadano

Lagos oscuros. Lagos oscuros de dinero, de actividades financieras. Sin regular y sin notificar. Tres veces más grandes que la economía emergida, según ciertos cálculos. Intercambios que ni se explican ni se comunican a los desconocidos. Intercambios opacos hasta para sus operadores. Entrar en uno y ver lo que se ofrece allí por menos que en las operaciones regulares. Comprar un montón con la esperanza de que sea lo que se supone, cogerlo y venderlo a su precio de mercado. Un nanosegundo es la milmillonésima parte de un segundo. A esa velocidad sucede. La oferta de tu pantalla no es el presente, sino que representa un momento del pasado. O, si quieres decir que es el presente, añade que hay algoritmos de alta frecuencia que operan en tu futuro inmediato y actúan antes de que tú puedas hacerlo. Se encuentran al otro lado de otro huso horario tecnológico, operando en el siguiente presente, y cuando haces una oferta para comprar algo, ellos pueden comprarlo primero y vendértelo por más. Los algoritmos de operaciones de alta frecuencia pueden reaccionar a una cotización antes de que la gente llegue a ver la oferta. En cualquier operación realizada en los lagos oscuros, un intruso de alta frecuencia se lleva una parte. Es un impuesto secreto con el que grava los intercambios la propia nube por medio de las operaciones de alta frecuencia. Un alquiler. Liquidez que se vaporiza. Liquidez desaparecida por un cambio de fase que la convierte en gas. Liquidez convertida en gaseosa, en telepatía. Liquidez convertida en metafísica.

Debido a esta situación, buena parte del movimiento de capitales del mundo sucede de manera invisible, sin regular, en un mundo propio. Dos

terceras partes de todas las finanzas, aunque esto es una mera estimación: podría ser más. Billones de dólares al día. Puede que hasta mil. Y algunas personas, cuando así lo deciden, pueden sacar parte de este dinero vaporizado de los lagos oscuros y volver a licuefactarlo, y luego solidificarlo comprando cosas en la economía real. En el mundo real.

Por todo esto, si crees saber cómo funciona el mundo, más vale que lo reconsideres. Te han engañado. No lo sabes; no puedes verlo y nunca te han contado la historia entera. Lo siento. Así son las cosas.

Pero si crees que los banqueros y financieros del mundo saben más que tú..., tampoco es cierto. Nadie conoce este sistema. Creció en las tinieblas, es una acumulación, un hiperobjeto, una megaestructura accidental. Ningún individuo puede conocer por sí solo estas megaestructuras, y mucho menos la megamegaestructura que es el sistema global en su conjunto, el sistema de todos los sistemas. Cuando los banqueros son jóvenes, son operadores. Cogen un tigre por la cola y se dejan arrastrar por él adondequiera que los lleve, mientras aseguran que están pilotando un hidroala. El exceso de confianza del experto. Al envejecer, un buen porcentaje de ellos, que ha hecho fortuna, siente en las tripas (literalmente) lo quemados que están y cambian de profesión. Las finanzas no son una vocación para toda la vida. Un pequeño porcentaje de ellos se convierten en eruditos sobre el monstruo y sabios contables. Pero ni siquiera ellos lo entienden. La gente que avanza por la jungla a machetazos no está en buena posición para ver el terreno circundante. Y, de todas formas, tampoco son gran cosa como pensadores. HFM, el anónimo gestor de *hedge funds* que escribió *Diario de un día horrible*, era una rareza, un intelectual que trabajaba en el sector. Al comprender, se marchó. Porque hay muy pocas ideas en la parte alta. Y ni siquiera los grandes pensadores pueden asimilarlo todo; también ellos son ignorantes y se limitan a vivir de los detalles de una situación emergente, incognoscible en cualquier circunstancia, de la que escriben o hablan a posteriori con ánimo impresionista. Están bajo el influjo de Nietzsche, filósofo extraordinario pero escritor errático, que oscilaba entre la brillantez y la tontería frase a frase y ha servido como tapadera a belletristas similarmente pirotécnicos desde entonces. Sus mejores imitadores terminan pareciéndose a

Rimbaud, quien abandonó la escritura a los diecinueve años. Y además, sean cuales sean las seudoprofundidades del estilo de uno, es un sistema imposible de conocer. Es demasiado grande, demasiado oscuro y demasiado complejo. Te pierdes en una prisión de tu propia hechura, en el laberinto, sumergido hasta gran profundidad en los lagos oscuros. Hablando de belletristas pirotécnicos...

Pero hay otros lagos oscuros en la bahía de Nueva York. Se encuentran bajo la zosteria, en las bocas de los arroyos de la ciudad, más hondos de lo que puede llegar algoritmo alguno. Porque la vida es algo más que lo algorítmico, es una maraña de fusiones verdes, una eflorescencia de vitalismos. Nada que podamos crear nosotros se aproxima siquiera en su complejidad al ecosistema de la bahía. En los lechos de los canales, los antiguos túneles del alcantarillado vomitan vida desde las profundidades. La vida flota arriba y abajo, dentro y fuera con las mareas. Proliferan salamandras, ranas y tortugas entre los peces y las anguilas, y habitan entre las algas. Sobre ellos, las aves se reúnen en bandadas y anidan en los acantilados de hormigón de la ciudad, beneficiarias de las leyes punitivas para los rascacielos que estuvieron en vigor entre 1916 y 1985. Las ballenas francas penetran en la bahía para dar a luz a sus crías. Rorcuales aliblanco, ballenas de aleta vieja, ballenas jorobadas... En los bosques de los suburbios exteriores acechan lobos y zorros. Los coyotes cruzan las plazas de la parte alta a las tres de la mañana, como señores del cosmos. Se alimentan de los ciervos, siempre numerosos, y evitan las mofetas y los puercospines, que caminan por ahí sin que los moleste nadie salvo en raras ocasiones. Los jaguares y pumas se ocultan como felinos salvajes que son, mientras que los gatos domésticos asilvestrados merodean en números infinitos. ¿El lince de Canadá? Yo lo llamo el lince de Manhattan. Se alimenta de los conejos de Nueva Inglaterra, de las liebres de la nieve, de las ratas almizcleras y de las de agua. En el centro de la red estuaria nada el alcalde de este municipio, el castor, diligente constructor de los humedales. Los castores son los promotores del mercado inmobiliario natural. Nutrias, visones, martas pescadoras, comadreja, mapaches: son los ciudadanos del mundo levantado por los castores con su versión de la madera. A su alrededor nadan las focas y

marsopas portuarias. Un cachalote navega por los Narrows como un velero oceánico. Ardillas y murciélagos. El oso negro de Norteamérica.

Todos han regresado como la marea, como la poesía... De hecho, sigue tú, oh, fantasma del glorioso Walt:

*Porque la vida es fuerte;*

*Porque la vida es más fuerte que las ecuaciones, más que el dinero, más que las armas, el veneno y las malas políticas ambientales, más que el capitalismo;*

*Porque la Madre Naturaleza batea la última, y la Madre Océano es fuerte, y vivimos siempre dentro de nuestras madres, y la Vida es tenaz y no puedes matarla ni puedes comprarla;*

*Así que la Vida va a sumergirse en tus lagos oscuros, va a reventar los cercados y devolvernos los espacios comunitarios;*

*Ay, lagos oscuros de dinero y ley y estupidez cuantitativa, algoritmos tontorrones de codicia, necios desesperados en busca de una historia que puedan comprender;*

*En busca de seguridad, del fin de la incertidumbre, de posesión de la volatilidad, ay, pobres y asustados cretinos;*

*¡La vida! ¡La vida! ¡La vida! La vida os va a dar por saco.*

Will Irwin: a los europeos, esos colosos les parecen banales y carentes de sentido, la siniestra prueba de una civilización material, o un nuevo y asombroso logro en el arte. Y muchas veces me he preguntado si no dependerá de la primera impresión: si, en ese momento en que corren a la barandilla, pueden parecerles un marasmo, como un montón de cajas amontonadas, o algo que encaja dentro de una de sus supercomposiciones.

Peatón muere aplastado por el desmorone de la cornisa de un edificio.

## d) Inspectora Gen

Aquella tarde, la inspectora Gen recibió una llamada de Vlade alrededor de las cuatro.

—Eh, hemos encontrado a los tíos a los que se llevaron de la granja.

—¿¿En serio?! ¿Dónde estaban?

—En el Bronx. Yo estaba allí, haciendo un trabajo de rescate, cuando encontramos un punto caliente junto a la estación de metro de Cypress. Así que bajé con unos buceadores a los que conozco de antes y nos encontramos un contenedor con gente dentro, que nos mandó un SOS. La policía vino en un barco y los sacó de allí.

—¿¿De verdad?! —preguntó Gen—. ¿Y ahora dónde están?

—En la comisaría de la Ciento veintitrés. ¿Podría usted ir a verlos allí?

—Claro. Será un placer. Estaba preocupada por ellos.

—Y yo.

—Buen trabajo.

—Buena suerte, querrá decir. Pero no le hacemos ascos, ¿verdad?

—Y tanto que no. Cuando los suelten, veré si me los llevo a casa. Oye, ¿cree que podría volver a meterlos en ese hotelo, con el viejo?

—Puedo montarle otro a Hexter, junto al suyo.

—Me parece bien. Nos vemos esta noche.

Gen organizó una visita acuática y pidió al sargento Olmstead que la acompañara. Pilotó el crucero hasta la comisaría de la Ciento veintitrés con Frederick Douglass, yendo por Madison la mayor parte del camino hacia el norte y usando sus privilegios como policía para saltarse las intersecciones.

Los dos secuestrados estaban recuperándose en la enfermería de la comisaría. Ya se habían duchado y llevaban ropa de calle. Uno de ellos, Ralph Muttchopf —cabellera castaña rala por arriba, cerca de metro ochenta, cara de sabueso, flaco pero con tripa— estaba sentado en una silla, tomando un café mientras miraba a su alrededor con expresión de cansancio. El otro, Jeffrey Rosen —menudo, asilvestrado, cabeza triangular cubierta de rizos negros y ensortijados— estaba tumbado en la cama, con una vía en el antebrazo. Se pasaba una mano por el pelo mientras hablaba sin parar con los demás presentes.

Gen tomó asiento y empezó a insertar preguntas en medio de su nervioso parloteo. Enseguida se puso de manifiesto que no podrían hacer gran cosa para disipar el misterio de su desaparición. Muy probablemente, los secuestradores habían usado algún tipo de suero de amnesia con ellos, puesto que no recordaban nada sobre el suceso. Solo sabían que habían estado metidos en un contenedor, donde les servían dos comidas al día, creían, a través de una portilla. En un momento determinado, Rosen había enfermado y Muttchopf había informado de ello a los secuestradores con un mensaje en la bandeja de la comida, y poco después habían empezado a recibir pastillas. La confusión de los recuerdos en este punto sugería un nuevo uso del suero de amnesia. No habían visto ni oído a sus secuestradores una sola vez.

—¿Cuánto tiempo hemos estado allí? —preguntó Jeff.

Gen consultó su terminal.

—Ochenta y nueve días.

Los dos hombres se miraron, asombrados. Finalmente, Muttchopf sacudió la cabeza.

—Parecía más —dijo—. Parecía... No sé. Un par de años.

—Me lo imagino —dijo Gen—. Escuchen, cuando les den el alta, ¿puedo llevarlos a casa? En la Met todo el mundo está muy preocupado.

—Estaría bien —dijo Jeff.

Gen dejó a Olmstead al mando, tras advertir tanto al sargento como a los agentes de servicio de que debían tener cuidado. No era imposible que los secuestradores les hubieran colocado rastreadores y pudieran tratar de recuperarlos, o algo peor. Ordenó que realizaran escáneres exhaustivos en

busca dispositivos de este tipo y luego se marchó en el cruce al muelle norte de Central Park, desde donde fue caminando al edificio federal que había detrás de los grandes muelles policiales de la Quinta y la Ciento diez.

Ya había atardecido y los rayos del sol se colaban como lanzas entre las grandes torres del oeste, perfiladas como lomos de dragón contra un cielo de color bronce. Gen entró en el edificio federal, pasó un control de seguridad y se dirigió a la oficina en la que el Departamento Federal de Inmigración, el FBI, la policía de Nueva York y la Asociación Municipal de Propietarios había sumado esfuerzos para crear un grupo de lucha contra el tráfico de personas. Allí se encontró con un viejo conocido de sus primeros días en el cuerpo, Goran Rajan, que la saludó animadamente antes de servirle una taza de té.

Gen le describió el caso de los dos rescatados.

—¿Solo dos? —preguntó Goran.

—¿Exacto?

—¿Y los han tenido encerrados durante ochenta y nueve días?

—Eso es.

Goran sacudió la cabeza.

—Entonces no se trata de tráfico de personas. Es un caso de secuestro. ¿Se pidió un rescate en algún momento?

—No. Ninguno de los implicados parece saber por qué sucedió.

—¿Ni las víctimas?

—Bueno, aún no las he interrogado a fondo. Vivían en mi edificio y es de ahí de donde se los llevaron, así que me he tomado un interés especial en el caso. Esta noche los llevaré a casa y aprovecharé para hacerles más preguntas.

—Me alegro de que te encargues tú. Porque nosotros solemos encontrar unas cien personas en esos contenedores. El caso de esos tíos no es nuestro campo.

—Lo comprendo, pero esperaba que pudieras revisar los datos de vigilancia del puerto, a ver si salen los que visitaban el contenedor para darles de comer. Seguramente, dos veces al día.

Goran tomó un sorbito de té.

—Puedo intentarlo. Si iban por la superficie, seguramente los veamos. Si se trataba de robots submarinos, es menos probable.

—¿De cuántas cámaras disponéis ahora mismo?

—Varios millones. El problema hoy en día es la capacidad de análisis. Probaré a introducir algunas preguntas, a ver qué encuentro.

—Gracias —dijo Gen.

—Ten en cuenta que los secuestradores ya sabrán que los rehenes han desaparecido. Lo normal es que se hayan marchado.

—Eso no tiene por qué ser malo —respondió Gen.

—No. ¿Puedo preguntarte si esperas que encuentre algo en concreto?

—He visto cosas que me hacen pensar en Pinscher Pinkerton.

—Vale. No son poca cosa. Cuentan con todos los drones y submarinos necesarios para organizar lo de las visitas de manera automática. Es muy posible que el proceso entero se llevara a cabo por control remoto.

—Pero, aun así, al menos se verán los drones. —Gen se terminó el té y se levantó para marcharse—. Gracias, Goran. ¿Cuándo puedo esperar noticias?

—Dentro de poco. Los ordenadores responden en cuanto terminas de plantearles la pregunta. Así que se trata de tener las preguntas correctas.

Gen le dio las gracias y volvió al crucero, con el que se dirigió a la comisaría de Frederick Douglass. Muttchopf y Rosen estaban listos para marcharse, y, tras escoltarlos con Olmstead hasta el crucero, partieron por el río East camino a casa.

Los dos hombres se sentaron en sendas sillas en el puente, junto a Gen, que pilotaba en pie, y contemplaron la ciudad como turistas. Tras ellos, las torres más altas reflejaban aún parte de la luz del crepúsculo, aunque por encima ya era de noche y las nubes estaban teñidas de un rosa noctilucante. Las luces de la ciudad brincaban y se hacían añicos en el oleaje.

—Deben de estar destrozados —supuso Gen—. Tres meses de encierro es mucho.

Los dos hombres asintieron.

—Era un tanque de privación sensorial —dijo Rosen—. Y ahora esto.

Muttchopf asintió.

—Es preciosa —dijo—. La ciudad.

—Hace frío —añadió Jeff, tiritando—. Pero huele bien.

—Huele a comida —proclamó Muttchopf—. A pescado y marisco preparados en Nueva York.

—Hay marea baja —señaló Gen—. Pero les preparemos algo de comer al llegar a casa.

—Me parece bien —dijo Rosen—. Por fin. Estoy recuperando el apetito.

Al llegar a la Met desembarcaron en el muelle y Gen pidió a Olmstead que devolviera el crucero a la comisaría. Vlade salió a recibirlos y, en compañía de Gen, escoltó a los dos hombres al comedor. Estaban sin fuerzas. Al llegar, les ofrecieron la posibilidad de sentarse y dejar que les llevaran la comida, pero ambos querían ponerse a la cola y escoger lo que iban a cenar. Se llenaron las bandejas hasta arriba y se sirvieron sendos vasos de tinto del Flatiron, y, mientras comían y bebían, Gen se sentó frente a ellos para hacerles preguntas sobre la noche de su secuestro. Asintieron, sacudieron la cabeza, se encogieron de hombros, dijeron poco; luego, con una mirada a su alrededor, Muttchopf preguntó a la inspectora:

—¿Qué le parece si nos acompaña a casa cuando acabemos?

Gen asintió y esperó a que terminaran.

Finalmente dijeron que estaban llenos. Jeff, además, tenía cara de sueño. Subieron al piso de la granja en ascensor y se dirigieron a la esquina del oeste. Había allí dos hoteles, el grande de siempre y otro más pequeño. El señor Hexter salió a recibir a sus dos nuevos vecinos. Ambos le estrecharon educadamente la mano, pero era evidente que estaban rendidos.

Entraron en el hotelo y lo miraron todo con cara de estupor.

—Hogar, dulce hogar —dijo Rosen, antes de ir a su camastro y tumbarse boca arriba.

Muttchopf se sentó en la silla que había junto al suyo.

—Veo que los terminales han desaparecido —comentó mientras señalaba la solitaria mesa de plástico.

—Ah —dijo Gen—. ¿Algo más que echen en falta?

—Aún no lo sé. No teníamos gran cosa.

—Bueno —empezó Gen—. Me ha dado la sensación de que querían contarme algo, ¿no?

Muttchopf asintió.

—Mire, la noche que nos secuestraron, aquí Jeff activó un canal encubierto que había introducido previamente en uno de los cables de operaciones de alta frecuencia de una empresa con la que hemos trabajado algunas veces. Envió unas instrucciones. Pretendía enmendar las reglas de las operaciones bursátiles y las... las cosas del mundo, usando una corrección directa, se podría decir. Desviar algo de información y dinero a la SEC, dejar que saltara la liebre. No sé qué más. Era un programa completo, pero la cuestión es que seguramente captara la atención de alguien. Puede que lo tomaran por un simple robo, o un chivatazo. Bueno, el caso es que, hasta donde yo recuerdo, al poco de pulsar el botón, pasó lo que pasó. Fue tan rápido que es casi imposible que fuera una respuesta, pero claro, lo cierto es que no lo recuerdo bien. Pude que fuesen un par de horas, cualquiera sabe. Pero seguro que fue la misma noche.

—¿Para quién trabajaban cuando sucedió?

—Para nadie. Habíamos perdido el trabajo. Íbamos por libre.

Gen asimiló la información.

—¿No trabajaban para Henry Vinson?

Esto pareció coger por sorpresa a Rosen.

—Es mi primo. Trabajamos para él en su día.

—Lo sé. Es decir, lo vi en sus fichas.

—Trabajamos para él, sí —continuó Muttchopf una vez que estuvo claro que Rosen no iba a hacerlo—. Y fue allí donde Jeff puso su trampa, en el buceador de aguas turbias de la empresa de su primo. Y también fue allí donde hicimos lo que le he dicho antes, lo de levantar la liebre. Pero la noche que pasó aquello ya no trabajábamos allí. Nos habían despedido antes.

—Siempre ha sido un capullo —dijo Rosen con amargura.

Gen los observó con detenimiento.

—¿Cuándo fue eso? ¿Y qué pasó?

Muttchopf se encargó de contarle. Tres años antes, en Adirondack, donde Vinson era director ejecutivo. Un trabajo cuestionable, relacionado con lagos oscuros. Y luego, en un trabajo puntual para Alban Albany, la empresa de Vinson. Un contrato por obra y servicio, pero acompañado por sendos

acuerdos de confidencialidad, como siempre. Mientras hacían el trabajo, Jeff había encontrado pruebas de malversación y se las había llevado a su primo. Habían discutido. Y luego los habían despedido. Esto, unido a la pérdida de su apartamento por culpa de la subida del nivel de los bajíos, los había enviado en un vagabundeo por el bajo Manhattan que había concluido en la Met.

—Estaba haciendo trampas otra vez —añadió Jeff una vez que terminó Mutt—. Es un puto haragán.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gen.

Jeff se limitó a sacudir la cabeza, demasiado asqueado para hablar.

Muttchopf observaba a Gen apretando los labios, seguramente tratando de evaluar el alcance de sus conocimientos sobre finanzas.

—Era una versión para lagos oscuros de ciertas operaciones ilícitas con derivados —dijo—. Digamos que recibes una orden para comprar algo a cien. Inmediatamente vas y compras para ti a cien, con la esperanza de que eso haga subir el precio, mientras no llevas a cabo la compra original. Si el precio sube a ciento tres, vendes lo que habías comprado, y le dices a tu cliente que no pudiste encontrar comprador. En cambio, si baja a noventa y ocho, compras a cien. Pase lo que pase, sales bien parado. No hay forma de perder.

—Qué bonito —dijo Gen.

—Pero ilegal —repuso Jeff, todavía asqueado—. Se lo dije y me respondió simplemente que no estaba pasando. Que me fuera a la mierda.

—¿Y si lo hubiera denunciado? —preguntó Gen.

—Ya lo intenté —dijo Jeff—. Cuando él trabajaba para el Senado. Nadie me creyó y no pude probarlo.

—Es difícil de demostrar —dijo Muttchopf—. Es como probar una intención. Todo sucede en cuestión de nanosegundos. Te haría falta un registro completo de todo lo sucedido, y más de una vez.

—Yo podría demostrarlo ahora —murmuró Jeff, lúgubre.

—¿En serio? —preguntó Gen.

—Totalmente. Pero totalmente. Seguía haciéndolo cuando nos encerraron. Lleva años haciéndolo. Y he sacado instantáneas.

Gen se los quedó mirando.

—Me parece una razón más que suficiente para secuestrarlos. ¿Creen que fue él?

—Ni idea —dijo Muttchopf—. Hemos hablado mucho sobre ello, pero cualquiera sabe. Había pasado algún tiempo y tampoco estoy tan seguro de que pudiéramos demostrarlo. Y Jeff acababa de dar un picotazo a la BC y enviar un paquete con el dinero a la SEC. Así que es complicado.

Gen lo pensó un momento.

—Vale, descansen un poco. He aumentado la seguridad del edificio y de esta planta, así que puede que vean algo, pero seremos nosotros. Nadie volverá a molestarlos.

—Bien.

•••••

Al día siguiente, Gen recibió en mano un paquete enviado por la oficina de Goran. La lista impresa de números y letras era un galimatías para ella. Parecía que algunos números eran posiciones GPS, pero aparte de esto, no entendía nada.

Una hora después, Goran se presentó allí.

—¿La sala es segura? —preguntó.

—Sí. O, al menos, es una jaula de Faraday.

—Vale, lo que ves ahí es un puñado de submarinos manejados por control remoto que visitaban el contenedor cada doce horas desde un muelle muy bullicioso de Queens. Así que no hay nada que hacer si no atrapamos alguno de esos submarinos. Ese muelle lo usan miles de personas.

—Vamos, que se nos ha agotado la suerte.

—Eso parece. Pero mencionaste a Pinscher Pinkerton, así que eché un vistazo a los datos a ver si había alguna conexión con tu caso, y descubrí algo que puede que te interese. Se encargan de la seguridad de Alban Albany, y de la seguridad personal de Henry Vinson. Y están relacionados con una serie de desapariciones. Y con algunos asesinatos, en opinión del FBI. Los tiene en su

lista de las diez peores empresas de seguridad. Una lista en la que no entra cualquiera, lo cual es mala señal.

Gen lo pensó.

—Muy bien. Gracias, Goran.

—Será difícil probar nada de lo que ha pasado —dijo Goran—. Si fuera posible, el FBI ya les habría metido mano. Tu única opción sería pillarlos con las manos en la masa cuando vuelvan a actuar.

En los años veinte del siglo XX se presentó un plan para desecar el río East de Hell Gate al puente de Williamsburg, rellenar el cauce vacío y así conectar Manhattan con Brooklyn y Queens, además de crear una zona urbanizable de unos dos mil acres.

## e) Charlotte

Llegó el día en que la cooperativa debía decidir si aceptaba la oferta que había hecho Morningside Realty en nombre de vaya usted a saber quién. Las pesquisas que Charlotte había llevado a cabo sin demasiado entusiasmo no habían logrado abrir una sola grieta en esta fachada y, en cualquier caso, con independencia de quien estuviera detrás, los estatutos de la cooperativa exigían que este tipo de cuestiones se resolvieran en el plazo máximo de noventa días. Ya habían pasado ochenta y nueve y no quería que ninguna infracción técnica pudiera causar problemas más adelante. Se había esforzado en sondear las aguas y ver lo que pensaba la gente, pero en realidad, en un edificio de cuarenta plantas y más de dos mil inquilinos, no era factible lograr algo así simplemente husmeando un poco. Tenía que confiar en que la gente apreciara y valorara el lugar tanto como ella y luego poner los engranajes en movimiento. En esencia, la votación sería una encuesta y, si decidían vender, los demandaría o se suicidaría, según su humor. Que no era bueno, de momento.

La mayor parte de los residentes del edificio se habían reunido en el comedor y los espacios comunes, repletos como no solían estarlo ni a la hora de la comida. Charlotte observaba a los conciudadanos de su pequeña ciudad-estado con tal trepidación y desconfianza política que casi se le antojaba un nuevo tipo de miedo. Además, la curiosidad la estaba matando, pero no había forma de saber, atendiendo a sus caras y comportamiento, lo que iban a votar. A la mayoría de ellos los conocía, más o menos. Sus vecinos. Aunque solo eran los que se habían presentado en persona. Los miembros de la

cooperativa podían votar desde cualquier parte del mundo y probablemente aquella multitud no representase más de la mitad del censo. Aun así, era el momento, y si la gente quería votar *in absentia*, ya tenían que haber emitido el voto. De modo que el resultado estaría listo antes de una hora.

Cada uno dijo lo que tenía que decir: el edificio es estupendo; el edificio no es tan estupendo. La oferta es estupenda; la oferta no es tan estupenda. Cuatro mil millones equivalían a unos dos millones por barba; era mucho, o no. Charlotte no lograba mantenerse concentrada el tiempo necesario para captar otra cosa que los pros o contras expresados en cada momento, así que había dejado el quid de los argumentos de la gente para un momento posterior, cuando pudiera pensar en ellos. Sabía lo que sabía. Vamos allá, por el amor de Dios.

Así que, finalmente, Mariolino pidió una votación y la gente pulsó los botones de sus dispositivos personales registrados, y Mariolino esperó a que todos le indicaran que lo habían hecho, y luego tecleó en su terminal para sumar los votos emitidos por los presentes a los del los ausentes. Todo el que no hubiera votado a esas alturas no sería partícipe de la decisión. Al menos, si había *quorum*. E iba a haberlo.

Por último, Mariolino levantó la mirada hacia Charlotte y luego se volvió hacia los demás.

—Se rechaza la venta del edificio: 1.207 votos a favor y 1.093 en contra.

Hubo una especie de doble jadeo de sorpresa entre los presentes, primero por el sentido de la decisión y luego por su escaso margen. Charlotte estaba aliviada y preocupada a la vez. La diferencia había sido mínima. Si la oferta se repetía con una subida apreciable, como solía ocurrir en el mercado inmobiliario de la parte alta, bastaría con que cambiara de idea una parte pequeña para que se modificara el sentido de la decisión. Así que era como una especie de aplazamiento de la ejecución. Preferible a la alternativa, pero no exactamente tranquilizador.

De hecho, cuanto más lo pensaba, más se enfadaba con la mitad de sus conciudadanos que había decidido vender. ¿En qué estaban pensando? ¿De verdad creían que el dinero, en cualquier cantidad, podía reemplazar lo que habían conseguido allí? Era como si no hubieran aprendido nada en los largos

años de lucha por hacer del bajo Manhattan un espacio habitable, una ciudad-estado con un plan alternativo. Era como si todos los ideales y los valores se fundieran bajo el peso del dinero, disolvente universal. Dinero, dinero, dinero. La falsa fungibilidad del dinero, la idea de que se puede comprar el sentido, o la vida.

Se levantó y Mariolino le hizo un gesto con la cabeza. Como presidenta, le correspondía a ella hablar, resumir las cosas.

—A la mierda el dinero —dijo, para su propia sorpresa—. No siempre pasa lo que tiene que pasar. Porque no todo es fungible. Hay cosas que no se pueden comprar. El dinero no es tiempo, no es seguridad, no es salud. Esas cosas no se compran. No se compra el sentido de comunidad, ni el de hogar. Qué puedo decir. Me alegra que hayáis rechazado esta oferta por nuestras vidas. Ojalá el resultado hubiera sido más abultado. Pero habrá que seguir a partir de aquí e intentaré convencer a todo el mundo de que lo que hemos hecho aquí tiene más valor que su valoración monetaria. Lo que nos han ofrecido equivale a una OPA hostil sobre una situación que representa algo bueno por sí misma. Es como tratar de comprar la realidad. Eso es un robo, sea cual sea el precio. Así que pensadlo y hablad con la gente de vuestro alrededor, y volveremos a reunirnos el jueves que viene para la junta habitual. Confío en que este pequeño incidente no vuelva a estar en la orden del día para entonces. Nos vemos.

• • • • •

Después de conversar con varias personas que habían venido a compadecerse o discutir, se acercó Vlade. Estaba claro que quería hablar en privado, así que se deshizo con excusas de los últimos residentes, capaces de pasarse discutiendo toda la noche, y lo acompañó hasta los ascensores.

—¿Qué sucede? —preguntó, una vez solos.

—Algunas cosas que han pasado y debes saber. Ahora que has terminado, ¿por qué no subes a la granja? La mayoría de los implicados está allí. Amelia

está a punto de llegar y amarrar su aeronave, e igual nos vendría bien contar con ella para esto.

—¿Para qué?

—Tú sube y lo ves. Tardaremos en explicarlo.

Sacó de su nevera una botella de vino blanco y la levantó ante ella.

—Además, podemos celebrar que nos quedamos el edificio.

—Por ahora.

—Siempre es por ahora, ¿no?

Charlotte no estaba de humor para su crudo estoicismo balcánico, así que, con un encogimiento de hombros, entró con él en el ascensor.

Subieron a la granja. Vlade la llevó hasta los hoteles, donde dijo:

—Toc, toc, tenéis visita.

—Pasa —respondió una voz.

—Estáis muy abarrotados ahí —repuso—. Chicos, ¿por qué no salís y hacemos un brindis?

—¿Un brindis por qué? —preguntó alguien, mientras otra persona decía:

—Buena idea.

De la tienda salieron los dos muchachos con los que Vlade andaba por el muelle, y el anciano del que se habían hecho amigos y al que habían rescatado; y luego, los dos hombres que habían desaparecido de la granja semanas atrás.

—¡Eh! —les dijo—. ¡Habéis vuelto!

Mutt y Jeff asintieron.

—¡Cuánto me alegro de veros!

Le dio un breve abrazo a cada uno.

—¡Estábamos muy preocupados! ¿Qué os había pasado?

Los dos se encogieron de hombros.

—Estábamos en el Bronx, buscando tesoros con estos chavales —dijo Vlade—, cuando nos los encontramos dentro de un contenedor en el hueco del metro de Cypress.

Charlotte se quedó boquiabierta.

—¿Pero no lo habéis...? Ya sabes...

—Sí —dijo Vlade—. La policía acuática los sacó. Han estado en la

comisaría. Gen se encargó de ello. Han sido dos días muy largos. Pero ahora que están aquí, he pensado que había que celebrarlo.

—Insistimos en seguir viviendo —dijo Jeff con tono sardónico.

—Buena idea —respondió Charlotte mientras se dejaba caer sobre una silla junto a la barandilla—. Además, hemos votado para ver si nos quedábamos con el edificio y hemos ganado por algo así como dos votos. Así que sí, hay mucho que celebrar, sí.

—¡Venga! —protestó Vlade—. ¡Claro que lo hay! Además, los chicos y el señor Hexter tienen una noticia. ¿Verdad, chavales?

Los muchachos asintieron con entusiasmo.

—Y muy importante —declaró Roberto.

Se sentaron alrededor de la mesa en la que cortaban y limpiaban las verduras, y Vlade descorchó la botella y sirvió el vino en tazas de café de cerámica blanca. Los dos chicos lo miraron con esperanza y él, tras observarlos durante un segundo, le sirvió un dedo a cada uno sacudiendo la cabeza.

—No os metáis en la bebida tan pronto. Ya tendréis tiempo de sobra para eso.

Roberto respondió con un resoplido, antes de apurar el trago como si fuera un espresso italiano.

—A los siete años ya le daba a la botella —dijo—. Lo he superado. Pero no le diría que no a otro traguito —añadió mientras le presentaba la taza a Vlade.

—Olvídalo —respondió este.

A continuación, mientras los dos hombres le contaban su historia a Charlotte, Vlade se dirigió al ascensor. Cuando volvió, iba acompañado por Amelia Black. Estaba claro que la chica había estado llorando en su hombro, porque Vlade fruncía el ceño con aire satisfecho.

—Amelia ha vuelto —dijo sin necesidad, antes de proceder a las presentaciones.

Charlotte solo había hablado con la estrella de la nube en una ocasión, y se alegró de que las presentaran de nuevo, porque Amelia no parecía recordar su anterior encuentro, una conversación por teléfono mantenida por Amelia

desde el baño de su aeronave, donde estaba atrapada.

—Estamos de celebración —dijo de mala gana.

—Pues yo no —dijo Amelia, antes de romper a llorar otra vez—. Han matado a mis osos.

—Nos hemos enterado —dijo Vlade.

—¿Tus osos? —preguntó Charlotte.

Amelia le lanzó una mirada vacía, antes de decir:

—Me refiero a que era yo la que los llevaba a la Antártida. Eran mis amigos.

—Nos hemos enterado —repitió Vlade.

—La puta Liga para la Defensa de la Antártida —dijo Amelia—. Joder, si allí no hay más que hielo. Literalmente.

—Será eso lo que les gusta —conjeturó Charlotte amargamente—. Es puro. Como ellos. Creen que lo que están haciendo es purificar el mundo.

Amelia frunció el ceño.

—Así es. Pero lo odio. Porque llevar a esos osos allí era buena idea. Y podía ser algo temporal, ¿sabéis? Por unos siglos. Así que ahora quiero matarlos, sean quienes sean. Y quiero a los osos allí.

—Siempre puedes llevarlos en secreto —sugirió Charlotte—. No hace falta contárselo al mundo entero.

—¡Pero si no lo hice! —protestó Amelia—. No transmitíamos en vivo.

—Pero lo habríais transmitido luego.

—Claro, pero sin especificar el lugar. Además, ¿en serio crees que hoy en día sucede algo en secreto? —preguntó, como si Charlotte fuera una ingenua.

—Montones de cosas —respondió Charlotte—. Si no, pregúntales a Mutt y a Jeff, aquí presentes.

—Nos han tenido como rehenes en un escondite secreto —le explicó Mutt a la estupefacta Amelia—. Durante tres meses.

—Casi no lo cuento —añadió Jeff.

—Lo siento —dijo Amelia.

Apuró la taza de un trago, como Roberto.

—Pero habéis vuelto.

—Como tú —le recordó Vlade—. Y los chicos ayudaron al señor Hexter

a salir de su casa cuando se estaba hundiendo, en Chelsea. Así que se podría decir que alguna migración asistida sí que ha funcionado. Y aquí estamos. Todos nosotros.

—Pero mis osos polares no —objetó Amelia.

—En eso tienes razón. Eso ha sido un desastre, sí. Un crimen.

—Eran como el cinco por ciento de los osos polares que aún quedan en estado salvaje. Y la Antártida es su mejor opción de supervivencia.

—Pues vuelve a hacerlo —le sugirió de nuevo Charlotte—. En secreto.

Actuar en secreto para proteger especies en peligro de extinción era un atentado al paradigma que provocaba evidentes conflictos internos a Amelia, además de una gran confusión. Pero al menos ya no estaba al borde del llanto. De hecho, estaba rellenándose la taza.

—Es buena idea —dijo Vlade aprovechando la transición—, pero, por ahora, los chicos, el señor Hexter y yo mismo tenemos otra noticia.

Charlotte asintió, aliviada por el cambio de tema. Sabía que Vlade le tenía mucho cariño a la estrella de la nube del edificio, pero a ella le parecía tan fantasiosa y superficial como en su programa, del que, por cierto, jamás había visto más de diez minutos. ¿Famosillas peleándose con lobeznos en pelota picada? No.

—Bueno, ¿de qué se trata? —dijo—. Necesitamos un motivo de celebración mejor que un secuestro, el asesinato de unos osos y haber estado a punto de vender nuestro hogar a un puto grupo de pijos de las afueras.

—¿Ha pasado eso? —exclamó Amelia.

—Pues sí —respondió Charlotte, malhumorada.

—Pero también hay que decir —replicó Vlade con tono grave— que no hemos aceptado la oferta. Y que los chicos que tenemos aquí han usado la increíble investigación histórica llevada a cabo por el señor Hexter para localizar el pecio del *HMS Husar*.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Charlotte.

Los chicos, encantados con la ignorancia de Charlotte, desgranaron rápidamente la historia. Un barco inglés cargado de tesoros que se había hundido en Hell Gate y que el todo el mundo había buscado desde entonces, sin que nadie más que el señor Hexter lograra localizar el lugar exacto donde

se había ido a pique, bajo un aparcamiento inundado en el Bronx. Y los muchachos habían bajado hasta allí usando su propia campana de inmersión («Un momento, ¿cómo?» dijo Charlotte), y lo habían encontrado, justo en el sitio previsto, pero debajo de siete metros de fango y escombros, una barrera infranqueable de porquería que los chicos no habrían podido excavar por sí solos, así que Vlade había recabado la ayuda de sus amigos Idelba y Thabo, que tenían un enorme, enorme, gigantesco buque de draga en Coney Island, con el que estaban trasladando la playa de allí a su nuevo emplazamiento, veinte manzanas al norte, y para ellos, la tarea de sacar los cofres del tesoro del *Husar* (cofres del tesoro de verdad, pequeños pero increíblemente pesados) no era nada, era pan comido, así que ahora formaban parte de su consorcio, junto con las personas que había allí, alrededor de aquella mesa.

—¿Oro? —preguntaron Charlotte y Amelia al unísono.

El señor Hexter y los muchachos le explicaron la historia de los británicos y su adhesión al patrón oro, base de un concepto del dinero de una era pretérita. Cuatro millones de dólares. De dólares de 1780. Lo que significaba que ahora, usando el promedio de unos veinte sistemas de cálculo de inflación que había encontrado el señor Hexter, tenían unos cuatro mil millones.

—¿Pero no existen leyes sobre el rescate de tesoros hundidos? —preguntó Charlotte.

Existían. Pero las crecidas habían creado tantas marañas legales alrededor de la intermarea que esas leyes ya no estaban tan claras como antes.

—O sea, que os habéis saltado la ley a la torera —dijo Charlotte.

—No se lo hemos dicho a nadie —especificó Vlade—. De momento. Y, además, Idelba tiene una licencia. Pero el oro estaba perdido. Nadie iba a encontrarlo. Así que, mira... Si fundiéramos las monedas, no serían más que lingotes de oro.

—Pero espera. Esas monedas ¿no tienen más valor desde el punto de vista histórico que como simple oro? Y el barco, lo mismo. ¿No son reliquias arqueológicas, parte de la historia de la ciudad y tal?

—El barco estaba hecho migas —dijo Roberto—. Estaba metido en el fango, todo podrido y eso.

—¿Pero y los cofres? ¿Y las monedas?

—Encontraron un cañón del *Husar* hace mucho —respondió Vlade—. Seguía cargado. Tuvieron cortar la bala oxidada y sacar la pólvora para que no estallase. Está en alguna parte de Central Park.

—¿Y, como tenemos eso, ya no necesitamos las monedas de oro? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Exacto.

Charlotte sacudió la cabeza.

—No os entiendo, tíos.

—Bueno —dijo Vlade—, míralo así. ¿De cuánto era la oferta por el edificio? Cuatro mil millones, ¿no? ¿No dijiste que eran cuatro mil cien millones?

—Mmmm —repuso Charlotte.

—Podríamos superarla.

—Pero si el edificio ya es nuestro.

—Ya sabes a qué me refiero. Podríamos ganarles.

—Cierto. —Charlotte lo pensó un momento—. No sé. Sigue pareciéndome un problema. Querría saber qué dice la inspectora Gen. A ver qué tendríamos que hacer para normalizarlo, por decirlo así. Para monetizarlo.

Los demás no dijeron nada. Estaba claro que no les hacía mucha gracia consultar a una inspectora de policía. Por otro lado, la inspectora Gen era una residente y una presencia bien conocida. Sólida; diplomática; tranquilizadora; franca. Aunque también daba un poco de miedo, y ahora en más de un sentido.

—Vamos —dijo Charlotte—. No dirá nada.

—¿No? —preguntó Vlade.

—No creo.

Vlade se encogió de hombros y miró a los demás. Los muchachos tenían los ojos muy abiertos de pura consternación; el señor Hexter bizqueaba; Mutt y Jeff aún no habían regresado al planeta Tierra; y Amelia estaba atareada abandonándolo a base de vino. Charlotte llamó a Gen y resultó que estaba en su cuarto.

—Gen, ¿podrías subir a la granja para darnos tu opinión sobre un asunto relacionado con la ciudad?

Pocos minutos después, la inspectora Gen Octaviasdottir estaba frente a ellos, alta y enorme en la oscuridad, difícil de ver bien. La invitaron a sentarse y luego, con vacilaciones, como si fuera una especie de caso hipotético, Vlade y el señor le contaron la recuperación del oro del *Husar*. Gen los escuchó educadamente.

—Bueno —dijo Charlotte al final del relato—, ¿qué crees que deberíamos hacer?

Gen los miró parpadeando, uno tras otro.

—¿Me preguntáis a mí?

—Sí. Obviamente. Como acabo de decir.

Gen se encogió de hombros.

—Yo me lo quedaría. Fundiría las monedas e iría vendiendo el oro conforme lo necesitara.

Charlotte se la quedó mirando.

—¿Tú harías eso?

—Sí. Obviamente. Como acabo de decir —respondió con cierta lentitud, remarcando la última frase mientras miraba a Charlotte de soslayo.

—Perdona —dijo esta—. Ha sido un día muy largo. Pero es que... ¿Fundir las monedas?

—Sí.

—¿Y qué pasa con...?

—¿Qué pasa con qué?

—¡Con la ley! —dijo Roberto—. Usted es policía.

Gen se encogió de hombros.

—Espero que sepas que el departamento de policía de Nueva York no existe para hacer ricos a los abogados. —Hizo un gesto a Amelia para que le sirviese una taza de vino—. Mirad, si lo hacéis público, estará en los medios antes de una semana, y luego en los tribunales durante una década. Y, pasado ese tiempo, valga lo que valga el oro, pertenecerá a los abogados. Charlotte, tú eres abogada, sabes lo que digo.

—Es cierto.

—Así que, ¿por qué hacerlo? Quedáoslo. Podéis usarlo para montar una fundación o algo así. Para comprar este edificio o lo que sea.

—El edificio ya es nuestro —insistió Charlotte, ofendida aún por el resultado de la votación.

—Vale. Pues usadlo para algo bueno. Si de verdad son cuatro mil millones, algo se podrá hacer con ello.

—Cuatro mil millones son solo el comienzo —murmuró Jeff con tono ominoso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlotte.

—Apalancamiento. Monetizar el oro, usarlo como colateral, apalancarlo como haría un *hedge fund*. Esos cabrones se apalancan por cien veces más de lo que tienen.

—Suena peligroso —dijo Vlade.

—Y lo es. Esa gente no se anda con chorradas.

—Detesto esa clase de cosas —dijo Charlotte.

—Pues claro. Eres una persona sensata. Pero, a veces, para luchar contra el diablo, tienes que usar sus mismas armas.

—Hay gente del mundo de las finanzas en el edificio —dijo Vlade—. Ese tío que no hace más que salvar a los chicos. Es un poco capullo, pero trabaja en eso.

Charlotte frunció el ceño.

—¿Franklin Garr? Me cae bien.

Vlade puso los ojos en blanco, igual que hacía Larry en los viejos tiempos.

—Lo que tú digas. Pero vive aquí. Y ha alejado a los chicos de la bebida un par de veces. Podríamos contárselo como una situación hipotética y ver qué le parece.

—Sería interesante —reconoció Charlotte—. Aunque sigo sin tener claro que debáis esconder el oro que habéis encontrado.

Todos la miraron. Gen sacudió la cabeza mientras ayudaba a Amelia a abrir una segunda botella. Charlotte suspiró y dejó el tema. Para ella, el imperio de la ley era el último salvavidas que impedía una fatal caída en el abismo de la anarquía y la locura. Pero allí estaba la inspectora Gen, una

policía famosa y una de las personas más importantes de la ciudad, un pilar de Supervenecia, y parecía ignorar alegremente este siniestro destino charlando con Amelia sobre cosechas añejas de *vinho verde* o alguna otra tontería por el estilo.

—¿Qué opináis? —preguntó a Mutt y Jeff.

Mutt meneó una mano.

—Monetizar ese oro para vosotros podría hacerlo cualquiera. Lo complicado es saber qué hacer luego con el dinero.

—Y no caer en sus garras —musitó Jeff.

—¿En qué garras?

Jeff y Mutt se miraron. Parecían dos gemelos salvajes, pensó Charlotte. Recién rescatados del bosque, con su propia lengua, medio telépatas y seguramente chiflados.

—Las del sistema —sugirió Mutt.

—Las del capital —concretó Jeff—. El capital siempre gana. Os devorará el cerebro.

—A mí no —proclamó Charlotte.

—Eso dices ahora. Porque no eres multimillonaria. Aún no.

—Detesto esa mierda —dijo Charlotte—. Me gustaría aplastarla.

—Y a mí —intervino Amelia—. Quiero hacerlo por los animales.

—Y yo por el edificio —dijo Charlotte, lúgubre.

Mutt la miró.

—¿Para salvar vuestra cooperativa destruirías el sistema económico global?

—Sí.

—¡Sería una pasada si podéis! —rezongó Jeff con malhumor.

Charlotte le lanzó una mirada de hostilidad y él levantó una mano para detenerla.

—Oye, ¡que me gusta el concepto! Solo que no es tan fácil. O sea, es precisamente lo que queríamos hacer nosotros, y mira cómo hemos acabado.

—¿Pero de verdad lo habéis hecho? —inquirió Charlotte.

—Eso creo.

—Pues, entonces, igual hay que intentarlo otra vez. Desde otro ángulo.

—Por favor... —dijo Mutt.

Jeff frunció el ceño.

—A mí me interesaría ver ese otro ángulo.

—Y a mí.

Charlotte los miró y levantó la taza durante unos segundos. Amelia esbozó la sonrisa que la había convertido en una estrella de la nube y se rellenó la suya. Cuando todos volvieron a tener las tazas llenas, brindaron por el regreso de Mutt y Jeff sanos y salvos.

Popeye habla la lengua indígena de la Décima Avenida.  
Betty Boop, un neoyorqués exagerado.  
explicaba el Proyecto Federal de Escritores en 1938

Expresiones y palabras que, según su biógrafo, aparecen por primera vez impresas en la obra de Dorothy Parker: arte moderno, bola de fuego, con las pilas puestas, dolor de tripa, cabeza de chorlito, chico-conoce-a-chica, tableta de chocolate, conexión en cadena, lavado de cara, alta sociedad, andarse con tonterías, nostálgico, polvo de una noche, grano en el culo, una pasada, ni media hostia, reinona, cobardica, dispara, el cielo es el límite, doblarle el brazo a alguien, qué demonios y ocurrencia.  
Difícil de creer.

El neoyorqués es el habla cotidiana del Cork del XIX, trasplantada durante la migración masiva de los irlandeses del sur, hace doscientos años.  
También difícil de creer.

## f) Franklin

El supervisor del edificio, Vlade el Descarrilador, se me acercó una mañana cuando estaba bajando el bicho de los travesaños de su cada día más abarrotado embarcadero, con una expresión siniestra en la cara que supongo era su idea de una sonrisa amigable. Desde que me convenciese de que salvara a esas ratas de agua, me había tratado como si fuéramos camaradas, cosa que no éramos, aunque tampoco habría estado mal que colocase mi bicho más cerca de la puerta en reconocimiento a este supuesto vínculo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Charlotte quiere hablar contigo —dijo.

—¿Y qué?

—Pues que tú quieres hablar con ella.

—No necesariamente.

—En este caso sí.

Y me lanzó una mirada en la que no había ni rastro de nuestro vínculo.

—Te va a parecer muy interesante —añadió—. Y puede que lucrativo.

—¿Lucrativo? ¿Para mí?

—Tal vez. Como mínimo, para gente del edificio a la que conoces.

—¿Por ejemplo?

—Los chicos a los que me ayudaste a rescatar la semana pasada. Resulta que necesitan asesoramiento de inversión y Charlotte y yo hemos decidido ayudarlos.

—¿Asesoramiento de inversión? ¿Es que ahora se dedican a vender drogas?

—Por favor... Se podría decir que han recibido una herencia.

—¿De quién?

—Charlotte te lo explicará todo. ¿Puedes reunirte con ella para tomar una copa después de cenar?

—No sé.

—Te interesa —dijo con una mirada transilvana que sugería que mi bote podía estar suspendido aún más arriba, junto con la aeronave de la estrella de la nube que vivía en lo alto.

—Vale.

—Bien. Un vino, en el piso de la granja, esta noche a las diez.

—Allí estaré.

•••••

Así que me pasé el día en las habituales temporalidades múltiples de la pantalla, cronologías fusionadas en tal cantidad que era como si desapareciese el tiempo. Durante este no-tiempo se afianzó mi impresión de que la burbuja de la intermarea estaba haciéndose cada vez más grande y fina, y no le faltaba mucho para estallar. Pero, con la llegada del invierno, las propiedades de la zona inundada se congelarían físicamente, y los precios harían lo mismo. Supresión de la volatilidad por temperaturas ultrabajas: un fenómeno conocido, confirmado empíricamente por los datos y llamado «congelación de los precios». A algunos operadores especializados en la volatilidad como tal no les gustaba. Había chistes sobre operadores así, que se arrojaban desde lo alto de los rascacielos porque los precios de las acciones se habían estabilizado en exceso.

Dediqué la mayor parte del día a leer sobre demoliciones submarinas y cimentación para muelles flotantes. A última hora de la tarde volví a casa por el río East, entre una sucesión alternante de sombras alargadas y tramos de plateada luz solar. Hacía frío y el río era como una placa de aluminio bruñido bajo un cielo de plomo, una imagen que anunciaba el invierno y me ayudó a

apartar mis pensamientos de Jojo; o, más bien, me hizo pensar «mira qué bien, no estoy pensando en Jojo». A la mierda igual. Viré en la Veintitrés y me dirigí hacia la Met, que aún enarbolaba la aeronave de Amelia Black como una enorme manga de viento encima de la cúpula dorada. Dorado contra plomo: qué bonito. Al llegar al *bacino*, hogareño en sus sombras, me di cuenta de que estaba de mejor humor que al salir de la oficina. Era un efecto que podía tener la ciudad.

Tras una cena insulsa en el comedor subí a la granja, donde me esperaba Charlotte, en compañía de Vlade y el anciano al que habían acogido los dos muchachos, además de la muñeca de la nube, Amelia Black, y un par de tipos con aspecto de mendigos. Me explicaron que eran dos invitados de nuestra granja que habían desaparecido y que ahora los habían devuelto.

—¿Qué pasa? —dije mientras aceptaba una taza con vino que me ofrecía Vlade.

Charlotte tocó mi taza con la suya en un argentino brindis.

—Siéntate —dijo con cierto aire presidencial—. Tenemos que hacerte unas preguntas.

Me senté frente a Charlotte, con los demás a nuestro alrededor.

Amelia Black dejó la botella de vino en el suelo, junto a su silla.

—Nuestros muchachos —dijo Charlotte—, Roberto y Stefan, han heredado un dinero.

—¿Nuestros muchachos? —inquirí.

—Bueno, ya sabes. Se han convertido en los protegidos del edificio, o algo así.

—¿Eso es posible?

—Todo es posible —dijo Charlotte, pero frunció el ceño, como si se percatase de la inexactitud de la afirmación—. Supongo que podría adoptarlos. Bueno, el caso es que han heredado una especie de fondo fiduciario.

—Ah, ¿que son hermanos?

—Son como hermanos —respondió ella—. Bueno, el caso es que ambos están en esto y quieren que nosotros también estemos en ello. O sea, Vlade, el señor Hexter y yo. Y un par de amigos de Vlade.

—¿Y de cuánto hablamos? —pregunté.

—Mucho.

—¿Mucho cuánto?

—Unos miles de millones.

Sentí que se me caía la mandíbula sobre el pecho. Los demás me miraban como si estuviera en una especie de comedia televisiva. Cerré la boca, tomé un sorbo de vino. Era malísimo.

—¿Quién decías que los iba a adoptar?

Se rieron un momento de mi punzante ingenio.

—El tema es —dijo Charlotte sin dejar de sonreír— que quieren ayudar a la cooperativa y, como te conocen, se fían de ti.

—¿Por qué?

—Lo mismo les he preguntado yo.

Los demás volvieron a reírse. La presidenta y yo éramos como un dúo cómico, aunque lo único en lo que podía pensar yo en ese momento era «*touché*». Que, como réplica, nunca ha valido gran cosa, pero es que seguía estupefacto por la idea de que los dos críos de las calles se hubieran convertido en multimillonarios.

—Es broma —dijo Charlotte, tranquilizadora—. Yo también me fío de ti. Y me han dicho que, cada vez que se meten en líos, ahí estás tú para ayudarlos. Pues ahora necesitan consejo financiero. Así que me preguntaba si podrías recomendarnos algún modo de invertir este dinerillo de un modo seguro pero rentable a corto plazo.

Sacudí la cabeza.

—Son términos opuestos. Seguro y rentable son términos contrarios en finanzas.

Los dos mendigos asintieron ante esta afirmación.

—Primero de Economía —señaló el más bajito. Cosa que era cierta.

—Vale —dijo Charlotte—. Pero lo que tú haces es buscar un equilibrio entre ambos, ¿no?

—Exacto —dije con tono paciente, para expresar que aquello no era más que una gran simplificación—. Se podría decir que ese es el meollo de la cuestión. Gestión de riesgos.

—Pues nos preguntábamos si estarías dispuesto a asesorarnos, a título gracioso.

Frunció el ceño.

—Las condiciones habituales en los *hedge funds* son un dos por ciento del capital invertido con anticipado, y luego un veinte por ciento de lo que consiga por encima de la media del mercado para el periodo en cuestión. Un veinte por ciento del alfa, como se suele decir.

—Vale —dijo ella—. Y por eso te pido que lo hagas a título gracioso.

—Pero, por lo que dices, se pueden permitir pagarlo.

—Incluyen a la cooperativa en el acuerdo.

Dejé que se diera cuenta de lo vaga que era aquella afirmación. Hasta el punto de carecer de sentido. Pero ella, a su vez, esperó mi respuesta, aparentemente impenitente. Los demás me miraban como si fuera un aparato de televisión.

—Vamos a hablar hipotéticamente por un momento —sugerí—. Primero, ¿por qué queréis poner el dinero en un *hedge fund*? Hay formas más seguras de invertir.

—Yo creía que la clave en los *hedge funds* era precisamente la seguridad. La cobertura. Se invierte de un modo que, pase lo que pase, garantiza que no se pierda el dinero.

El más bajito de los mendigos soltó una risilla con la taza en la boca, mientras daba un codazo a su compañero, que reprimió una sonrisa.

—Puede que fuera así en algún momento —reconocí—. A principios de la era moderna, o así. Pero desde hace mucho, los *hedge funds* solo sirven para ayudar a los inversores que tienen mucho dinero, tanto como para permitirse el lujo de perder algo, a ganar más que con cualquier otra forma de inversión, siempre que las cosas vayan bien. Es una fórmula de gran riesgo y gran rentabilidad, en la que se usan ciertas coberturas para reducir el primero.

Charlotte asintió como si ya supiera todo aquello.

—Y los gestores de cada *hedge fund* usan diferentes estrategias. Algo así como sus secretos comerciales.

—Exacto.

—Y tú trabajas para WaterPrice, y eres bastante bueno.

—Sí.

—Lo pareces —intervino Amelia Black.

—Lo mismo digo —respondí, sin darme cuenta hasta que fue demasiado tarde de que aquello podía interpretarse como: «Estoy seguro de que quedarías de maravilla colgada de un aeronave como tu madre te trajo al mundo».

Que no estaba bien decir algo así, pero seguro que había oído otras versiones del mismo piropo, dado que se aproximaba bastante a la verdad. Sea como fuere, ella se limitó a responder con su preciosa sonrisa.

Charlotte le dirigió una mirada a Amelia que parecía decir «no lo alientes».

—Bueno —dijo—, si tuvieras a tu cargo el dinero de los chicos, ¿qué harías con él?

—Repito, ¿qué quieren? ¿Y por qué quieren hacerlo así?

—Lo que queremos, en última instancia, es proteger el edificio frente a cualquier intento de adquisición hostil. Y pensamos que, para eso, podría no bastar con cuatro mil millones.

—¿Para comprar el edificio?

—El edificio ya es nuestro. —También ella sabía ser paciente—. Para impedir que nos lo compren con una oferta tan jugosa que una mayoría de la cooperativa la acepte.

—Ah —dije—. No, con cuatro mil millones no basta para eso.

—¿Porque hay mucho más por ahí?

—Exacto. Cada día cambian de manos varios billones de dólares. O cada segundo.

Todos se quedaron boquiabiertos, menos los dos mendigos.

—Es dinero ficticio —dijo el más bajito—, pero es verdad igualmente.

—¿Dinero ficticio? —le preguntó Charlotte.

—Papel —le explicó—. Préstamos muy por encima de los activos reales. Futuros, derivados y otros tipos de instrumentos. Montones de papel que, en teoría, podrían canjearse por dinero, pero no si todo el mundo intentara hacerlo a la vez.

—En efecto —dije—. ¿Sois los dos vagabundos que desaparecieron?

—Somos programadores —dijo el bajito.

—Somos vagabundos —terció el alto.

—Vale ya —replicó Charlotte.

—Pues bienvenidos —añadí.

—Bueno, Frankolino —continuó ella—, ¿estás diciendo que, por mucho que hagamos crecer nuestros cuatro mil millones, siempre habrá gente con tanto dinero que podrían superarnos?

—Sí.

Me miró como si aquello fuera culpa mía, pero decidí que era una indignación fingida.

—¿Y qué nos recomendarías hacer? —preguntó.

—Podríais comprar la cooperativa vosotros. Comprarla, privatizarla y hacer lo que os dé la gana. Si alguien quiere compraros el edificio, le decís que se vaya a la mierda.

—Ah, vale. Está bien saber que existe alguna alternativa. Una alternativa privatizadora y anticomunitaria, o sea, una puñetera mierda. ¿Alguna otra?

—Bueno —dije, poniendo la cabeza a trabajar—. Podéis montar vuestro propio *hedge fund* y apalancar el dinero de los chicos. Así manejaríais cientos de miles de millones. Que podríais usar en inversiones dirigidas.

Charlotte me miró como si estuviera intentando comprender algún misterio.

—Que es lo que haces tú.

—Sí.

—Me gusta —dijo Amelia Black.

Charlotte sacudió la cabeza con fuerza: ¡que no lo alientes!

—¿Se te ocurre algún otro método?

—Claro. Cada día surgen nuevos instrumentos. La inversión inmobiliaria siempre es popular, porque es real. Aunque, en la intermarea, puede que no tanto. Esa es mi principal duda ahora mismo. Según el índice Case-Shiller, las inundaciones redujeron a cero el valor de la décima parte de las inversiones inmobiliarias del mundo, pero mis datos indican que prácticamente se han recuperado. Así que es un mercado bastante alentador. Hasta en plan burbuja, diría yo.

Charlotte frunció el ceño.

—¿Y qué podemos hacer en esta situación?

—Ponernos a corto.

—¿Lo que significa...?

—Que apuestas a que la burbuja va a estallar. Compras instrumentos que te permiten beneficiarte cuando lo haga. Te beneficias tanto que lo único que debe preocuparte es que se desintegre la propia civilización y no quede nadie para pagarte.

—¿La civilización?

—La civilización financiera.

—¡No es lo mismo! —respondió—. ¡A mí me encantaría destruir la civilización financiera!

—Ponte a la cola —le dije.

Me gustó cómo se rio. Y los mendigos también se reían. Y Amelia, y los demás. Sí que tenía una sonrisa preciosa la estrella de la nube. Y Charlotte, ahora que la veía.

—Dime cómo —dijo Charlotte, con los ojos centellantes ante la idea de destruir la civilización financiera.

Cosa que, tenía que reconocerlo, era divertida.

—Piensa en la gente normal y en sus vidas. Necesitan estabilidad. Quieren lo que podríamos llamar activos ilíquidos. Es decir, una casa, un trabajo, salud... No son activos líquidos y no conviene que lo sean. Así que mantienes una corriente constante de pagos para que esas cosas se mantengan ilíquidas: hipotecas, seguros sanitarios, fondos de pensión, facturas de servicios, etcétera. Todo el mundo paga cada mes y los sistemas financieros cuentan con este suministro de dinero garantizado. Piden prestado sobre la base de esa certeza y la usan como colateral, y entonces usan el dinero para apostar en los mercados. Utilizando el apalancamiento, multiplican por cien los activos que tienen en la mano, que en su mayor parte consisten en los flujos de pagos que les hace la gente. Lisa y llanamente, las deudas de esa gente son sus activos. La gente tiene iliquidez, y los mercados financieros, liquidez, y se benefician del margen que separa entre estos dos estados. Que se multiplica de manera exponencial.

Charlotte me miraba con ojos como rayos láser.

—¿Eres consciente de que hablas con la directora ejecutiva del Sindicato de Propietarios?

—¿A eso te dedicas? —pregunté.

De repente me sentía un ignorante. El Sindicato de Propietarios era una especie de Fannie Mae para arrendatarios y otra gente pobre; a mi parecer, el nombre era excesivamente ambicioso. Algunos datos importantes relacionados con él se usaban en el IPPI, dentro del índice de confianza de los consumidores.

—A eso me dedico —respondió—. Pero sigue. ¿Qué decías?

—Vale, el ejemplo clásico de crisis de confianza es el del 2008. Aquella burbuja tenía que ver con hipotecas concedidas a personas que no podían pagarlas. Cuando se declararon en quiebra, los inversores huyeron como alma que lleva el diablo. Todo el mundo intentaba vender a la vez, pero nadie quería comprar. La gente que había ido en corto ganó un pastizal, pero todos los demás cayeron como moscas. Las firmas financieras dejaron incluso de realizar los pagos contratados, porque, sencillamente, no tenían liquidez suficiente para cubrir todas sus deudas, y existían muchas probabilidades de que las entidades a las que debían pagar no existieran a la semana siguiente, así que, ¿por qué pagar? A esas alturas, nadie sabía si el papel, los títulos, valían algo, así que cundió el pánico y todos entraron en caída libre.

—¿Y qué pasó?

—Que el gobierno metió dinero suficiente para que algunos compraran a los demás, y siguió inyectando capital hasta que los bancos recuperaron algo de seguridad y pudieron reanudar sus actividades. Los contribuyentes tuvieron que pagar las deudas de los bancos a razón de cien centavos el dólar, algo que se decidió porque los mandamases de la Reserva Federal y el Tesoro eran gente que venía directamente de Goldman Sachs y cuyo instinto les decía que debían proteger las finanzas a toda costa. Nacionalizaron General Motors, un fabricante de coches, y lo mantuvieron en funcionamiento hasta que volvió a estar en pie y pudo pagar sus deudas a la gente. Pero con los bancos y las grandes firmas de inversión hubo carta blanca. Así que la cosa continuó igual, exactamente igual que hasta entonces, hasta la gran crisis del

2061, cuando el Primer Pulso.

—¿Y qué pasó entonces?

—Lo mismo.

Levantó las manos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Porque funciona? ¿Porque antes se habían salido con la suya? El caso es que, desde entonces, es como si tuvieran una plantilla para estos casos. Un guion. Así que lo repitieron después del Segundo Pulso. Y ahora puede que se acerque el cuarto asalto. O el que sea, porque burbujas ha habido desde la de los tulipanes holandeses, o desde los tiempos de Babilonia.

Charlotte miró a los dos pródigos vagabundos.

—¿Eso es cierto?

Asintieron.

—Así fue —respondió el más alto con tono lúgubre.

Charlotte se llevó una mano a la frente.

—Pero ¿qué significa? Es decir, ¿qué podríamos hacer de manera distinta?

Levanté un dedo, feliz de contar con el momento de gloria del tuerto en el país de los ciegos.

—Podríais reventar la burbuja aposta, tras haber organizado una respuesta distinta al desplome posterior.

Dirigí mi dedo alzado hacia la parte alta, por encima de mi hombro.

—Si la liquidez depende del mantenimiento del flujo de pagos por parte de la gente normal, y es así, se podría reventar el sistema en cualquier momento con solo conseguir que la gente dejase de pagar. Hipotecas, alquileres, suministros, créditos universitarios, seguros sanitarios... Que todo el mundo dejara de pagar a la vez. Se le podría llamar el Día del Impago de la Odiosa Deuda, o una huelga general financiera, o conseguir que el Papa declarara un Jubileo, puede hacerlo cuando quiera.

—¿Pero no se meterían en un lío? —inquirió Amelia.

—Serían demasiados. No hay cárceles para tanta gente. Así que, en un sentido básico, la gente aún tiene el poder. Tienen la palanca a su disposición

debido al apalancamiento, precisamente. Es decir, tú eres la jefa del Sindicato de Propietarios, ¿no?

—Sí.

—Vale, pues piensa en ello. ¿Qué hacen los sindicatos?

Charlotte volvió a sonreírme, con los ojos iluminados. Realmente, era una sonrisa inteligente y cálida.

—Organizar huelgas.

—Exacto.

—¡Me gusta! —exclamó Amelia—. Me gusta el plan.

—Podría funcionar —dijo el más alto de los vagabundos.

Miró a su amigo.

—¿Tú qué opinas? ¿Cuenta con tu aprobación?

—Joder, claro —respondió el otro—. Yo quiero cargármelos a todos.

—¡Y yo! —añadió Amelia.

Charlotte se echó a reír. Cogió su taza y me saludó con ella. Yo levanté la mía y brindamos. Las dos estaban vacías.

—¿Más vino? —sugirió.

—Es malísimo.

—¿Eso es un sí?

—Sí.

A principios de 1904, tres de los elefantes de Coney Island se escaparon de su jaula y huyeron. Caray, ¿me pregunto por qué! A uno lo encontraron al día siguiente en Staten Island, así que debía de haber cruzado Lower Bay a nado, una distancia de casi cinco kilómetros. ¿Sabíamos que los elefantes sabían nadar? ¿Lo sabía el elefante?

A los otros dos nadie volvió a verlos. Me agrada mucho imaginármelos paseando por los ralos bosques de Long Island, viviendo como yetis en versión paquidermo. Pero los elefantes tienden a moverse en grupo, así que es más probable que fueran con el que apareció en Staten Island.

No es tan agradable, pues, imaginárselos allí, nadando diligentemente en dirección oeste durante la noche, hasta que el más débil se deja ir con un sollozo subsónico de despedida, seguido por el segundo más débil. Perdidos en el mar. Hay formas peores de marcharse, como bien sabían ellos. Al final, el superviviente debió de arribar pesadamente a la playa y se quedó allí solo, temblando, a la espera de que saliera el sol.

## **g) Amelia**

Amelia se quedó unos días en Nueva York, demasiado furiosa y distraída para hacer nada. Al principio le gustaba Franklin, el chico del edificio, pero él parecía pensar que era una idiota, así que dejó de gustarle. Se vio con algunos amigos y habló de algunos proyectos con sus productores, pero nada la seducía y, además, todos coincidían en que seguramente no haría una gran labor como presentadora de un programa sobre migración asistida cuando lo único de lo que hablaba era de detener y encarcelar a todos los miembros de la Liga para la Defensa de la Antártida o, si no, de liquidarlos.

—Amelia, tienes que parar con eso —le decía Nicole—. Si no de pensarlo, al menos de decirlo.

—Pero mi público sabe lo que opino. Por eso ven mi programa. Y ahora mismo estoy en fase postraumática.

—Lo sé. Por eso tienes que dejar de sentirlo.

—Pero es que siento lo que siento.

—Vale, lo entiendo. Pues habrá que conseguir que sientas otra cosa.

Así que fueron a patinar sobre hielo. Un vórtice polar había pasado por la zona la semana antes y aún hacía frío. Mucho. De hecho, le parecía que hacía más frío en Manhattan que en la costa de la Antártida, aquella zona donde habían asesinado vilmente a sus hermanos y hermanas osos. Hacía tanto frío que se había helado el puerto de Nueva York en su totalidad. La gente cruzaba en camión los canales de Hudson a Hoboken, y llegaban incluso a Verrazano Narrows, porque la superficie del mar se había congelado en más de tres kilómetros a la redonda. De vez en cuando se agrietaba el hielo del

Hudson, y a floraba en grandes placas inclinadas hacia el cielo, como el de la terrible Antártida. No podía compartir aquellos recuerdos. Los canales del bajo Manhattan estaban tan helados que apenas había una grieta en la superficie, así que era como si hubieran reaparecido las calles, solo que blancas, resbaladizas y mucho más altas que antes, pero igualmente a disposición de los peatones. Así de sencillo. Bueno, en la ciudad no había nada sencillo; había puntos calientes, allí donde perduraba maquinaria u otras fuentes de calor en el metro, las alcantarillas o las instalaciones de servicio del subsuelo de la ciudad, y las columnas térmicas que brotaban de allí bastaban para adelgazar la capa de hielo o, en algunos sitios bien conocidos, fundirla del todo. En aquellos agujeros abiertos en el hielo surgían en busca de aire las focas, así como los castores, las ratas almizcleras y otros animales del estuario, con la esperanza de que no los asesinaran los depredadores, humanos o no, mientras respiraban. El mundo era un lugar atroz, sin duda. Siempre matar o morir. Comerse a los vecinos o ser comido por ellos.

Nicole se portaba raro, como si Amelia fuera una especie de bomba a punto de estallar. Y todos los novios que había tenido en Nueva York habían dejado la ciudad o eran demasiado tristes o deprimentes como para volver a llamarlos. Realmente, no había nada que hacer.

Así que allí estaban, patinando. Lo cual era más o menos divertido. De niña, Amelia había aprendido a patinar sobre estanques y ríos, así que las irregularidades de los canales no eran nada para ella, y patinaba hacia atrás, lo que era divertido, e incluso daba algunos giros, lo que no lo era tanto, porque le recordaba a cuando su madre la obligaba a hacer cosas para algún concurso. Su madre era de esas, y Amelia suponía que habría tenido que estarle agradecida por haberse convertido en una estrella, pero no era así. Aunque patinar sí le gustaba.

Nicole y ella patinaron por Broadway de arriba abajo, de Union Square a la Treinta y cuatro, sintiendo el aire helado en los pulmones, el hormigueo de la nariz, y todas las gloriosas sensaciones relacionadas con el hecho de estar en la calle en invierno, bajo un cielo pálido, con el sol asomando apenas sobre el horizonte, al sur, y las largas sombras de los edificios en dirección contraria. Era como si las hubieran transportado a algún planeta helado, pero,

sin embargo, allí estaban los mismos edificios, las mismas cafeterías y las mismas tiendas de kayaks, que conocían, con la única diferencia de que los canales estaban cubiertos por un blanco sólido aunque sucio. Incluso habían regresado algunos autobuses de verdad a las calles, autobuses antiguos con motores nuevos. Esto hacía que la vista a ambos lados de los canales de acero recordase a las fotos de antaño, solo que con patines de hielo en lugar de taxis. En los viejos tiempos, los peatones tenían que mantenerse cerca de los edificios si no querían sufrir la suerte de los transeúntes más despistados.

Amelia patinaba muy deprisa, más de lo que habrían podido correr los taxis de antaño, porque podía sortear el tráfico como un motociclista. Nicole no era capaz de seguirle el paso. Si alguien se le ponía delante, gritaba «pi-pi-pi» y lo esquivaba por unos centímetros.

Pero entonces alcanzó tal velocidad que atravesó accidentalmente una cinta roja que cubría la intersección de Broadway y la Veintiocho, y entró en una zona donde el hielo era más fino, y se acordó de lo que decía su padre, «patina más deprisa sobre el hielo fino», pero a pesar de ir a toda velocidad, el hielo se partió debajo de ella. Y no solo se hundió al instante en agua helada, sino que un pedazo de hielo roto la golpeó justo debajo de las costillas y la dejó sin aliento en el preciso instante en que quedaba sumergida bajo el agua. Puede que el shock del frío le hubiera provocado el mismo efecto, pero el caso es que sucedió así, y aquello le provocó un ataque de tos, y al toser se le metió algo de agua en los pulmones, y eso provocó que tosiera de nuevo y volviese a tragar agua. Entonces empezó a ahogarse.

Presas del pánico, agitó brazos y piernas para impulsarse hacia arriba, pero al hacerlo chocó con el hielo. ¡Había un techo de hielo transparente entre el aire y ella! ¡Ahora sí que iba a ahogarse! Una enorme descarga de adrenalina le atravesó el cuerpo y convirtió su sangre en fuego, mientras su desesperación por encontrar aire aumentaba todavía más. Golpeó el hielo con el codo, pero sin fuerza. No veía más que una masa indistinta de negro y gris. No sabía lo que podía intentar, adónde podía nadar. Golpeó el hielo con la cabeza. Le dolió, pero no consiguió nada. Estaba condenada.

Entonces hubo un fuerte estrépito a su alrededor, y alguien, no sabía quién, la agarró y la levantó. Volvió a encontrarse fuera del agua, arrastrada

de lado, sujeta por varias personas que se movían a su alrededor y gritaban. Jadeaba, congelada, tosiendo, asfixiándose a pesar de no estar ya bajo el agua, mientras se la llevaban lejos de un agujero grande y de bordes dentados que, al parecer, habían logrado abrir los transeúntes para sacarla. La habían visto bajo el hielo, le dijeron a voces, habían presenciado el accidente y luego seguido su trayectoria, y habían golpeado el hielo con zapatos, bastones de esquí, codos y piedras, y luego la habían sacado. ¡La gente era maravillosa! Pero estaba congelándose, congelándose de verdad. Tenía demasiado frío hasta para tiritar, hasta para respirar, así que sus jadeos eran ineficaces y, en lugar de absorber el aire que tanto necesitaba, solo conseguía expeler agua del canal.

—¡F-f-frío! —logró finalmente escupir junto con el agua.

—Venga, metedla aquí —gritó alguien.

Todo el mundo hablaba a la vez. La llevaron al interior de un edificio, un sitio en el que hasta ella se percató de que hacía más calor, o tal vez, y luego la metieron en un baño de señoras, no, un vestuario o algo parecido, un gimnasio o un spa, y empezaron a quitarle la ropa. Alguien comentó alegremente que era como uno de sus programas y que no todos los días puedes desnudar a una estrella de la nube para salvarle la vida. Todos menos Amelia se rieron de esto, aunque también ella lo habría hecho de haber podido, porque esa era una de las principales características de sus programas en aquellos primeros años en la nube. Así que fue como en aquellos tiempos: de repente se encontró desvestida y metida en una ducha caliente, y algunas personas hasta se metieron con ella, vestidas, y se mojaron mientras la sujetaban y la animaban, riéndose y hablando con rapidez, y quizá disfrutando de su desnudez, como habría hecho ella misma de haber podido sentir o pensar algo. No subieron mucho la temperatura del agua para que sus capilares no se dilataran y se llevaran la sangre del corazón, según le dijeron. Era buena idea, pero el caso es que no estaba tan caliente como a ella le habría gustado, y temblaba más que nunca. Nicole estaba junto a la puerta del baño, sin mojarse, pero presenciando todo lo que sucedía y, supuso Amelia, grabándola. Los desconocidos eran más bruscos.

—Vamos, chica, incorpórate y deja que te dé el agua caliente en la nuca.

—Que alguien le traiga ropa seca a esta mujer.

—¿Y de dónde la sacamos?

—Aquí hay una toalla, que se seque y se la ponga hasta que encuentren algo.

—Está entrando en calor, ya no está tan fría.

—No corráis, a ver si se va a morir como esos marineros chilenos.

Amelia estaba volviendo en sí. Seguía dolorosamente fría, con la piel blanca moteada de rojo como un caballo pinto o Appaloosa; probablemente no estuviera muy favorecida, aunque quizá se pudiera tomar su reacción por un orgasmo, o algo parecido; el agua ya estaba más caliente y se sentía cada vez mejor. Solo había pasado un par de minutos sumergida en el canal, le dijeron, y de pronto el agua sobre la piel comenzó a resultarse dolorosamente caliente. Ardiente.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Ay! ¡Quema! ¡Quema!

Así que la enfriaron un poco y, poco a poco, consiguieron que su temperatura interna se normalizase, y luego la secaron, y le pusieron algo de ropa prestada, o prestada a la fuerza, o prestada por el morro, como dijo alguien que debía llamarse. «Prestada por el morro»: esto provocó muchas carcajadas. Era una multitud encantadora.

—¡Qué buenos son todos! —dijo Amelia—. ¡Gracias por salvarme la vida!

Y rompió a llorar.

—Vamos a llevarte a casa —dijo Nicole.

•••••

Una vez recuperada de su zambullida en el canal, Amelia subió a bordo de la *Migración Asistida* y voló de Nueva York a la costa noreste de Groenlandia. En la isla triangular cubierta de colinas que hay entre el fiordo de Nioghalvfjersfjorden (que había sido un glaciar antes del Primer Pulso) y el de Zachariae Isstrom (ídem) se levantaba una espectacular urbe llamada

Nueva Copenhague. Mucha gente decía que, habida cuenta del estado de la antigua Copenhague, lo suyo sería llamarla Copenhague sin más y reconocer que, en realidad, lo que había pasado es que la ciudad se había trasladado. En Dinamarca, la gente respondía con desdén a estas demostraciones de presunción e insistían en que su ciudad estaba perfectamente, que siempre había sido un lugar muy húmedo. Por otro lado, la idea de que hubiera otro Copenhague en el rincón noreste de su antigua colonia tampoco tenía nada de particular, y la verdad era que, como los dos sitios tenían tan poco que ver entre sí, los nombres carecían de importancia. ¿Acaso no había otra Copenhague en Ontario?

En cualquier caso, Amelia había visitado Nueva Copenhague con antelación y se alegró cuando Frans guio la *Migración Asistida* por la larga hilera de mástiles que había en el extremo meridional de la ciudad, donde un corto fiordo que atravesaba la isla hasta su mismo centro, al norte, le daba a esta y a la ciudad forma de herradura. Los muelles sobresalían del helado fiordo y tras ellos se extendía el centro de la ciudad. Los edificios eran mayoritariamente de estilo groenlandés, con tejados inclinados sobre formas cúbicas pintadas en colores primarios, iluminados por centenares de farolas brillantes, que convertían la oscuridad del invierno norteamericano en un espacio más iluminado que el interior de cualquier estancia. El auditorio que había en el ápice de la U era un enorme cubo apoyado sobre un punto, homenaje a otro idéntico que había en Reykiavik y era el famoso centro del movimiento de óperas y piezas instrumentales de larga duración conocido como Nuevo Ártico. Algunas de las obras que se interpretaban en aquel lugar duraban todo el invierno.

Una vez amarrada la aeronave, Amelia cogió un autobús hasta la cabecera del fiordo, donde se encontraba el barrio peatonal más concurrido. Las calles adoquinadas, brillantemente iluminadas y despejadas de nieve, estaban casi desiertas, y, como hacía muchísimo frío, la poca gente que se veía en ellas corría de edificio en edificio. A pesar del calentamiento del Ártico, allí el invierno era muy frío y húmedo, como en cualquier otra ciudad costera. A Amelia le recordaba a Boston.

Su destino era un pub llamado Baltika, de interior cálido, bullicioso y

humeante. La gente se había reunido para disfrutar de la noche del viernes y sus amigos de la Asociación de Migradores de Fauna Salvaje habían quedado allí con ella para llorar juntos el triste desenlace de su viaje al sur, ahogar el recuerdo en alcohol y discutir nuevos planes. Algunos de ellos la habían ayudado en Churchill y estaban tan furiosos como ella por la recepción que habían recibido sus osos en la Antártida.

Uno de ellos, Thorvald, no se mostraba tan comprensivo como los demás.

—En la Liga para la Defensa de la Antártida está casi todo el mundo que vive allí y son mucho peores que los Defensores de la Fauna Salvaje. La gente solo está allí porque quiere estar allí. Es como esto, pero más. Creen en ello de verdad.

—Ya —dijo Amelia, de mal humor—. ¿Y? La Antártida es gigantesca. ¿Qué más da que haya unos osos polares viviendo allí en un par de rincones? Podría haberlos llevado de vuelta al norte en unas pocas generaciones, o en unos pocos siglos. Reunirlos cuando aquí arriba volviera a hacer el frío suficiente y llevarlos a casa. ¡Era un refugio!

—¡Pero no se lo consultamos! —respondió Thorvald—. Y son prisioneros de su propia idea de la Antártida. El último espacio salvaje, la llaman. El último lugar puro.

—Pues yo odio esa mierda —dijo Amelia—. Este es un planeta mestizo. No existe la pureza. Lo único que importa es evitar las extinciones.

—Estamos de acuerdo. Pero ellos no. Así que necesitas más gente, aparte de nosotros.

La miró fijamente y, a pesar de sus reproches, Amelia empezó a vislumbrar la idea que le planteaba. No había nada nuevo en ella, pero en su estado de ánimo le provocaba una mezcla de consuelo e irritación. Puede que le hiciera caso. Seguía helada hasta el tuétano, días después del accidente. Pero no era solo eso. Algo tenía que cambiar. Aunque el estilo que usaba él, una brusquedad con la que quizá pretendiese empujarla a la cama, no le agradaba.

—¿Y qué debemos hacer? —inquirió—. Mis amigos de Nueva York dicen que, si lo llevara en secreto, podría transportar algunos osos polares a la Antártida.

Todos sacudieron la cabeza al oír esto.

—Todos los osos polares de la Tierra se pueden ver por satélite. Y la gente de la Antártida puede hacerlo también. No queremos que maten más.

—Igual si hiciéramos un trato con ellos... —dijo Amelia.

También sacudieron la cabeza ante esto.

—Nunca aceptarán un compromiso —dijo Thorvald—. Si fueran del tipo de gente que acepta compromisos, no estarían allí.

Amelia suspiró con desaliento.

—Quizá podríamos buscar otros sitios cerca de Groenlandia —dijo Thorvald—. Tiene que haber bahías recientes en las que puedan sobrevivir los osos polares y sus presas.

—Aquí hace demasiado calor —dijo Amelia—. Ese es el problema.

El otro se encogió de hombros.

—Si lo que pretendes decir es que para que sobrevivan los osos polares, tienen que bajar las temperaturas, vas a tener que encontrar el modo de sacar unas mil gigatoneladas de carbono de la atmósfera.

—¿Y? ¿No se puede hacer?

—Si fuera nuestro principal proyecto, sí. Solo habría que cambiarlo todo.

—Venga ya. ¿Todo?

—Sí.

—Eso no me gusta. Es demasiado. Tenemos que hacer lo que se pueda. O sea, ese es el fundamento de la migración asistida, ¿no?

—Sí, vale. Hay que encontrar refugios para los tiempos duros. Pero eso es solo un parche. Eres la reina de los parches.

—¿Parches?

—Exactamente. Porque, a largo plazo, solo funcionaría un cambio del sistema. Hasta entonces, seguimos con los parches. Hacemos lo que podemos con las migajas que nos donan los ricos. Intentamos salvar el mundo con las sobras de su mesa.

A Amelia esto le parecía deprimente. Bebió más aquavit, a pesar de saber que solo conseguiría deprimirla más. Hasta tal punto estaba deprimida. No le importaba sentirse estúpida. En aquel momento quería sentirse así. Porque ya no pensaba en irse a la cama con el tal Thorvald. Y, de hecho, puede que él

no lo hubiera pensado tampoco. También parecía de mal humor, puede que fuera así siempre. Una sobredosis de realidad, quizá, y una especie de rabia, como la rabia de ella, quizá, pero no complementaria. Amelia necesitaba un poco de fantasía para mantenerse viva, y pensaba que los demás también. Tal vez. La verdad es que no estaba segura, pero sí veía que los chicos fantaseaban cuando estaban con ella, era algo tan evidente como el brillo de sus ojos vidriosos. Interactuaban con una especie de fantasía de Amelia en su cabeza, una mezcla del personaje de su programa y su presencia real, y ella participaba del juego, lo que facilitaba las cosas en algunos aspectos. Pero no era la auténtica Amelia. La auténtica Amelia estaba enfadándose muchísimo.

—Entretanto, no hace falta ser maleducado —dijo con tono remilgado.

A lo que él respondió poniendo los ojos en blanco y apurando la copa.

•••••

Estaba demasiado furiosa como para entrar en la nube y hablar con su público, y también para volver a casa. Las cosas no andaban bien, y no estaba en su mano solucionarlas. Desde que empezara a rescatar crías de pájaro que se habían caído del nido y a trabajar en el santuario de aves de su zona para escapar de su madre —un santuario lleno de pájaros que se podían salvar para luego llevárselos a otra parte— se había movido impulsada por una idea, sin llegar a analizarla nunca: la de que seguiría haciendo ese trabajo toda la vida, a niveles cada vez mayores, hasta que todo se arreglase. Y, durante mucho tiempo, había parecido funcionar. Pero ahora no. Ahora era la reina de los parches.

Dijo a Frans que llevase la aeronave a casa por el camino largo.

—¿Has dicho por el camino largo?

—Exacto.

—Nueva York se encuentra a unos cinco mil kilómetros al sudoeste. Por el otro camino tendrías que cruzar el Polo Norte, el Pacífico y la Antártida, antes de volver a América. Unos treinta y ocho mil kilómetros. Con un

tiempo estimado de vuelo de veintidós días.

—Me parece bien.

—Llevamos comida a bordo para unos ocho.

—Bien. Tengo que perder unos kilos.

—Tu peso ya está dos kilos por debajo de la media de los cinco últimos años.

—Cierra el pico —replicó.

—Según mis cálculos, la escasez de comida será mucho peor que una dieta.

Amelia suspiró. Se dirigió al extremo del puente, contempló el globo que flotaba entre dos polos, y vio a qué se refería Frans. De todos modos, tampoco quería volver a la Antártida.

—Vale, pues traza una gran ruta en espiral, en lugar de un gran círculo. De aquí a Kamchatka, luego a Canadá y luego a casa.

—Tiempo estimado de vuelo: diez días.

—Me parece bien. Es justo lo que quiero.

—Pasarás hambre.

—¡Cierra el pico y conduce!

—Estoy ascendiendo a la parte baja de la corriente en chorro para acelerar un poco el trayecto.

—Bien.

• • • • •

Durante los primeros días de aquel viaje invernal se dedicó a contemplar el Atlántico Norte desde allí arriba. Se tardaba mucho tiempo en dejar atrás el suntuoso resplandor de la ciudad de Svalbard, la Singapur del Ártico, que iluminaba la noche como un gran árbol de Navidad. Luego venían los Alpes Noruegos, una hilera de picos feroces en blanco y negro, con largos y lisos glaciares blancos entre medias. Luego Siberia, extendida un día tras otro. A pesar de que los rusos habían construido algunas ciudades enormes en su

costa ártica, la mayor parte de la tundra sobre la que flotaba estaba vacía. Tundra, taiga y bosque boreal, bordeados por los llamados bosques borrachos. Unas colinas de hielo blanco llamadas «pingos» desfiguraban la tundra como forúnculos. Era el ciclo de congelación y el deshielo lo que hacía subir estas masas de hielo puro a través del suelo, pues, en la práctica, ascendían flotando hasta la superficie. Cuando se fundían los pingos, dejaban tras de sí unos estanques redondeados en lo alto de unas lomas bajas, una imagen realmente singular. La cantidad de metano que se liberaba a la atmósfera en este proceso era prodigiosa.

Las manadas de mamuts dextintos aparecían a veces en medio de la tundra, como congregaciones de puntos negros. Aun aceptando que solo eran seudomamuts, seguían siendo impresionantes. Eran como enjambres de hormigas negras sobre la tierra: tenía que haber miles, puede que millones. Algo que era positivo en algunos aspectos, y negativo en otros. De nuevo, las dinámicas demográficas. Si eran los únicos factores implicados, con el tiempo se equilibrarían. Lo que quería decir que a aquellos mamuts quizá les esperara una crisis, aunque era difícil de saber. Entretanto, al menos aliviaban la absurda presión del marfil que pesaba sobre los elefantes.

La verdad, pensó mientras miraba desde allí arriba, era que, a pesar de todo, el mundo tenía un aspecto impresionante. Puede que el hecho de volar en la oscuridad ayudase. Era muy posible que las costas del Océano Glacial Ártico se estuviesen beneficiando de este clima más cálido. Si, de algún modo, lograban revertir el calentamiento, las perspectivas no serían buenas para aquella región. Era difícil de decir.

Así que Amelia dedicó aquellos días a contemplar el mundo y, mientras tanto, a pensar las cosas a fondo. Lo que parecía equivaler a estar cada vez más confusa. Eso era lo que le pasaba siempre que intentaba pensar, y por eso no le gustaba hacerlo. Creía que había gente a la que se le daba mejor, aunque a veces se lo preguntaba y, en cualquier caso, fuera cierto o no, la verdad es que tampoco la ayudaba. Todo cuanto podía hacer la gente en el mundo a esas alturas acarrea un rebote de efectos secundarios o terciarios. Todo sucedía a costa de otra cosa. No como una onda, sino más bien como una maraña. ¿Por qué le habían explicado sus profesores que la ecología era una

maraña, cuando en realidad era un auténtico choque de trenes?

Buscó en el terminal de muñeca una grabación de su tutor académico de la Universidad de Wisconsin, un teórico de la evolución y la ecología llamado Lucky Jeff, cuya voz, incluso ahora, siempre había tenido la capacidad de sosegarla. De hecho, su poder en persona era tan enorme que se había pasado dormida la mayor parte de sus clases. Pero, aun así, era lo que necesitaba en aquel momento, su sosiego. A ella le gustaba él, y viceversa. Y, normalmente, su profesor no solía complicar las cosas.

—No debemos complicar las cosas —comenzaba la primera charla que había elegido Amelia, algo que la hizo sonreír—. En realidad, las cosas son complejas, pero no siempre podemos lidiar con esa complejidad. Normalmente preferimos que haya solo una regla principal. Pöpper lo llamaba «monocausotaxofilia», el amor a una sola causa que lo explica todo. Y a veces estaría muy bien que fuera así. Así que la gente se las inventa, y les otorga autoridad, como antaño hacía con los reyes o los dioses. Puede que ahora sea la regla de que cuanto más, mejor. Es la regla que subyace en la teoría económica, y en la práctica se refiere a los beneficios. Es la regla principal. Se supone que permite que todo el mundo maximice su propio valor. Pero en la práctica, nos conduce a un evento de extinción masiva. Si la obedecemos, podría suponer la ruina de todo.

»Entonces, ¿cuál podría ser una regla mejor, si queremos que la haya? Existen algunas candidatas. Una posibilidad es la del bien mayor del máximo número. Si recordáis, el máximo número es el cien por cien, y lo incluye todo. Esa es buena. Sugiere la creación de algo similar a un bosque climácico. Y tiene un largo historial en filosofía y política económica. Hay algunas interpretaciones perversas de ella, pero ¿qué norma no las tiene? Lo cierto es que, como primera aproximación, nos sirve.

»Una que a mí me gusta más nació aquí, en Wisconsin. Procede de los escritos de Aldo Leopold, así que a veces se la llama la ética de la tierra leopoldiana. «Lo bueno es lo que es bueno para la tierra.»

»A esta hay que darle algunas vueltas. Hay que analizar a fondo las consecuencias que se derivan de ella, pero eso es cierto de cualquier norma. ¿Qué significa hablar de lo que es bueno para la tierra? Es algo que engloba

la arquitectura, la ganadería y el diseño urbano. Toda la tierra está antropizada. Así que sería un buen modo de organizar los esfuerzos. En lugar de trabajar por el beneficio, hacemos lo que sea bueno para la tierra. De ese modo, podemos transmitir un buen legado a las generaciones que nos siguen.

Mientras Amelia escuchaba esto, y se preguntaba si habría algo de verdad en ello, y si podía servirle de algo en caso de que lo hubiera, sus ojos estaban contemplando Kamchatka. Debajo de ella, la tierra estaba jalonada de volcanes de laderas blancas, aunque algunos también eran negros porque sus costados estaban tan calientes que fundían la nieve que caía sobre ellos. Era extraño contemplar una tierra capaz de fundir la nieve. Alrededor de los volcanes, el terreno estaba densamente arbolado y teñido de blanco por la nieve. Había algunos pueblos, esparcidos como gigantescas balizas de navegación, pero era fácil imaginarse que los corredores de hábitats que tanto estaban esforzándose por crear en América del Norte eran allí el orden natural de las cosas. ¿Estaba poco poblada Kamchatka? ¿Habían hecho las cosas mejor los rusos? Siempre había pensado que los rusos eran unos saqueadores implacables de su propio país, pero puede que esos fueran los chinos. Los chinos, desde luego, habían destrozado su tierra. Puede que hubieran revertido la regla de Leopold, convirtiéndola en «lo bueno es lo que es bueno para la gente». Quizá esto era lo que quería decir la gente cuando hablaba del bien mayor para el mayor número: el mayor número de gente. Y lo que decía Leopold era que había que cuidar de la tierra antes que de la gente, a la larga. Kamchatka, majestuosa, extraña, ajena, como otro mundo: ¿estaba haciendo las cosas bien? Amelia no tenía ni idea.

Luego pasó sobre las islas Aleutianas y llegó a Canadá, donde cada vez había más aeronaves en el cielo. Sobre Siberia había visto algunos cargueros robóticos, pero la oscuridad del invierno expulsaba del cielo a la mayor parte de los vehículos más pequeños, o al menos los empujaba al sur. Ahora, en cambio, veía toda clase de aeronaves iluminando el cielo como linternas, incluidos un puñado de aeropoblados que flotaban a siete mil pies de la superficie, una altitud que, por lo general, se reservaba para ellos. A Amelia le encantaban los aeropoblados. Eran congregaciones redondas o poligonales de globos, a menudo un círculo entero, que sostenían unas plataformas sobre

las que se levantaban aldeas, y en algunos casos hasta pueblos de unos pocos miles de habitantes o más. Cada aeropoblado contaba con entre treinta o cincuenta globos, agrupados o separados individualmente, mientras que los más pequeños usaban veintiuno, como en el libro infantil *Los veintiún globos*. La gente hablaba muy bien de la vida en aquellos lugares y Amelia siempre disfrutaba de sus visitas. Tenían sus propias granjas y algunos eran tan grandes y estaban tan poco poblados que eran autosuficientes, como los poblados flotantes de los océanos, y casi nunca tocaban tierra.

Amelia volaba ahora a unos diez mil pies, así que los aeropoblados que veía por debajo parecían centros de flores, o joyas de *cloisonné*. A los canadienses les gustaba especialmente volar o vivir en ellos. Su programa era muy popular en muchos de esos aeropoblados, según le habían dicho, aunque una pequeña investigación había revelado que, en general, lo consideraban como una especie de cosa exagerada, propia de jóvenes que lo veían para reírse. Pues vale. Toda audiencia es buena.

Al parecer, la gente empezaba a preguntarse por qué no estaba emitiendo. Nicole se lo decía a diario. Sabían que estaba volando sin emitir. Se rumoreaba que la muerte de los osos polares la había traumatizado. ¿Y? Era cierto. O casi. No podía definir lo que sentía. Era algo nuevo y desagradable. Puede que fuese un trauma, sí. No lo sabía. Puede que aquel aturdimiento formara parte de lo que significaba estar traumatizada. Pero es que siempre había estado un poco aturdida, comprendía ahora. Un poco distante, un poco apartada. Odiaba tanto algunos aspectos de su infancia que, siempre que podía, intentaba estar sola y, como esto parecía ayudarle, en su interior había aprendido a estar siempre un poco alejada de los demás. Unos segundos por detrás de lo que le sucedía, o de lo que sucedía delante de ella. ¿Había estado traumatizada toda la vida? Y, en caso de que fuera así, ¿por qué?

No lo sabía. Su madre era una candidata evidente, pero, la verdad, tampoco era tan mala. De hecho, era la clásica madre de artista, nada más, así que, ¿por qué había reaccionado tan mal? ¿Qué le pasaba para que sintiera tales deseos de apartarse de todos? ¿Sería porque el mundo era un lugar horrible y, aunque todo el mundo lo veía, no hacían nada para cambiarlo, como si no les importara una mierda? ¿O era algo que había en ella, algo

malo en su interior?

De nuevo, volvía a estar un poco detrás de lo que estaba viendo, porque uno de los aeropoblados que tenía debajo estaba inclinado de lado y descendía girando lentamente hacia la Tierra.

—Frans, ¿qué le pasa a ese aeropoblado?

—No lo sé.

—¡Sus globos! ¡Es como si hubieran estallado!

—¿Dónde estás mirando, por favor?

Amelia tomó los mandos y se dirigió hacia la aeronave en peligro.

—¡Ve lo más rápido que puedas! —exclamó.

—Allá voy.

Amelia pilotó mientras Frans se ocupaba de la propulsión y el lastre, y de entablar contacto con el aeropoblado, que había lanzado un SOS. La mitad de sus globos habían estallado a la vez y, al ladearse repentinamente, a bordo había estallado el caos. Estaban descendiendo deprisa, no escandalosamente deprisa, pero sí con una considerable flotabilidad negativa. La gente saltaba desde las paredes inclinadas de sus edificios e intentaba recuperar el control de la situación, pero era evidente que sin demasiado éxito. De hecho, parecían desesperados.

Después de su reciente aventura para colocar la *Migración Asistida* en vertical y volver a encerrar a los osos, Amelia podía imaginarse perfectamente el caos.

—Baja ahí —dijo a Frans—. Suelta más helio. Vamos, va. ¡Va!

—A esta velocidad, los alcanzaremos cuando aún estén a mil pies sobre el nivel del suelo.

—Bien. ¿Cómo podemos sujetarlos por el lado que ha perdido los globos?

—El garfio podría servirnos para eso.

—Bien. Pues adelante. Más deprisa.

—Deberían recuperar flotabilidad cuando nos enganchemos a ellos.

—¿No tenemos reservas de helio en los tanques?

—Sí...

—¡Pues más deprisa! ¡Vamos!

Les llamó y les explicó el plan. Se alegraron de que tuviera uno.

La *Migración Asistida* descendía hacia el aeropoblado mucho más despacio de lo que le habría gustado a Amelia, casi a cámara lenta, le parecía, a pesar de que, según Frans, iban a toda velocidad. Tan rápido como podían.

—No te olvides de grabar tus aventuras —añadió Frans en un momento dado.

—¡Que te den! —le gritó—. ¡Odio eso! Ni se te ocurra volver a repetir las cosas que te ha programado el equipo de producción.

—No sé qué puedo decir, si no.

—¡Pues entonces cállate! En serio, Frans. Acabas de recordarme que solo eres un programa. Es muy decepcionante. Que le den a esa mierda, te digo. Lo odio. Eres como todos los demás.

Frans no respondió.

Al llegar justo encima del aeropoblado, tras bajar el cabo de Amelia con el garfio al extremo, algunos de los habitantes del aeropoblado, con arneses y cuerdas como los alpinistas, se aventuraron hasta el extremo inclinado de la plataforma para recogerlo y anclarlo al suelo, en la zona de los globos que habían estallado. Era tan increíble ver a la gente allí, con sus arneses, moviéndose como escaladores, que Amelia empezó a grabarlo.

—Eh, chicos —le dijo a su público en la nube—, soy Amelia, he vuelto. No os perdáis lo que está haciendo esa gente para salvar su aeropoblado. ¡Es la leche! Espero que estén bien amarrados, porque mirad cómo están. Y, atención... Ahí lo tienen. Vale, van a enganchar nuestro cabo a su plataforma y tiraremos de ellos hacia arriba todo lo que podamos. Frans, hay que volver al máximo nivel de flotabilidad que podamos.

—Voy a soltar helio de reserva.

—Y no estés de morros. Chicos, Frans está enfadado conmigo, pero no es culpa mía. Nuestros productores son unos capullos manipuladores. Incluida tú, Nicole. Pero ahora vamos a centrarnos en el heroísmo de esa gente de ahí abajo. Parece que he conseguido levantar la parte del poblado que había perdido los globos. Uno de ellos me ha dicho que creía que un meteorito había atravesado esa parte del círculo de globos. Bueno, el caso es que ya casi están nivelados. Los dejaremos bajar en... ¿Dónde, Frans? ¿Dónde hay

un buen aeropuerto al que podamos llevarlos?

—Calgary.

—Vamos a bajar en Calgary, chicos. Mirad lo que están haciendo para mantenerse nivelados con los globos que aún conservan. ¡Madre mía! No quiero saber cómo estarán las casas por dentro. Estábamos aquí cuando se han ladeado. Y es algo horrible. Lo que me recuerda... Deberíais apuntaros al Sindicato de Propietarios. Hoy mismo, si puede ser. Miradlo, informaos y apuntaos. Porque tenemos que organizarnos, chicos. Somos como ese pobre aeropoblado de ahí. Estamos fatal. Nos hemos ladeado y estamos cayendo. Y nos vamos a estrellar. Tenemos que estabilizarnos unos a otros de manera sincronizada para sobrevivir a esta emergencia. Valernos por nosotros mismos. Pon este mensaje en repetición, Nicole, y pude que te perdone. Vale, ahora todos atentos mientras clavamos el aterrizaje. Frans, clava el aterrizaje y te perdono también a ti.

—Clavaré el aterrizaje —le prometió Frans.

—Y planta un jardín más salvaje que la campiña salvaje —cantó Amelia. Era el último verso de la canción de su programa, extraída del gran poema de Frederick Turner.

Vale: digamos que el trabajo no estaba terminado. Obviamente, era así. Digamos que tenían que cambiar la regla principal si querían tener alguna posibilidad de que funcionara: cierto también. Vale. Cambiaría la regla principal. Lo cambiaría todo. Si tenía que luchar, lucharía. Seguía decidida a rescatar a la cría de ave y devolverla al cielo.

Llevaron a Samuel Beckett al estadio de Shea para ver su primera jornada de béisbol, con un partido doble. Su amigo

Dick Seaver le iba explicando todo a medida que sucedía.

A mitad del segundo partido, Seaver preguntó a Beckett si quería marcharse.

Beckett: ¿Ha terminado el partido, entonces?

Seaver: Aún no.

Beckett: Pues entonces hay que quedarse hasta que termine.

## **h) Inspectora Gen**

La inspectora Gen y el sargento Olmstead fueron a hablar con el equipo de análisis de datos de la Sociedad de Ayuda Mutua del Bajo Manhattan, un nutrido grupo de detectives que siempre se dedicaba a prospectar los datos y la nube e intentaba hacerlo con mayor inteligencia que los equipos municipales y federales. Su sede se encontraba en una especie de oficina destartalada situada en el 454 de la Treinta y cuatro oeste, al norte de la intermarea, un viejo edificio de arenisca entre edificios de areniscas, la mayoría de los cuales, una vez vaciados, se habían convertido en la fachada de torres diez veces más altas. Esto preservaba el aspecto de la calle al tiempo que daba un aire singular al barrio, un sitio donde parecían haber salido garras de metal alienígena de la antigua carne de ladrillo. En aquella *mélange* de lo antiguo y lo nuevo era fácil no reparar en el edificio llamado «la guarida del lobo», pero aun así seguía siendo uno de los grandes nodos de la metrópolis, al albergar a los prospectores de datos de SAMBAM. Gen siguió a Olmstead a través de los controles de seguridad con la misma sensación sombría que la asaltaba siempre que entraba en aquel bastión del Big Data. Para ella, el análisis de datos era como el hijo feo pero aun así querido de la ciencia y Kafka, algo que siempre servía para demostrar que el cielo era azul, o la verdad de algo profundamente erróneo o, para ser más exactos, totalmente contrario a lo que a ella le dictaba la intuición. Y si algo tenía Gen Octaviasdottir, era intuición. Así que aquella era una herramienta que no solo proyectaba una luz distinta sobre los casos, sino también sobre ella. A pesar de lo cual, muchas veces le era útil, o al menos a Olmstead. Y Olmstead le

era útil a ella.

Se entrevistaron con algunos de los colaboradores habituales de Sean. Los datos sobre la temperatura del río, a disposición de todo el mundo, demostraban que la zona situada sobre la estación del metro de Cypress Avenue se había calentado en los días inmediatamente posteriores al secuestro de los dos programadores de la Met. De momento, todo bien: el cielo era azul. El contenedor fue más difícil de localizar, pero ahí era donde descollaban los lobos: tenían una cantidad ingente de datos chinos, básicamente todo lo que el gobierno de este país había ocultado a su pueblo durante el siglo XXI, robado de una vez en un hilarante contragolpe que conformaba el argumento de la gran ópera de Chang, *El mono muere al dragón*. El equipo de Samba había logrado localizar en aquel fichero chino el mismo contenedor donde habían estado encerrados Mutt y Jeff. Lo habían fabricado en China, como casi todos los contenedores del planeta, unos 120 años antes. Sus viajes habían conformado el clásico zigzag oceánico hasta finales de la década de 2090, cuando los clíperes de contenedores habían terminado de sustituir a los transportes con motor diésel. Para entonces, los contenedores de materiales compuestos, más pequeños, se habían convertido en la unidad estándar de transporte por mar y tierra, y los antiguos, de acero, habían pasado a usarse en proyectos de vivienda y almacenamiento terrestre. Aquel contenedor en concreto había desaparecido de los sistemas de seguimiento. No se sabía dónde había pasado el último medio siglo. Muy probablemente, en alguno de los aparcamientos anegados del sur del Bronx, muy cerca de la estación del metro de Cypress.

Los sistemas de vigilancia del FBI, al que también tenían acceso los lobos, revelaban que, las dos semanas previas al secuestro, Henry Vinson se había reunido en varias ocasiones con dos personas relacionadas con Pinscher Pinkerton. En todos los casos, las reuniones se habían producido en un muelle y dentro de una jaula de Faraday móvil, así que no habían podido grabarlas. A partir de ahí, en palabras de los propios analistas, estaban entrando en el jardín del pulpo. Cuando Vinson y la gente de Pinscher se reunió, el equipo de vigilancia del FBI había descubierto que había alguien más vigilando la reunión, y parecía que ese alguien tenía una grabadora

dentro de la jaula de Faraday, con lo que seguramente hubiera podido grabar la conversación. Pero el FBI no había podido determinar la identidad de ese otro grupo.

Pinscher Pinkerton no parecía tener una sede física por ninguna parte. Sus finanzas residían en las Islas Caimán, y su nombre aparecía en la nube muy de vez en cuando, normalmente por algún fallo de su sistema de cifrado. Los criptógrafos de la Samba habían logrado hacerse con parte de su sistema de cifrado el año antes, pero Pinscher lo había detectado y había hecho los cambios pertinentes. Lo que habían recuperado los analistas antes de eso no tenía relación alguna con el secuestro de Rosen y Muttchopf, aunque sí habían descubierto pruebas sobre contactos con otra ventosa de esa pata del pulpo, un grupo al que se relacionaba con el asesinato de tres directivos. Esto era lo que había provocado que el FBI los introdujera en su *top ten* criminal. Asesinato por encargo, así de sencillo. Puede que los nombres de Rosen y Muttchopf estuvieran en algún lugar de aquellos datos, pero nunca los encontrarían si les habían puesto un nombre en clave y el equipo no conseguía deducirlo. Tal como estaban las cosas, las pruebas encontradas por los analistas no bastaban para convencer a la ciudad de que pidiera a la Organización Mundial del Comercio una orden para entrar en los archivos de Pinscher en la nube.

—Mierda —dijo Gen—. Pues yo quiero ir a por ellos.

En cambio, el FBI había logrado penetrar en los archivos de Vinson con facilidad. Allí estaba registrada la contratación de Rosen y Muttchopf, así como un contacto con Pinscher para un encargo de asesoría de seguridad personal. En la práctica, eran archivos públicos. Además, los analistas de la Samba habían extraído algunos algoritmos de inmersión en lagos oscuros de allí: Jeff Rosen los había etiquetado como trabajos propios y estaban adheridos a otros algoritmos que había localizado en los lagos. De hecho, había insertado un canal encubierto de acceso a un lago conectado a la Bolsa de Chicago. En conjunto, todos estos descubrimientos constituían una causa plausible lo suficientemente sólida para pedir a la SEC una orden para investigar más a fondo los archivos de Vinson.

Gen evaluaba ahora sus opciones analizando distintos escenarios con

Sean Olmstead, quien, en ausencia de una pizarra real, hacía las veces de tal. Si pedían la orden y la obtenían, puede que encontraran pruebas de que Vinson había contratado a Pinscher para secuestrar a su problemático primo y a su socio. Si Jeff solo había visto la punta del iceberg, en términos de manipulación ilegal de los mercados, el secuestro podía haber ahorrado a Vinson varios años de prisión, o al menos un molesto pescozón en el dorso de la mano.

—¿Y por qué no matarlos? —preguntó Olmstead.

—Igual no quería llegar tan lejos, ya sabes. Son de la familia o algo de eso.

Olmstead asintió sin demasiado convencimiento.

—Me parece que no están muy claras esas conexiones.

—Pero con una orden podríamos averiguar lo que han estado haciendo.

—¿Tú crees?

—Igual no. Pero a lo mejor les metemos miedo y cometen alguna estupidez.

—Tú quieres intentar eso —señaló Olmstead mientras tamborileaba nerviosamente sobre la mesa y lo pensaba. Riffs de jazz con las uñas, prueba de incertidumbre—. Siempre piensas que puedes asustarlos y obligarlos a salir de sus escondrijos.

—Exacto. Casi siempre tienen algo que esconder. Se creen grandes mentes empresariales, que hacen bailar a la SEC a su son, pero una visita de un inspector de policía con una orden los aterra.

—Se ven expuestos y tratan de reducir esta exposición.

—Justo. «Huye el impío sin que nadie lo persiga». Y, a veces, se puede construir un caso entero solo con las estupideces que cometen en momentos así.

—Como sustitutas de lo que sospechas, pero no puedes probar.

—¡Exacto!

—Pero si se lo huelen y aguantan, el farol falla. Eso pasa mucho. A estas alturas, ya es un truco un poco viejo. Un viejo cliché manido, si se me permite decirlo.

Gen suspiró.

—Esta juventud... Aun así, quiero intentarlo. Me encanta poner nerviosa a la gente. Porque, cuando te pones nervioso, la lógica escapa por la ventana.

—¿Hablas de ellos o de ti? Vale, perdona. Podemos pedir esa orden, por qué no. Se nota que lo estás deseando.

—Eres telépata.

• • • • •

La junta de control de la nube de la SEC les concedió la orden. Olmstead llamó a la teniente Claire para que los llevara y, poco después, se presentaba en el muelle 76, al lado del centro Javits, en una pequeña lancha rápida, acompañada por un grupo de agentes de paisano del departamento de fraude de la policía de Nueva York. Fueron en dirección norte hasta el muelle de la zona del Cloister, donde amarraron la lancha y subieron a la gigantesca plaza por la ancha escalinata del paseo.

El propio espacio era distinto allí arriba: más grande, más alto, más espacioso. La gente los miraba al pasar: tres agentes de uniforme, seguidos por un grupo de paisano. ¡Una redada! ¡Pelotón antivicio! Los viejos instintos se activaron y las miradas de temor de la gente evidenciaron que aquel vecindario pijo no era más que el último de un largo linaje de cuevas de ladrones supuestamente elegantes. Gen se sentía feliz caminando así, con firmes zancadas, como si dirigiese un desfile en miniatura.

Al llegar a la enorme base de la más grande de las torres, mostraron las placas a los agentes de seguridad.

—Venimos a hablar con Henry Vinson, de Alban Albany —dijo Gen al personal de seguridad del edificio.

—¿Tienen una cita? —les preguntaron.

—Tenemos una orden.

Gen masticó vigorosamente para destaponarse los oídos de camino a la planta cincuenta, bastante abajo en la torre, donde los pisos eran más grandes. Al salir del ascensor, Olmstead, Claire, ella y el equipo de investigación de

fraudes se encaminaron al escritorio de recepción de Alban Albany, donde aguardaba un grupo de gente.

—Quiero hablar con Henry Vinson —dijo Gen mientras les mostraba la orden.

Una de las recepcionistas indicó el teléfono con un gesto y Gen dijo:

—Sí, adelante.

La recepcionista llamó a Vinson y le dijo que una policía quería verlo.

—Que pase —fue la respuesta.

•••••

—Adelante —dijo Henry Vinson desde el centro de un piso enorme, abierto y acristalado por todos lados. Uno sesenta y siete, anglosajón, pelo rubio y escaso, aparentaba menos de sus cincuenta y tres años. Una boca pequeña y fruncida, piel fina, perfectamente bien vestido y acicalado. Como un actor que interpretase a un director ejecutivo, algo recurrente entre los directores ejecutivos de verdad, en la experiencia de Gen.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

—Quiero hacerle unas preguntas sobre su primo, Jeff Rosen —dijo Gen—. Recientemente ha pasado algún tiempo secuestrado junto con un amigo. Los sistemas municipales muestran que mantuvo usted varias reuniones con el proveedor de seguridad de su empresa, Pinscher Pinkerton, en el momento de su secuestro. Y Rosen y su socio trabajaron dos veces para usted en los últimos diez años. Así que querría saber si puede contarnos cuándo lo vio por última vez.

—Me sorprende mucho enterarme de todo eso —dijo Vinson con expresión de ofensa—. No sé nada sobre ese caso. Somos una firma de inversión de reputación impecable, tanto en la SEC como en la ciudad. Nunca incurriríamos en prácticas ilegales.

—Cierto —reconoció la inspectora Gen—. Por eso resulta tan inquietante. Podría haber elementos descontrolados en Pinscher, haciendo

cosas a sus espaldas en la equivocada idea de que las aprueba.

—Lo dudo.

—¿Cuándo vio por última vez a su primo, Jeff Rosen?

Vinson puso cara de fastidio.

—No estoy en contacto con él.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—No sé. Hace varios años.

—¿Y cuándo fue la última vez que tuvo contacto con él?

—Pues igual. Como le he dicho, no estamos en contacto. Su madre y mi padre murieron hace años. De jóvenes, solo nos veíamos en vacaciones. Lo conozco, claro, pero aparte de eso, no hay ninguna relación entre nosotros.

—Pero ha trabajado en su empresa.

—¿Ah, sí?

—¿No sabía que trabajaba aquí? ¿Tan grande es la empresa?

—Lo bastante —respondió Vinson—. El departamento de informática gestiona su propio personal. Podrían haberlo contratado sin que yo me enterase.

—Así que no sabe por qué se marchó.

—No.

—Pero sí sabe que trabajaba en informática, al parecer.

—Sí, eso sí.

—¿Y sabía que trabajaba programando códigos de operaciones de alta frecuencia?

—No lo sabía.

—¿Su firma realiza operaciones de alta frecuencia?

—Claro. Como todas.

Gen hizo una pausa para dejar que la afirmación reverberara un poco.

—No es cierto —señaló—. La suya lo hace, pero todas no. Es su especialidad.

—Bueno, especialidad... —dijo Vinson, de nuevo con aire de fastidio—. Cada uno hace las cosas a su manera.

—O sea, que las hacen.

—Sí, como le acabo de decir.

—Y su primo, que trabajaba en sus sistemas, pudo haber encontrado alguna prueba de actividades ilegales.

—No puede ser, porque solo operamos dentro de las normas establecidas por la SEC. Y, como ya le he dicho, llevo más de diez años sin tener contacto con él.

—¿Recuerda la última vez que hablaron?

—No. No sería nada importante. Puede que cuando murió su madre.

—¿La muerte de su madre no fue algo importante?

—En términos de trabajo, no. Vamos. No tengo nada más que decir sobre esto. ¿Ha terminado?

—No —dijo Gen—. Mi equipo va a examinar sus archivos y cualquier cosa que envíen a la nube a partir de este momento puede ser incautada.

—No. Creo que no. Creo que sí que ha terminado.

—¿Qué quiere decir?

Un nutrido equipo de agentes de seguridad entró en la sala y Vinson les hizo un gesto.

—He respondido a sus preguntas por educación, pero no pienso permitir un ataque contra nuestra confidencialidad. No creo que su orden sea válida. Estos agentes están aquí para acompañarla a la puerta, así que le ruego que colabore y se marche.

—Será una broma —dijo Gen.

—Nada de eso. Márchese del edificio ahora mismo, por favor. Estos agentes la acompañarán a la puerta.

Gen pensó un momento.

—Todo esto está siendo grabado, ya lo sabe.

—Claro. Si llegamos a eso, nos veremos en los tribunales. Ahora, por favor, le ruego que acate las normas de seguridad del edificio.

Gen miró al teniente Claire, que se encogió de hombros; nada que hacer.

—Nos marchamos, pero que conste nuestra protesta, que queda registrada aquí y ahora. Volveremos a hablar sobre esto.

Salió de la sala seguida por su gente y el equipo de seguridad del edificio. El ascensor estaba abarrotado.

Después de salir por las puertas del ascensor, cruzaron la enorme plaza

azotada por el viento y bajaron los anchos peldaños hasta el muelle.

Una vez en la lancha, Gen dijo:

—Serán cabrones...

Olmstead estaba rojo de indignación. Era un sabueso y le habían arrebatado el hueso de las fauces.

—He colocado moscas por todo el edificio. Puede que algunas consigan esconderse y oigan algo —dijo Claire.

—Buen trabajo —dijo Gen a Claire—. Habrá que cruzar los dedos. Seguiremos investigando a todo el que estuviera en el edificio y sus conexiones en la nube, a ver si podemos encontrar algo más grande que un desalojo de discutible legalidad. Como mínimo, igual podemos trincarlos por eso.

—Eso espero.

Tanto Claire como Olmstead parecían furiosos. Gen se preguntó si aquel sería el único resultado positivo de la visita. Eran jóvenes y ahora estaban muy enfadados. Cazarían con más ganas.

SEXTA PARTE

MIGRACIÓN ASISTIDA

El sistema de alcantarillado de Nueva York comienza por las tuberías de quince centímetros de diámetro que salen de los edificios. Estas se unen a las alcantarillas de la calle, de treinta centímetros de diámetro, que a su vez desembocan en los colectores, de dos metros o más. Hay catorce zonas de desagüe en la ciudad, y las alcantarillas siguen las antiguas cuencas del puerto hasta las plantas de tratamiento de agua que hay en la ribera.

El canal que atraviesa la Setenta y cuatro desde el río East se llamaba arrollo de Saw Mill.

Las cosas cambian cuando cambia el aire.  
—David Wojnarowicz

## a) el ciudadano

Cerrar la puerta del establo después de que se hayan escapado los caballos: claro. Es lo que hace la gente. En este caso, resulta que los caballos en cuestión son los de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, conocidos tradicionalmente como Conquista, Guerra, Hambre y Muerte. Así que el cierre de la puerta del establo fue especialmente enfático. Aunque, como es natural, incluso esta instintiva e inútil reacción tuvo su contestación, puesto que muchos señalaron que, en efecto, ya era demasiado tarde. Tras prender fuego al mundo, argumentaron, ¿por qué no nadar a favor de la corriente, seguir adelante, disfrutar del último destello de la civilización e incluso dejar de molestarse en arreglar las cosas? A esto se le llamaba adaptación y era una posición filosófica que gozaba de cierto arraigo entre ciertos ciudadanos de la nube, libertarios y académicos de disciplinas diversas, por lo general jóvenes, sin hijos o convencidos por cualquier otra razón de que la cosa no iba con ellos. Les hacía parecer muy guais, sobre todo entre intelectuales de mentalidad similar, y era un cinismo la mar de ventajoso, que venía a decir que era posible portarse como si las cosas siguieran siendo divertidas, emocionantes y normales, solo que de otro modo. Cuando algunos científicos señalaron que, de hecho, un efecto invernadero desbocado podía tener consecuencias muy serias, como las que había experimentado Venus varios miles de millones de años antes, y los Cuatro Jinetes ya sueltos podían crecer de manera exponencial y devorar gran parte de la biosfera, con lo que el evento de extinción masiva ya iniciado podía llegar a incluir entre sus víctimas a cierto *Homo sapiens* especialmente inconsciente, la respuesta de

estos tipos tan sofisticados fue de desdén, como si les resultara impensable que unas personas tan enteradas y fríamente realistas como ellos pudieran verse amenazadas por algo así. A la gente le encanta parecer guay.

Entonces llegó el pánico alimenticio del 2074, y, sus consecuencias, las subidas de precio, el acaparamiento, la carestía, la hambruna y la muerte, hicieron comprender bruscamente a todos, pero esta vez a todos de verdad, que hasta la comida, una necesidad que tantos habían dado por resuelta e incluso eliminada por las maravillas de la agricultura moderna, estaba en realidad a merced de las circunstancias que le imponía el cambio climático, entre otros martillazos antropogénicos asestados al planeta. En todo el mundo, el promedio de pérdida de peso para finales de la década de 2070 ascendió a varios kilos, aunque algo menos en los países desarrollados donde, en ocasiones, se recibió como una dieta que (al fin) funcionaba, y algo más en los países en vías de desarrollo, donde una pérdida así podía saldarse además con la muerte.

Así que este incidente obligó a los gobiernos del mundo a centrar su atención, no solo en la agricultura, cosa que hicieron con sobrevenida celeridad, sino en el uso de la tierra en términos más generales, es decir, en la base tecnológica de la civilización, empezando por lo que se dio en llamar la descarbonización acelerada. Lo que significaba incluso interferir en algunos casos con las fuerzas del mercado. ¡Ay, Dios mío! Así que el cierre de la puerta del establo comenzó en serio, mientras los modernos que habían defendido la adaptación hacían mutis por el foro e iban en busca de otras causas en las que demostrar su brillantez.

Se vio entonces que, a esas alturas, a pesar del caos y el desorden que se habían enseñoreado de la biosfera, había un montón de cosas interesantes que se podían intentar para mantener cerrada la puerta del establo. Existían muchísimas tecnologías no agresivas —e incluso regresivas— en materia de emisiones de carbono esperando a que el hombre tuviera a bien declararlas rentables en comparación con las que estaban destrozando el planeta hasta entonces. Energía, transporte, agricultura, construcción: cada una de estos sectores, que hasta entonces había hecho una considerable contribución a la contaminación del planeta, demostró tener un reemplazo ecológico a la

espera de ser utilizado, y, por si fuera poco, se desarrollaron muchos más a velocidad de vértigo. Muchos de los avances se basaban en la ciencia de los materiales, aunque existía tal consiliencia entre las ciencias y cualquier otro campo o disciplina humanos que, en realidad, podía decirse que todas las ciencias, humanidades y artes contribuyeron a los cambios emprendidos aquellos años. Todos se encontraron con la habitual resistencia del privilegio y el poder atrincherados, y el sistema económico que los codifica, pero ahora, como el pánico alimenticio recordaba a todo el mundo que la extinción en masa era una posibilidad plausible, pudieron hacerse progresos, al menos durante unos años, mientras el recuerdo del hambre seguía fresco.

Así que se instalaron rápidamente nuevos sistemas de energía: solares, claro, pues para eso es la fuente última de valor energético en la Tierra, y porque la eficiencia de la transformación de los rayos del sol en electricidad aumentaba más y más cada año que pasaba; y también eólicos, pues el viento sopla sobre la superficie de todo el planeta de maneras muy predecibles. Pero más predecibles aún son las mareas y las grandes corrientes de los océanos, y como los avances en la ciencia de materiales habían proporcionado al fin a la humanidad máquinas capaces de soportar el constante embate y la corrosión del mar, fue posible instalar sistemas maremotrices con turbinas mar adentro e incluso en las vastas profundidades para transformar en electricidad el movimiento del agua. Todos estos métodos no eran tan explosivamente cómodos como la quema de combustibles fósiles, pero bastaban; y permitieron crear muchísimos empleos, necesarios para la instalación y mantenimiento de tan grandes y variadas infraestructuras. Se comenzó a cuestionar la idea de que el trabajo humano iba a volverse redundante: ¿de quién había sido, por cierto? Parecía que, de pronto, nadie estaba dispuesto a reclamar su autoría. Solo era una de esas ideas absurdas surgidas de un pasado idiota y superado, como el flogisto o el éter. Ningún economista respetable la había sugerido, claro está. Esas eran cosas de frenólogos o teósofos, como mucho.

Con el transporte sucedió algo muy similar, dado que dependía de la energía para mover las cosas. Los grandes transportes de contenedores con motores diesel fueron desmontados y remodelados como clíperes de

contenedores, más pequeños, más lentos, y, de nuevo, más dependientes de la mano de obra humana. Ah, vaya, si de pronto había una auténtica necesidad de mano de obra, ¡qué sorpresa! Aunque era cierto que algunos de los elementos que controlaban un barco de vela se podían automatizar. Y lo mismo pasaba con las aeronaves de transporte, con paneles solares en la parte superior, que muchas veces eran totalmente robóticas. Pero los barcos que cruzaban los océanos del mundo, barcos de vela hechos de compuestos grafenados muy duros y livianos, o de dióxido de carbono capturados, contaban con tripulaciones que parecían disfrutar de la navegación y así, a menudo, servían también como escuelas flotantes, academias, fábricas, salas de fiesta o prisiones. A las velas normales se sumaban velas cometa que izaban hasta la atmósfera para atrapar los vientos más fuertes. Esto trufó el arte de la navegación de nuevos peligros, accidentes y aventuras y, de hecho, una nueva cultura oceánica reemplazó las perdidas culturas de las playas; perdidas, al menos, hasta que se recrearon en las nuevas y más elevadas riberas; Otro proyecto que requería trabajo humano en abundancia.

De los nuevos (pero antiguos) sistemas de transportes por mar surgió la idea de los aeropoblados, que también reemplazaron en cierta medida las desaparecidas costas; en el aire, las aeronaves no contaminantes dieron luz en algunos casos a los aeropoblados, e importantes colectivos se liaron la manta a la cabeza y decidieron que había llegado la hora de vivir en naves aéreas. La propia civilización comenzó a exhibir una especie de orientación hacia el este en el sentido de su desplazamiento, a la estela de las corrientes de chorro; donde soplaban los alisios existía un cierto movimiento de réplica hacia el oeste, pero, en general, el sentido de las cosas era hacia levante. Muchos analistas culturales se preguntaron por el sentido de esto y postularon una reversión del destino histórico basado en una supuesta tendencia hacia el oeste de las migraciones de siglos pasados, etcétera, etcétera, sin dejarse desalentar por quienes señalaron que esto solo significaba que la Tierra gira en el sentido en que lo hace.

En cuanto al uso de la tierra, los efectos fueron muy numerosos: los coches alimentados por combustibles fósiles quedaron relegados al pasado y los cochecitos eléctricos comenzaron a beneficiarse de las amplísimas redes

de carreteras de la Tierra, aunque muchas de estas pasaron a estar ocupadas por vías de tren o humanos en bicicleta, y otras desaparecieron por completo para crear los corredores de hábitats que requería la supervivencia de las numerosísimas especies en peligro que compartían el planeta con los humanos y a las que, por fin, se reconocía su importancia para la perduración de aquellos. Como la gente tendía a congregarse en las ciudades de todos modos, las autoridades fomentaron este proceso y un porcentaje de tierra digno de E. O. Wilson fue vaciándose gradualmente de humanos para quedar en manos de animales aves, reptiles, peces, anfibios y plantas. La agricultura se sumó a estos esfuerzos con la invención de la aericultura, en la que los aeropoblados descendían para plantar y cosechar sin apenas tocar tierra. El ganado vacuno, las ovejas, las cabras, los búfalos y demás animales de granja se asilvestraron y comenzó a ser cada vez más complicado convertirlos en alimento. De hecho, la mayoría de la carne destinada al consumo humano se cultivaba en cubas, pero la ganadería, si se hacía bien, también podía contribuir a la descontaminación, así que tampoco se abandonó del todo.

¿Y la desacidificación de los océanos? No era factible, aunque hubo intentos de fracturar el nuevo basalto de la falla del centro del Atlántico para capturar carbonatos, y para aumentar la cantidad de cal de los mares, construir gigantescos baños de electrolisis, o nuevas comunidades de algas, etcétera. Aun así, los océanos seguían enfermos, puesto que una tercera parte del carbono que se había quemado en los años de los combustibles fósiles habían acabado allí y, al aumentar su acidez, habían complicado las cosas a muchas criaturas basadas en este elemento que ocupaban la base de la cadena trófica. Y cuando el mar está enfermo, la humanidad también. Así que esta fue otra característica de aquella época, que obligó a seguir apostando por la agricultura, dado que la acuicultura (que en el pasado había generado una tercera parte de los alimentos de la humanidad) se había convertido en una actividad muy complicada y exigente, que no se limitaba a sacar peces del mar, como antaño.

¿Construcción? En el pasado había generado muchísimo carbono, tanto por la fabricación de cemento como por la de maquinaria. Este tipo de trabajos requerían mucha potencia explosiva, y para seguir realizándolos, los

combustibles fósiles eran necesarios. El carbono generado se extraía del aire, se recogía, se volvía a quemar y se volvía a extraer. Era un ciclo necesario para evitar la contaminación. Por su parte, el cemento fue reemplazado casi del todo por distintos componentes grafenados, en la llamada «trifecta Anderson», de gran elegancia: el carbono extraído del aire se convertía en grafeno, que se modelaba en formas compuestas mediante impresión 3-D y luego se usaba para construir materiales, lo que le impedía volver a la atmósfera. De ese modo, hasta la infraestructura de construcción podía tener un efecto neto negativo en términos de contaminación carbónica (lo que, para aquellos que se lo pregunten, significaba que se extraía de la atmósfera más carbono del que se emitía). Impresionante, ¿no? Tanto como para devolver el mundo a 280 partes por millón de CO<sub>2</sub> en la atmósfera, e incluso quizá para desencadenar una pequeña glaciación; la gente temblaba de impaciencia al pensarlo, sobre todo los glaciólogos.

Pero carísimo, también. Los economistas no podían por menos que sentir dudas. Porque los precios siempre tenían razón, y el mercado nunca se equivocaba, ¿verdad? Así que, todos estos inventos modernos, tan alabados por aquellos neomaltusianos a los que aún les preocupaban los problemas de los límites del crecimiento planteados por el desacreditado Club de Roma, ¿eran realmente factibles? ¿No sería mejor dejar que lo regulase el mercado?

¿Podíamos permitirnos el lujo de sobrevivir? Caray, ese no era modo de plantear la pregunta, decían los economistas. Se trataba más bien de acordarse de que la economía y el espíritu humano habían resuelto todos los problemas a comienzos de la era moderna, o en los años del viraje neoliberal. ¿No era evidente? Solo había que ir a Davos y echar un vistazo a sus ecuaciones, ¡todo tenía sentido! Y las leyes y las armas que garantizaban la adhesión a estas estaban de acuerdo. Así que, oye, sigamos para abajo, confiando en que los expertos sepan cómo funcionan las cosas.

Así que, ¿a que no lo adivináis?: no hubo consenso. ¿Sorprendidos? Estas interesantísimas tecnologías nuevas, cuyo corolario podía ser una civilización no contaminante, eran solo uno de los aspectos de un debate mucho más ambicioso sobre la respuesta que debía dar la civilización a las crisis heredadas de generaciones anteriores de experta estupidez. Y los Cuatro

Jinetes andaban sueltos, así que aquella no era la cultura más sana que hubiera ocupado el planeta; no, ni de lejos. De hecho, se podía sostener que a medida que subía la importancia de lo que estaba en juego, la gente se volvía más loca. La tiranía de los costes irre recuperables, seguida por una escalada del compromiso; muy común, tanto, en realidad, que eran los economistas quienes habían puesto nombre a estas acciones, porque definían comportamientos económicos.

Así que eso, ¡doble o nada y a rezar! O tratar de cambiar de rumbo. Y al tratar las dos tendencias de apoderarse del timón de la gran nave del estado, ¡estallaron luchas en cubierta! Ay, madre, ay, Dios. Seguid leyendo, queridos lectores, si os atrevéis. Porque la historia es un culebrón que duele, un kabuki con cuchillos de verdad.

Esto es una especie de fuga verbal, si lo dice el Autor.  
sugirió David Markson

Lo más extraño es aquello que, siendo lo más parecido en  
muchos casos particulares, lo es menos en alguno esencial.  
—Thoreau descubre el valle inquietante, 1846

## b) Stefan y Roberto

A Roberto y a Stefan les encantaba cuando se congelaba el gran puerto. Debido a la esquizofrenia del clima neoyorquino, lo normal era que solo sucediese durante una semana, pero mientras perduraba el hielo se sentían en un mundo distinto. El año anterior habían tratado de hacer un trineo durante este tiempo y, aunque el éxito no había coronado sus esfuerzos, algunas cosas sí que habían aprendido. Ahora querían volver a intentarlo.

El señor Hexter preguntó si podía acompañarlos.

—Yo hacía lo mismo de niño en el puerto para yates de North Cove.

Los niños se miraron, poco o nada convencidos, pero Stefan dijo:

—Claro, señor H. Igual puede ayudarnos a decidir cómo unir los patines a la parte de abajo.

Hexter sonrió.

—Si no recuerdo mal, nosotros los atornillábamos a unos tablones de dos por cuatro, que luego clavábamos a lo que tuviéramos. A ver con qué contáis.

Así que fueron caminando hasta el centro de la Veintidós, junto con otros cientos de personas que iban en la misma dirección, y, al llegar al río, bajaron hasta el muelle de acuicultura de Bloomfield, donde los chicos habían encadenado la cubierta de su trineo a un bolardo de hormigón, con una caja de herramientas y materiales escondida debajo.

—¿De dónde sacáis todas estas cosas? —preguntó Hexter mientras hurgaba entre las herramientas—. Algunas están bastante bien.

—Las encontramos —dijo Stefan.

Hexter asintió, no muy convencido. Era casi plausible, en general. La

ciudad estaba repleta de chatarra. Podía bastar con una visita a Governors Island o Bayonne Bay.

En ese momento apareció el jefe del muelle, Edgardo, y saludó a los chicos, lo que hizo perder el hilo al señor Hexter. Y resultó que también conocía un poco al señor H. Charlaron un rato de los viejos tiempos y los muchachos descubrieron con interés que el señor Hexter había tenido en su día un bote de remos en aquel puerto.

Después de que se marchara Edgardo, el anciano inspeccionó los patines.

—Parecen funcionales.

—Pero ¿cómo se colocan para que se pueda girar? —preguntó Stefan.

—Solo hace falta que se mueva el delantero. Debe tener una especie de timón.

Mientras rebuscaba entre los materiales y herramientas, añadió:

—¿Y qué pensáis de lo del tesoro, eh? ¿Os parece bien lo que está pasando?

Los muchachos se encogieron de hombros.

—A mí no me parece bien que no esté en un museo o algo así —dijo Stefan—. No creo que deban fundir las monedas. Seguro que tienen más valor como monedas antiguas, ¿no?

—No lo sé —respondió el señor Hexter—. Seguro que os gustaría quedaros una o dos, ¿eh? Podríais perforarlas y hacer un collar.

Los muchachos asintieron mientras intentaban imaginárselo.

—Sería la leche, sí —dijo Roberto—. ¿Y usted, señor Hexter? ¿Qué piensa de ello?

—No lo sé —dijo Hexter—. Por mi parte, si salimos bien de ello, con la vida solucionada y un fondo fiduciario para vosotros, estaré contento. Deberíais ver mundo. Yo lo único que quiero es un nuevo armario para los mapas. Aparte de lo básico, me refiero. Lo básico hay que tenerlo cubierto.

—Por eso se le llama así —supuso Stefan.

Trabajaron en el trineo mientras hablaban. Los muchachos habían conseguido un mástil de aluminio con una vela con botavara, pensada para guardarse en una caja en el fondo de un bote de remos. Así que fabricaron una especie de tope de madera, que clavaron debajo del ápice de la cubierta

triangular, atravesada con un agujero por encima del tope. El mástil iría metido en el agujero y encajado dentro del tope. Luego clavaron una estructura de tablones en la parte baja de la cubierta, que les permitirían atornillar dos cuchillas de patín en las esquinas posteriores de la estructura, con las puntas orientadas hacia delante. Al que había en el vértice del triángulo, la proa del trineo, lo atornillaron en un círculo de madera contrachapada. Luego encajaron este círculo en una estructura de madera cuadrada clavada al fondo de la cubierta justo delante del mástil, bajo otro agujero en la cubierta donde se podía meter el poste de un timón, atornillado a su vez a la parte superior del círculo de madera contrachapada. El poste tenía un travesaño clavado encima. Ataron sendas cuerdas a sus dos extremos y las pasaron por los costados del mástil hasta la popa, donde las ataron a unas abrazaderas atornilladas a la cubierta. Estas cuerdas les permitirían mover el patín delantero con el timón. Una vez instalados dos soportes de tablones gruesos para el mástil, estaban listos para partir.

—Ponedle un freno —les aconsejó el señor Hexter—. Un simple freno de mano. Un tablón de dos por cuatro con una bisagra, colgado en la popa. Algo que se pueda clavar en el hielo si es necesario.

Hurgó entre la chatarra hasta encontrar una vieja bisagra de bronce de una puerta.

—¿Servirá eso? —preguntó Roberto—. O sea, ¿solo madera sobre el hielo?

—No muy bien, pero menos es nada. Al menos a veces.

Se soplaron las manos tras quitarse los guantes, y dieron unos saltos para entrar en calor. El sol, suspendido sobre Staten Island como un disco opalescente, calentaba más de lo que parecía, pero aun así hacía frío.

—¿Qué podemos hacer luego, señor Hexter? —preguntó Roberto mientras trabajaban—. Ahora que hemos encontrado el *Husar*, necesitamos algo nuevo.

—Pues no hay nada como el *Husar*.

—Algo tiene que haber.

Hexter asintió.

—Nueva York es infinito —reconoció el anciano—. Dejadme pensar.

Ah... Claro. A ver, ya sabéis que Herman Melville vivió aquí la mayor parte de su vida.

—¿Quién?

—¡Herman Melville! ¡El autor de *Moby Dick*!

—Vale. Seguro que es un libro interesante —se rieron los dos—. Cuéntenos más.

—Chicos, escribió la gran novela americana y, cuando se publicó, acabó con su carrera. La gente la usó como papel de váter durante un siglo, más o menos, así que, durante el resto de sus días, tuvo que buscar otros trabajos para dar de comer a su familia. Siguió escribiendo y, a su muerte, encontraron toda clase de obras maestras metidas en cajas de zapatos, pero mientras estuvo vivo lo pasó mal para salir adelante.

—¡Como nosotros!

—Exacto. Era una rata de agua. Pero obtuvo un trabajo como inspector de aduanas en los muelles que hay al sur de aquí. Herman Melville, inspector de aduanas. Ese es el título de mi obra maestra perdida. Pero la suya era un manuscrito que tituló *La isla de la cruz*. Trataba sobre una mujer que se enamoraba de un marinero y, tras dejarla embarazada, se marchaba y se casaba con otras chicas en otros puertos, mientras ella se quedaba allí y tenía que salir adelante por sí sola.

—Como Melville tras quedarse sin lectores —señaló Stefan.

—Muy bien. Seguramente sea así. En cualquier caso, sus editores la rechazaron de pleno y, según se dice, Melville se llevó el manuscrito a casa y lo quemó en la chimenea.

—¿Por qué?

—Estaba enfadado. Pero también es posible que no lo hiciera. Fue Russ quien dijo que había sido así, pero otros dijeron que estaba en otra caja de zapatos. Y la cosa es que vivía en la Veintiséis este, en una casona grande situada a una manzana de Madison Square.

—¿Nuestro Madison Square?

—Exacto. En serio, esa pequeña cuenca en la que vivís ha tenido una historia asombrosa. Es una especie de punto neurálgico.

—Un manuscrito no aguantaría bajo el agua como el oro —señaló

Roberto.

—Ya. No, lo más seguro es que la novela se haya perdido para siempre. Es una pena. Pero cualquier cosa procedente de la casa de Melville sería un gran hallazgo. Y es como el Husar, porque podríais buscar en el fondo del canal donde estaba su casa sin que nadie os moleste.

—Pero dragar el fondo no es nada fácil —señaló Stefan—. Nos hizo falta la ayuda de Idelba y Thabo.

—Es cierto. Y posiblemente la consigamos de nuevo, si encontráis el lugar. Y no puede ser muy difícil, porque ya sabemos exactamente dónde estaba. Así que, si encontráis alguna cosa, madera, o algo como la taza de los cepillos de dientes de Melville, o un tintero de marfil o cualquier cosa parecida...

—Buena idea —dijo Roberto, entusiasmado.

Stefan no parecía tan convencido.

—Nos dejamos la campana de inmersión en el Bronx. Después de que casi acabe contigo.

—Podríamos volver a buscarla.

—Pero parece que estamos a punto de terminar el trineo —observó el señor Hexter.

—¡Vamos a probarlo! —exclamó Roberto.

Un viento racheado soplaba a lo largo del Hudson, no demasiado fuerte ni aplastantemente frío. Así que bajaron el trineo al hielo junto a la misma orilla, se subieron a la cubierta de contrachapado y lo pusieron en movimiento empujando con los pies mientras izaban la vela.

El viento la hinchó al instante y Roberto ató el extremo a una abrazadera que habían atornillado en el centro del mástil de madera. Stefan tiró de las dos cuerdas atadas al poste del timón hasta que el patín delantero quedó orientado ligeramente a la derecha, a favor del viento, y luego las ató a sus propias abrazaderas. A esas alturas navegaban de través con viento del oeste, sobre el poderoso Hudson, avanzando en medio del chirrido del hielo.

Se levantó una bocanada de viento y el trineo, en lugar de ladearse como una embarcación de vela, simplemente aumentó la velocidad de su marcha, una aceleración brusca y sorprendente, marcada por un chirrido más fuerte y

un nuevo siseo. Stefan y Roberto se miraron con los ojos muy abiertos, y puede que hubieran estado un poco nerviosos de no ser porque el señor Hexter sonreía enseñando todos los dientes que le quedaban, una sonrisa de pura dicha como jamás hubieran visto en su cara. Evidentemente, no era la primera vez que se subía a un trineo y le encantaba. Así que Roberto mantuvo la vela izada y Stefan movió el patín delantero un poco más a la derecha para aprovechar mejor el viento y avanzaron como una flecha por el río, que desde aquel lugar privilegiado parecía un inmenso lago de hielo, uno de los Grandes Lagos, quizá. O, habida cuenta de las gigantescas torres de la ciudad y de Hoboken, a cada lado, una pista de hielo para titanes. ¡Era como ir en una especie de hidroala para el hielo!

Pero el viento era muy frío, así que se embozaron como pudieron en sus chaquetas, y se taparon las orejas con los gorros de lana. Tenían las manos heladas a pesar de los guantes.

—¡Colocaos en perpendicular al viento! —gritó el señor Hexter.

Stefan soltó las cuerdas y tiró con fuerza del derecho, lo que hizo girar al trineo en esa misma dirección, río arriba y a contraviento, hasta que la vela comenzó a aletear con fuerza y, con un chirrido sobre el hielo, quedaron inmóviles.

El viento seguía soplando y empujaba hacia ellos un cielo madreperla desde el sur. Las rachas más fuertes hacían retroceder el trineo más de medio metro cada vez.

—¡Madre mía! —dijo Roberto.

—Había olvidado el frío que se pasa —dijo el señor Hexter con cierto aire de conmiseración—. Nuestro trineo se parecía más a una lancha normal, así que teníamos una cabina donde podíamos meternos para resguardarnos. Además, siempre llevábamos mantas, y guantes térmicos, y termos de chocolate caliente.

Roberto, con los labios blancos, había empezado a tiritar.

—Los guantes y las mantas podríamos pedirlos. Creo que Edgardo tiene.

—Habría que haberlo pensado antes —dijo Stefan.

—Volvamos —dijo el señor Hexter—. No nos hemos alejado demasiado.

A los muchachos les parecía que estaban casi en Jersey, pero el señor

Hexter sacudió la cabeza y les dijo que compararan el tamaño de los barcos de los muelles de Hoboken con los de la ciudad. Desde allí no podían verlos, pero estaban dispuestos a creerle. Stefan tiró de sus cuerdas e hizo girar el patín delantero a mano izquierda para orientar de nuevo la proa hacia la ciudad y regresar. Una vez mirando a Manhattan, Roberto tensó la vela y el trineo, tras resbalar un poco de costado, comenzó a dirigirse hacia la ciudad entre chirridos y siseos.

—¡Cuidado con la botavara! —gritó el anciano mientras aceleraban con repentina violencia.

Roberto tiró con todas sus fuerzas de la vela y la ató a una cornamusa antes de perderla, mientras Stefan se tendía para esquivar la botavara, que había pasado del costado izquierdo del trineo al derecho.

Un siseo estrepitoso, una aceleración tremenda. Nunca habían sentido nada parecido. La velocidad era asombrosa. Ni el zumbador de Franklin Garr habría podido superarla.

Entonces hubo un fuerte chasquido en la proa y la cubierta se venció hacia delante. Con un chirrido, el trineo se detuvo bruscamente, mientras sus tres pasajeros resbalaban sobre la madera hacia el hielo.

—¡Suelta la vela! —dijo el señor Hexter a Roberto—. Suelta la vela, deprisa.

Una vez cumplida la orden, la vela aleteó libremente sobre la botavara. Recobraron la compostura, se pusieron en pie y dieron una vuelta por el hielo, a su alrededor. En algunas zonas era translúcido, e incluso transparente. Daba miedo, porque, por debajo, se apreciaba claramente el movimiento del agua negra.

El patín delantero y su montura circular se habían soltado de la estructura, que se había partido en ambos lados.

—Demasiada tensión —dijo Hexter—. Y desde otra dirección.

Inspeccionó los daños y sacudió la cabeza.

—Es una pena. No creo que podamos arreglarlo.

—¡No! ¿Y qué hacemos?

—Habrá que llevarlo a pie. A ver, atad las cuerdas a la parte delantera de la proa y lo levantamos para llevarlo sobre los patines traseros. No pesará

tanto.

Se colocaron junto al trineo e hicieron lo que sugería. Al terminar, era posible levantar la proa lo bastante para tirar del trineo. Al cabo de un rato pararon, soltaron el mástil y lo apoyaron sobre la cubierta junto con la botavara. Después de eso resultó mucho más fácil.

—Esto mola —dijo Roberto—. Normalmente, cuando metemos la pata nos quedamos atrapados.

El señor Hexter se echó a reír.

—Por eso me gustan los trineos a vela. Cuando zozobras en el agua, no puedes volver a casa así. Creo que solo hay que encontrar el modo de reforzar la estructura donde va el patín delantero. Igual podéis comprar alguna pieza ya montada y colocarla. Debe de haber muchos fabricantes de patines en este puerto, ¿no?

Los muchachos se mostraron de acuerdo.

—Pero no tenemos dinero para eso.

—¡Pues claro que sí! Pagadles con una guinea de oro. Veréis el cambio que os dan.

Seguía haciendo frío, así que intentaron apremiar un poco al anciano, pero de vez en cuando paraba para mirar a su alrededor. Los muchachos intentaron mostrarse indulgentes, pero entonces se detuvo por completo, mirando en todas direcciones.

—¿Qué pasa? —se quejó Roberto.

—¡Es aquí! Es aquí, ¡justo aquí!

—¿Qué es aquí? —preguntó Stefan.

—¡Donde conocí a Herman Melville! Lo sé por la orientación del muelle con respecto al Empire State Building.

—Ah, ¿entonces conoció a ese Melville?

—No —dijo Hexter con una carcajada—. No. Ojalá. Seguro que sería muy interesante. Pero era muy anterior a mi época.

—¿Y cómo es que lo conoció?

—Era su fantasma. Me lo encontré aquí y hablamos. Fue muy raro, sí. Un encuentro insólito. Tenía un fuerte acento de Nueva York, solo que más marcado. Puede que con algo de holandés. Fue aquí mismo, donde estamos.

Qué coincidencia. Puede que por eso se haya roto el trineo. O que por eso me haya acordado de él antes. Podría seguir aquí, jugando con mi cabeza.

Stefan y Roberto se lo quedaron mirando.

Les devolvió la mirada y sonrió.

—Venga, sigamos andando. Parece que tenéis frío. Os lo contaré mientras tanto.

—Buena idea.

Así que, mientras regresaban caminando sobre el hielo, que en aquella zona estaba teñido casi del todo de blanco y cubierto por una capa de líneas bajas de nieve compactada que Hexter llamó «sastrugi», les relató la historia.

—Una noche estaba aquí con una lancha de plástico parecida a la vuestra. Zodiacs, las llamábamos.

—Aún se llaman así.

—Es bueno saberlo. Bueno, pues el caso es que estaba aquí...

—¿Por qué estaba aquí de noche?

—Es una larga historia y os la contaré en otra ocasión, pero, en esencia, me encontraba aquí para recibir unas mercancías de contrabando.

—¡Vaya! ¿Qué es eso?

—¿Qué es el contrabando o qué me traían?

—Qué es el contrabando —le aclaró Stefan mientras miraba de reojo a Roberto.

—Bueno, cosas que se supone que no deben entrar en el país sin pagar impuestos. O que no deben entrar y punto. Así que las metes sin que nadie se entere. Y a eso se le llama contrabando.

—¿Y qué le traían? —preguntó Roberto.

—Ya hablaremos de eso otro día —dijo el anciano—. Ahora quiero llegar a lo importante, que es que estaba aquí en la oscuridad, en una noche sin luna, con el agua cubierta por una neblina, realmente aliviado por llevar un GPS porque sin él nunca habría sabido dónde estaba. Era una niebla de verdad, lo que llaman un puré de guisantes, muy densa. De vez en cuando alcanzaba a vislumbrar el Empire State porque por aquel entonces estaba todo iluminado, pero no se veía nada más. Yo estaba allí, en medio de una neblina blanca, o una blancura negra. Y entonces, de repente, apareció un hombre

remando en medio de la niebla. Un bote de remos de madera, bastante grande, con un solo tripulante. Tenía el cabello cano y corto, y una barba con dos puntas. Era un tipo viejo y de tórax fornido. Y remaba con tanta fuerza en la oscuridad que estuvo a punto de embestirme, porque, claro, cuando estás remando no ves hacia dónde vas. Aunque, en su caso, en el mismo instante en que lo llamé, hizo virar el bote remando en una dirección con un remo y en la contraria con el otro. Dio la vuelta hasta tenerme a proa, para poder verme. La verdad es que remaba de maravilla. Esa fue mi primera impresión, que era un extraordinario remero. Cosa lógica, claro.

—¿Por qué?

—Roberto, ¡cierra el pico!

—No, es una buena pregunta. Era un gran remero porque había ido en un ballenero de joven y allí perseguían a las ballenas para arponearlas, y luego se llevaban los cuerpos de regreso al barco también remando. Os aseguro que cuando tienes una gran ballena atada a la popa de tu bote, consigues muy poco impulso con cada boga. Así que sabía remar a la perfección. Y después de que se hundiera su carrera como escritor, tuvo aquel trabajo en los muelles, donde también se remaba mucho. Herman Melville, inspector de aduanas. Mi libro favorito sobre él, aunque he de reconocer que lo escribí yo mismo.

—¿Pero no había dicho que no lo había escrito?

—¡Roberto!

—En aquellos años se decía que era el único inspector de aduanas honrado de todo Manhattan. Algo que, como es natural, debía de ser increíblemente peligroso.

—¿Y eso?

—Pensadlo. Si todos los demás eran corruptos, él representaba un peligro. Para los contrabandistas y para los demás inspectores. Es raro que no acabara con una bala en la cabeza y arrojado al río, pero, de hecho, tuvo toda clase de aventuras en aquellos años. El libro es sobre todo una novela de detectives, se podría decir, o una novela de aventuras en la que pasan mil cosas: desbarata los planes de algunos criminales, intentan matarlo, hay unos antiguos confederados chiflados que intentan sembrar el caos... Y muchas de esas

cosas sucedieron en el río, aquí mismo. A veces tenía que venir remando hasta aquí, donde los barcos esperaban anclados a que abrieran algún muelle. A Staten Island y de vuelta. Podía coger a los contrabandistas remando. Imagino que irían en embarcaciones a vela y, como el viento amainase un poco, alcanzaría a esos criminales. ¡Era un campeón del remo!

—¿Y qué pasó cuando se encontraron aquí? Usted también era contrabandista, ¿no?

—En efecto. ¡Puede que por eso apareciese! Pero el caso es que, aquella noche, abarloó su bote junto al mío, se inclinó y me miró. «¿Eres tú, Billy?», me preguntó.

—¿Y quién era...?

—¡Calla!

—No lo sé... Tal vez se refería a Billy Budd. Pero al responderle yo que no, pareció sobresaltarse, casi como si se asustara, y dijo: «¿Malcolm? ¿Eres mi Malcolm?». A lo que yo respondí: «No, soy Gordon. Gordon Hexter».

—¿Quién era Malcolm?

—Así es como se llamaba su hijo mayor.

—¿Y entonces? —insistió Stefan.

—Miró mi zodiac y preguntó: «¿Qué es eso, un bote de goma?». Le respondí que sí y me dijo: «¡Buena idea!», y luego preguntó: «Pero ¿y los remos?». Le dije que se me habían caído por la borda y me miró como si supiera que era mentira, porque en la lancha no había horquillas. Y, además, en su época ya existían buques de vapor, y el *Monitor* y el *Merrimac*. Vio el motor a popa y me preguntó lo que era y yo le dije que una bobina para una red de pesca. Tendría que haberle dicho que era un motor, y punto. Pero me miró y me dijo que me remolcaría hasta la costa, así que respondí que sí, porque a esas alturas no tenía sentido negarse. Así que me ató un cabo a la cornamusa de proa y empezó a remar, de modo que al final me quedé sin las mercancías que esperaba. Aunque en aquel momento no pensaba en eso.

»«¿Cómo sabe adónde tiene que ir con esta niebla?», le pregunté, porque me estaba mirando. Esbozó una pequeña sonrisa bajo el bigote; fue el único instante en que vi expresión alguna en su cara. «Pues sabiéndolo —respondió—. Se podría decir que me conozco este río como la palma de mi mano. Sea

noche de luna llena, caigan chuzos de punta o haya una niebla tan densa como los pensamientos de mi cabeza, puedo oír dónde estoy. Puedo sentir el fondo de la bahía, sentirlo como siento mi cama debajo de mí de noche. Este puerto es ahora mi Pacífico. Finalmente me he amoldado a las circunstancias.»

»Entonces, una especie de ola nos golpeó por detrás. Sentí que me levantaba, y luego lo levantaba a él y volvía a dejarlo. Miré a mi alrededor y creo que dije: «¿qué ha sido eso?», pero no veía nada en la niebla. El agua estaba revuelta debajo de nosotros, y llegaron nuevas olas que nos levantaron y volvieron a bajarnos. Dejó de remar y mi zodiac chocó contra la popa de su bote, y entonces se me acercó y me dijo: «¡Es lo que ando buscando, hijo! ¡Ahí está la estacha!».

Me di la vuelta para mirar de nuevo, pero no pude ver nada y luego, al volverme, me encontré que estaba solo. Había desaparecido, junto con el bote, como si tal cosa.

—¿Qué le había pasado? —preguntó Roberto.

—No lo sé. Por eso digo que debía de ser un fantasma, por su forma de desaparecer. Era la primera indicación que tuve de que no era real. Para entonces me encontraba bastante cerca de la calle West, cosa que descubrí al explorar un poco la zona. Os aseguro que estaba bastante intranquilo. Pero fue peor luego, cuando leí que habían encontrado un par de botes llenos de gente muerta a la deriva. Acuchillados. Creo que se refería a eso. Por eso me sacó de la niebla. Iban a asesinarme en la operación, pero él se me llevó remando.

—Madre mía —dijo Stefan.

—¿Pero a qué se refería con lo de la estacha? —preguntó Roberto.

—¡Ah, sí!

El señor Hexter se detuvo para recobrar el aliento y responder a esto. Estaba totalmente enfrascado en su relato.

—En *Moby Dick* hay un capítulo llamado «La estacha», puede que el mejor del libro. Es donde Melville describe cómo era cuando los balleneros remaban en pos de las ballenas para alcanzarlas. Los arponeros iban sobre la proa, y algo así como una docena o docena y media de marineros remaban con todas sus fuerzas, como un equipo. Había un cabo enrollado en una tina

grande en mitad del bote, con un extremo atado al arpón, y cuando el arponero lo lanzaba contra la ballena y la alcanzaba, esta se sumergía rápidamente y la estacha, que es como se llamaba ese cabo, salía de la tina a toda velocidad. Pero para que no se enredase ni se partiese a consecuencia del violento tirón inicial, tenían una buena parte de la estacha suspendida de unos postes alrededor del bote, de modo que pudiera tensarse rápidamente en cuanto se sumergiese la ballena. Imaginároslo: mientras los remeros bogan con todas sus fuerzas y las olas saltan por todas partes a su alrededor, la estacha está suspendida entre ellos, esperando a que la ballena tire de ella y se la lleve. De modo que, como se te enganche a la cabeza o a un brazo por accidente cuando se pone en movimiento, ¡bang! Para abajo que te vas con ella.

—Está de broma —dijo Stefan—. ¿En serio lo hacían así?

—En serio. Pero entonces, cuando Melville termina de describir esta absurda configuración, añade: «Pero ¿por qué decir más?», ¡y afirma que la situación no es distinta a la de cualquiera de nosotros en cualquier momento! El lector que está disfrutando de *Moby Dick* junto a la chimenea, asegura Melville, se encuentra en la misma situación que los pobres marineros que bogan en su bote en pos de la ballena. ¡Porque la estacha siempre está allí!

—Qué deprimente —señaló Roberto.

—¡Pues sí! —dijo el señor Hexter, pero con una carcajada.

Levantó la cabeza y lanzó un grito, allí mismo, en medio del hielo y bajo la luz.

Entonces cogió el cabo con el que estaban tirando de su trineo y dijo:

—¿Veis? He aquí la estacha. Pero aquella noche, Melville me ayudó a esquivarla. Y solo yo sobreviví para contar el relato.

Hoy el cielo está tan azul que quema.  
dijo Joe Brainard

Una noche fui a Coney Island con Jean Cocteau. Fue como  
si hubiéramos llegado a Constantinopla.  
se maravilló Cecil Beaton

## c) Mutt y Jeff

Mutt y Jeff están sentados con Charlotte en su barandilla, tomando vino a sorbitos en tazas de café blancas.

—¿Es raro estar de vuelta en el mundo? —les pregunta Charlotte.

—Ya era raro antes.

Contemplan la acuática ciudad nocturna. La ancestral filigrana de los cables del puente de Brooklyn articula los nuevos superrascacielos de Brooklyn Heights, iluminados como botellas de licor. El puerto parece vasto a la luz invernal, con las grandes placas de hielo que flotan anaranjadas en la negra lóbreguez del crepúsculo. Los días aún son breves.

—Supongo que se puede decir que estamos más cuerdos que antes —dice Mutt.

Jeff sacude la cabeza.

—Tampoco sería mucho decir, pero ni siquiera es cierto. Yo he perdido la chaveta. Ahora quiero cosas.

—Y antes —protesta Mutt.

—En los sueños comienzan las responsabilidades —dice Charlotte.

Esto hace sonreír a Jeff, lo que complace enormemente a Mutt.

—¡Delmore Schwartz! —dice Jeff.

—En realidad, Yeats —responde Charlotte—. Schwartz lo citaba a él.

—¡Será una broma!

—En serio. Lo descubrí de la peor manera. Alguien dijo que era Yeats, yo lo corregí, dije que era Delmore Schwartz, y resultó que él que tenía razón.

—Ay.

—Eso dije yo. No era alguien que quisiera que me corrigiese.

—¿Te refieres a tu ex, el presidente de la Reserva Federal?

Charlotte enarca las cejas.

—Has acertado.

—Me sorprende que lo supiera.

—A mí también me sorprendió. Pero es que es un hombre lleno de sorpresas.

Miran la sábana de agua negra, tachonada de icebergs blancos casi invisibles, y rodeada de edificios iluminados y a oscuras. La inmensidad del puerto de Nueva York de noche es asombrosa, sublime. La negra bahía estrellada.

—Todo el mundo está lleno de sorpresas —dice Mutt—. ¿Visteis el programa de Amelia Black después de que se cargaran a sus osos?

—Claro —responde Jeff—. Como todos, ¿no?

—Ya tiene como cien millones de visitas —confirma Charlotte.

—Lo dicho, todos.

—Hay nueve mil millones de personas en este planeta —señala Mutt—, lo que significa que eso son una de cada noventa, más o menos.

—Vamos, todos —responde Charlotte—. O muchísimos, al menos.

—¿Y qué te pareció? —la interroga Mutt.

Charlotte se encoge de hombros.

—Es boba. Apenas le da para encadenar dos ideas seguidas.

—Venga ya...

—Lo que significa que me encanta. Obviamente.

—No tanto.

—Que sí. Sobre todo después de lo que dijo sobre el Sindicato de Propietarios mientras salvaba ese aeropoblado que iba a estrellarse. Aquella emisión tuvo también un montón de visitas. La verdad es que resultó muy raro que lo dijera en ese momento. Creo que tiene un pequeño problema con el... No sé. El pensamiento secuencial.

—Es como todos nosotros —dice Jeff.

Charlotte y Mutt no entienden esto.

—Quiere arreglar las cosas —les explica—. Está enfadada porque sabe

que no van bien. Le gustaría matar a la gente que amenaza a su familia. ¿En qué se diferencia de nosotros?

—¿En que nosotros tenemos un plan? —sugiere Charlotte.

—¿Ah, sí? Tenéis un edificio, y la comunidad de la intermarea, la Samba y las demás cooperativas, pero ahora que las cosas están empezando a ir bien, volverán a comprarlo todo. Donde hay una comunidad, siempre hay voluntad de levantar cercos. Y el cercado siempre gana. Así que, como es lógico, tiene ganas de matar. Y yo. De ponerlos contra una pared. La ejecución del rentista.

—La eutanasia del rentista —lo corrige Charlotte—. Keynes.

—Lo que tú digas.

—Pareces bastante cabreado.

—Pues tendrías que haberlo visto antes —insiste Mutt—. En serio, está mucho más calmado.

—De eso nada.

—Tendrá sed de venganza —dice Charlotte.

Jeff levanta los brazos, como diciendo «¡qué!».

—¡Tengo sed de justicia!

—Pues suena como a venganza.

La carcajada de Jeff es casi como un «arrrrrrgh». Se tira de los pelos con ambas manos.

—¡En este punto, la justicia y la venganza son la misma cosa! La justicia para la gente sería la venganza contra los oligarcas. Así que sí, quiero ambas cosas. La justicia es los penachos de la flecha y la venganza, la punta.

—La clase rentista no se rendirá fácilmente —dice Charlotte.

—Claro que no. Pero mira, una vez que los estás liquidando, les dices que cada uno puede conservar cinco millones. Ni más ni menos. La mayoría hará un análisis de costes y beneficios y se dará cuenta de que no merece la pena morir por una cifra mayor. Cogerán los cinco millones y agacharán la cabeza.

Charlotte lo piensa.

—El dorado salto en paracaídas del rentista.

—Claro, ¿por qué no? Aunque yo prefiero llamarlo su decapitación fiscal.

—Para ser una venganza, es bastante suave.

—Guante de terciopelo. Minimiza el dramatismo del trauma.

—Eso siempre me gusta.

Toma un sorbito de vino.

—Me gustaría oír lo que dice Franklin al respecto. Sobre la forma de financiarlo.

—¿Por qué él? —pregunta Jeff.

—Porque me gusta. Es un joven muy simpático.

Jeff sacude la cabeza mientras la mira, como si estuviera contemplando un auténtico monumento a la estupidez.

Mutt, para desviar el lacerante criticismo del joven financiero que adivina en Jeff, interviene:

—¿Alguna vez habéis pensado que nuestro edificio es una especie de red de agentes capaces de conseguir cosas? Tenemos a la estrella de la nube, a la abogada, al experto en el edificio, el propio edificio, la detective de la policía, el tío del dinero... ¡Solo nos falta un conductor para que sea una peli de atracos, joder!

—¿Y entonces tú y yo quiénes somos? —dice Jeff.

—Los vejstorios llenos de sabiduría, Jeffrey.

—Ese es Gordon Hexter —señala Jeff—. No, somos los dos teleñecos viejunos del balcón, con sus chistes tontorrones.

—Chistes tontorrones... —dice Mutt—. Me gusta.

—Y a mí.

—Pero ¿no es un poco raro que tengamos justo a la gente necesaria para cambiar el mundo?

Charlotte sacude la cabeza.

—Eso se llama sesgo de confirmación. O error de representación. No me acuerdo, joder. Cuando piensas que lo que tú ves es lo único que pasa. Un error cognitivo muy habitual.

—Facilidad de representación —dice Jeff—. Una heurística de lo disponible. Crees que lo que ves representa la totalidad.

—Exacto, eso es.

Mutt es consciente de ello, pero dice:

—Por otro lado, aquí tenemos un equipo estupendo.

—Como todo el mundo —responde Charlotte—. En este edificio viven dos mil personas y solo conocéis a veinte de ellas. Yo conozco a doscientas, así que pensamos que son las importantes. Pero ¿hasta qué punto es factible que sea así? Es cuestión de facilidad de representación, nada más. Y en todos los edificios del bajo Manhattan pasa lo mismo, forman parte de la sociedad de ayuda mutua, que ahora está por todas partes, por todo el mundo anegado. Seguramente, cada edificio intermarea del mundo sea como el nuestro. Porque toda la gente que conozco en mi trabajo es como nosotros.

—Entonces, ¿se trata de confundir lo particular con lo general? —dice Mutt.

—Algo así. Y existen algo así como doscientas grandes ciudades costeras, todas en la misma situación que Nueva York. Unos mil millones de personas. Y todas bajo la amenaza del agua, todas en situación precaria, todas cabreadas con Denver y los capullos ricos que siguen desfilando. Todas queremos justicia y venganza.

—Que es la misma cosa —le recuerda Jeff.

—Vale, lo que sea. Queremos justicia-venganza.

—Jusvenganza —se aventura Mutt—. Venjustanza. No termina de quedar bien.

—Dejémoslo en justicia —sugiere Charlotte—. Es algo que todos queremos.

—La exigimos —dice Jeff—. Y no la tenemos. El mundo es un desastre por culpa de unos capullos que se creen que pueden robarlo todo y salirse con la suya. Así que tenemos que derrotarlos y recuperar la justicia.

—¿Y las condiciones son propicias, según tú?

—Mucho. La gente está hasta las narices. Tienen miedo por sus hijos. En momentos así es cuando cambian las cosas. Si funciona como dice la ley de Chenoweth, solo necesitas que la desobediencia civil afecte a un quince por ciento de la población, aproximadamente. El resto lo apoya al verlo, y adiós a la oligarquía. Tienes un nuevo régimen legal. No hace falta un baño de sangre ni dejarlo todo en manos de un grupo de revolucionarios violentos y matones. Puede funcionar. Y las condiciones son propicias.

—¿Y cómo comienza algo así? —se pregunta Charlotte.

—Con cualquier cosa. Algún desastre, grande o pequeño.

—Vale, bien. Siempre me ha gustado esperar a que golpee el desastre.

—¡Como a todo el mundo!

Jeff se ríe junto con Charlotte. Se rellenan las tazas. Mutt siente que una sonrisa se abre paso por sus facciones de un modo que casi había olvidado. Levanta su copa de cerámica y brinda con Jeff.

—Me alegra volver a verte feliz, amigo mío.

—No estoy feliz. Estoy furioso. Furioso, joder.

—Exacto.

En una tormenta, el Flatiron parecía moverse hacia delante  
como la proa de un monstruoso vapor oceánico, verdadera  
imagen de la nueva Norteamérica aún en gestación.  
dijo Alfred Steiglitz

## d) Vlade

El terminal de muñeca de Vlade sonó y una voz dijo:

—¿Qué, cómo marcha lo del oro?

—Hola, Idelba. Pues le están dando vueltas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Hablamos con Charlotte sobre ello y nos convenció de que le preguntáramos a la inspectora Gen lo que debíamos hacer.

—¿Le habéis preguntado a un policía?

—A una policía. Sí.

Una larga pausa en el teléfono. Vlade esperó a que pasara. Esto siempre funcionaba con Idelba; tenía cincuenta veces más paciencia que ella.

—¿Y qué ha dicho?

—Que lo fundamos, lo vendamos y metamos el dinero en el banco sin decirle a nadie de dónde ha salido.

—¡Bien dicho! Ya me estaba temiendo que lo entregarais. No es la primera vez que rescato algo, y eso nunca sale bien. ¿Cuánto vais a tardar? ¿Cuándo recibimos Thabo y yo nuestra parte?

—No lo sé seguro.

Vlade aspiró hondo y decidió hacer una intentona:

—¿Por qué no venís y lo habláis con todo el mundo?

—¿Cuándo?

—Deja que pregunte. Y, escucha: Cuando vengáis, ¿podrías traerte esa aspiradora con la que sacaste el oro? Quiero ver si sirve para un problemilla que tenemos en el edificio.

Le explicó su plan.

—Supongo que sí —respondió ella.

—Gracias, Idelba. Te llamaré cuando pueda juntar el grupo.

No era fácil reunir al consorcio del tesoro, sobre todo ahora que Charlotte formaba parte de él, aunque fuera a título de asesora, porque pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa e, incluso cuando estaba allí, solía estar ocupada. Pero logró sacar una hora al cabo de una de sus largas jornadas, e Idelba accedió a ir en el remolcador y anclarlo entre la torre y el edificio North.

Vlade seguía encontrado fugas bajo la línea de bajamar, pequeñas pero preocupantes. Indignantes, de hecho. Claro, siempre podía combatir los drones con otros drones, y él lo hacía, pero no estaba funcionando. Tal vez lo hicieran los métodos de la vieja escuela, con Idelba. Y además, era la excusa perfecta para volver a verla.

Así que Idelba se presentó en su remolcador, que era tan grande que a duras penas cabía en la mayoría de los canales del bajo Manhattan. Un nervioso Vlade le dio la bienvenida a la Met y le enseñó el lugar. Era la primera vez que lo visitaba, así que le hizo el gran recorrido, desde debajo de la línea del agua, incluidas las salas rescatadas al agua. El embarcadero, el comedor y las zonas comunes, algunos apartamentos representativos, habitados por gente a la que conocía... Todo, de los apartamentos individuales a los grandes colectivos, que ocupaban medio piso y albergaban a un centenar de personas como verdaderos dormitorios universitarios; subieron a la granja y luego a la cúpula y el mástil de aeronaves, sobre ella. Después bajaron a la zona de los animales, con sus cerdos, gallinas y ovejas apestosos, y luego a la granja otra vez, para contemplar las vistas de la ciudad desde los arcos abiertos del edificio.

Idelba parecía impresionada, lo que complacía a Vlade. Su historia se interponía entre ambos como una tercera persona, pero él aún albergaba sentimientos; eso nunca cambiaría. En cuanto a lo que sentía ella, no tenía ni idea. Había muchísimas cosas de las que nunca habían hablado. La mera idea de intentarlo le amedrentaba.

—Es muy bonito —le dijo Idelba—. Yo siempre lo veo desde los ríos, y

destaca bastante, teniendo en cuenta la de edificios más altos que hay.

—Es cierto. Es como una pequeña divergencia. Con una corona de oro.

—¿Y qué pasa con esas brechas que dices que hay?

—Creo que alguien intenta asustarnos. Por eso quiero ver si podemos sacar alguna prueba.

—Por intentarlo que no quede.

—Gracias por tu ayuda.

—Solo es otro servicio de vuestra nueva socia.

—¿Qué quieres decir?

Esta palabra había sorprendido un poco a Vlade.

—Que vamos a hablar con vuestra presidenta.

Vlade llamó a Charlotte y resultó que esta seguía en el edificio. Al cabo de un rato se reunió con ellos.

—Esta es Idelba —le dijo Vlade—. Su tripulación y ella nos ayudaron a sacar el oro del *Husar*.

—Y además estuvimos casados —dijo Idelba, sin saber si Vlade se lo había contado ya—. Lo digo para que comprendas por qué ayudo a un sujeto como él.

—Tiene gracia —respondió Charlotte—, precisamente yo estuve hablando con mi ex el otro día.

—Esta ciudad es así.

Charlotte asintió.

—¿Y qué sucede?

—Quiero saber qué pasa con el oro y cuándo recibiré mi parte.

—Seguimos tratando de decidir cómo maximizar su valor —respondió Charlotte—. No es tan fácil.

—Me lo imagino, pero también quiero tener algo que decir en eso. Sin Thabo y yo no habría oro y nos prometieron un quince por ciento. Han pasado dos meses. Y en invierno no hay tanto trabajo, así que tampoco hay tanto dinero. Son tiempos difíciles.

—Creía que eras contratista municipal.

—No, solo trabajo para la asociación. La gente de allí nos paga con dinero o mercancías, pero a veces solo recibimos Sambas o pagarés.

—Ya. Aquí es igual. Pero pensaba que era un proyecto municipal.

—¿En la zona inundada?

—Cierto. Bueno, en cualquier caso, estamos hablando con gente para saber qué hacemos con el oro.

Aquello no hizo mucha gracia a Idelba.

—Podrías empezar por pagarme lo que me debéis.

—No disponemos de esa suma. ¿Qué te parecería un trueque de bienes o servicios?

—¿Como lo que estoy haciendo con Vlade y vuestro problema de seguridad?

Charlotte frunció el ceño.

—Exacto, solo que al revés.

Idelba se encogió de hombros.

—No sé si tenéis algo que necesite.

—Podríamos alojarte aquí durante el invierno. ¿Ves esos hoteles que hay al otro lado de la granja? Podríamos montar un par más, ¿no Vlade?

Vlade trató de imaginarse cómo sería vivir de nuevo cerca de Idelba, y no lo consiguió, pero logró responder «claro» sin demasiados titubeos. Los justos para que Idelba lo mirara mal.

—Me parece que no —respondió con cara de pocos amigos—. No tengo muy claro que me interese una compensación así. Un cuarto es un cuarto, y en el barco tenemos calentadores y mantas.

Charlotte se encogió de hombros, a imitación de Idelba, pudo notar Vlade.

—Pues ya nos contarás.

—Mientras tanto, ¿seguiréis trabajando en ello? ¿O nos daréis algún adelanto?

—Sí, claro. Sabremos algo antes de una semana.

Vlade la llevó de vuelta al embarcadero.

—Deberías venirte aquí para el invierno —le propuso—. Esto está muy bien

—Lo pensaré.

De vuelta en la oficina del embarcadero le ofreció un trago de vodka, y

ella se sentó para tomárselo. Nunca había sido una gran bebedora. Bebieron sentados, iluminados por los distintos instrumentos y pantallas, y las escasas luces que dejaban encendidas de noche en el embarcadero. Compartiendo la penumbra y la quietud. No era importante mantener una conversación; ya no se habían dicho todas las cosas que no se iban a decir. A Vlade le dolía.

—Mira —dijo—, te voy a enseñar lo que estoy haciendo con el oro.

—¿Se lo has mostrado a los chicos?

—Claro, verás qué buena idea. Una de esas que nunca pasan de moda.

Mandó un mensaje a los chicos mientras sacaba el equipo de unas cajas que había debajo de su mesa de trabajo y, minutos más tarde aparecieron los dos corriendo, iluminados por la locura del oro como si fueran lámparas de gas.

—Vas a quedarte boquiabierto —prometió Stefan a Idelba.

—Aunque se supone que no deberíamos hacerlo —añadió Roberto.

Vlade había tenido que buscar información para hacerlo, pero al final resultó bastante fácil. El punto de fusión del oro estaba ligeramente por encima de los mil grados. Había pedido a Rosario un crisol de grafito y un molde para lingotes, dos elementos clásicos del equipo de los buscadores de tesoros, y él tenía en su taller un soplete de acetileno. Después, solo había que espolvorear un poco de bicarbonato sódico sobre diez de las monedas ennegrecidas, metidas en el crisol, ponerse una máscara y unos guantes de soldador, encender el soplete y exponer lentamente el oro a la llama directa, hasta que las monedas se pusieron rojas y se convirtieron en una misma masa rojiza y bulbosa, que burbujeaba y crepitaba un poco en los bordes. Al fin, la masa terminó de fundirse y quedó convertida en un charco rojo en el interior del crisol. Algo siempre interesante de hacer y de ver. Entonces, mientras el metal seguía fundido, cogió el crisol con unas tenazas y vertió la masa de bermejo oro en el molde para lingotes.

Idelba y los chicos observaban con profundo interés. De hecho, Idelba dijo «ajá» cuando las monedas se volvieron rojas. Y al deformarse y fundirse, dejando un residuo de bicarbonato y polvo encima, los muchachos chillaron «¡Me derrito!», una broma apropiada, según había dicho Charlotte.

Vlade apagó el soplete y se subió la máscara.

—¿Ves qué bien?

—¿Has dejado que lo hagan los chicos? —preguntó Idelba.

—Claro.

—¡Fue fantástico! Ves lo caliente que es. Lo sientes.

En ese momento, Idelba recibió una llamada y se miró la muñeca.

—¿Tus sistemas detectan algo en el exterior?

Vlade miró las pantallas y sacudió la cabeza.

—¿Los tuyos sí?

—Sí. Me parece que tu radar está confundido por esta mierda.

—Me da la sensación de que sí.

—Vamos a ver si puedo sacar algo para vosotros.

Habló con Thabo, que seguía en el remolcador. Vlade desamarró la embarcación del muelle y se prepararon para salir al *bacino*. Idelba puso rumbo al norte, entre la Met y North. Al llegar al canal de la Veinticuatro, Vlade vio que el barco era casi tan ancho como este. Thabo y un par de hombres más estaban en cubierta, bajando una de las tuberías de dragado, y, de repente, la gran bomba de succión comenzó a aullar hasta alcanzar la máxima potencia de su grito de banshee. Amurallados como estaban entre las losas pálidas de los edificios, era un verdadero estruendo.

De repente, la succión cesó y volvió el silencio. Vlade se acercó al remolcador y Thabo cogió el cabo que le lanzaba Idelba desde abajo y lo amarró.

—¿Qué tienes? —preguntó ella desde abajo.

—Un dron.

—Ah, vaya —dijo Vlade—. ¿Tenéis una caja de seguridad a bordo?

—¿Cree que puede explotar?

—No quisiera arriesgarme con tu gente ahí.

Idelba les gritó algo a Thabo y a los demás hombres en su idioma, y Vlade les vio el blanco de los ojos un instante, antes de que desaparecieran bajo la cubierta del remolcador. Un tenso minuto después regresaron con una caja, que uno de ellos extendió mientras el otro arrojaba en su interior el objeto que habían extraído del extremo de la rejilla del tubo. Trabajaban deprisa.

—Vale, cerrada —gritaron desde arriba.

—¿Es sólida? —inquirió Vlade con esperanza.

—Por eso las llaman de seguridad —dijo Idelba.

—Ya, pero ya sabes...

—¡No lo sé! ¿Con quién crees que tratas, con los militares?

—O con alguien con equipo militar.

—Mierda.

Incluso en la oscuridad, la mirada de Idelba podía quemar cualquier cosa a fuego lento. Con el blanco de los ojos.

—Bueno, sí, nuestra caja de seguridad es militar. Así que deja de portarte como un paranoico y dime qué quieres que haga.

—Poner tu caja de seguridad dentro de otra más fuerte —le sugirió Vlade.

—Tengo una en la oficina. ¿Qué harás luego con ella?

—Dársela a la policía. Aquí vive una inspectora de policía. Creo que le interesará. Podemos hacerlo mañana.

—Dudo que saquéis gran cosa de ese dron.

—Nunca se sabe. Como mínimo, servirá para demostrar que nos están atacando.

—O algo parecido. ¿Alguna idea sobre la identidad de los responsables?

—No. Pero ha habido una oferta por el edificio, así que podrían ser ellos. Y, aunque no podamos probarlo, el mero hecho de que nos ataquen podría cabrear a algunos de los residentes y hacer que voten contra otra oferta. Hubo una votación y se rechazó, pero por poco, así que podrían subir la oferta.

—Será mejor que decida si voy a quedarme durante el invierno mientras el sitio aún es vuestro.

Vlade intentó que se le ocurriera alguna respuesta ingeniosa, pero fracasó. Suspiró, e Idelba, al oírlo, dejó las puyas. Cosa que lo sorprendió. ¿Una tregua en su guerra fría particular? Habría que ver. De momento, se alegraba de tenerla allí, fastidiándolo. Más o menos. Alegrarse no era la palabra exacta. Quería tenerla cerca de un modo tenso, aprehensivo, infeliz, incluso miserable. Pero lo quería.

El apartamento más grande cuya venta haya quedado registrada lo adquirió John Markell: cuarenta y una habitaciones y diecisiete baños en el 1060 de la Quinta Avenida. 375.000 dólares. Cuenta la leyenda que, poco después de que se mudara el señor Markell, un criado abrió una puerta en la que nadie se había fijado hasta entonces y encontró diez habitaciones que no sabían que tenían.  
—Helen Josephy y Mary Margaret McBride, *New York Is Everybody's Town*

Trabajo, *n.* Uno de los procesos por los que A adquiere propiedades para B.  
—Ambrose Bierce, *El diccionario del diablo*

## e) Inspectora Gen

Tras un brusco deshielo en febrero, la inspectora Gen tuvo que volver a los puentes volantes, después de haber disfrutado de los paseos por los canales congelados. Se dirigía al que discurría hasta One Madison, con la intención de seguir desde allí hasta la estación, al este, cuando Vlade la detuvo en la puerta de la vía volante.

—Eh, Gen, quiero darle algo.

Le explicó que su amiga Idelba y él habían sacado un dron submarino del canal de la Met, y que lo habían guardado en una caja fuerte por si explotaba, porque sospechaban que estaba allí para hacer un agujero en el edificio.

—Sé que no puede llevárselo a la comisaría, pero ¿podría enviar a alguien a recogerlo? Lo tengo en la caja de seguridad de mi oficina, pero no me hace mucha gracia la idea de llevarlo hasta allí.

—Claro —dijo Gen—. Llamaré ahora mismo. No tardarán.

Siguió la ruta de costumbre y, mientras lo hacía, contempló sin prestarles atención de verdad unas ondículas perfectas, dignas de Canaletto, que cubrían las aguas de color cobalto. Pruebas físicas de un ataque contra el edificio... Llamó a Claire y le dijo que mandara un barco donde Vlade a recogerlas.

Si era lo que Vlade creía, puede que les ayudara. Los distintos elementos del caso no terminaban de encajar en su cabeza y, a medida que se cerraban algunas vías (no había logrado que los tribunales sancionaran a Vinson por echarlos del edificio, a pesar de la orden), su irritación iba en aumento. Cuanto más tiempo pasaran así, más probabilidades habría de que el caso

entrara en esa categoría que tanto detestaba: los «no resueltos». O incluso en la de «no resueltos importantes». Si lo hacía, tendría que dejarlo estar y seguir adelante. Negarse a renunciar a la frustración por los no resueltos — que también podían llamarse los «irresolubles»— era el camino a la locura, como había descubierto hacía tiempo, y más de una vez, al borde de la locura. No pensaba repetirlo. O no quería.

Para cuando llegó a su despacho y terminó de resolver las primeras urgencias del día, el barco había regresado y la teniente Claire llegaba desde el laboratorio con aspecto satisfecho.

—El dispositivo explotó a tres manzanas de Madison Square, así que es posible que tuviera una especie de espoleta de proximidad. Pero las cajas de seguridad aguantaron. El interior era un desastre, pero lo que había allí eran los restos de un pequeño dron submarino, eso está claro, con un pequeño taladro incluido. Y también algunos marcadores. El fabricante es Atlantic Submarine Technologies.

—¿Fabrican un submarino capaz de atravesar materiales impermeables? ¿Y eso cómo se vende?

—Solo es un taladro submarino con una punta muy fina. Ya sabes, para meter cables o cosas así. Tienen que atravesar revestimientos de diamante constantemente.

—Resulta un poco sospechoso.

—No, creo que es una herramienta convencional. Casi todas las herramientas sirven tanto para destruir como para construir, ¿no crees? O incluso más para destruir.

—Puede —respondió Gen mientras pensaba en la policía como herramienta—. ¿Y los marcadores dicen a quién se lo vendieron?

—En efecto. A una empresa de construcción de Hoboken, que se fundó hace cinco años y suspendió sus operaciones hace uno. Posiblemente una tapadera para conseguir equipo y luego desaparecer. Sean lo está investigando. Y también las posibles conexiones entre esa empresa y los nombres de nuestras pistas. Con un poco de suerte, lograremos rastrear este trasto.

—Tal vez. Aunque podría ser que no. Si averiguas algo, me avisas.

Aquella tarde, Gen fue a los pequeños cubículos donde trabajaban Claire y Olmstead. Ambos estaban sentados frente a una pantalla y miraban fijamente un mapa de la parte alta salpicado de puntos de colores, rojos y verdes en su mayor parte. Olmstead tenía un terminal bajo la pantalla y, como de costumbre, tecleaba igual que si estuviera tocando el piano.

—Que no te engañe ese mapa —le aconsejó Gen.

Pero estaban tras la pista de algo, así que se sentó en un rincón y esperó. Al cabo de un rato, una de las consultas se bifurcó y se la dejaron a ella. Se sentó y comenzó a superponer mapas a las instantáneas de los días que habían estado secuestrados Rosen y Muttchopf. Apilamientos dentro del gran apilamiento que era la ciudad en cuatro dimensiones. Una macroestructura accidental, un laberinto que podían reconstruir para enhebrarlo con hilos. En el exterior del cubículo, la comisaría quedó vacía al marcharse todos a cenar. Ellos comieron unos sándwiches que les trajeron. Pasó más tiempo y entraron los del turno de noche, con una bocanada de aire frío y café malo. Ellos siguieron trabajando.

Gen se detuvo en un momento dado para mirar a sus ayudantes. Cuántas horas habían pasado así. Los chicos eran mucho más jóvenes que ella. Veinte años, al menos, quizá más. Estaba orgullosa de ellos; eran como sobrinos, pero más cercanos debido a las largas horas que habían pasado juntos. Sus niños. Sus niños en lugar de niños. Cuántas horas... Pero después de ellas, después del trabajo, nunca los veía.

Olmstead abrió una nueva pantalla desde la nube y se volvió hacia Gen.

—Mira esto. La empresa que compró el dron tenía unos palés en el muelle de Riverside el 17 de octubre. El mismo día, un crucero de...

—Pinscher Pinkerton —dijo Gen.

—No. Servicio de Protección Escher. ¿Os acordáis de ellos? Trabajaban para Morningside cuando desahuciaron a los residentes de una propiedad que habían comprado en Harlem. Hubo heridos, así que tuvieron que informar y aquello me permitió investigar a fondo. Trabajaban como intermediarios para una empresa llamada Angel Falls.

—Un buen trabajo —dijo Claire.

—Morningside se ha convertido en el macho alfa de la parte alta. La

utiliza el grupo de la alcaldesa y Adirondack. Y ahora es quien presenta la oferta por su edificio, ¿no, jefa?

—Exacto —respondió Gen—. Me pregunto si será uno de ellos. Me sorprende que, a estas alturas, sigan usando a Morningside. Es como muy evidente.

—Bueno, nada de esto es demasiado conocido —protestó Olmstead—. Nos ha hecho falta hurgar a fondo.

—Pues sigamos haciéndolo, a ver si averiguamos quién está detrás de la oferta. El asunto tendrá otros cabos sueltos.

Entonces reparó en las caras de sus subordinados.

—¡Pero en otro momento! Ahora vamos a comer algo.

Los jóvenes agentes asintieron con entusiasmo y fueron a por los abrigo. Gen volvió a su despacho a buscar el suyo. Al salir de la comisaría estaba preguntándose si habría una relación entre el secuestro de Rosen y Muttchopf y la puja por el edificio. No tenía por qué. Y había dos empresas de seguridad involucradas.

Cualquiera sabía. Fuera hacía frío. Dejó que los jóvenes la llevaran a un bar de Kips Bay que les gustaba, que abría hasta altas horas de la noche. Allí abundaban menos los puentes volantes y los jóvenes pensaron en coger un taxi acuático. La noche era muy fría, pero los canales se habían deshelado de nuevo, o estaban cubiertos solo por una fina película de hielo. El frío los despejó a todos. Tenían que seguir las pistas hasta donde fuera posible. Pero de momento estaba famélica. Podía sentarse a comer, y ver cómo los jóvenes acarreaban el peso de la conversación. Del pensar.

Puede que el habla y la comunicación se hayan corrompido. El dinero los impregna de arriba abajo... y no por accidente, sino por su misma naturaleza. Debemos apropiarnos del habla. La creación siempre ha sido una cosa distinta de la comunicación. La clave puede ser crear vacuolas de no-comunicación, disyuntores que nos permitan eludir el control.  
—Gilles Deleuze, *Negociaciones*

Sin duda se avecinaban problemas. Cualquiera que tuviera la menor experiencia tenía que darse cuenta.  
—Jean Merrill, *The Pushcart War*

## f) Franklin

Nadie sabe nada. Pero yo menos, porque creía que sabía algo, pero me equivocaba. Así que tengo un saldo negativo de saber. Ignoro. Bueno, vale, tampoco es eso. Sé operar. Ponme delante de mis pantallas y puedo ver las tendencias de expansión o contracción frente al grano de la sabiduría recibida a través de los índices. Puedo comprar opciones de compra y de venta y, cinco segundos más tarde, venderlas, y hacerlo todo el día con un promedio ganador. Puedo esquivar las situaciones de tres en raya, y las de ajedrez, y ceñirme a las de damas y póquer. Sé cómo se juega a esto. Cuando tengo el día, puedo hasta zambullirme en un lago oscuro, hacer un poco de *spoofing* y salir antes de que se note. Podría hasta hacer *spoof* de mi *spoofing* y meterme el reflujo en el bolsillo.

¿Y? ¿Qué es todo eso en realidad? Un juego. Juegos. Juegos de azar. Soy un jugador profesional. Como uno de esos personajes míticos de las cantinas del Lejano Oeste, o de los más reales casinos de Las Vegas. Hay gente a la que le gustan. O le gustan las historias sobre ellos. Les gusta la idea de que les gustan, les hace sentir canallas y transgresores. Puede que esto sea un cuento chino, también. No sé. Porque no sé nada.

Así que, vale, empecemos de nuevo. Basta de lloros. Una inversión es como comprar un futuro. No una opción de compra, sino un futuro de verdad, un futuro adquirido antes del suceso. ¿Y cuál es el futuro que ofrece aquí la mal llamada economía real? ¿Qué ofrece a los inversores este puerto, la gran bahía de Nueva York? Una opción de vivienda, vamos a decir. Vivienda decente en la zona submarina, en la intermarea.

¿Por qué está perdiendo liquidez Joanna Bernal en este sitio? Es como si estuviera comprando opciones de venta, apostando a que la vivienda digna en la intermarea valdrá más de lo que vale ahora. Parece una apuesta razonable.

¿Qué pretende impedir Charlotte Armstrong vendiendo una opción de compra? No quiere que exista la opción de comprar el edificio de Metropolitan Life. No ofreció la opción y no le gusta que la gente actúe como si lo hubiera hecho.

¿Qué pasa si hay vivienda digna en abundancia en la intermarea? Que aumenta la oferta, lo que a su vez reduce la demanda sobre la casa de Charlotte. Nuestra casa, por decirlo así. Si decidiera comprar parte de la cooperativa que la posee.

Vale.

•••••

Así que volví a la zona del Cloister para hablar con Hector Ramirez.

La travesía por el Hudson fue tan divertida como siempre. Aunque el río East había vuelto a congelarse y no era transitable, el hielo del Hudson se había fragmentado la semana antes y formaba un inmenso atasco glacial en los Narrows que se mecía al compás de las mareas hasta que saliera al mar o se fundiese. Por todo el bajo Manhattan se oía de vez en cuando un rumor sordo y acuoso procedente de allí. Todo el cauce del Hudson había vuelto a congelarse dos veces en la última semana, antes de agrietarse de nuevo por la acción de las mareas. La mayor parte del hielo había descendido flotando hacia el sur hasta unirse al atasco, pero río arriba el deshielo seguía arrancando enormes pedazos que luego se llevaba la corriente. Era una época del año en la que resultaba evidente de dónde salía el mote de «todopoderoso Hudson». Las enormes placas de hielo flotaban en medio del tráfico y obstruían los canales de navegación, y las barcazas y clíperes de contenedores tenían que sortearlas como bandadas de pájaros, usando el mismo algoritmo y empleando muchas de las imprecaciones que sueltan los

neoyorquinos cuando cooperan. Las aves que vuelan en bandada también se arrojan improperios parecidos, sobre todo los gansos. Mec, mec, mec, ¡quita de mi camino, coño!

Al llegar al muelle del Cloister, tuve que abrirme paso entre la nieve fangosa que se había amontonado frente a la barrera antihielo que lo rodeaba en un amplio círculo, y que se encogía con cada impacto de los cascos. Cuando me llegara el turno, cruzaría la puerta de entrada de la barrera. Mientras esperaba, observé la nieve sucia que cubría la marisma donde había tenido lugar mi gran epifanía. En ese momento, una familia de castores se acercó nadando hasta la irregular ribera, los padres de hocico grande y cabeza en alto, los pequeños en una hilera de cuatro. Se introdujeron por un canalillo hecho de ramas y travesaños amontonados, al lado de la orilla. Una casa chata y redondeada, no exactamente pulcra, pero casa al fin y al cabo. Desde luego, construida. Lo bastante sólida como para aguantar los embates ocasionales de los témpanos que pasaban. La familia desapareció en su interior y recordé, por haberlo visto en un diorama de un museo, que la entrada sería un túnel submarino, terminado en un nivel por encima del mar.

Vivienda en la intermarea.

Se acercaba la primavera.

•••••

Había reservado media hora con Hector, así que, una vez en su despacho, hice caso omiso a las vistas, por asombrosas que fueran. No quería perder tiempo.

Enchufé el terminal en su portátil y le mostré las proyecciones. Vlade me había puesto en contacto con sus viejos amigos de la cooperativa de buceadores de la ciudad, los llamados «peces de fondo»; estaban listos para trabajar en cualquier momento. Podían subcontratar a la amiga de Vlade, Idelba, para las labores de dragado cuando fueran necesarias, lo que, se apresuró a señalar Hector, seguramente fuera bastante a menudo. Una firma

de perforaciones submarinas llamada Marine Moholes se había comprometido a reservarnos varios días cuando el lecho de roca estuviera libre de sedimentos. Una cuestión interesante que se planteaba era el número de bolardos que habría que colocar para anclar un barrio flotante y hasta qué profundidad habría que perforar el lecho, y yo había pedido una respuesta preliminar a una empresa de ingeniería: grandes anclajes en las cuatro esquinas, y otros más pequeños entre ellas. En total, unos doce por manzana. ¿Cuánto tendría que hundirse cada anclaje en el esquisto y el gneis? Dependía de la tensión que tuvieran que soportar y del número de bolardos. Los ingenieros hicieron una estimación, y Hector y yo comentamos un rato los resultados, bastante desalentadores, como si fuéramos ingenieros también. Como en otras muchas ocasiones, me sorprendió la magnitud de sus conocimientos sobre la ciudad. Mientras que yo había tenido que investigar todo aquello, allí estaba él, citando de memoria la profundidad del lecho de roca, manzana a manzana.

Los cables de anclaje eran más fáciles, dado que existía un número casi infinito de trenzados y bandas hechas de materiales nuevos lo suficientemente resistentes y flexibles. En este punto me dejé llevar por la retórica:

—Joder, con los tejidos conjuntivos artificiales de última generación se podría anclar la isla entera. Su fuerza de tensión se diseñó para los ascensores espaciales. Podrías atar la Luna a la Tierra con ellos.

Hector respondió con una carcajada.

—Aquí, la oscilación máxima de las mareas ronda los cinco metros —dijo—. Aunque lo normal es que sea de unos tres. Eso es lo que importa.

Pero estos valores estaban dentro de los parámetros que yo había calculado para los cables, y Hector asintió cuando se lo dije y pasamos a las plataformas en sí.

De nuevo, la plantilla básica era sencilla. Por todo el mundo, los aeropoblados flotantes usaban la misma tecnología. Burbujas de aire, básicamente: a montones. Plataformas de materiales compuestos, plásticos duros como el acero, metales vítreos totalmente resistentes a la sal, revestimientos de diamante tan impermeables como ligeramente flexibles. No

habría problema para construir barrios modulares, con unidades del tamaño de manzanas de Nueva York, y luego acoplarlos sobre un patrón de rejilla. Una parte de cada plataforma estaría bajo el agua, pero tenían gran flotabilidad y los edificios que sustentarían podrían alcanzar los tres o cuatro pisos de altura sin llegar a hundirse. Con sótanos en las propias balsas.

Las manzanas se moverían juntas al compás de la corriente. Con estructuras submarinas para mantener los canales transversales abiertos a la navegación, y amortiguadores para impedir que las del perímetro chocaran con demasiada fuerza contra las zonas estacionarias cuando hubiera tormentas. A prueba de sal y de óxido. Con pintura fotovoltaica, granjas en los tejados, sistemas de recogida de agua y depósitos arriba, al estilo tradicional de Nueva York, equipados con filtros de purificación LifeStraw: soluciones operativas estandarizadas por todo el bajo Manhattan. Los sistemas de agua y electricidad serían semiautónomos, o incluso autónomos del todo.

Tenía buena pinta. Y Hector Ramirez también lo creía.

—Necesitarás que la ciudad apruebe la remodelación y vuelva a confirmar la antigua división zonal, e incluso puede que conseguir financiación para operaciones de socorro. Y el congresista de la zona debe estar a bordo. Hay elecciones en otoño, ¿no?

—Eso creo.

Respondió con un resoplido a mi despiste.

—Habla con todos los candidatos. O al menos con los diez más importantes. Eso aún importa.

—¿Hasta en la zona inundada?

—Claro. Todo lo de la intermarea es un asunto federal. Y tendrá que estudiarlo el Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Les gusta aprobar normativas. Jugar con sus juguetes.

Reprimí un suspiro, pero lo oyó igualmente.

—¡Cierra el pico y negocia! —dijo—. Esto ya no son finanzas, es el mundo real. Es el caos. No es más fácil que las operaciones bursátiles, ¡todo lo contrario! En comparación, las finanzas son una tontería.

—Lo sé.

—No lo sabes. Pero lo aprenderás. Entretanto, esto está bien. Tan bien, de hecho, que tendrás que tragar mierda a espuestas por ello, y seguramente alguien te lo robe, se te adelante y se lleve todo el mérito. Así que tendrás que actuar deprisa.

—Lo haré. ¿Vas a participar?

—Joder, claro. Es algo que necesitamos, eso lo tengo claro. Así que ve a divertirte con ello.

—Gracias.

Se rio al ver la expresión de mi cara. Puede que pareciese amilanado.

—Esto te va a devorar la vida entera, jovencito. Te va a joder entero. Deberías plantearte dejar WaterPrice para tener tiempo de volverte loco de verdad.

•••••

Me sentía feliz mientras volvía navegando por el Hudson. Buscando más castores y esquivando témpanos tan pequeños como cubos de hielo y tan grandes como icebergs monstruosos. Los tabulares, de superficie lisa, servían como portaaviones a grandes bandadas de gansos canadienses.

Al llegar al muelle 57 estaba entusiasmado. Atraqué en el paseo marítimo, subí hasta el gran mirador orientado a poniente y vi que estaba allí el grupo entero, Jojo incluida. Aquello no me hizo sentir peor, pero sí nervioso.

Jojo se mostró amigable, aunque no en exceso. No personal. Finalmente dejó que la llevara a un lado para charlar, lejos de los demás, y le conté alguna de las cosas que había decidido con Hector.

Frunció el ceño.

—Sabes que esa idea es mía, ¿no?

Sentí que la sorpresa me provocaba un leve temblor en las rodillas. Tuve que cerrar la boca y, al hacerlo, noté que se me había entumecido la cara.

—¿Qué quieres decir? —respondí—. Te lo conté al principio. He estado

trabajando en ello con Hector Ramirez y la gente de la Met, Charlotte, Vlade y los demás. ¡Tú ni siquiera estabas allí!

—Te dije que estaba trabajando en ello —dijo, tajante, antes de darme la espalda y volver con los demás.

La seguí, pero no había forma de hablar allí, y ella se mostraba simpática con todos y bebía sin parar, mientras a mí me ignoraba y me eludía la mirada.

«¡Joder!», pensé mientras daba vueltas como un pelele por allí, tratando de llevarla de nuevo a la baranda para seguir hablando. «¡Qué coño...!»

Pero no se movió. Se quedó pegada al extremo de la barra; habría tenido que arrancarle el codo de allí, y la cadera de la puerta, para conseguir que se moviera. Cosa que no pensaba hacer. Estaba atada al mástil. Sentía ganas de sacarla a rastras y gritarle a la cara que jamás, jamás, jamás me había hablado de un proyecto de viviendas sobre plataforma en la intermarea, jamás, y ella lo sabía.

Así que, ¿por qué lo había dicho?

¿Evolución convergente?

Lo pensé una y otra vez mientras contemplaba el pétreo perfil de su rostro. ¿Jojo y yo como los putos Darwin y Wallace de la remodelación de Manhattan? ¿Una misma idea para un mismo problema, e incluso las mismas soluciones? ¿El ojo de pulpo frente al ojo del hombre? ¿Y cuál era el mío?

Pero yo le había hablado sobre ello. Le había contado mi idea con la esperanza de impresionarla con mi deseo de hacer el bien en el mundo real. Aquello había empezado siendo un regalo para ella, pero ahora, de algún modo, se me había metido dentro. ¿Y ahora me venía con que era idea suya?

A ver, mierda. Era posible que se hubiera olvidado de la conversación, o la hubiera transformado en un intercambio de pareceres que le habían llevado a pensar cosas. A pesar de mi enfado, era consciente de que era una posibilidad. Desde luego, era la primera que había dicho que quería construir algo, en lugar de limitarse a operar; y luego yo había intentado seguir su ejemplo para impresionarla, para convencerla de que éramos almas gemelas, para volver a acostarme con ella, vaya. Así que se me había ocurrido la que ahora me parecía una solución bastante obvia para el problema, que tal vez ella hubiera captado y reinventado tras oírme mencionarla de una manera

nebulosa. Y, mientras tanto, yo la había impulsado a toda velocidad. Así que ahora estaba enfadada y yo, en lugar de convencerla de que éramos almas gemelas, solo había conseguido ofenderla gravemente. Aunque en realidad, dado que la idea era mía, el problema era que ella pretendiera apropiársela. Un indicio claro de que quizá fuera una mentirosa y una ladrona de ideas, la clase de tiburón con la que te encuentras todo el día en el mundo de las finanzas.

Un tiburón por el que yo estaba loco. Porque allí, mientras contemplaba aquel perfil tozudamente silencioso, estaba preciosa.

«Pues joder, joder y joder». Joder con la humanidad.

Había un corolario en todo esto, que se empeñaba en asomar su fea cabeza mientras yo le daba vueltas al asunto, el de que estaba haciendo el idiota, y solo ahora reparaba en lo evidente: que para ella no había sido más que una noche, una noche divertida sin mayor significado, seguida por una ruptura y luego una vil apropiación de mi idea. Lo que la convertía en un ser horrible. Si yo tenía razón, aunque fuera un poco. Pero aunque fuera así, no podía asimilarlo. Acababa de elaborar un proyecto magnífico; ella acababa de llamarme ladrón, saqueador de propiedad intelectual; aun así, la quería. Lo que significaba que era un idiota. Un idiota más cabreado a cada segundo que pasaba.

Así que, después de mirar a Inky con los ojos en blanco y apurar el último brebaje que había preparado para aliviarme el dolor, me monté en mi bicho y me alejé por el canal de la Treinta y cuatro hacia Broadway, y desde allí por el desfile acuático del final de la jornada, aquel atasco que era como un carnaval del mar. Luego seguí por la Treinta en dirección este hasta Madison, con una parada en la cafetería flotante de la Veintiocho y Madison para pillar un sándwich en Reuben, porque aquella noche no quería cenar el virtuoso engrudo del día en el comedor de la cooperativa. Después, mientras circulaba a ciegas por allí, estuve a punto de embestir al muchacho ese, Stefan, quien, desde la lancha de goma de siempre y con un tubo de aire en las manos, me miró con inquietud.

—Joder, chicos —exclamé mientras revertía el sentido del motor para frenar con rapidez—. Estáis empeñados en ahogaros, ¿eh?

—¡No! —dijo él mientras miraba sobre la borda—. Al menos yo.

—Pues tu colega, el de ahí abajo, es memo. ¿Qué estáis haciendo esta vez?

—Es que eso era el 104 de la calle Veintiséis este —dijo señalando hacia abajo.

—¿Y?

—Es donde vivía Herman Melville.

—¿El de *Moby Dick*?

—¡Exacto! —respondió, tristemente impresionado por mis inmensos conocimientos sobre literatura clásica norteamericana—. Era inspector de aduanas en los muelles de la calle West, y vivía aquí.

Nos rodeaban los grandes edificios que separaban NoMad de Rose Hill, monstruos de piedra y cristal del tamaño de manzanas enteras que se alzaban en vertical desde el canal a los primeros retranqueos, más arriba. No cabía imaginar nada más ajeno al siglo XIX, no quedaba un solo edificio encerrado entre aquellos monstruos que ofreciese el menor atisbo del Holoceno.

—Por Dios, chico. Tira del tubo de tu amigo, quiero hablar con él. No estará usando de nuevo esa campana de inmersión, ¿verdad?

—Pues sí. Fuimos a por ella.

—Menuda estupidez —respondí, extrañamente furioso—. Este es un canal con mucho tráfico, y tu amigo no va a encontrar nada de Herman Melville ahí abajo. ¡Así que sácalo antes de que empiece a croar!

El muchacho puso cara de conmiseración, pero también parecía aliviado por haber encontrado apoyo para la idea de que aquella era una nueva chifladura de su amigo, que evidentemente albergaba. Roberto el Temerario. Tiró tres veces del tubo, imagino que en una señal acordada con el lunático para que volviese a la superficie.

—¿No tenéis contacto por radio?

—No.

—Por Dios. ¿Por qué no saltáis desde el Empire State Building para terminar de una vez?

—¿No tienen una barandilla de seguridad?

—Vale, pues lo que estáis haciendo es más peligroso que tirarse desde el

Empire State. Vamos, sácalo de ahí.

Stefan tiró con fuerza del cabo de la campana de inmersión, venturosamente atada esta vez y, al cabo de un rato, el miembro más menudo de la pareja reapareció en la turbia superficie del canal, como una nutria con cara humana.

—Vamos —le espeté—, saca el culo de ahí. Me voy a chivar a vuestra madre.

—No tenemos.

—Ya lo sé. Pero se lo voy a contar a Vlade.

—¿Y?

—Pues a Charlotte.

Esto surtió más efecto. Obediente, Roberto volvió a subir a bordo del bote de goma, y, mientras tiritaba con aire triste, los ayudé a sacar su patética campana de inmersión, antes de remolcarlos hasta la esquina del *bacino* y el embarcadero de la Met.

—Vlade, ata a estos idiotas, casi los mato otra vez. Estaban buceando en pleno centro del canal de la Veintiséis.

—¡No era el centro!

—Casi. Se los voy a llevar a Charlotte, quiero ver cómo les da una buena azotaina.

—Eso suena un poco pervertido —respondió Vlade—. Y Charlotte no está.

—Pues mantenlos atados hasta que vuelva.

—Chicos... —dijo Vlade.

Las ratas ahogadas me enseñaron los dientes y se refugiaron en la oficina de Vlade. Subí y me cambié de ropa, indignado aún con Jojo. Me disponía a salir de nuevo cuando Charlotte me mandó un mensaje, y entonces me acordé de los chicos. Le respondí que enseguida iba y bajé.

Al llegar, vi que los chicos ya se habían secado y estaban frente a las pantallas de Vlade, con cara de encontrarse en el despacho del director del colegio, a punto de ser expulsados. Estaba claro que Charlotte tenía los ojos rendidos a fuerza de ponerlos en blanco, y ahora contemplaba el techo mientras reflexionaba sobre otros asuntos.

Vlade estaba trabajando.

—¡Sois unos puñeteros delincuentes juveniles! —dije al entrar, simplemente para despertar a todo el mundo.

—No va contra la ley bucear en los canales —protestó Roberto—. ¡La gente lo hace constantemente!

—Los trabajadores de la ciudad —replicó Charlotte con tono grave.

—Obstruís el paso a las embarcaciones que iban de Madison a la Veintiséis —dije yo—. Lo sé porque casi os embisto. Y estabais usando otra vez esa supuesta campana de inmersión, que va a acabar con vosotros como no os libréis de ella. ¿Quién sabía que estabais allí? Además, no queda nada de la casa de Herman Melville, eso os lo puedo asegurar. Hace tres siglos de aquello y ahora es un barrio de marea alta, así que es imposible que haya sobrevivido nada de 1840 o cuando sea.

—De 1863 a 1891 —respondió Stefan—. Estábamos buscando los cimientos. Pensábamos penetrar en la calle por la acera y luego desviarnos hacia la posición de la casa. El radar muestra que hay montones de cimientos de casas bajo la calle.

—¿Cimientos?

Los muchachos lo miraron con expresión testaruda.

—Schliemann en Troya —sugirió Charlotte—. Como-se-llame en Cnosos.

—¿Arqueología? —exclamé—. ¿Nostalgia?

—¿Por qué no? —dijo Roberto.

—Hay un manuscrito que se perdió —añadió Stefan—. *La isla de la cruz*. Una novela perdida de Melville.

—¿Debajo de la calle?

—*Billy Budd* apareció en una caja de zapatos. Nunca se sabe.

—A veces sí se sabe. ¡No hay ninguna novela perdida de Herman Melville bajo el canal de la Veintiséis!

Se hizo un silencio hosco en la oficina de Vlade. El portero seguía trabajando en sus cuentas. Roberto desprendía una rabia salvaje que era como el hedor de una mofeta.

Charlotte suspiró con fuerza.

—Os vais a matar, chicos —insistí.

Miré a Charlotte y a Vlade, y añadí:

—¿Pero qué pasa? ¿Los chicos están bajo la custodia del edificio o qué?  
Sacudieron la cabeza.

—¿De la ciudad?

Charlotte respondió a esto apretando los labios.

—No parece que la ciudad los haya procesado nunca.

—¿Y eso significa...?

—Que no aparecen en los archivos. No tienen papeles.

—Somos ciudadanos libres de la intermarea —proclamó Stefan.

—¿Y vuestros padres dónde dices que están?

—Somos huérfanos —le explicó Stefan.

—¿Y vuestros tutores?

—No tenemos.

—¿Padres adoptivos?

—No.

—¿Dónde os criasteis?

—Yo con mis padres, en Rusia —respondió el chico—. Murieron después de que viniéramos, de cólera. Luego me marché. A las personas con las que estaba yo no les importaba.

—¿Y tú? —dije a Roberto.

Clavó una mirada obstinada en las pantallas de Vlade.

—Roberto nunca ha tenido padres ni tutores —respondió el otro—. Se crio solo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo es eso?

Roberto se levantó de la silla y dijo:

—Cuido de mí mismo.

—¿Quieres decir que no te acuerdas de tus padres?

—No, quiero decir que nunca he tenido. Me acuerdo de antes de que aprendiera a caminar. Siempre me he cuidado solo. Al principio gateaba. Tendría unos nueve meses, calculo. Vivía bajo el muelle de acuicultura del paseo marítimo y comía lo que caía debajo, donde guardan sus cosas los mariscadores. Había nasas viejas y otras cosas, y podía dormir allí. Luego,

cuando aprendí a caminar, empecé a robar en el muelle de noche. La gente deja cosas allí constantemente.

—¿Pero eso es posible? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Aquí me tienes.

Todos nos lo quedamos mirando.

Me volví hacia Charlotte, que me respondió haciendo el equivalente a un encogimiento de hombros con las cejas.

—Hay que conseguir documentación —dijo.

—¿Puedes adoptarlos? —le pregunté, aunque la pregunta iba dirigida también a Vlade.

Me miró como si le estuviera sugiriendo que domesticase un par de víboras.

—¿Para qué? —preguntó Vlade.

—¡Para atarlos en corto un poquito!

Los cuatro respondieron con resoplidos.

—Vale —repuse—. Pero no digáis que no os lo avisé cuando Roberto, aquí presente, se ahogue en su enésima inmersión. Ese día, quiero que lo último que penséis sea «jopé, por qué no le haría caso al bueno de Franklin».

—Ni de coña —aseveró Roberto.

—¿Y qué pensarás? —preguntó Stefan.

—Ni de coña —insistió Roberto, sombrío.

—Tirad esa supuesta campana de inmersión —sugerí, a modo de rendición.

Me encaminé a la puerta.

—Y buscaos un nuevo hobby.

—¿En el bajo Manhattan? —preguntó Roberto—. ¿Como por ejemplo?

—Construir drones. Navegar a vela. Criar ostras. Escalar rascacielos. Ir al puerto a buscar mamíferos marinos, hoy mismo he visto unos castores. ¡Lo que sea! Cualquier cosa que os mantenga en la superficie. Y seguramente habría que poner os unas tobilleras de las que llevan los presos para que, cuando os vayáis, sepamos dónde estáis. O para encontrar vuestros cadáveres.

—De eso nada —respondieron los muchachos al unísono.

—O sí —dijo Charlotte mientras los perforaba con la mirada.

Fue como si estuviera clavando unas mariposas con alfileres. Hasta Roberto se encogió.

—Ahora vivís aquí —les recordó Charlotte—. En la residencia comienzan las responsabilidades.

—Podremos seguir saliendo a hacer cosas —dijo Stefan a Roberto—. Aún tendremos el bote.

Roberto bajó la mirada.

—Sí a lo de la campana —dijo—. No a las puñeteras tobilleras. Si intentáis algo así, me largo.

—Trato hecho —dijo Charlotte.

—Vamos a por la campana —les sugirió Vlade pesadamente—. No me gusta que andéis haciendo el tonto con ese cacharro. Algunos amigos míos murieron ahogados y eran buenos buceadores. No como vosotros. Y también sé de gente como vosotros que se ha ahogado. Es una mierda para los que quedan atrás.

Algo en su tono de voz llamó la atención de los muchachos. Charlotte alargó el brazo y apoyó la mano en la suya. Vlade sacudió la cabeza con expresión distante. Al cabo de un momento, los muchachos lo siguieron al embarcadero con expresión pensativa, e incluso puede que un poco arrepentida.

Subí con Charlotte. Parecía cansada y cojeaba un poco. Al llegar a la zona comunitaria me miró de reojo.

—¿Quieres cenar?

—Ya me había comprado un sándwich —dije—, pero me lo como contigo.

—Muy bien. Así me cuentas cómo van las cosas.

Se llenó un plato en la cola del comedor y fuimos a sentarnos entre el bullicio y el gentío que cubría las alargadas mesas paralelas de la sala. Centenares de voces, centenares de vidas; era exactamente igual que estar solos, pero con más ruido. Mientras comíamos le hablé de las vistas desde la parte alta del Cloister, y le dije que Hector Ramirez había accedido a sumarse a la financiación de mi plan para remodelar parte de la intermarea. Luego le

expuse brevemente mis planes.

—Estupendo —dijo—. Necesitarás permisos municipales, pero teniendo en cuenta cómo están esos barrios, no creo que te los denieguen.

—Igual puedes ayudarnos a saber con quién hay que hablar.

—Claro. Te pondré en contacto con algunos viejos amigos.

—¿Trabajan en el edificio?

—Sí. O en la oficina de la alcaldesa.

—¿Tú has trabajado allí?

—Hace mucho.

Debí de mirarla con sorpresa, porque hizo un ademán en el aire.

—Sí, empecé en Tammany Hall.

—Yo creía que habías sido becaria con Maquiavelo —dije.

Se echó a reír. Tenía la negra cabellera salpicada de hebras blancas.

—Pues te vendría muy bien ahora. ¿Crees que esos edificios sobre plataformas podrían levantarse de uno en uno, como relleno, en lugar de demoler barrios enteros?

—Sí, claro. Son modulares. Pero sería más caro.

—Aun así. Desde la época de Robert Moses, a la gente no le gusta que se tiren barrios enteros.

—Podría ser algo paulatino. Pero en proyectos así, conviene pensar en términos de economía de escala. Quizá podríamos hablarles de Peter Cooper Village.

—Buena idea. O de Roosevelt Island.

—Lo que más te guste.

—Claro. Pero precedentes. Cosas así se han hecho antes.

Hurgó entre los restos de su ensalada.

—¿Y cómo encaja esto en lo que hablamos, lo de reventar la burbuja de la vivienda intermarea?

—Ahí es donde vamos a corto. Aquí vamos a largo.

—¿Y sigues pensando que una huelga de propietarios podría provocar una crisis?

—Sí. Pero mira, si queremos hacer eso, convendría hacerlo con un gobierno que esté preparado para ello. Porque, cuando pase, tendrá que

nacionalizar la banca. Y no para rescatarla y que el contribuyente pague la factura. Tendría que hacerse con todos los grandes bancos y entidades de inversión. Les entrará el pánico, pero también dirán: «dadnos todo el dinero que hemos perdido o la economía entera se irá al traste». Lo exigirán. Solo que esta vez, los federales tendrían que responderles: «sí, claro, os salvaremos el culo. Replotaremos el sistema financiero con una gigantesca inyección de dinero público, pero seréis nuestros. Ahora trabajáis para el pueblo, o sea, para el gobierno. Y empezareis a dar créditos otra vez». Serían algo así como los tentáculos de un pulpo federal. Sindicatos del crédito. Las finanzas volverían a actuar, pero los beneficios redundarían en la gente. Trabajarían para nosotros y podríamos invertir en lo que nos pareciese bien. Pasase lo que pasase, los resultados nos pertenecerían.

—¿Incluidos los malos?

—¡Esos ya nos pertenecen! Así que, ¿por qué no? ¿Por qué no nos quedamos con lo bueno, ya que tenemos lo malo?

Charlotte se acercó y tocó su copa de vino con la mía.

—Vale —dijo—. Me gusta. Y, dado que el presidente actual de la Reserva Federal es mi exmarido, podríamos tener una pequeña ventaja. Puedo hablar con él sobre ello.

—No lo alertes —le pedí, aunque sin saber del todo a qué me refería.

—¿No? —preguntó, consciente de mi incertidumbre.

—No sé —reconocí.

Sonrió un momento.

—Ya lo decidiremos luego. A ver, tienen que saberlo. Supongo que no podría ser un plan muy secreto. Lo hablaremos. Quiero contratarte. Mejor aún, te quiero de voluntario. Y que te presentes para el consejo directivo de la cooperativa.

Esta vez sonreí yo.

—No. Demasiado trabajo. Y ni siquiera soy miembro de la cooperativa.

—Pues entra. Te haremos un descuento.

—Me lo merecería si fuera tan idiota como para meterme en el consejo. Pero debo reconocer que he estado pensando en comprar. Y creo que me has convencido de hacerlo sin descuento.

—Aun así, deberías estar en el consejo.

—¿Para hacer lo mismo que ya hago en mi trabajo?

—¡En tu trabajo no diriges nada! Eres un simple tahúr. ¡Te dedicas a jugar al póquer!

Puse cara de contrariedad.

—Y yo que creía que era algo más... Dijiste que te gustaba mi plan.

—El proyecto de edificación, sí. Y el análisis. Me gustan. Lo de jugar, no.

—Son operaciones bursátiles. Crean valor de mercado.

—Por favor, que me vas a poner mala. No quiero vomitar.

—Pues más vale que vayas a por el cubo del compost, porque así es como funciona el mundo.

—Pues yo lo detesto.

—Eso da igual. Como imagino que ya habrás notado, a estas alturas.

Una pequeña risotada, acompañada de una mueca.

—Sí, lo he notado. A mi avanzada edad. Que, ahora que hablamos de ello, me está pasando factura en este momento. Tengo que dormir un poco. Pero, oye, me gusta tu plan.

Se levantó, recogió su bandeja y me dio unas palmaditas en la cabeza como si fuera un golden retriever.

—Eres un jovencito muy simpático.

—Y tú una ancianita muy agradable —respondí, incapaz de cerrar la boca.

Sonrió de oreja a oreja.

—Lo siento —dijo—. No pretendía ser condescendiente. La verdad es que eres la leche.

Se dirigió al ascensor con una sonrisa en los labios. Al entrar, la sonrisa seguía allí. Me quedé mirando las puertas cerradas, perplejo. Complacido. Por qué, ni idea.

—En Nueva York, la clave de las relaciones es el desapego  
—dijo ella.

—Candace Bushnell, *Sexo en Nueva York*

Es la banca quien controla todo el sistema.

—Deleuze y Guattari

## **g) Charlotte**

Charlotte descubrió que le agradaba la perspectiva de llamar a su ex, Larry, para proponerle otro café. Con todo lo que había sucedido últimamente, iba a ser interesante. Así que le envió un mensaje en la nube para preguntarle si tenía un rato para tomar algo, etcétera. La respuesta fue que le pediría a su equipo que buscara un hueco y, una hora después, que podían quedar al final de la semana siguiente, de nuevo al atardecer, pero, si era posible, en Brooklyn Heights, porque tenía algo que hacer allí. Ella respondió que perfecto, y él que podían convertir el café vespertino en una cena temprana, pues conocía un sitio en lo alto de una de las torres de Brooklyn Heights, sencillo, al aire libre, donde tenía una reserva, bla, bla, bla.

Charlotte respondió que encantada.

El día de la cita, el río East seguía congelado, aunque la predicción era que no tardaría en dejar de estarlo. Midharbor era un amasijo de placas de hielo que descendían hasta el atasco de los Narrows, donde avanzaban comprimidas, impelidas por las mareas menguantes, para luego volver en las crecientes, congelándose a veces en el mismo sitio donde las sorprendía el frío. Esto había ocurrido durante los breves días del bestial febrero, pero es que ahora ya asomaba marzo.

Charlotte se montó en uno de los funiculares que discurrían por gruesos rieles de acero entre el East Village y la torre oriental del puente de Brooklyn. Una vez en la torre, salió y atravesó el viejo puente con el resto de los embozados neoyorquinos que querían cruzar el río. Justo debajo de ellos, el hielo del río se colocaba como un rompecabezas, que solo daba paso a las

aguas negras y abiertas a partir de Governors Island. En la intrincada tracería de cables que había sobre ellos, el viento silbaba su aleatorio canto, seguramente la música más hermosa jamás oída: si no la de las esferas, al menos, por definición, la de los cilindros.

Hacía frío mientras esperaba la llegada del otro funicular, entre la torre oriental del puente y Brooklyn Heights. Sin la menor duda, era hora de recurrir a los rompehielos y volver a sacar los vapores, coincidían todos pasajeros que esperaban allí, con la nariz blanca, los labios azulados y los dientes castañeteando. La Agencia de Transporte de Brooklyn iba a llevarse una sorpresita en forma de demanda colectiva, dijo uno de ellos. Siempre que alguno sobreviviese, claro. Si usted o cualquiera de sus seres queridos han muerto de congelación en el puente de Brooklyn, llame a este número.

La línea entre el puente y Brooklyn Heights era larga, así que, para cuando llegó por fin a la sombra de los superrascacielos, ya iba con retraso. Apretó el paso el último trecho y llegó sin aliento al edificio que había propuesto Larry. Y allí estaba él, en la puerta, así que bien, aunque la viera resoplando, con la respiración entrecortada, las mejillas coloradas, moqueando y con el cabello alborotado. Ah, bueno. Su sonrisa era la de toda la vida, tan amigable como siempre, con apenas ese atisbo de socarronería que siempre la inquietaba.

El ascensor tardó una eternidad en llegar arriba, a pesar de subir como un cohete. Una vez que los depositó en el restaurante del tejado, con paredes de cristal y brillantes calentadores sobre las mesas, escogieron mesa en una esquina, desde la que se divisaba el río, a sus pies, y, más allá, la muralla de apiñados rascacielos antiguos que cubría la punta meridional de Manhattan. Era una de las mejores vistas de la ciudad, y Charlotte sospechaba que Larry la había escogido por ella, para complacerla. Y la complacía. Pegaron la mesita al cristal y se sentaron juntos para disfrutar de la vista. El muro de monstruos de Wall Street era como un grupo de nadadores en aguas invernales, apelotonados y metidos en hielo hasta las rodillas. Cerca de la puerta de la cocina, un cuarteto de cuerda desgranaba con inquietante quietud una pieza de Ligeti.

Las ostras procedían de una batea situada justo debajo del edificio, les

dijeron, y crecían en cajas filtrantes. El vodka helado era una bebida que Charlotte despreciaba, pero la ayudó a quitarse el aún más detestable sabor de los moluscos. Podría haber aparentado sofisticación, pero ¿para qué molestarse? Larry habría sabido que era mera impostura. Así que a la segunda ostra se pasó al retsina y los calamares a la romana, más de su gusto y más acordes con su estilo. Larry siguió con las ostras y se las terminó como un hombre.

Durante el plato principal, consistente en sendas ensaladas Cobb de una calidad muy superior a la de cualquier cosa salida de la cocina de la Met, Charlotte llevó finalmente la conversación al grano de aquel encuentro.

—Oye, Larry, si estalla la burbuja inmobiliaria intermarea durante tu mandato, ¿tenéis un plan de contingencia?

Su exmarido puso los ojos en blanco, que era su manera de decir que, en realidad, no estaba sorprendido, pero podía fingirlo por deferencia a ella.

—¿Qué te hace pensar que es una burbuja?

—Los precios suben mientras los edificios se vienen abajo. Para muchos de los edificios de la zona inundada, la historia se acaba.

Larry señaló con un ademán el mugriento craquelado del río East.

—A mí no me lo parece.

—Esos son rascacielos flotantes, Larry. Sus cimientos están clavados en el lecho de roca. Los edificios que hay al norte no son tan sólidos, ni de lejos, pero es ahí donde vive la gente.

—Bueno, pero los indicadores tampoco lo muestran.

—Los indicadores son financieros, más que físicos. Esas cifras se manipulan para que parezca que todo va bien. Juegan con los valores implicados, pero la realidad en el agua es totalmente distinta.

—Eso piensas tú.

—Sí. ¿Y tú no?

Larry entornó la mirada.

—He visto una pequeña divergencia entre el Case-Shiller y el IPPI. Podría ser un indicio de lo que dices.

—Y las agencias de calificación siguen siendo unas lameculos, así que tampoco encontrarás nada ahí. No ha habido una burbuja a la que no le

hubieran dado un triple A.

—Ahí sí que tienes razón —reconoció Larry con expresión levemente ceñuda—. No hay forma de meterlos en vereda.

—Se llama conflicto de intereses. Sigue pagándoles la misma gente a la que tienen que calificar, así que dan los resultados que les pagan para dar. Eso nunca cambiará.

—Supongo que no.

La miró con curiosidad.

—Por lo que veo, has estado leyendo sobre eso.

—Sí. Bueno, ¿qué harás cuando pase? ¿Quién serás? ¿Edson? ¿Bernanke? ¿Herbert Hoover?

—Habrás que improvisar, supongo.

—Qué idea más mala. ¿A la gente le entra el pánico y tú, que estás en la silla del capitán, esperas a entonces para pensar en ello?

—Es lo que se ha hecho siempre —bromeó Larry.

Pero sus ojos la observaban con más detenimiento.

—Después del Primer Pulso —dijo Charlotte—, Edson se limitó a esperar, y el resultado fueron los sesenta perdidos, las hambrunas y la gran crisis del Segundo Pulso. En el colapso del 2008, Bernanke, que había estudiado la Gran Depresión, sabía que no bastaba con agachar la cabeza. Metió dinero a espuestas en la brecha y logró salvarlos al borde del abismo. En lugar de un desplome en toda regla, fue una mera recesión.

Larry asintió.

—Y recuerda que una de las cosas que hicieron fue nacionalizar General Motors. Habían dejado que cayese Lehman Brothers y el resto del sector financiero se fue detrás, y se dieron cuenta de que no podrían hacer lo mismo con la economía real, así que nacionalizaron GM, la levantaron, se la vendieron de nuevo a sus accionistas y las cosas, más o menos, quedaron igual. ¿No?

Larry seguía asintiendo. La observaba con más atención que nunca.

—Pues mira —dijo Charlotte mientras se le acercaba—. Esta vez, cuando estalle la burbuja, nacionalizad los bancos.

—Ay —dijo Larry. En su entrecejo apareció esa línea vertical que

indicaba lo preocupado que estaba, cuando lo estaba—. ¿Qué quieres decir?

—Cuando estalle la nueva burbuja, volverán a estar todos ahí. Y cuanto más grandes sean, más apalancados. Están todos interconectados. Las reformas que se impusieron después del Segundo Pulso obligaron a los bancos a conservar algo más de chicha, así que no podrán titularizar las hipotecas, como hacían antes. De modo que, cuando estalle la burbuja, nadie sabrá qué conserva algo de valor, y les entrará el pánico y dejarán de prestar dinero, y entonces entraremos todos en caída libre. Tú ya lo sabes. Es un sistema frágil, basado en la idea generalizada de que actúa con cordura, pero, en cuanto se desmorona esta ficción, todo el mundo se da cuenta de que es una locura y nadie puede fiarse de nadie. Irán corriendo a suplicar tu ayuda. Y serás lo único que se interponga entre ellos y la mayor depresión desde la última.

A estas alturas, Larry la observaba con tanto interés que se había olvidado de disimularlo con alguna expresión falsa. Charlotte, al darse cuenta, estuvo a punto de echarse a reír, pero en lugar de hacerlo mantuvo la concentración y dio el golpe de gracia:

—Así que, en ese momento, tú acudes a la presidenta y le dices que, una vez más, el contribuyente norteamericano tiene que sacar del apuro a esa panda de gilipollas, un apuro que, esta vez, igual asciende a los treinta billones de dólares. Seguro que no le hace mucha gracia, ¿verdad?

—Verdad.

—Puede que no se quede catatónica, como le pasó a Bush con Bernanke, pero le entrará miedo, y querrá oír que tienes un plan. Y ahí es donde le dices que nacionalice los bancos y las firmas de inversión. Que las salve, pero las compre. A partir de ahí, las finanzas globales serán propiedad del pueblo norteamericano. En la batalla cósmica entre el pueblo y nuestra querida oligarquía —dijo con un gesto dirigido a Wall Street y los superrascacielos de la parte alta—, el primero, inesperadamente, se habrá llevado el gato al agua. Tú puedes imprimir dinero, restablecer la confianza, darle a la manivela y poner de nuevo las cosas en su sitio y, a partir de ahí, los obscenos beneficios de las finanzas pertenecerán al pueblo. Además, podrás utilizarlos para resolver los problemas reales de la gente. El Congreso puede reformar el

sistema financiero con las leyes que le presentes, lo que te permitirá facilitarle considerablemente la vida al contribuyente, en lugar de a los bancos. Imprimir dinero y dárselo al banco del señor y la señora Contribuyente. ¡Será la mayor llave de judo de poder desde la Revolución francesa!

Larry sacudió la cabeza mientras buscaba una de sus viejas expresiones, la que utilizaba para expresar una fingida admiración por Charlotte, que ella recordaba demasiado bien.

—¡Sigues siendo una soñadora! —exclamó.

—¡Para nada! Es un plan, un plan práctico.

—Ni que fueras comunista, o algo así.

—Ya, ya, Charlotte la Roja.

—Charlotte Corday, ¿no?

—No sé. ¿No mató a uno de los líderes de la Revolución francesa?

—A Marat, ¿verdad? Pero por moderado, si no recuerdo mal. Por no ser lo bastante revolucionario.

—No sé.

—Supongamos que sí. Puedes apuñalarme en el baño si me desvío del camino recto.

—Si no salvas el mundo cuando se presente la ocasión. No vuelvas a subir a Humpty Dumpty a la pared, como las otras veces. Lo joderán todo de nuevo en cuanto puedan. Porque son unos idiotas codiciosos. No tienen una sola idea en la cabeza, salvo llenarse los bolsillos y mudarse a Denver.

Larry asintió.

—O quedarse con la intermarea —sugirió—. Comprártela.

Charlotte tenía que reconocerlo: su ex era listo.

—Ya, eso también.

—Me preguntaba de dónde salía este repentino interés por las finanzas, que nunca habías demostrado. Ni siquiera un poco.

—Eso es verdad. Esa oferta por el edificio se parece cada vez más a una OPA hostil. La semana pasada presentaron otra. ¡Por el doble! He preguntado por el bajo Manhattan y no somos los únicos. No sabemos quién es, porque usan intermediarios, pero está sucediendo. Gentrificación, acotamiento...

Llámalo como quieras. Y sí, me he percatado de que un edificio o una asociación de ayuda, por sí solos, no pueden hacer nada. Es un problema global. Así que, si hay alguna forma de combatirlo, tiene que ser a nivel macro.

—Así que, para salvar tu edificio de una OPA hostil, me sugieres trastocar el orden económico mundial.

—Sí. Pero vamos a llamarlo salvar el mundo de otra Gran Depresión. O quitarnos el dogal del cuello para ponerlo en el de los parásitos.

—Complicado —señaló Larry.

—Porque es política. Y el mundo de las finanzas ha comprado a muchos de los políticos y muchas de las leyes. Así que cada día es más complicado. Pero cuando llegue la próxima crisis, podrías contribuir a cambiarlo. Es un punto de inflexión. Pasarías a la historia como el primer presidente de la Reserva Federal con pelotas.

—Volcker fue bastante bueno.

—Volcker tenía cerebro. Yo he dicho pelotas. Sus mejores ideas llegaron cuando abandonó el puesto y ya no podía ponerlas en práctica. Como si se le ocurrieran entonces... Era casi como Greenspan. ¡Oh, vaya, me equivoqué al creer que Ayn Rand tenía todas las respuestas! Con la diferencia de que Volcker sí tenía algunas ideas propias.

—Puede.

—Pues, por una vez, podrías tener las ideas antes.

—Es lo que intento, normalmente.

—¿Ves? Pues hazlo. Tiempos como estos son los que ponen a prueba las almas de los hombres.

—Vale, vale. Ahórrame a Tom Paine. Charlotte Corday ya era lo bastante mala. Veo el cuchillo en tu bolso. Puedes dejar de acariciarlo.

Esto la hizo reír. Alargó la mano y le dio un leve apretón en el antebrazo. Era hora de marcharse. No quería añadir que ya tenía un plan para reventar la burbuja durante el mandato de Larry. Ya estaba bastante espeluznado, tanto por sus palabras como por el hecho de que fuera ella quien las pronunciaba. Charlotte era consciente de podía desmontar su argumentario en cualquier momento con cuestiones técnicas, que estaba dejando que lo abordara desde

una perspectiva histórica y política, en lugar de puramente económica. También a él le interesaba esa perspectiva, así como el hecho de que empezara a prestar la suficiente atención a estos temas como para comprender que lo que él hacía era importante para ella. Antes, nunca había sido así. No habían tenido una conversación como aquella desde hacía... Vaya, nunca. Era su primera vez.

Pero no podía ir mucho más allá sin que ella zozobrase en su propia ignorancia. ¿Qué significaría nacionalizar la banca? Él lo sabría, ella no. Pero en ese mismo instante, en una feliz coincidencia, un gigantesco crujido, como la primera y nítida descarga del trueno, anunció que el hielo del río East empezaba a partirse.

Todos los presentes corrieron a los ventanales del norte y el oeste y recibieron con exclamaciones la imagen: el hielo blanco se agrietaba y levantaba en enormes placas de bordes dentados, y luego volvía a caer con estruendo sobre el agua negra y emprendía una marcha precipitada rumbo al sur, hacia Governors Island y los Narrows. ¿Por qué todo a la vez? ¿Por qué ahora? Pocas horas antes, una marea muerta había alcanzado el nivel de inundación y se había revertido, dijo alguien, y ahora la corriente estaba bajando con fuerza y el agua descendía bajo el hielo. Así era como había sucedido; lo mismo que dos años antes, y cinco, y ocho. Y así hasta la Edad de Hielo. Florecía la primavera ante sus mismos ojos; al ver los rostros ruborizados que la rodeaban, Charlotte comprendió que era un momento de intensidad erótica, e incluso sexual, una auténtica locura de marzo. El cuarteto de cuerda había cambiado de marcha y ahora interpretaba una pieza de Shostakóvich rebosante de ferocidad. Los labios estaban teñidos de rojo, los ojos brillaban y las voces repicaban con la energía desprendida por el deshielo. La primavera equivalía a sexo. Allá abajo, en el río negro, el agua saltaba desde abajo de la línea blanca y volteaba placas de hielo enormes. Nunca se había parecido tanto a un torrente el río East.

Larry tenía el mismo aspecto que todos, con su pálida y moteada tez de la Ivy League colorada como si estuviera avergonzado o acabase de echar una carrera. No era por ella, ni por el río; estaba pensando en el plan de Charlotte. Se había mezclado en su mente con la asombrosa imagen del deshielo y, en

su cabeza, el encabritamiento de las placas de hielo sobre el agua negra era como el discurrir precipitado de la propia historia. Sentía lo que sentiría de formar parte de aquello, de marchar a lomos de aquel caos. Charlotte levantó una mano y le pellizcó la mejilla un instante. Antes solía besarle la oreja en el momento del orgasmo y él se volvía loco. Aquel chico seguía allí; le gustaba sentirse bien.

—Eso es, fiero —murmuró.

Le ardían las mejillas y tuvo que sentarse. Lo miró de hito en hito, un poco avergonzada de sí misma, por la imagen, por su atrevimiento con él, por la intensidad de los repentinos recuerdos, que habían aflorado como el negro torrente.

—Piénsalo —dijo—. Prepárate para cuando llegue. Prepara todos tus peones.

—Entre esos peones hay algunos miembros del Congreso con los que podría contar —señaló él mientras se sentaba.

Esbozaba aquella pequeña sonrisa tan suya.

—¿Postre?

—Sí —respondió Charlotte con timidez—. Y coñac.

—Desde luego.

Las grandes avenidas de Nueva York no están orientadas exactamente de norte a sur, sino desviadas veintinueve grados al este desde el norte. Esto significa que las calles este-oeste discurren en realidad del noroeste al sudeste y explica por qué los llamados días de Manhattanhenge, cuando las puestas de sol se alinean con las calles y la luz las inunda desde el oeste y convierte los canales en fuego, no suceden en los equinoccios, sino más bien entre el 28 de mayo y el 12 de julio.

En 1932, una tormenta llegada desde el Ártico trajo consigo bandadas de unos pájaros polares llamados mérgulos y los catapultó contra los rascacielos. Aparecieron millares de cadáveres por toda la ciudad, enredados en cables de teléfono, sobre las calles, en los lagos y sobre el césped de los parques.  
—Proyecto Federal de Escritores, 1938

## **h) el ciudadano redivivo**

Si se comprimiese la atmósfera de la Tierra hasta alcanzar la densidad del agua, formaría un revestimiento alrededor del planeta de unos diez metros de espesor. Tal como es, se extiende hasta alcanzar unos diecisiete kilómetros de altitud, a partir de donde, en la frontera entre la troposfera y la estratosfera, se vuelve muy difusa. Como zona permanentemente habitable para el ser humano, se extiende hasta unos quince mil pies, cerca de tres kilómetros: por encima, la gente tiene la fea costumbre de morir. Así que pensemos en una capa de celofán alrededor de una pelota de baloncesto y démonos cuenta de que aun así será demasiado gruesa si la comparamos con la atmósfera de la Tierra.

Además, está hecha de aire, un fluido bastante poco denso en comparación con el agua, que puede moverse con facilidad sobre la superficie del planeta mientras este gira como una peonza alrededor del Sol. Con una vuelta al día (que, a ver, es precisamente lo que es un día) se alcanza una velocidad en la superficie del ecuador de más de mil quinientos kilómetros por hora, así que lo sorprendente es que el aire se mueva tan poco, pero el caso es que entre la inercia, la fricción y todo lo demás, las corrientes en chorro suelen alcanzar un máximo de ciento sesenta kilómetros por hora y soplan sobre todo hacia el este, en patrones que no se diferencian mucho de los del agua que sale por la boca de una manguera que se deja en el suelo. O sea, patrones caóticos pero concentrados alrededor de extraños atractores, de tal modo que, de hecho, se pueden definir como patrones. Pero es una sustancia ligera, el aire, y aunque se desplaza sobre la Tierra más o menos

como las corrientes oceánicas, su movimiento es más descontrolado. Esto siempre ha sido así, pero si añades calor al sistema, incrementas la energía de todo, así que sigue comportándose como antes pero de manera más exagerada. El clima siempre había sido un sistema impredecible y lleno de anomalías, pero después del aumento de las temperaturas globales derivado de la colosal inyección de carbono a la atmósfera por parte de la civilización industrial humana, este carácter salvaje se vio agravado aún más. Durante mucho tiempo, la Tierra estuvo recibiendo 6 vatios por metro cuadrado más de los que perdía, y eso provocó un calentamiento de las cosas hasta que la olla empezó a hervir. Ojo, esta energía adicional, el hecho de que el promedio fuera más caluroso, no impedía que hubiera episodios fríos de manera puntual; el incremento de la temperatura incrementa a su vez la virulencia de los remolinos que se forman, y un remolino lo bastante fuerte expulsa el aire de su centro y crea así una zona de baja presión por debajo, donde la tierra, en ausencia de aire, puede alcanzar temperaturas muy bajas.

En resumen: episodios climáticos catastróficos de todo tipo, como huracanes, ciclones, tornados, tormentas eléctricas, ventiscas, sequías, olas de calor, aguaceros, frentes fríos, presiones locales altísimas, etcétera. Ya os hacéis una idea.

Así, en el siglo XXI, por todo el mundo se sucedían desastres climatológicos que destrozaban todo cuanto había construido la gente, incluidas las cosechas y los suelos en los que crecían. En el mar, cuyo nivel había ascendido hasta su altura actual apenas cuarenta años antes, los frágiles, tenues y débiles intentos de reconstrucción llevados a cabo por la humanidad y demás especies vivientes eran especialmente vulnerables a las supertormentas, clasificadas según nuevos sistemas creados específicamente para ellas como de clase 7, de fuerza 11, o la hostia de gigantes. En los trópicos, donde para empezar nunca se había construido muy bien, entre el aumento de la intensidad de las tormentas y la naturaleza provisional de la reconstrucción pospulso, los nuevos sucesos climáticos podían borrar del mapa ciudades costeras enteras. Como sucedió con Manila en 2128, con Yakarta en 2134 o con Honolulu en 2137. Eran ejemplos sumamente aleccionadores del grado de muerte y destrucción que se podía dar cuando

una tormenta más fuerte que nunca se abatía sobre unas infraestructuras más precarias que nunca.

Nueva York, hay que decirlo, tiene unas infraestructuras a prueba de bombas en comparación con la mayoría de las ciudades costeras del mundo. Está construida sobre roca y hecha de acero y compuestos diversos tan resistentes que, a menudo, es la roca lo primero que se rompe. Pero a veces se rompe y, además, no toda la ciudad está construida del mismo modo. Hay chapuzas en abundancia en los diversos proyectos de recuperación y remodelación de la zona sumergida y la intermarea. Así que no es invulnerable. Ninguna obra del hombre lo es.

Recordemos también, si vuestra capacidad retentiva aún os lo permite después de tantas y tan densas páginas, la peculiar geografía de la bahía de Nueva York en relación con el Atlántico y el globo en su conjunto. Desde el Caribe (o desde las latitudes altas subtropicales, en realidad) llegan los huracanes más violentos de la historia, y al desplazarse en dirección norte a velocidad media, giran en dirección antihoraria, vistos desde el espacio, de manera que los vientos del borde soplan hacia el oeste y pueden llegar a hacerlo con enorme velocidad y potencia. Recordemos la topografía del golfo, y el hecho de que Nueva York es un archipiélago en un estuario, conectado por los Narrows al Atlántico en el punto de flexión de la bahía, con una puerta trasera en el lado oriental, donde el estrecho de Long Island se une al río East a través de Hell Gate.

Es, en efecto, la combinación perfecta para la aparición de marejadas ciclónicas. Un huracán monstruoso empuja una parte importante del Atlántico hacia el norte y el este, hacia la bahía, y Nueva Jersey canaliza toda esa masa de agua a través de los Narrows, mientras otra avanza con fuerza hacia el este por el estrecho de Long Island hasta inundar el río East a través de Hell Gate. Mientras tanto, el Hudson, que nunca deja de drenar una cuenca enorme, empuja su propio caudal desde el norte, un caudal que puede superar los cinco millones y medio de litros por segundo. Así, llega un momento en que, en medio de un huracán, entra agua en la bahía desde tres direcciones distintas, con lo que solo puede hacer una cosa: subir. Y si resulta que encima ocurre durante una marea muerta, hasta la Luna le da otro empujoncito, lo

que en la práctica significa que el camino de ascenso se convierte en el de menor resistencia. Así que el agua sube: marejada ciclónica del huracán Alfred en 2046, seis metros, un enorme desastre. Huracán Sandy en 2012, marejada ciclónica de cuatro metros, un gran desastre. Marejada ciclónica del huracán anónimo de 1893, diez metros. Devastación total.

Y ahora recuerda, y esto no te costará demasiado, porque es el hecho más sustancial y omnipresente de la vida en la Tierra de nuestros días, que el nivel del mar ya está diecisiete metros por encima de donde estaba antes del Pulso. Si le sumamos una marejada ciclónica a esta condición previa, ¿qué tenemos?

Ahora mismo lo vas a ver.

Noventa y seis bebés prematuros vinieron al mundo en el edificio de la empresa Infant Incubator en la exposición universal de 1939, y pasaron allí sus primeras semanas de vida.

¿No debemos sentir simpatía por la rata almizclera que roe su tercera pata, y no por misericordia de sus sufrimientos, sino por la mortalidad que compartimos, por aprecio a la majestad de su dolor y al heroísmo de su virtud? ¿No nos convierte el destino en sus hermanos? ¿Para quién habrán de cantarse salmos y dar misas si no es para criaturas tan valiosas como estas?  
—Thoreau

## **i) Stefan y Roberto**

Los días de finales de primavera se hicieron más largos y los tejados se cubrieron violentamente de verde. Todas las criaturas vivientes germinaban y las aguas turbias olían a mierda, pues la intermarea supuraba baba y apestaba en la bajamar, con el fango cuajado de lechos de ostras y pilones de los antiguos muelles. La gran bahía estaba tan abarrotada de embarcaciones que las vías de tránsito de las grandes se definían precisamente por la ausencia de las pequeñas. El sol ardía sobre el agua desde la primera media hora posterior al alba hasta la última antes del crepúsculo, y, junto a la orilla, el azul oscuro de los ríos se tornaba negro por obra del légamo, o amarillo por la escorrentía, o tornasolado por los escapes de gasolina y aceite. La humedad era tan intensa que el aire se volvía visible, una neblina fétida y blanca que pendía sobre la ciudad, y la idea de que apenas dos meses antes la bahía hubiera estado helada y la atmósfera pareciese hecha de nitrógeno líquido resultaba increíble.

El clima de la ciudad, siempre notorio, escandaloso incluso, se había convertido en una locura en el siglo XXII; ahora, los luminosos y miasmáticos veranos oscilaban de lo subtropical a lo supertropical, y los mosquitos eran una plaga sedienta de sangre y colmada de enfermedades. Los tableros de ajedrez de hormigón se volvían como hornos encendidos. La gente no salía de casa, y, cuando no tenía más remedio que hacerlo, caminaba dando tumbos o navegaba con cara de aturdimiento y consternación, con la sensación de que se hubiera desatado algún incendio cercano. Nadie parecía

terminar de creerse que aquella ciudad de ensueño pudiera cambiar de manera tan drástica, como un aeropoblado que hubiera pasado del polo al ecuador en cuestión de semanas. La gente rezaba para pedir ventiscas.

A Stefan y Roberto les daba igual. Se habían embarcado en la misión de hallar la tumba de Herman Melville y, si era posible, llevar la lápida a al *bacino* de Madison Square y colocarlo como un pilote sobre el muelle de la Met, en el punto más próximo al lugar donde había vivido, al noreste. Ese era su plan y lo seguían a rajatabla. El señor Hexter les había dicho que la lápida era grande, seguramente una losa de granito de metro y medio por metro y medio, con un peso de varios cientos de kilos, pero no iban a dejarse desalentar por esto. Cuando nadie se fijaba habían alquilado un pequeño remolque con ruedas, y su bote cabalgaba las aguas a gran altura. En el peor de los casos, siempre podían hacer frente a los problemas de transporte después de encontrar la tumba.

Así que de momento era una misión de reconocimiento y eran felices avanzando por los bajíos del Bronx, de nuevo a la caza, sorteando los feos acantilados de tejados y los glóbulos de materia negra que flotaban en la superficie entre las algas. El Bronx anegado era casi tan extenso como las zonas inundadas de Brooklyn y Queens, lo cual era mucho decir. La línea actual había engullido muchas manzanas al norte de su antigua posición, y los barrancos de los antiguos arroyos e incluso un valle de tamaño medio habían vuelto a llenarse, y dividían el barrio con un par de bahías de norte a sur, de las cuales la del oeste, que llegaba hasta Yonkers, cubría el viejo parque Van Cortlandt y lamía en la pleamar toda la superficie del cementerio de Woodlawn.

¡Pero no sobre Melville! La tumba del gran escritor marino se encontraba aún en tierra firme, a muchas lápidas de distancia de la línea de marea alta. Así lo había determinado el señor Hexter con sus mapas, y aseguraba que tenía que ser cierto. Al principio les decepcionó un poco que no estuviera bajo el agua, pero como le habían dado la campana de inmersión a Vlade, en realidad era una suerte. Sería su primer proyecto terrestre.

Recalaron en una ladera cubierta de matorrales y jalonada de algas, amarraron el bote a un tronco muerto y se encaminaron al este sobre la

maleza y los escombros del cementerio abandonado, en dirección al lugar en el que uno de los mapas plegados del señor Hexter tenía una X marcada. Tras rebuscar un poco a su alrededor, llegaron a la conclusión de que había pocas cosas más extrañas que un camposanto abandonado, sobre todo si era como aquel, en parte prado tapizado de maleza y en parte bosque húmedo y lúgubre, cubierto de ramas rotas, basura e hilera tras hilera de lápidas, como una maqueta de la parte alta, con algún que otro monumento de mayor tamaño aquí y allá. De vez en cuando se detenían para leer algunas de las inscripciones más largas; entonces se encontraron con la que honraba la memoria de un tal George Spencer Millet, 1894-1909, que rezaba:

*«Muerto por apuñalamiento al caer sobre un raspador de tinta mientras huía de seis jovencitas que intentaban darle un beso de cumpleaños en el edificio Metropolitan Life».*

—¡Madre mía! —dijo Roberto—. ¡Y en nuestro edificio! ¡Qué horror!

—Es lo típico que te pasaría a ti —señaló Stefan.

—¡Ni de casualidad! Yo dejaría que me besaran, joder. Menudo idiota.

A partir de ahí, decidieron dejar de leer las inscripciones. Siguieron su búsqueda sintiéndose bajo la pesada mirada de todas aquellas vidas y nombres semilegibles. No había cementerios en el bajo Manhattan, y estaban dándose cuenta de que aquello era menos divertido de lo que esperaban.

Hasta que se encontraron con Melville. Era, en efecto, una lápida formidable, con un pergamino tallado en la piedra. De medio metro de altura, casi otro tanto de anchura y treinta centímetros de grosor, como poco. A cada lado del pergamino había unas hojas grabadas en unas parras, y el nombre de Melville se encontraba en la parte abajo, casi oculto por el barro. El lugar era deprimente. La lápida de su esposa estaba a un lado, y al otro, otros miembros de su familia, incluido su hijo Malcolm, que había muerto joven.

—Qué grande —dijo Stefan.

—Hay que llevarla a su barrio —insistió Roberto—. Aquí ya no viene nadie, eso está claro. Está totalmente olvidado en este sitio.

—No sé yo...

—¿Crees que es ilegal?

—Creo que no estaría bien. Su cuerpo está aquí, y el de su esposa y todo lo demás. Si viniera alguien a visitarlo, podría pensar que somos unos vándalos.

—Pues... Mierda.

—Igual podríamos buscar a otro, con la tumba bajo el agua.

—¿Alguien más que viviera cerca de nosotros? ¿Y cuyo fantasma haya visto el señor Hexter?

—No. Eso es imposible, tendría que ser otro. Quizá podríamos hacer carteles conmemorativos para ponerlos en los edificios que rodean el puerto deportivo, o sobre los pilotes de los muelles. O un mapa, eso le encantaría al señor Hexter. Con todo lo que nos contó, lo de Melville, y el béisbol, y la mano de la Estatua de la Libertad. Todo eso.

—Vivimos en un barrio estupendo.

—Es verdad.

—¡Pero yo quiero sacar algo del agua! O del bosque. Algo que hayamos salvado.

—Y yo. Pero igual el señor Hexter tiene razón. Igual después del *Husar* ya no hay nada así de bueno.

Roberto suspiró.

—Pues espero que no. Solo tenemos doce años.

—Yo tengo doce años. Tú no lo sabes seguro.

—Lo que sea, pero es demasiado pronto igual.

—Habría que cambiar de carrera, creo yo. Cambiar de miras. De todos modos ibas a ahogarte cualquier día de estos, así que igual es para bien.

—Igual. Pero me gustaba. Y hay trabajos que se hacen bajo el agua, como lo que hacía Vlade.

—Sí. Pero hablo de ahora. Igual podríamos mirar hacia arriba, en lugar de hacia abajo. Están esos halcones peregrinos que anidan en los costados del Flatiron, y otros muchos.

—¿Pájaros?

—O animales. Las nutrias de debajo de los muelles. O los leones marinos.

¿Te acuerdas de cuando aparecieron en el Skyline Marina y se subieron todos a un barco y lo hundieron?

—Sí, estuvo muy bien.

Roberto pasó la mano por la lápida de Melville mientras lo recordaba.

De repente cambió el tiempo, se hizo más frío y oscuro. Una nube negra que había llegado desde el sur tapaba el sol. El aire seguía igual de húmedo, o incluso más, pero ahora estaban a la sombra de la nube y la cosa tenía visos de empeorar. De hecho, una enorme masa de nubes de fondo negro avanzaba desde el sur.

—¿Una tormenta? —dijo Stefan. Era demasiado grande para ser una simple tormenta—. Será mejor que volvamos.

• • • • •

Volvieron corriendo al bote, soltaron la amarra, se subieron de un salto y pusieron rumbo al centro del canal que cortaba el Bronx en dos. El viento les daba en la cara, y las olas se sucedían una tras otra, arrojándoles agua desde los dos lados. Se agacharon para reducir el perfil de la embarcación. El viento y las olas venían del sur, así que podían embestirlos de frente. Era una suerte, porque las olas se levantaban cada vez más, coronadas por grandes capachetes de espuma blanca. Habría sido difícil, o incluso imposible, navegar de través con unas olas tan altas y quebradas como aquellas. Incluso al abordarlas de frente, el bote se encabritaba y caía con fuerza sobre el agua blanca, así que los dos muchachos se trasladaron a popa y se sentaron a ambos lados del timón, desde donde observaron con nerviosismo cómo se precipitaban sobre ellos los muros blancos y su embarcación se ladeaba y levantaba de maneras que parecían imposibles. El rugido del oleaje era tan fuerte que tenían que hablar a gritos. La inclinación de la proa que caracterizaba el diseño de la zodiac los salvó en varias ocasiones, pero incluso así, solo hacía falta que las olas subieran un poco más para que la embarcación volcara sobre ellos, o al menos eso parecía.

Sin embargo, la flotabilidad era una cosa maravillosa, y de momento parecía que superaban cada ola que se les venía encima. Y tampoco podían subir mucho más, al menos allí, en el río Harlem, tan cerrado. De hecho, a los muchachos les costaba creer que hubieran alcanzado tal altura y que el viento hubiese cobrado tal fuerza en tan poco tiempo. Bueno, existían las tormentas de verano. Y parecía que, contra todo pronóstico, las olas sí que estaban creciendo, a pesar de venir desde el río East y tener que trazar una curva para entrar en Harlem. El bote se zarandeaba violentamente.

—¡Tendríamos que haber esperado a que amainara! —gritó Stefan después de que una ola especialmente grande los levantara casi en vertical y luego, al pasar, arrojara la proa sobre el agua con tanta fuerza que tuvieron que agarrarse para no salir despedidos.

—Podemos conseguirlo.

—Igual deberíamos dar la vuelta.

—No sé si la popa se levantaría tanto como la proa.

Stefan no respondió, pero era cierto.

—La próxima vez hay que llevarse los terminales de muñeca.

—Igual sí. Pero nos los cargaríamos.

—¡Mira esa que se acerca!

—Ya.

—¡Igual habría que virar!

—Igual. El bote seguirá flotando aunque se llene de agua, eso lo sabemos.

—¿Y el motor seguirá funcionando si se moja?

—Creo que sí. ¿Te acuerdas de aquella vez?

—No.

—Pues pasó.

La siguiente ola los empujó y los levantó hasta estar casi en vertical, y ambos se inclinaron instintivamente hacia delante para ayudar a la lancha a recuperar la horizontalidad. Pero aun así permanecieron suspendidos durante un momento muy largo, rezando para que la ola no los hiciera volcar hacia atrás y los arrojase sobre el oleaje. Finalmente, la lancha se inclinó hacia delante y descendió por el costado trasero de la ola. Pero otras seguían acercándose, como grandes muros blancos, y el viento no dejaba de aullar.

—Vale, igual deberíamos dar la vuelta. No quiero volcar.

—Ni yo.

—Pues entonces...

Roberto tenía la mirada clavada delante, con los ojos muy abiertos. Al verlo, Stefan sintió miedo. Todas las olas estaban separadas por una misma distancia, como suele pasar. Contaban con siete u ocho segundos entre cada impacto. No necesitaban mucho tiempo para virar, pero no podían permitirse el lujo de quedarse a mitad de maniobra.

—La próxima —dijo Roberto—. Comenzaré a virar en cuanto tengamos la ola debajo. Hacia ti.

—Vale.

La siguiente ola era más o menos como las demás. No un monstruo, pero casi. Los levantó en vilo y, cuando la lancha volvió a quedarse casi vertical, los dos se inclinaron hacia delante. Al hundirse la proa bajo el peso de sus cuerpos, Roberto empujó el timón hacia Stefan y, al tiempo que la embarcación comenzaba a bajar por la cara posterior de la ola, aumentó al máximo la potencia del motor. La lancha viró bruscamente, en un movimiento impresionante pero no demasiado rápido, y la siguiente ola se les echó encima. No pudieron hacer otra cosa que asistir al desastre.

La muralla de agua se desplomó sobre ellos cuando habían completado tres cuartas partes de la maniobra, y Roberto empujó el timón para que, al impulsarla hacia delante, los dejase con la misma orientación que la ola. La popa se levantó menos de lo que lo había hecho la proa. Estaban bajo la espuma rota y parecía que el agua iba a inundar la lancha, pero al final no fue así y lograron mantenerse estables. Continuaron sobre la ola un rato, hasta que terminó de pasar. Ahora avanzaban hacia el Bronx a toda velocidad, impulsados por el viento y empujados de vez en cuando por las olas rotas, que los zarandeaban al pasar por debajo de ellos pero sin hacerlos volcar, más rápidas que su embarcación.

Parecía que no iban a hundirse, y los bajíos del Bronx, salpicados por un desorden de tejados y edificios destrozados, se acercaban a toda velocidad. Era un campo de olas, burbujas, acantilados de techos negros y líneas blancas de espuma, y tenía un aspecto espantoso. Pero seguramente podrían meterse

en algún recoveco, y resguardarse al abrigo de cualquier cosa que sobresaliera del agua. Las olas perderían fuerza con rapidez una vez dentro de las ruinas del barrio.

—Lo vamos a conseguir —proclamó Roberto.

Era lo primero que decía desde que dieran la vuelta, muchas olas atrás.

—Eso parece —reconoció Stefan—. ¿Y luego?

—Esperaremos a que pase.

SÉPTIMA PARTE  
CUANTOS MÁS, MEJOR

Uno invierte su afecto en aquellos sitios donde estará a  
salvo cuando soplen los vientos.  
señaló Mencken

## a) Vlade

Como parte integral de su trabajo, Vlade tenía siempre abierta la página con la predicción del tiempo de la NOAA para Nueva York en una de sus pantallas, en un recuadro junto a la de las mareas. De hecho, lo que a él le interesaba era el efecto del tiempo sobre las mareas, porque las mareas afectaban directamente al edificio. Por lo demás, le traía sin cuidado.

Sin embargo, ahora llevaba más de una semana siguiendo un huracán que se acercaba por el Atlántico. Parecía que se dirigía a Florida, pero lo que estaba diciendo la NOAA había captado toda su atención. En las últimas horas, el huracán Fyodor se había desviado hacia el noroeste y ahora amenazaba con precipitarse sobre la zona de Nueva York. Desde el principio se creía que su extremo norte llegaría hasta Carolina del Norte, pero la cosa se había vuelto mucho peor. Otros huracanes habían caído sobre Nueva York en el pasado, pero no desde el Segundo Pulso.

Vlade tenía en sus archivos una página con las medidas de seguridad en caso de tormenta, así que la abrió en la pantalla principal antes de alertar a su equipo: ¡todos a sus puestos! La lista de tareas era muy larga y tenían poco tiempo para completarla. No se trataba de un simulacro, les dijo. Contaban con un par de días, a lo sumo. Si algo había aprendido en el pasado era que no te podías fiar de los modelos de la NOAA en cuestiones de tal magnitud. Habían mejorado mucho con el paso del tiempo, pero aún sucedían cosas raras.

Estaba saliendo de su oficina para comenzar con las tareas de la lista cuando se acordó de que Amelia Black seguía volando en algún lugar

cercano, e Idelba estaba en su barcaza, junto a Coney Island. Mal lugar para ambas.

Se detuvo para llamarlas.

—Idelba, ¿dónde estás?

—En el Sísifo, ¿dónde iba a estar?

—¿Y dónde está tu hermosa nave?

Idelba resopló.

—En los Narrows, estoy de camino a allí.

—Ah, bien, ¿has visto la tormenta?

—Sí. Tiene mala pinta, ¿eh?

—Malísima. ¿Dónde te vas a meter?

—No estoy segura. Normalmente recaló en Brooklyn y dejó la barcaza en Gowanus, pero no sé. El gran almacén del lado sur ya no está y era mi paravientos.

—¿Quieres venirte aquí?

—La barcaza no cabría.

—Podrías dejarla en Gowanus y venir en el remolcador.

—¿Qué te hace pensar que ese viejo montón de ladrillos va a poder proteger mi remolcador?

—Estaremos bien. Puedes dejarlo entre esto y el edificio North, como la otra vez. Es una especie de callejón privado y estarás al resguardo de los vientos del sur.

—Vale, puede que lo haga. Gracias.

—Date prisa. No te conviene andar por ahí cuando llegue la tormenta.

—Vale.

Una menos. Ahora Amelia.

—Eh, Vlade, ¿qué tal?

—¿Dónde estás, Amelia?

—Sobrevolando las marismas de Asbury Park.

—¿Has visto la predicción del tiempo?

—Pero si hace un día buenísimo... Un poco de calor y de niebla, nada más. Con visibilidad ligeramente baja para grabar, pero estoy siguiendo a una manada de lobos que intenta...

—Amelia, ¿hasta dónde puedes ver en dirección sur?

—Unos treinta kilómetros o algo así. Vuelo a quinientos pies.

—¿Tienes la predicción del tiempo ahí?

—Claro, pero ¿qué...? ¡Ay! Vale. Porras. Ya veo a qué te refieres.

—¿En qué estaba pensando tu equipo?

—No les he dicho lo que iba a hacer. Solo he salido a hacer un poco el tonto.

—¿Cuánto tardarías en volver aquí?

—Pues unas tres o cuatro horas. ¿Por? ¿Crees que...?

—¡Sí, lo creo! ¡Ven cuanto antes! ¡A toda pastilla! Si no quieres pasar la noche en Montreal. Y eso con suerte.

—Vale, en cuanto los lobos cojan a esos pavos.

—¡Amelia!

—¡Vale!

Lista, también. Vlade sacudió la cabeza. Ahora, el edificio. Su esposa de piedra nunca hablaría con él, pero era capaz de expresar malhumor, taciturnidad y otras cosas con sus reacciones. De momento estaba silenciosa en el calor, y parecía tensa. Con un gruñido, Vlade se puso a trabajar.

•••••

La Met tenía unos 230 años de antigüedad, pero para Vlade esto no significaba gran cosa. Las catedrales de Europa eran milenarias, y la Acrópolis tenía dos mil seiscientos años; las pirámides, cuatro mil, y así sucesivamente. La edad no era un factor determinante por lo que a la integridad estructural se refería. En este sentido, lo más importante era el diseño, seguido por los materiales. En ambos aspectos, la Met había tenido suerte. Vlade no temía que nada pudiera derribarla, con aquella forma maciza y cuadrangular y sus sólidos cimientos. Todo lo contrario que los Chopsticks, las ridículas briznas de hierba que se levantaban justo al sur. Por descontado, si se desplomaba cualquiera de aquellos estúpidos mondadientes, podía

llevarse por delante a la Met, una idea que sí que le daba escalofríos. Con suerte, si llegaban a hacerlo, sería en cualquier otra dirección, aunque si era hacia el oeste lo pagaría el Flatiron, un edificio que adoraba todo el mundo en el *bacino* y del que Vlade, sin embargo, se alegraba de no ser supervisor. Tanta pared no ortogonal era una pesadilla, como siempre decía Ettore, sobre todo en el vértice más agudo, al norte, donde un perro tendría que menear la cola arriba y abajo (de nuevo en palabras de Ettore). Por otro lado, si los Chopsticks caían hacia el noroeste, lo harían sobre la propia plaza y dejarían la pequeña cuenca cortada en dos con una enorme masa de escombros. El grupo de Madison Square solo se libraría del todo si caían hacia el este o el sur, aunque, a buen seguro, los daños serían muy graves en la zona de desplome. Solo había esperar que siguieran en pie.

Se encontraba en el piso de la granja, mirando al sur entre los esbeltos edificios. El viento ya atravesaba el lugar, agitando las hojas tiernas de los cultivos. El maíz no tardaría en estar listo, y Heloise, Manuel y otros granjeros estaban allí, colocando protecciones antitormenta sobre las ventanas abiertas del lado sur. Que, lógicamente, también eran vulnerables a la tormenta.

—¡Chicos! —les dijo Vlade con tono perentorio—. Lo que se acerca es un huracán. Y grande. Con vientos de más de ciento cincuenta kilómetros por hora.

—¿Y qué hacemos?

—Hay que cubrir con protecciones las cuatro paredes. Si no, se hará el vacío. Y habrá que reforzarlas por dentro. A juzgar por la predicción, solo tenemos un día para hacerlo.

—Solo tenemos protecciones suficientes para dos paredes —dijo Heloise—. Tres, a lo sumo.

Vlade frunció el ceño.

—Pues la del sur, la del este y la del oeste.

Comenzaron a cubrir los altos arcos abiertos de la granja. No era una tarea sencilla y algunos de ellos nunca lo habían hecho, así que le tocó a Vlade enseñarles cómo funcionaba el sistema. Los paneles eran como las ventanas de los invernaderos, traslúcidas en lugar de transparentes, y estaban

hechas de varias capas de grafeno, así que eran extremadamente resistentes y livianas. Mientras ellos las atornillaban, él no apartaba la vista del sur, por si podía avistar la tormenta, y hablaba con el resto de su equipo, atareado con otros quehaceres. A su alrededor, en todos los rascacielos de la ciudad, podían verse cuadrillas ocupadas en tareas similares. Parecía que los puentes volantes podían ser vulnerables. Los puentes eran muy resistentes, pero los puntos de anclaje a los edificios se verían puestos a prueba. Y, probablemente, muchos de los muelles se soltarían también.

Una vez asegurada la granja, pasó a ocuparse del problema de la luz. Tenían las baterías cargadas, el depósito de combustible del generador repleto y tanto el revestimiento como la pintura fotovoltaica del edificio tan limpios como podían estar, aparte de que era de esperar que la tormenta los limpiara aún más. Así que, incluso en el peor momento de la tormenta, el propio edificio podría suministrarles algo de energía, al igual que las turbinas mareomotrices que había a la altura del agua. Bien, pero no suficiente. Así que se sumó a una videoconferencia con el director de la red local, quien estaba coordinando planes de contingencia para los distintos escenarios, en especial el de un desplome total de la red. ¿Con qué contaba cada uno de ellos en caso de que fueran los únicos generadores? ¿Alguien tenía lo suficiente para desviar algo de energía al nodo local de la Veintinueve y la estación Park, para que este pudiera redistribuirla en caso de necesidad?

Pues no. En el peor de los escenarios, cada edificio tendría que enfrentarse por sí solo a una caída total de la red, una vez agotada la energía de la subestación local. Con suerte, no se llegaría a tanto, al menos durante mucho tiempo. En teoría, todos los edificios eran medio autosuficientes, pero resultaba sorprendente el poco tiempo que podían pasar sin un suministro de energía adicional. Usar las escaleras, comer comida fría, iluminarse con velas... Vale, pero ¿y los desagües? ¿Y el agua potable? Tendrían que reservar la energía fotovoltaica para estas funciones, y quizá para un ascensor.

Estas eran las preocupaciones de la gente en un edificio sólido, con un 80 o más en las escalas de autosuficiencia. Era un buen barrio a este respecto; la mayoría de los edificios que rodeaban Madison Square, y los de la

SAMBAM en general, eran fiables. Pero no todos, y también había barrios mucho más amenazados que el suyo. A la hora de la verdad, habría que ocuparse de la gente de esos edificios, al menos si no querían que los canales acabasen contaminados por centenares de cadáveres. Por expresarlo de una manera pragmática. Vlade no lo dijo así, pero otros supervisores sí; era Nueva York, a fin de cuentas.

—Si te mueres, el cadáver contamina el suministro de agua, ¡así que agárrate a algo, joder!

Así lo dijo alguien, textualmente. No quiso saber quién. Podía ser cualquiera. Él mismo lo había pensado. Como todos.

No se podía hacer otra cosa que ocuparse de la parte del problema que le tocaba a uno. Tal como le dijo alguien al que había hecho el comentario. En plan: «Tú ocúpate de lo tuyo, melón».

Entró una llamada:

—Vlade, soy Amelia.

Vlade estaba en el piso de los cerdos, sobre la granja; soplaba viento y el cielo al sur estaba teñido de un verde peculiar, impregnado de negro. Miró por la ventana, escudriñó el horizonte hacia el sudoeste y no vio nada. La visibilidad era muy escasa, como una especie de lóbreguez palpitante. Todo el tráfico aéreo había desaparecido.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Cerca de los Narrows, sobre Staten Island.

Vlade miró hacia allí y nada.

—¿Por qué tardas tanto?

—¡Voy lo más rápido que puedo! Pero no puedo seguir avanzando hacia el este, el viento es demasiado fuerte desde allí.

—Joder, Amelia, lo que viene es muy gordo, ¿me entiendes?

—Pues claro, ¡lo veo con mis propios ojos! ¡Estoy dentro!

—Mierda. Pues vale, ve hacia el norte. No intentes venir. Dirígete al norte.

—¡Pero es que hace mucho viento!

—Ya lo sé. Si puedes aterrizar antes de que sople demasiado, hazlo. Donde sea. Si ves que no puedes, deja que te lleve al norte hasta que amaine.

No intentes luchar. De hecho, sube todo lo que puedas. Si logras situarte sobre las turbulencias, podrás cabalgar sobre ello.

—¡No quiero cabalgar!

—Ya no importa lo que quieras, niña. Te has metido tú solita en esta situación. Al menos no llevas osos a bordo. ¿Verdad?

—¡Vlade!

—¡No me vengas con Vlade! ¡Dale!

Continuó con los preparativos del edificio: depósitos de agua llenos y con filtros LifeStraw nuevos en el fondo, podían garantizar la calidad del agua durante un tiempo usando solo la lluvia y el efecto de la gravedad; depósito de aguas negras vacío; baterías cargadas; despensas repletas o, al menos, no vacías; velas y lámparas; probar los generadores; comprobar las reservas de combustible; guardar y asegurar todas las embarcaciones; vaciar el muelle, y, en cuanto a asegurarlo, pues... Mierda. Se reunió con los demás supervisores de Madison en el muelle del Flatiron para hablarlo. Estaban prácticamente de acuerdo: los muelles estaban condenados. Lo mejor que se podía hacer era anclarlos a los edificios con unos amarres que les dieran un poco más de juego de lo normal, pero tampoco mucho. Con la esperanza de que se limitaran a botar sobre el oleaje y aguantaran. Los supervisores del lado norte del *bacino* eran conscientes de que se encontraban en el margen de su pequeña cuenca rectangular, así que sus muelles podían hacer las veces de amortiguadores para sus edificios y recibir algunos de los impactos de los detritos... o convertirse en arietes que golpearían los costados del sur, expuestos. No se podía hacer otra cosa que esperar y ver.

•••••

Las imágenes por satélite mostraban que la cabecera del huracán Fyodor se encontraba casi treinta kilómetros al sur de Nueva York.

—Tenemos que llevarnos todo lo que podamos del piso de la granja —dijo Vlade a su equipo—. Me da igual que haya protectores. Meted las

jardineras en los montacargas si caben. Las dejaremos en el vestíbulo. Y lo mismo con los sistemas hidropónicos.

Idelba llegó al fin en su remolcador, lo que fue un alivio, y una vez amarrado en la Veinticuatro, entre la Met y North, puso a su tripulación a trabajar en la granja. Vlade siempre había preferido usar jardineras modulares, por cuestión de riego, más que nada, pero ahora resultó que también era práctico en aquellas circunstancias, porque pudieron sacarlas una a una y meterlas en los montacargas. Lo de los hoteles resultó más fácil, porque en realidad eran tiendas y, por tanto, portátiles. Sus ocupantes dieron más problemas.

—¿Dónde nos vamos a meter? ¿Dónde nos vamos a meter?

—Cerrad el pico y moveos. Ya lo veremos luego. De momento, al comedor. Dejad aquí vuestras cosas, junto a los ascensores.

Los pasillos de los pisos inferiores comenzaban a parecer un vivero en vísperas de una venta por liquidación, inesperada e infeliz.

—Joder —repetía Vlade sin parar—. Limpiad esta mierda, vamos, que haya por donde pasar. ¿Estáis tontos?

Se encontró con Idelba en su oficina al ir a comprobar las pantallas con la predicción meteorológica y la lista de tareas pendientes.

—¿Y dónde están los dos niños? —le preguntó.

Vlade sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—¿Stefan y Roberto?

—No, los otros dos niños que tienes a tu cuidado.

—Joder, ¿y cómo quieres que lo sepa?

Idelba lo miró fijamente.

—¡No lo sé! —le dijo—. Supongo que en el edificio, o por el barrio. Se cuidan solos, siempre andan por ahí.

—Salvo cuando no.

Vlade los llamó al terminal de muñeca y no obtuvo respuesta. Subió con Idelba al comedor y le preguntó a Hexter. El anciano parecía muy preocupado.

—No sé, ¡no responden al terminal! —dijo—. Querían ir al Bronx a buscar la tumba de Melville. Ya tenían que estar de vuelta.

Los tres se miraron.

—Estarán bien —dijo Idelba—. Se resguardarán en algún sitio. No son idiotas.

—¿No tienen terminales de muñeca?

—Uno, pero siempre se lo dejan cuando salen, porque ya lo han roto varias veces y porque además lo usábamos para saber dónde estaban.

—Mierda.

Tras unos momentos de sombrío silencio, siguieron con las tareas pendientes, dejando que Hexter llamara a Edgardo y a otros conocidos para ver si los habían visto.

Vlade volvió a lo alto del edificio y se aseguró de que todo estuviera sujeto bajo la cúpula. Se sentía como Quasimodo. Los muchachos habían desaparecido y Amelia estaba volando en la tormenta en una aeronave. Probablemente no les pasara nada, pero estaban en peligro y, de haber estado en el edificio, no habría sido así. Él lo habría preferido. La Met estaba hecha a prueba de bombas y aguantaría aunque saltaran las protecciones del piso de la granja y la tormenta lo arrasase todo. No había otro sitio donde pudieran estar más seguros, ni en la bahía ni en el mundo entero. Al edificio no le pasaría nada. Pero algunos de sus amigos no estaban allí.

Idelba, que lo conocía lo bastante como para comprender en qué pensaba cuando volvió a su oficina, hizo una pausa para tocarle el brazo.

—No pasa nada —dijo—. Estarán bien.

Vlade asintió pesadamente. Ambos sabían que no siempre era así.

•••••

El día se volvió muy oscuro, con el cielo negro y el aire verde por debajo. Vlade subió a la cúpula en ascensor, y luego, por la escalera de caracol, hasta la sala de aeronaves, cuyos estrechos ventanales ofrecían la vista más alta de todo el edificio. Se encontraba justo encima de la cúspide de los Chopsticks, lo que le resultaba agradable. La torre Freedom y el Empire State asomaban

por encima de la lóbreguez general de la ciudad baja. Más al norte, los superrascacielos de la parte alta parecían haberse fundido para formar una torre gótica de surrealista longitud. Hoboken y Brooklyn Heights se veían igualmente sombrías y erizadas.

La lluvia caía ahora desde unos nubarrones grises y oscuros, y lo hacía con tanta fuerza que cubría las ventanas con una manta de agua desde la que solo a veces era posible distinguir la ciudad con claridad. El Empire State había cobrado un aspecto inaudito, hasta el punto que a Vlade le costaba asimilar la imagen: caía tanta agua sobre su cara sur que se había transformado en una inmensa cascada desde las nubes. La parte más densa de esta masa blanca resbalaba por el hueco vertical que ocupaba el centro de la cara meridional de la torre, pero lo cierto es que toda esta era una inmensa manta de agua blanca que cubría por completo el edificio con la sola excepción de la parte superior de la aguja.

—¡Madre mía! —gritó Vlade—. ¡Dios santo!

Le habría gustado que hubiera alguien allí para compartir la imagen con él, e incluso llamó a Idelba para decirle que subiera, pero estaba ocupada.

El viento se convirtió en un rugido sordo y desgarrador y, al mismo tiempo, en un agudo aullido que se extendía a lo largo de varias octavas para formar un sobrehumano y entrelazado alarido. La superficie del río East se había vuelto totalmente blanca y ahora se veía el Hudson, algo que normalmente era imposible desde allí arriba, porque también estaba cubierto de espuma. Los dos parecían discurrir con fuerza hacia el norte, como rápidos. Por debajo se veía la mitad occidental del *bacino*, y también estaba cubierta de blanco por culpa de las olas que azotaban de sur a norte, dejando regueros de burbujas sobre el agua negra. El muelle de la esquina noroeste se debatía una vez tras otra contra sus amarras y, cuando las tensaba al máximo, se agitaba como un perro intentando escapar de su correa. No tardaría en romperse algo. Al verlo, Vlade comprendió que muchos de los muelles del Hudson terminarían sueltos. El viento se había hecho tan fuerte que limpiaba su ventana y le otorgaba una visión clara de la ciudad, emborronada cada pocos instantes por los torrentes que caían del cielo. Lo de la cara meridional del Empire State había que verlo para creerlo, y aun así costaba. Le habría

gustado que el supervisor del Empire State desafiara la tormenta con el espectáculo de luces del edificio; bajo aquella tromba habría sido una imagen asombrosa. Entonces se le ocurrió que el canal de la Treinta y tres, debajo del edificio, debía de parecer las cataratas del Niágara. No se veían barcos ni botes por ninguna parte. Tenía sentido y era una suerte, pero también resultaba insólito. El fin del mundo: Nueva York vacío, abandonado a unos elementos que ahora aullaban de triunfo para celebrar su victoria.

En ese momento, las luces de la cúpula parpadearon y se apagaron, y Vlade, con una imprecación, conectó su terminal de muñeca al centro de control del edificio. No hubo respuesta hasta que se activaron los generadores, que estaban programados para hacerlo de manera automática. Entonces volvió la luz. Pero, aun así, ahora sería una imprudencia usar los ascensores. Así que, con otra blasfemia, se dispuso a bajar las escaleras. Al llegar al final de la estrecha escalera de caracol de la cúpula, junto a las principales, detrás de los ascensores, los generadores parecían funcionar a la perfección. Todo seguía iluminado y sintió la tentación de coger el ascensor para ganar tiempo y ahorrarle el esfuerzo a sus rodillas. Pero si se quedaba atrapado, sería un desastre, así que comenzó un metódico descenso a pie.

Tras cuarenta pisos de dolor, se encontraba en la sala de control, donde todo marchaba bien salvo dos cosas: los generadores solo tenían combustible para tres días y la marejada ciclónica que se abatía sobre los Narrows (donde el nivel del agua, según las pantallas, había subido ya la asombrosa cifra de tres metros por encima de la línea de pleamar), si se prolongaba mucho tiempo, elevaría el nivel del mar hasta un punto en que la sala del embarcadero quedaría totalmente sumergida. Después, el agua ascendería por las escaleras hasta el piso superior, donde se encontraban muchas de las salas de servicio del edificio; allí era donde se situaban algunas de sus funciones para que operasen con la máxima eficiencia.

No había forma de sellar el acceso al embarcadero desde el *bacino*, algo que Vlade se prometió cambiar en el futuro. Así que el agua llegaría desde el canal que había bajo su puerta e inundaría el embarcadero, y luego seguiría subiendo mientras durase la tormenta.

—Hay que aislar el interior del embarcadero para que el agua no pase de

allí —dijo a al personal presente en la sala de control, incluida Su, que ya había comenzado a sacar las cosas de los cajones.

Si aislaban el embarcadero, el único problema serían las fugas, y ese era un problema que podían controlar. El agua levantaría las embarcaciones y seguramente las zarandease un poco, pero si el nivel subía de manera más o menos ordenada, puede que los daños no fueran excesivos.

Luego, la electricidad. Con una lista en la mano, fue apagando todo lo que no fuera absolutamente necesario, después de avisar a los residentes por el intercomunicador:

—Señores, vamos a cortar la luz de todo salvo los servicios esenciales para ahorrar energía. Parece que la red podría estar sin funcionar una temporada.

De este modo logró reducir el consumo a un trece por ciento, lo que era estupendo. Y siempre podía recurrir al terminal de muñeca para ver cómo marchaba el repetidor de la zona. Era un sistema muy resistente, con una red flexible; una buena parte de la energía la generaban los propios edificios, que suministraban toda la energía sobrante al repetidor, quien a su vez la almacenaba por medio de sistemas cinéticos, hidráulicos y baterías, y luego podía enviar una parte a quien la necesitaba. Estaba muy bien diseñado, pero era evidente que aquella catástrofe iba a poner a prueba sus límites. ¡Pero al menos ya no estaba en los sótanos!

Como había apagado la mayor parte de las luces y los sistemas de calefacción y aire acondicionado del edificio, la gente empezó a congregarse en el piso del comedor y las zonas comunes. En realidad, también podían quedarse en sus habitaciones y contemplar la tormenta a la luz de las linternas o las velas, y un buen número de ellos le habían dicho que era eso lo que iban a hacer. Pero muchos bajaron para reunirse con los demás en el piso comunitario. Todo el mundo se daba cuenta de que aquello era un acontecimiento social: una suerte de fiesta, o de búsqueda de refugio. Un peligro y una maravilla dignos de contemplarse con asombro, pero en compañía. Las ventanas del comedor daban al sur y al oeste, y el agua que caía por los costados tapaba la vista, y aunque no era comparable a la sobrecogedora imagen de la cara sur del Empire State, seguía siendo como

estar en una cueva, detrás de una cascada. El rugido del viento y la lluvia lo inundaba todo y, como la gente tenía que gritar para hacerse oír, se desgañitaba para superar su propio estrépito, como pasa siempre en las fiestas. Transcurrido un rato, Vlade decidió que había llegado la hora de volver a la relativa tranquilidad de la sala de control.

Sin embargo, esta también resultaba perturbadora a su propia manera; había más tranquilidad, pero una tranquilidad extraña, porque la ventana que separaba la oficina del embarcadero era como la pared de un acuario. En el interior del embarcadero, el nivel del agua estaba ya cinco metros por encima de la línea de pleamar. Se acercó a la ventana y levantó una mirada de inquietud; se podía discernir el nivel del agua allí arriba, cerca del techo, donde los cascos de los botes en los dos primeros niveles de ganchos, apelotonados, chocaban unos contra otros a merced de su movimiento. No era una imagen alentadora y lo malo era que, si los sellos de las puertas tenían fugas graves, se inundaría la oficina y sería imposible controlar el edificio. Ya había empezado a filtrarse agua por debajo. Soltó una maldición al verlo y se puso a sellar la puerta con un producto especial que solía usar para esto. Más adelante lo quitaría con un disolvente. De momento era una solución funcional.

Costaba imaginar cómo iba a hacer frente la ciudad a una marejada ciclónica de aquella magnitud. El nivel del agua había permanecido prácticamente estable durante cuarenta años y, aunque había mareas muertas y marejadas puntuales, todo el mundo se había acostumbrado a un nivel del agua que ahora se veía rebasado de largo. Los daños serían colosales. Los delicados y complejos diseños basados en que el segundo piso estaba fuera del agua, la faceta más complicada de la venificación de la ciudad, se irían al traste de manera catastrófica. Y todos los accesos al mundo submarino quedarían sumergidos también, con lo que las laboriosas iniciativas de aireación podían sucumbir a la crecida, lo que sería un desastre de proporciones gigantescas. Era de esperar que las escotillas que se habían instalado en todas las entradas, como grandes bocas de alcantarilla con bisagras, estuvieran cerradas y cumplieran su función. Y también había mamparos interiores que podían contener las inundaciones que se produjeran.

Pero era una situación peligrosa, y todo el que estuviera allí abajo quedaría atrapado hasta el final de la crecida. Aunque, bueno, puede que hubiera algunas entradas submarinas que estuvieran dentro de edificios. Cuando todo acabase, seguro que algunos tendrían historias muy interesantes que contar.

Pero por ahora, él estaba aislado de su embarcadero, y si hubiera tenido que ir a alguna parte (y no era así, por suerte), no le habría quedado más remedio que usar una lancha hinchable y salir rompiendo una ventana o usando cualquier otro procedimiento de emergencia.

Era una situación extraña y desesperante. Con suerte, no sería nada más.

El puente volante que los comunicaba con la torre North se encontraba a sotavento de la Met, y parecía que lo bastante protegido frente a los embates de la tormenta como para salir indemne. Era una verdadera suerte, porque a los edificios que perdieran algún puente se les abriría un agujero al exterior, por el que entrarían en tromba el agua y el viento. Pensó en subir a la cúpula de la torre por si se veía desde allí lo que estaba pasando con los puentes volantes, pero tenía la impresión de que no sería más que un capricho, por no hablar de los cuarenta pisos que tendría que subir y bajar a pie para ello. Seguramente fuera conveniente conectar uno de los ascensores para casos de necesidad. Pero antes tenía que comprobar cómo le iba al puente volante de la North, y a la propia North.

Así que, tras dejar a Su al mando y decir a su grupo que lo llamara si pasaba algo, subió por las escaleras hasta el sexto piso, donde se encontraba el acceso al puente volante. Tenía una pequeña cámara de entrada, una especie de esclusa para impedir que entrara frío y agua en el edificio. Al abrir la puerta, el mundo empezó a rugir. La idea de abrir la segunda, la que daba al puente volante propiamente dicho, era inquietante, a pesar de que siempre lo había visto como una habitación más, solo que alargada y sin mobiliario.

En cuanto abrió, el estruendo se multiplicó. El ruido, una especie de aullido con un elemento subsónico, le puso la piel de gallina en la nuca. Al avisar al equipo de dónde estaba con el terminal de muñeca, no pudo oír su propia voz. Con cierta aprensión, salió al puente volante. El azote de la lluvia oscurecía la imagen del estrecho canal que separaba los dos edificios, pero al menos pudo ver que el remolcador de Idelba seguía allí, amarrado a ambos

edificios. Parecía encontrarse en buen estado, aunque le pareció que estaba muy alto, tanto por el tamaño del propio barco como por la altura del agua. La superficie negra de los canales era un caos de olas en interferencia, y las aguas batidas estaban cubiertas de ondulaciones provocadas por el viento, surcadas a su vez por otras más pequeñas. Realmente parecía que el agua no sabía adónde ir, azotada por las embestidas que acometían el canal de un lado a otro; su edificio estaba a sotavento y, por tanto, a salvo de las acometidas más fuertes, pero no del todo. Había corrientes de refluo tan fuertes que levantaban chorros de espuma. Vlade podría sentir cómo vibraba el puente volante bajo sus pies, pero al menos no se mecía ni balanceaba. La Met lo protegía.

Dentro de la torre North había más silencio. No recibía de frente los golpes de la tormenta, sino embestidas laterales y sacudidas provocadas por cambios bruscos de presión. La mayor parte de los residentes se habían congregado en el comedor y la sala comunitaria, y, al igual que en la Met, había bullicio por casi todo el edificio. La North carecía de embarcadero, así que tenían un problema menos. Habían cerrado a cal y canto la compuerta del muelle. Todo parecía en orden. Su diseño original, como cimiento para una torre más alta que el Empire State Building, significaba que poseía una resistencia inmensa. No tendría problema.

Mientras regresaba por el puente volante, se detuvo en el centro para echar otro vistazo. Al oeste, donde se extendía el *bacino*, la imagen era pavorosa. La superficie del pequeño lago rectangular, teñida de blanco, parecía empujada hacia el norte. El agua propiamente dicha era invisible, dado que el blanco que la cubría impregnaba el aire, pero cuando, durante breves instantes, se dejaba ver, se confirmaba que el nivel era más alto de lo normal, mucho más alto. Como si al fin hubiera llegado el Tercer Pulso. El ruido era colosal. Asustado y sobrecogido, Vlade regresó a la Met.

Comenzaba a cundir la idea de que iba a ser un duelo de resistencia con la tormenta. Contaban con reservas limitadas de comida, energía, agua potable y espacio de desagüe. Su autosuficiencia era parcial, especialmente en el caso de la comida, pero disponían de una reserva de alimentos deshidratados y enlatados, y los generadores fotovoltaicos garantizaban el funcionamiento de

las neveras. No estaban inermes. Y la tormenta no podía durar para siempre. Aunque el después sería problemático. Vlade dedicó algún tiempo a plantear escenarios diversos en sus hojas de cálculo, usando diagramas de Gantt para ver los posibles resultados. Podían aguantar una semana, como mínimo. O más, si la subestación local les suministraba algo de electricidad. La red de nodos era bastante sólida. Comenzó a buscar en los alrededores. La subestación de la Veintiocho seguía conectada a sus clientes del barrio, pero no a las grandes centrales del centro de la ciudad. Estaban identificando el punto de interrupción y lo repararían lo antes posible. Que tal vez no fuera muy pronto, añadieron. ¡Pues claro!

A los demás edificios del barrio les iba más o menos bien, aunque uno de los puentes volantes diagonales, el que unía el edificio Decker y New School, se había desplomado sobre la Quinta y la Decimocuarta, y ambos edificios tenían ahora sendas heridas abiertas en el costado, tal como había supuesto Vlade. Al parecer, era solo uno de los doce puentes volantes que habían caído, solo en el bajo Manhattan. A los diagonales les iba peor que a los ortogonales y, de estos últimos, a los de orientación norte-sur peor que a los este-oeste, porque el viento soplaba más del este que del sur. Cuando se soltaban de un extremo pero no del otro, caían sobre el edificio al que seguían conectados y destrozaban las ventanas, entre otras cosas. Pero de todos modos, eran muchas las ventanas que reventaban de por sí a causa de los embates del viento o las diferencias bruscas de presión. Media hora antes, en la cúspide del Empire State se había registrado una racha de viento de 264 kilómetros por hora; en el «ojo de la aguja» de uno de los superrascacielos de la parte alta, incluidos en el diseño de los edificios precisamente para reducir la presión del aire en sus zonas más altas, los valores habían superado los 300 kilómetros por hora. Según la NOAA, la velocidad media del viento sobre Manhattan era, en ese momento, de 210 kilómetros por hora.

—Increíble —dijo Vlade al oírlo.

Que él recordara, solo una vez había visto un viento de más de 150 kilómetros por hora, y había sido durante un huracán. Por aquel entonces tenía veinticuatro años y había salido a la calle con unos amigos para ver lo que se sentía. Estaban en Long Island, y se habían tirado de bruces sobre la

arena de Jones Beach. Reptaron como cangrejos mientras se reían hasta quedarse sin aliento, pero entonces a su amigo Oscar se le rompió el terminal de muñeca y la cosa dejó de tener tanta gracia, aunque siguió siendo una gran aventura, una anécdota para contar en el futuro. Pero ¿264? ¿Más de 300? Costaba creerlo.

En ese momento se fue la conexión a la nube. Era como perder un sexto sentido, solo que mucho más usado que el olfato, el sabor o el tacto. La gente de la zona comenzó a comunicarse por radio o por cable. Algunas cámaras retransmitían por radio, también. Era lo mismo en todas partes: el azote del viento, los latigazos de la lluvia. Una cámara mostraba una imagen asombrosa del Hudson, en la que las olas embestían el gran muelle de hormigón de Chelsea y el agua salía catapultada en vertical, formando masas gigantescas que luego saltaban hacia el norte. Río arriba flotaban muelles sueltos y embarcaciones vacías, algunas a punto de zozobrar, otras volcadas y otras aún aguantando, aunque condenadas. Los muelles arrancados parecían barcas a la deriva o palés gigantes. Vlade se preguntó cómo le iría a Brooklyn, pero no se molestó en comprobarlo. Todo lo que se extendía más allá de los ríos era ahora otro mundo. Parecía bastante probable que cualquier cosa flotante que hubiera en el puerto de Nueva York acabase hundida o arrastrada muy lejos, río arriba. A esas alturas, la marejada se habría tragado ya la nueva playa creada por Idelba en Coney Island, y quizá la arena siguiera allí, esperando a que pasara lo peor, pero también era perfectamente posible que el oleaje la hubiera arrastrado muy lejos en dirección norte, hasta Brooklyn. Bueno. No era lo más grave que iba a pasar, ni de lejos. Solo otro fruto de la tormenta.

A la propia Idelba le traía sin cuidado.

—Van a morir muchísimos animales —dijo.

Y, claro, esto los hizo pensar a ambos en Stefan y Roberto. Se miraron de reojo, o casi, pero ninguno dijo nada.

Más tarde, cuando ya estaban solos, Vlade comentó:

—Me sentiría mucho mejor si supiera dónde están.

—Ya. Pero seguro que encuentran dónde refugiarse. Son expertos en eso.

—Si la tormenta no los ha cogido desprevenidos.

—Se habrán refugiado en algún sitio seguro.

Pero no tenía por qué ser así.

—A Roberto no se le da muy bien lo de evaluar el peligro —dijo Vlade.

—Hasta él ha tenido que darse cuenta de que una tormenta como esta es muy peligrosa —repuso ella.

—O, si no, al menos espero que Stefan le impida cometer alguna estupidez.

Idelba le puso una mano en el brazo. Vlade suspiró. Dieciséis años hacía que no lo tocaba. Hasta este momento de la tormenta.

• • • • •

Pasaron las horas y la tormenta siguió aullando. Vlade dedicó algún tiempo a buscar nuevas formas de ahorrar energía sin causar más inconvenientes a los residentes. Recorrió el edificio varias veces y, al atardecer, volvió a subir a la torre para echar un vistazo. Estaba muy oscuro allí arriba; era tarde ya. Salvo que llevara así desde mediodía, que también era posible. La gran ciudad se había convertido en una masa de sombras rectilíneas que soportaba el azote de la lluvia y el viento. La cara sur del Empire State ya no era una cascada blanca, pero la imagen seguía siendo sobrecogedora, con un chorro de espuma que descendía aceleradamente por la rampa central antes de fragmentarse bajo la fuerza de las rachas de viento. El cielo del oeste ya no estaba más claro que el del este; parecía que hubiera pasado una hora desde el anochecer, cuando, en realidad, aún faltaba esa misma hora. Pero el día había terminado. El poco día que habían visto. Alguien había dicho en la radio que aquella noche pasaría sobre ellos el ojo del huracán. Sería algo digno de verse desde lo alto. Si lo hacía por el puerto de Nueva York, ocuparía la totalidad de la gran bahía, aproximadamente. Vlade quería estar allí arriba para verlo. Se planteó reactivar uno de los ascensores un par de veces por hora solo para subir a mirar. Estaría bien ahorrarse la caminata. El descenso era más difícil o, al menos, más doloroso.

Y también podía tumbarse allí y echar una cabezada. De repente se encontraba muy, muy cansado.

Pero Idelba subió a buscarlo y se lo llevó a pie a la oficina, antes de echarse a dormir en el sofá mientras él hacía lo propio en su cuarto. Agradecido por ello. «Dieciséis años», pensó mientras se quedaba dormido. «Puede que ya diecisiete».

• • • • •

El centro del huracán pasó sobre ellos durante la noche, con la proverbial calma que reina en el ojo de la tormenta, audible incluso desde la cama de Vlade como una impresión negativa, una desaparición temporal del estruendo. Las lecturas de los barómetros alcanzaron valores absurdamente bajos, 25,9 en el de Vlade. Seguramente, la marejada ciclónica ascendiese un poco a simple vista, pero no había forma de saber qué provocaba cada cosa. Las nubes regresaron durante la noche, y al amanecer, la NOAA informó de que la otra mitad del huracán no tardaría en golpearlos. En esta ocasión, el viento soplaría del sudoeste y sería más fuerte al comienzo, cuando pasara sobre ellos la pared del ojo. Así que Vlade e Idelba se levantaron y volvieron a subir a la torre para echar un vistazo.

Al amanecer, el sol encontró una grieta entre la Tierra y las nubes y asomó por ella como una bomba atómica. Luego ascendió por encima de la masa de nubes bajas y el día volvió a ennegrecerse tanto como el anterior. Enseguida, los vientos se tornaron feroces, aunque esta vez venían desde el Hudson. Fue como si este cambio fuera la gota que colmaba el vaso, porque por todo el bajo Manhattan comenzaron a desplomarse edificios sobre los canales. En la radio se hablaba de gente que buscaba refugio en puentes volantes o barcas, amontonada con chalecos salvavidas entre las ruinas, o en tejados cercanos, que nadaba intentando ganar la seguridad o que se ahogaba.

—Joder —dijo Idelba mientras escuchaban un canal de los guardacostas

—. Hay que hacer algo.

A Vlade, concentrado en el problema de garantizar la seguridad de la Met, le provocó asombro la idea de que se pudiera hacer algo.

—¿Cómo qué?

—Podríamos salir con el remolcador y llevar a la gente a los hospitales, o algo así. Por aquí cerca, hasta Central Park.

—Joder, Idelba. ¿Tú has visto cómo está ahí fuera?

—Ya, pero el remolcador es como un ladrillo. Aunque se fuera a pique, parte de él sobresaldría de los canales.

—Tal como ha subido la marea, no.

—Bueno, pero es que no se va a ir a pique. Y si nos quedáramos en el centro del canal, podríamos llevar a mucha gente. O sacarlos de ahí, al menos.

Vlade suspiró. Sabía que Idelba no se dejaba disuadir cuando se le metía una idea en la cabeza.

—Ve a buscar a tu gente. ¿Seguro que estarán de acuerdo?

—Coño, claro.

Así que fueron a por Thabo y Abdul, que les dijeron que estaban preguntándose cuándo se le iba a ocurrir a Idelba. Luego bajaron a la puerta de servicios que había bajo el puente volante, donde podrían salir justo debajo de la marejada ciclónica, que seguía seis o siete metros por encima de la línea de la pleamar. Idelba y sus hombres tiraron de las guindalezas situadas más al oeste, hasta poner el remolcador en ángulo, para luego subir a proa de un salto y correr al puente.

Fue un solo minuto de exposición a los elementos y llevaban ropa impermeable, pero aun así se calaron hasta los huesos, y el ruido al aire libre era sencillamente estruendoso. No podían oírse ni gritándose al oído, al menos hasta que lograron ganar el puente y resguardarse dentro. Hasta el mero de hecho de abrir y cerrar la puerta del puente resultó una tarea titánica, factible únicamente porque se encontraban entre los dos grandes edificios. Una vez dentro y con la puerta cerrada, pudieron volver a comunicarse a gritos. Thabo encendió los motores y todos sintieron su vibración, sin oírla.

Conque allí estaban, en plena tormenta. En la que desplazarse con algo

tan grande y ancho como el remolcador de Idelba era una tarea muy complicada. Lo único que lo hacía posible era que la bestia contaba con motores y propulsores a ambos lados, además de varios timones, que le permitían ejercer fuerza de empuje en todas direcciones y desde sus dos costados. Si bastaría con esto para contrarrestar la fuerza de las olas y el viento, solo lo sabrían cuando lo intentaran.

Salieron al vacío *bacino* de Madison y luego, con un esfuerzo concertado de Idelba y sus compañeros en los distintos motores y timones, entre gritos en lengua bereber, lograron virar hacia el sur. Las olas los empujaban hacia el norte y habrían embestido con la proa los muelles que había en aquel lado de no ser porque ya no estaban allí. Ahora que se encontraban en los canales, parecía que solo había vientos del sur.

Avanzar a contraviento era más fácil que virar, así que cruzaron el *bacino* y luego viraron de nuevo a babor, para adentrarse en el canal de la Veintitrés y continuar hacia el este, sin superar en ningún momento los cuatro nudos y medio.

La ciudad les brindaba dos ventajas, por extraño que le pareciese a Vlade: como los canales eran tan estrechos y poco profundos, el agua que contenían solo podía convertirse en un caos de espuma y chorros, sin grandes olas; en la práctica, la misma violencia del movimiento deshacía o aplanaba las olas. Además, las corrientes que pudiera haber se veían canalizadas, y discurrían tan rectilíneas como la propia cuadrícula de Manhattan. En las avenidas, había una fuerte corriente desde el sur; en las calles venía desde el oeste, o simplemente se arremolinaba sin dirección precisa. Era, en todo caso, algo que podían superar.

El remolcador avanzaba en medio de este caos de viento y agua como una especie de hipopótamo o brontosaurio, y atravesaba el agua batida que tenía debajo sin balanceo perceptible. Era más susceptible al viento, pero cuando se movía hacia el este o el oeste, los edificios lo protegían, y cuando lo hacía en dirección norte o sur, se desplazaba a su favor o directamente en su contra. Así que solo encontraban auténticas dificultades al virar en las intersecciones. Cada una de estas maniobras era un experimento y un ejercicio de comunicación a gritos. Necesitaban toda la potencia de los chorros laterales

para impedir que la proa se desviara hacia el norte al introducirse en el canal de una avenida; para conseguir que virara, debían encender los de proa y popa en direcciones contrarias. A veces chocaban de costado con los edificios, y en ocasiones con fuerza, pero, cuando sucedía, el remolcador regresaba al centro del canal empujado por el reflujo y podían continuar la marcha.

—¿Puedes salir y ayudar a la gente a subir a bordo? —dijo Idelba a Vlade.

Este asintió, respiró hondo y salió del puente por la puerta del norte. Al instante quedó empapado y sordo a todo lo que no fuera la tormenta. Era como si no pudiera oír sus propios pensamientos; por fin, esta vieja frase hecha se hacía realidad. Así que dejó de intentarlo, no sin antes meterse en un arnés que le había indicado Idelba y abrochárselo bien alrededor de la cintura. El arnés estaba unido por un mosquetón a un cabo, atado a su vez a un ojo que había frente a la caseta, de modo que ahora estaba amarrado al remolcador como un alpinista a un anclaje, o un reparador de tejados a un edificio.

Al salir al East Village, constataron lo que no habían podido ver antes: la tormenta, sencillamente, estaba devastando la ciudad. Los rascacielos de Wall Street parecían estar bien, e incluso puede que ofreciesen cierto abrigo a los barrios de edificios más pequeños que había justo al norte, pero entre los vientos cambiantes y la marejada ciclónica, los más pequeños y antiguos que se encontraban al norte y al este del centro estaban padeciendo lo indecible. Era como lo que habían oído en la radio, y lo que habían podido ver al levantarse un poco las nubes: se estaban desplomando edificios enteros.

La gente estaba desesperada. Llamaban a Vlade agitando los brazos desde ventanas rotas o incluso desde lo alto de los tejados, tendidos de bruces. A medida que el remolcador iba remontando la Segunda, Vlade señalaba a derecha e izquierda, e Idelba y su tripulación se acercaban a los edificios para que los náufragos urbanos saltaran a bordo. A veces tenían que hacerlo desde tres metros o más y, como es natural, muchos se hicieron daño. Algunos se encaramaban a las escalerillas laterales desde ventanas rotas por las que pasaba el remolcador, o desde improvisadas almadías que el viento empujaba

hasta él.

Todos los refugiados de la tormenta estaban empapados y congelados, y muchos de ellos, ensangrentados. Había huesos rotos, y cortes y arañazos por todas partes. Decenas de personas en estado de shock. La noche había sido terrible, y el día anterior, peor aún, y el remolcador representaba la primera esperanza que venían.

El barco tenía una cubierta abierta, pero Vlade hizo que se refugiaran bajo los aleros y envió a los que estaban peor a los camarotes que había bajo el puente, aunque no le hacía ninguna gracia abrir aquellas puertas. Al cabo de un rato, corrió al puente, abrió de un tirón la puerta a sotavento e irrumpió en la sala acristalada.

—El hospital más próximo es Bellevue —le gritó a Idelba con innecesario volumen.

—¿Y Central Park?

—¡No! Será imposible desembarcar allí, los muelles estarán destrozados.

—¿Dónde, entonces?

—Bellevue está en la Veintiséis con la Primera —dijo Vlade.

—¿Bellevue? ¿Pero eso no es un hospital psiquiátrico?

—Pues el de la NYU, en la Treinta y tres con Park.

—Vamos.

—A los que no estén heridos podemos llevarlos a la Met, o a cualquier edificio resistente que los acoja. Podemos hacer un recorrido cuadrangular, como los vapores.

—Vale.

Vlade volvió a salir al infierno. Después de solo diez manzanas rumbo al este por el Houston, habían recogido un centenar de personas, que ocupaban ahora la cubierta del remolcador, sentadas y acurrucadas. Idelba y su tripulación lograron ejecutar un viraje especialmente difícil en el cruce de Houston y la C, muy abierto, accionando con verdadera desesperación los chorros laterales para completar la maniobra sin que la corriente los arrastrara muy lejos en el *bacino* de Hamilton Fish. A continuación, avanzaron a favor del viento y las corrientes hasta el cruce de la C y la Decimocuarta, donde, tras superar un nuevo viraje a babor, continuaron a contraviento hasta Park y

subieron hasta la Treinta y dos. Allí, el hospital de la NYU, tan abarrotado como su propio barco, acogió a todos los heridos a través de una ventana del cuarto piso orientada al norte, que habían abierto ex profeso puesto que el agua llegaba ya hasta allí y no había otra vía de acceso. La marejada era un problema enorme en sí misma, pero además complicaba todos los demás. Era como un anticipo de lo que haría un Tercer Pulso, o un pavoroso salto de cincuenta años hacia el pasado. Así debía de haber sido aquello: las primeras plantas sumergidas, toda esa parte del entorno arrasada, y, después, una desesperada improvisación para hacer uso de los pisos superiores.

Una vez descargados los heridos, continuaron por la Treinta y dos hasta Madison y completaron otro delicado viraje a babor que les permitió seguir en línea recta a contraviento. De vuelta a su edificio, donde podrían virar con más facilidad en la Veinticuatro, y recalar justo debajo de la puerta de servicio que habían usado antes para subir a bordo. Vlade había avisado de su regreso y muchos de los residentes de la Met estaban allí para ayudar a los pasajeros restantes a entrar en el edificio. Una vez evacuado el Sísifo, Idelba se preparó para salir de nuevo a la tormenta.

—Nos quedaremos sin combustible en unos cinco viajes —le gritó a Vlade una vez que volvió al puente.

El primer trayecto les había llevado unas tres horas, así que parecía que el combustible iba a ser un problema a lo largo del día. Vlade se preguntó si funcionaría aún algún depósito. ¿Qué iba a hacer la gente sin combustible? Las baterías no se podían recargar mientras no hubiera luz.

Se adentraron en la devastación de Stuyvesant. No podían penetrar en Peter Cooper Village, porque muchas de las viejas torres se habían desmoronado sobre los angostos canales circundantes. Pero incluso en los más anchos, a menudo topaban con escollos sumergidos que los obligaban a retroceder y buscar otro camino. Cualquiera servía, porque en todas partes había gente desesperada; solo tenían que completar un trayecto rectangular para volver a llenar el remolcador.

Entre los restos que flotaban entre la sucia espuma de los canales había ahora cuerpos muertos, de personas pero sobre todo de animales: mapaches, coyotes, ciervos, puercospines, zarigüeyas... El bajo Manhattan había sido un

hábitat populoso.

—Joder, esto es como lo del Muro de Bjarke que nos contó Hexter —dijo Vlade sin destinatario concreto, mientras recorría los canales con la mirada—. ¡Está haciendo pedazos la ciudad!

Estaba en el puente, pero nadie lo oyó, ni siquiera él mismo. O, si lo hicieron, no se molestaron en responder. Idelba estaba ocupada pilotando y solo tenía ojos para los edificios por lo que estaban pasando. Lo que veía en las pantallas del sónar y el radar era más importante que cualquier resto flotante.

—Salvemos lo que podamos —dijo al cabo de un rato, para indicarle que, al final, sí que lo había oído—. Ya se verá luego qué pasa.

Vlade no pudo sino asentir y salir de nuevo a la tormenta para ayudar a la gente a subir a bordo y llevar a los heridos a los camarotes.

Mientras estaba allí abajo, en la cubierta de popa, sujetándose con fuerza, ayudando a la gente a salir por las ventanas junto a las que pasaban, avistó a dos hombres que nadaban juntos a estribor, junto a los edificios. Si se encaramaban a la estructura de una marquesina, podrían alcanzar las manos de Vlade para que los ayudara a subir a bordo. Al verlo, lo hicieron así. El remolcador avanzaba hacia el oeste por la Veintinueve y se disponía a virar hacia el sur por Lex, así que Idelba se había pegado todo lo posible a la derecha, para disponer de más margen para la maniobra. Entonces, cuando Vlade estaba inclinándose para coger las manos extendidas de los dos hombres, una gran ola, posiblemente generada por el desplome de algún edificio, embistió el remolcador desde la izquierda y lo empujó contra el edificio. Con un crujido palpable, los dos hombres desaparecieron entre la nave y el muro. El remolcador se quedó allí, pegado al edificio, y Vlade, que había sacado los brazos justo a tiempo para salvarse de la colisión, levantó la mirada hacia Idelba y le gritó que virara a babor agitando los brazos con desesperación. Al otro lado del cristal, Idelba, que había visto lo sucedido, estaba girando el timón mientras accionaba los chorros de estribor para alejarse en sentido contrario. Vlade sintió la vibración de los motores bajo sus pies, en pugna con el viento.

Finalmente, el remolcador logró apartarse del muro, mientras el agua

penetraba en el espacio abierto ahora entre el edificio y él. Vlade miró hacia abajo; los dos hombres habían desaparecido. Le sorprendió no ver los dos cuerpos en el agua, aplastados, pero no, no había nada. Solo dos rastros de sangre en el muro, justo encima de las olas. Entonces pensó que tal vez los cuerpos, al recibir la embestida del buque, hubieran expulsado todo el aire y se hubieran ido al fondo. Es lo que parecía. En todo caso, no había ni rastro de ellos. Solo esas manchas de sangre.

Se apartó de allí y se inclinó sobre la borda, mareado. Al cabo de un momento, recuperado, se volvió y levantó la mirada hacia Idelba. Estaba observándolo con expresión de espanto mientras le preguntaba con gestos qué pasaba y si debía parar el remolcador. Vlade sacudió la cabeza y señaló hacia el sur.

—¡Vamos! —gritó, y le indicó con ademanes que virara a babor y continuara por Lex.

Pero ¿y los hombres?, preguntó ella señalando, mientras decía algo. Vlade volvió a sacudir la cabeza. No quedaba nadie que salvar allí. Idelba lo entendió finalmente. Contrajo el rostro y apartó la mirada. Segundos después, los motores del remolcador aceleraron y, tras completar el viraje a babor, la embarcación continuó en dirección sur contra el viento y las olas. Idelba miraba fijamente el centro de la ciudad con un rostro que era como una máscara.

•••••

Completaron tres trayectos más en lo que quedaba de día. Al caer la noche, todos convinieron en que era demasiado peligroso seguir allí fuera. Pero entonces, mientras regresaban a la Met, remitió el viento hasta quedar reducido a una mera galerna de no más de cincuenta kilómetros por hora, según los cálculos de Vlade; así que Idelba decidió continuar, utilizando los potentísimos reflectores del remolcador para iluminar la zona circundante, como el soplete de un soldador. Bajo aquella luz siniestra completaron aún

dos recorridos más, hasta que se les acabó el combustible. La gente desesperada seguía pareciendo tan numerosa como al principio. Dejaron a los heridos en el hospital del NYU hasta que estuvo a rebosar, y a partir de ahí les indicaron que fuesen al de Tisch, en la Primera, y después, en el viaje siguiente, al de Bellevue. Esto les ayudó un poco, porque estaba más cerca y les permitió ahorrar combustible y tiempo.

Para cuando al fin decidieron dejarlo, habían llevado unas dos mil personas a los distintos hospitales, según los cálculos de Vlade, y otras mil a la Met. En el edificio había espacio para ellas, claro, siempre que no necesitaran camas de verdad. Y aquella noche bastaba con un suelo seco. Los residentes trajeron mantas y ayudaron en lo que pudieron. Estaba claro que las provisiones y el agua se agotarían mucho antes, pero eso pasaría en todas partes, dado que no se podía hacer otra cosa que ofrecer refugio a la gente y ver qué pasaba. Decían que estaban usando Central Park como campo de refugiados y que mucha gente que se había quedado sin hogar se había resguardado en el gran parque. Se trataba de encontrar un sitio que no se hubiera tragado la marejada y esperar a que pasase la tormenta.

—Joder, ojalá supiera dónde están esos críos —dijo Vlade mientras se quedaba dormido en su cama, con Idelba en el sofá de su oficina.

Pocas veces en su vida había estado más cansado, y, que él supiera, Idelba había conciliado el sueño nada más tumbarse, con el cabello aún empapado.

—Estarán bien —respondió ella, adormilada.

Vlade no oyó nada más.

•••••

El día siguiente volvió a ser de viento y lluvias, torrenciales por momentos, pero todo dentro de los parámetros de una tormenta estival normal: copiosa, fría, tempestuosa pero ni de lejos como la los dos días anteriores, apenas peligrosa y mucho menos oscura. De un gris blanquecino,

en lugar de negro. Y la marea, aunque alta al amanecer, ya no era una marejada ciclónica. Solo estaba medio metro por encima de la línea de pleamar. Ahora, todos los edificios próximos a Madison Square tenían un cerco de hojas y porquería empapada muy por encima de la línea de pleamar. Al parecer, la marejada había vuelto al estrecho a través de los Narrows y Hell Gate. Habría sido un autentico reflujo infernal.

Vlade ya podía volver al embarcadero, así que retiró los sellos de la puerta y comenzó la tarea de ordenar el caos que se había generado con todas las embarcaciones que habían flotado juntas y, en algunos casos, habían chocado contra el techo. Algunas se habían llenado de agua por dentro, pero bueno, no había más que sacarla con una bomba y terminar de secarlas.

Ordenar el embarcadero le llevó medio día, pasado el cual pudo hacer una ronda por la Met para inspeccionar el propio edificio, y luego el barrio. Por todos lados, los canales estaban repletos de restos, pedazos arrancados de la ciudad que flotaban por ahí. Volvía a haber gente en el agua, aunque los vapores aún no funcionaban. Los cruceros de la policía pasaban a toda velocidad, gritando a la gente que se quitara de en medio, o paraban para recoger cuerpos de animales o personas. Vlade era consciente de que los problemas sanitarios iban a ser graves; volvía a hacer calor y el cólera estaba al acecho. En ese sentido, las lluvias de aquel día eran una suerte. Cuanto más tardase el sol en reaparecer y empezar a cocer los restos, mejor.

El remolcador de Idelba hacía las veces de ferry de pasajeros entre Park Avenue y Central Park, donde habían improvisado algunos muelles nuevos, repletos de las embarcaciones que traían gente desde el centro. Lo poco que vieron de Central Park antes de volver por Park era pavoroso: daba la impresión de que se hubieran caído todos los árboles. Cosa que parecía enteramente posible y que, de momento, no era problema suyo, pero que, como imagen, resultaba igualmente espantosa. Volvieron a la Met para llevarse al último cargamento de refugiados, entre ellos algunos indignados que se quejaban de que el edificio estaba a tope, y más que eso, y era preferible irse a Central Park en busca de protección y de su condición de refugiados.

—Pues también nos hemos quedado sin comida —les decía Vlade.

La afirmación estaba tan cerca de la verdad que podía permitirse usarla. Y hacía maravillas para que la gente se marchara.

La inspectora Gen había estado fuera desde el estallido de la tormenta, trabajando, pero la noche antes había vuelto en un crucero policial para cambiarse y dormir un par de horas. Les pidió que la llevaran a Central Park, donde, al parecer, reclamaban de nuevo su presencia.

—No me sorprende —dijo Idelba—. Dentro de poco, la gente empezará a amotinarse, ¿a que sí?

—De momento vamos bien —respondió la inspectora.

—Es que sigue lloviendo. No pueden salir a manifestarse. Verá cuando escampe.

—Probablemente. Pero, de momento, vamos bien.

Vlade nunca había visto tan cansada a la inspectora, y aquello solo acababa de empezar. ¿Qué tendría, cuarenta y cinco años? ¿Cincuenta? Más o menos como él, pensó. El trabajo policial era duro, incluido el de los inspectores. —Más vale que se lo tome con calma —le dijo—. Esto va a ser una carrera de fondo.

Gen asintió.

—¿Qué tal ha respondido el edificio?

—Ha aguantado bien —dijo Vlade—. Aún no he podido revisarlo a fondo, pero tampoco he visto nada especialmente alarmante.

—¿También las protecciones de las granjas?

—¡Ay, Dios! —exclamó el supervisor—. No tengo ni idea.

Tras desembarcar a la inspectora y al último grupo de refugiados del edificio, algunos de ellos agradecidos pero la mayoría enfrascados ya en sus problemas inmediatos, dieron media vuelta y volvieron al edificio. Una vez allí, subió las escaleras a toda velocidad. Al llegar al piso de la granja estaba casi sin aliento. Abrió la puerta de un empujón para echar un vistazo.

—¡Ay, mierda!

La granja estaba hecha trizas. Solo habían aguantado algunas de las protecciones, irónicamente en el muro sur. El resto se había caído, y algunas de ellas estaban tiradas en el suelo entre tuberías hidropónicas, verduras destrozadas, cajas volcadas y cosas así. Las enormes vigas de acero de las

cuatro equinas y situadas a lo largo de los muros exteriores cada ocho metros perduraban en toda su fortaleza; la estructura central del ascensor principal, también; aparte de esto, el caos. Las jardineras de acero que habían atornillado al suelo seguían en el sitio, pero las demás habían sido arrastradas hasta la barandilla del norte dejando atrás su contenido.

Era una suerte que hubieran bajado la mitad a las salas del piso inferior, pero, aparte de esas, tendrían que empezar desde cero. Lo que, dado que estaban ya a 27 de junio, era una pésima noticia desde el punto de vista de la autosuficiencia alimentaria. Tampoco es que hubieran sido autosuficientes alguna vez, porque la granja aportaba solo un porcentaje modesto de la comida que consumían (entre un quince por ciento en verano y un cinco por ciento en invierno), pero aquel verano iban a serlo aún menos.

En fin. Al menos, el edificio había aguantado. Y no había muerto nadie, que él supiera. Y el piso de los animales había aguantado como todos los demás (salvo la granja), así que el ganado estaba bien. Si Roberto y Stefan reaparecían sanos y salvos, podría darse por contento. En el fondo, el problema de la granja podía considerarse muy secundario.

Bajó lentamente a la sala comunitaria y comunicó la noticia. Después se quedó un rato allí, comiendo un estofado recalentado y pensando lo que iba a hacer. Y luego llamó al macarra financiero aquel. El tal Garr.

—Oiga, cuando pare la lluvia —le dijo—, ¿podría sacar el hidroala e ir a buscar a los chicos?

—¿Cómo? —exclamó Franklin—. ¿No estaban aquí?

—No, la tormenta los sorprendió fuera. Y se dejaron el terminal de muñeca así que no hemos podido localizarlos.

—Qué genios.

—Ya los conoce. El caso es que Gordon Hexter dice que iban al Bronx, a ver si encontraban la lápida de Melville.

—Joder. El Bronx estará hecho un desastre.

—Como siempre. Pero si lograron resguardarse allí, lo lógico es que estén bien. Solo me preocupan un poco. Es casi seguro que no llevaban comida ni agua. Ni ropa de abrigo, ya que estamos.

—Joder.

—Ya. ¿Qué me dice? Iría yo mismo, pero estoy muy ocupado aquí.

—¡Yo también estoy muy ocupado! —exclamó Franklin.

Pero entonces, al ver la mirada de Vlade, añadió:

—Vale, vale, iré a echar un vistazo. A fin de cuentas, lo mío con esos chavales ya es una tradición.

Toda la vida es un experimento.  
—Oliver Wendell Holmes Jr.

## **b) Inspectora Gen**

Gen recibió la misma llamada que el resto de los policías de la zona de los tres estados: emergencia, todos a sus puestos. En su caso, le dijeron que permaneciese donde estaba durante la tormenta, y lo hizo. Luego, una vez pasado el huracán, el departamento la envió a Central Park, donde embarcó en un enorme crucero de la policía acuática para ir al muelle de marea de la Sexta. La marejada había penetrado hasta el extremo sudeste del parque, les dijo el piloto del crucero, y el oleaje, al romper, había penetrado en el lago y anegado la pista de hielo Wollman. Más al oeste hubo que rescatar y dar la vuelta el muelle de la Sexta, una estructura alargada que ahora flotaba al capricho de las mareas, para volver a colocarlo en su posición. A partir de ahí, los barcos pudieron volver a atracar en su extremo sur para descargar pasajeros y mercancías de camino a tierra firme, al norte. Había tanta afluencia que el crucero de Gen tuvo que aguardar su turno, antes de desembarcarlos a todos precipitadamente.

Al llegar a Central Park, la inspectora se quedó asombrada. Primero, por la multitud: jamás había visto tanta gente en el parque. Segundo, porque se había convertido en una especie de explanada gigantesca. Los árboles habían desaparecido. O, más bien, se habían caído. Todos. La mayoría se habían visto arrastrados hacia el norte, bien partidos en el tronco o bien arrancados de cuajo, y tenían las raíces rotas y llenas de fango y los cepellones mirando al sur como manos extendidas. Algunos troncos seguían en pie, pero habían perdido la copa, arrancada o agrietada a distintas alturas, y se erguían como postes inútiles en medio de sus hermanos caídos. La devastación de los

árboles convertía el parque en un refugio miserable, pero era el único que tenían, así que allí es donde estaba la gente. Algunos de ellos, ilesos y necesitados de algo en lo que ocuparse, habían empezado a recoger ramas rotas y amontonarlas en grandes haces de leña. El olor de las hojas arrancadas y la madera astillada impregnaba la atmósfera húmeda. Este proceso de limpieza era peligroso en sí, y provocó nuevos heridos, porque el suelo estaba saturado de agua y tanto los árboles como las ramas eran muy pesados. Gen habló con los agentes que ya estaban allí para hacerse una idea de la situación: lo primero era conseguir que los grupos que estaban ocupándose de las tareas de limpieza pensaran en su seguridad y desistieran. Sin embargo, se habían organizado de forma espontánea y estaban rebosantes de energía, tras haber sobrevivido a la tormenta y la devastación del parque, y no se tomaban muy bien que los agentes intentaran contenerlos o incluso organizar sus actividades. Aquello era una multitud neoyorquina, así que hacía falta diplomacia para moverse entre ella pidiéndole a la gente que no se pusiera en peligro.

—Ya hay demasiados heridos —repitió Gen una vez tras otra—. No empeoremos más las cosas.

Luego arrimaba el hombro debajo de alguna rama, si había sitio y necesitaban su ayuda, o pasaba al siguiente grupo de voluntarios para decirles lo mismo, o se ponía en cuclillas con algunos supervivientes sentados para preguntar cómo estaba la gente.

Era alentador comprobar que, en general, estaban serenos y medio organizados. Gen había oído hablar de situaciones así, y lo había presenciado a pequeña escala de vez en cuando, pero nunca había visto nada una magnitud como aquella situación, donde parecía que la población entera de la ciudad hubiera afluido a Central Park. Sin duda, esto quería decir que los servicios esenciales estaban colapsados. No había agua, baños ni comida en cantidad suficiente cerca de allí. Las colas para los sanitarios del parque eran muy largas, y los desagües estarían desbordados, sin contar con los efectos de la propia marejada. El propio parque se convertiría en un enorme servicio. Los problemas se multiplicarían con rapidez, durante una semana como mínimo y seguramente más, en función de cómo fueran los trabajos de

socorro.

Más allá de los problemas más evidentes, había que recobrase de la imagen de la devastación del parque. El resto de la ciudad estaría igual, pero el hecho de no ver una sola hoja en uno solo de los árboles que seguían en pie, de verlos prácticamente todos derribados o destrozados, era devastador. Para arreglarlo, habría que empezar desde cero. De momento era como si hubiera estallado una bomba al sur de la ciudad, como si una especie de onda expansiva lo hubiera arrasado todo.

Muchos animales salvajes habían muerto y había que ocuparse de sus cuerpos lo antes posible. De momento los estaban amontonando junto a las enormes pilas de ramas rotas. Además, seguían llegando heridos sin parar y había que ocuparse de ellos o llevarlos a los puestos de socorro. Por falta de camilleros voluntarios no iba a ser, desde luego. Había muchísima gente buscando la forma de echar una mano. Pero ¿y el agua? ¿Y los baños? ¿Y la comida?

Gen hablaba por su terminal con la central y comunicaba los mismos informes y las mismas órdenes que todos los demás, según entendía por las respuestas.

—Lo sabemos —repetían.

—¿Van a venir los federales?

—Dicen que sí.

Se acercó a la pista de patinaje de Wollman, donde parecía que podrían despejar una zona lo bastante amplia para que aterrizasen los helicópteros más grandes. Por asombroso que pudiera parecer, la marejada había llegado hasta allí, pero las aguas ya se habían retirado, y la pista estaba encharcada y cubierta de lodo. Debido a la desaparición de los árboles, los helicópteros podrían aterrizar en cualquier parte una vez que la hubieran despejado. Se podían amarrar aeronaves en las torres de Columbus Circle y, de hecho, en todo el perímetro del parque. La zona podía albergar mucho tráfico aéreo, lo que era una suerte, porque ninguno de los puentes de la isla estaba en condiciones de ser utilizado. El George Washington había sobrevivido, pero la calzada que partía de allí y cruzaba la bahía de las Meadowlands, al oeste, había quedado destrozada por culpa de la inundación. Durante un tiempo,

volverían a ser una auténtica isla.

El agua no sería un problema si lograban traer uno o dos helicópteros cargados de filtros LifeStraw. Los había de tamaño individual o de cocina, y con ellos se podía potabilizar el agua de los charcos y estanques del parque, e incluso la de los ríos. Esos filtros eran una maravilla. Comida seguiría habiendo en las tiendas, restaurantes y viviendas de la ciudad, presumiblemente. Necesitarían más, pero siempre se podía lanzar desde el aire, o transportar en ferry, como en cualquier otro desastre. Y con la asistencia médica pasaba exactamente lo mismo.

Así que, en realidad, el principal problema serían los baños. Así se lo comunicó a la central.

—Lo sabemos —respondieron.

Mientras recorría el parque ayudando en lo que podía, iba elaborando listas en su cabeza. Eran listas redundantes, porque, evidentemente, los distintos servicios de emergencia ya las habían hecho antes, pero no podía evitarlo. Por lo demás, se dedicaba a ayudar a la gente que se lo pedía. Respondía preguntas y tomaba nota de las declaraciones de la gente sobre algunos crímenes de poca monta. Eran muy escasos, comprobó con satisfacción y, además, las propias declaraciones carecían a menudo de fiabilidad. Más que nada, contribuía con su presencia a generar una sensación de orden en aquel espacio. La policía seguía cumpliendo con su cometido, proteger y servir allí donde era necesario. Comía cuando le ofrecían algo. Nueva York seguía siendo Nueva York. ¡Pero qué devastación! Los rostros desconsolados y llorosos se sucedían uno tras otro: aquí una niña de pelo rubio, que sollozaba diciendo que había perdido a sus padres; allá un enorme latino, confuso y hasta puede que enloquecido, boquiabierto, buscando con los ojos azules algo que ni él mismo sabía; al otro lado, un negro flaco y con rastas que se sujetaba un brazo y esbozaba una mueca; más allá, un joven blanco con cara de comadreja que bailaba y cantaba al compás de una canción que sonaba en su terminal de muñeca. La gente estaba perdida, había perdido a otra gente, estaba consternada. Gen tuvo que resguardarse en el refugio interior que tienen todos los agentes de policía, algo que normalmente le resultaba muy fácil, pero aquel día no tanto; aunque era un refugio muy

grande y allí se sentía cómoda. Cada día en la vida de un agente es una sucesión de desastres, así que, ahora que la ciudad había sido arrasada, era como «eh, tíos, bienvenidos a mi mundo. Este espacio psíquico me lo conozco de memoria, dejad que os guíe. Se puede vivir aquí sin venirse abajo, se puede mantener la serenidad y lidiar con ello. En serio. Haced como yo».

Fue a dormir a la comisaría de la Ochenta y dos oeste, porque habría tardado demasiado en volver a la Met y estaba rendida. Estaba empezando a darse cuenta de que, con la red de puentes volantes inutilizada, iba a tener que acostumbrarse a usar los cruceros policiales (o los vapores, cuando volvieran a funcionar) para recorrer el bajo Manhattan. La ciudad parecía tan grande... Se quedó dormida en un banco y despertó antes del amanecer, dolorida y helada. Ya empezaba a clarear y había cesado la lluvia. Fue al baño (que funcionaba, comprobó con satisfacción) y, al salir, regresó al parque por la transversal de la calle Sesenta y cinco. Había gente tumbada por todas partes: sobre bolsas de plástico, debajo de mantas y en sacos de dormir, en alguna que otra lona o tienda de campaña, pero, sobre todo, al raso. Por suerte, tras el paso de la tormenta habían reaparecido el calor y la humedad del verano. Esto generaría otros problemas, pero de momento, para pasar la noche, era una ventaja. Resultaba raro ver a tanta gente dormida en el suelo, junta, con los rostros borrosos a la luz del crepúsculo. Como una visión de otros tiempos.

Entonces salió el sol y la gente empezó a incorporarse alrededor de pequeñas fogatas humeantes, con aspecto aturdido y mugriento. Estaban comprobando que la madera verde no arde bien. Estaba prohibido hacer fogatas en el parque, pero Gen no hizo otra cosa que saludarlos. La naturaleza no tardaría en apagar aquellos fuegos, o la gente que tuviera gasolina lograría avivarlos lo bastante como para quemar algo. Los cadáveres de los animales, por ejemplo. Las personas eran un peligro para ellas mismas.

Unos helicópteros tan grandes como remolcadores comenzaron a aterrizar cerca de Wollman y en los prados del norte del parque. Las aeronaves llenaban el cielo, como siempre pero en mayor número. Estaban allí para ofrecer socorro, para grabar imágenes para los programas de noticias o ambas

cosas. Gen siguió haciendo el trabajo de un simple agente, y constató que el número de problemas y crímenes que se denunciaban había aumentado. Estaban saliendo de la fase de emergencia para entrar en la de desorden, un desorden inmenso en el que la gente se volvía más irritable, más propensa a las discusiones, las quejas y las peleas. Lo había visto muchas veces antes, incluso entre el público que salía de un concierto. La gente ya estaba lista para marcharse, estaban deseándolo, de hecho, pero no podían hacerlo. El espectáculo continuaba y este era el tipo de obstrucción que crispaba a ciertas personas.

Así que pasó el día mediando, dirigiendo el tráfico y echando a los curiosos.

—Vuélvanse a la parte alta —le sugería a la gente que parecía procedente de allí, reconocible por su aspecto.

Detestaba a los mirones, pero de una forma impersonal. En este caso eran un indicio de que, probablemente, la ciudad saldría de esta. Durante el huracán y los momentos inmediatamente posteriores, no había estado tan claro. La tormenta había sido una auténtica crisis, pero ahora estaba convirtiéndose en un desastre más.

Pero era un desastre que había que superar, así que se quedó allí todo el día y el día siguiente. Al final de este, cogió un crucero de vuelta a la Met y se desplomó. Vlade la recompensó con una ducha. Al día siguiente le ordenaron que volviera a Central Park. Y después le asignaron un puesto en un crucero patrulla que recorría los canales del bajo Manhattan en tareas de socorro.

Era un trabajo feo. Había cadáveres flotando en los canales. Esta era su primera prioridad, y bastante macabra. Estaban empezando a hincharse, y apestaban. Parecía que había muerto gente de todas las edades, ahogada o aplastada por los escombros. Y también estaban los cuerpos de los animales, que no resultaban tan repugnantes porque tenían pelaje, ni daban tanta pena porque eran eso, animales.

Había que restablecer la navegación, primero en las avenidas y los grandes canales transversales, y luego en los canales este-oeste. En algunos de ellos no sería posible hacerlo en un futuro inmediato, porque se habían

desplomado edificios enteros sobre ellos. Pero le tocaba a la policía determinar lo que se podía hacer y lo que no, establecer los desvíos pertinentes e informar de todo ello a los departamentos municipales de transporte.

El quinto día tras la tormenta la pusieron al mando de un crucero grande, dedicado a patrullar entre Chelsea y el West Village, recoger refugiados y quitar escombros, además de impedir la acción de los saqueadores que, por desgracia, habían empezado a aparecer. En un momento dado se fijó en una lancha motora de aspecto sospechoso que avanzaba en la Sexta con la Trece. Desde la cubierta del crucero, les ordenó que parasen con el megáfono y puso a su tripulación en alerta al ver que los ocupantes de la lancha estaban armados y parecían dudar si debían obedecer la orden.

Finalmente lo hicieron, y Gen subió a bordo cubierta por sus hombres.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

El capitán, o el hombre que estaba al mando, dio unos golpecitos a su terminal y le mostró sus papeles. Trabajaban para una empresa de seguridad privada, ARN, siglas de Acción Rápida de Normalización.

—Nos han contratado para patrullar el barrio.

—¿Quién?

—La asociación del barrio.

—¿Cuál?

—La Asociación de Viviendas de Chelsea.

Gen sacudió la cabeza.

—Esa asociación no existe.

—Ahora sí.

—No. De eso nada. ¿Para quién trabajan?

—Para la Asociación de Viviendas de Chelsea.

—Deme su carné y la licencia de trabajo.

El hombre titubeó y Gen hizo un gesto hacia el crucero, desde el que llegaron cuatro agentes más, con las armas enfundadas pero bien a la vista. Eran táseres, pero seguían siendo armas. Los hombres del bote de ARN también iban armados.

Todos estaban muy serios. Gen, la única mujer de la lancha, y también la

persona que estaba al mando, se mantuvo impasible, con una actitud profesional y educada. Educada pero firme. Puede que más firme que educada.

Se sentó junto con el hombre y, lenta y meticulosamente, procedió a verificar la documentación.

Al parecer, su empresa, Acción Rápida de Normalización, había sido contratada por un grupo que se hacía llamar Asociación de Viviendas de Chelsea. Eran los propietarios de los edificios de la Vigésimo octava manzana y estaban preocupados porque la tormenta había arrasado otros muchos a su alrededor. Puede que se hubieran constituido recientemente. Tenían que proteger su inversión.

—Inversión —repitió Gen.

Empezó a buscar vínculos en su terminal y envió un mensaje a Olmstead para pedirle que hiciera lo propio. Aún no había encontrado nada cuando le llegó un mensaje de Olmstead: «ARN es propiedad de Escher Security. Ambas trabajan para Morningside».

—Somos una empresa privada especializada en la protección de inversiones —le explicó el hombre cuando Gen levantó la mirada.

—Claro.

—Estamos del mismo lado que ustedes. Los ayudamos.

—Puede —respondió Gen—. Pero esta es una situación excepcional y no queremos grupos armados rondando por ahí. Ya tenemos problemas suficientes. Habrá que hablar con la gente que los contrató, así que deme sus datos de contacto y ya veremos. Y no quiero verlos por esta zona.

—¿Qué es esto, la ley marcial?

—Esto es Nueva York y nosotros somos el departamento de policía de Nueva York. La ley ordinaria sigue vigente.

Sacó fotos de toda su documentación y regresó al cruce, pensando.

Llamó a Olmstead.

—Eh, Sean, gracias. ¿Cómo has encontrado tan deprisa la conexión entre ARN y Escher?

—Los he estado investigando a fondo últimamente. Está claro que son los proveedores de seguridad de Morningside, y crean filiales clónicas para

trabajar en distintos proyectos para ellos. ARN es una de ellas. El tío con el que has hablado pertenece al personal de Escher.

—Ya veo.

—¿Y sabes quién más trabajaba para Escher? Tres de los empleados de la torre de la Met, más concretamente del equipo de Vlade Marovich. Su Chen, Manuel Pérez y Emily Evans. Trabajaban para Escher, pero a todos se les olvidó ponerlo en el currículum cuando se presentaron para las vacantes. Solo dijeron que habían trabajado en alguno de los clones más alejados. En la parte exterior de los tentáculos del pulpo, ya sabes.

—¡Vale! —dijo Gen—. Igual has encontrado la causa de que las cámaras estuvieran desconectadas cuando secuestraron a Mutt y a Jeff.

—Eso creo yo.

—¿Y Morningside ha trabajado con nuestra encantadora alcaldesa?

—Exacto. Y con Angel Falls, la del tío ese de la zona del Cloisters, Hector Ramirez. Morningside es un pulpo gigante, como Ramirez. No consigo entrar en los archivos de ninguno de los dos. Lo he intentado, pero la clonación lo complica mucho. De hecho, yo diría que es Morningside quien le ha enseñado el método del pulpo a Escher. Joder, Escher podría ser una de las patas del pulpo de Morningside, probablemente. Una de las más cercanas al cuerpo.

—Vale. Sigue soltando las ventosas de esas patas. Concretamente, quiero que averigües quién hizo la oferta por la Met.

¡Qué ruinas serán!  
exclamó H. G. Wells la primera vez que vio el contorno de  
Manhattan

## c) Franklin

Lo que estoy pensando es: «¿yo, que tengo la embarcación más pequeña de todo Manhattan, soy el que tiene que salir después de la tormenta más gorda de todos los tiempos a buscar a dos críos chalados con tendencias suicidas? ¿En serio?».

Pero no era solo Vlade el que me lo pedía, con ese aire suyo tan de mafia eslava, rebosante de grave e incluso mórbida responsabilidad por todas las criaturas de su arca, incluidas, claro que sí, las dos más canijas y estúpidas. También Charlotte. Y su forma de hacerlo era irritante pero, en última instancia, efectiva:

—Así tendrás algo que hacer —dijo—. Hoy la Bolsa está cerrada.

—La Bolsa —resoplé—. Como si importara eso ahora.

—Ya, bueno, ¿qué vas a hacer en un día como hoy? ¿Operar con bonos? Que es fiesta, Frank, chaval. Sal y diviértete un poco. Con esa lanchita rápida tuya, seguro que es la mar de emocionante. Si la cosa se pone fea, puedes transformarla en un minisubmarino o un minidirigible, ¿no? Además, los chicos necesitan ayuda. Será toda una aventura para ti.

—Ya, claro.

Pero entonces me miró, con esa sonrisilla suya, y me echó de allí con un ademán como si no fuera más que un mosquito.

—Tengo trabajo —dijo—. Ya me cuentas cómo te va.

Exhalé un fuerte suspiro de desolación y me fui a mi cuarto a buscar la ropa para el mal tiempo, un fabuloso equipo comprado en Eastern Mountain Sports. Vlade me bajó el bicho de entre las vigas y me acompañó hasta la

puerta con cara de pocos amigos. La verdad es que era agradable poder salir, y tampoco quería que Charlotte pensase que no quería ayudar.

Además, el exterior era digno de verse: un día tempestuoso bajo unas nubes que eran como grandes galeones empujados contra la costa a toda vela, con los canales convertidos en gigantescos *cappuccinos*, y el río East un caos de oleaje azul y marrón, jalonado de espuma y estelas. Avancé por la vía rápida del East, la de más al norte, o más bien por el sitio en el que estaba antes, pues la tormenta había arrancado la mayoría de las boyas. Había mucho menos tráfico del habitual, así que aceleré al máximo y el bicho echó a volar sobre las aletas. Con el oleaje que había, era un verdadero reto, y no tenía ningunas ganas de salir disparado y caer de cara como un surfista con su tabla y volcar. Era preferible evitarlo, aunque fuera a costa de algún pequeño inconveniente, así que aminoré un poco pasados Roosevelt Reef y los grandes puentes este-oeste. No haría un tiempo récord, ni de lejos, pero al cabo de poco tiempo viraba hacia la izquierda en el río Harlem, donde me sumé a la corriente de navegantes como un ciudadano más.

A mano izquierda, la zona inundada de la parte alta tenía mal aspecto. Claro que nunca lo había tenido muy bueno, al pie de la gran línea de torres que se extendía de Washington Heights a la zona del Cloisters, con Harlem como una bahía destartalada de la que sobresalían algunas torres insulares y los bajíos ocupados por viejos edificios inclinados en diferentes direcciones y ahora destrozados por la tormenta. Posiblemente, si los derribaran todos y los reemplazaran por las manzanas flotantes de mi plan de remodelación, podría convertirse en un vecino decente de la zona del Cloisters. Sí, a Harlem le había llegado la hora de Robert Moses.

Y puede que a todas partes. El Bronx tenía peor pinta que Harlem. Nunca la había tenido muy buena, la verdad, y el huracán, al cruzar Manhattan, había azotado su triste cara cubierta de cráteres, y empujado el oleaje a lo largo de los cauces y valles, donde lo había golpeado todo a su alrededor durante tres días. Ahora que había remitido la marejada ciclónica, era como si hubiera llegado un tsunami sin retirarse del todo. La devastación era completa por todo el estuario.

Subí por la estrecha y alargada bahía que cubría la autovía Van Cortlandt,

al oeste del canal del río Bronx. Era la ruta acuática más rápida para llegar al cementerio de Woodlawn, adonde se suponía que se dirigían los chicos. Los árboles arrancados parecían cadáveres en tierra firme; los que flotaban, cadáveres en el agua. ¿El Bronx? ¡Olvídalo, amigo! El triste y grande barrio estaba muerto y bien muerto.

Me metí por estrechas calles inundadas en las que, por alguna razón, el nivel del agua no había subido (o bajado) hasta el de los canales. De vez en cuando hacía sonar el claxon por si los chicos seguían refugiados en alguna arte y no me habían visto. No tenía mucho sentido en un día tan bueno como aquel, pero lo intenté de todos modos. Aún había montones de edificios en pie en los que podían haberse resguardado, grandes cajas de cemento con el techo roto. Y, en efecto, a medida que avanzaba el día, se fue haciendo cada vez más evidente que, en un barrio de aquellas dimensiones, buscar a un par de chavales era perder el tiempo. Carecía de sentido, pero alguien tenía que hacerlo. Alguien; no necesariamente yo. La tormenta podía haberlos matado de tantas maneras distintas que me pregunté si alguna vez sabríamos lo que había sucedido. Seguramente hubieran acabado ahogados, la especialidad de aquella pareja. O aplastados, la segunda opción más probable. Eran valientes pero estúpidos. Algún día habrían podido ser buenos operadores, pero, en fin... Tienes que sobrevivir a la estupidez de tu juventud para que se materialice el potencial inherente a esa estupidez.

En ese momento recibí una llamada de Charlotte en el terminal de muñeca.

—Eh, Frankie, chaval. Han aparecido en la Met.

—¡No!

—Sí.

—Pues qué buena noticia. Aquí no iba a encontrarlos en la vida.

—Sobre todo porque no están ahí.

—Aunque hubieran estado. No sabes en qué estado se encuentra esto.

—Como siempre.

—¿Quieres que vaya a buscarte? Ayudar a una ancianita a cruzar la calle sería mi buena acción del día.

—No, aquí todavía tengo que hacer algo muy aburrido. Muy, muy

aburrido.

—Vale, buena suerte.

Después de colgar, saqué el bicho de un canal especialmente desagradable, cubierto casi del todo por los cadáveres flotantes de todas las criaturas peludas que se había llevado por delante la inundación, una imagen muy triste, pero no tanto como si entre ellas hubieran estado nuestros dos rebeldes sin causa. Además, los mamíferos pequeños suelen reproducirse con gran rapidez —son imposibles de erradicar, la verdad—, así que, con un último saludo a aquella masa apestosa de pequeños cadáveres, volví por las calles abarrotadas a la estrecha bahía y luego al río Harlem. Allí pisé a fondo y sobrevolé la inundación como un pájaro, una pardela para ser más exactos, y regresé a casa sobrevolando las olas. ¡Un vuelo glorioso!

•••••

De regreso a la Met, me reuní con la pequeña multitud del comedor donde se encontraban los chicos, que estaban comiendo como si llevaran semanas sin hacerlo. Me miraron como mapaches en un basurero y, durante un momento, me los imaginé en el Bronx, tirados panza arriba entre sus hermanos y hermanas peludos.

—¡Me cago en todo! —grité—. ¿Pero dónde estabais, chicos?

—Nosotros también nos alegramos de verlo —musitó Roberto con la boca llena de comida.

Stefan tragó y dijo:

—Gracias por ir a buscarnos, señor Garr. Estábamos en el Bronx.

—Eso ya lo sabíamos —respondí—. O lo creíamos. ¿Qué tal si, a partir de ahora, lleváis la terminal cuando salgáis?

Ambos asintieron sin dejar de comer.

Me los quedé mirando. Aparte de hambrientos, parecían estar bien. En absoluto traumatizados. Me eché a reír sin poder evitarlo.

—Habréis encontrado un sitio donde esconderos —dije.

Stefan volvió a tragar y tomó un largo trago de agua de su vaso.

—No pudimos volver a Manhattan por culpa de las olas, así que fuimos al Bronx, a los edificios de arriba del arroyo. Había un almacén vacío que parecía resistente y tenía una compuerta al norte por donde pudimos meter la lancha. Y luego, a esperar. El ruido era infernal y soplaban muchísimo viento. Y el nivel del agua subió hasta el ático.

—Se rompieron las ventanas —añadió Roberto mientras masticaba—. A montones.

—Sí, ¡y muchas hacia fuera! —dijo Stefan—. Algunas del sur estallaron hacia dentro, pero la mayoría de las del norte lo hicieron hacia fuera.

—Como en un tornado —dijo el señor Hexter.

Estaba sentado junto a los chicos y los miraba como una gata a sus cachorros.

—Los vientos provocan cambios bruscos de presión y tiran de las ventanas hacia fuera.

Los muchachos asintieron.

—Es lo que pasó —confirmó Stefan—. Pero en el ático del almacén había un par de habitaciones, así que nos resguardamos allí para esperar.

—¿Y no pasasteis frío?

—No demasiado. El techo estaba aislado y quedaba papel en unos archivadores. Hicimos una especie de cama gigante de papel y nos metimos por un lado.

—¿Y no teníais sed? —pregunté.

—Sí. Bebimos agua del río.

—¿Qué dices! ¿No os habéis puesto malos?

—Pues no.

—¿Pasasteis hambre? —preguntó Hexter.

Ambos asintieron, de nuevo con la boca llena. Y para confirmar la respuesta, Roberto se señaló el carrillo. Volvió a tragar y añadió:

—Llegamos a pensar en comernos a unas ratas almizcleras que estaban allí con nosotros.

—¿Ratas almizcleras?

—Eso creo. O comadrejas muy mojadas. Como unas nutrias alargadas y

muy flacas.

—También había montones de ratas e insectos —añadió Stefan después de tragar—. Serpientes, ranas, arañas... De todo. Daba mucho miedo.

—Sí, porque había cantidad de bichos —les aclaró Roberto—. Pero las que más nos llamaron la atención fueron las ratas almizcleras.

—Hay muchas en la bahía —dijo Hexter—. Aunque puede que fueran visones. O nutrias.

—Nutrias no —respondió Roberto—. Fueran lo que fuesen, eran un grupo, una familia o algo así. Cinco grandes y cuatro pequeñas. Entraron nadando en el almacén y se instalaron en las habitaciones que había al final del pasillo. Aunque nos vigilaban. El resto de los animales pequeños se mantenían alejados de ellas. Y de nosotros. Al menos, algo.

—Yo creo que las ratas almizcleras estaban preguntándose si se nos podrían comer —dijo Stefan—. Mientras nosotros pensábamos en cazar una de ellas para comérmola, ¡ellas estaban pensando lo mismo de nosotros!

Los dos niños se rieron a la vez.

—Fue muy gracioso —aseveró Roberto—. No eran muy grandes, pero sí más que nosotros. Así que les gritamos.

—Y ellas nos bufaron.

—Sí, pero aun así se fueron corriendo.

—Bueno, más o menos. Tampoco mucho. Se lo seguían pensando. Pero cogimos unas llaves de fontanero que había por ahí y las amenazamos.

—Pero al final decidimos no matar a ninguna. No queríamos cabrear a las demás. No veas qué dientes tienen.

—Pues sí. Si llegan a venir por nosotros, habríamos tenido un problema. Igual hasta habrían podido con nosotros.

Stefan asintió.

—Por eso les gritamos. Les gritamos tanto que me hice daño. Me dejé la garganta en carne viva.

—Y yo.

Los miré mientras contaban su historia y pensé que sí, definitivamente podían llegar a convertirse en operadores. Algunos días, cuando tenía que convencer a algún capullo de que me pagara lo que me debía, terminaba con

la garganta en carne viva. Si se corre el rumor de que eres blando como acreedor, más gente puede optar por no pagarte, así que tienes que aprender a gritar de vez en cuando para que no pase.

—Buen trabajo, chicos —dije—. ¿Vuestra lancha está bien?

—Sí, la dejamos en la sala grande del almacén. Cuando subió el agua, llegó a tocar el techo. Había tanta agua que era increíble, pero se quedó allí atrapada hasta que bajó el nivel. ¡Menuda marea!

—Una marejada ciclónica —dijo Hexter—. Dicen que ha llegado siete metros por encima de la pleamar más alta que habíamos visto hasta ahora.

—¿Hay más tarta? —preguntó Roberto.

Debemos enseñarnos a nosotros mismos a entender la literatura. El dinero ya no seguirá pensando por nosotros.  
—Virginia Woolf, 1940

## **d) el listillo de la ciudad otra vez**

Hace un par de siglos hubo una tira cómica famosa, publicada en uno de los periódicos o revistas de Nueva York que, combinados, formaban esa fuente de excelencia literaria de la que participaban Melville, o Whitman, o... Bueno, el caso es que la tira consistía en un mapa de la ciudad orientado hacia el oeste, con una perspectiva en escorzo en la que el resto de los Estados Unidos tenía la anchura de dos manzanas de Manhattan, y el Pacífico no era más grande que el Hudson. Una representación simpática de la endogamia de Nueva York, y tiene gracia lo fácil que es caer en ese mismo error al hablar de la ciudad: ¿qué otra cosa importa? Es el centro del mundo, la capital de bla, bla, bla.

Es cierto. Puede que demasiado. Y confío en que el concepto de facilidad de representación se haya grabado en la conciencia del lector hasta el punto de hacerle recordar que este énfasis en Nueva York no equivale a decir que era el único lugar del mundo que importaba en el año 2142, sino una ciudad más, interesante como tal, como tipología, así como por las peculiaridades que le confiere el hecho de ser un archipiélago en un estuario que desemboca en un golfo, cubierto por un montón de edificios altísimos.

Por tanto, aunque no es necesario describir la situación de otras urbes costeras, como la anegada Miami, las paranoides Londres y Washington D. C., la pantanosa Bangkok o la casi abandonada Buenos Aires, por no hablar de la infinita profusión interior que se representa mediante la solitaria y aterradora palabra «Denver», es importante colocar Nueva York en su contexto con respecto a todo lo demás, entendido, al igual que en la

famosa tira cómica, como una sola cosa: todo lo demás. Porque a partir de este momento del relato, como sucede siempre en realidad, la historia de Nueva York solo cobra sentido si se tiene en cuenta lo global como contrapeso a lo local. Si Nueva York es la capital del capital, que no lo es pero se puede fingir que sí para comprender la visión de conjunto, se entiende la realidad; lo que le sucede a la capital se ve influido, inflexionado, puede que determinado, puede que superdeterminado, por lo que sucede en el resto del imperio. La periferia afecta al núcleo, las provincias invaden el centro imperial y la red tira del nudo que lo forma con tal fuerza que lo convierte en un nudo gordiano que solo se puede deshacer cortándolo.

Por tanto: el huracán Fyodor desató toda su furia sobre Nueva York y la zona inmediata. Una catástrofe para la región, sin duda, pero, para el resto del mundo, una historia fascinante, un entretenido culebrón y la oportunidad de ejercer un poco de delicioso y mayoritariamente justificado *schadenfreude*. Pocos sienten un gran afecto por Nueva York, la más deseada y menos querida de las ciudades, y nadie en la historia del mundo ha dicho nunca «eh, qué compasión siento por Nueva York» ni «ay, Nueva York, una ciudad digna de lástima». Nadie lo ha dicho ni lo ha pensado. De modo que los efectos emocionales, históricos y físicos de la devastación provocada por el huracán fueron prácticamente regionales. El gobierno federal y el estatal enviaron equipos de emergencia para ocuparse de los problemas inmediatos derivados de la tormenta, como era su obligación, y para aquellos que no se habían visto atrapados físicamente por el melodrama, la catástrofe cayó rápidamente en el olvido, reemplazada por el episodio siguiente en el gran carnaval de los sucesos. Dos meses más tarde, Pekín quedó sepultada bajo casi cinco metros de polvo de loess arrastrado por los vientos del nordeste: ¿te has enterado? ¿Te lo imaginas? ¡Mucho peor que el agua, dónde va a parar! ¿Quieres conocerlo todo?

No. Facilidad de representación: lo que nos afecta más de cerca nos parece más generalizado de lo que es en realidad. Así que volvamos a Nueva York, que para eso es el sitio donde se inventó el béisbol. En el ancho mundo del capital global, del que a Nueva York se le supone capital, este suceso regional tuvo repercusiones reales. Aplastar Nueva York era como arrojar

una piedra a un lago oscuro y las olas se propagaron por todo el mundo como ondas sísmicas, captadas por instrumentos de gran sensibilidad en toda la dinerosfera, una realidad coexistente ahora con la propia biosfera. La convergencia de estas ondas y los efectos derivados desembocó en dos resultados palpables, exacerbados además mutuamente: uno, el capital volvió a huir de Nueva York convencido de que pasaría al menos una década antes de que la ciudad se recuperara de la devastación y durante este tiempo, la rentabilidad sería más alta en Denver, lo que equivale a decir en cualquier parte, claro. Todo lo que es sólido se sublima, como escribió una vez ese rapsoda, Marx, y todo lo que es líquido se solidifica en Denver. Y dos, todos los índices del precio de la vivienda se desplomaron varios puntos, empezando, cómo no, por el IPPI, que para eso era el índice que medía el precio en la zona que acababa de ser devastada. Los demás, incluido el Case-Shiller, cayeron también y, aunque no tanto como el IPPI, lo hicieron de manera significativa. Pero la clave aquí es que los índices no solo cayeron, sino que también experimentaron una cierta divergencia. Lo que quiere decir que había un margen para apostar, en un sentido o en otro, dependiendo de cuál fuera el índice del que uno se fiara más o del que esperase una corrección más deprisa.

Puede que estas dos circunstancias no parezcan demasiado importantes, no tanto como para despertar el interés de los sismógrafos de capital del mundo entero, sino, más bien, circunstancias habituales en el mundo de los negocios. Pero tiene gracia porque, a veces, las cosas son tan mudables como bandadas de aves. Y el funcionamiento de las burbujas es, en términos estructurales, idéntico a los esquemas de Ponzi —¡qué coincidencia!—. De hecho, otra coincidencia asombrosa reside en la semejanza entre el sistema capitalista en su conjunto y una estructura tan básica como un esquema de Ponzi o un conjunto de ellos. ¿Cómo es posible? ¿Se trata de otro caso de evolución convergente, o de identidad isomórfica, o de clonación, o simplemente una asombrosa sincronía jungiana, o sea una simple casualidad? Seguramente, esto último. Pero, sea como fuere, el caso es que las burbujas, los esquemas de Ponzi y el capitalismo tienen que seguir creciendo o se encuentran con problemas muy serios. Basta con un tropezón lo bastante

importante para que se vengán abajo impelidos por una lógica propia, al perder el margen necesario para financiar la próxima inversión que generará el margen necesario para financiar la próxima inversión que generará el margen necesario para financiar la próxima, y así hasta el infinito. Si el sistema no consigue prolongar su espiral de ascenso, entra en parada y entonces, en lugar de descender en espiral a un ritmo similar, cae en picado como un dirigible pinchado, como un helicóptero averiado o, según la frase hecha del mundo de las finanzas, una nevera lanzada desde el cielo.

Como por ejemplo.

Cuando la gente puso objeciones a uno de los numerosos proyectos de remodelación de Robert Moses, el que implicaba la demolición del viejo y querido acuario de Battery Park, Moses sugirió que arrojaran los peces al mar. O los usaran para hacer sopa de pescado.

Más tarde, a propósito de otro proyecto polémico, dijo:  
—A veces me pregunto si la gente se merece el Hudson.

## e) Charlotte

Charlotte volvió al trabajo porque no sabía qué otra cosa hacer y suponía que las oficinas del Sindicato de Propietarios estarían inundadas de refugiados internos. Franklin había salido en busca de Stefan y Roberto, y parecía tan preocupado que había sentido la tentación de acompañarlo, pero la verdad es que tampoco le habría servido de mucho y sentía la necesidad de hacer algo útil.

En la oficina, en efecto, el caos era completo, y tanto las salas como los pasillos estaban a rebosar de gente de aspecto desaliñado, a pesar de que, como refugio, era un sitio absurdo. Pero, como sucede en cualquier puerto tras una tormenta, y seguramente a muchos de los que allí estaban les sucedía, los inmigrantes y refugiados tienden a pensar que su situación puede haber cambiado para mejor. Charlotte no estaba muy segura. Ahora formaban parte de un colectivo gigantesco. Puede que hubiera base para una acción colectiva.

Para empezar, ayudó a organizar y clasificar a la gente, repartiendo números de cola y preguntándoles su razón para estar allí, si podían volver más tarde, y cosas así. La mayoría no formaba parte aún del sindicato, y muchos de ellos no tenían ni siquiera documentación. Al cabo de un rato se cansó y se incorporó a un grupo que iba a Central Park en un crucero policial, porque quería verlo con sus propios ojos.

Una vez en el parque, deambuló por allí. Se sentía enferma. La devastación era tan completa que costaba creerla. Era como estar metida en una de esas pesadillas inconexas en las que una serie de irrealidades

espantosas se amontonan una tras otra ante los ojos del impotente soñador. Donde antes hubiera árboles, ahora había gente, así que el parque parecía al mismo tiempo más grande y más bajo, como una pradera gigantesca surgida en el mismo espacio. La multitud que lo ocupaba le confería el aspecto de una fotografía de Hooverville en sepia, o de una *favela* devastada por un terremoto. Caminó por el parque en una especie de exploración aturdida. La multitud se filtraba hasta las calles. Todas las rutas que había ido trazando durante años de paseos habían desaparecido. El suelo estaba sembrado de agujeros de los que asomaban cepellones gigantes, orientados al sur como girasoles. Por todas partes, el ramaje destrozado exhibía la carne interior de los árboles, amarilla y granulosa, como miembros hechos de otra materia. De vez en cuando se detenía y se sentaba, embargada por una sensación melodramática, como si estuviera recreando una emoción en un ejercicio teatral, pero no tenía más remedio que hacerlo, porque se le doblaban las rodillas; era real, aquella vieja expresión. Qué extraño que viejos clichés como aquel tuvieran su origen en reacciones físicas reales, comunes en todo el mundo. Lloró varias veces y vio, en las caras de la gente que la rodeaba, que muchos lo habían hecho recientemente, o estaban haciéndolo en aquel momento, a menudo sin darse cuenta de que tenían la cara surcada de lágrimas. Ay, mi ciudad, mi ciudad, ¿cuándo volveré a verte? La mayoría de aquellos árboles tenían décadas de antigüedad, y algunos, siglos. Pasarían años, y puede que décadas, antes de que el parque recobrarla una semblanza de su antiguo aspecto.

Y la gente... Ya estaban organizados en círculos y grupos, la mayoría de unas veinte personas más o menos, pero también había quintetos, parejas y personas solas. Familias, grupos de amigos, habitantes de los mismos edificios destruidos. Millares allí amontonados, sentados en el suelo, o en bancos de hormigón, o cajas, o en botones de piedra antigua que sobresalían del suelo, huesos de la isla que ahora ofrecían asiento a sus habitantes. Unos versos de Walt Whitman pasaron fugazmente por sus pensamientos, recordados a medias, algo sobre un torrente de rostros sobre el puente de Brooklyn, el sufrimiento de los soldados de la Guerra de Secesión. El sentimiento de que los norteamericanos volvían a afrontar una crisis juntos.

Tecleó con violencia en su terminal de muñeca para llamar a la alcaldesa. Quien respondió en persona.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está?

—En el ayuntamiento.

—¿Qué está haciendo sobre esto?

Una breve pausa, para expresar asombro.

—¡Pues trabajar! ¿Qué quiere?

—Que abra las torres de la parte alta.

—¿Qué significa eso?

—Ya sabe lo que significa. La mitad de los apartamentos de la parte alta están vacíos porque pertenecen a gente rica que no vive allí. Declare el estado de emergencia y autorice que se usen como centros de refugiados. Exprópielos.

—Ya he declarado el estado de emergencia, al igual que la presidenta. Está a punto de llegar. En cuanto a lo de la expropiación, no puedo hacerlo.

—Claro que sí. Esto es una emergencia, use sus privilegios ejecutivos o lo que...

—Eso no es realista. Sea realista, Charlotte.

—¡Declare la ley marcial! O, al menos, póngase en contacto con los propietarios y pídeles que nos dejen usar los pisos. Dígalos que los necesitamos, que son suyos y que nos lo permitan. Convénzalos. A todos los que pueda.

Al otro lado hubo un silencio.

Finalmente, la alcaldesa respondió:

—Hay mucha más gente necesitada que pisos así. Con eso solo conseguiríamos que huya más capital. Y perderíamos más gente aún de la que ya hemos perdido.

—¡Pues que se vayan! Vamos, Galina. Demuestre agallas. Es su momento. Su ciudad la necesita, debe responder. Ahora o nunca.

—Lo pensaré. Estoy ocupada, Charlotte, tengo que irme. Gracias por preocuparse.

La comunicación se cortó.

—¡Que te den! —le gritó Charlotte al terminal—. ¡Que te den, puta cobarde!

La gente la estaba mirando. Les devolvió una mirada hostil.

—La alcaldesa de esta ciudad es un títere —dijo.

Se encogieron de hombros. La alcaldesa les traía sin cuidado.

Charlotte apretó los dientes. La gente tenía razón, en realidad. A la hora de la verdad, los políticos no servían para nada. Era preferible confiar en el ejército, la Guardia Nacional o los funcionarios. Los servicios de emergencia, los médicos y enfermeros. Los policías y bomberos. Esa era la gente que ayudaría, la gente que aparecería. No los políticos.

Recordaba haber leído que, después de que el huracán Katrina golpeará Nueva Orleans, habían construido campamentos prisión antes que instalaciones sanitarias. Como esperaban desórdenes, encarcelaron a la gente de color de manera preventiva. Pero eso había sido en el siglo XX, en las edades oscuras, la época de los fascismos, tanto en el país como en el extranjero. Desde entonces habían aprendido algo, ¿no?

Al contemplar a la multitud en el parque devastado, dejó de estar tan segura. La gente se había reunido en grupos. Era una especie de organización. Estaban intentando hacer lo que podían con lo que tenían.

Pero después de cada crisis sucedida en el último siglo, pensó Charlotte, o puede que siempre, el capital había tensado el dogal alrededor del cuello de los trabajadores. Tan sencillo como esto: un capitalismo de crisis, que te aprieta las tuercas a la menor ocasión. Que te asfixia. Era algo demostrado, un fenómeno estudiado. Imposible de negar para cualquiera que sintiese interés por la historia. Ese era el patrón. Y la lucha contra esta asfixia nunca había encontrado una salida. Era como una de esas perversas trampas chinas: si luchas, justificas la respuesta contundente, la construcción de campos prisión antes que hospitales.

Finalmente, Charlotte dejó de pensar y reanudó el paseo. Cada cierto tiempo se detenía para hablar con alguno de los grupos de personas que se agolpaban alrededor de las fogatas, encendidas para cocinar más que para calentarse, o simplemente por hacer algo. Les decía que era una funcionaria municipal que trabajaba para el Sindicato de Propietarios, y que iban a

habilitar refugios en la parte alta. Lo repetía una y otra vez.

Al final, exhausta y asqueada, dirigió sus pasos al sur, de vuelta a la intermarea e hizo la cola en un muelle para que un taxi acuático la llevara a la Met, a casa. Fue una larga espera; había mucha gente esperando y los taxis eran muy escasos aún. Tenía hambre. Se sentó en el muelle, con los demás. Como buenos neoyorquinos, no eran dados a hablar entre sí, cosa que ella agradecía.

En un momento dado, volvió a encender la terminal y llamó a Ramona.

—Eh, Ramona, soy Charlotte. Escucha, ¿crees que tu grupo seguirá interesado en que me presente por el distrito Doce?

Ramona se echó a reír.

—Desde luego que sí. Pero, oye, ¿eres consciente de que Estaban está apoyando de manera muy activa a su candidata?

—A Estaban que le den. Si me presento es precisamente contra ella.

—Ah, pues eso te lo podemos garantizar.

—Vale, iré a la próxima reunión y lo hablamos. Pero diles que quiero hacerlo.

—Magnífica noticia. Te está fastidiando nuestra querida alcaldesa, ¿eh?

—Acabo de estar en Central Park.

—Ah, ya.

—Le he pedido que les abra la parte alta a los refugiados de aquí.

—Ah, sí. Te va a hacer falta suerte con eso.

—Ya. Pero es un buen argumento para presentarse.

—¡Opino igual! Vente y lo hablamos.

•••••

Cuando al fin llegó a la Met, apenas podía andar. Al dirigirse al comedor, se dio cuenta de que iba a tener que subir a su piso por las escaleras, y la mera idea se le antojó imposible. Cuarenta pisos andando, genial.

Se dejó caer en una de las sillas y miró a su alrededor. Sus

conciudadanos. Su pequeña ciudad-estado, su comuna. Al menos no los estaba bombardeando su propio gobierno. Aún. La Comuna de París había durado setenta y un días. Luego siguieron años de represión, hasta que todos sus miembros terminaron muertos o en prisión. No podía haber un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Eso nunca. Mejor matarlos a todos.

Cuando la Revolución rusa de 1917 cumplió setenta y dos días, Lenin salió a las calles y bailó un poco. Habían durado más que la Comuna, dijo. Al final fueron setenta y dos años. Pero se torcieron tantísimas cosas...

Franklin Garr entró en la sala y se dirigió a la cola.

—¡Eh, Frankie! —dijo Charlotte—. El tío al que estaba buscando.

Franklin puso cara de sorpresa.

—¿Qué pasa, vieja camarada? Pareces hecha polvo.

—Porque lo estoy. ¿Puedes traerme un vaso de vino?

—Claro. Iba a traerme uno para mí.

—A esta hora apetece, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Te has enterado de que ya han aparecido los chicos?

—Te lo dije yo, ¿te has olvidado? Es la buena noticia del día.

—Ay, sí, perdona. Y sí, es buena noticia. Pensé que esos cabroncetes habían logrado matarse al fin.

—Seguro que ni les ha parecido para tanto. ¿Qué es un huracán para ellos?

—No, sí que les ha impresionado. Casi se los comen unas ratas almizcleras.

—¿Cómo?

—Que han tenido un caso de tablas mexicanas con una manada de ratas almizcleras.

—No creo que se diga «manada» en este caso.

—No, supongo que no. Una familia, o una bandada...

—Las bandadas son de pájaros.

—Es verdad. Entonces ¿qué? ¿Una pandilla? ¿Un grupúsculo?

—Un grupo de refugiados.

—Mejor.

—Como la gente de Central Park. Un grupo de refugiados. Venga, ve a por ese vino.

Franklin asintió, fue a buscar el vino y luego se sentó en el suelo, junto a la silla de ella. Brindaron por los niños y tomaron un trago del horrible *pinot noir* del Flatiron.

—A ver, escucha —dijo Charlotte—. Quiero preguntarte por esa crisis de la que hablamos. ¿Crees que el huracán reventará la burbuja que decías?

Franklin hizo un ademán en el aire.

—Lo he estado analizando. La cuestión es que el mercado es global y mucha gente no quiere que estalle porque aún no se han pasado a corto. Así que intentarán aguantar a pesar de lo sucedido. No puedo saberlo con seguridad. Yo creo que no. El índice de la región se verá afectado, eso seguro. Pero la burbuja global, lo dudo.

—Vale, pero ¿y si quisieras hacerla estallar? Por ejemplo, por medio de aquella huelga de propietarios de la que hablamos. ¿Sería un buen momento?

—Pues no lo sé. No creo que se den las condiciones para ello. Aunque debo decirte que he hecho los deberes.

—¿Qué quieres decir?

—He monetizado el oro de los chicos. Vlade lo fundió y yo he ido vendiéndolo poco a poco en distintos lagos oscuros. Se lo ha quedado todo el gobierno indio, me parece a mí. Son los últimos que apuestan así por el oro, les encanta. Será una cosa cultural, por allí les gusta todo lo que brilla.

—Frankolino, ahórrame tus detestables teorías culturales. ¿Qué has hecho con el dinero?

—Apalancarme y adquirir un montón de opciones de venta sobre el IPPI.

—¿Y eso quiere decir...?

—Ponerme a corto con el IPPI y a largo con el Case-Shiller, y el huracán me ha dado la razón. Si vendemos, podemos sacar un buen pellizco para los chavales.

—Me parece genial, ¡pero lo que yo quiero es reventar la burbuja! ¡Quiero acabar con el sistema!

Franklin sacudió la cabeza, indeciso.

—¿En serio? ¿Estás segura de que estás segura?

—Tan segura como se puede estar. Es el momento justo. La gente está furiosa. Si no lo hacemos ahora, volverán a apretarnos el dogal. Aumentarán la austeridad para pagar la reconstrucción, los pobres se volverán más pobres y los ricos se mudarán a otro sitio.

Franklin suspiró.

—O sea, que pretendes revertir una tendencia de diez mil años.

—¿Qué quieres decir?

—Los ricos se hacen más ricos y los pobres, más pobres. Es como el primer proverbio de las *Citas familiares* de Bartlett. Es como el primer versículo del *Génesis*.

—Vale. Sí. Quiero revertirla.

Franklin empezó a reflexionar, y este hecho se manifestó en una expresión en su rostro que hizo sonreír a Charlotte: bizco, con la boca fruncida y el ceño arrugado entre las cejas. Le recordaba a Larry, solo que más gracioso.

—La divergencia de los índices es una señal de que los mercados están asustados —dijo—. Todos ellos han caído un poco, así que no sería el mejor momento para sacar dinero. Pero, por otro lado, la inestabilidad es evidente.

—Así que podría funcionar.

—No lo sé. O sea, creo que podría funcionar en cualquier momento, si un número suficiente de gente se suma a los impagos.

—Vamos a llamarlo huelga.

Franklin se encogió de hombros.

—¡O jubileo!

Charlotte se echó a reír. Tomó un buen trago de vino.

—No puedo creer que consigas hacerme reír después de un día como este —confesó.

—Te emborrachas con facilidad —señalo él.

—Es verdad. Entonces, ¿crees que podría funcionar?

—Que no lo sé. Creo que podría resultar confuso si pasara ahora. La gente que no pague podría perder el dinero del seguro que les corresponda, si es que les corresponde algo por la tormenta. Así que no tengo muy claro que sea el momento apropiado. Ya sabes... Provocarle un infarto al sistema

financiero justo después de un desastre... No sé, en principio no suena bien. O sea, ¿quién va a pagar los seguros de reconstrucción?

—El gobierno, supongo. Como siempre. Pero eso ya lo decidiremos luego.

Franklin la miró con exagerado asombro. Era un hombre que te miraba de verdad cuando te miraba. Como si fueras una maravilla.

—¡Pues vale! ¡Que rueden los dados! ¿Está todo listo con tu Fedex?

—¿Mi Fedex?

—Tu ex, el que dirige la Reserva Federal. Me parece que el mote más lógico para él era Fedex, ¿a ti no?

—Sí, me gusta. —Asintió—. Sí, está tan listo como puede llegar a estarlo.

—¿Y el Sindicato de Propietarios?

—Es lo bastante grande para usarlo como grupo de vanguardia para una acción colectiva. La gente querrá una cobertura a la que arrimarse cuando decidan dejar de pagar.

—Sí, muchos sí. Algo a lo que unirse, para que sea una especie de posición política, no un simple impago.

—Solo necesitamos un quince por ciento de la población, ¿verdad?

—En teoría. Pero, cuantos más, mejor.

—Vale, puede que consigamos más.

Franklin siguió mirándola con la misma expresión divertida.

—Bueno, pues parece que la cosa está decidida. Si lo hacéis y funciona, no sacaremos el máximo posible, pero ganaremos bastante, aun así.

—¿Y si no funciona?

—Creo que el desenlace más probable es que funcione demasiado bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que destruya el sistema entero. Y, en ese caso, ¿quién pagará mis minutas?

—No creo que se llegue a eso.

—Ya veremos.

Charlotte lo miró tratando de averiguar hasta qué punto hablaba en serio. No era nada fácil. A Franklin le gustaba correr riesgos. Y aquel era uno muy grande, un riesgo político. Así que el plan, en general, parecía gustarle. Su

expresión de preocupación era una máscara, o al menos eso le parecía a ella. Se dedicaba a jugar con la volatilidad. De modo que estaba disfrutando con aquello.

—Habrà un rescate —dijo ella—. Los especuladores son demasiado grandes y están demasiado interconectados como para dejar que se hundan. Así que la gente que dormirá esta noche en Central Park está jodida, pase lo que pase.

Él asintió.

—O sea, que, según tú, cobraremos en cualquier caso.

—O pagaremos, en cualquier caso. Salvo que cambiemos las cosas.

Franklin suspiró.

—No sé cómo he acabado trabajando contigo. Eres una revolucionaria.

—¿Es que esto es una revolución?

—¡Claro!

La miró con intensidad. Luego sonrió. E incluso se echó a reír.

—¿Qué pasa? —inquirió ella.

—Que finalmente entiendo lo que significa la revolución: máxima volatilidad sin cobertura. ¡Y, además, operar con información privilegiada! Porque, como ya sé que tu gente va a dejar de pagar, ¡puedo adquirir opciones de venta a lo bestia antes de que baje el IPPI! ¡Es totalmente ilegal! Ahora comprendo por qué es ilegal la revolución.

—No estoy muy segura de que sea por eso —respondió Charlotte.

—Solo era una broma.

—Pues vamos a hacerlo, y a ver qué pasa.

—Sigo pensando que deberías esperar a estar más preparada. Quizá hasta que haya pasado un poco la tormenta, para que no se confunda lo que pasa con una simple imposibilidad de pagar. Es decir, te interesa que parezca que es una decisión voluntaria, para que quede claro que se trata de una huelga iniciada conscientemente.

—Mmm —respondió Charlotte—. Eso es cierto.

—Además, necesitas más tiempo para prepararte, ¿no? Así que, por ahora, podríamos limitarnos a disfrutar de la idea de que va a suceder.

Levantó el vaso, casi totalmente vacío, y Charlotte hizo lo propio y

brindaron.

—¡Por la revolución!

—Por la revolución.

Apuraron el vino. Franklin sonrió.

—Dentro de esos preparativos, sería interesante que aceptaras la propuesta para presentarte al Congreso.

—Ya lo he hecho.

—¡No me digas!

—Sí.

—Pues es estupendo. Caray, necesitamos más vino para brindar. Creo que es un caso claro de «el que lo rompe lo paga». Destruyes el sistema y te encargas de levantar el siguiente. Hay que insistir por ese camino.

—Joder —protestó ella—. Ve a buscar más vino. Joder, joder, joder.

—¡No me robes las frases! —respondió él con una nueva carcajada.

A pesar de lo agotada que estaba, a Charlotte le gustaba conservar la capacidad de hacerlo reír. Por muy jovencito y listillo que fuera.

A partir de 1952, el departamento de seguridad de Macy  
empezó a soltar una docena de dobermans en sus  
establecimientos por las noches, por si entraban  
atracadores. Dieron publicidad a la iniciativa, y los perros  
nunca encontraron a nadie.

En Nueva York, la rabia era el auténtico *zeitgeist*. Todo el  
mundo estaba rabioso.  
señaló Kate Schmitz

La isla de Manhattan, rodeada de grandes ríos por todas  
partes, parece un escenario casi ideal para una gran  
revolución urbana.  
observó Mencken

## **f) Inspectora Gen**

Gen trabajaba horas extras día tras día. No recordaba si siempre había sido así. Cada momento del día estaba dedicado al trabajo. Como todos los demás en el Cuerpo. La tormenta había pasado y el interés del mundo se había dirigido a otras costas; la Guardia Nacional había estado allí unos días y luego se había marchado; la gente de Central Park, no. La comida y los sanitarios estaban convirtiéndose en los principales problemas, seguidos de cerca por los crímenes violentos y las sobredosis de drogas. Las malas consecuencias de malas circunstancias, en otras palabras. Era algo totalmente predecible, pero ahora estaba sucediendo en Central Park, a la vista de todos. Les estaba estallando en la cara, y lo sentían. La situación no podía prolongarse pero, aun así, no existía un próximo paso evidente, y, entretanto, el impasse era algo que todos podían ver y sentir, algo que vivían a cada momento, día tras día.

Entonces, la noche del 7 de julio de 2142, una enorme fogata en el prado de Onassis iluminó una gigantesca congregación, formada por todos los refugiados y algunas personas más, y, de algún modo, dio lugar a una revuelta. Sucedió bajo la luna llena; nadie vio dónde se originaba, pero el caso es que la violencia se propagó por el parque. Los agentes presentes tuvieron que pedir refuerzos y equipos antidisturbios. En un primer momento, parecía tratarse de peleas de bandas, pero cuando Gen llegó a la zona, a bordo de un abarrotado crucero policial, no vio nada que pareciese indicar ni remotamente que había varios bandos; se trataba de un simple caos, grupos de personas que recorrían el parque dando gritos, incendiando cosas con

ramas sacadas de la gran fogata, arrojando carteles quemados por ahí y peleándose. Tuvo la sensación de que la peor parte se la llevaba la gente que tropezaba y era pisoteada por el gentío. La mayoría de los gritos procedían del suelo; al percatarse, con un escalofrío de temor, llamó a la central.

—Necesitamos asistencia médica lo antes posible. Central Park, prado de Onassis. Y parece que una multitud marcha hacia el norte desde aquí.

—Ya lo sabemos —respondió el comisario Quinn Taller, un conocido de Gen—. Por Broadway, Amsterdam y St. Nick.

—¿Van hacia la parte alta? —preguntó Gen.

—Eso parece.

—¿Tenemos refuerzos?

—El gobernador ha ordenado que vuelva la Guardia Nacional, pero no sabemos lo que tardarán en llegar. La última vez fue bastante.

Gen aspiró hondo.

—¿Has llamado a todos los agentes fuera de servicio?

—Así es.

—¿Y a los bomberos?

—No creo que sea necesario aún.

—Deberías llamarlos cuanto antes.

—¿Hay incendios?

—Los habrá dentro de poco. Y puede que necesitemos las mangueras contra la gente.

—¿En serio?

—En serio.

—Informaré de ello.

Gen colgó. Había dejado de hablar y los demás agentes se habían adelantado. Corrió al norte tras ellos, sin detenerse más que para interrumpir las peleas que podía. Si era necesario actuaba con brutalidad, usando su estatura, su uniforme y la oscuridad. Derribaba a los agresores con la porra y luego los maniataba con unas esposas de plástico, y ordenaba a los demás que evacuaran la zona. La porra en una mano, la pistola en la otra, lista para disparar en caso necesario. Aprovechando su estatura y condición de policía. La mayoría de la gente huía de allí con el rabo entre las piernas. Siguió hacia

el norte, haciendo un esfuerzo para ignorar las peleas que, por sus dimensiones y gravedad, parecían imposibles de controlar. Alguien le lanzó un cóctel molotov, y, tras esquivarlo, siguió corriendo sin desviarse. Necesitaba refuerzos. Aquello había que hacerlo en equipo o era perder el tiempo. Entonces apareció frente a ella un grupo de seis agentes, distintos a los que la acompañaban al llegar al parque. Iban de uniforme y se mantenían juntos por seguridad.

—¿Os importa que me quede con vosotros?

—Joder, no. ¿Qué es esto?

—Una revuelta, pero no sé por qué. Dicen que ha habido un incendio en el prado.

—Ya, pero, joder, se están quemando a sí mismos.

—He oído que están pasando más cosas por ahí. Me pregunto si esto será todo.

—Aquí están todos.

—Eso es cierto. Hay que ir al norte, y tratar de adelantarse a la multitud. Allí habrá más agentes.

—¿Crees que podemos contenerlos allí arriba?

—No lo sé, pero aquello es mucho más estrecho, podría funcionar. Pero vamos a necesitar a los bomberos y a la Guardia Nacional.

Se pusieron en marcha. Para Gen era un alivio contar con más agentes. Se metían en medio de las multitudes, pidiendo calma, y ordenaban a la gente que se volviera a casa, o a su campamento, donde fuese, pero que se dispersasen. Hacia el sur. Uno de los miembros de su pequeño pelotón contaba con un megáfono en miniatura, y Gen lo usó para transmitir este mensaje, mientras los demás utilizaban las linternas para dejar ciegos a los que pareciesen más agresivos.

—¡Márchense a casa! —gritaba una vez tras otra—. ¡Márchense a casa!

—¡Ya estamos en casa! —repetían algunos.

En noches así era muy fácil que te pegaran un tiro. Solo cabía rezar para que no se le ocurriera la idea a ningún malnacido que estuviera cerca de ellos. Eran como una patrulla en territorio enemigo, y el griterío circundante reforzaba este sentimiento. La gente estaba furiosa.

Siempre había momentos en que a nadie le gustaba la policía de Nueva York. Momentos como aquel.

Llegaron al parque de St. Nick y, cuando corrían por el camino costero de la línea de bajamar, todavía cubierta de escombros y basura arrastrados por la tormenta, una rama lanzada desde la oscuridad alcanzó en la cabeza al agente que corría junto a Gen. De haber llevado casco, la cosa no habría tenido mucha importancia, pero el caso es que el muchacho se desplomó y, momentos después, Gen se vio tratando de pegarle el cuero cabelludo a la cabeza. La cabeza, como suele suceder en casos así, sangraba copiosamente. Sangre negra, como siempre de noche. Y, también como siempre, un sobresalto cuando alguna linterna la teñía de pronto de rojo. El chico seguía consciente y la herida, más que un golpe, parecía un corte, pero tenían que cortar la hemorragia. Primeros auxilios en la oscuridad, con Gen sobre el caído agente mientras los demás los rodeaban y le gritaban a la gente que se dispersase, furiosos pero impotentes para responder de manera adecuada. Solo podían proteger a su compañero, pedir ayuda por radio, gritarle a la gente con el megáfono que se marchara hacia el sur, a casa, lejos de allí. Entre el rugido del gentío que marchaba hacia el norte a su alrededor, haciendo caso omiso. Solo cabía esperar a que llegase el equipo de evacuación, para después reanudar su carrera hacia el norte con un hombre menos y los nervios a flor de piel.

El equipo de evacuación traía dos furgonetas policiales, Así que cogieron una para subir a Morningside Heights, con las sirenas encendidas. El estruendo no era tan fuerte en el interior del vehículo como fuera, pero incluso así costaba entenderse al hablar.

Llegaron al primero de los superrascacielos, en la Ciento veinte. Había muchos agentes allí y quienquiera que estuviese al mando quería que formasen una línea entre los dos ríos. La zona cubierta de arena de relleno que tenían detrás era el paso más estrecho de toda la isla.

Pero no lo bastante. La multitud que marchaba hacia el norte era gigantesca y estaba desatada, y allí no estaba más que la policía, sin la Guardia Nacional, los bomberos o el Ejército. Tuvieron que ceder. La multitud estaba decidida a llegar a las torres.

Las fuerzas policiales se desintegraron en grupos que permanecieron plantados en el sitio como tornos del metro, dejando pasar a la gente para no provocar un baño de sangre del que parecían más que presumibles víctimas. Nadie había visto nada parecido en la vida y quien estuviera al mando, fuera el que fuese, no parecía tener una idea muy clara de la situación en su conjunto. Y tampoco existían muchos protocolos para momentos de descontrol como aquel, más allá «que no te maten» o «no mates a la gente solo para impedir que vaya a algún sitio», que ya era la primera regla de la educación de cualquier agente de policía. En medio de aquel caos estridente, la razón de ello resultaba evidente.

Parecía que se había ido la luz en aquella zona, y Gen se preguntó si habría sido ese el desencadenante de la revuelta. La única iluminación era la de la luna llena, que confería a la escena un aspecto pálido y, de algún modo, muy extraño. De repente se dio cuenta de que todas las sombras de la isla apuntaban en la misma dirección, y eso hacía que pareciese que estaba inclinada. El grupo de agentes en el que se encontraba intentó decidir lo que iban a hacer a continuación, pero con tanto ruido era imposible hablar e incluso pensar. Así que, en la práctica, se convirtieron en un grupúsculo más dentro de una marea de grupúsculos, y se vieron arrastrados hacia el norte con los demás, ya sin tratar siquiera de razonar con la turba, simplemente movidos por ella: rostros de ojos blancos y bocas abiertas. Gente que no parecía hablar su misma lengua, ni ninguna lengua en realidad. Un ruido estruendoso, un rugido salpicado de chillidos que ponía la piel de gallina, pero que no era el causante de aquel furor, porque nadie lo escuchaba. Estaban así por algo. Lo bueno era que los uniformes policiales no parecían ponerlos especialmente en peligro; aquello no era por ellos, y ahora, de hecho, formaban parte de un movimiento general, de una marejada ciclónica humana que se movía impelida por una especie de rayo tractor de demencia.

En ese momento, Gen lo vio con claridad, y puede que todos los demás con ella: era por las torres. La zona del Cloisters seguía muy al norte, pero había otros muchos superrascacielos gigantescos en Morningside Heights, y el gentío corría ahora hacia ellos lanzando improperios.

El improvisado pelotón de Gen se vio arrastrado con la multitud hasta la

gran plaza al sur de Amsterdam con la Ciento treinta y tres, donde el primer grupo de torres ascendía hasta cotas increíbles frente a un cielo gris e iluminado por la luna, como ascensores espaciales. De día eran de color ciruela, esmeralda, cobre, bronce. De noche estaban ausentes las luces que las convertían en gigantescas botellas de licor, y, a la luz de la luna, se teñían de un negro aterciopelado y levemente morado que tal vez se debiera a sus sistemas fotovoltaicos.

La policía estaba reagrupándose debajo de ellos, al otro lado de la plaza, en mayor número que antes. Esta vez parecía factible que resistieran. El gentío, aunque enardecido, estaba prácticamente desarmado. Los agentes podían entrelazar los brazos y aguantar el ímpetu de la carga, con la esperanza de que el impulso de la multitud se agotara ante ellos. Además, varias furgonetas habían formado una línea a lo largo de la plaza y estaban empezando a repartir cascos, escudos y chalecos, además de porras, gas lacrimógeno y máscaras. Casi todos los agentes que estaban allí contaban con la experiencia suficiente para ponerse el equipo con mayor o menor rapidez y, una vez equipados, se colocaban en primera línea. Apenas hablaban entre sí, pues estaba bastante claro lo que había que hacer. Un mal momento, por tanto. No un momento de la policía de Nueva York, al menos que hubiera experimentado ninguno de ellos. Algo surrealista: habían abandonado lo real.

Gen acababa de ponerse el chaleco y el casco cuando oyó unos disparos. Sintió la descarga de adrenalina que siempre le provocaba aquel ruido y vio que a los demás les pasaba lo mismo. Pero los disparos venían de atrás; de las propias torres, o más bien de la entreplanta de las terrazas que había a sus pies. El pie de la plaza, hasta las torres, estaba formado por una secuencia de terrazas gigantes, como unos peldaños bajos y amplios en proporción a aquellas. Había gente en la más alta de las terrazas, con equipos antidisturbios, pero también con fusiles. Fusiles de asalto, a juzgar por el sonido. En ese momento, los cargadores cayeron con un *estacatto* de golpes secos, seguido por gritos de dolor y alarma. El inhumano rugido se redobló. La luna iluminaba la escena con una nitidez gris y negra: la multitud avanzaba sobre ellos al mismo tiempo que retrocedía. Gen le gritó a su terminal:

—¡Necesitamos más refuerzos! ¡Hay unidades de seguridad privada y han abierto fuego contra la multitud!

—¡Repita eso!

—¡La seguridad privada de una de las torres ha abierto fuego contra la multitud, y estamos en medio! Necesitamos a la Guardia Nacional ya. ¿Dónde están esos refuerzos, joder?

Una pregunta retórica, a esas alturas. La Guardia Nacional estaba en otra parte. Gen se unió a un grupo de unos diez agentes con chalecos que subían por los amplios escalones en dirección a las fuerzas de seguridad de la terraza. Avanzaron bajo los cañones de los fusiles de asalto, pero iban de uniforme y los fusiles aún apuntaban por encima de sus cabezas, o incluso al cielo, parecía. Pero algunos de ellos seguían disparando, escupiendo chorros de fuego anaranjado por la boca, y las rojas líneas láser se entrecruzaban a la busca de objetivos entre las estrellas. Disparos de aviso, quizá, o dirigidos contra el gentío que venía desde el sur. Gen sacó la pistola de la cartuchera y, al hacerlo, sintió un ardor que se le extendía por toda la piel. Levantó el escudo que había sacado de una de las furgonetas antidisturbios y avanzó con lentitud por los escalones junto con los primeros agentes.

—¡Policía! ¡Policía! —gritaron todos—. ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Al principio eran voces fragmentarias, pero enseguida se acompañaron a los que más se oían en un gran grito coordinado, un canto a voces:

—¡Policía! ¡Policía! ¡Policía! ¡Policía!

Era muy agradable poder gritar así.

Llegaron a la terraza central. No había otro sitio adonde ir: el equipo de seguridad estaba justo encima de ellos, en la siguiente terraza, apuntando con los fusiles sobre sus cabezas, pero también hacia ellos. Un espantoso momento de parálisis. Muchos de los escudos y chalecos estaban cubiertos de puntos rojos: sí, miras láser. Y también algunos de sus cascos y frentes. Se detuvieron en el sitio pero sin dejar de cantar: «policía, policía, policía, policía».

Nadie se movió. El pavoroso estruendo seguía por todas partes, pero en los escalones parecía un poco más apagado. Los disparos habían cesado y los agentes seguían con el canto, pero en un tono casi coloquial. Cada vez más

contenido.

Gen pensaba que era el agente de mayor graduación presente. En todo caso, nadie más actuaba como si lo fuera, así que se adelantó entre los demás con la pistola a un lado.

—Departamento de policía de Nueva York —anunció con voz calmada y prosaica—. Están siendo ustedes grabados en este momento y no son agentes de policía. Bajen esas armas ahora mismo si no quieren acabar en la cárcel. ¿Quién está al mando? ¿Quiénes son?

Un hombre se abrió paso a empujones entre los suyos. Le resultaba familiar y también él parecía haber reconocido a Gen.

—¿Qué coño estaban haciendo? —le preguntó Gen.

—Proteger la propiedad privada. Dado que ustedes no parecen capaces de hacerlo.

Gen aguardó un instante y entonces, con lentitud, comenzó a acercarse a él. No se detuvo hasta estar cerca. Era más alta. Su pistola apuntaba aún al suelo, pero no muy lejos del pie de él. Los demás mercenarios se revolvían tras él. Algunos desviaron los fusiles hacia arriba o hacia los lados, pero aún había varios puntos rojos sobre el chaleco de Gen. Se sentía como un puñetero árbol de Navidad, como una diana en un campo de tiro. Nadie sabía qué hacer.

—Bajen las armas y retírense al interior de sus edificios —le dijo al hombre mientras lo fulminaba con la mirada—. Estamos grabando todo esto. Si quieren mantener su licencia de agentes de seguridad, están obligados a obedecer las órdenes de la policía.

Nadie movió un dedo.

—Han sido ustedes los primeros en disparar armas de fuego esta noche —le dijo Gen al hombre—. Eso ya es bastante malo de por sí, pero si no obedecen mi órdenes, lo empeorarán aún más. Estarán interfiriendo con las operaciones de la policía en medio de un tumulto. Y, dentro de poco, resistiéndose al arresto. Al departamento de policía de Nueva York no le gusta que se tirotee a los ciudadanos, y a los tribunales tampoco. En esta ciudad, nosotros nos encargamos de las tareas policiales. Nadie más. Así que métanse en los edificios. Ahora. Pueden defender el interior, si se llega a eso.

Pero esto es un espacio público.

—La plaza es propiedad privada —respondió el hombre—. Nuestro trabajo consiste en defenderla.

—Es un espacio público. Vayan para dentro. Ahora están bajo arresto. No empeoren más las cosas, si no quieren que se enfaden sus jefes. Con lo que han hecho ya, les van a costar millones de dólares en minutas de abogados. Cuanto más sigan por ese camino, peor será luego para todos ustedes.

El hombre vaciló.

—Vamos, entren —dijo Gen—. Voy con ustedes, a ver si averiguo cómo ha empezado todo esto. Puede enseñarme lo que tengan sus cámaras, si quiere. Vamos.

Avanzó otro paso hacia el hombre. Ahora estaba demasiado cerca, definitivamente. Con las botas policiales alcanzaba el metro noventa y cinco, y además llevaba casco, una pistola en la mano y una mirada capaz de helar la sangre. Una aterradora mujer de color, tan furiosa como el infierno y tan calmada como el cielo. Con el escudo en la otra mano. Lista para derribarlo con él en caso necesario. El hombre se dio cuenta de que estaba dispuesta a hacerlo. Otro paso al frente. No parecía dispuesta a pararse al llegar a junto a él. Dentro de poco, estaría dentro de su espacio personal, y contaba con la inercia de su parte. Gen estaba pensando en un movimiento de sumo, un rápido empujón con el escudo que lo haría caer de culo. El hombre no le quitaba ojo de encima. Se dio cuenta de que debía de estar cubierta de la sangre del agente. Era la peor pesadilla de un criminal blanco, o la heroína de sus sueños, o puede que ambas cosas. Quería hipnotizarlo, meterse dentro de él con su serenidad de Big Mama. Una figura autoritaria. Una sacerdotisa ensangrentada en aquella noche de pánico y luna llena. El hombre buscaba una salida. Era la hora de la verdad.

Volvió la cabeza.

—Adentro —dijo.

•••••

Una vez allí, Gen se pegó a él y le dijo que se sentara en el vestíbulo a su lado. Estaba agotada y pidió agua. Alguien le trajo una botella de plástico, que Gen miró con curiosidad. Sofás de vestíbulo, con forma ovalada y sin respaldo. Un vestíbulo grande y lujoso, un sitio para charlar y beber. Era agradable poder sentarse. Y sí, tenía las manos cubiertas de sangre. Una imagen apropiada para lo que le tocaba hacer ahora.

—Gracias por cooperar —le dijo al hombre mientras señalaba con un gesto el diván más cercano—. Siéntese y cuénteme qué ha pasado.

El hombre permaneció en pie. Metro ochenta y cinco. Fornido, de cabeza maciza, boca pequeña y pelo negro. Sombrío y decidido. De repente, Gen recordó dónde lo había visto antes.

—Estaba usted en Chelsea la semana pasada —le dijo—. En un barco con unos empleados de Asociación de Viviendas de Chelsea o no sé qué disparate.

El tipo parecía preocupado, y tenía buenas razones para ello. Se diría que no recordaba bien el encuentro, si es que lo recordaba, pero, en cualquier caso, estaba intrigado por ella. Además, tenía pinta de estar evaluando sus opciones, ya no como director de seguridad de la torre, sino como individuo que podía ser demandado o encarcelado. Un individuo que quizá hubiera cometido errores después de recibir una orden ilegal e imposible de cumplir de unos jefes a los que su suerte les traía sin cuidado. Lo que estaba barajando ahora eran las mejores opciones para él. Ya había optado por no enfrentarse a la policía mientras lo grababan. Lo lógico. Como lógicas debían ser las decisiones difíciles que iba a tener que tomar dentro de un abanico de malas opciones. Era el momento de formular preguntas.

—¿Su gente seguía órdenes al disparar?

—Sí. Recibieron la orden de disparar al aire, como advertencia.

—¿Lo tiene grabado?

—Sí.

—¿Dio usted la orden?

—Sí —dijo, tras un momento de vacilación. Estaba grabado, claro.

—¿Les habían atacado?

—Sí.

—¿Con qué, con piedras?

—Oímos disparos también. Estarán grabados.

—¿Disparos contra ustedes?

—Eso creímos. Vimos fogonazos apuntando en nuestra dirección.

—Mal asunto. Pero dispararon por encima de la multitud.

—Sí.

Gen asintió.

—Eso ayudará. Bueno, ¿quién me dijo que era su jefe? El que les paga a usted y a sus hombres.

—ARN. Acción Rápida de Normalización.

—No lo bastante rápida. ¿Y sabe quién contrató a ARN?

—Alguien de estos edificios, imagino.

—Porque son los que les ordenaron defender.

—Exacto.

—¿Tiene más información sobre la persona o entidad del edificio que contrató a ARN?

—No.

Gen sacudió la cabeza. Se quedó mirando al hombre sin pestañear.

—Normalmente, la gente sabe algo. Tienen alguna idea. No se ponen en peligro por el primer capullo que les paga.

—Normalmente.

—O sea, que insiste en que no sabe para quién trabaja.

—Trabajo para Acción Rápida de Normalización.

—¿Quién es su supervisor allí? ¿Y dónde está en este momento?

—Eric Escher. Y no lo sé.

Gen resopló.

—Lo va a dejar tirado. Lo sabe, ¿no?

—Gajes del oficio.

—Por favor.

Se retrepó en el asiento y lanzó al mercenario una mirada desdeñosa.

—Ahórreme esa mierda, sobre todo después de haber abierto fuego con rifles de asalto contra un grupo de civiles armados con palos, piedras y

bengalas del 4 de julio. La verdad es que está jodido. Si me dice para quién trabaja Escher, hablaré a su favor en el juicio. Porque habrá un juicio, no lo dude.

El hombre le devolvió la mirada, más furioso que alarmado.

Gen suspiró.

—Deben de pagarle una fortuna. Cuando salga, dentro de unos años, puede que le quede algo. Aunque también puede que ni siquiera le paguen al final. ¿Se le ha ocurrido? ¿O que, igual, el tiempo vale más que el dinero? No le gustará la cárcel. Y es a lo que se enfrenta. A los tribunales no les gusta la gente que dispara a la policía. Es un delito grave, así que puede que la condena sea larga. Mucho. Pero podría librarse si juega bien sus cartas. Soy la inspectora jefe del bajo Manhattan, y la agente de mayor graduación presente en la zona, así que me escucharán. Y quiero saber quién los ha mandado salir esta noche.

Le clavó una mirada penetrante y esperó. Lo increíble: el imperio de la ley, encarnado por una mujer negra. Sí, lo increíble. Y, al mismo tiempo, la cosa más normal y natural del mundo. E ineludible. Inexorable. Había tratados de extradición con todo el mundo. Aguardó con paciencia mientras la invadía el agotamiento hasta las suelas de sus pies cansados.

El gesto ceñudo del hombre dio paso a otro de irritación.

—Como ya le he dicho, trabajamos para los propietarios del edificio — dijo.

—¿Y quiénes son?

—El edificio lo gestiona Morningside Realty.

—Que son solo los intermediarios. ¿Quién es el dueño? ¿La alcaldesa? ¿Hector Ramirez? ¿Henry Vinson?

Siempre era divertido ver la cara de sorpresa de la gente. Cinco minutos antes, el tipo pensaba que Gen era una mera policía municipal. Ahora estaba haciendo correcciones y conexiones en su cabeza. Puede que empezase a recordar mejor su encuentro en el centro. La influencia de la agente llegaba a toda la ciudad. Sabía que él había estado trabajando en el bajo Manhattan. Lo que estaba operándose allí era el descubrimiento mutuo de que los dos tenían intereses más amplios. Y, por tanto, podían volver a encontrarse, tal vez ante

los tribunales.

Gen volvió a señalar los sofás mientras se retrepaba. Esta vez, el hombre se sentó frente a ella.

—Vinson no —dijo—. Su antiguo socio.

Esta vez le tocó a ella sorprenderse.

—¿Se refiere a Larry Jackman?

El hombre asintió, mientras la miraba a los ojos. Ya estaba inmunizado ante el asombro. Comprendía que había atravesado los Narrows para salir a aguas profundas. Podía necesitar a Gen como una especie de pseudoaliada, en algún momento, por alguna circunstancia. Había ordenado a sus hombres bajar las armas. Había respondido las preguntas que se le habían hecho. Con un poco de suerte, no habrían matado a nadie. Se podía decir todo esto a su favor, porque era cierto. Y no era poca cosa. Gen asintió con aire alentador, como para darle a entender que tal vez pudiera librarse de aquella sucesión de consecuencias.

—Puso este edificio y algunos activos más en un fideicomiso cuando empezó a trabajar para la administración —dijo el hombre con calculada precisión—. Ahora solo se comunica con Escher a través de terceros. Pero somos su equipo de seguridad desde el principio.

Gen comenzaba a pensar que quizá aquella noche no hubiera sido un desastre tan completo cuando, en el exterior, estalló el ruido de unos disparos.

De repente, todos los presentes volvieron a estar en alerta. Gen recorrió con la mirada el vestíbulo y la pequeña milicia con la que se encontraba.

—Vamos a pasar de eso —dijo con firmeza—. Nos quedaremos aquí. Pase lo que pase ahí fuera, se resolverá sin nuestra participación.

—¿En serio? —preguntó el hombre.

—En serio. Le propongo esto: defender el edificio. Desde dentro.

—¿Defenderlo de quién?

Gen se encogió de hombros.

—De quien sea.

Echó una mirada a su terminal de muñeca, que acababa de pitar.

—Ah —dijo—. Parece que es la Guardia Nacional.

Hay, en su enormidad, una desproporción de esfuerzos.  
Demasiada energía, demasiado dinero. La fabulosa  
maquinaria de los rascacielos, los teléfonos, la prensa, todo  
eso se utiliza para generar viento y encadenar a los  
hombres a un destino duro.  
dijo Le Corbusier

En julio de 1931, el juez que debía dictar veredicto en la  
causa contra veintidós mendigos arrestados por dormir en  
Central Park les dio dos dólares a cada uno y los mandó a  
dormir de nuevo al parque. En aquella época estaba lleno  
de chozas, amuebladas con sillas y camas, diecisiete de  
ellas con chimeneas.

La gente que lo celebraba llenaba toda la avenida DeKalb;  
los coches estaban rodeados e inmovilizados, como en una  
inundación. Un enorme policía de color había salido a la  
calle e intentaba que la gente se dispersara para que se  
reanudara el tráfico cuando, de improviso, alguien se  
abalanzó sobre él y lo rodeó con los brazos. El gentío  
convergió sobre él y empezó a abrazarlo, como en un  
inmenso amontonamiento de amor. El agente se echó a  
reír.

—Tim Kreider, la noche de las elecciones de 2008,  
Brooklyn

## g) Amelia

Al día siguiente, 8 de julio de 2142, Amelia Black descendió flotando por el valle del Hudson en dirección a casa.

Había pasado una tormenta relativamente buena. Por fortuna, el único resultado de su tendencia al accidente, tan innata como adquirida (o al menos impuesta), había sido que estuviese en el aire al llegar el huracán. Había sido una estupidez, sí, pero es que no estaba prestando atención, no se había fijado, etcétera. En cuanto Vlade la alertó sobre la situación, Frans y ella habían hecho lo que tenían que hacer, al mismo tiempo que retransmitían toda la aventura a su público en la nube, que iba creciendo minuto a minuto a medida que la gente se enteraba del embrollo en el que se había metido esta vez. Amelia *Errorheart* lo ha vuelto a hacer, Amelia *Errhard* está en un lío bien gordo, Alela Black mete la pata otra vez, Amelia *Bobelia* no es capaz ni de leer un mapa, ja, ja, etcétera.

Pero desde el mismo instante en que la alertara Vlade sobre el peligro, había llevado la *Migración Asistida* al norte a toda velocidad, y, aunque, en una atmósfera estática, esto solo quería decir ochenta kilómetros por hora, con la ayuda de unos vientos de cola crecientes le había bastado para llegar al pueblecito de Hudson, Nueva York (que ella llamaba Hudson sobre el Hudson), donde la dejaron amarrarse al mástil para aeronaves del Instituto Marina Abramovic, llamado así en honor a una de sus heroínas y referentes. Una vez allí, la violenta agitación de la aeronave se convirtió en una performance natural, y, al menos al principio, Amelia resolvió permanecer en la góndola durante el huracán, atarse a una silla y dejarse zarandear como en

un rodeo, igual que la propia Marina en cualquiera de sus variadas, peligrosas y asombrosas performances. ¡Sería como cabalgar la tormenta!, les explicó a sus fans. Pero, a pesar de que el espíritu de su ilustre fundadora planeara sobre el instituto alentando a Amelia a intentarlo, los administradores de la institución habían insistido en que, teniendo en cuenta la predicción del tiempo, en este caso concreto era preferible actuar con prudencia y, aunque les gustaba tener a Amelia como invitada, no querían que acabase pulverizada ante la atenta mirada de millones de espectadores en la nube. Marina lo habría hecho, le reconocieron, pero, tal como estaban los precios de los seguros, por no hablar de las juntas directivas, los donantes y las leyes que prohibían las actividades que pudieran poner en peligro a niños y deficientes mentales, seguramente lo mejor sería no permitir que cometiera un suicidio en el huracán.

—No soy una deficiente mental —protestó Amelia.

—No tenemos la certeza de que su dirigible aguante vientos de más de doscientos cincuenta kilómetros por hora. No abuse de nuestra hospitalidad.

—Es una aeronave.

Así que, no sin ciertas dificultades, Amelia había logrado salir de la góndola sin terminar aplastada, y luego había visto a Frans cabalgar la tormenta, mientras ella narraba el espectáculo desde el instituto. Irónicamente, en el momento en el que más arreciaban los vientos, todas las ventanas de la pared norte del instituto habían reventado debido a un cambio brusco de presión, así que todos los presentes tuvieron que huir al sótano entre gritos de alarma, mientras Frans y la *Migración Asistida*, amarrados a ocho puntos de anclaje de un recio mástil por otros tantos cabos no menos recios, superaban el trance sin sufrir nada más grave que una cierta deformación aerodinámica; Frans había trabajado duro para contrarrestar el bamboleo de la aeronave por medio de miles de activaciones perfectamente calculadas de sus numerosos sistemas de propulsión. Aun así, chocó repetidas veces contra el suelo antes de salir catapultado hacia arriba y tensar al máximo los cabos de amarre, pero tanto las embestidas contra el suelo como las sacudidas hacia arriba se vieron mitigadas constantemente por la microgestión de los propulsores, que mitigó los impactos con asombrosa

impavidez. Así que Amelia habría estado más segura allí que en cualquier edificio, en un nuevo testimonio de la fiabilidad de la *Migración Asistida* y de la superioridad de los principios de flexibilidad, poder suave y adaptación frente a los de poder rígido, tal como señaló ella misma mientras narraba las, es de rigor reconocerlo, poco dramáticas imágenes de la *Migración Asistida* contoneándose como una criatura metamorfa bajo los salvajes embates de la tormenta.

—Ojalá el viento fuera de colores para que pudierais verlo —dijo en un momento dado, entusiasmada—. Igual podríamos lanzar unas bengalas de colores, o generar una especie de niebla en la dirección en la que sopla. Sería una pasada poder ver el viento.

Todos convinieron en que sería una buena idea para otra tormenta. El viento como arte aleatorio: estaría bien. Pero, de momento, su invisible fuerza azotaba el mundo con tal fuerza que llegaba a hacerse visible, o, al menos, sumamente presente, tal como evidenciaba de manera palpable la repentina defenestración del instituto. ¡Qué estruendos, qué rugidos, qué alaridos de consternación! Buen material.

Pero claro, lo mismo podía decirse de toda la tormenta. Amelia y sus anfitriones no eran los únicos que lo estaban pasando mal ni, de hecho, los que lo estaban pasando peor. Así que, aunque permaneció en la nube relatando en directo la tormenta, no alcanzó un número de visitas excepcionalmente elevado. Había demasiada competencia. Casi se podría decir que fue una oportunidad perdida, aunque claro, también es cierto que sobreviviría al trance, lo mismo que la *Migración Asistida* y Frans. O, al menos, es lo que parecía hasta que el fragmento de una ventana que acababa de reventar salió despedido hacia la aeronave y desgarró varios de sus globos auxiliares. Momento a partir del cual el viento se ensañó con los restos. ¡Hasta luego cocodrilo!

•••••

Frans, totalmente desinflado, terminó tendido sobre el suelo como una alfombra gigante. Habría que repararlo antes de que pudiera alzar el vuelo otra vez, pero, por suerte para Amelia, el personal de tierra de un aeropuerto cercano, encantado de devolver al aire a la famosa estrella de la nube (y de disfrutar de su minuto de gloria en su compañía), se encargó de ello. Hecho esto, la *Migración Asistida* regresó a la ciudad a una altitud de unos mil pies, ideal en términos de ángulo y perspectiva.

Lo que vio desde el aire dejó a Amelia estupefacta. Todo el curso bajo del valle del Hudson había quedado despojado de hojas; parecía que hubiera regresado el invierno, solo que muchos de los árboles estaban en el suelo o, si seguían de pie, alzaban los miembros amputados hacia el cielo. Era mucho más espectacular que los daños de los edificios, que en la mayoría de los casos se limitaban a ventanas rotas y desperfectos en algunos tejados. No es que fuera cosa de broma, porque era evidente que la reconstrucción se prolongaría durante meses, mientras que los árboles arrasados tardarían años en volver a crecer. Por no hablar de los animales que vivían en aquellos bosques.

—Madre mía —dijo Amelia a sus espectadores—. Qué mal.

Sus comentarios de aquel día no constituyeron un prodigio de elocuencia. Al cabo de un rato, abrumada, dejó que Frans se encargase de decir dónde se encontraban y guardó silencio.

Al acercarse a la ciudad, la zona del Cloisters apareció en el horizonte antes que ninguna otra cosa, como un bosquecillo de estacas apuntando al cielo.

—Bueno, las torres han sobrevivido.

Descendió flotando por el centro del fiordo y, una vez frente a las torres de la parte alta, aminoró un poco para maximizar el efecto que producían en pantalla tanto ellas como las de Hoboken, erguidas muy por encima de su aeronave a ambos lados. A esas alturas, el Hudson parecía algo así como el suelo inundado de una habitación destrozada y sin techo. Era pavoroso.

Finalmente viró hacia la propia ciudad para echar un vistazo a Central Park. La magnitud de la devastación la dejó tan sobrecogida como a todos. Se había convertido en un mar de tiendas de campaña, salpicado de árboles

derribados cuyos agujeros le conferían el aspecto un cementerio en el que los muertos hubieran despertado y echado a correr, dejando tras de sí sus tumbas abiertas. Había personas por todas partes, como hormigas, los perdidos de la ciudad amontonados allí, impelidos por un instinto de amontonarse, le parecía a Amelia. Entonces vio que también había gente en las plazas de Morningside Heights, reunidos en torno a las manchas negras de sus fogatas apagadas. E hileras de personas también, lo bastante homogéneas para pensar que eran militares. El Ejército en las calles. No sabía bien qué podía significar. La ciudad entera era un caos.

—Qué triste —dijo—. Tardaremos años en arreglar todo esto.

Entonces llegó un mensaje automático de radio que le decía que no penetrase en el espacio aéreo de la ciudad. Ordenó a Frans que rodease Manhattan mar adentro y ascendiese un poco mientras tanto. Una capa de aborregadas nubes de verano se acercaba flotando desde el oeste y había empezado a cubrir la ciudad. Las drásticas alteraciones de la luz del sol y la sombra de las nubes conferían a la alargada columna vertebral de Manhattan el aspecto de un dragón salpicado de manchas blancas, un dragón que, abatido, se hubiera estrellado sobre la bahía. Amelia llamó a casa para decirle a Vlade que daría una vuelta o dos antes de volver. A juzgar por lo que se oía, el supervisor estaba con más gente en el comedor. Los saludó a todos.

—Parece que los superrascacielos de la parte alta no han sufrido muchos daños —dijo—. ¿Sabéis cómo les ha ido?

—Dicen que están bien —respondió Charlotte.

—La gente los atacó anoche —dijo Vlade—. Intentaron entrar en busca de refugio, pero los contuvieron.

—¿Pero no podrían convertirlos en refugios temporales? Me da la sensación de que allí cabría toda la gente que hay en Central Park, más o menos.

—Era mi idea —dijo Charlotte—. Pero la alcaldesa no ha querido.

—¡Pues menuda mierda!

—Y que lo digas.

—¡Hola, Amelia! —dijo la voz de Roberto.

—¡Roberto! Stefan, ¿tú también andas por ahí?

—Aquí estoy.

—¡Cuánto me alegro de oír vuestras voces! ¿Qué hicisteis durante la tormenta?

—Casi se nos comen unas ratas almizcleras —dijo Roberto.

—¡No! ¡Si me encantan las ratas almizcleras!

—Las convencimos de que no lo hicieran —repuso Stefan—. Y ahora también nos gustan a nosotros.

—Igual podríamos hacer un estudio juntos. Tendrán que reconstruir sus hogares, como nosotros. Se ve que la marejada ciclónica subió mucho.

—¡Más de siete metros! —gritaron los chicos.

—Han desaparecido muchos edificios. ¿Cómo le ha ido al nuestro? —preguntó Amelia.

—Bien —respondió Vlade—. Nos hemos quedado sin granja, pero las ventanas han aguantado todas. Es un cabrón viejo y resistente.

—¿La granja? ¿Y qué vamos a comer?

—Pescado —dijo Vlade—. Almejas. Ostras. Cosas así. Puede que tengamos que recurrir a la beneficencia una temporada.

—Mal asunto.

—Está todo el mundo igual.

—Los de los superrascacielos no —replicó Charlotte.

—Eso no me gusta —comentó Amelia.

Les dijo que les avisaría cuando fuera para allá y colgó. Mientras flotaba en dirección norte sobre el río East, contempló la devastación que cubría los bajíos de Harlem, Queens y el Bronx, y luego las colosales torres de la zona del Cloisters, metálicas y coloridas bajo el sol. Aunque había ascendido a dos mil quinientos pies, las más altas aún descollaban por encima ella.

La imagen de las ratas almizcleras mencionadas por los chicos acudió a sus pensamientos. En una crecida así tenían que haberse ahogado muchísimos animales. Y, de hecho, en aquel mismo momento vio un montón de cadáveres de animales, apilados como leña sobre el gran prado que había al norte del parque.

Algo se removió en su interior al comprender lo que era aquel montón, como una llave que girara en una cerradura, y se sentó con fuerza sobre la

silla del piloto. Después de observar la ciudad sin verla durante mucho rato, no habría podido precisar cuánto, pulsó los botones que la devolvían a la nube y comenzó a hablar con la gente que la seguía desde todos los rincones del mundo:

—Bueno, chicos, como podéis ver, los superrascacielos han salido ilesos de la tormenta. Lo malo es que están prácticamente vacíos ahora mismo. O sea, se supone que, más que nada, son torres residenciales, aunque los pisos siempre han sido demasiado caros para la gente normal. Son como grandes graneros para guardar dinero, básicamente. Tenéis que imaginároslos llenos a rebosar de billetes de un dólar. La gente más rica de todo el mundo tiene apartamentos en esas torres. Como inversión, o para desgravar impuestos. Diversificación en inversiones inmobiliarias, lo llaman. Aparte de que así tienen un sitio cuando les entran ganas de visitar Nueva York. Un sitio de vacaciones que pueden usar una o dos veces al año. Dependiendo de sus gustos. Lo normal es que tengan una docena de sitios similares por todo el mundo. Así diversifican sus propiedades. Vamos, que, en realidad, esas torres son solo activos. Dinero. Como enormes lingotes de oro de color morado. Son cualquier cosa menos viviendas.

Mientras decía esto, dio la vuelta a la *Migración Asistida* y se dirigió hacia el sur.

—Ahora, mirad. Debajo de nosotros está Central Park. Como podéis ver, se ha convertido en un campo de refugiados. Y seguramente siga siéndolo durante semanas y meses. Incluso puede que un año. La gente dormirá en el parque. Como veis, ya hay centenares de tiendas de campaña.

Miró directamente la cámara del puente.

—Así que, ¿sabéis lo que os digo? Que estoy hasta el gorro de los ricos. Hasta el gorro. Estoy hasta el gorro de que dirijan el planeta por sí solos. ¡Se lo están cargando! Así que creo que deberíamos recuperarlo y cuidarlo. Lo que implica también cuidar los unos de los otros. Basta ya de migajas. ¿Os acordáis de ese Sindicato de Propietarios del que os hablé? Creo que es hora de que todo el mundo se afilie y de que se pongan en huelga. Una huelga de la gente. Creo que debería haber una huelga total. Ahora. Hoy mismo.

Su línea telefónica se iluminó y vio que Nicole quería hablar con ella. Y

sus amigos de la Met, también. Decidió coger la llamada de sus amigos, ya que tampoco sabía qué iba a decir a continuación.

Paró la transmisión y respondió. Charlotte, Franklin y Vlade la saludaron al tiempo. Parecían aliviados de oírla. Y también sorprendidos, e incluso puede que un poco alarmados, por lo que había dicho.

Los interrumpió.

—A ver, chicos, escuchadme. Esto va en serio. Podéis ayudarme o podéis dejarme volar sola, pero no me voy a echar atrás ahora. Porque este es el momento. ¿Me entendéis? Este es el momento.

Estaba empezando a alterarse, y paró un momento para recobrar la calma.

—Estoy viéndolo todo desde aquí arriba y os digo que este es el momento. ¡Así que más vale que me ayudéis!

—Lo haremos —exclamó Franklin entre el estrépito de sus voces—. Tú ponte unos auriculares y sigue.

—¡Bien! —exclamó Amelia.

—¿En serio? —preguntó Charlotte.

—¿Por qué no? —respondió Franklin—. Puede que tenga razón. Además, ya lo ha hecho. Así que escucha, Amelia, di lo que quieras decir y, si te trabas, haz una pausa y escucha lo que te digamos por los auriculares. Te ayudaremos.

—Bien —dijo Amelia.

Se puso los auriculares y empezó a oír a sus amigos, discutiendo como ratoncillos en su oído derecho. Volvió a abrir el canal de transmisión y siguió hablándoles a sus seguidores en la nube.

—Cuando hablo de una huelga de propietarios, me refiero a dejar de pagar los alquileres y las hipotecas... E incluso los préstamos académicos y las cuotas del seguro. Cualquier crédito que hayáis contratado para mayor seguridad de vuestras familias. El Sindicato va a declararlos deudas ilegítimas, porque son como un chantaje que nos han impuesto, y vamos a exigir que se renegocien... Así que, hay que dejar de pagarlos. Y podemos llamarlo... ¿jubileo? Es un nombre antiguo para una cosa parecida. Y cuando empiece el jubileo, mientras no haya una reestructuración que cancele la mayor parte de nuestra deuda, no pagaremos nada.

»Igual pensáis que, si no pagáis la hipoteca, podéis meteros en líos. Y, es cierto. Si solo fuerais vosotros, podría pasar. Pero si lo hace todo el mundo, se convierte en una huelga. Un acto de desobediencia civil. Una revolución. Así que tiene que participar todo el mundo. No es tan difícil. ¡Solo tenéis que dejar de pagar las facturas!

»Lo que pasará entonces es que, en ausencia de esos pagos, los bancos se vendrán abajo. Usan nuestro dinero como garantía para pedir prestado muchísimo más, para financiar sus apuestas, así que, en realidad, están muy muy muy endeudados. Apalancados. Siempre me he preguntado lo que significaba esto. Como palabra, no tiene mucho significado, pero... Vale, da igual. Lo que importa es que, cuando dejemos de financiar sus chorradas, se hundirán a toda prisa.

»Entonces recurrirán al gobierno para pedirle que los rescate. Y esos somos nosotros. El gobierno somos nosotros. Al menos en teoría, pero sí. Lo somos. Así que podemos decidir lo que queremos hacer. Y habrá que decírselo al gobierno. Si intenta ayudar a los bancos y no a nosotros, habrá que elegir otro. Para que la democracia sea real, tenemos que pensar que es real. Elegir un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Que era la idea original. Como nos la contaron en el colegio. Y es una buena idea, si conseguimos convertirla en realidad. Puede que nunca lo haya sido, hasta ahora. Pero este es el momento. ¡Es el momento, amigos!

Aspiró hondo y escuchó las voces que parloteaban desesperadamente en su oído: Charlotte y Franklin, en acelerado contrapunto, librando una pequeña guerra en tiempo real sobre lo que debía decir. Amelia se limitaba a repetir lo que le sonaba mejor en lo que lograba captar de sus respectivos discursos. Era una especie de *mélange* de los dos, pero y qué.

—Sé que todo esto puede sonar radical. Un poco extremista. Pero tenemos que hacer algo, ¿no? O todo seguirá igual. Seguirán destrozando las cosas. Y esta huelga de propietarios es la clase de revolución que no se puede sofocar a tiros en la plaza pública. Es lo que se llama insumisión fiscal. Utiliza el poder del dinero contra el dinero. De hecho, es un truco muy astuto, si queréis saber mi opinión. Estaréis pensando que, si es tan astuto, seguramente no sea idea mía, y es verdad. Solo soy una piloto de aeronaves

con un programa sobre animales en la nube. ¡Aquí me tenéis! Así que sí. Sigo siendo Amelia Black. Pero he visto los destrozos que han causado. Los veo constantemente desde aquí arriba. Me llevo los animales lejos de ellos. Y lo estoy viendo ahora mismo. Hay una montaña de animales muertos en el parque... Y he hablado con unos amigos que están trabajando en el plan. Y creo que es bueno. No es solo la última bobada de la chiflada de Amelia... O sea, esperad un momento...

»Es que, a estas alturas, se trata de la democracia contra el capitalismo. Nosotros, el pueblo, tenemos que juntarnos y coger las riendas. Y solo podemos hacerlo por medio de una acción masiva... Uno para todos y todos para uno. Si somos suficientes, no podrán meternos en la cárcel, porque seremos demasiados. Habremos ganado. Ellos tienen las armas, pero nosotros somos más.

»Así que contadle esto a toda la gente que conozcáis y, si queréis, compartid este programa y su mensaje, difundidlo y tal... Todo el que deje de pagar las deudas odiosas se convertirá al instante en miembro de pleno derecho del Sindicato de Propietarios. Os recibirán con los brazos abiertos, así que no lo dudéis. Enviadles vuestros datos, la inscripción es gratuita ahora mismo. Puede que más adelante haya que pagar una cuota. Y se encargarán de arreglar vuestro historial crediticio. De momento, no os preocupéis por eso. En este caso, cuantos más, mejor. De hecho, si algo he aprendido es que, en cualquier cosa que merezca la pena de verdad, cuantos más, mejor.

»O, bueno, igual no en todo. Pero en este caso espero que acabemos formando un gran sindicato, o cooperativa, o como queráis llamarlo. Lo que antes se llamaba gobierno, y volverá a llamarse así cuandoelijamos gente que trabaje para el pueblo y no para los bancos... Así que sí. ¡Cuantos más os apuntéis, más oportunidades tendremos! Contádselo a vuestros amigos y familiares. ¡Vamos a intentarlo, a ver qué pasa! Y si no funciona, pues mira, ya veremos. Podemos hablar de ello en la cárcel. Si somos suficientes, puede que la isla entera acabe encarcelada. Lo que no será muy distinto a lo que pasa ahora, ¿verdad?

»Ah... Eh, mis amigos me dicen que quizá sería bueno que lo dejara ahora que voy bien. ¡Como de costumbre! Hasta aquí hemos llegado con este

nuevo capítulo de *Migración asistida con Amelia Black*. ¡Hasta la próxima!

En las barcas del río, centenares y centenares de gentes que pasan, volviendo a su hogar, son mucho más interesantes para mí de lo que suponéis; y vosotros, que pasáis de ribera a ribera en estos años, sois más para mí y mis meditaciones de lo que podríais suponer.

(...)

otros franquearán las batayolas de la barca y pasarán de ribera a ribera; otros contemplarán el curso de la marea; otros verán el movimiento marítimo de Manhattan, al norte y al oeste, y las colinas de Brooklyn al sur y al este; otros verán las grandes y pequeñas islas; dentro de cincuenta años, otros verán, al atravesar el río, el sol que permanece una media hora en su cénit; en cien años, en centenares de años, otros verán lo mismo; gozarán del crepúsculo, del crecimiento de la marea, del reflujó volviendo al mar.

En cualquier tiempo, lugar y distancia, estoy con vosotros, con vosotros, hombres y mujeres de una generación o de cualquier otra generación del futuro; exactamente lo mismo que sentís cuando contempláis el río y el cielo lo he sentido yo; como cualquiera de vosotros forma parte de una vívida multitud, yo formé parte de una multitud; lo mismo que os habéis serenado con la alegría de la ribera, me he serenado yo; lo mismo que os sostenéis en la batayola cuando la corriente es rápida, yo me he sostenido al ser zarandeado;

—Walt Whitman

## h) la ciudad

Impagos estratégicos. Demandas conjuntas. Manifestaciones masivas. Bajas laborales. Abandono de los sistemas de transporte público. Huelga de consumo más allá de las necesidades básicas. Retirada de depósitos. Denuncia de todas las formas de búsqueda ilícita de rentas. Abandono de los medios de comunicación de masas. Incumplimiento del pago de las cuotas. Insumisión fiscal. Protestas públicas. La esclarecedora obra *Por qué funciona la resistencia civil* afirma que se puede demostrar que la resistencia pacífica y pasiva en sus distintas formas es más eficaz que la violenta a la hora de alcanzar los fines de la resistencia y cambiar las cosas para mejor. La autora Chenoweth cree que esta mayor eficacia se debe precisamente a su menor violencia, que permite llegar a acuerdos y alcanzar compromisos con los gobiernos a los que se opone, y con la gente cuyo bienestar está supuestamente en cuestión. Desde la perspectiva de este tipo de movimientos, tomar el poder en el Estado para impulsar la justicia económica constituye el éxito. En general, se considera que las huelgas y manifestaciones populares en los centros urbanos son las formas más clásicas de desobediencia civil, pero todos los métodos antes citados encajan en la definición y han resultado efectivos en el pasado.

De modo que, en el verano del 2142 la gente empezó a hacer todas esas cosas. Los participantes eran muy numerosos y no existía cohesión ni consenso sobre los medios o los fines. El fenómeno se desató de manera asombrosa al poco de que el huracán Fyodor devastase Nueva York, cuando la respuesta a la catástrofe no incluyó la confiscación de las vacías torres

residenciales de la ciudad. Fue la chispa que prendió la sucesión de acontecimientos posteriores. Los desórdenes de Nueva York se propagaron por el mundo con diferentes niveles de intensidad, dependiendo de las circunstancias de cada región. En tiempos difíciles hacen falta desórdenes, insiste Clover en *Desorden. Huelga. Desorden*; para que al capital se le meta en su dura mollera que el cambio que se avecina es necesario y, de hecho, ya ha comenzado.

Como es natural, las zonas costeras llevaban la batuta de los desórdenes, porque en ellas las tensiones eran más acusadas, pero incluso en Denver, porcentajes significativos de la población se sumaron a distintos sindicatos de propietarios y se negaron a pagar rentas de todas clases, en especial hipotecas y préstamos académicos. Como cabía esperar, esta forma de resistencia resultó ser muy popular. Asimismo, las ventas de artículos de consumo no esenciales se hundieron por todas partes, un golpe a la línea de flotación del crecimiento económico por medio de un perfectamente legal «que os den». A fin de cuentas, se trataba solo de dejar de gastar un dinero que no se tenía en cosas que no se necesitaban. Así que, aunque solo hubo algunas manifestaciones y ocupaciones de plazas urbanas, y los resultados de la insumisión fiscal eran difíciles de percibir y evaluar, cundía por todas partes la asombrosa sensación de que una corriente de fondo arrastraba la civilización global hacia aguas desconocidas. La historia estaba en marcha. Y cuando eso sucede, resulta evidente.

Lógicamente, el impulso de esta corriente se dejó sentir en los mercados, que son un instrumento de gran sensibilidad a la hora de percibir la volubilidad. Uno de los elementos que entraba en juego en el cálculo del IPPI era la confianza de los propietarios, considerada en general como uno de los indicadores más precisos y rápidos del cambio en los precios de la vivienda. Se creía que era imposible manipular o amañar las mediciones de la confianza de los propietarios. Por entonces, una encuesta realizada a cinco millones de hogares se consideraba algo normal, así que se pensaba que los niveles de confianza eran un indicador que no se podía alterar, dado que sus dimensiones eran muy superiores a cualquier iniciativa de alteración imaginable. Mostraba, en definitiva, una realidad. Pero el Sindicato de

Propietarios creció tanto y tan deprisa que llegó a influir en el comportamiento de un veinte por ciento de todos los hogares, así como en la percepción de un porcentaje muy superior. Así que su exhortación a la insumisión fiscal podía, por sí sola, poner los índices del revés. Las cifras del IPPI se vinieron abajo, lo que arrastró a las del Case-Shiller, y esto provocó que el rápido crecimiento de los precios medios de la vivienda costera que venía produciéndose hasta hacía poco se viera como una burbuja, percepción que, por sí misma, bastó para hacerla reventar, en una recreación bursátil de la clásica fábula del emperador desnudo. El estallido de la burbuja se llevó por delante a todas las burbujas derivadas de ella, lo que provocó que los bancos y entidades de inversión recogiesen sus activos líquidos y congelasen todos los préstamos, incluidos los interbancarios que movían los engranajes de la economía real. Al poco, casi al instante, de hecho, una de las firmas de inversión más importantes se desplomó y declaró la bancarrota y, como la interrelación fiscal entre todas estas entidades era tan estrecha, los principales bancos privados de Estados Unidos y Europa acudieron corriendo a sus respectivos bancos centrales a exigir un rescate inmediato, en forma de nuevas inyecciones de dinero que aplacasen el pánico e impidiesen el colapso del sistema entero.

Nada de esto sucedió en secreto; por todo el mundo, la gente estaba presenciándolo en directo. Las finanzas volvían a congelarse, la confianza desaparecía y nadie sabía qué valor tenían ya los títulos: nadie sabía qué era dinero y qué papel mojado. El castillo de naipes había vuelto a desmoronarse y, una vez más, el mundo, abandonado en medio de los escombros del sistema económico, volvía la mirada hacia los desgraciados que dirigían las finanzas y repetía «¿pero quién coño son esos tíos?».

A la tercera va la vencida. O a la cuarta. La que sea. Los resultados del pasado no son garantía de rendimiento futuro.

## OCTAVA PARTE

### LA COMEDIA DE LOS COMUNES

El arte no es verdad. El arte es una mentira que nos permite  
comprender la verdad.  
dijo Picasso

## a) Mutt y Jeff

No me gusta verte con un martillo en la mano. Me asusta.

—Tú te asustas con facilidad. ¿Por qué, qué pasa?

—No eres un tío de martillo. No sé a quién vas a lesionar antes, a ti o a mí.

—Venga. Que tampoco es tan difícil. Es como escribir a máquina. Solo que con una cosa enorme que golpea el teclado. De hecho, creo que voy a empezar a usar un martillo para escribir.

—O dos, uno por cada mano.

—Dos por cada mano, como un xilofonista. Escribiré como Lionel Hampton tocaba el xilófono.

—¿No era un vibráfono?

—No estoy seguro. Pásame esa bolsa de clavos.

Mutt lo hace y contempla cómo su socio esgrime el martillo y los clavos. Con los arcos del piso de la granja tan abiertos al exterior, es como si Bartleby el escribiente hubiera cambiado la pluma por una pistola de clavos de los heroicos tiempos de la construcción en altura. Aunque, de momento, solo están montando unas largas jardineras. Más adelante las llenarán con cubos de tierra, en lugar de cubos de cemento. Pero, aparte de esto, son como Rosie la remachadora. Rosen el remachador. Roosevelt el remachador. Puede que de ahí venga el nombre de Rosie, seguro.

—O podrías teclear con la cabeza, como la cucaracha Archy —dice Mutt.

—*Toujours gai*, amigo mío. Eso me gustaría.

—Quien decía *toujours gai* era la gata Mehitabel.

—Ya. Fui yo quien te dijo que leyeras el libro.

—Me gustó, más o menos, tengo que reconocerlo.

—Qué alegría me das.

—Me hacía gracia ver lo poco que ha cambiado Nueva York a lo largo de los siglos.

—Qué razón tienes. Sin contar lo de que ahora está bajo las aguas y medio destruida por una tormenta.

—¿Y eso qué más da? El carácter permanece a despecho de las circunstancias. Como también decía Mehitabel.

Hace un día soleado, con algunas nubes sobre Jersey. Vlade sale del montacargas empujando una carretilla llena de tierra negra. Idelba ha estado usando sus equipos para rescatar algo de la que perdió su granja del lugar donde ahora descansa, el fondo del canal entre los edificios de la Met y North. Varias personas más, a las que Mutt y Jeff no conocen, lo siguen con más carretillas.

—Aquí —dice Jeff—. Esta jardinera está lista.

Vlade ayuda a su equipo a llenarla.

—Idelba dice que puede sacar también un lodo que es muy bueno para mezclar con nuestro compost. Dice que nos servirá como tierra.

—Necesitaréis semillas —señala Mutt.

—Claro, nos las va a proporcionar el banco de semillas. Quieren que probemos unas nuevas variedades híbridas. Y unas relictas.

—¿Relictas?

—Las han encontrado en alguna parte. Es que se ha cortado la llamada. Pero bueno, nos irá bien. Creo que estará todo listo para una cosecha a finales de otoño, creo.

—¿Y nuestro hotelo?

—¿Qué pasa? ¿No está listo aún? Se puede montar en una hora. Para eso son. Está en el almacén, detrás de los ascensores.

—No sabíamos dónde estaba —confiesa Mutt.

—Perdonad, tendría que habéroslo dicho. ¿Dónde estáis durmiendo ahora?

—En ninguna parte.

—En la sala comunitaria.

—Joder, pues hay que subiros aquí. Os necesito para que vigiléis esto de noche. Y os hace falta el hotelo, claro.

Vlade siempre cumple su palabra, así que una vez que han metido la última paletada de tierra en las nuevas jardineras, va al almacén y saca de allí algo que parece una maleta grande. Esto, junto con un baúl que contiene todos sus elementos de aseo, es su hotelo, listo para moverse. Las piezas son estándares, modulares y fáciles de montar. Es todo de plástico, incluidos los dos colchones sobre sendos canapés; las paredes, que parecen gruesas cortinas de ducha opacas (porque es lo que son); el váter químico; las lámparas, que son simples tiras LED y suelen ir metidas entre unos elementos estructurales similares a tuberías de PVC. Parecen luces navideñas. Festivas en la oscuridad.

Vlade echa un vistazo a su alrededor y declara reconstruido el lugar. En efecto, han tardado una hora.

—Ahora sopla un poco de brisa aquí arriba —le comenta Jeff.

—Como siempre.

—Pero ahora lo noto más. Por el huracán, supongo.

—Claro —dice Vlade—. Ahora nos fijamos.

—¿Qué vais a hacer sobre eso, por cierto? Me refiero, la próxima vez que haya una tormenta como esa. Para proteger este piso.

—No lo sé. Lo estoy pensando. Como toda la ciudad, por lo que se refiere a las ventanas y a la respuesta. No sé si existe alguna solución de verdad ante tormentas así. Espero que sea una de esas cosas que solo se ve una vez en la vida. La reconstrucción va a prolongarse años.

Mutt y Jeff asienten.

—Entretanto, si ya no os gusta vivir aquí, deberíais apuntaros en la lista de espera para las habitaciones normales del interior. O podéis dormir en la habitación de Charlotte.

—Esa mal llamada habitación tiene unas paredes más finas que las nuestras.

—Podéis cuidarla en su ausencia si gana las elecciones y tiene que irse a Washington.

—¿De verdad lo haría?

—Supongo que intentará evitarlo siempre que sea posible, pero no sé. Si te eligen para el Congreso, ¿no tienes que estar allí de vez en cuando?

Mutt y Jeff se encogen de hombros.

—Me cuesta creer que quiera —dice el primero.

—No creo que quiera. Lo que pasa es que ahora está furiosa.

—Alguien tiene que hacerlo —pontifica Jeff.

—Podemos ser sus ministros de Economía sin cartera.

—Yo quiero una cartera.

—Pues entonces tendrás que irte con ella a Washington.

—Vale, no. Pero siempre he querido una cartera.

—La verdad es que va a necesitar asesoría en cuestión de finanzas. Porque el nivel de mierda está subiendo que no veas.

—El plan está funcionando —dice Jeff—. Como ya sabía. Es lo que dice Franklin: el único problema es que salga tan bien que acabe con la civilización. Pero, aparte de eso, está funcionando perfectamente.

—Los bancos estarán acojonados.

—Ya te digo. La línea entre lo que es liquidez y lo que no se ha desplazado de repente. Como si ahora lo único líquido fuera el dinero en mano. Porque la gente ha dejado de pagar las cuotas e hipotecas.

—¿Y los préstamos académicos? —inquire Mutt.

—Esos tampoco se pagaban antes. Así que ahora no hay nada en la base del castillo de naipes. Las fichas de dominó han empezado a caer.

—¿Y lo están haciendo sobre el castillo de naipes?

—Exacto. Y toda esa estructura de mierda se está viniendo abajo.

—Bien. Y, mira, ¡entretanto hemos recuperado nuestra casita!

—Ya. Qué bien.

Jeff se planta en la puerta abierta y contempla Wall Street, al sur.

—Ojalá la gente se diera cuenta de que lo único que se necesita es un hotelo.

Mutt pasa frente a él y se apoya en la barandilla del muro.

—Las vistas también ayudan.

—Sí. Son alucinantes.

—Me encanta esta ciudad.

—No está mal. Sobre todo a partir del piso trece. Mira, voy a construir otra jardinera.

—Cuidado con los dedos.

Mutt observa cómo coloca unos tablones de madera sobre un largo banco de trabajo.

—Ahora eres carpintero, amigo mío. ¿Te has fijado en que hemos pasado de programadores a granjeros? Es como una de esas pavorosas fantasías de retorno a la tierra con las que siempre me estabas dando la paliza. Todo el mundo se hace amish y se arregla el mundo. Una chorrada que no hay quien se trague, lamento decir.

Jeff resopla mientras alinea dos tablas.

—Aguántame esto mientras lo clavo.

—De ningún modo.

Jeff se encoge de hombros e intenta hacerlo solo.

—La idiocia de la vida campestre, ¿no lo llamaba así Marx? ¿La idiocia del mundo rural? Algo así.

—Y aquí estamos.

—Venga, échame una mano. Y estamos en la Veintitrés y Madison, en la ciudad de Nueva York, en el piso trece de un rascacielos grande y antiguo, así que no sé qué dices de rural.

—Y tú estás clavando clavos.

—Eso sí —reconoce Jeff—. Es como darle a tu peor enemigo en la cabeza una y otra vez. ¡Solo que los clavas en un puñetero bloque de madera! ¡Sientes cómo se hunden! Es una gozada. Así que ven aquí y sujétame esto.

—Lo que tú necesitas es un tornillo de banco, amigo mío. O dos, para ser exactos.

—A ti sí que te falta un tornillo. ¡Que vengas a sujetar esto!

—¡Sujétalo tú! ¡Practica el bricolaje de William Morris, la autosuficiencia emersoniana!

—Yo me cago en la autosuficiencia. Emerson era un gilipollas.

—Pues fuiste tú quien me hizo leerlo —protesta Mutt.

—Era un gilipollas santurrón, y tenías que leerlo. Pero no habría sido

capaz de encadenar dos ideas ni aunque le fuera la vida en ello. Es el mayor escritor de galletas de la fortuna de la literatura norteamericana.

Jeff resopla, satisfecho.

—Autosuficiencia. Y un huevo. Somos putos monos. La clave siempre ha sido el trabajo en equipo.

—Con eso podrías hacer tres buenas galletas de la fortuna. Igual tendríamos que montar una empresa.

—Trabajo en equipo, amigo. Tú haces el trabajo y yo me uno al equipo. ¡Ven a sujetarme este trozo de madera de una vez!

—Vale, ya voy. Pero estarás en deuda conmigo.

—Diez centavos.

—Un dólar.

—Una opción de compra de diez *cillones* de dólares.

—Trato hecho.

Lo que se puede decir en esta situación, y lo que parece haber dicho por primera vez Giambattista Vico, es que, mientras que la naturaleza carece de significado, la historia lo tiene; aunque no lo haya, el proyecto y el futuro lo crean, tanto a nivel individual como colectivo. El gran proyecto colectivo tiene un significado y es el de la utopía. Pero el problema de la utopía, del significado colectivo, es encontrar el significado individual.

—Fredric Jameson, *An American Utopia*

## **b) Stefan y Roberto**

Stefan y Roberto tardaron una semana en recuperar el peso perdido, pasada la cual, Roberto empezó a sentirse inquieto y a planear su siguiente aventura. Fuera el que fuese el proyecto, se complicaría por el hecho de que ahora había casi una docena de adultos en la Met que les prestaban atención y estaban todo el día con lo de los padres adoptivos, los tutores, los papeles y el oro, y se empeñaban en que estaban «bajo la tutela de la cooperativa», tal como lo expresó Charlotte en un momento dado, cuando se negaron a aceptar toda supervisión. A ninguno de los dos les gustaban estas ideas y estaban de acuerdo en que era cada vez más peligroso hablar abiertamente con nadie que no fuera el señor Hexter, quien tenía sus propias ideas sobre lo que debían hacer y se describía a sí mismo, en su relación con ellos, como «avuncular», o sea, «una especie de tío» en latín. Los chicos pensaban que tenía que ser un idioma muy guay si contaba con una palabra concreta para los tíos, dado que, en su experiencia, los tíos no existían. De modo que les parecía perfecto que adoptara ese papel.

Seguía empeñado en enseñarles a leer. No era mucho más difícil que interpretar sus mapas. Los mapas les encantaban; eran imágenes de sitios a vista de pájaro, fáciles de entender. El señor Hexter quería que Amelia les diera una vuelta en su aeronave para que vieran lo mucho que se parecía la tierra a los mapas vista desde ahí arriba. Ellos estaban bien dispuestos y, de hecho, la idea les parecía genial. Pero, incluso sin ella, el principio de los mapas resultaba evidente y lo entendían. Y lo mismo pasaba con las palabras escritas, que eran como dibujos de las palabras habladas, en el sentido de que

cada letra era la representación de un sonido o dos, y, una vez que los habías memorizado, podías leer cualquier palabra sabiendo lo que estabas leyendo. Esto también había sido fácil. Más, de hecho, de lo que esperaban. Y lo habría sido aún más de no ser por lo absurda que era la ortografía del inglés, pero bueno.

—¿Será así de fácil todo lo del colegio? —se preguntó Stefan.

—Aún estáis a tiempo de descubrirlo —dijo el señor Hexter—. Aunque no os lo recomiendo. Sois demasiado avispados para el colegio. Os moriríais de aburrimiento y os meteríais en líos, algo que ya se os da muy bien sin eso.

—¿A qué viene eso? Ahora no estamos en ningún lío.

Lo que sí era cierto era que Franklin, Vlade y Charlotte habían fundido las monedas y estaban administrando el dinero que habían sacado por el oro. Y Franklin, concretamente, insistía todo el rato en que, de ahora en adelante, siempre que salieran a hacer algo, se llevaran el terminal de muñeca, sin excepciones.

—De hecho —dijo—, creo que sería buena idea ponerlos tobilleras como las que lleva la gente que está en arresto domiciliario. Seguro que la inspectora Gen puede traernos un par. De ese modo no os las olvidaréis al salir y os mataréis sin que sepamos cómo.

—De eso nada —replicó Roberto—. ¡Somos ciudadanos libres de este país!

—Eso no lo sabéis. No tenéis partida de nacimiento, ¿a que no? Si ni siquiera tenéis apellidos, por Dios. Y ya que estamos, Roberto, ¿de dónde sacaste ese nombre, si eras huérfano de nacimiento y te criaste solo después de salir de una trampa para langostas?

Roberto puso cara de tozudez.

—Soy Roberto Nueva York, de la casa de Nueva York. El jefe del muelle decía que estaba todo el día robando, así que decidí que me llamaba Rober, y luego un tío me habló de Roberto Clemente. Y entonces lo cambié por Roberto.

—¿Qué edad tenías por aquella época?

—Tres años.

Franklin sacudió la cabeza.

—Asombroso. ¿Y tú, Stefan?

—Soy Stefan Melville de Madison.

—Estáis bajo la custodia del edificio. O de la Samba. Charlotte lo ha hecho oficial. Así que, si queréis salir, llevaos al menos el terminal de muñeca.

—Vale, vale —aceptó Stefan—. Siempre podemos librarnos de él luego —le dijo a Roberto, anticipándose a sus protestas.

—Por ahora iré yo con ellos —dijo el señor Hexter—. Vamos a salir a ver cómo han quedado las cosas tras la tormenta.

—¡A cazar ratas almizcleras!

Franklin asintió.

—Bien. El señor Hexter será vuestra pulsera electrónica.

—Desde luego, estoy muy apegado a mis amigos —dijo el anciano sacudiendo la cabeza como si aquello fuera una mala costumbre.

—Además, ¿qué pasa con el oro? —exigió Roberto—. No hacéis más que tratar de encerrarnos y luego no nos permitís tocarlo.

—No, no —respondió Franklin—. El oro es vuestro. O lo que queda de él, al menos. Está en la caja fuerte de Vlade para que no se os ocurra usarlo para hacer un gran collar y salir a nadar con él. La cosa marcha bien. Más que bien. Ya lo sabéis. El banco central de la India os adora. Y he usado una parte de lo que os ha pagado para invertir a corto plazo en vivienda, así que ahora sois ricos. Cuando termine, seréis cincuenta veces más ricos que con el oro. La única duda es si quedará alguien para pagaros.

—Mola.

—Pues yo quiero un doblón de oro para hacerle un agujero y colgármelo del cuello.

—Creo que son guineas y, además, ¿no habéis oído esas historias en las que decapitan a unos chicos para robarles un collar de oro?

—No.

Aquello pareció preocuparlos un poco.

—¿Eso ha pasado de verdad?

—Claro. Esto es Nueva York, ¿os acordáis?

—Vale, bueno, pero sigo queriendo una moneda para llevarla en el

bolsillo.

—Me parece bien. Mientras llevéis el terminal de muñeca, podremos recuperar vuestros cadáveres.

—Trato hecho.

Entonces les tocó volver a recitar el *a b c d e f g, h i j k*, etcétera. A esas alturas, lo recitaban siempre que querían llevar al señor Hexter a hacer algo más interesante que leer.

Aquel día, como Franklin Garr se había ido a la zona del puto Cloister, como él mismo lo llamaba, usaron esta táctica para convencerlo de ir a hacer un crucero por la ciudad.

• • • • •

Su lancha no tenía señales de desgaste, así que salieron a los canales del barrio para ver cómo andaban las cosas. El huracán había arrancado todas las hojas, así que las terrazas y tejados estaban desnudos, y varios canales seguían obstruidos por los escombros. Pero pudieron abrirse paso por la mayoría de ellos y los trabajadores municipales estaban haciendo horas extra para limpiarlos. Flotaba en el aire un olor húmedo como a jungla, y, en el agua, mucha gente llevaba máscaras blancas. El señor Hexter resopló al verlos.

—No se dan cuenta de que se están privando de nutrientes muy necesarios y microbios muy útiles.

Descubrieron que, entre los árboles, los supervivientes más frecuentes de los embates del viento habían sido los que estaban en macetas. Seguramente habrían caído de costado y se habrían pasado la tormenta en el suelo, sin que ahora hubiera que hacer otra cosa que volver a ponerlos de pie para devolver algo de verde al paisaje. Parecían maltrechos pero invictos; como la propia ciudad, declaró el señor Hexter.

Por toda la intermarea, las cosas tenían un aspecto pavoroso. Alrededor de la Quince se veía con claridad la marca del punto máximo alcanzado por

las aguas, un muro de chatarra y basura que transpiraba en aquella humedad criminal. El señor Hexter dijo que le recordaba a las barricadas de *Los Miserables*: ventanas intactas en sus marcos, persianas, sillas, cascos de botes, cubos de basura, palés, cajas, latas y montones de ramas, e incluso árboles enteros, con raíces y todo. El alargado arrecife complicaba el tránsito entre el bajo Manhattan y tierra firme, y resultaba curioso comprobar que los trabajadores municipales se concentraban en los canales de determinadas avenidas para establecer muelles flotantes funcionales: la Décima, la Sexta, la Quinta, Lex...

Por todas partes, la gente estaba en las calles, bien buscando cosas o simplemente ocupada en sus quehaceres normales del verano. Residentes refugiados, de aspecto desaliñado. Era como si todos se hubieran transformado en Huckleberry y Papá, o como si la ciudad entera se hubiese convertido en la calle de Fundy cuando había marea rápida.

—¿No habían intentado refugiarse en las torres de la parte alta? — preguntó Stefan al anciano.

—Sí, y no salió bien.

—¿Y qué? —dijo Roberto—. ¡Solo fue una noche! ¿Por qué no han seguido intentándolo cada día?

—No se les habrá ocurrido.

—¿Por qué no?

—Por algo que llaman hegemonía.

—¡Más palabras no!

Hexter se echó a reír.

—Sí, otra. ¡La guerra de las palabras! En este caso, griega.

—¿Eje mona? ¿Es la parte de un barco?

—No, he-ge-mo-nía. Significa... Mmm... Significa que la gente acepta ser dominada sin tener que apuntarle con un arma constantemente. Aunque la traten mal. Simplemente, se dejan.

—Menuda estupidez.

—Bueno, supongo que se podría decir que somos animales sociales.

—Somos idiotas, querrá decir. Somos como...

—¡Como zombis!

Hexter volvió a reír.

—Así lo veía yo antes. ¿Habéis visto *Vampiros contra zombis*? No, claro. Una gran película. Los vampiros van por ahí, chupándoles la sangre a los trabajadores. Es la mejor sangre. Y cuando los dejan secos, los trabajadores se convierten en zombis, así que los vampiros se van volando a otro sitio y caen sobre su población, dejando atrás a los zombis que, como ahora están muertos, no hacen más que deambular de acá para allá arrastrando los pies.

—O sea, que es una he-ge-mo-nía —dijo Roberto pronunciando con detenimiento las sílabas.

—Bravo. En efecto, cada vez le chupan la sangre a más gente, y la convierten en zombi, y entonces, cuando casi todos son zombis...

—¡Todos menos uno!

—Menos dos.

—Vale, vosotros dos. El caso es que, en ese momento, los zombis deciden que ha llegado el momento de rebelarse.

—¡Ya era hora!

—Más vale tarde que nunca.

—Exacto. Entonces, todos los zombis se dirigen al castillo de los vampiros, decididos a tomarlo. Pero son muy lentos. Al principio, los vampiros se ríen de ellos. Pero tampoco les queda sangre nueva que chupar, así que también ellos son cada vez más lentos. Al final, es como si la película entera fuese a cámara lenta. Es graciosísimo. Los zombis se rompen en pedazos cuando golpean a alguien y los vampiros solo saben morder. Ambos bandos son muy débiles. Como siempre, la escena se prolonga demasiado. Pero, finalmente, los zombis acaban aplastando a los vampiros bajo el peso de sus miembros cercenados. Y fin.

—Quiero verla.

—¡Y yo!

—Y yo —dijo Hexter.

• • • • •

Mientras avanzaban, mantenían los ojos muy abiertos en busca de animales. Ratas almizcleras, sobre todo, aunque cualquiera les servía, en realidad.

—Los indios —dijo Hexter— creían que los osos eran los hermanos mayores de los jabalíes, y que estos lo eran de las ratas almizcleras. Los más grandes protegían a los pequeños, supongo. O al menos no se los comían.

—¿Y las nutrias?

—No, no, las nutrias son auténticas asesinas. Muy juguetonas, pero también muy crueles.

—Cuesta creer que puedan matar a nadie con esas boquitas.

—Supongo que es cuestión de actitud. Eh, mirad, hay un nido en lo alto de esa cornisa. Parece un halcón peregrino. Son muy bonitos.

—¡Se lanzan en picado hacia el suelo!

—Como flechas. Ya. Este sitio en el que estamos, esta parte de la intermarea en la Cincuenta y cinco y Madison, es una especie de marisma. Eso es porque ya lo era, antes de que existiera la ciudad. Por aquí pasaba un arroyo llamado Kill of Schepmoes, creo. La marisma de los Dos Stooges, lo llamo yo. Ahora es como si hubiera vuelto. Mirad esos sauces y alisos de ahí. Y el viejo manantial ha vuelto a brotar.

—No.

—Sí. Siempre estuvo ahí. Drena el extremo sudeste de Central Park. Es la antigua vertiente, que vuelve. Y por eso hay castores allí. Lo mismo que en el extremo noreste del parque. Talan los alisos y sauces...

—¡Con los dientes!

—Exacto. Son más duros que los vampiros, dentalmente hablando. Pueden talar árboles enteros, y luego los juntan con ramas hasta tener una presa entera, que sube un poco el nivel del agua y ralentiza la corriente. Luego construyen sus madrigueras, a las que se accede nadando, y tienen una parte más elevada, que está seca.

—Eso mola.

—Sí. Y también sirven como casas a las ratas almizcleras, que las ocupan cuando quedan abandonadas, o hacen las suyas usando viejos recortes

dejados por los castores, principalmente. Así que, con los castores, vienen todos los animales y plantas que antes vivían en la isla, porque sus presas son como anclas para esa comunidad entera. Traen estanques y ciénagas y ranas y plantas acuáticas y peces de agua dulce y todo lo demás. Es lo que nos enseñó Eric Sanderson. Uno de los neoyorquinos más grandes. Fue el que fundó el Proyecto Mannahatta.

—Eh, mirad, ¿eso de ahí es una rata almizclera?

Roberto paró el motor y se dejaron llevar por la suave corriente de aquella parte de la intermarea. Bajo la masa de chatarra de Park con la Cincuenta y cuatro, unas ondas corrugadas de pequeña intensidad perturbaban la superficie del agua.

—Así se reconocen —susurró el señor Hexter—. Esas ondas múltiples las generan con los bigotes. Los usan para oler el agua, más o menos, o sentir su movimiento. Los indios de aquí los llamaban *ondathra*. Parece el nombre del monstruo de una película japonesa. Se las puede oler desde lejos, son bastante apestosas. Creo que esa familia está reconstruyendo su presa. Son como las de los castores, pero más pequeñas. Están sobre la entrada a su madriguera.

—Pero ¿qué pueden excavar ahí?

—Agujeros en los edificios antiguos.

—¡Como los que vimos en el Bronx!

—Exacto. La entrada está bajo el agua, pero la madriguera, encima. Ahí es donde duermen, y las madres paren a las crías y demás.

—¡Su cola es como una serpiente!

—Parecida. Ahora mirad, si tuvierais una cámara y un buen objetivo, podríais sacarles fotos y mandarlas al Proyecto Mannahatta.

—¿Los que inventaron la bomba atómica?

—Eso. Es un buen grupo, deberíais apuntaros. Necesitáis algún proyecto. Reitero lo que ya os dije antes: después de haber encontrado el *Husar*, si seguís buscando tesoros, la cosa no puede sino ir cuesta abajo.

—¿Pero y Melville? ¡Vivía al lado de nuestra casa!

—Eso es verdad, y estaría muy bien colocar una placa conmemorativa, o algo así. Se podría hablar con la ciudad para que ponga unas placas ovaladas

de color azul, como en Inglaterra. Tendríamos la de Melville, la de Teddy Roosevelt, la de Stieglitz y O’Keeffe, y las de montones de personas más. Pero, seguramente, llevarse su lápida de tierra firme a la zona de intermareas sea una mala idea. De hecho, en este momento, cualquier cosa que esté bajo el agua será una mala idea.

A los chicos no les gustó oír esto, pero, de todos los adultos que había en su vida, el señor Hexter era el único que nunca les decía lo que tenían que hacer.

—Os harían miembros de pleno derecho de Mannahatta ahora mismo. Y tendríais animales que buscar cada vez que salierais. La gente que trabaja con las jaulas de acuicultura detesta a las ratas almizcleras, porque, cuando consiguen meterse en ellas, se comen todos los peces. Así que podrías dedicaros a atraparlas con vida y llevároslas a otro sitio.

—Eso podría ser divertido —supuso Stefan.

—Algo tenéis que hacer —señaló el señor Hexter—. Ahora sois rentistas. Dicen que ser rico es terrible. Tenéis que encontrar algo útil y divertido que hacer, y no es fácil.

—¡Podríamos hacer un mapa de la ciudad! —sugirió Stefan.

—Me encanta la idea. Pero debo reconocer que hoy en día hacen mapas muy buenos con drones, o incluso desde el espacio. Aunque puede que eso le quite la gracia.

—¿Y qué hacemos, entonces?

—Lo de ayudar a los animales suena bien, creo yo —dijo Hexter—. O a la gente. Es lo que se suele hacer en estos casos. O crear algo. Quizá podríais embellecer la ciudad, crear obras de arte con algunos de los detritos de la tormenta. Eso podría ser divertido. Un Goldsworthy en cada esquina. O cazar ratas. En Central Park las hay a montones. Antes tenían leones en el zoo de allí, y las ratas se les metían en la jaula y se comían toda su comida. Y los leones no podían hacer nada si no querían que los mataran a bocados.

—¡Hurra por las ratas!

—Puede ser. Una vez mataron doscientas mil en Central Park en un solo fin de semana. Una semana después, volvía a haber ratas. Supongo que podríais haceros cazadores de ratas.

Roberto no parecía satisfecho.  
—Quiero hacer algo importante —dijo.

después fuimos al Brevoort que era mucho más agradable  
todo el que era alguien estaba allí y también Emma  
Goldman comiendo salchichas de Frankfurt y sauerkraut y  
todos miraban a Emma Goldman y a todo el que era  
alguien y todo el mundo estaba a favor de la paz y de la  
mancomunidad cooperativas y la Revolución rusa y  
hablábamos de banderas rojas y barricadas y puntos para  
emplazar ametralladoras y tomamos varias copas y *welsh  
rabbits* y pagamos la cuenta y nos fuimos a casa, y abrimos  
la puerta con la llave y nos pusimos el pijama y fuimos a la  
cama y se estaba muy bien allí  
—John Dos Passos, *Trilogía USA*

La sabiduría tiene la costumbre de llegar siempre tarde y de  
pecar de cierta inexactitud al primer contacto.  
supuso Francis Spufford

## c) Charlotte

Charlotte se presentaba para el Congreso sin perder demasiado tiempo en ello.

—Sí —reconocía en las reuniones de la tarde o por su terminal de muñeca mientras iba al trabajo—. Sí, me presento, y es un coñazo, pero alguien tiene que hacerlo. Nuestro queridísimo Partido Demócrata ha vuelto a traicionarnos con la tibia respuesta de la alcaldesa ante el huracán. Esta vez, ni siquiera está diciendo lo que tiene que decir y, como siempre, hace lo contrario de lo que debería. Sé que no he seguido los cauces tradicionales, que no he trepado por la escalera que requiere el partido para asegurarse de los candidatos están bien domesticados antes de sumarse al circo de la capital. Pero es que ahora eso es una ventaja, porque la profesionalización de la política es una de las causas de la debilidad del Partido Demócrata. Soy demócrata a falta de algo mejor y, de las dos caras de nuestro partido, tengo la intención de hablar por la que se preocupa de la gente, y darle la espalda a la que habla en nombre de Denver. Por eso me presento. Mi plataforma es similar al ala izquierda de la plataforma actual del partido, podéis mirarlo si queréis, los demócratas radicales, pero que sepáis que, más que nada, estoy aquí para hablar en nombre de la gente de intermarea de todas partes y contra la oligarquía global, y hacerlo a diario. No pienso aceptar dinero de nadie para hacer campaña y, como no dispongo de dinero propio, voy a trabajar sobre todo en la nube, como estoy haciendo ahora. Votadme si queréis, y, si no, luego no os quejéis.

U otras variantes sobre este mismo tema. No se molestaba en parecer

simpática y no se presentaba en ninguno de los eventos supuestamente esenciales. Seguía con su trabajo en el Sindicato de Propietarios, ayudando a gente que ni siquiera podía votar. Hablaba con determinados personajes de la nube y con amigos de distintos grupos por la ciudad. Sería un experimento. Otras campañas parecidas habían funcionado en el pasado.

Mientras tanto, el otoño avanzaba en Nueva York como si estuviera confabulado con ella. La huelga de insumisión salvaje del Sindicato de Propietarios se había hecho famosa y cobraba cada vez mayor fuerza; no pagar los alquileres e hipotecas y decir que se trataba de un acto político estaba convirtiéndose en tendencia. Los mercados aguantaban por los pelos, al tiempo que proclamaban a voz en grito que todo iba bien, pero la gente hablaba ahora de las rentas usando la definición de los economistas, a saber, cualquier dinero obtenido sin trabajo económico productivo. De repente, términos como llevarse tajada, corrupción o búsqueda de renta comenzaban a usarse como sinónimos. Es más, la huelga de propietarios parecía incluso una respuesta lógica al castigo de la Madre Naturaleza y la ciega intransigencia de los millonarios no residentes con sus vacías torres de la parte alta. Por tanto, ¡a la huelga!, y que caiga el castillo de naipes. Todo cuanto sucedía parecía reforzar el mensaje de su campaña. La plutocracia se ocultaba en paraísos fiscales detrás de sus algoritmos y los mercenarios de seguridad privada seguían librando una especie de guerra fría con la policía de Nueva York. Mientras, la Guardia Nacional permanecía en Morningside Heights, tratando de poner una vela a Dios y otra al diablo. Todo el mundo cumplía con su papel como si nada hubiera cambiado, tal como señalaba Charlotte a la menor ocasión. Puede que ella también lo estuviera haciendo, pero tenía la sensación de que esta vez le había tocado una mano fantástica. Y si no, que no se quejaran luego.

—¡Me trae sin cuidado! —repetía una y otra vez—. Votadme si queréis, y si no, vale. Si pierdo, me ahorraré un montón de problemas. Solo hago esto porque alguien tiene que hacerlo, algún burócrata chiflado de los servicios públicos, y no puedo creer que sea yo, pero, bueno, me han convencido. Siento ser tan petarda, pero mi madre me leía cuentos y supongo que es por eso. Me creía las historias. Sigo haciéndolo. Y trabajo muy duro, dado que no

tengo nada mejor que hacer con mi tiempo. Así que votadme para que no me sienta aún más idiota.

La intención de voto de su candidatura cotizaba al alza, y esto le dio la confianza necesaria para empezar a hablar de manera más explícita sobre el ala izquierda del Partido Demócrata, un movimiento nacional incipiente, y de su idea de reemplazar de una vez para siempre a los títeres del poder empresarial que había entre ellos para ver si el gobierno podía volver a ser propiedad del pueblo.

—Mirad, el mundo de las finanzas ha vuelto a reventar, ha estallado otra de sus burbujas especulativas y ahora mismo están acudiendo al Congreso para exigir un rescate a costa de los contribuyentes, como siempre. Dadnos todo el dinero que hemos derrochado, dicen, o el mundo saltará por los aires. Tienen la esperanza de cobrar antes de noviembre, porque entonces el nuevo Congreso podría hacer algo distinto. Y lo haremos si elegís a un número suficiente de demócratas radicales. Actuaremos de manera coordinada en el Congreso, porque hay candidatos como yo por todas partes, y esta vez rescataremos la economía para nosotros, no para los ricos. Eso es lo que más miedo les da en este momento, el hecho de que existe un plan de verdad. Un plan llamado nacionalizar la banca. Convertir la gigantesca sanguijuela que está adherida a la economía real en una unión crediticia y estrujarla hasta que suelte todo el dinero que nos ha succionado.

Se contuvo antes de que la imagen de una sanguijuela estrujada para devolver la sangre que había chupado se volviese demasiado vívida. Sin duda, cuando se enardecía era capaz de mostrar una especie de elocuencia horrible. Tómame un vino, cierra los ojos y relax. Pero estaba demasiado furiosa para que le importara. Y las cifras de intención de voto seguían subiendo, así que aquello parecía funcionar, lo que a su vez alimentaba su elocuencia. Si iba a funcionar, tenía que ser así. Empezó a acudir a algunos actos de campaña, incluso. Pero lo que más hacía era hablar por su terminal de muñeca y retransmitirlo por donde fuese. Hablar con la ciudad como una lunática en el parque. Era peligroso, sí. Pero la prudencia también. Y como contaba con el Sindicato de Propietarios, tenía impulso.

Amelia puso una foto suya con un leopardo en un banner que decía:

«Todos los grandes mamíferos votan por Charlotte». El animal estaba sentado sobre las ancas, como un perro, y Amelia de pie, a su lado, ambos desnudos e impenitentemente hermosos. En alguna llanura africana, delante de un cielo turquesa. Mirando la cámara con la misma expresión serena.

—Vale —dijo Charlotte—. Te quiero.

Entretanto, en su trabajo de verdad, en el mundo real, la Unión había cambiado sus prioridades de los inmigrantes a los refugiados, o comoquiera que se llamase a la cuarta parte de los residentes de la ciudad que necesitaban ayuda. Oscilaban entre residentes legales de la intermarea y mendigos indocumentados a los que nadie había prestado la menor atención hasta ese momento, pero fuera el que fuese su estatus legal, lo cierto es que la tormenta los había dejado sin hogar y ahora ocupaban Central Park, o algunas zonas de la parte alta, o cualquier vivienda semisumergida que no se hubiera desplomado aún. *Grosso modo*, se calculaba que había un millón de ellos, puede que dos, y un considerable porcentaje albergaba la esperanza de sobrevivir al incidente sin tener que entrar en el radar de los sistemas de la ciudad, e incluso sin que los contabilizaran. Lo que suponía un problema gigantesco para la burocracia que debía encargarse de mantenerlos con vida y libres de enfermedades.

Por otro lado, una novedad que parecía estar colaborando con los esfuerzos de la ciudad era que el habitual torrente de inmigrantes llegados de todas partes parecía haberse interrumpido de pronto. Era lógico: la gente no suele esforzarse mucho para meterse en una zona catastrófica. Y los que lo hacen suelen tener malas intenciones, de modo que, por el momento, parecía moralmente razonable negarle la entrada a los recién llegados. En la oficina de la alcaldesa estaba germinando un sistema casi chino para hacer frente a los permisos de residencia, y era horrible y seguramente anticonstitucional, pero, por el momento, también suponía una pequeña ayuda. Ya tenemos suficiente gente con problemas, venía a decir la ciudad. Volved más adelante. De momento, largo.

Como es natural, seguía habiendo quien entraba a hurtadillas. Muchos serían criminales que querían aprovecharse de los refugiados, y la policía estaba haciendo lo que podía para mantener el orden, al mismo tiempo que

trataba de ejercer su control sobre los ejércitos de seguridad privada que trabajaban en la isla y el puerto. Esta pugna estaba empezando a parecer una guerrita civil en ciernes. Cuando la Guardia Nacional decidió sumarse a la policía de Nueva York en ella fue una gran ayuda, y un gran momento. Charlotte hizo una pausa para plantearse lo que significaba que un estado policial fuera una aspiración legítima, en cuanto suponía atajar un destino peor, pero entonces volvió al trabajo. Cada día había más cosas que hacer.

Para ella, esto quería decir que había un caudal constante de clientes que le suplicaban que les buscara algún sitio para alojarse, porque sus casas habían resultado dañadas o se habían desplomado. Reubicación de vivienda; es lo que ya hacía antes de la tormenta, de modo que, en cierto modo, era lo de siempre, solo que multiplicado por mil. La vida como emergencia: no era su estilo, o puede que sí, pero a ese ritmo no podía mantenerse; ya había trabajado hasta el límite de sus fuerzas en otras ocasiones. Así que sabía que no podía hacer otra cosa más que asumirlo, y abordar la vida minuto a minuto, día tras día. Hacer lo que pudiera con lo que tenía en cada momento. Los días pasaban volando.

Debido al estado de las infraestructuras y las viviendas, muchos de los departamentos del ayuntamiento acudían ahora al Sindicato de Propietarios para que los ayudara a lidiar con los refugiados. Esto proporcionaba a Charlotte cierta influencia dentro del sistema municipal, así como una vía, por indirecta que fuera, para criticar a la alcaldesa y a su gente. Los funcionarios municipales habían empezado a sortear la oficina de la alcaldesa para llegar hasta alguien que pudiera ayudarlos de verdad. Charlotte era uno de los nodos de este sistema alternativo y, sin criticar a la alcaldesa de forma abierta, se alegraba de ver que se formaba una especie de red dual alternativa por debajo del nivel de la oficina de aquella, que seguía centrando sus esfuerzos en sacar brillo a su imagen a golpe de titulares, como de costumbre. Más allá de este esfuerzo incesante, su equipo entero no servía para nada, y la gente empezaba a decirlo, o a ignorarlos por completo. Y se corría la voz.

—¿A quién le importa el aspecto del mascarón de proa cuando hay fugas debajo de la línea de flotación? —dijo Charlotte en uno de los mensajes que enviaba al público a través de su terminal de muñeca—. Solo hablo por mí,

como candidata a un puesto en el Congreso que la alcaldesa aspira a ocupar con uno de sus aduladores inútiles.

De regreso en la Met, a última hora de cada día, reunía una cena a base de restos y ponía los pies en alto donde podía, entre la multitud del comedor. Más grato que la rutina diaria o los dimes y diretes de la campaña, era trabajar con Franklin Garr en su proyecto de remodelación urbana. Para entonces se había contraído hasta un total de ocho manzanas en Chelsea, como una suerte de proyecto piloto. El grupo de inversores implicados (que incluía la banda del oro de la Met) se había asegurado los derechos de propiedad provisionales, en la medida en que tal cosa era posible en una zona de intermarea, además de obtener los permisos de demolición, los de construcción y la financiación para las obras. Esta salía de una combinación de su oro monetizado, préstamos federales y sin ánimo de lucro, inversores individuales, fondos de capital riesgo y préstamos convencionales, obtenidos antes de la parálisis de la crisis de liquidez y la contracción del crédito, que se agravaban a cada día que pasaba. Ya tenían las cuadrillas de construcción, según le había dicho, lo que no era poca cosa, teniendo en cuenta la demanda de contratistas. De Boston hasta Atlanta, los trabajadores del sector de la construcción afluían en masa a Nueva York para reconstruir la ciudad, pero seguía sin haber suficientes, así que el golpe maestro de Franklin había sido formar las cuadrillas él mismo.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó.

—Yendo a Miami. Allí hay empresas que llevan años haciendo cosas parecidas. Además, les vamos a pagar el doble del salario habitual.

—Bien hecho. Oye, lo que sí puedo proporcionarte son inquilinos.

—¡Qué suerte! Antes consígueme más revestimientos y cables de anclaje.

Los necesitaban para conectar las balsas de flotación con el lecho de roca. Este se encontraba, en el barrio de Franklin, a unos 30 metros por debajo del fondo del canal, lo que era mucho, pero no tanto como para convertirlo en tarea imposible. Más costes. El quid de la cuestión eran las partes móviles y las flexibles, que se extenderían entre los bolardos sumergidos y las plataformas flotantes, según el contratista jefe de Franklin. Había nuevas tecnologías de flexión inspiradas en el biomimetismo, trucos descubiertos en

los lechos de zosteras, las lapas o el tejido conjuntivo humano, y eran increíbles efectivas, pero también relativamente novedosas, poco utilizadas y, por tanto, caras.

Y también había que encontrar acomodo para los edificios circundantes que aún rodeaban la zona.

—Más tarde o más temprano, todo el bajo Manhattan se moverá al unísono, como la zosteras. Pero, hasta entonces, habrá que aceptar servidumbres y márgenes, y usar sistemas de amortiguación.

—¿Qué me cuentas de la demolición?

—Marcha bien. La amiga de Vlade, Idelba, forma parte del equipo. Está dragando el fondo para despejarlo antes de abrir los pozos de cimentación y perforar hasta el lecho de roca. Nos hace un favor, porque, ahora mismo, todos los equipos de dragado de la ciudad están ocupados y ella quiere seguir con los trabajos de Coney Island. Pero se trata de un trabajo bastante pequeño para lo que suele hacer, y nos ha hecho un hueco.

—Me alegro.

—¿Has cenado ya?

—No. O sea, he tomado unas sobras, pero nada más. Ay, Dios, si son más de las diez.

—Vamos a tomar algo por ahí.

—Vale.

Mientras daban buena cuenta de una cena rápida en la cafetería que ocupaba la proa del Flatiron, Charlotte preguntó a Franklin lo que pensaba del estado del mundo de las finanzas.

Franklin agitó una mano en el aire mientras tragaba, y entonces respondió:

—Está todo en marcha. No veas el miedo que tienen. Están encima del abismo, de pie sobre las pasarelas de su apalancamiento, que están empezando a resquebrajarse. Todavía intentan contenerlo, y el proceso avanza lentamente en comparación con el estallido de otras burbujas, pero la crisis de verdad está a punto de empezar.

—Pero ¿cuándo será?

—Depende del tiempo que sigan fingiendo que todo va bien. Los más

expuestos siguen como locos, intentando encontrar una salida, así que son los más interesados en que la situación se prolongue todo lo posible.

—Entonces, ¿crees que es hora de volver a hablar con mi ex?

—Si piensas que le hace falta un empujoncito...

—Seguramente sí.

—En ese caso, desde luego.

En este punto los interrumpió una *troupe* itinerante de músicos que interpretaba una versión *bluegrass* de *The Pirates of Penzance* con banjo, violín, concertina y mirlitón, cantada de forma tan bella y a tal volumen con el banjo fondo, allí mismo, frente a ellos, que no pudieron hacer otra cosa que recostarse y disfrutar.

Aquella noche, antes de quedarse dormida, Charlotte pensó en su conversación y, por la mañana, mandó un mensaje a Larry.

¿Café? ¿Cena?

Es una broma, ¿no?

No. Tienes que comer. Y yo.

Estoy en D. C.

Claro. ¿Es el fin del mundo ya?

Casi.

Vendrás pronto, entonces.

Sí.

Y tendrás que comer, aunque se esté acabando el mundo.

Sí.

¿Café? ¿Cena?

Cena. El martes.

•••••

Así que estaba preparándose para cenar con Larry el martes, anulando cualquier otra cita de su agenda, por importante que fuese, cuando recibió una llamada de Gen Octaviasdottir.

—¿Sabes los tíos que secuestraron a Mutt y Jeff? —dijo la voz de la

inspectora desde su terminal de muñeca—. ¿La empresa de seguridad que estaba involucrada? Pues, como te dije, parece que trabajaban para Henry Vinson. Cosa que tenía sentido con lo que sabíamos. Los teníamos bajo vigilancia. Pero resulta que la noche de los disturbios en las torres, hablé con un tío que también trabaja para ellos y me contó unas cosas muy interesantes. Le pedí a mi ayudante que las confirmara y parece ser que son ciertas. Pinscher Pinkerton trabajaba para Vinson, en efecto, pero Acción Rápida de Normalización entró en escena luego. Y el jefe de ARN, Escher, ha estado trabajando para Larry Jackman.

—¡Cómo! —Charlotte intentó comprender lo que le decía—. ¿Qué quieres decir? —Entonces se dio cuenta—. ¡Joder! ¿Te refieres a que Larry es el capullo que está detrás de todo esto?

Un repentino acceso de furia contra él, otro lugar común en la psicología, tiñó el mundo de rojo. ¡Pero es que veía rojo de verdad!

—Bueno, es más complicado que eso —le dijo Gen mientras la visión de Charlotte recobraba la normalidad—. Baja a la sala comunitaria y te lo explico en persona.

—Claro. Tendré que irme pronto, pero es para ver a Larry Jackman. ¡Así que tengo que oírlo!

—Desde luego.

•••••

Había un pequeño restaurante en el Soho al que solían ir en los viejos tiempos. Charlotte pensaba que era un poco raro que Larry lo hubiera sugerido, pero le gustaba la comida y no quería enturbiar las aguas con contrapropuestas, habida cuenta de lo atareado que debía de estar. Ya iban a estar suficientemente turbias tal cual.

Era un local minúsculo, una especie de espacio intermedio entre dos edificios del que alguien se había apropiado para transformarlo en una zona techada y dividida en habitaciones, seguramente en el siglo XIX. Detrás de

una barra alargada había una representación del horizonte de Manhattan hecha con botellas de licor. Una camarera los condujo al comedor de arriba, que daba a lo que parecía un patio de luces delimitado por paredes de ladrillo. En el fondo, debajo de ellos, sobrevivía de manera insólita un solitario árbol. Protegido frente a los vientos de la tormenta, había conservado hasta las hojas. Contemplar la copa desde arriba era como mirar una hermosa obra de arte china.

—Bueno, ¿cómo te va? —preguntó Charlotte cuando llegaron las bebidas.

Larry levantó su copa de vino blanco y brindaron.

—Los impagos de tus propietarios están provocando el pánico —dijo Larry con la mirada clavada en la copa—. Supongo que no te sorprenderá.

—No.

—¿Le pediste a tu amiga Amelia Black que lo provocara?

—No la conozco tanto.

—Parece una completa idiota —rezongó él.

—Pues no, en absoluto. Es bastante avispada.

—Me tomas el pelo.

—Es una personalidad de la nube, nada más. Supongo que se podría decir así. ¿Conoces esa anécdota sobre Marilyn Monroe?

—No.

—Un día, iba por Park Avenue con Susan Strasberg sin que nadie les prestara atención, y Marilyn dijo: «¿quieres verla?». Y entonces cambió de postura y de actitud, empezó a mirar a su alrededor de otra forma y, de repente, se encontraron rodeadas por una multitud. Pues Amelia es un poco así.

—No sé si algo así es posible.

—Igual deberíamos ceñirnos a los datos.

Larry aceptó el reproche inclinando ligeramente los hombros hacia delante. Qué alegría, cena con la ex, decía su postura. Charlotte se recordó a sí misma que debía refrenar su lengua. Cosa que no le iba a ser nada fácil. Posiblemente hubiera en su interior una vena de alegre sadismo que se alegrase de encontrarse allí con su famoso Fedex en esas circunstancias

concretas, pero también existía un fin más elevado que tenía que recordar.

—Lo que quiero decir —continuó— es que la cuidadosamente disimulada e incluso puede que inconsciente brillantez de Amelia no viene al caso. Lo que viene al caso es que los bancos están aterrados. Su nivel de apalancamiento supera en más de cincuenta veces los activos que tienen en mano, ¿no?

Larry asintió.

—Es legal.

—Así que es como si fueran pasos volantes extendidos sobre el vacío sin nada al otro extremo. Y ahora se ha desatado un huracán tipo Fyodor y todos esos puentes volantes están meneándose, a punto de salir volando en todas direcciones.

—Qué imagen más pintoresca —señaló Larry.

—Y nadie quiere caminar por ellos ahora mismo.

Su ex volvió a asentir.

—Muy cierto. Falta de confianza.

Charlotte sonrió sin poder evitarlo.

—Cuando los economistas empiezan a hablar de confianza y valor, es que la cosa es muy gorda. Normalmente, si les preguntas por lo fundamental te salen con los tipos de interés y el precio del oro. Pero entonces estalla una burbuja y lo único que importa son la confianza y el valor. ¿Cómo se crea, se mantiene y se restablece la confianza? ¿Y cuál es la fuente última de valor? Recientemente he estado leyendo sobre la historia de todo esto, como seguro que ya sabes. ¿Recuerdas cuando Bernanke, al acudir al rescate de los bancos en la crisis de 2008, tuvo que admitir que, en última instancia, el gobierno es la garantía última del valor?

Larry asintió.

—Un momento muy famoso, ¿verdad? Hasta el punto de ser casi un hito de la economía política, o incluso de la economía.

—Un momento infame —replicó él.

—¡Desde luego! Horrible para cualquier economista. ¡La desautorización definitiva del mercado!

—Mira, no sé qué decir. La idea es que es el mercado el que establece el

valor, en el proceso en el que comprador y vendedor acuerdan un precio. Iniciativa privada, acuerdo y todo lo demás.

—Pero eso es mentira.

—Eso dices tú, pero ¿adónde quieres ir a parar?

—A que los precios se mantienen bajos de manera sistemática, como consecuencia de la connivencia entre compradores y vendedores, que se ponen de acuerdo en joder a las generaciones futuras para conseguir lo que quieren, que son cosas baratas y beneficios.

Eso era lo que le había enseñado Jeff en la granja, y lo que antes de eso había tratado estúpidamente de corregir, o al menos de poner de manifiesto, con aquel grafiteo en forma de piratería informática.

—Pero aunque fuera cierto, ¿qué quieres que hagamos?

—Pensar en valores y no en el valor. El valor debería derivar de los valores.

—Suerte con eso.

Lo miró fijamente.

—¿Te has vuelto cínico ahora o siempre lo has sido?

—¿Esa pregunta no es un poco en plan..., ya sabes..., «has dejado ya de pegar a tu mujer»?

—Tú nunca pegarías a nadie —dijo Charlotte—. Eso lo sé seguro. De hecho, eres una buena persona y no un cínico, y por eso te hablo así. Supongo que lo que me gustaría saber es por qué intentas parecer cínico cuando tienes la ocasión de hacer el bien. ¿Es que tienes miedo?

—¿De qué?

—Pues de hacer historia, supongo. Porque sería algo enorme.

—¿A qué te refieres?

—A lo que hablamos, Larry. Ha llegado el momento. Los bancos, las grandes firmas de inversión y los *hedge funds* están acudiendo a ti de rodillas para pedirte otro rescate. Están pensando en lo de 2008 y 2066. ¿Cómo no? ¡Es lo mismo de siempre! Juegan y pierden, no pueden pagar, y acuden a vosotros, os lloran, y os amenazan con el desplome de la economía global y una crisis gigantesca, así que imprimís dinero a mansalva y se lo regaláis, para que ellos lo guarden a buen recaudo mientras esperan a que pase la

tormenta, a que otros pongan en marcha el motor, para poder reiniciar el juego. Y ahora poseen el ochenta por ciento de los activos de capital del mundo, y compran gobiernos y legislaciones a voluntad, algo de lo que tú has sido partícipe durante muchos años. Y está ocurriendo otra vez, así que seguramente esperen que se repita el resultado.

—Porque no existe un ejemplo en sentido contrario —sugirió él, mirándola, mientras tomaba un sorbito de vino.

—Claro que sí. La depresión de la década de 1930 trajo consigo enormes cambios estructurales y las autoridades ataron en corto a los bancos. Los impuestos para los ricos subieron una barbaridad, y lo que importaba era la gente.

—Si no recuerdo mal, algo tuvo que ver la Segunda Guerra Mundial en todo ello.

—Eso fue más tarde, y, sí, ayudó, pero los ajustes estructurales que beneficiaban a la gente en perjuicio de los bancos ya habían empezando al estallar la guerra.

—Tendré que mirarlo.

—Hazlo. Descubrirás que la Reserva Federal gobernaba a los bancos, y que el impuesto sobre la renta por encima de los cuatrocientos mil dólares era del noventa por ciento.

—¿En serio?

—Noventa y uno. No les tenían mucha simpatía a los ricos. La Segunda Guerra Mundial hizo que se impacientaran con ellos. Y fue un presidente Republicano el que lo hizo.

—Cuesta creerlo.

—En realidad no. Haz un ejercicio de imaginación.

—Ya lo estás haciendo tú por mí.

—Y con mucho gusto. Pero el caso es que hasta en 2008 nacionalizaron General Motors, y podrían haber hecho lo mismo con los bancos como condición para regalarles quince billones de dólares. Y no lo hicieron porque también ellos eran banqueros, además de una panda de mierdas. Pero podrían haberlo hecho. Y ahora puedes hacerlo tú.

—Pero ¿qué quieres decir con nacionalizar? Ni siquiera sé lo que quieres

decir.

—Claro que lo sabes. —Franklin le había sugerido aquella réplica—. Yo no, pero tú sí. ¡Así que dímelo! Yo lo único que sé es que se trataría de proteger los depósitos. Y de que los beneficios que sacan los bancos de ellos irían a parar al gobierno, para pagar lo que se les hubiera prestado. Así que podríais convertirlos en agencias crediticias federales.

—Pero ¿para qué iba a trabajar nadie en un banco, entonces?

—¡Para ganar un sueldo! Un buen sueldo, pero solo eso. Como todo el mundo.

—¿Y para qué iban a invertir en ellos los inversores?

—Por la misma razón por la que compran bonos del Tesoro. Por seguridad. Porque sería una inversión segura.

—No puedo ni imaginarme algo así.

—Tu falta de imaginación no es un buen punto de partida para hacer política.

Larry sacudió la cabeza.

—No sé. ¿Por qué iban a prestarse?

—¡Porque si no, se van a la mierda! Le ofreces el trato al banco más grande, el que esté en peor situación, el que vaya a hundirse primero. Le aprietas las putas tuercas: o aceptan o lo dejas caer como ejemplo para los demás. Pase lo que pase, sales bien parado. Si aceptan, los demás tendrán que imitar su ejemplo o hundirse. Y si no, pasas al siguiente que esté plantado ante el abismo y le dices: «¿queréis caer como Citibank o preferís salir de esta?».

Larry se echó a reír.

—Así captaría su atención, desde luego.

—¡Pues claro! Además, eres tú el que imprime el dinero con el que los vais a rescatar, así que, ¿por qué preocuparte? ¡Para ti es solo una cuestión de flexibilización cuantitativa!

—¿Y la inflación? —preguntó—. La habría.

—O no. Venga, no me vengas ahora con que la teoría funciona en este caso. Aparte de que un poco de inflación viene bien, es salud económica, ¿no?

—Pero se te puede ir de las manos fácilmente.

—Cuando posees los bancos, puedes hacerle frente. Tendrías un pie en el acelerador y otro en el freno.

Larry volvió a sacudir la cabeza.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Charlotte lo miró fijamente.

—Ayudaría bastante contar con el apoyo en el Congreso —continuó él mientras le lanzaba una mirada de reojo.

Durante toda la cena había mantenido los ojos en la copa de vino, como si fuera una bola de cristal en la que esperara encontrar una revelación. Pero ahora la miraba a ella.

—Lo sé —respondió—. Estoy en ello. Si me eligen, te ayudaré, pero, aunque no sea así, habrá un grupo dispuesto a hacerlo. La gente está furiosa. Realmente furiosa. Como nunca.

—En efecto. Y tú les has dicho que dejen de pagar la hipoteca.

—Bueno, fue Amelia la que empezó, pero sí. Y con razón. Queremos un acuerdo mejor. Estamos en huelga contra Dios.

Llegó la comida y comieron. Hablaron de la recuperación de la ciudad, y de los distintos problemas y esfuerzos. De cómo la tormenta había borrado del mapa sus viejas rutas de paseo por Central Park. De la desaparición de su pasado; o no.

Luego llegó el postre, una *crème brûlée* para compartir. Como mandaba la tradición, libraron una especie de duelo de esgrima con las cucharas, agrietando la tostada superficie e intentando desviar el arma del contrario, hasta finalmente partir una línea en el centro para delinear sus respectivas porciones. Llegados a ese momento, Charlotte decidió que la atmósfera era lo bastante amistosa como para sacar a colación un asunto delicado.

—Vale —dijo—, te voy a contar una historia. Pero quiero que sepas desde el principio que no se trata de un chantaje, ni nada de eso.

—Qué tranquilizador —respondió Larry mientras abría un poco más los ojos.

No estaba ya para teatros: su expresión era de consternación genuina.

—Es lo que pretendo. Tú escucha. Érase una vez una gran firma de

inversión en la que trabajaban dos grandes estrellas en ciernes. El primero era un capullo y un tramposo, y el segundo, un buen tío. El tramposo hacía sus trampas sistemáticamente de manera tan sigilosa que el bueno no sabía nada. Son cosas que pueden pasar, ¿verdad?

—Puede —dijo Larry mientras hurgaba en la *crème brûlée* como si se le hubiera perdido algo allí dentro.

—Un día, sucedió que unos analistas cuantitativos que trabajaban para ellos descubrieron las trampas e intentaron chivarse. Pero el tramposo se enteró y fue a ver a su equipo de seguridad personal y le dijo: «¿Alguien puede librarme de estos analistas tan molestos?». Y el equipo de seguridad respondió: «Claro, no hay problema», pues para eso estaban en lo alto de la lista de las peores empresas de seguridad del FBI. Lo cual es mucho decir. Pero el caso es que el buen chico se enteró. Se enteró de que su socio había contratado a alguien para asesinar a los analistas y así mantener sus chanchullos en secreto. Que, debido a la legislación sobre corresponsabilidad empresarial, también eran las suyas. Como lo sería el asesinato.

Larry había empezado a mordisquear la cuchara, y su pálida y pecosa tez de la Ivy League se había teñido de rubor.

—En esa tesitura, el buen chico tenía un problema. En estos tiempos, la legislación sobre corresponsabilidad empresarial es tremenda. Si sabes que alguien va a cometer un delito y no haces nada, te conviertes en cómplice. Y el tramposo tenía un material con el que quizá pudiera llevárselo por delante. Pero el buen chico tenía su propia empresa de seguridad, más honrada que la del otro, y también más grande. Así que les pidió que llevaran a cabo una pequeña operación de protección de testigos con los analistas en peligro. Y su equipo se apresuró a hacerlo para impedir el asesinato. Tampoco es que fueran unos genios, que para eso trabajan en seguridad privada, así que hicieron lo primero que se les pasó por la imaginación. Pero el caso es que salvaron a los analistas de morir asesinados. Ahora solo tenían que encontrar el modo de dejarlos libres sin que le pasase nada y sin desestabilizar la situación. No parecía fácil, pero tampoco había prisa. De modo que la situación se prolongó un tiempo.

—Vale, has mencionado que no se trata de un chantaje —le recordó Larry

—. Y me lo creo. Así que estoy esperando que llegue la parte mala.

—Es solo una historia. Te la cuento porque me la ha contado una amiga, la inspectora Gen Octaviasdottir. Vive en mi edificio y es una sacrificada agente del departamento de policía de Nueva York, así como una orgullosa residente del bajo Manhattan, donde se ha hecho famosa por resolver toda clase de crímenes misteriosos. Pero tiene una forma de pensar... poco convencional, se podría decir, con respecto al cumplimiento de las leyes. Tiene su propia visión. Y le caen bien esos analistas cuantitativos, así que se alegra de que alguien se haya esforzado por mantenerlos con vida. Le tiene simpatía al responsable. Así que me ha contado que, aunque su equipo y ella han descubierto todos los detalles de la historia, ha recopilado todas las pruebas y ahora el caso está... se podría decir que secuestrado, como los analistas en su momento. Nadie más conoce la historia, o al menos no cuenta con pruebas, y ella no tiene la intención de entregárselas a nadie. Así que si, por ejemplo, el tramposo intentara alguna vez hacer chantaje al buen chico de nuestro cuento de hadas, no funcionaría. Porque no ha pasado nada en ningún momento. Y ahora es solo cuestión de dejar que el asunto se hunda poco a poco en los canales. Hasta el fondo del oscuro y cada vez más lejano abismo del tiempo.

Larry se tomó la última cuchara de *crème brûlée*.

—Muy interesante —dijo.

—Eso espero —respondió Charlotte—. La principal conclusión que debemos sacar de esto es que la inspectora es alguien a quien conviene tener como amiga. Yo la adoro. Una vez le pedimos consejo financiero sobre una herencia que habían recibido unos jovencitos amigos nuestros y no sabes qué consejo más bueno nos dio. No sé si del todo legal; pero bueno, un rato. Básicamente, hizo millonarios a los chavales. Así que, como te digo, es alguien que conviene tener como amiga. Con un fuerte sentido de la justicia. Hasta el punto de acabar haciendo una especie de chantaje antichantaje, no sé si me explico.

—Mmm —dijo Larry saboreando, la última cucharada. O puede que reflexionando.

Pasaron un rato en silencio.

—¿Un coñac? —propuso Charlotte.

—Claro.

Pasé una vez por una populosa ciudad, estampando para  
futuro empleo en la mente sus espectáculos, su  
arquitectura, sus costumbres, sus tradiciones.  
Pero ahora de toda esa ciudad me acuerdo solo de una  
mujer que encontré casualmente, que me demoró por amor.  
Día tras día y noche tras noche estuvimos hablando; todo  
lo demás hace tiempo que lo he olvidado.  
Recuerdo, afirmo, solo esa mujer que apasionadamente se  
apegó a mí.  
Vagamos otra vez, nos queremos, nos separamos de nuevo.  
Otra vez me tiene de la mano, ya no debí irme.  
Yo la veo cerca, a mi lado con silenciosos labios, dolida y  
trémula.  
—Walt Whitman

## **d) Vlade**

Vlade se pasaba los días trabajando en el edificio, como siempre. Las cosas habían vuelto a la normalidad, significara lo que significara esto; no podía recordarlo. Los años se habían fundido en su cabeza como el lodo del fondo de los canales, y los acontecimientos ocurridos desde el final de la tormenta habían sido tan abrumadores que el pasado parecía más difuso que nunca. Además, el edificio volvía a estar repleto de refugiados, debido a la insistencia de Charlotte de que los acogieran hasta que encontraran una solución mejor, lo que no era bueno, porque ya estaba lleno antes de la tormenta. De modo que ahora las cosas habían llegado a un estado desesperado, aunque, al mismo tiempo, muchos de los refugiados, agradecidos de estar allí, se habían enamorado de la Met, como un mejillón se enamoraría del pilote de un muelle después de que lo hubieran arrancado de su barco. También allí habría que arrancarlos de las paredes y, a esas alturas, tal como había señalado Charlotte, la ética comunitaria del uno para todos y todos para uno podía convertirse en un obstáculo para una gestión eficaz. Tendrían que redefinirlo todo para conseguir algo, como en cualquier situación que no afectaba al mundo entero. Sería complicado.

Pero entretanto, todo se reducía a un problema de control de masas, de lidiar con las cuestiones de la energía, el agua y las aguas residuales. Por suerte, la comida no era problema de Vlade, aunque sí conseguir que llegara a las cocinas y luego sacar los diferentes residuos del edificio.

Ahora, todo el compost se guardaba, puesto que estaban preparando cajas de tierra nueva. Y Vlade estaba pensando en poner ventanas antitormentas en

la granja, algo que no iba a ser fácil, rápido ni barato. Y tampoco es que fuese el mejor momento para ello. No, era un momento delirante, una loca caída en la ciudad. Sin embargo, los sabotajes habían cesado, que él supiera. Y no saber si estaban sucediendo era como decir que todo marchaba bien. Se lo mencionó a Charlotte un día que estaba en casa, ocupándose del problema de los refugiados provisionales. Aún no había abandonado la presidencia del consejo de la cooperativa, aunque muchos se lo habían pedido. No Vlade; desde su punto de vista, aunque solo pudiera dedicarles diez minutos al día, era mejor que cualquier otro miembro del consejo. Uno de los inconvenientes de que se presentara para el Congreso era la posibilidad de que ganase, porque entonces sí que tendría que dejar el consejo, al menos durante dos años y seguramente para siempre. Sería un desastre, pero Vlade cruzaría aquel puente cuando llegara.

Cuando le mencionó la interrupción de los sabotajes, Charlotte se echó a reír.

—Ahora, los saboteados son ellos. Se han vuelto las tornas y las cosas están cabeza abajo. El escándalo de las torres vacías fue el primer golpe y ahora sus inversiones están cayendo en picado. Me parece que el que estaba detrás de esa oferta, fuera quien fuese, estará muy ocupado en este momento tratando de evitar la bancarrota.

—Me gusta cómo suena eso —dijo Vlade.

Charlotte asintió.

—De momento nos hemos librado del acoso. Y de la OPA hostil. Si quieres que te diga la verdad, casi estaba esperando la votación sobre la oferta porque, después de enterarse de que nos estuvieron atacando, creo que la gente la habría rechazado de nuevo. Habría estado bien, pero es mejor que la hayan retirado.

—Hurra por la tormenta —dijo Vlade, sin el menor atisbo de regocijo.

Charlotte asintió, igualmente taciturna.

—Hay que ver el lado positivo —señaló, antes de levantarse para ir a una nueva reunión.

Esa era una cosa buena. Otra era Idelba, que seguía pernoctando en el sofá de su oficina. Por la mañana se levantaban, se vestían y se iban a trabajar

sin decirse una sola palabra, y luego pasaban el día sin comunicarse. Idelba iba a llevarse el remolcador y la barcaza a Coney Island cualquier día, y había montones de cosas que hacer, pero al cabo de cada jornada, después de la cena, siempre volvía a estar allí, en el apartamento de Vlade, y entonces se preparaban para irse a la cama como dos náufragos en la misma balsa. Podía percibir el dolor en ella, y luego lo sentía dentro de sí. Sabían lo que estaban recordando, y ninguno de los dos quería hablar sobre ello. Vlade aún notaba el crujido del remolcador contra el edificio, y veía la sangre en el muro y en el agua; la expresión de Idelba, la mirada desviada desde entonces. No había nada que hacer, nada que decir. Solo quedarse cada noche en su oficina, en silencio.

Y no era solo por los pobres desgraciados a los que habían aplastado, claro. Ambos lo sabían. Tiempo atrás, cuando se ahogó su hijo, intentaron hablar de ello. Intentaron no culparse. ¿Qué razón había para culparse? Había sido un accidente. Pero igualmente los había separado. Eso era innegable. Vlade se había sentido culpado y había tratado de contener el resentimiento. Empezó a beber más, a bucear más. A pasar la vida bajo el agua, donde, por desgracia, era imposible olvidarse de un ahogado, pero aquel era su trabajo, su vida; y así, cuando salía, bebía. Y ella, al verlo, se enfurecía, o se entristecía. Se habían separado poco a poco, como si estuvieran sobre distintos icebergs, en el mismo apartamento de Stuyvesant, pegados a la fuerza pero a millones de kilómetros de distancia. Vlade nunca se había sentido tan solo. Cuando estás en la misma cama que otra persona, desnudo bajo las sábanas, pero solo, totalmente solo: puede que esa sea la peor soledad. En los años que había pasado desde entonces durmiendo sin compañía, jamás se había tan solo como en aquella cama durante aquel año. Para cuando Idelba se mudó, ambos estaban mudos, catatónicos. No tenían nada que decirse. La tristeza mata las palabras, te sepulta en un agujero de soledad. Mira, todo el mundo tiene que morir, habría querido decirle. Pero eso no significa... Pero no había nada más que decir a continuación. No habría servido de nada. Nada que pudiera decir habría servido de nada. Solo habría alimentado la soledad.

Malos tiempos. Malos años. Luego pasaron más, y más aún, en una

especie de olvido; ya habían transcurrido dieciséis, ¿cómo era posible? ¿Qué era el tiempo, adónde se iba? Casi veinte años y allí estaban, con aquello aún metido dentro.

Y cada día, al final de la jornada, ella volvía a sus habitaciones. Hasta que una noche entró y lo abrazó con tanta fuerza que Vlade sintió que sus costillas eran una jaula de hueso alrededor de las entrañas. No sabía qué pasaba. Era más grande que ella, pero ella era más fuerte. Se resistió al abrazo, pero entonces sintió como si ella le abriese su corazón en una conversación que no podían tener. A ninguno de los dos se le daba bien hablar de cosas como aquella. La lengua materna de Idelba era el bereber; la de él, el serbocroata. Pero no era por eso.

Puede que no necesitaran hablar. Aquella noche volvieron a dormir cada uno en su cuarto. Pasaron más días. Una noche, ella se acostó en su cama junto a él, sin decir palabra. A partir de entonces empezaron a dormir juntos cada noche, casi sin tocarse, con pijama. Terminó el otoño; los días se hicieron más cortos y las noches, más largas. A veces, en mitad de la noche, él se daba la vuelta en la cama y se la encontraba allí, boca arriba. Siempre parecía despierta. Rígida, o a veces no. Volvía la cabeza hacia él, y en la oscuridad, Vlade no podía ver otra cosa que el blanco de sus ojos. Qué piel más morena y lustrosa tenía: resplandecía de forma tenue en la oscuridad. Entonces se daba cuenta de que, fuera lo que fuese lo que estaba pensando, y solo Dios sabía que era, quería estar allí. Una vez le puso una mano sobre el brazo. Compartían la misma calidez. Idelba le acercó la cabeza y se besaron, breve, castamente, sin apenas rozar los labios apretados, como hacen los amigos. Lo miró como si quisiera leerle la mente. Rodó hacia él, hizo que se pusiera hacia arriba y se recostó contra él, con medio cuerpo encima. Se quedaron allí, entrelazados, como dos náufragos de camino al fondo. Estaré contigo cuando esto se hunda. Idelba se quedó así durante casi una hora, aparentemente dormida durante un rato, pero despierta la mayor parte del tiempo, o casi, en silencio. Respirándose mutuamente, subiendo y bajando juntos. Al retirar ella el cuerpo, a él se le había dormido la pierna izquierda. El resto lo hizo abrazado a su cadera.

•••••

Un día soleado de finales de octubre se llevó el remolcador a Coney Island y ancló la barcaza a la bobina de cable que seguía amarrado a los bolardos del malecón hundido. Vlade la acompañó, con la lancha atada al remolcador, para poder volver a la ciudad al día siguiente.

Como antes del huracán Fyodor, estaban lejos de la costa. Debajo, los bajíos estaban más turbios de lo normal, y el litoral, al norte, parecía algo más bajo, más agrietado. Una vez echada el ancla, fueron en una de las lanchas de Idelba, y acompañado por un par de tripulantes hasta Ocean Parkway, donde Brooklyn afloraba ahora del océano, para echar un vistazo. Fueron sin prisa, pues el canal estaba obstruido.

La zona de intermarea que dejaba a la vista la bajamar estaba destrozada y, por encima de la línea de pleamar, sembrada de chatarra y basura de todas clases. Tierra adentro se habían desplomado todos los edificios cuatro o cinco calles a la redonda. Casi no se veía ni rastro de los cargamentos de arena que Idelba y otros habían trasladado desde la playa anegada a la nueva ribera.

—¡Joder! —exclamó Idelba—. ¡Serán como quinientas cargas de arena, desaparecidas sin más! ¿Cómo es posible? ¿Adónde ha ido?

—Tierra adentro —supuso Vlade—. O mar adentro. ¿Quieres bajar y echar un vistazo?

—Creo que sí. ¿Estás con ganas?

—Siempre.

Cosa que normalmente era cierta. Desvestirse, ponerse el traje de buceo, revisar y ponerse el equipo: todo esto le provocaba una descarga de adrenalina, siempre, y nunca tanto como cuando lo hacía con Idelba.

Se dejaron caer al agua helada por la borda. Hacia la negrura, precedidos por sendos conos estrechos de agua brillante, creados por la increíble potencia de los focos Mercia que llevaban en la cabeza. La marea estaba baja, así que el fondo solo estaba a tres o cinco metros de la quilla, lo que quería decir que también había un poco más de luz ambiental, algo que, curiosamente, volvía el agua más opaca. El frío se fue haciendo más intenso a

medida que descendían. El agua pasó fría a helada, y de helada a gélida. *Friíssimo*, lo llamaba Rosario.

El fondo era de arena. Vlade la abanicó con las aletas y, a la luz del foco, vio que se arremolinaba y se sumaba a la turbidez general, antes de volver a posarse. Era más pesada que los sedimentos glaciales del fondo marino habitual; no permanecía suspendida en el agua. Se volvió hacia Idelba sin apuntarla con el foco. Las burbujas que salían de su equipo ascendían contoneándose hacia la superficie, teñidas de plata antes de desaparecer sobre ellos. Señaló la arena.

Sus escafandras se tocaron y pudo ver que, al otro lado de la placa facial, ella sonreía. Parte de su nueva playa seguía allí, lo bastante cerca de la línea de la marea para que la llevase hasta donde debía la acción de las olas. En última instancia, la arena estaba donde estaba porque la empujaba el oleaje.

La tormenta había devastado el fondo. Vlade prefería no apoyar los pies allí, con aletas o sin ellas; cualquier fragmento de cristal podía cortarle uno de ellos por la mitad, como le había pasado a su hermano cuando eran niños. Así que nadó paralelo al fondo, flotando, mientras lo inspeccionaba. Había una caja de madera medio enterrada, pero no contendría ningún tesoro; más allá, un trozo de hormigón con las barras de acero a la vista, listas para destripar a cualquiera; al otro lado un sillón, apoyado en el fondo como si el salón al que pertenecía hubiera estado allí. La intermarea era extraña.

•••••

Aquella tarde cenó con Idelba y la tripulación en la pequeña sala común del puente.

—Sigue habiendo arena allí —les dijo Idelba—. No mucha, pero algo sí. Habrá que seguir sacándola.

Abdul, un argelino al que siempre le gustaba pinchar a los marroquíes, comentó:

—He leído que, cuando estaban construyendo Jones Beach, Robert Moses se enfureció porque el viento no hacía más que llevarse la arena. Su gente le explicó que, en las dunas, lo que estabilizaba la arena era la hierba, así que

contrató a mil jardineros para que plantaran un millón de brotes de junco en la playa.

Los demás se echaron a reír.

—Pues también vamos a sacar Jones Beach —respondió Idelba—. Coney Island, Rockaway, Long Beach, Jones Beach, Fire Island... Todas hasta Montauk. Lo llevaremos a la nueva ribera.

La tripulación parecía ver esta tarea interminable como una buena noticia. Era como trabajar en la Met; algo que no acababa nunca. Uno alzó un vaso y los demás lo imitaron.

—Seguro que Sísifo estará contento —declaró Abdul.

Y todos bebieron por ello.

•••••

Luego, los demás se pusieron a jugar a las cartas mientras Vlade e Idelba salían a contemplar la costa desde la borda.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Vlade, sin saber de qué otro modo abordarlo.

—Ya lo has oído —respondió ella—. Quedarme y trabajar.

—¿Y tu parte del oro?

—Ah, sí, no le voy a hacer ascos.

—Seguramente podrías retirarte.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Esto me gusta.

—Ya.

—¿Tú vas a dejar de ocuparte del edificio?

—No. Me gusta. Puede que contrate más gente. Sobre todo porque tengo que despedir a algunos.

—De eso debería encargarse la cooperativa.

—Y lo hará. Pero me gusta trabajar.

—Como a todos.

La miró en la penumbra. Aquel perfil aquilino tan suyo: aquel poder de

raptor, aquella mirada distante. El bajo contorno de Brooklyn era prácticamente negro, con apenas una constelación de lucecitas dispersas entre el cielo y la ribera.

—¿Y nosotros? —se atrevió a preguntar.

—Qué pasa con nosotros.

No lo miró.

—Tú estarás aquí, y yo en la ciudad.

Idelba asintió.

—No muy lejos.

Idelba deslizó una mano bajo su brazo.

—Tienes tu trabajo y yo tengo el mío. Igual podemos seguir así. Iré a la ciudad algunos fines de semana, o tú puedes venir aquí.

—Podrías comprarte un dirigible pequeño.

Ella se echó a reír.

—No sé si sería mucho más rápido.

—Es verdad. Pero ya me entiendes.

—Eso creo. Sí. Vendré volando a ti.

Vlade sintió que una profunda bocanada lo inundaba. Narcosis por nitrógeno. Una brisa desde tierra. Una calma que llevaba tanto tiempo sin sentir que no podía ponerle nombre. No podía entenderla. Tan extraña era, que apenas alcanzaba a percibirla.

—Suena bien —dijo—. Eso me gustaría.

• • • • •

A la mañana siguiente volvió a subir a cubierta. Había compartido la cama de Idelba, de donde salió a hurtadillas al amanecer dejándola allí dormida, con la boca abierta y cara de chiquilla. Una mujer magrebí de mediana edad.

Era increíble poder plantarse en el puente del remolcador y contemplar la costa de un lado a otro. En la lejanía, al este, los acantilados blancos y hostiles señalaban la antigua ubicación de Rockaway Beach; parecía una distancia inmensa, pero no era más que una fracción de la longitud de Long

Island, que era invisible más allá de Breezy Point. Luego, en dirección contraria, la mañana era tan clara que se podía ver, no solo Staten Island, sino también los destellos matutinos de las ventanas de Jersey.

El golfo de Nueva York, seccionado por los Narrows. Al final de la Edad de Hielo, según les había contado el señor Hexter, un lago glacial había llenado el valle del Hudson de Albany a Battery. La fusión de los hielos del gran casquete nortero había hecho subir el nivel más y más, hasta que finalmente las aguas habían irrumpido por los Narrows hasta derramarse en el Atlántico, que por aquel entonces estaba muchos más kilómetros al sur. Durante al menos un mes, su caudal había sido cien veces más grande que el del Amazonas, hasta que el enorme lago terminó de drenar. Después de aquello, los Narrows habían sufrido un intenso proceso de excavación y, cuando el Atlántico subió lo bastante, el lago glacial volvió a llenarse formando el fiordo y el estuario que existían ahora. Bajo el oleaje azul que Vlade miraba ahora, aquella crecida violenta del Hudson había dejado un cañón submarino que aún atravesaba la plataforma continental. Vlade había buceado por sus paredes en su juventud. Era una estructura impresionante, que cortaba como un tajo la plataforma continental hasta la caída a la llanura abisal. Aquellas brutales profundidades, toda esa historia de cataclismos, ocultos ahora bajo una suave capa de agua, levemente arrugada por la brisa que soplaba desde el interior, en una mañana de otoño como otra cualquiera.

Por tanto: puede que él fuera el lago. Puede que el tajo que cruzaba los Narrows. Y puede que Idelba fuera el todopoderoso Atlántico. Aquello nunca terminaría. Seguro que Sísifo estaba contento. No costaba imaginarlo en una mañana como aquella.

• • • • •

Entonces llegó el día de las elecciones y Charlotte ganó. Idelba fue a la ciudad y se reunió con todos en la sala comunitaria de la Met para la gran fiesta. Ayudó a Vlade a preparar las cosas, aunque, como es natural, para una

ocasión como aquella no faltaron brazos. El Flatiron también quería celebrarlo y se habló de llenar de embarcaciones los seis acres del *bacino* de Madison Square, hasta tener una especie de suelo temporal hecho de plataformas entrelazadas que les permitiera bailar sobre el agua, como habrían hecho si hubieran llegado ya las heladas del invierno. Lo discutieron largo y tendido y finalmente decidieron desechar la idea por los problemas que comportaba, lo que significaba que la fiesta tendría que propagarse, como un movimiento expansivo, de las habitaciones a los tejados, y de allí a las terrazas de toda la plaza, y a los grandes barcos que flotaban en ella, y, de hecho, al final acabaron colocando ocho barcasas y uniendo muchos de los edificios que rodeaban la plaza por medio de unas plataformas, y la gente se pasó toda la noche cruzándolas de un lado a otro, entusiasmada. No pocos acabaron en el agua.

La propia Charlotte no apareció hasta medianoche, pues aquel día había trabajado tanto como otro cualquiera. Le irritó tener que interrumpir la rutina al llegar a casa, pero le irritaba más aún tener que hacerlo para siempre. Había propuesto continuar a la cabeza del Sindicato de Propietarios mientras cumplía su mandato en el Congreso; ninguna ley lo impedía, dijo, pero la mayoría de la gente esperaba que terminase dándose cuenta de que no era práctico. Por no hablar del más que posible conflicto de intereses.

—Pienso volver cada fin de semana —declaró en el breve discurso de victoria que había aceptado dar—. No sé cómo, teniendo en cuenta el estado en el que dejó la tormenta las líneas férreas, pero lo haré. Aquello no es muy de mi agrado.

El público prorrumpió en vítores.

—Porras —continuó cuando la instaron a hacerlo—, esto es horrible. Lo de ser elegida, me refiero. Y lo que le ha pasado a la ciudad. Tardaremos años en recuperar los árboles y reconstruir todo esto. Es un trabajo tan enorme que seguramente lo mejor sea verlo como una especie de demolición cósmica que nos permite empezar desde cero. Yo intentaré verlo así. Estamos en medio de otra gran crisis y nos espera otra gran recesión. Siempre que ocurre esto, es una oportunidad para tomar las riendas y cambiar de rumbo, pero hasta ahora nos hemos amilanado siempre. Aparte de que el gobierno está a sueldo de

quienes han provocado la crisis. Y ya no sabemos ni lo que podemos hacer.

»Veremos si podemos hacerlo mejor esta vez. El nuevo Congreso tiene muchas caras nuevas, y los progresistas tenemos un plan fantástico. Creo que Teddy Roosevelt anunció que se presentaba a la presidencia del Partido Progresista desde esta misma plaza y dirigió la campaña desde nuestra torre. Luego perdió, pero bueno. Yo intentaré ser tan optimista, dura y eficaz como él. Y no seré la única.

»Pero, la verdad... —Los miró y suspiró—. Preferiría estar aquí, entre mis amigos. Que, por descontado, sois todos bienvenidos en Washington. Aunque intentaré pasar aquí todo el tiempo posible, lo juro.

• • • • •

Después de esto, Ettore y sus *piazzollistas* se arrancaron con unos tórridos tangos para que la multitud pudiera bailar. Entre canción y canción, Ettore se limpió el sudor de la frente y, con una mano ebria en el corazón, les dijo a todos que el gran Astor, el mismísimo Piazzolla, se había criado a pocas manzanas de donde estaban en aquel momento. Santa Nueva York, dijo, santa Nueva York. La Buenos Aires del norte.

Al terminar la siguiente pieza, Vlade e Idelba, desde debajo de la proa del Flatiron, vieron que la amiga de Franklin, Jojo, se acercaba a Charlotte para felicitarla. Charlotte le dio las gracias y luego llamó a Franklin y les pidió que hablaran para coordinar sus respectivos proyectos de remodelación del Soho y Chelsea y sumar fuerzas. Franklin y Jojo se comprometieron a hacerlo con un apretón de manos, antes de irse a la mesa de las bebidas a ver si podían encontrar una botella de espumoso sin abrir.

Plantado frente a la banda de Ettore, mientras se contoneaba un poco al compás de una milonga, Vlade sintió que la crecida violenta lo atravesaba. Idelba le dijo que estaba cansada y se volvía a la oficina. Cuando la banda terminó de tocar la última pieza, ayudó a Charlotte a volver a la Met, con especial cuidado al pasar por las pasarelas más sueltas; parecía exhausta.

Al llegar al comedor se sentó pesadamente junto a Amelia Black y Gordon Hexter. Vlade tomó asiento frente a ellos.

—Igual podrías instalar a Stefan y a Roberto en mi cuarto —le dijo Charlotte a Vlade—. Para que me guarden la casa.

Vlade la miró.

—¿No la necesitarás cuando vengas?

—Claro, pero puedo dormir en uno de los demás dormitorios, o ellos pueden. Por mucho que me fastidie, tampoco podré venir mucho. Al menos al principio.

Parecía agotada. Vlade le puso una mano en el brazo.

—Todo irá bien —le dijo—. Te ayudaremos aquí. El edificio saldrá adelante. Y, además, creo que necesitabas un cambio de escenario. Algo nuevo.

Charlotte asintió, aunque no parecía convencida. Como si intentara aferrarse a una especie de amargura, una especie de pesar. Vlade no lo entendía. Bueno, entrar en el Congreso para relajarse un poco... Probablemente no fuera un plan muy realista. Puede que, simplemente, a ella le gustase lo que había estado haciendo.

En ese momento apareció un sonriente Franklin Garr y, al verlos, se acercó y le dio a Charlotte un abrazo y un beso en la frente.

—Felicidades, querida. Sé que es justo lo que siempre has querido.

—Anda y que te den.

Franklin se echó a reír. Estaba colorado y parecía un poco atolondrado, puede que por efecto de la charla con su amiga del Flatiron.

—Si puedo hacer algo por ti, solo tienes que decírmelo. Como ministro de Economía sin cartera, ¿vale?

—Eso ya lo haces —protestó ella.

—Pues zar de los proyectos de remodelación. Un híbrido entre Robert Moses y Jane Jacobs.

—Esto también lo haces.

—Vale, o sea, que no me necesitas.

—Claro que te necesito.

—Pero no para nada que no esté haciendo ya.

Charlotte levantó la mirada hacia él y Vlade vio una nueva expresión en su rostro, como si se le hubiera ocurrido una idea que le gustaba.

—Pues, ahora que lo dices... —respondió—. ¿Podrías llevarme en tu estúpida lanchita rápida hasta Filadelfia o Baltimore? ¿Crees que es posible? Porque tengo que llegar allí lo antes posible y las vías del tren siguen fatal en Jersey.

Vlade se dio cuenta de que lo había sorprendido.

—Puede que tenga que recargar las baterías —dijo. Miró a Vlade—: ¿Qué distancia es?

—Ahí me has pillado —respondió el supervisor—. ¿Unos trescientos kilómetros? ¿Qué autonomía tiene ese vehículo cuando vas sobre las aletas?

—No sabría decir. Bastante, creo. Puedo mirarlo. Pero sí —le dijo a Charlotte—. ¡Claro! ¡Será un honor llevarte a tu coronación!

—Por favor...

—Tu investidura.

—Aquí el único inversor eres tú.

—Tu congresificación.

Esto la hizo sonreír.

—Algo así. Mi encamamiento.

—Ah no, querida, para eso no hace falta que te vayas tan lejos. Oye, tengo que hacer una llamada. Bajo enseguida y lo celebramos.

—¡No! —exclamó ella mientras Franklin se alejaba, pero ya había desaparecido camino a los ascensores.

Miró a Vlade.

—Un joven muy simpático.

Todos se la quedaron mirando.

—¿En serio? —preguntó Vlade.

Charlotte se echó a reír.

—A ver, es mi opinión. Él intenta fingir que no es así, pero siempre se le ve el plumero.

—Será contigo.

—Sí.

Meditó un momento.

—¿Cuánto corre ese trasto?

—Demasiado. Entre cincuenta y sesenta nudos, o así.

—¿Y la batería?

—Puede que baste para llevarte hasta allí.

—¿Es peligroso?

—Sí.

—Pero la gente lo usa.

—Sí. La gente hace de todo.

—Vale. Puede que lo use.

—También puedes ir con Amelia en su aeronave.

—Ah, mira, ¡eso sí que es buena idea!

Todos se rieron a la vez, incluida Amelia.

—¡No es culpa mía! —protestó, pero solo consiguió que se rieran más.

Una vez que recobraron la compostura, Charlotte le preguntó a Vlade:

—¿Dónde está Idelba?

—En la cama. Pero se va a Coney Island para seguir trabajando.

—¿Y qué pasará entonces?

Vlade se encogió de hombros.

—Ya lo veremos cuando llegue el momento.

—Pero ya has ido allí con ella.

—Sí.

Trató de encontrar el modo de expresarlo.

—Tengo un buen presentimiento. Creo que puede funcionar. Aunque no sé cómo. O sea, no sé qué quiero decir con eso.

—Pues está bien.

—Sí, eso creo yo.

—Muy bien —añadió ella—. Me alegro por ti.

—Ah, bueno. Y yo.

En el pabellón de Nueva York de la Exposición Universal de 1964, los veintidós burundis residentes dormían en una misma habitación, «igual que habrían hecho en casa».

Un pensamiento constante en la mente:  
que en la Divina Nave, el mundo, todos los pueblos del  
globo,  
arrostrando tiempo y espacio, navegan juntos,  
embarcados en el mismo viaje,  
ineludiblemente hacia el mismo destino  
con la ley a un lado y la paz a otro,  
un trío formidable erigido contra la idea de casta;  
¿Qué desenlaces históricos son esos a los que tan  
velozmente nos acercamos?  
—Walt Whitman

## e) Franklin

Llegado a este punto, decidí buscar a Charlotte Armstrong en la nube y descubrí que era dieciséis años mayor que yo. Dieciséis años, dos meses y dos días. Fue una especie de shock, una sorpresa, una bomba mental. No es que ignorase que era mayor que yo, y, desde luego, le habíamos sacado partido de sobra a nuestra bromita del jovencito y la anciana, pero la verdad es que creía que sería algo así como... No sé. Porque no había estado pensando en ella de ese modo, solo la veía como una mujer de mediana edad. Mayor, sí, pero no tanto. No sabía qué pensar de eso. Estaba aturdido hasta la estupidez.

De modo que, cuando me llamó para que habláramos de lo de llevarla sobrevolando el océano hasta Washington, respondí: «Sí, ¡claro!» con el entusiasmo chillón de un adolescente cuya voz estuviera cambiando. Y añadí: «¿Cuándo?», en lugar de «mira, tía, me gustas, pero es que eres una antigualla», y eso que lo tuve en la punta de la lengua y hube de mordérmela para no soltarlo. Que sé que se habría reído, así que tentado estuve, porque hacerla reír era un placer muy particular, una palanquita en mi corazón que siempre, todas las veces, me hacía esbozar una sonrisa tonta. Pero estaba tan confundido que me contuve. Y ella puso fecha a nuestra cita y, a continuación, me arrastró muy lejos de mis pensamientos concupiscentes diciendo:

—¿Te has enterado de que los sabuesos de datos de la inspectora Gen han conseguido descifrar los sistemas de Morningside y han descubierto quién era el que quería comprar nuestro edificio?

—No, ¿quién era?

—Angel Falls. Es de tu amigo, ¿no? ¿Hector Ramirez?

—¡Me tomas el pelo!

—Es lo que me ha dicho. Su gente consiguió entrar en Morningside a través de una de las empresas de seguridad que utilizan, y encontró allí toda clase de información, incluida esa.

—Joder —dije—. La leche. Joder. Vale, escucha: le voy a preguntar por ello.

—Mira, la oferta por la Met se ha retirado, no sé si es importante.

—Pero es uno de los inversores individuales en el proyecto de las plataformas flotantes de Chelsea. Y, joder, sabotearon el edificio, ¿verdad? No, tengo que hablar con él sobre ello.

Así que saqué el bicho al Hudson, y atravesé el tráfico como el cuchillo de un carnicero entre los tendones, para luego echar a volar sobre el gran río. El día era nublado y las aguas, teñidas de color pedernal, estaban revueltas como si grandes bancos de pececillos diminutos revoloteasen justo debajo de la superficie. Me planté ante el secretario de Hector para pedirle una reunión en persona y me dijo que se disponía a marcharse, pero que podía recibirme unos minutos si era antes de una hora. Le recordé que ya estaba allí. Más allá de la marisma salina donde había tenido mi satori con la zosteria, ascendí por la escalera de los dioses hasta el Munster, antes de subirme a un ascensor que era como un cohete. Para caer sobre Hector en su isla flotante, aquel nido de águila de genio del mal, donde, pronunciando cada sílaba con articulada concisión, dije:

—Hector, ¿pero qué coño...?

—¿Qué coño qué?

—¿Por qué querías comprar la torre Metropolitan Life? ¿Qué mierda era esa?

—De mierda nada, joven. De mierda nada. Solo una más de una serie de ofertas que mi gente ha estado haciendo últimamente en el bajo Manhattan.

—Abrió las manos en el proverbial gesto de la inocencia total—. Tú mismo me lo dijiste. Se ha convertido en un sitio fabuloso. La Supervenencia. Una inversión estupenda. Todo ventajas. No entiendo a qué viene esto ahora.

—Atacaron la torre —respondí, acalorado—. Tu gente la sabotó para meter miedo a los residentes y convencerlos de que vendieran.

Esto le hizo fruncir el ceño.

—No lo sabía. Y no sé si me lo creo.

—Pues sucedió, te lo aseguro. Lo han investigado hasta llegar a una empresa de seguridad llamada ARN. Acción Rápida de Normalización. Qué nombre más bonito, joder. Porque supongo que negarse a vender es algo anormal y esos payasos actuaron con toda rapidez.

—Yo jamás aprobaría algo así —dijo Hector—. Espero que me conozcas lo bastante como para saberlo.

Me lo quedé mirando. De repente, me daba cuenta de que no, no lo conocía lo bastante como para afirmar algo así, ni de lejos. Y él lo sabía perfectamente, así que el comentario era absurdo. Tuve que hacer una pausa para pensar, pero no se me ocurrió ninguna respuesta. Tenía una nube de humo frente a los ojos. Él había esbozado una pequeña sonrisa, puede que como respuesta a su velada alusión a la debilidad de los lazos que nos unían.

—Hector —dije con lentitud—, te conozco lo bastante bien como para saber que nunca harías algo tan estúpido. Algo que, no hace falta que lo diga, es un crimen. Responsabilidad empresarial conjunta, ¿recuerdas? Pero diriges una gran empresa, y seguro que delegas la parte más fea de tu trabajo en el mercado inmobiliario en distintas empresas de seguridad. ARN no es más que una de las ventosas de ese tentáculo del pulpo. Y, claro, no puedes tener la completa certeza de cómo son en realidad. Pero, en ese sentido eres vulnerable, al igual que por no haberte preocupado por investigarlo debidamente, porque eres responsable de lo que hacen cuando los contratas. ¿Recuerdas lo que me decías cuando trabajaba para ti? Cuando se levanta un muro entre los que comprenden los instrumentos y los que los utilizan en sus operaciones, pasan cosas malas. Pues es lo mismo. Tienes gente trabajando para ti que se dedica a hacer toda clase de trabajos sucios sin que tú lo sepas, y, supuestamente, tienes las manos limpias, pero resulta que es peligroso, porque son idiotas. Y eso te convierte, si no en un idiota, al menos en el responsable de sus idioteces. Desde el punto de vista legal.

Me observó.

—Tomo nota de lo que dices —dijo—. Y haré los cambios correspondientes. Espero que la dureza de tus opiniones en este caso no interfiera con el proyecto conjunto que estamos haciendo en Chelsea.

—Te vamos a sacar de ahí —dije—. Hoy mismo recibirás tu dinero.

—No sé si puedes hacer eso.

—Claro que puedo. El contrato que usé es el que utilizamos en WaterPrice para mantener el control frente a los vaivenes de los inversores. Es a prueba de bombas.

—Ya veo.

Asintió y bajó la mirada hacia la mesa.

—Siento que pienses así, pero estoy convencido de que volveremos a trabajar en otros proyectos.

—Bueno.

—Mira, joven... Siento tener que echarme, pero tengo una cita y debo marcharme. Lo he postergado para hablar contigo, pero mi gente se está poniendo irascible. Ven, sube conmigo.

—Claro.

Me llevó hasta otro ascensor, un gigantesco montacargas, lo bastante grande para albergar ve tú a saber qué. Elefantes. Subimos un piso o dos y salimos en la cima del Munster, donde estaba amarrado el pequeño aeropoblado de Hector. Veintiún globos, bulbosamente plisados, que intentaban zafarse de su correa para echar a volar. El perímetro de la plataforma redonda que había debajo, más pequeña que el despacho de Hector, estaba ocupado por una serie de pequeñas construcciones en forma de seta, conectadas en el centro por tubos transparentes, como puentes volantes en miniatura. Una hermosa extravagancia. A bordo había ya numerosas personas disfrutando de un cóctel, varias de las cuales, en lo alto de la escalera que se usaba para subir a bordo, parecían esperar a Hector.

Me obsequió una sonrisa radiante y me estrechó la mano.

—Buena suerte, joven. Volveremos a vernos en otras circunstancias.

—Sin duda.

Subió por la escalera y, luego, el personal del tejado la plegó. Con un último saludo digno del Mago de Oz, dio media vuelta, y el aeropoblado

ascendió rápida y verticalmente, y se perdió entre las nubes en dirección este.

•••••

Eso fue todo. Problemas en la ciudad del río y una lección de futuro para un servidor: los pulpos tienen tentáculos muy largos. Y más de ocho. Puede que fueran más como calamares gigantes, si es que los calamares tienen más de ocho tentáculos. Era preocupante.

Pero ahora tenía que llevar a mi Charlotte a Washington. Le había pedido que saliera antes de su último día de trabajo. El último por ahora, dijo a su gente. Solo era una baja temporal, no lo dejaba, volvería lo antes posible. Y no me costó creer que daban crédito a sus promesas, porque yo mismo lo hice. Habíamos quedado en que iría desde su oficina al reconstruido muelle 57, donde yo recalaría en el reconstruido puerto deportivo y la recogería para marcharnos hacia los Narrows y luego en dirección sur. Había provisionado el bicho para una noche en el mar, por si llegaba a ser necesario, pero pensaba que sería más cómodo hacerlo en un puerto de la costa de Maryland, desde donde ascenderíamos por el Chesapeake hasta Baltimore y podría dejarla en la estación del nuevo puerto para tomar el tren a Washington.

¿Que si esperaba que Jojo y el resto de la pandilla me vieran recoger a la nueva representante del distrito Doce del estado de Nueva York ante el Congreso y marchar con ella por el Hudson en dirección a la absurda capital de nuestra nación? Pues sí. Y mis esperanzas se vieron colmadas, porque al entrar en el puerto deportivo y saludar levantando la barbilla a la pandilla, allí en la barra, vi a Jojo, fingiendo que charlaba con alguien mientras evitaba mirar en mi dirección de manera ostentosa. Nuestra supuesta reconciliación y nuestro pacto de cooperación empresarial, suscrito a instancias de Charlotte, no significaba nada para ella; ese era el sentido de su negativa a mirarme. Lo vi, y ella vio que lo veía; hasta ese punto son útiles las miradas de reojo, la visión periférica y los ojos que parece tener el ser humano en la nuca. Y entonces apareció Charlotte, caminando por el muelle del puerto, puntual como de costumbre, con dos grandes mochilas al hombro, con ese leve cojeo

que sufría. Una mujer rotunda, descuidadamente curvilínea, vestida para trabajar; no exactamente lo que uno espera ver en una figura femenina. Y no es que me importase; o sea, no es que fuera lo único que me importaba. Porque, por ejemplo, Jojo tenía un cuerpazo, sí, delgado y bien proporcionado, con rasgos clásicos por todas partes, fino y atractivo sin llegar a la extravagancia, se podría decir. Impecable; delicado. Y me había gustado, claro, me había atraído mucho y aún me dolía que me hubiera dejado tirado, o que hubiera roto conmigo, fuera lo que fuese lo que había hecho. Me había robado mi idea y luego me había acusado de hacerle lo mismo, y ahora íbamos a tener que colaborar, y puede que así es como funcionan las cosas, nada nuevo bajo el sol. Pero dolía, y yo seguía deseándola, y cuando la miraba sentía ese pequeño tirón en el corazón y en todas partes. Pero, por otro lado, cojamos a Amelia Black, la estrella de la Met, de la nube y del mundo: una criatura singular, no solo impecable, sino irresistible, no solo perfecta, sino fascinante; una criatura en la que, como durante años había mostrado una propensión profesional y personal a desnudarse ante las cámara, yo no había podido evitar fijarme, lo mismo que el resto de la humanidad, y que también tenía una figura espectacular, además de una serie de características corporales que, unidas a su carácter alocado, explicaban en parte su popularidad. A pesar de lo cual, no sentía el menor interés por ella; no tenía ni el más mínimo atractivo para mí. Claro que me gustaba mirarla, y era muy simpática. Incluso había hecho algunas aportaciones francamente positivas en nuestra reciente campaña por la eutanasia de los rentistas, el primer golpe para arrancarnos el dogal que llevábamos alrededor de nuestro cuello fiscal. Pero no quería pasar tiempo con ella; no estaba interesado en ella. No sentía ningún tirón en el corazón ni en ningún otro sitio. Para mí, y no quería ofenderla, no resultaba interesante. Ni nada.

Cualquiera sabe de dónde salen este tipo de reacciones. ¿De unas feromonas que no detectamos de manera consciente? ¿De la telepatía? ¿O simplemente es cuestión de ser absolutamente perfecta, impecable hasta el extremo?

Charlotte Armstrong no era perfecta ni impecable. Era buena; y ser buena es más importante que ser impecable. Gruñona y deslenguada, además de,

como ya he dicho, rotunda. Y dieciséis putos años mayor que yo. Lo que, como yo tenía treinta y cuatro, significaba... Ay, Dios, cincuenta. ¡Cincuenta años! ¡Y por qué no ochenta!

Vale, problemón. ¿Y? Me hacía reír. Y, lo que es más, yo la hacía reír a ella. Y quería hacerlo. Empezaba a convertirse en algo que me esforzaba en conseguir, y me refiero a esforzarme en serio. Alteraba lo que hacía para complacer a Charlotte Armstrong, para hacerla reír. Buscaba cosas que hacer o que decir que provocaran esa reacción en ella. Últimamente, al parecer, era mi principal prioridad.

Y como era así, aquella tarde aceleré y remontamos el vuelo desde el agua, y el bicho se elevó como un pájaro, como ese que se llama pardela, al que a veces se puede ver en el Atlántico rozando las olas y que, según oí una vez, jamás toca tierra, sino que vive, duerme y muere en el mar, una idea que encuentro extrañamente fascinante. Sobre todo cuando vuelo en el bicho. Al que, ahora que lo pensaba, debería bautizar como *Pardela*. Volamos por los Narrows bajo el gran puente y, en mi cabeza, lo bauticé en aquel momento, a la sombra del puente, mientras volábamos.

Volamos hacia el sur por la costa de Jersey. Y sí, Charlotte se reía. Se levantó y caminó arrastrando los pies hasta la proa, agarrándose a los cabos con prudencia, y se plantó allí, con los brazos estirados y la melena al viento. Yo sonreí y me centré en dibujar una trayectoria limpia sobre el bajo oleaje que arrastraba la corriente desde el este. Atento al movimiento de las olas, procuraba virar con suavidad hasta colocarme sobre ellas y permanecer encima todo el tiempo posible, antes de encaramarme de un saltito a la siguiente para repetir la maniobra, y así conseguía que nuestro curso, próximo a trascender el oleaje, se convirtiera en un desplazamiento de perfecta suavidad que provocaba una sensación similar a la de los ferris, solo que a mucha más velocidad. No sabía si Charlotte era sensible al oleaje, pero lo último que quería era que se marease. Y la verdad es que yo tampoco tengo mucho estómago para el bamboleo del océano, por suave que sea, así que intento minimizar el efecto siempre que puedo. Para eso no hay nada como el *Pardela*, porque la velocidad ayuda, al menos en cierta medida. Y aquel día tampoco estaba tan picada la mar. ¡Así que volamos!

Al cabo de un rato volvió a la cabina y, sensatamente, se refugió del viento tras la mampara curva de papel cristal. Yo estaba sentado a popa, protegido en la bolsa de aire de la cabina, manejando el timón con un dedo.

—¿Champán? —sugerí.

—No deberías beber mientras conduces —respondió.

—Bebe tú por los dos.

—Cuando desembarquemos. O eches el ancla. Lo que sea.

En la bolsa de aire que se formaba en la cabina, el ruido de los motores y el chirrido de las aletas al cortar las aguas sonaban tan atenuados como el viento. Se podía hablar, así que hablamos. La costa de Jersey se veía baja y otoñal, sin los brillantes colores de nueva Inglaterra, sino más bien teñida de un tono pardo y fangoso. En ningún momento llegaba a levantarse mucho sobre el horizonte. Puede que el huracán la hubiera despojado también de hojas. Era evidente que la costa este era una costa sumergida; ya lo era antes de las crecidas, y ahora mucho más. Desde nuestra perspectiva, era como si la tierra firme, en aquel planeta, hubiera sido una ocurrencia tardía.

Charlotte recibió una llamada y respondió. Me miró de hito en hito mientras escuchaba, después dijo algo a Fedex en voz baja, con la mano sobre el micrófono, y luego asintió al tiempo que asentía de nuevo.

—Sí, estoy de camino. En barco. Tengo barquero propio. Sí, el capitán de mi yate. Todos los congresistas tenemos un yate, ¿no lo sabías?

»No, ya.

»Escucha, dijiste que necesitarías ayuda en el Congreso. Así que aquí estoy.

»No, claro que no. Pero no soy solo yo. He estado hablando con los nuevos miembros y muchos de ellos piensan como yo. Es lógico, ¿no crees? Es el momento.

»Espero que sea así. Lo intentaré, eso puedes tenerlo claro.

»Joder, claro que te respaldaremos. Tú ocúpate de convencer a la presidenta y lo conseguiremos. Eres la figura crucial en lo que se haga. Hablamos de política económica.

Luego estuvo callada un largo rato, escuchando. Después de unos instantes me miró y puso los ojos en blanco. Tapó el micrófono del terminal

con un dedo.

—Está enumerando todas las razones por las que no puede hacerlo —susurró—. Le ha entrado el miedo.

—Cuéntale lo de Paulson —sugerí.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué de Paulson?

Con rapidez y urgencia, le relaté la historia. Asintió mientras me escuchaba.

Cuando terminé, levantó el dedo del micrófono. De repente esbozó una mirada feroz y su tono cambió en el mismo sentido.

—Óyeme, Larry —le espetó—, todo eso lo entiendo, pero no importa. ¿Me entiendes? No importa. Ha llegado el momento de que seas valiente y hagas lo que debes hacer. Es tu momento y, si no lo haces, no tendrás una segunda oportunidad. Y la gente se acordará. ¿Te acuerdas de Paulson, Larry? La gente lo recuerda como un gallina y un miserable, porque, cuando todo el sistema se estaba viniendo abajo, corrió a Nueva York y les dijo a sus amigos que iba a nacionalizar Freddie Mac y Fannie Mae, justo después de haberle dicho a todo el mundo que no pensaba hacerlo. Así que sus amigos vendieron las acciones mientras aún valían algo y los demás lo perdieron todo. ¿Cómo? Sí, habría sido operar con información privilegiada si se hubiera tratado de sus propias inversiones, pero de aquel modo solo era ayudar a sus amigos. Pero el caso es que ahora es lo único por lo que se lo recuerda. Lo único. Por nada más. Se te recordará por tu decisión más importante, Larry. Así que, si es mala, adiós muy buenas. De modo que haz lo correcto, coño.

Escuchó a su ex un rato y luego soltó una breve carcajada.

—Vale, de nada. ¡Cuando quieras! Luego hablamos. Cuelga y haz lo correcto.

Cortó la conexión y me sonrió. Yo hice lo mismo.

—Eres dura —dije.

—Pues sí —respondió—. Pero se lo merece. Gracias por la historia.

—Pensé que era el momento de sacar el palo.

—Lo era.

—¡Conque ahora eres asesora de la Reserva Federal!

—De mi Fedex —respondió—. A ver, le gusta tener la posibilidad de no hacerme caso. Yo le digo lo que tiene que hacer y él no me hace caso. Como en los viejos tiempos.

—Pero esta vez sí te lo va a hacer, ¿no?

—Ya veremos. Creo que hará lo que le obligue a hacer la situación. Yo me limito a aclarárselo. O tú, más bien.

—Suenan mejor cuando lo dices tú.

—No sé por qué.

—Porque eres una persona realista, y él lo sabe.

—Puede. Cree que me he vuelto loca después de bregar tanto tiempo en la ciudad.

—Y tiene razón, ¿no?

Se rio.

—Sí, la tiene. Igual me tomo ese champán.

—Bien dicho.

Tras echar un vistazo al océano, puse el piloto automático, y me dirigí a la compuerta de la cabina, no sin revolverle el pelo un instante al pasar.

—Alguien debe tener las ideas —dije desde el interior.

—Yo creía que ese eras tú —respondió su voz desde detrás de la compuerta.

—He tenido algunas —reconocí al salir—. Pero las otras de las que hemos estado hablando últimamente no me suenan de nada. Así que creo que no son mías, sino más bien de Karl Marx.

Resopló.

—Ojalá... Como mucho, de Keynes. Pero no pasa nada. Este es un mundo keynesiano y siempre lo ha sido.

Me encogí de hombros.

—Era operador de bolsa, ¿no?

Se echó a reír.

—Como todo el mundo, supongo.

—Eso no lo tengo tan claro.

Le quité el aluminio y el alambre a la botella de champán, muy a la antigua, a la francesa, y luego apunté con el corcho hacia un lado y lo disparé

a sotavento. Llené un tarro de cristal y tomé un sorbito antes de entregárselo.

—Salud —dijo, antes de tocar con el vaso la botella que yo tenía en la mano.

Luego, cuando se había tomado la mitad del vaso, más o menos, y yo volvía a estar al timón, o al menos supervisando las maniobras del piloto automático, recibió otra llamada.

—¿Quién es? ¡Ah! Vaya, muchas gracias. Es un placer conocerla. Sí, lo estoy deseando. Es un momento emocionante, desde luego.

»Sí, es cierto. Estuvimos casados de jóvenes y seguimos siendo amigos. Sí. Es un hombre estupendo. Sí.

Volvió a reírse; parecía un poco atolondrada. Pensé que sería cosa del champán, pero entonces comprendí quién debía de ser.

—Bueno, era tan brillante que tuvimos que divorciarnos. Sí, uno de esos. Fue como una fisión nuclear... ¿O era fusión? Bueno, el caso es que aquello pasó hace mucho. Pero ahora hablamos, sí. Defiende las ideas correctas, creo yo. Sí, somos muchos en el Congreso, y creo que también en el Senado. ¿Cómo? ¿El Supremo? ¿Que aún no lo ha renovado?

Alcancé a oír la risa que salía del terminal, un cacareo de soprano conocido por todos.

—Vale, estoy deseando conocerla. Gracias otra vez por la llamada.

Dejó caer el teléfono sobre el banco y contempló la costa de Jersey y luego el mar.

—¿La presidenta? —pregunté.

—Sí.

—Eso pensaba. ¿Qué quería?

—Apoyo.

—Claro, pero... Caray.

Me miró y sonrió.

—Puede que esto se ponga interesante al final, sí.

Más tarde se enfrió el día y el oleaje aumentó un poco, así que descendí con el *Pardela* y me acerqué a la costa, con la idea de pasar la noche en un puerto deportivo de Ocean City Bay, donde podría recargar las baterías para salir al amanecer. El jefe de muelle me comunicó por radio que había un

amarre en la zona de visitantes, así que, mientras el sol se ocultaba tras la costa de Maryland, me coloqué detrás del malecón flotante, atraqué siguiendo sus indicaciones, y luego amarré una cornamusa mientras él lo hacía lo propio con la otra. Una vez enchufado el cable de carga de la batería, Charlotte y yo subimos a un restaurante acristalado que daba al puerto. El Highway Fifty Terminus. Grandes vistas. Podría haber montado la barbacoa en el bicho, pero no me apetecía. Aquello era más cómodo, y necesitábamos un respiro, más espacio durante un rato.

Charlamos mientras cenábamos, no solo de dinero y de política, sino también de música y de la ciudad. Ella había nacido y se había criado en las torres Lincoln, sobre el Hudson. Escuchó mis historias sobre Oak Park, Illinois, mientras tomábamos pasta con marisco y una botella de vino blanco. Me miraba con atención, pero yo no me sentía observado ni juzgado. Traté de explicarle que mi oficio me interesaba porque era como un rompecabezas, como una historia construida a partir de los datos. Le expliqué mi teoría sobre las pantallas y sus múltiples géneros simultáneos, que proporcionaban, cuando se veían en conjunto, un atisbo de la mente global. La mente de colmena.

—Como la historia —dijo mientras yo intentaba describírselo.

—Sí, pero visible sobre una pantalla. Historia en tiempo real.

—Y cuantificada, para que se pueda apostar.

—Sí, exacto. La historia, convertida en un juego de apuestas.

—Supongo que es lo que es. ¿Y eso está bien?

Me encogí de hombros.

—Antes creía que sí. Me interesaba tal cual. Pero ahora pienso que tiene que haber algo más que un mero juego de apuestas. Con el proyecto de remodelación es más... No sé...

—Como hacer historia.

—Será. O hacer algo, al menos.

—¿Conseguiste lo que querías cuando fuiste a ver a Ramirez?

—Bueno, lo he sacado del proyecto. Y no se ha resistido. Supongo que porque sus proveedores de seguridad se han dedicado a quebrantar la ley. Puede que haya quemado un puente, no sé. Dijo que volveríamos a vernos.

No sé qué pensar.

—No van a desaparecer —dijo mirándome con una pequeña sonrisa.

¿Era un ingenuo? ¿Tenía aún cosas que aprender? ¿Me estaba observando ella con afecto? Sí, sí y sí. Me sentía confuso de varias formas distintas. Pero su mirada me hacía sonreír. No debería, pero lo hacía. Era una mirada afectuosa.

Cuando volvimos al bicho, me sentía bien. Lleno; un poco achispado. Sentía que me habían escuchado. Y yo la había escuchado, también. Caminamos por los varaderos cogidos del brazo. Encendí las luces de la embarcación, la llevé al camarote y le enseñé las dos camas que ocupaban los dos lados del estrecho espacio situado en el centro. Sus bolsas estaban en la de invitados. Las dejó en la repisa que había encima y hurgó en su interior hasta sacar un neceser y un par de prendas, su pijama, imagino. Los dejó sobre la cama, volvimos a la cabina y nos sentamos bajo las estrellas, borrosas en el aire salado. Tenía un whisky escocés, pero lo dejé abajo. No nos hacía falta. Cabezas sobre la borda, hombro con hombro.

Vale, sí, me gustaba. Más aún, la deseaba. ¿Significaba eso que me estaba dejando fascinar por el poder? ¿Era verdad, entonces, que el poder resulta atractivo? No me lo tragaba, ni siquiera allí y en ese momento, al mirarla y admirar su aspecto. El poder sale del cañón de un arma, dijo Mao con gran contundencia, y el cañón de un arma no tiene nada de atractivo, al menos si eres una persona normal que valora su vida y piensa que el sexo es algo divertido y las armas, algo sucio y repulsivo. No; el poder no es atractivo. Pero Charlotte Armstrong sí lo era.

Vale, pero ¿qué quería decir eso? Eran dieciséis años, por Dios. Cuando yo tuviera los sesenta y, con un poco de suerte, siguiera sano y lleno de vida a pesar de haber alcanzado una edad que ya podía calificarse de avanzada, ella tendría setenta y seis. Agh. Un número inhumano. Y si yo llegaba a los setenta, ella tendría ochenta y seis, es decir, sería una ancianita venerable. Con el paso de los años, aquella diferencia sería como un Gran Cañón entre ambos.

Pero ahora era ahora. Y para cuando llegáramos a ese momento futuro, supongo que, o bien se habría cansado de mí y me habría abandonado, o yo

habría contraído un cáncer que se me habría llevado por delante, o, lo más probable, ella habría muerto dejándome desolado y en busca de consuelo en los brazos de alguna treintañera. Sería como uno de esos matrimonios-linaje tan horribles de Margaret Mead o Robert Heinlein, en los que primero te casas con alguien demasiado viejo y luego con alguien demasiado joven. Sonaba fatal, pero ¿qué podía hacer? Hay gente que tiene suerte y encuentra una media naranja de su edad, con la que comparte referencias musicales, culturales y todo lo demás. ¡Bien por ellos! Pero los demás nos amoldamos a lo que encontramos. Y, además, pensar en ella repartiendo collejas en la ciénaga hedionda de la capital del país me hacía reír. Iba a ser divertido.

—Venga —dije tras un largo silencio—. Vamos abajo.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Ya lo sabes. Para el sexo.

—Sexo —dijo con un resoplido, como si no creyera en ello o hubiera olvidado lo que era.

Pero había una sonrisilla maliciosa que empezaba a aflorar en las comisuras de sus labios y, después de besarla, no tardé nada en descubrir que sabía perfectamente lo que era el sexo.

La ciudad vista desde el puente de Queensboro es siempre  
la ciudad vista por primera vez, en su primera promesa  
agreste de todo el misterio y la belleza del mundo.  
—F. Scott Fitzgerald

## f) Amelia

Sobre el puerto de Nueva York, un día tranquilo de primavera, año 2143. Despejado, con visibilidad hasta 110 kilómetros.

Amelia subió a Stefan, Roberto y el señor Hexter a la *Migración Asistida* y ordenó a Frans que ascendiera dos mil pies para tener unas buenas vistas de la bahía. El señor Hexter estaba entusiasmado ante la perspectiva de contemplar la ciudad desde allí arriba y quería sacar fotos para una especie de proyecto de cartografía que estaba llevando a cabo. Los niños también se alegraban de acompañarlos, para disfrutar de las vistas y porque creían que desde arriba sería más fácil encontrar ratas almizcleras.

—Yo las veo constantemente —les dijo Amelia—. Os van a encantar los telescopios que lleva Frans a bordo.

Mientras ascendían, los muchachos y el señor Hexter recorrieron la góndola, y Amelia les explicó todo lo que contenía, incluidos los arañazos de los osos polares, que ahora no podía recordar sin un breve acceso de tristeza. Era una de las cosas malas del pasado. Durante sus campañas en pro de los animales y los corredores de hábitats, había tenido muchos reveses, y había presenciado cosas muy tristes y muchas muertes. En aquel momento, mientras pasaba las manos por los arañazos y les explicaba a sus invitados cómo habían caído los animales por uno pasillo convertido temporalmente en pozo, pudo poner aquel momento absurdo en su contexto. Categoría: meteduras de pata de Amelia. Una categoría muy amplia. De la que aquel momento en particular no era una de las peores.

—Vamos a comer —dijo una vez fascinados el señor Hexter y los niños.

Se reunieron en la proa de la góndola, de suelo acristalado, y contemplaron la ciudad mientras comían unas hamburguesas de tofu que había preparado Amelia en la cocinilla.

—¿Cuántos kilómetros ha recorrido en este vehículo? —preguntó el señor Hexter.

—Creo que, a estas alturas, más de millón y medio —dijo Amelia.

Se lo preguntó a Frans, y la tranquila y germánica voz de la aeronave respondió:

—Hemos recorrido un millón novecientos treinta y un mil doscientos cuarenta y un kilómetros en total.

Hexter silbó brevemente.

—Eso son como cincuenta vueltas al mundo a la altura del ecuador. Así que habrán dado más.

—Eso creo. He pasado aquí arriba mucho tiempo. Es como mi pequeño aeropoblado particular. Una casita en el cielo, se la podría llamar. Ha habido años en los que no he bajado a tierra una sola vez.

—Como el barón de los árboles —dijo Hexter.

—¿Quién?

—Un joven barón que se subió a las copas de los árboles en un bosque italiano y no volvió a bajar a tierra en toda su vida. Supuestamente.

—Pues como yo. Durante varios años.

—¿Años?

—Así es. Algo así como... No sé, siete.

Hexter y los niños se la quedaron mirando.

—¿Se quedó aquí arriba siete años? ¿Sola? —preguntó el primero.

Amelia asintió al tiempo que se ruborizaba.

—¿Por qué? —preguntó Roberto.

La joven se encogió de hombros, cada vez más colorada.

—En realidad no lo sé. Quería alejarme. No me gustaría la gente, supongo. Habían pasado algunas cosas muy feas y solo quería marcharme. Así que lo hice, y entonces empecé con lo de las migraciones asistidas, y descubrí que desde aquí arriba podía hablar con la gente y, cuando lo hacía, no me parecían malos. Me acostumbré a hablar de nuevo con la gente aquí, a

través de la nube, y entonces llegué a Nueva York, y resulta que el amarre de la Met estaba disponible. En la cúpula conocí a Vlade y me cayó bien. Me sentía cómoda con él. Y hasta hoy.

Los niños pensaron en ello.

—¿Y Vlade sabe el papel que desempeñó en su regreso al mundo? —preguntó el señor Hexter.

—No, creo que no. Sabe que somos amigos. Pero la gente... No sé. Creen que soy más normal de lo que soy. No me conocen en realidad.

—Nosotros sí —declaró Roberto.

—Sí, vosotros sí.

Hablaron de los animales que había visto. Tenía una lista por alguna parte, les aseguró, pero no quería entrar en eso.

—Ahora hay que buscar otros nuevos.

Flotaban sobre la ciudad. Era, en todas direcciones, una gran capa de agua en la que serpenteaban gigantescas serpientes de mar de cuerpo espinoso alrededor de la bahía: Manhattan, Hoboken, Brooklyn Heights, Staten Island. En la distancia, a su alrededor, se veía tierra firme, verde y plana, salvo al sur, donde resplandecía el Atlántico como un espejo antiguo y deslustrado.

—Mirad —dijo el anciano mientras miraba por unos telescopios—. Creo que veo un banco de marsopas. ¿O serán orcas? ¿Qué le parece?

—No creo que entren orcas en el puerto —dijo Amelia.

—¡Pero son enormes!

—Sí, ¿verdad? Pero estamos a poca altura. Puede que sean delfines de río. Sé que trajeron algunos desde China para que no se extinguieran.

Lomos de cetáceo en el agua, suaves y flexibles, difíciles de distinguir por sus rayas blancas y negras. Unos veinte en total: ascendían a la superficie y resoplaban como ballenas.

—Señor Hexter, ¡creo que son las ballenas de Melville! ¡Han venido a buscarlo!

—Buena idea —respondió Hexter con una sonrisa.

Mientras avanzaban hacia el norte sobre el Hudson, vieron que la costa de Jersey seguía un poco helada.

—En costas así es donde más probabilidades hay de ver madrigueras de

castor o de rata almizclera —dijo Hexter mientras miraba por el telescopio—. Buscad en esa orilla.

Los chicos lo hicieron durante un rato, y luego observaron la ciudad con los telescopios. Los muelles, como ciempiés colgados de las costas de Manhattan, estaban casi vacíos. Las torres de la parte alta despedían destellos de tonos esmeralda, limón, turquesa y añil.

—¿Y la marisma? —preguntó Amelia.

—Allí, junto a ese edificio estrecho y alto —dijo Roberto.

—¡Ah, claro, el edificio estrecho y alto!

—Perdón. El morado. Al este de ahí. Antes había un arroyo llamado Mother David's Valley. Sería una marisma salobre estupenda, quizá con un par de los edificios sobre plataformas flotantes del señor Garr, para estudiarla y cuidar de ella.

—Me alegro de que estéis haciendo eso. Pero ¿no hay que ser mayor de edad para tener propiedades?

—No lo sé. Además, somos un holding.

—Yo creía que erais un instituto —dijo el señor Hexter.

—¡Si está usted también! Pero es cierto. El Instituto de Estudios sobre la Fauna de Manhattan.

—Pensaba que se llamaba el Instituto de Stefan y Roberto —dijo Hexter.

—Así lo llama usted. Yo quería llamarlo el Instituto de Animales sin Hogar, pero se rechazó mi propuesta en la votación.

—Porque los animales siempre tienen hogar —le explicó Stefan una vez más.

—Entonces, ¿es cierto que la mayoría de las torres están ocupadas? —preguntó Amelia, para atajar lo que parecía una discusión en ciernes.

—Eso he oído —respondió el señor Hexter—. El nuevo impuesto sobre propiedades desocupadas es bastante convincente. Entre eso y los impuestos sobre los activos de capital, las que no se están usando se están vendiendo a gente que las usará. Y tengo entendido que una nueva normativa municipal requiere que haya alquileres de renta baja en todas ellas. Hasta la alcaldesa se ha subido a ese carro. Según he leído, con un solo piso de una de las torres de la zona del Cloisters se pueden hacer viviendas para seiscientas personas.

—¿Y la fontanería para tantas casas?

—Para eso serán todas esas tuberías exteriores.

—Tienen un aspecto un poco ridículo.

—Pues a mí me gustan. Había algo aterrador en esas torres. Su línea era demasiado límpida. Están mejor con un poco de textura. Son más neoyorquinas.

—¡Y tienen más desagües!

—Por eso lo digo.

—A mí me gustan las líneas límpidas —dijo Amelia—. Nueva York siempre las ha tenido.

Desde aquella altura, las personas que abarrotaban las aceras y plazas de la parte alta parecían hormigas. La suya era una especie abundante.

—¿De verdad hay apartamentos suficientes para tanta gente? —preguntó Amelia.

Hexter sacudió la cabeza.

—Muchos de ellos solo vienen durante el día.

—Pero otros muchos vivirán allí.

—Claro. Como sardinas en lata, según dicen. O como almejas en un criadero.

—Me pregunto por qué. O sea, para los animales es bueno que la gente quiera eso, pero ¿por qué? ¿Por qué quieren eso?

—Porque es emocionante, ¿no?

Amelia sacudió la cabeza.

—Nunca he podido entenderlo.

—Sigue gustándole su aeronave.

—Es cierto. Ya veis por qué.

—Es muy bonita. ¿Y se marchará pronto de viaje?

—Eso creo. El Sindicato de Propietarios me ha pedido que haga una especie de tour por todo el mundo. Solo espero que no haya más problemas.

—¿Más ataques de caseros?

—¡Pues sí! Últimamente recibo unos mensajes terribles. No me gusta. A veces me gustaría seguir relacionándome solo con los animales. Antes era más fácil. O sea, también recibía mensajes desagradables, pero, más que

nada, de gente a la que no le gusta la migración asistida ni los animales, así que los ignoraba sin más. Pero ahora es gente que... No sé.

—Solo son los caseros y su gente —dijo Hexter—. Ignórelos. Está haciendo algo importante. Está marcando una diferencia.

Amelia pidió a Frans que pusiera rumbo al sur en paralelo a la costa de Manhattan y contemplaron la ciudad en silencio mientras la nave viraba y pasaba a su lado.

El señor Hexter señaló Morningside Heights.

—Es curioso —dijo—. Allí es donde sucedieron los grandes disturbios del año pasado, ¿verdad? La batalla de las torres. Pero también fue el escenario del momento álgido de la batalla de Nueva York, durante la Guerra de Independencia. Los Estados Unidos podrían haber muerto ahí, antes de nacer, de no haber sido por aquello.

—¿Qué pasó? —preguntó Roberto.

—Fue al principio de la revolución. Los británicos, que contaban con montones de mercenarios de Hesse y cien navíos de guerra, persiguieron a Washington por toda la bahía. Los soldados americanos eran granjeros armados con mosquetes de caza y solo contaban con botes de remos. De modo que, en cuanto los británicos desembarcaban, los patriotas tenían que poner pies en polvorosa. Primero de Staten Island a Brooklyn. Luego, cuando los británicos los siguieron hasta allí, el ejército americano entero cruzó a remo el río East bajo la niebla. Pero entonces llegaron a Battery, donde en aquella época había un pueblo que los británicos usaron para atravesar el East. Podrían haber cruzado la isla, cortar el paso a los patriotas y obligarlos a rendirse, pero su general, llamado Howe, maniobraba con enorme lentitud. Tanta, que algunos llegaron a pensar que quería dejarse ganar para que los *tories* fueran humillados en el parlamento, dado que él era del partido Whig. El caso es que los americanos se aprovecharon de su lentitud y se escabulleron por Broadway una noche, pasando muy cerca de los británicos, que estaban acampados alrededor de la zona del edificio de la ONU, y se reunieron ahí, en el extremo norte de la isla.

—¿Se escabulleron por Broadway?

—Entonces solo era una senda campestre. En un momento dado, la

abandonaron para internarse por el bosque. La noche era muy oscura y todo esto estaba cubierto de bosque por aquel entonces. El caso es que los americanos llegaron hasta allí y los británicos fueron en su busca. Esta vez los tenían atrapados en el extremo norte de la isla y marcharon sobre ellos decididos a aplastarlos, pero al iniciar el ataque, sus cornetas tocaron una marcha para la caza del zorro, lo que enfureció a algunos de los patriotas. Un grupo de fusileros de Marblehead, Massachusetts, se plantó justo allí y empezó a devolver el fuego. Era la primera vez que los americanos plantaban cara a los británicos desde Bunker Hill y, al cabo de un largo y sanguinario día, lograron resistir. ¡Allí mismo!

—Mola —dijo Roberto—. ¿Entonces ganaron?

—No, ¡perdieron! Es decir, igualmente iban a ser aplastados. Solo habían logrado posponer lo inevitable hasta el día siguiente. Así que volvieron a evacuar la isla a hurtadillas. Huyeron remando a Jersey, y Manhattan quedó en manos de los británicos hasta el final de la guerra. ¿Os acordáis del mapa de la Comandancia y del *Husar*? Todo eso sucedió después de que perdiéramos esa batalla.

—Pero entonces... —repuso Roberto—. ¿Cómo pudo triunfar la revolución si no hacíamos más que perder todas las batallas y huir?

—Esa es la historia de aquella guerra —dijo el señor Hexter—. Los americanos perdieron todas las batallas, pero ganaron la guerra. Porque, después de perder, seguían allí. Era su hogar. Huían y se reagrupaban, y los británicos los seguían y volvían a derrotarlos en otro sitio. Hubo un par de victorias nuestras por el camino, pero en general fue así. Casi todas las veces ganaron los británicos, pero, aun así, terminaron agotados y, al final, el ejército americano los rodeó y los echó a patadas. Y como se les estaba acabando la comida, se fueron definitivamente.

Se quedó mirando Morningside Heights mientras pensaba en ello.

—Me pregunto si será siempre así... La batalla de las torres y la que estamos librando ahora por el dinero. Todo esto que estamos viendo. Simplemente, se trata de seguir perdiendo hasta que ganas.

—No lo entiendo —dijo Roberto.

—Ni yo —reconoció el señor Hexter—. Supongo que la idea es que,

cuando estás en tu casa, luchas hasta agotar al enemigo. O algo así. Es como una victoria pírrica, pero al revés. Se le podría llamar derrota pírrica. Nunca había pensado en los vencidos en una victoria pírrica. Me refiero, son los auténticos ganadores, ¿no? Acaban de perder y se dicen unos a otros: «eh, nos han ganado con una victoria pírrica! ¡Felicidades!».

Roberto pensaba que era mejor ganar sin más.

Dejaron atrás las torres Lincoln y pasaron flotando sobre los grandes tejados del Javits Center, antes de llegar por fin a la intermarea, donde ya flotaban las grandes plataformas, cada una del tamaño de una manzana. Una serie de pequeñas góndolas negras amarradas a una hilera de postes muy altos sugería que la plataforma situada más al oeste iba a servir como una suerte de plaza de San Marcos, frente al Hudson. Estaba claro que, en todas aquellas manzanas, los edificios tendrían granjas en los tejados. Muy neoyorquinas, señaló el señor Hexter, esas granjitas. Una vez había tenido una amiga que había montado un huerto en miniatura en su apartamento usando tapas de tubos de pasta de dientes como macetas, mondadientes como herramientas y cuentagotas como regaderas. Había logrado cultivar briznas de hierba individuales.

—¿No era allí donde vivía? —preguntó Amelia mientras señalaba hacia abajo.

—Sí, ahí mismo. La Treinta y siete con la Séptima, ¿lo ve? El edificio ya no está. Se encontraba en pleno centro del proyecto de remodelación.

—¿Y quiere volver allí cuando lo terminen?

—Oh, no. Aquel solo era el sitio en el que acabé cuando perdí mi casa. No era muy bonito. De hecho, era una pocilga. De no ser por estos niños, habría muerto allí. ¡Así que ahora iré donde vayan ellos!

Los miró mientras se reía.

—Uno siempre acaba atrapado con la gente a la que salva. Espero que os hayáis dado cuenta. De todos modos, tampoco tendréis que aguantarme mucho más y, para entonces, habréis aprendido la lección.

—Nos gusta que esté con nosotros —dijo Stefan con timidez.

—¿Y vosotros, chicos? —preguntó Amelia—. ¿Os mudaréis a la marisma?

—No sé —respondió Roberto, incómodo—. Charlotte quiere que le cuidemos la casa mientras está en Washington. Pero es muy pequeña para dos y volverá con frecuencia, así que no sabemos qué vamos a hacer. Igual apuntarnos en la lista de espera de la Met, para otro cuarto. No quiero mudarme a la parte alta. Ni alejarme del agua.

—Ni yo —dijo Stefan.

—Pues muy bien —repuso Amelia—. Seguiremos siendo vecinos por una temporada. Ahora que lo pienso, ¿querríais venir conmigo en un viaje, chicos? ¿La vuelta al mundo en ochenta días?

Stefan, Roberto y el señor Hexter se miraron.

—Sí —respondieron.

La ciudad es un sueño construido, una visión encarnada. El motor de su crecimiento es su propia imagen de sí misma.  
—Peter Conrad

El lugar donde se unen todas las aspiraciones del mundo para formar una vasta aspiración maestra, tan poderosa como la fuerza de succión de un dragador a vapor.  
—H. L. Mencken

Pero ¿por qué decir más?  
—Herman Melville

## **g) el ciudadano**

Explosión de la burbuja, congelación de la liquidez, contracción del crédito, caída de las grandes finanzas comparable a la del asteroide KT, apelación desesperada al gobierno para un rescate: era como el reestreno de un viejo y malo musical de Broadway. El libreto dice así: el mundo de las finanzas le dice al gobierno que, si no paga, adiós a la economía. El Congreso asume que sus patronos de Wall Street saben lo que dicen, pues para eso concierne a los inescrutables misterios de las finanzas, y accede. Práctica estándar, precedente bien establecido y, dado que la deuda del Estado es ya gigantesca, es un simple caso de ir un poco más allá. Como es natural, esto supone que los programas públicos, nuevos o viejos, son inviables y que deben reforzarse las medidas de austeridad, lo que significa condenar al gobierno a la impotencia, pero es que es cuestión de equilibrar la chequera del país y es de sentido común. ¡Como siempre! Solo que, en enero de 2143 entró en funciones un nuevo Congreso, fruto de la creciente idea de que, esta vez, las cosas debían ser distintas. Se oían planes, se oían grandes palabras. En febrero de 2143, el presidente de la Reserva Federal, Lawrence Jackman, y el secretario del Tesoro, naturalmente dos veteranos de Wall Street, se reunieron con los grandes bancos y firmas de inversión, todos apalancados hasta el extremo, todos en caída libre, y les presentaron una oferta de rescate por un valor total de cuatro billones de dólares, que se les entregarían con la condición de que los destinatarios emitieran títulos a nombre del Tesoro equivalentes a las sumas recibidas. Que, como eran de tal magnitud, supondrían en la práctica que el Tesoro se convertiría en accionista

mayoritario y, en consecuencia, tomaría el control. Los accionistas anteriores verían reducido el valor de sus títulos; los tenedores de deuda se convertirían en accionistas. Los depósitos se garantizarían en su totalidad. Los beneficios futuros irían a parar al departamento del Tesoro en proporción a las acciones que poseyese. Si, en algún momento, los destinatarios de la ayuda querían recomprar las acciones al Tesoro, podían reevaluarse los acuerdos.

En otras palabras, como condición del rescate: nacionalización.

Ay, los gritos torturados de consternación y ultraje. Goldman Sachs rechazó la propuesta; el Tesoro lo declaró insolvente al momento y acabó liquidando sus activos al Banco de América, al igual que hiciera con Merrill Lynch un siglo antes. A continuación, el Tesoro y la Reserva Federal desearon buena suerte con los procesos concursales a cualquier otra empresa que rechazase su ayuda.

A esas alturas, es muy probable que se hubiera producido una gran fuga de capitales, pero resulta que los bancos centrales de la Unión Europea, Japón, Indonesia, la India y Brasil estaban presentando ofertas similares de rescate por la vía de la nacionalización a sus sectores financieros, sumidos en crisis parecidas. No estaba nada claro que acabar nacionalizado en cualquiera de estos países fuera mejor para el capital en fuga... si es que quedaba alguno para fugarse, habida cuenta de la tendencia de los títulos a convertirse en vapor en momentos de pánico. Al mismo tiempo, los funcionarios del banco central de China aprovecharon para señalar con toda educación que la intervención del Estado en las finanzas privadas resultaba la mar de útil en ocasiones. Ellos la habían usado con resultados razonablemente buenos en los últimos tres o cuatro mil años y se atrevían a sugerir que tal vez un control estatal de la economía fuera preferible a la situación inversa. En marzo iba a comenzar el Año del Conejo y, como es bien sabido, ¡los conejos son seres muy productivos!

Finalmente, Citibank aceptó la oferta del Tesoro y la Reserva Federal, y los demás bancos y firmas de inversión no tardaron en seguir su ejemplo. En su mayor parte, las finanzas se habían convertido en un servicio de gestión pública.

Espoleado por esta victoria del Estado sobre los poderes financieros, el

Congreso pareció enloquecer un poco y aprobó casi de inmediato el llamado impuesto Piketty, una tasa progresiva que gravaba, no solo los ingresos, sino también los activos de capital. Los tipos impositivos oscilaban entre el cero por ciento para activos inferiores a diez millones de dólares, y el veinte por ciento por encima de mil. Además, para impedir que el capital buscara refugio en paraísos fiscales, se aprobó también un impuesto sobre sus movimientos, con un tipo máximo idéntico al famoso noventa y uno por ciento de la era Eisenhower. Cesó el movimiento de capitales, volvió a imperar la ley y, por todo el mundo, los países se sintieron incluso reforzados. Entre los cambios aprobados por la OMC había estrictos controles de divisas, medidas de apoyo a los trabajadores e iniciativas de protección del medio ambiente. De este modo, el orden global neoliberal se vio derrocado en su propio campo.

Estos nuevos impuestos y la nacionalización de las finanzas significaban que el gobierno de los Estados Unidos contaría pronto con un presupuesto más que saneado. La sanidad universal, la educación gratuita hasta la universidad, la renta vital, el pleno empleo garantizado, un año de servicio público obligatorio.. Todas estas cosas, además de aprobarse en forma de leyes, recibieron la financiación que necesitaban. Y solo eran las más destacadas de las numerosas y excelentes ideas que se lanzó a proponer todo el mundo, imagino que incluidos los amables lectores, en aquel momento de exaltación de la soberanía popular. Y mientras este entusiasmo político y todos estos éxitos provocaban un ascenso precipitado de los índices de confianza de los consumidores, uno de los elementos esenciales de todo comportamiento económico, por todo el planeta, oh, suprema ironía, comenzaron a subir los mercados. Algo sumamente tranquilizador para un colectivo concreto, que, habida cuenta de todo lo que estaba sucediendo, estaba muy necesitado de tranquilidad. Que garantizar la seguridad y la prosperidad de la gente fuera bueno para la economía era una sorpresa muy grata para ellos. ¿Quién iba a pensarlo?

•••••

Es importante señalar todo este vendaval de cambios sociales y legales no se produjo gracias a la congresista del Duodécimo distrito del estado de Nueva York, Charlotte Armstrong, conocida también como «Charlotte la Roja», por muy admirable que fuera. Ni gracias a su exmarido, Lawrence Jackman, presidente del Banco de la Reserva Federal Bank durante los meses de la crisis. Ni tan siquiera gracias a la presidenta del país, alabada y fustigada también por su audacia y persistencia en la búsqueda de soluciones que ayudasen a sus conciudadanos a perseguir la felicidad en un momento de crisis como aquel. Todo esto no fue obra de ningún individuo concreto. Recordemos: facilidad de representación. Las cosas son siempre más grandes de lo que uno ve, y más profundas de lo que cree.

Dicho esto, fue la gente de aquella época la que lo consiguió. La historia la hacen los individuos, pero también es algo colectivo, una ola sobre la que cabalgan en su propio tiempo, una ola hecha de acciones individuales. Así que, en última instancia, la historia es otra dualidad onda-corpúsculo que nadie puede analizar ni entender.

Para concluir, antes de que esta breve excursión a la tierra de la filosofía política se torne excesivamente profunda, lo que queda por decir es esto: pasaron cosas. Pasó la historia. La historia nunca cesa. Los momentos de aparente inmovilidad son transitorios, acaban quebrándose como el hielo en primavera y entonces llega el cambio. Por tanto: distintos individuos, diversos grupos, la civilización y el propio planeta fueron los que hicieron todas estas cosas, en redes de participantes de todas clases. Acordaos de no olvidar, si es que aún no os ha estallado la cabeza, a los participantes no humanos de estas redes. Posiblemente, el estuario de Nueva York fue el principal de todo lo que se ha contado aquí, o puede que las comunidades de bacterias que se expresan a través de sus propias civilizaciones, que nosotros conocemos como cuerpos.

¡Y ya está bien de filosofía! Pero, por favor, que esta rápida lista de transitorios logros políticos no lleve a pensar a los lectores que este relato termina con una cena a base de perdices y los problemas de la humanidad envueltos en papel de regalo y acompañados por flores y una tarjeta de

Hallmark. ¿Cómo ibais a pensar eso, sabiendo lo que sabéis? Esta es una historia sobre Nueva York, no sobre Denver, y la ciudad es tan implacable como una nutria. Sus historias siempre transmitirán esa mezcla tan neoyorquina y horrible de sentimentalismo hipócrita y ambición fría. Que sí, que en 2143 el Congreso dio un golpe de timón legislativo a babor, pero no había ninguna garantía de pervivencia para nada de lo que había hecho, y la reacción fue tan feroz como siempre, porque la gente está loca y nunca es el fin de la historia, y las cosas buenas suceden contra el inmenso agujero negro de la codicia y el miedo. Cada momento es una despiadada pugna entre fuerzas políticas, así que, mientras la intermarea emerge del oleaje como Venus, el capitalismo se encogerá como el pulpo al que imita y se deslizará entre los muros de cristal de la ley que intentan contenerlo, y a nadie debe sorprender que encuentre el modo de encogerse hasta la anchura de su pico, su única parte no flexible, la que nos destroza la carne cuando es libre de hacerlo. No, ha de quedar menos espacio entre los muros de cristal de la justicia que la anchura del pico de un pulpo: ¡toma galleta de la suerte! Y, aun entonces, es muy posible que el pulpo encuentre nuevas formas de picotear al mundo. Un pico con bisagras, superventosas, cualquiera sabe lo que se le ocurrirá a esa gente.

¡Así que no, no, no, no! ¡No seáis ingenuos! ¡No existen los finales felices! ¡Porque no existen los finales! ¡Ni la felicidad, seguramente! Salvo en algún momento puntual, por la mañana, en la calle que acaban de limpiar, a medianoche en el río, o más probablemente en la rememoración de un tiempo pasado, un tiempo atrapado en un quiste de nostalgia, vislumbrado en el espejo retrovisor al alejarse volando de él. Podría ser que la felicidad sea retrospectiva, y por tanto inventada e incluso objetivamente falsa. Quién sabe. Quién coño sabe. Entretanto, superad vuestro pueril deseo de finales felices, porque no existen. Porque allá en la Antártida —o en otros reinos del ser mucho más peligrosos—, podría desprenderse en cualquier momento el próximo contrafuerte de los contrafuertes.

Durante las próximas horas, sugiere la vista del horizonte, seguiremos una de tales historias, pero igualmente podríamos habernos vuelto hacia otra ventana para encontrar otra, no menos interesante. Más de una vez. Hay, propone la vista, millones de historias para elegir, una ciudad entera de ellas, y todas suceden al mismo tiempo, tengamos o no la suerte de verlas.

—James Sanders, *Celluloid Skyline: New York and the Movies*

## h) Mutt y Jeff

Aquel mismo año, en lo más hondo del crudo invierno, Mutt y Jeff bajan por las escaleras del edificio desde el piso de la granja, donde han permanecido con tozudez a despecho de lo difícil que es calentar un hotelo como es debido. Van a una fiesta organizada para celebrar el regreso de Charlotte desde Washington. La congresista amenaza con no repetir su asombroso periplo, y hay quien pretende convencerla de que vuelva a presentarse, mientras que otros quieren que regrese a Nueva York. No faltarán quienes querrían verla hundida en alta mar, seguro, pero la mayoría de los habitantes de la Met están orgullosos de ella y quieren decírselo, además de pasárselo bien. Hay una gran multitud en la sala comunitaria, y Mutt y Jeff se sientan junto a una pared para presenciar lo que allí sucede, como alhelíes que son. El señor Hexter se acerca y se sienta con ellos.

—Una fiesta muy agradable —dice.

Mutt asiente; Jeff entorna la mirada.

—¿Y Charlotte?

—Se ha retrasado. Dice que llegará en un minuto.

Y, en efecto, en ese mismo instante sale del ascensor, junto con Franklin Garr. Están riéndose, y Garr da un paso atrás y extiende la mano hacia ella para presentársela a la multitud. La gente aplaude.

—¿O sea que son pareja? —pregunta Jeff a Mutt.

—Eso me han dicho.

—Pero eso es absurdo.

—¿Por? Ella no hace más que decir que es un joven muy simpático.

—Pero se suponía que era una mujer inteligente.

—Yo creo que lo es.

—Y, aun así...

—Para gustos, los colores. Además, el tío se portó bien en la crisis. De hecho, se podría decir que logró lo que tú habías intentado. Lo que tú solo amagaste con aquel hackeo a modo de grafiti.

Jeff presenta sus objeciones frente a esta caracterización con una especie de gruñido, pero Mutt no se deja desalentar.

—Vamos, Jeff. Las dieciséis reglas de la economía mundial, ¿recuerdas? Según tú, si las cambiabas, podías arreglarlo todo. Y ahora, nuestro joven camarada aquí presente, no solo se las ha puesto en bandeja a Charlotte, sino que diseñó la crisis que permitió que echaran a rodar.

—Vale, lo que tú digas, pero de jovencito simpático nada. Solo un tiburón podría hacer lo que ha hecho él.

—Pero es que Charlotte también es una especie de tiburón.

—No, señor. Solo es una persona que consigue las cosas salgan adelante.

—¡Como los tiburones! ¡Porque tiene buen juicio!

—Normalmente.

—Pues entonces, algo habrá visto en ese chico que a nosotros se nos escapa.

—Evidentemente.

—Calla, que viene a saludar.

Y lo hace. Parece cansada, pero contenta de estar en casa entre sus amigos. Stefan y Roberto corren de un lado a otro sirviendo bebidas a la gente, y parece que se han servido más de la cuenta a sí mismos, porque tienen los ojos vidriosos y puede que tengan que hacer como los romanos, ir a vomitar para que siga la fiesta.

Charlotte los observa.

—Niños, no os emborrachéis o lo lamentaréis.

Los chicos asienten como dos lechuzas y se van a por más bebida.

Charlotte se sienta con aire cansado junto a Mutt, Jeff y el señor Hexter.

—¿Qué tal estáis, chicos?

—Con frío.

—Me lo creo. ¿No queréis ser los analistas cuantitativos que salieron del frío?

Se encogen de hombros.

—Es agradable estar fuera —le explica Mutt—. Creo que pasará un tiempo antes de que desaparezca esa sensación.

—Como una eternidad —añade Jeff.

—Lo entiendo. ¿Y aparte de eso? ¿Qué tal el trabajo?

Los dos hombres volvieron a encogerse de hombros. Parecen un equipo de encogimiento de hombros sincronizado.

—Estamos intentando meter un poco de luz en los lagos oscuros. Diseñar un programilla que atrape a los tramposos.

—Y que impida los abusos con los derivados.

—Me alegro —responde ella—. ¿Habéis hablado de ello con Larry Jackman?

—Está al corriente. Es uno de los problemas enquistados. Entre otros muchos.

—¿Qué vais a hacer con todo el dinero que está entrando? —pregunta Mutt.

Charlotte se echa a reír.

—¡Gastarlo!

—¿Pero en qué?

—Encontraremos cosas. Puede que subamos la renta vital. Que la gente sea libre de trabajar en lo que quiera. Como vosotros, chicos.

—Hay gente a la que le gusta joder las cosas.

Ella asiente.

—Como a la mitad de los miembros del Congreso, por ejemplo.

—¿Y cómo lidias con ellos?

—No lo hago. Les grito. Ahora mismo llevamos el viento a favor, así que intento machacarlos por todos los medios. Aprobar una ley al día. Como un vendaval de golpes en el boxeo. Y, de momento, funciona.

—Vamos, que no puedes dejarlo, ¿verdad?

—¡Claro que puedo! Quiero volver. También hay cosas que hacer aquí. Washington puede cuidarse solo. No me necesita.

—Espero que sea verdad —dice Mutt.

—Lo es. No me necesita.

Vuelven a hacer lo del encogimiento de hombros. No están tan seguros. Charlotte solo hay una.

Con esfuerzo, se levanta.

—Bueno, voy a socializar. Me alegro de veros, chicos.

—Ídem. Gracias.

•••••

En ese momento es la inspectora Gen la que sale del ascensor y se acerca.

—¡Eh, inspectora! —dice Mutt—. ¿Qué tal está?

Se detiene. Un poli de servicio habla con su gente.

—Bien. Trabajando, ¿y vosotros, chicos?

—Bien.

Coge una silla libre de la mesa más cercana y se sienta pesadamente junto a ellos.

—Solo he venido a darme una ducha y me largo otra vez. Vienen a buscarme mis ayudantes y volvemos a la comisaría.

—¿Ahora? Pero es tarde, ¿no?

—Estamos investigando un caso. Hay algo que quiero averiguar lo antes posible.

—Eh, hablando de casos —dice Mutt—, ¿llegó a descubrir algo sobre los que nos metieron en aquel contenedor?

Gen sacude la cabeza.

—No, prácticamente nada. Nada que pudiera demostrar. Creo que sé quién podría haber sido, pero no tenía pruebas suficientes para una acusación.

—Pues es una pena. No me gusta la idea de que aún anden por ahí.

—Y que se hayan salido con la suya —añade Jeff, malhumorado.

Ella asiente.

—Eso es cierto. Pero, mirad... Es posible que hubiera gente implicada

que creía estar haciéndoos un favor. Puede que piensen que así os salvaban de algo peor.

—Ya lo había pensado —dice Jeff.

—Es solo una teoría. Seguiré vigilando a los posibles implicados. No a los que creían estar ayudándoos, sino a los responsables de verdad. Son una pandilla de idiotas, así que meterán la pata tarde o temprano y entonces podré trincarlos.

—A ver si es verdad —dice Mutt.

La inspectora Gen asiente con gesto de fatiga.

—Entretanto, mi ayudante, Sean, ha logrado sacar algo de la SEC, algo que empaquetaron cuando piratearon la Bolsa de Chicago. Dice que, sobre todo, es un montón de delirios de naturaleza política que a la SEC no le sirven de nada, pero también contenía algunos sistemas que han acabado utilizando. ¿Sabéis algo sobre eso?

—Yo nada —responde Mutt—. Por lo que dice, sería algún idiota.

—Puede.

La inspectora se los queda mirando.

—Bueno, a caballo regalado... ¿Verdad?

—Exacto, exacto. Que nos lo digan a nosotros.

Entonces aparecen sus dos ayudantes, un chico y una chica de uniforme con bolsas de sándwiches en las manos.

—Vale, a trabajar se ha dicho —dice la inspectora mientras se levanta con un gemido—. Os veo en la granja, chicos.

Y los tres oficiales se marchan para otra larga noche delante de sus pantallas. Mutt y Jeff, que saben como es, intercambian una mirada de reojo.

—Trabaja duro.

—Le gusta trabajar.

—Supongo. Además, así se pasa el rato.

Así se pasa el rato; y así no tienes que pensar. Ni tener una vida. Esto es lo que saben, y por eso observan a la inspectora con expresiones intrigadas mientras se marcha. ¿Cómo van a ayudar a su amiga si están atrapados en la misma trampa? Es un misterio difícil de desentrañar.

—Conque la SEC está usando las contribuciones de un lunático...

—Anda y que te den.

—De nada.

Entonces, justo cuando el Instituto de Mutt y Jeff se dispone a dar la noche por terminada y retirarse a su hotelo, llega revoloteando Amelia Black y los coge del brazo.

—Vamos, chicos, a bailar.

—¡De eso nada!

—De eso todo. Hay un grupo al que quiero ir a ver y necesito compañía. Una escolta.

—¿Y no puedes contratarla? —pregunta Jeff, malhumorado.

Amelia finge ofenderse.

—¡Por favor! —responde—. O sea, por favor.

Realmente no pueden decirle que no. Para empezar, es mucho más fuerte que los dos juntos, no solo físicamente sino en términos de voluntad. Lola siempre consigue lo que quiere: otra historia de Nueva York. Así que se lleva a uno de cada lado, firmemente cogidos del brazo. Hasta el embarcadero y luego al hielo que cubre el *bacino*. Caminan por Madison con los demás paseantes del canal helado, cerca de los edificios, porque el centro es para los patinadores, que son numerosos. Las avenidas están bien iluminadas y las calles, oscuras. Amelia los arrastra unas manzanas más y luego enfila la Treinta y tres, a mano derecha. Hay muy poca gente en este canal. Tiendas cerradas en el primer piso y apartamentos en los tres o cuatro de arriba. La noche es apacible. Los conduce por una puerta y luego baja a un sótano, dobla un recodo y vuelve a bajar, a bajar y a bajar hasta llegar un garito submarino. En una puerta con un «Mezzrow» pintado se abre un ventanuco y Amelia planta la cara delante. La puerta se abre al momento y pasan.

Hay una barra alargada, y el espacio justo para moverse por detrás de la gente que ocupa los banquillos o está acodada en ella. Los camareros trabajan sin descanso. Se oye un traqueteo de conversaciones y tintineos de vasos. Amelia se cuela entre ellos para llevar a los chicos al fondo, donde hay otra puerta y un tío que cobra por entrar. Le muestra su terminal de muñeca y el tío los deja pasar a todos.

Una sala casi vacía, muy pequeña. Techo de latón pintado de rojo sangre

y surcado por patrones cuadrados. Al final de la sala, un grupo está preparándose con ritmo pausado, afinando las guitarras y ensayando solos mientras conversan en francés. La mitad son negros africanos, la otra mitad, blancos, pero ninguno parece de allí. Al cabo de un rato, los guitarristas se sientan en sendas sillas plegables pegadas a la pared del fondo y comienzan a tocar. Es una especie de pop de África occidental, rápido y complicado. Dos guitarras, un bajo, un batería que toca con rapidez pero sin estrépito, centrado en un platillo. Las dos guitarras tienen tonos distintos, el uno limpio y agudo, el otro difuso. Dibujan melodías complejas, que se entrecruzan entre sí y con la línea del bajo. Luego se suman una trompeta y un trombón, acompañados por unos coros en armonía. Un hombre y una mujer ponen las voces, en un idioma que no es francés ni inglés: un complejo ulular, seguido por largas y aullantes melodías, maravillosamente acentuadas por los instrumentos de viento.

Una música contagiosa, desde luego. La gente se acerca desde el bar como a la deriva y algunos se ponen a bailar. Al poco, la sala está llena; solo caben treinta personas. Amelia y los chicos han estado apoyados en la pared del fondo, pero en ese momento ella tira de ellos y se suman al baile. Los chicos no saben. Hay quien nace sin saber, otros olvidan lo que sabían... Mutt, arrastrado a la fuerza a esta situación, se mueve con pequeñas y repentinas convulsiones. Jeff sacude los brazos de manera tan espasmódica que alcanza una especie de sublime trascendencia *nerd*. Amelia, para sorpresa de ambos, es de las que nació sin saber. Con las manos por encima de la cabeza, se cimbreo y contonea; no podría hacerlo con menos ritmo.

Jeff le grita a Mutt al oído:

—¡Nuestra amiga es una bailarina horrible!

—¡Ya, pero no le quitas ojo de encima!

—¡Hombre!

—Eso es Amelia para ti. Nuestra torpe diosa.

Todos en la sala se mueven ya al compás de aquel pop africano que ninguno había oído nunca. Los punteos del guitarra solista son como las limaduras de metal que saltan de un torno. Los vocalistas aúllan, los vientos son un tren de mercancías.

En ese momento entra en la sala otro músico con dos maletas de instrumentos, una grande y una pequeña. Un chico alto y flaco, de tez muy pálida y barba negra. El resto del grupo lo saluda, lo apremia con gestos para que se sume a ellos. El chico se sienta, abre la maleta grande y monta un armatoste tan extraño que los chicos ni lo reconocen.

—¡Un clarinete bajo! —les grita Amelia.

Conoce a la banda y está entusiasmada con la presencia del tío. Este coloca una boquilla a un saxofón minúsculo, soprano, sin duda, pero curvado como un alto en lugar de recto. En conjunto, parecen los instrumentos de un circo de payasos.

Finalmente, el joven junco se pone en pie, pasa la lengua por la boquilla del saxo y se incorpora a la música en medio de la canción que está sonando. Vale, he aquí la estrella de la banda. Al momento comienza a enroscarse alrededor de la melodía como un lunático. Los demás vientos mejoran al instante y los guitarras se vuelven más precisos y ambiciosos. Los vocalistas sonríen mientras intercalan duetos en armonía a voz en grito. Es como si acabaran de enchufarlos a todos a la corriente a través de los zapatos. El joven junco toca como si fuera una estrella del *klezmer* en otros grupos, y puede que hasta este momento no estuviera muy claro lo bien que encaja el *klezmer* con el pop de África occidental, pero ahora lo está. Sube y baja por toda la escala, derrapa a lo largo de lo supersónico, improvisa en perfecto acompañamiento con los demás. Que, como dice la canción, *it don't mean a thing if it ain't got that swing*, pero sí, en este caso sí. El público enloquece y el baile anega la sala. El grupo tiene el espacio justo y está tan pegado al fondo que a veces se llevan algún codazo. Jeff baila como un poseso; la música comprende tantos ritmos paralelos que casi consigue acompañarse a alguno. De hecho, resulta asombroso que pueda fallar con todos a la vez, pero lo hace. Aunque es un Nureyev comparado con Amelia. Mutt no puede dejar de reírse al contemplar las rotaciones de sus amigos. Amelia le sonrío. Muy pocas chicas bailan tan mal, lo de ella es un talento innato. Los chicos no pueden sino gozar de la imagen de una belleza tan torpe. Su amiga, ¡su compañera de baile! Puede que algunos de los presentes la reconozcan, pero nadie lo demuestra, y a lo mejor resulta que no es así. Es un mundo muy

grande. El junco coge el clarinete bajo y lo toca como el saxo soprano, siguiendo la estela del bajista en una persecución que los bailarines perciben sobre todo en las tripas. Resulta extrañamente emocionante. La gente empieza a aullar para dejar salir las vibraciones de su cuerpo.

Muchas canciones después, Amelia hace un gesto y los chicos asienten. Todas las cosas tienen su final, y se ha hecho tarde. El baile podría durar toda la noche, pero están satisfechos. Hace tanto frío fuera que se pelarán el culo en el camino de vuelta. Pero es hora de volver.

Cruzan de nuevo el bar abarrotado, aún más bullicioso que antes. La gente no parece consciente de lo que está perdiéndose a una puerta de distancia. Al cabo de las escaleras, los espera el canal helado. Allá en lo alto, al final del agujero que discurre hasta el bar.

Son como las cuatro de la mañana y, por una vez, la ciudad está en silencio. Sí, hay gente en la calle, pero aun así está bastante vacía y casi muda. No hay el menor indicio de lo que está sucediendo en las salas que tienen debajo.

Se miran como si estuvieran librándose de un sortilegio y sacuden la cabeza. Salen caminando al canal helado, Amelia agarrada a los chicos, todos con paso cauteloso. Sí que hace frío. Se les va a pelar el culo, en efecto.

—¿Habéis visto al tío, el de la cosa esa?

—Ya te digo. Una pasada. Nunca había oído una música así.

—Y ahora mirad, aquí estamos, justo encima, ¡y es como si ni siquiera existiesen!

—Cierto. Aunque solo cabían cuatro gatos. No he llegado a ver el nombre del grupo.

—Igual ni tienen.

—Joder, habrá como cincuenta grupos parecidos tocando por toda la ciudad esta noche. Y fiestas como esa en todas partes.

—Es verdad. Joder con Nueva York.

# Agradecimientos

Gracias a:

Mario Biagioli, Terry Bisson, Ilene Brecher, Finn Brunton, Dick Bryan, Monica Byrne, Joshua Clover, Ron Drummond, Daniel Friedman, Laurie Glover, Kenneth Goldsmith, Usman Haque, Stephen J. Hoch, Bjarke Ingels, Fredric Jameson, Henry Kaiser, Leslie Kaufman, Drew Keeling, Lorenzo Kristov, Laura Martin y al comité de selección de Clarion de 2016, Randy Martin y Robert Meister, Beth Meacham, Colin Milburn, Lisa Nowell, Kriss Ravetto-Biagioli, Phil Rogaway, Antonio Scarponi, Marcus Schaefer e Hiromi Hosoya, Carter Scholz, Sharon Strauss y Lee Upshur.

Un agradecimiento especial a Tim Holman.

*Nueva York 2140*  
Kim Stanley Robinson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Kirk Benschoff  
Ilustración de la portada: Stephan Martiniere  
© de la portada, Hachette Book Group, Inc. 2017  
Fotografía del autor: © Sean Curtis

© Kim Stanley Robinson, 2017  
© Traducción de Manuel Mata, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-450-0521-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

KIM STANLEY ROBINSON

NUEVA YORK

2140

minotauro

